

IMPRESIONES  
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

MEDIODIA DE LA FRANCIA.



MADRID, 1856.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

IMPRESIONES

# DE VIDA

POR JUAN DE LOS RIOS

ESTADO DE TEXAS

POR DON JOSE MEXIA Y GALINDO

EN LA TIPOGRAFIA

ESTADO DE TEXAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON JUAN DE LOS RIOS

# IMPRESIONES DE VIAGE.

## MEDIODIA DE LA FRANCIA.

POR ALEJANDRO DUMAS.

---

### LA CARAVANA.

Salimos de Paris el 15 de octubre de 1834 con intencion de visitar el Mediodia de la Francia, la Córcega, la Italia, la Calabria y la Sicilia.

El viage que emprendíamos no era ni un paseo de gentes de mundo, ni una expedicion científica; sino una peregrinacion de artistas. No tratábamos ni de desempeñar los caminos con nuestra silla de posta, ni de internarnos en las bibliotecas, sino de ir por todas partes donde una pintoresca perspectiva, un recuerdo histórico, ó una tradicion popular nos llamase la atencion. En consecuencia nos pusimos en camino sin itinerario fijo, dejando al acaso y á nuestra buena ventura el llevarnos donde hubiese alguna cosa que tomar, cuidándonos muy poco de las colecciones hechas por los viajeros anteriores, seguros de que los hombres no pueden encerrar en su granero todas las espigas que Dios siembra, y convencidos de que no hay tierra bastante segada que no deje para la historia, la poesia ó la imaginacion, algo que espigar.

La caravana se componia de Godofredo Jadin, á quien sus cuadros de la última esposicion acababan de colocar á la cabeza de nuestros pintores de paisages; de Amaury Duval, con quien debiamos reunirnos en Florencia, donde se hallaba perfeccionando la grande educacion rafaelesca que habia comenzado en los talleres de Mr. Ingres; de mí, que dirigia

la expedicion, y de Milord que la acompañaba.

Como los tres primeros personajes que acabo de nombrar en esta serie de viajeros son ya conocidos por sus obras mas ó menos del público, no me extenderé en hablar de sus cualidades físicas y morales; solo me detendré á tratar del último, que representará en el curso de esta narracion un papel demasiado importante para que omitamos desde la primera página darle á conocer á nuestros lectores, á quienes supongo que es enteramente extraño.

Milord ha nacido en Lóndres en 1828 en una covacha de la casa de lord Arturo G... situada en la calle del Regente. Su padre era un alano y su madre una doga, los dos de pura y antigua genealogia; de modo que su hijo reunió en sí las cualidades características de las dos razas: es decir, en el físico una cabeza tan gruesa casi como el resto del cuerpo, adornada con ojos que á la menor emocion se convertian en sangrientos, con una nariz partida por enmedio que descubria una parte de la quijada superior, de unas fauces que se abrian hasta las orejas para cerrarse despues como unas tenazas, y en lo moral decision siempre al combate, que cuando se le escita se ejerce indiferentemente sobre cualquiera especie de animal desde el raton hasta el toro.

Lord Arturo G... era muy aficionado á apuestas, y frecuentemente el padre y la madre de Milord le habian hecho ganar considerables sumas, el primero peleando con animales de su especie ó haciendo presa sobre tizonos encendidos; la segunda ahogando en un tiempo dado determinado número de gatos y de ratas. El sueño de lord Arturo G... habia sido reunir las cualidades de estos dos perros

en uno solo, y lo habia esperado vanamente muchas veces cuando Milord vino al mundo: le llamó por consecuencia *Hope*, palabra que, como todos saben, quiere decir en inglés *esperanza*. Mas tarde, por circunstancias que veremos, tuvo que cambiar su nombre.

La influencia patronímica se conoció en las disposiciones del jóven educando de lord Arturo G... y no tardó en cumplir mas de lo que prometia: á los cuatro meses hacia ya presa en su madre y en su padre, y á los seis abogaba ocho ratas en treinta segundos, y tres gatos en cinco minutos. Estas cualidades innatas y adquiridas con el instinto no hicieron mas que desarrollarse y aumentarse con la edad, de modo que á los dos años el cachorro Hope, aunque al principio de su carrera, tenia ya una reputacion igual con las mas grandes, las mas antiguas y las mas nobles reputaciones de Lóndres; inútil es decir aqui que hablamos de la aristocracia perruna.

Hallábase Hope en el apogeo de su gloria cuando en 1831 Adolfo B..., hijo de uno de nuestros mas ricos banqueros, fué á pasar una temporada á Lóndres con cartas de recomendacion, de las que una era para lord Arturo G... Acababa de estallar la revolucion de Julio y era objeto de las conjeturas de toda la Europa. No era entonces de mal gusto todavía el confesar que se habia tomado parte en ella; de manera que se hablaba de la jornada del jueves 29, y Adolfo contó algunos detalles de la toma de las Tullerías á que habia asistido. Entre otros habia uno bastante curioso, cuya autenticidad garantimos.

Penetrando el pueblo en el palacio habia llegado hasta la sala de los Mariscales, el magnífico museo de la gloria militar. Sin embargo, en medio de aquellos grandes nombres habia algunos, preciso es confesarlo, que habian llegado á hacerse aborrecer del pueblo, consiguiendo en cambio el privilegio de exasperar hasta el mas alto grado en aquellos momentos, á la multitud. Uno de estos nombres era el del conde Bourmont, á quien Argel no habia podido hacer perdonar Waterloo, y el del duque de Ragusa, que con un favoritismo reciente con Carlos X, estaba lejos de hacer olvidar su ingratitud con Napoleón. Estos dos nombres se veian escritos en la sala de los Mariscales; el primero en un cuadro vacío, porque aun no habian tenido tiempo de llenarlo mas que con una colgadura de moaré encarnado; el segundo en un magnífico retrato de grande uniforme, pintado por Gerard.

El pueblo, al pasar por delante del cuadro vacío y leer el nombre del conde de Bourmont, se arrojó sobre aquel moaré encarnado, como hace el toro sobre la capa escarlata del matador. Lo hizo mil pedazos y lo pisoteó. Apenas habia hecho su justicia por aquel lado, cuando otros gritos de furor se dejaron oír escitados por el retrato del duque de Ragusa.

Al mismo tiempo se dispararon varios tiros sobre el cuadro: tres balas dieron en la cabeza y dos en el pecho: otros tantos como habia recibido el mariscal Ney.

Iba á seguir á la primera otra segunda descarga, cuando un hombre se lanzó sobre el cuadro, lo hizo caer al suelo tirando de él, dividió el lienzo con su cuchillo, púsole en la punta de una pica de través, y lo levantó sobre todas las cabezas convirtiéndole en bandera del tropel de que parecia ser el gefe.

Buscó aquel hombre y le ofreció, lo que llevaba, 50 ó 60 francos por aquel giron de cuadro, al que no debia dar grande importancia; pero lo negó. Adolfo le encontró un mes despues y le instó todavía: le ofreció su escopeta: el hombre aceptó. Gozoso Adolfo de poseer aquel extraordinario trofeo corrió á ponerlo en seguridad en su casa, y volvió á ocupar su puesto en aquella espansion que duró tres dias, durante los que, á cada momento, se verificaron episodios tan estraños y dignos de admirarse, y de que no puede formarse una idea exacta á no haberlos presenciado.

Lord G... era un grande aficionado á todo género de curiosidades que tuvieran relacion con personas ó acontecimientos notables. Poseia el pañuelo de la mano de Maria Estuardo, las pistolas de Cromwell, el sombrero de Carlos I, la pipa de Juan Bart, el baston de Voltaire, el sable de Tippó Saheb y la pluma de Napoleón. Conoció que faltaba á su coleccion histórica un recuerdo de la revolucion de Julio. Inmediatamente ofreció á Adolfo B... lo que le pidiese en cambio de aquel recuerdo del 29 de Julio de 1830.

Adolfo habia hecho ver aquel retrato á todos sus amigos y conocimientos y ya no sabia á quien enseñarlo. Ademas comenzaba á comprender que semejante reliquia podria algun dia comprometer á los fieles que la poseyesen: en fin, á mas de todo esto, tenia aquella pintura hacia un año y era bastante tiempo para hacer desprender del corazon de un francés de cosas aun mas preciosas. Conocia, por haberlas visto en práctica, las brillantes cualidades del perro de honor de lord Arturo: prometió enviarle el retrato á Inglaterra si le permitia llevarse á Hope á Francia. Fué aceptado el cambio. Quince dias despues la pintura se hallaba en Lóndres y Hope ejercia sus habilidades en Paris, bajo el sendónimo de Milord, que Adolfo creyó deber ponerle en honor de su primer amo: así vino Milord á poder de uno de los individuos de una familia, cuyo nombre discretamente no nos le preguntarán nuestros lectores, de las mas honradas y célebres de la aristocracia rentística de la capital.

Milord bien pronto adquirió, en su pátria adoptiva, una reputacion igual, sino superior, á la que dejaba en su pais natal. La cualidad que cultivaba su nuevo dueño era, sobre todo, su instinto de esterminacion contra la

raza de los gatos y un implacable odio contra las ratas. Si le hubieran dejado hacer, bien pronto hubiera des poblado toda la comarca de París en un mes, y á Montfaucon en seis semanas.

De tiempo en tiempo tambien Adolfo lo llevaba á los verdaderos combates, y aquel dia era una fiesta para los pilluelos de la barrera, conocedores del verdadero mérito, que no tardaron apreciar en Milord en su justo valor. En efecto, Milord atacaba, como hemos dicho, á todo, desde las ratas hasta el toro. A tal punto era esto, que un dia la concurrencia llena de admiracion por su valentia, y viendo que nada le resistia, llamó á Carpolin, y pidieron á Adolfo permiso para que dejase combatir á su perro contra este oso. Adolfo respondió que su perro se batiria contra un rinoceronte si por casualidad tenian alguno. Presentóse Carpolin con grandes aclamaciones de la multitud, de que era el ídolo; pero antes de que hubiese pensado en ponerse á la defensiva, Milord se habia arrojado sobre él y le habia hecho presa. El oso dió un terrible rugido y se enderezó sobre sus patas de atrás. Milord se afianzó fuertemente con sus dientes, se dejó levantar del suelo y permaneció colgado por espacio de un cuarto de hora, de la oreja de su antagonista. El entusiasmo llegó á su colmo: un carnicero le echó una corona.

A la mañana siguiente de este memorable combate, el baron Alfredo R... se presentó en casa de Adolfo. Habia asistido la vispera al triunfo de Milord. Viendo que Adolfo era muy aficionado á las armas, vino á ofrecerle que escogiese en su museo la pieza que gustase en cambio de Milord.

Habiase ya pasado un año desde que Adolfo habia traído á Milord de Inglaterra: un año era, como hemos dicho, el término de sus mas vivas afecciones. Luego, pues, que el baron de R... le hizo la proposicion, examinó con cuidado todas las piezas de su museo, fijándose en una magnífica escopeta de dos tiros, de Devisme, el armero artista. Era una arma primorosa, montada sobre acero cincelado, con una baqueta de la misma materia, y un cañon adamascado en relieve. Adolfo probó las llaves una despues de otra, miró el oido, se echó la escopeta á la espalda y marchó dejando al baron Alfredo de R... en posesion de Milord.

El baron Alfredo R... habitaba en casa de su tia, cuya herencia aguardaba, y que para que lo hiciese con paciencia le pagaba una pensión de 25,000 francos al año. Aquel dia era el de la visita semanal á que en calidad de respetuoso sobrino, no faltaba jamás; y como contaba ir al salir de casa de su tia al Jockey-Club, se habia hecho acompañar de Milord, que queria presentar sin dilacion á la anglo-mana admiracion de sus amigos.

Tres cosas habia que la tia del baron Al-

fredo de R... amaba sobre todo en el mundo; la primera era ella misma, la segunda su gato, y la tercera su sobrino, así Alfredo tenia gran cuidado en todas sus visitas de proveerse de una caja de pastillas de goma para su tia, y un cucurucho de rosquillas para el Doctor: este era el nombre que gracias á su magnífica piel y magestuoso aire, la madrina de la Angola le habia dado.

Entró Alfredo como de costumbre saltando sobre la punta de sus barnizadas botas, llevando en la una mano su caja de pastillas, y en la otra su cucurucho de rosquillas, y se adelantó hácia su tia que sentada en su gran sillón dorado acariciaba á su Doctor muellemente tendido sobre sus rodillas. La tia Estella recibió á su sobrino con la sonrisa en los labios: el Doctor por su parte conociendo á la visita por uno de sus mejores parroquianos, salió á recibirle sobre sus cuatro patas, meneó la cola é hizo cuantas fiestas pudo. Todo iba á las mil maravillas como se ve hasta aqui: de agradadamente en aquel momento un criado abrió la puerta, y Milord que se habia quedado en la antesala, entró en la sala. El Doctor insolente y altivo como un favorito, habituado además á clavar sus uñas en todos los perros falderos ingleses del barrio de San German, quiso hacer una de las suyas: pero esta vez habia cambiado de antagonista. El Doctor no dió mas que un salto, cuando Milord le dió una dentellada. La tia Estella lanzó un grito; el baron se arrojó sobre su perro; Milord tenia cogido al Doctor por la cabeza. Alberto levantó al perro por la cola y la mordió con sus dientes; lo que, como se sabe, es el único medio de hacer soltar la presa á un alano. Milord desencajó los dientes, y el Doctor cayó á tierra como un paquete, estendió convulsivamente las patas y espiró. El baron se volvió hácia su tia para disculparse; empero esta pálida como un espectro, parecia haber perdido la palabra y la vida. En fin, no encontró la voz ni el movimiento, sino para estender los brazos sobre su sobrino y maldecirle: cumplido este último acto de venganza, cayó sobre su sillón, y se desmayó; viendo lo cual el baron cogió á Milord por la piel del cuello, y se salió de allí dejando el cadáver del Doctor tendido sobre el suelo.

Al cabo de cinco minutos, la tia Estella volvió en si y preguntó dónde estaba el malvado de su sobrino: respondió el criado que anonadado con la maldicion que habia lanzado sobre su cabeza, el pobre señor Alfredo habia salido desesperado. En aquel momento se oyó un pistolotazo.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Estella.

—¡Oh, Dios mio, exclamó el criado, será nuestro jóven señorito que no habiendo podido soportar su desgracia....!

La tia Estella no oyó mas, arrojó su segundo grito, y se desmayó segunda vez.

Como hemos dicho, lo que Estella amaba

mas era ella: despues de ella su gato, despues de su gato su sobrino. Su primer pensamiento al recobrar sus sentidos fué, que si el Doctor estaba muerto, y si se habia matado su sobrino, no le quedaba en el mundo ni animal ni pariente, y su vejez iba á pasarse en el abandono, y entregada á mercenarios cuidados: arrepiñtióse entonces de haber sido tan sensible á la pérdida del Doctor, y mandó á un criado que subiese al aposento del baron, y viniese al instante á darle noticias de él. Obedeció el criado: pero en su lugar fué Alberto el que volvió. Su tia Estella al ver al que creia difunto, lanzó un tercer grito, y se desmayó tercera vez.

Al volver á la vida supo que su sobrino, no queriendo que un infame asesino como Milord sobreviviese á su victima, habia resuelto hacer justicia inmediatamente, y que el pistoletazo que habia oido habia tenido por resultado purgar á la sociedad del asesino del Doctor. La tia Estella se dulcificó pensando que el gato estaba ya vengado, y pensó que sus manes no exigian ya mas.

En su consecuencia alargó la mano á su sobrino en señal de reconciliacion; el baron la besó respetuoso, y para que el espectáculo de la muerte no afligiese mas largo tiempo á su tia Estella, colocó el cuerpo del difunto sobre un almohadon de terciopelo, y mandó á un criado que lo llevase cuidadosamente á su cuarto.

Ocho dias despues, el Doctor, disecado por el disecador mas célebre de Paris, tendido sobre su almohadon, dormia el sueño de los justos, bajo un fanal de cristal, y Milord se acostaba sobre una piel de tigre en el taller de Fadin, habiéndole dejado por un paisaje que hacia mucho tiempo le andaba regateando el baron Alfredo de R....

Alli pasó los dos años mas triunfantes de su vida adquiriendo la primera reputacion en la barrera, y retozando en sus momentos perdidos con el mono de Flers, á quien en uno de esos juegos arrancó la quijada izquierda, y con el oso de Camps á quien cortó la oreja derecha.

Milord llegado al apogeo de su reputacion cubierto de cicatrices, y hallándose en la edad madura, contaba con una vejez tan tranquila como agitada habia sido su juventud, cuando por su desgracia me ocurrió la idea de hacer el viage que vamos á narrar, y que emprendi asociado de dos pintores, de los que Fadin por nuestras antiguas relaciones de amistad, y mas aun por su bello y estenso talento, estaba naturalmente llamado á formar parte. Resuelto á esta determinacion el 15 de octubre de 1834 á las dos de la tarde, sin que se le pidiese permiso para llevarle, y sin prevenirle á donde iba, fué transportado á la silla de posta en que iba su amo, y en la que se alejó de la capital.

Conocida ya por nuestros lectores la histo-

ria perruna de nuestro acompañante, volvamos al punto de que momentáneamente nos ha separado esta importante digresion.

## FONTAINEBLEAU.

Se comprende que con el plan de exploracion que habiamos formado, nuestro viage habia comenzado en la puerta de la barrera. En efecto, es bastante curioso, cuando se camina para ver el pais que en cierto modo se tiene delante de si, reconocer en donde dos pueblos comienzan á mezclarse, llegan á confundirse y concluyen por separarse. Los gaulas y los romanos han pasado los Alpes cada uno por su lado, los unos para ir á tomar el Capitolio, los otros para venir á fundar á Lion: despues los franceses y los italianos han seguido el camino trillado por sus antepasados: los primeros han venido con los Médicis á traer sus inmortales artes; los segundos han ido con Napoleon á imponer á Roma su monarquia de un dia: cada pueblo ha dejado en las faldas de las montañas, de uno y otro lado, huellas que van borrándose á medida que se penetra en el corazon del pais opuesto, lo que hace se deba recorrer en su busca todos los sitios. Nadie se admirará, pues, que encontrando á quince leguas de Paris, la civilizacion de Leon X y de Julio II, hiciésemos nuestra primera parada.

Ademas Fontainebleau está tan cerca de nosotros que no habria nada de admirable que encontrásemos que decir sobre estaciudad alguna cosa que no se supiese todavia. Hay al año en Paris dos mil que recorren hasta quinientas leguas para ir á admirar las pinturas de Rafael y la capilla Sistina de Miguel Angel, y no andan cincuantan en el reino para ir á ver los frescos que poseemos en Francia, aunque sean, sin embargo, de Roso y de Primiticio.

Ademas Fontainebleau es tambien uno de nuestros palacios históricos: Luis el Joven habia hecho consagrar en él la capilla por Tomás Becket, y Felipe el Justo alimentaba alli, en su real mesa, los pobres del hospital de Nemours: San Luis, que le llamaba su desierto real, pensó morir en él, y Felipe el Hermoso nació alli: Luis XI comenzó en él su biblioteca que Luis XII transportó á Blois: Francisco I festejó en él magníficamente á Carlos V, y Enrique II, su hijo, dió en él torneos á Diana de Poitiers, su querida: Carlos IX firmó en él el perdon de Condé, y Enrique IV la sentencia

de Biron: Luis XIII recibió allí el bautismo de agua y Enriqueta de Francia el bautismo de sangre: Cristina de Suecia hizo asesinar en él á Monaldeschi, y Luis XIV revocó allí el edicto de Nantes; en fin, en él tambien Pio VII se despojó de la tiara y Napoleón de la corona.

En 1539 Cárlos V atravesó la Francia para ir á Flandes y se detuvo en Fontainebleau. A su llegada se manifestó la magnanimidad de Francisco I y la confianza de su rival, aunque á nuestro parecer es la grandeza de Cárlos V la que se debe admirar en esta circunstancia. En efecto, de aquellos dos reyes, de los que el uno ha dejado la reputacion de un caballero y el otro la de un político, fué siempre Cárlos V el héroe, el hábil, el caballero: Francisco I, al contrario, rehusó el pacto ofrecido y faltó al tratado firmado. Las tres espadas que el caballero rompió en Pavia no hicieron olvidar que el rey provocado no habia sacado la suya: y los de su antigua nobleza que creian en la religiosidad de la palabra empeñada, aun cuando hubiese sido hecha á un enemigo, no se tranquilizaron aunque Cárlos V salió de Francia sin dejar en ella un rescate cuando el rey Francisco I habia olvidado enviar el suyo á España. No procedió así el rey Juan despues de la batalla de Poitiers: cuando vió que el tratado de Bretigni seria demasiado oneroso para la Francia, volvió á morir á Inglaterra.

Es que la monarquía caminaba ya á su decadencia; es que las funestas influencias comenzaban á falsear la voluntad suprema; es que por desgracia de la monarquía comenzaba el reinado de la duquesa de Etampes, que la llamaban la mas bella de las sábias, y la mas sábia de las bellas, y á quien el rey habia sacrificado la condesa de Chateaubriand. Era tambien entonces el tiempo de los amores nacientes de Diana de Poitiers, que se llamaba la gran Senescalca, y del jóven delphin Enrique II. La duquesa de Etampes no habia podido olvidar á qué precio la señorita de Saint-Valier habia salvado la vida de su padre comprometido en la rebelion del condestable de Borbon, y despues de haberse apoderado del corazon del rey la persiguió llegando hasta hacerse su rival en el amor del delphin. Rencorosa, venal y traidora, fué el mal genio de la Francia de quien madama Chateaubriand habia sido el ángel; así, cuando Cárlos V llegó á Fontainebleau no faltó á su infernal mision, y en tanto que marchaba apoyada en el brazo de Francisco I al encuentro de su huésped imperial, se inclinó al oido de su amante y con la misma voz con que le hubiera dicho «te amo» le dió el consejo de una infame traicion. En aquel momento se encontraron los dos soberanos.

—Hermano mio, dijo Francisco I presentando la duquesa de Etampes al noble huésped, aqui teneis una hermosa dama que me da un consejo: el de reteneros prisionero en este

palacio hasta que hayais roto el tratado de Madrid.

—Si el consejo es bueno es necesario seguirlo, respondió friamente el altivo flamenco, y caminó á la derecha de Francisco I con la misma seguridad que si éste le hubiese hecho un simple cumplido de bienvenida.

Pero dos horas despues al ir á sentarse en la mesa y presentarle la duquesa de Etampes de rodillas el agua á Cárlos V en una palangana de oro, el señor de Méjico, lavándose las manos, olvidó en el fondo de la vasija un diamante de valor de un medio millon. Entonces la duquesa se lo hizo reparar al emperador; pero este representando esta vez todavia el galante y generoso papel de su rival:

—Veo que este diamante quiere cambiar de dueño, la dijo, y está en muy buenas y hermosas manos para que yo vuelva á tomarlo.

Desde aquel momento la duquesa cambió tambien: dejó de escitar á su amante á ser traidor con su huésped, siendo al contrario por su huésped traidora á su amante; porque cuando en 1554, es decir, cinco años despues de la escena que acabamos de contar, Cárlos V y Enrique VIII atacaron á Francisco I, la duquesa de Etampes entregó al emperador el plan de las operaciones de campaña.

Hacia un siglo que el rumor de aquellas grandes disensiones se habia apagado: el rey y la favorita habian ido á dar cuenta á Dios de la sangre derramada y de las promesas quebrantadas: seis generaciones coronadas habian pasado entre Francisco I envejecido y Luis XIV niño, cuando el 3 de octubre de 1657, carruages de viage, que venian por el camino de Italia, se detuvieron en el patio del palacio de Fontainebleau. Del primer coche se vió bajar una muger de pequeña estatura, de treinta á treinta y cinco años, de un rostro irregular pero fuertemente caracterizado, vestida con un traje de capricho que participaba del uno y del otro sexo. Venia acompañada de dos italianos, del que uno decian era su amante: de tres suecos que ejercian diferentes cargos en su servidumbre, y algunos soldados corsos é italianos que la servian de guardias. Hablaba á cada uno en su propia lengua, cual si cada una de ellas fuese su idioma materno. En aquel momento el prior de los trinitarios atravesaba el patio y ella le dirigió la palabra en latin. Aquella muger extraordinaria era la hija de Gustavo Adolfo, la reina Cristina de Suecia, que el 46 de junio de 1654 habia abdicado la corona paterna en el castillo de Upsal, y que llegando de Roma, donde habia abjurado el protestantismo, acababa de recibir en la Caridad, sobre Loira, la órden de detenerse en Fontainebleau.

Quando en 1830 hicimos representar en el teatro del Odeon un drama de que era la heroina esta reina, se criticó la escesiva cobardia de Monaldeschi y la crueldad de Cristi-

na. Hoy vamos á presentar á nuestros lectores la relacion festual que el padre Lebel, superior de los trinitarios, ha dejado sobre este suceso, á fin de que se juzgue si nosotros habiamos exagerado algo en nuestro drama.

«El 6 de noviembre de 1657, á las nueve y cuarto de la mañana, hallándose la reina de Suecia en Fontainebleau alojada en la conserjería del castillo, me envió á buscar por uno de sus lacayos. Me dijo éste que tenia orden de S. M. de llevarme para hablar con ella, porque queria que fuese el superior del convento. Le respondí que yo era, y que inmediatamente iba á ir con él para saber la voluntad de S. M. sueca. Así, sin aguardar al compañero, por temor de hacer aguardar á aquella reina, seguí al lacayo hasta la antecámara. Allí me hicieron aguardar un momento: al fin, volvió el lacayo y me hizo entrar en la cámara de la reina de Suecia. La encontré sola, y habiéndola tributado mis respetos mas humildes, la pregunté que era lo que S. M. queria de su humildísimo servidor. Me dijo que para hablar con mas libertad la siguiese: y habiendo entrado en la galeria de los Ciervos, me preguntó sino me habia hablado ya antes. La respondí que habia tenido el honor de saludar á S. M. y ofrecerle mis humildes respetos, que ella habia tenido la bondad de darme las gracias y nada mas. A esto me dijo la reina que yo tenia un hábito que la hacia fiarse de mí, y me hizo prometer, bajo el sigilo de confesion, guardar el mayor secreto sobre lo que me iba á descubrir. Respondí á S. M. que por mi ministerio era naturalmente ciego y mudo: y siéndolo para toda clase de personas, con mayor razon debía serlo para una princesa como ella: y añadí que la Eseritura dice, que es bueno ocultar el secreto de un rey: *arcanum regis abs condere bonum est.*

«Despues de esta respuesta me entregó un paquete de papeles sellados en tres ó cuatro puntas sin ningun sobre, y me mandó que se lo entregase en presencia de las personas que hubiera cuando ella me lo pidiese: lo que prometí á S. M. sueca.

«Me mandó en seguida que notase bien el tiempo, el dia y la hora en que me entregaba aquel paquete: y sin mas conversacion me retiré con el paquete y dejé á la reina en la galeria.

«El sábado, dia 10 del mismo mes de noviembre, á la una de la tarde, la reina de Suecia me envió á buscar por uno de sus lacayos, el cual me dijo que me llamaba S. M. Entré en un gabinete para tomar el paquete que me habia entregado, pensando que me habia enviado á llamar solo para que se lo devolviera. Seguí á aquel criado, que despues de llevarme por la puerta falsa del palacio, me hizo entrar en la galeria de los Ciervos: al punto que entramos cerró precipitadamente la puerta y quedé asombrado. Ha-

biendo visto hácia el medio de la galeria á la reina que hablaba con uno de su comitiva que llamaban el Marqués (que segun despues supe era el marqués de Mornaldeschi), me acerqué á aquella princesa. Despues de haberme hecho un saludo me pidió en un tono de voz bastante alto, para que lo oyese el marqués y los otros tres hombres que allí se hallaban, el paquete que me habia confiado. Dos de los tres se hallaban separados de la reina como unos cuatro pasos y el tercero bastante cerca de S. M. La reina me habló en estos términos:

—«Padre mío, volvedme el paquete que os he dado.

«Me aproximé y se lo presenté. Habiéndolo tomado S. M. y mirado algun tiempo, lo abrió y cogió las cartas y papeles escritos que habia dentro: los hizo ver y leer á aquel marqués y con una voz grave y un continente tranquilo le preguntó si los reconocia.

«El marqués los negó; pero poniéndose pálido.

—«¿No queréis reconocer estas cartas y estos papeles? le dijo, no siendo á la verdad, mas que copias que la misma reina habia transcrito...

«S. M. sueca, despues de haberde jado pasar algun tiempo, se aproximó al marqués, sacó de su pecho los originales y enseñándoselos, le llamó traidor y le hizo confesar que aquellos escritos y sus firmas eran suyos. Le preguntó muchas veces: á lo que el marqués, escusándose, respondia lo mejor que podia, echando la culpa sobre diversas personas. Por último, se arrojó á los pies de aquella reina pidiéndola perdon: al mismo tiempo los tres hombres que se hallaban allí presentes, sacaron sus espadas de la vaina, á la que no las volvieron hasta despues de haber ejecutado al marqués.

«Se levantó, y llevando á la reina tan pronto á un rincón de la galeria, tan pronto á otro suplicándola que le oyese y recibiese sus escusas. S. M. no le negó jamás nada; pero le escuchó con gran paciencia sin que manifestase ni una vez el menor cansancio, ni diese señales de cólera. Despues volviéndose hácia mí, viendo que el marqués la apremiaba mas y mas á que le escuchase.

—«Padre mío, me dijo, mirad y sed testigo.

«Despues, aproximándose al marqués apoyada sobre un pequeño baston de ébano con puño redondo, le dijo:

—«Yo oiré todo lo que queráis decirme para probarme que no habeis sido traidor y pérfido, y recibiré las pruebas que presentéis si podeis, para justificaros.

«El marqués, apremiado por la reina, le dio papeles, y dos ó tres llavecitas atadas juntas que sacó de su bolsillo, del cual se le cayeron dos ó tres monedas de plata. Despues de mas de una hora de conferencia, no satisfa-

ciendo, sin duda, el marqués á la reina con sus respuestas, S. M. se aproximó un poco á mí y me dijo con voz bastante alta; pero grave y moderada.

—«Padre mío, me retiro y os dejo á este hombre, disponedle á bien morir, y tened cuidado de su alma.

«Cuando oí pronunciar esta sentencia, tuve un grandísimo terror. Al oírla, el marqués se arrojó á sus pies, imitándole yo, pidiéndola perdon por aquel pobre marqués. Me dijo que no podía concederlo, y que aquel traidor era mas culpable y criminal que los que son condenados á la rueda: que sabia bien que ella le habia comunicado como á un súbdito fiel, sus mas importantes negocios é íntimos pensamientos: que le habia colmado de bienes y de distinciones como á un hermano, habiéndole siempre mirado como á tal, y que su conciencia debia ahora servirle de verdugo. Despues de estas palabras retiróse á un lado S. M. con los que tenian las espadas desnudas, y salió. Entonces el marqués se arrojó á mis pies, y me rogó que fuese al lado de S. M. para obtener su perdon. Aquellos tres hombres le apremiaban á confesarse, poniéndole las espadas al pecho, pero sin tocarle: yo con las lágrimas en los ojos le exhortaba á que pidiese perdon á Dios. El gefe de los tres marchó para ir á ver á S. M. para pedirle perdon é implorar su misericordia por el pobre marqués; pero volviendo triste porque su señora le habia mandado que se despachase, le dijo llorando.

—«Marqués, pensad en Dios y en vuestra alma; es preciso morir.

«Al oír aquellas palabras, como fuera de sí, el marqués se arrojó á mis pies segunda vez conjurándome para que volviese á ver á la reina, y obtener la gracia del perdon de su vida: yo lo hice. Habiendo encontrado sola á S. M. en su cámara con un rostro sereno y grave, me aproximé á ella: dejándome caer á sus pies con las lágrimas en los ojos y los suspiros en el corazón, la supliqué por las llagas de Nuestro Señor Jesucristo tuviese misericordia de aquel marqués. La reina manifestó no poder acceder á mi demanda por la perfidia y quebranto que aquel desventurado la habia hecho sufrir, despues de lo cual no debia esperar perdon ni indulgencia; añadiendo que muchos habian llevado á la horca y á la rueda, sin merecerlo tanto como aquel traidor.

«Viendo que nada podia adelantar con mis súplicas en el ánimo de aquella reina, me tomé la libertad de manifestarle que recordara se hallaba en el reino de Francia, y que tuviese cuidado con lo que iba á hacer porque tal vez no lo aprobaria el rey: á lo que S. M. me respondió, que ella hacia aquella justicia á presencia del altar y que tomaba á Dios por testigo de que no oía la voz de las pasiones al mandar hacerla, sino que tal castigo merecian

los crímenes y la traicion del marqués, que no tenian igual en el mundo. Ademas, que el rey de Francia no la daba alojamiento en su casa como una cautiva, y que era dueña de su voluntad para hacer y administrar justicia en sus súbditos, debiendo responder de sus acciones únicamente á Dios, no siendo lo que hacia una cosa sin ejemplo: yo la supliqué aun manifestándola que si los reyes habian hecho alguna cosa semejante, habia sido en su territorio y no en otra parte; pero apenas hube dicho estas palabras, me arrepiñí temiendo haberla irritado. Al disponerme á marchar le dije todavia.

—«Señora, en honor de la reputacion de magnánima y del aprecio que todo buen francés os profesa, os suplico humildemente que suspendais la accion que vais á cometer, no sea que á lo que á los ojos de V. M. es una justicia, aparezca á los de los hombres violento y precipitado: haced todavia un acto generoso de misericordia con el pobre marqués, ó al menos entregadlo á manos de la justicia del reino, para que se le forme su causa en regla: tendreis asi la satisfaccion de conservar siempre por este medio el titulo de admirable que llevais por todas vuestras acciones entre todos los hombres.

—«¿Qué, padre mío, me dijo aquella reina, yo en quien debe residir la justicia absoluta y soberana, habia de verme reducida á pedirle contra un traidor, de cuyo crimen y perfidia tengo las pruebas palpables, escritas y firmadas de su puño?

—«Verdad es, señora: pero V. M. está interesada en este asunto.

—«La reina me interrumpió, y dijo:

—«No, no, padre mío, yo se lo haré saber al rey. Marchad y tened cuidado de su alma: no puedo en conciencia conceder lo que me pedís.

«Así me despidió, pero conocí en el cambio de voz y en sus últimas palabras, que si hubiese podido diferir la accion, y variar las circunstancias, indudablemente lo hubiese hecho: pero el negocio estaba demasiado adelantado para tomar otra resolucion sin ponerse en peligro de dejar escapar al marqués, y poner su propia vida á la ventura.

«En este estremo no sabia qué hacer ni á qué resolverme; no podia escaparme, y aun cuando hubiera podido me habia comprometido por una palabra y un deber de caridad me impulsaba á socorrer en conciencia al marqués y disponerle á bien morir.

«Entré, pues, en la galeria, y abrazando á aquel pobre desgraciado que se hallaba bañado en lágrimas, le exhorté en los mejores términos y lo mas fervorosamente que me fué posible y Dios quiso inspirarme á que se resolviese á morir y pensase en su conciencia, pues no habia mas esperanzas de vida para él, que ofreciese y padeciese su muerte por la justicia, debiendo poner únicamente su es-

peranza en Dios para la eternidad donde encontraría su consuelo.

«Después de oír tan triste noticia dió dos ó tres grandes gritos y se puso de rodillas delante de mí, y habiéndome yo sentado en uno de los bancos de la galería, comenzó su confesión. Le hice hacer actos de fé, esperanza y caridad, renunciando á todo pensamiento mundano. La dijo entre francés é italiano, lo mejor que podía explicarse. El capellan de la reina llegó cuando yo le estaba preguntando la aclaracion de una duda; viéndole el marqués, sin aguardar mi absolucion se dirigió á él esperando gracia de su favor. Hablaron bajo bastante tiempo teniéndose agarradas las manos y relirados en un rincon, y habiendo terminado su conferencia el capellan salió llevándose consigo al gefe de los encargados de la ejecucion: á poco volvió éste solo y le dijo:

—«Marqués, pide perdon á Dios, porque sin aguardar mas es preciso morir. ¿Te has confesado?»

«Y al decir estas palabras le empujó contra la pared de la galería en el sitio donde está la pintura de San German de Laya: yo no pude volverme tan pronto de espaldas que no viese le habia dado una estocada en el estómago, en el lado derecho; el marqués queriendo parar el golpe agarró la espada con la mano derecha cortándose tres dedos, torciéndose la espada. Entonces dijo á uno que se hallaba armado por debajo, como en efecto lo estaba, con una cota de malla, que pesaba de nueve á diez libras, lo que hizo redoblar los golpes que le adestaban, y dirigiéndose á mí el marqués me dijo: ¡Padre mio, padre mio! Me acerqué á él, se separaron un poco los ejecutores, y con una rodilla en tierra me suplicó pidiera por él perdon á Dios, añadiendo otras cosas todavía, le di la absolucion, y por penitencia, en fin, la muerte por sus pecados, perdonando á todos los que le hacian morir: recibida la absolucion se arrojaron sobre él derribándole en el suelo, dándole uno de ellos un golpe en la cabeza que le rompió el cráneo; hallándose tendido, él mismo hizo señas de que le cortáran el cuello: pero á pesar de los nuevos golpes que le dieron no consiguieron hacerle grande daño, porque la cota de malla le subia mucho é impedía el que le hiriesen. Entretanto yo le exhortaba á que se acordase de Dios y sufriese con paciencia, y otras cosas semejantes.

«En este tiempo el gefe me preguntó si debía rematarle; yo me retiré bruscamente al oír esto, y le dije que yo no habia venido allí para darle consejos, que yo pedia su vida y no su muerte; me pidió perdon y confesó que habia hecho mal en hacerme semejante pregunta.

«Mientras pasaba esto, el marqués, que no aguardaba mas que el último golpe, oyó abrir la puerta de la galería y recobró ánimo.

Volvió la vista y viendo era el capellan el que entraba, se arrastró hácia él apoyándose contra la pared solicitando hablar con él. El capellan pasó á la mano izquierda del marqués: yo me quedé á la derecha; el marqués volvióse hácia el capellan y juntando las manos le dijo alguna cosa como si se confesara; después de ella, el capellan le dijo que pidiese perdon á Dios, y habiéndome pedido permiso le dió la absolucion.

«En seguida se retiró el capellan diciéndome que permaneciese al lado del marqués y que él iba á ver á la reina de Suecia. En este tiempo habian dado un nuevo golpe en el cuello al marqués con una espada larga y estrecha que le atravesó la garganta, de cuyo golpe cayó al suelo sobre el lado derecho, no dándole mas. Permaneció así mas de un cuarto de hora, respirando durante el cual yo le gritaba y le exhortaba lo mejor que me era posible. En cuanto el marqués se desangró, terminó su vida, á las tres y tres cuartos de la tarde. Recité el *De profundis* con la oracion de los difuntos: después el gefe de los tres le meneó una pierna y un brazo, y hallándole cadáver le registró los bolsillos encontrando solo un librito de Horas de la Virgen y un cuchillo.

«Hecho esto marcháronse los tres y yo después para recibir las órdenes de S. M. Aquella reina, asegurada de la muerte del marqués, manifestó pesar por haberse visto obligada á hacer aquella ejecucion en su persona: pero como era justa por su crimen y traicion, rogaba á Dios le perdonase. Me mandó que tuviese cuidado de hacer levantar el cadáver y enterrarlo y me dijo que queria hacer decir muchas misas por el descanso de su alma. Mandé hacer una caja, donde se metió el cadáver, ponerla en una carreta, y á causa de la niebla y mal estado de los caminos le hice llevar á la parroquia de About por mi vicario, acompañado de tres hombres, con orden de enterrarle en la iglesia cerca de la pila del agua bendita, lo que fué ejecutado á las cinco y tres cuartos de la tarde.»

Luis XIV supo esta muerte y llevó á mal que otro mas que él pretendiese ser rey é hiciese justicia en el reino de Francia: hizo, pues, entender á Cristina su descontento por medio del cardenal Mazarino, y á la carta de este respondió Cristina.

«Monseñor Mazarino: os han referido los detalles de Monaldeschi y veo estais muy mal informado.

«Encuentro muy extraño que empleis tantas gentes inútilmente para enteraros de la verdad del hecho. Vuestro proceder no debia, sin embargo, asombrarme por loco que seais: pero jamás hubiera creído que ni vos ni vuestro jóven y orgulloso amo, os hubiéseis atrevido á manifestarme el menor resentimiento.

«Sabed todos, tanto los que sois criados

como amos, pequeños y grandes, que me ha dado la gana de obrar así: que no quiero ni debo dar cuenta de mis acciones á nadie, y sobretodo á fanfarrones como vos. Representais un singular personage para un hombre de vuestro rango: pero cualquiera que sean las razones que os han determinado á escribirme, hago muy poco caso para ocuparme de ello un solo instante.

«Quiero que digais esto á quien lo quiera oír, porque á Cristina la importa muy poco la corte, y todavía menos vos: que para vengarme no tengo necesidad de recurrir á vuestro formidable poder: mi honor lo ha querido así: mi voluntad es la ley que debeis respetar. Acatarla es vuestro deber. Y muchas gentes, que yo no temo mas que á vos, harían bien en aprender lo que deben á sus iguales, antes que meter mas ruido de lo que conviene.

«Sabed, en fin, señor cardenal, que Cristina es reina donde quiera que se halle, y en cualquiera lugar que se complazca habitar, los hombres la respetarán porque valdrán mas que vos y vuestros confidentes.

«El príncipe de Condé tenia muchísima razon exclamando, cuando le teniais preso injustamente en Vincennes: este viejo zorro no cesará jamás de ultrajar á los buenos servidores del Estado, á menos que el parlamento no despida ó castigue severamente á este ilustrísimo bribon de Piscina.

«Creedme, pues, Julio, comportaros de manera que merezcáis mi benevolencia; para ello tendreis mucho que hacer y que corregiros. Dios os preserve de aventurar nunca la menor palabra indiscreta sobre mi persona: aunque me halle al fin del mundo estaré instruida de vuestros manejos: tengo amigos y cortesanos á mi servicio que son tan diestros y tan vigilantes como los vuestros, aunque no tan bien pagados.»

Quince dias despues de haber recibido esta carta, el rey de Francia, acompañado del cardenal Mazarino y de toda su corte vino á hacer una solemne visita á la ex-reina de Suecia.

## EL VEINTE DE ABRIL.

No era esta la sola ejecucion que Fontainebleau debió ver.

En 1664 Luis XIV decretó el arresto de Fouquet, y el 22 de octubre de 1683, revocó tambien allí el edicto de Nantes. Este último suceso hacia escribir á Cristina, de quien

uno de los privilegios reales que habia conservado, como se ha podido ver por la carta anterior, era el estilo epistolar, esto que la valió que el rey dejara de escribirla: «Considero hoy la Francia como un enfermo á quien se han roto brazos y piernas para curarlo de un mal, que un poco de paciencia y un poco de calma hubieran ciertamente curado: pero temo al presente que el mal sea incurable.» Cristina se engañaba, pues solo costó á la Francia veinte ó veinte y cinco años de guerra civil.

Hácia el fin de la vejez de Luis XIV, Fontainebleau fué abandonado por Marly. El 26 de octubre de 1728, Luis XV cogió allí las viruelas, lo que comenzó á rebajar el crédito de aquel sitio real favorito. Fué todavía, mientras duró su reinado, en la época de los viajes de otoño, notable por alguna de aquellas mezquinas intrigas que señalan el reinado de Mad. Pompadour y de la Dubarry; pero casi completamente abandonado en tiempo de Luis XVI, no pasó allí, durante todo el intervalo que separa la vejez de Luis XIV de la juventud de Napoleon, nada que merezca ser referido.

El nuevo emperador, que no pudiendo aproximarse por el nacimiento á las antiguas dinastías, queria al menos aproximarse por los hábitos á ellas, vino á residir un poco de tiempo á Fontainebleau: y viendo el abandono y deterioro á que estaba reducido este sitio real, dió orden para su entera restauracion. De repente aquellos trabajos fueron activados extraordinariamente: Fontainebleau habia sido señalado para el sitio de la entrevista que iba á verificarse entre Napoleon y el papa Pio VII, que dejaba á Roma para venir á consagrar al emperador.

Pero Napoleon era uno de esos genios impacientes que no pueden aguardar. Así hizo con Pio VII en 1804 lo que con Maria Luisa en 1808: en lugar de esperar en Fontainebleau hasta que el papa hubiese hecho su entrada en el palacio, subió en su carruaje y marchó á su encuentro, que se verificó en la cruz de San Herem. Allí es donde doce años mas tarde, Luis XVIII, impaciente á su vez como Napoleon, debia venir á recibir á Carolina de Nápoles, prometida esposa de su sobrino el duque de Berry.

Pio VII subió al carruaje del emperador, que sentado á su derecha, el 25 de noviembre de 1804, hácia las dos de la tarde, entraron juntos en Fontainebleau, donde pasaron el resto del dia.

Un año despues, Napoleon, despues de haber colocado sobre su cabeza otra corona y haberla rodeado de esta divisa: ¡Dios me la ha dado, desgraciado del que la toque! supo en Génova la gran coalicion que se organizaba contra él. Inmediatamente sube á una silla de posta, y sin detenerse, en cincuenta horas llegó á Fontainebleau: allí, mientras se le

prepara apresuradamente cuarto y cena, hace abrir con presteza la puerta de su gabinete topográfico, y tomando algunas frutas que manda traer, descansó un momento, y combinó aquel plan célebre que comienza por la toma de Ulm y concluye por la batalla de Austerlitz.

Recordando las costumbres de Luis XIV, restableció las jornadas de Fontainebleau, y dió allí en 1807 notables funciones con motivo del matrimonio de Gerónimo, para el que acababa de cortar un reino en el corazón de la Alemania, con la princesa Federica Catalina Wurtemberg. Allí fué donde durante su permanencia de un mes, decidió el bloqueo continental, y que Portugal fuese dividido en tres partes: la septentrional fué dada al rey de Etruria para indemnizarle de la Toscana, que agregaba á la Francia: la meridional se adjudicó con el título de Principado á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, en recompensa de sus buenos y leales servicios y la parte de en medio se mantenía en depósito para un caso dado.

En el mes de junio de 1808, el rey Carlos IV, que llegó á Fontainebleau, acababa de cambiar su reino de España y de las Indias, por una prision real en Francia.

En 1809, Napoleon volvió á Fontainebleau. El vencedor de Wagram y de Friedland se hallaba entonces en el apogeo de su gloria: una sola cosa le faltaba para consolidar su trono, y ésta era tener un heredero. Durante aquel viage fué decidido el divorcio, y anunciado á la emperatriz de una manera oficial: verdad es, que hacia cuatro años que aquel divorcio era el incesante y mortal temor de aquella pobre princesa. Al partir á Milan, y como llorase abrazando á Eugenio: «Tú lloras, le habia dicho Napoleon, tú lloras por una separacion momentánea. Si el pesar de abandonar á tu hijo es tan poderoso, es porque hay un gran goce en tenerlo: juzga, pues, lo que deben sufrir los que no los tienen.»

No era mas que una palabra; pero Napoleon decia tan pocas, que cada una de ellas tenia una significacion.

En 1810, Napoleon lanzó desde Fontainebleau aquel terrible decreto que mandaba quemar todas las mercancías inglesas que fuesen cogidas en Francia y en las diferentes naciones donde reinaba por delegacion.

El 19 de julio de 1812 volvió á entrar Pio VII en Fontainebleau, pero sin que saliese esta vez nadie á su encuentro: entonces entraba allí no como soberano pontífice sino como prisionero.

Hacia principios de enero de 1813, Napoleon volvió á Fontainebleau: acababa de pasar 1812, como un espectro entre el conquistador y su fortuna. Su carácter altivo se habia agriado con sus derrotas: el invencible comprendia tal vez que podia ser vencido. Aquel que se habia creído un instante un dios se

veia forzado á confesar que no era mas que un hombre.

Quería antes de marchar á Sajonia terminar los negocios de la Iglesia. Llegó á Fontainebleau, y preguntó por su sagrado huésped. Le dijeron que á pesar del permiso que le estaba concedido para pasear en los jardines, á cuyo fin todos los días se habian puesto á su disposicion los coches imperiales, el papa no habia querido poner el pie fuera de su cuarto: «Si, si, murmuró Napoleon, quiere que le crean prisionero.» Y se hizo anunciar á Pio VII.

Larga y acalorada fué á lo que parece la conferencia, y sin embargo, no produjo ningun resultado. Pio VII veia inclinarse á Napoleon, como aquellas estatuas de los falsos dioses que los primitivos pontífices tocaban con su poderoso dedo; no quiso ceder nada. Napoleon salió de su cuarto tanto mas furioso, cuanto que por respeto á su carácter y á su edad se habia visto forzado á contenerse. Al encontrar al cardenal Fesch, le contó lo que acababa de pasar; y como callase

—Pero; ¿á dónde quiere ese obstinado anciano, exclamó Napoleon, que yo le lleve?

—Al cielo tal vez, respondió el cardenal.

Al oír esta respuesta, se calmó en el mismo instante Napoleon.

Pio VII permaneció en Fontainebleau hasta el 24 de enero de 1814, y durante toda su cautividad, es decir, cerca de dos años, hel á su primera resolucion, no quiso pasar de la puerta de su cuarto.

Entretanto el Occidente septentrional se anublaba mas y mas. La tempestad se adelantaba incesantemente hácia Paris, y cada día se oía mas cerca de la capital tronar como un rayo el cañon del enemigo.

El 30 de marzo de 1814, á las nueve de la noche, un carruaje procedente de Villanueva sobre Vannes, llegaba á Fontainebleau reventando los caballos; un correo le precedia como unos diez minutos gritando: ¡el emperador, el emperador! En un segundo fueron desencanchados y enganchados los caballos; Napoleon no tuvo tiempo mas que para decir algunas palabras al maestro de postas.

—¿Habeis oído el cañon durante el día?

—Si, señor.

—¿Con que no me habian engañado? ¿en qué direccion?

—En la direccion de Paris.

—Está bien. ¿A qué hora ha cesado?

—A las cinco.

Y el carruaje volvió á tomar su carrera como arrebatado por el viento.

A las diez de la noche Napoleon no se hallaba mas que á diez leguas de distancia de las puertas de Paris: mudó caballos en Fromenteau y volvió á partir con la misma rapidez. Llegado á la fuente de Juvisi cruzó un edecan pasando por delante de él con toda la celeridad de su caballo. Reconoce el uniforme, le

llama, le dice algunas palabras, baja del carriage, y va á sentarse en uno de los bancos de piedra que hay á la orilla, habla larga y vivamente con el mensajero; se hace traer un vaso de agua de la fuente. Vuelve á subir al carriage y con el mismo rostro y la misma voz con que habia gritado ¡á Paris! grita á los postillones ¡á Fontainebleau!

Paris se habia rendido á las cinco de la tarde, y el enemigo debia entrar al amanecer.

Cinco dias despues, Napoleon escribia sobre un papel volante algunas lineas, las mas importantes tal vez que pluma humana trazó jamás.

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador era él solo obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus hijos al trono de Francia y de Italia, y no hay sacrificio alguno, aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por los intereses de la Francia.»

Se enseñan en Fontainebleau la mesa sobre que se escribieron estas lineas, pero nadie sabe que se ha hecho del autógrafo imperial.

En la noche del 42 al 43 el silencio del palacio fué turbado repentinamente por gritos: salen precipitadamente, se tropiezan en sus corredores, todos preguntan lo que pasa y voces confusas responden: «El emperador se ha envenenado.»

A esta noticia cada cual se precipita hácia la cámara que ocupa; la puerta se cierra apenas entran el gran mariscal Bertrand, el duque de Vicencio el duque de Bassano y el cirujano Ivan: nadie mas puede entrar. Se paran, escuchan, se oyen gemidos y nada mas.

De repente se abre la puerta y vuelve á cerrarse: el doctor Ivan sale pálido como un espectro. Quieren preguntarle, pero estiendo la mano sin responder y se obedece aquella orden abriéndole paso. Baja rápidamente las escaleras; entra en el patio, encuentra un caballo atado á la verja, y en seguida sube en él, se aleja al galope y desaparece en la oscuridad.

A la mañana siguiente, 43 de abril, Napoleon se levantó y se vistió como de ordinario: únicamente su hermosa cabeza siempre tranquila y pensativa, está mas pálida que de costumbre.

Ahora ved aqui lo que cuentan.

Napoleon habia oido hablar del veneno de Condorcet. En el momento de la retirada de Rusia, resuelto á no caer vivo en manos de sus enemigos, habia hecho venir á Cabanis y le habia pedido que preparase una composicion semejante. Cabanis habia escrito la receta y el doctor Ivan la habia hecho confeccionar. Durante toda la retirada, Napoleon habia llevado aquella composicion en una bolsita suspendida de su cuello. Despues de su entrada en Francia, fué depositada en un se-

creto de su neceser de viage, del que no se separaba jamás, y que al morir legó á su hijo.

En el silencio de la noche, durante uno de aquellos insomnios, que le eran habituales hacia dos ó tres años, viendo que todos le abandonaban con la fortuna, que los unos le eran ingratos y los otros traidores, habia pensado en el veneno que hacia dos años llevaba en el secreto de su neceser. El ayuda de cámara, que dormia en el aposento del lado, le habia oido levantarse, y á través de la cerradura de la puerta le habia visto desleir unos polvos en un vaso, despues beber y acostarse.

Durante mas de un cuarto de hora habia reinado un profundo silencio: era la lucha del valor y del dolor; pero al fin el valor fué vencido.

A los gemidos que Napoleon habia dado, el criado habia acudido, habia preguntado, suplicado; despues, viendo que no podia sacar respuesta alguna se habia lanzado fuera del cuarto y corrido al de los mas allegados al emperador, dando los gritos á que todo el mundo habia despertado. Lo hemos dicho: el gran mariscal Bertrand, el duque de Vicencio, el duque de Bassano é Ivan habian acudido; y al ver á este último, Napoleon se habia incorporado sobre su cama y habia exclamado enseñándole la bolsita vacia:

—¿Con qué todo el mundo me vende aqui? ¡Hasta el veneno!...

Entonces Ivan habia perdido la cabeza: sin responder nada, sin tratar de disculparse, habia salido, habia montado en el primer caballo que habia encontrado y habia desaparecido.

Los que vayan á Fontainebleau notarán que les enseñan el aposento en que pasó este terrible drama.

El 20 de abril, á las seis de la mañana, Napoleon supo dos últimas deserciones: su ayuda de cámara Constante y su mameluco habian desaparecido durante la noche: á las diez le anunciaron que el general austriaco Koller acababa de llegar. Al medio dia los coches de viage entran en el patio del Caballo Blanco y se colocan al pie de la escalera que forma la escalinata. A las doce y media la guardia imperial recibe la orden de tomar las armas y de formar en batalla. A la una se abre la puerta y aparece Napoleon. Sobre los escalones de la escalinata están el duque de Bassano, el general Beliard, el coronel Bussy, el coronel Anatolio de Montesquieu, el conde de Turenne, el general Foulér, el baron Blesnim, el coronel Gourgeau, el baron Fain, el teniente coronel Atalin, el baron de La Place, el baron Leborgne de Ideville, el caballero Jouane, el general Kosakowski y el coronel Vonsowien.

Algunos de estos nombres son desconocidos; pero su presencia en semejante momento bastará para hacerlos conocer.

Esto es todo cuanto queda á Napoleon

de aquella corte de emperadores, de reyes, de príncipes y de mariscales que le rodeaba en el Erfurt.

El duque de Vicencio y el general Flahaut se hallaban en misión.

Napoleon se detiene un instante sobre la escalinata, abarca con un golpe de vista todo lo que le rodea, sonrie tristemente, despues baja lentamente y á cada escalon encuentra una mano que estrecha; despues adelántase en medio de sus soldados y hace señal de que quiere hablar.

Escuchan.

Entonces, con aquella voz vibrante con que hacia sus proclamas de Marengo, de Austerlitz y de la Moscowa:

«Soldados de mi antigua guardia, dijo, os doy mi último adiós. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de valor y de fidelidad. Con hombres tales como vosotros, nuestra causa no estaba perdida; pero la guerra seria interminable, seria la guerra civil y la Francia hubiera sido mas desgraciada: he sacrificado todos nuestros intereses á los de la patria. Me marcho: adiós amigos míos; continuad sirviendo á la Francia: su felicidad era mi único pensamiento, siempre será el objeto de mis deseos. No compadezcáis mi suerte: si he consentido en sobrevivir es para servir aun á vuestra gloria: quiero escribir las grandes cosas que juntos hemos hecho. Adiós, hijos míos, quisiera estrecharos á todos sobre mi corazón.—Abraza todavía aun vuestra bandera!...»

Aquí le falta la voz y la bandera que toma en sus brazos oculta y enjuga sus lágrimas. No se oyen mas que sollozos: todos aquellos hombres lloran como hijos que van á perder á un padre.

Pero la voz del emperador se hace oír de nuevo.

«Adiós todavía una vez mas, dijo, mis antiguos compañeros; que esté beso pase á vuestros corazones.»

Y se lanza en el carruaje donde le aguarda el mariscal Bertrand.

Parte el carruaje y Napoleon desaparece á las miradas de sus viejos compañeros de armas.

¡Lo volveremos á encontrar en la isla de Elba!

Mr. Jamin, autor de un folleto del que hemos tomado muy buenas cosas, nos hizo los honores en Fontainebleau, y nos enseñó desde el cuarto donde Francisco I vino á visitar á Leonardo de Vinci, moribundo, hasta el en que el emperador firmó su abdicación (4).

(4) Por una coincidencia estraña, el fresco del techo representa la Fuerza imponiendo su voluntad á la Justicia.

Despues nos llevó á la iglesia de Avon, y nos enseñó el sepulcro de Monaldeschi, y con la relacion del P. Lebel en la mano lo hubiéramos hallado al pie de la pila del agua bendita, aunque una manoma piadosa que sabia no hubiese escrito este corto epitafio, apenas legible: «Aquí yace Monaldeschi.»

En la misma iglesia se asegura que están enterradas las entrañas de Felipe el Hermoso. Se enseña la losa que las cubre, pero en la inscripcion, borrada por los pies de los curiosos y por las rodillas de los fieles, no se pueden leer mas que estas palabras: «Y murió el año de la Encarnacion 1215, el dia de Pascuas.»

A los dos lados de la puerta principal, y en la pared, están los sepulcros de Vaubantton y de Bezout.

Al salir de la iglesia nos despedimos de nuestro complaciente ciceroni, y subiendo en el carruaje nos volvimos á poner en camino.

## EL DOCTOR M....

La misma noche hacia las nueve llegamos á Cosne. Yo tenia en los alrededores de aquella villa, un jóven conocido mio que vivia con su muger y dos hermosos niños en su hacienda, la cual le producía diez ó doce mil libras de renta, de la que se comia patriarcalmente la sexta parte en diez meses en su hacienda, y el resto en seis semanas en Paris. Me había frecuentemente convidado, si mis correrías me llevaban hacia las inmediaciones de Cosne, á hacer una cacería en su hacienda prometiéndome abundante caza: de modo que como la caza es cada vez mas rara, nos habiamos detenido en Cosne con intencion de aprovechar al dia siguiente su invitacion. Así al llegar al hotel del *Gran Ciervo*, lo primero que hice fué informarme de la hacienda de Marsilly, y de mi amigo Ambrosio R..., y supe que Marsilly está á dos leguas, y que mi amigo Ambrosio R... se había por fortuna alojado aquella misma tarde en el hotel. Habia sido llamado á Cosne para ser testigo en la formacion del proceso del doctor M..., el cual se hallaba acusado de haber envenenado á su muger y á su hija.

Como Ambrosio había salido en aquel instante, preguntamos si había alguna curiosidad que ver en la ciudad interin llegaba la hora de la cena, que nuestro huésped nos había ofrecido servirnos dentro de media hora. Nos respondieron que no había mas que la manufatura de áncoras y de balas, cuyas fraguas

funcionaban en aquel momento precisamente. Entonces nos encaminamos hacia ellas.

Yo tengo pocas simpatías por las manufacturas: el empleo de máquinas de grandes fuerzas mecánicas, me asusta siempre por su impasibilidad. Las hay sobre todo cuyo estado es laminar, que laminan eternamente. Cualquiera cosa que cogen con sus dientes de hierro, una vez cogida deben hacerla pasar por el agujero mas ó menos grande hácia el que arrojan las materias fabriles: cualquier volumen que entre, aunque sea mas grande que el tronco de una encina, saldrá delgado como una aguja de hacer media. En cuanto á la máquina da vueltas; este es su derecho y su deber: poco le importa la materia que hace pedazos y que alarga. La presentan una barra de hierro; el monstruo la atrae á sí, y la devora: no retiréis inmediatamente la mano; la máquina os pellizca la punta de los dedos, y todo ha concluido. Por mucho que griteis, sino hay allí pronto un obrero con un hacha para cortaros el puño, despues del dedo viene la mano, despues de la mano el brazo, despues del brazo el cuello, y despues del cuello la cabeza. Gritos, juramentos, súplicas, nada importa: lo mas cierto para vuestros amigos y vuestra familia, es, aguardaros al otro lado de la máquina. Habeis entrado hombre y salís hecho un alambre: en cinco minutos habeis crecido doscientos pies.

Esto es curioso, pero no es agradable. Así yo miro siempre con cierta prevención estos poderosos auxiliares de la industria humana á quienes no se puede hacer entender la razon: poco aficionado, pues, á la mecánica de Mr. Cenis, director de la manufactura de Cosne, me quedé en la puerta, para observar desde allí.

Jamás he visto una cosa tan estraña como aquel inmenso edificio, del que era imposible ver los detalles, pues no estaba alumbrado mas que por el resplandor de las fraguas, entonces en movimiento. El fuego que se levantaba de los hornos revestia á los hombres y á los objetos comprendidos en el radio que abrazaba, de los tintes mas fantásticos; desde el rojo ardiente hasta el azul pálido. Despues, de tiempo en tiempo, las llamas se iban extinguendo y sacaban del brasero un hierro ardiendo, lo colocaban con ayuda de unas enormes tenazas sobre un colosal yunque, y cinco ó seis martillos caían sobre él cadenciosamente. A cada golpe que daban se desprendían haces de chispas luminando como un relámpago las mas recónditas profundidades de aquel averno sin fin. Entonces, por espacio de un segundo, se veían funcionando seres inauditos, gigantescos, parecidos en su forma á monstruos de aquel ignorado mar, de quien en los momentos de oscuridad no se oían mas que los rugidos. Los habia semejantes á tijeras de gigante que abrían sus aceradas quijadas enteramente y que cada vez que se cerraban corta-

ban, como si fuese paja, barras de hierro del grueso de un muslo: habia otros que con su formidable trompa, cogían y levantaban piezas enormes: habia, en fin, otros cuya forma y destino era imposible distinguir, que funcionaban separados y velozmente, cual malhechores que tratan de ocultar su crimen.

Mr. Cenis, despues de habernos enseñado todo aquel conjunto asombroso de fuerzas mecánicas, nos convidó á volver otro dia para ver un martinete que estaba aguardando de Rocheford, que pesaba mas de nueve mil libras. Forzoso me fué recorrer aquellos sitios maravillosos: aquella caverna de Polifemo.

Errantes andábamos en aquellas profundidades cuando nos llamó Mr. Cenis. Iba á hacerse una fundición. Fuimos á colocarnos cerca de un reguero de arena por el cual debía correr el ardiente liquido. Las dos fraguas se apagaron, una despues de otra, y los obreros corrieron á los dos lados del molde. La oscuridad se hizo mas profunda, y bien pronto solo nos vimos iluminados por la boca del encendido horno. El maestro fundidor dió con unas tenazas tres ó cuatro golpes en el tapon que retenia la fundición, se rompió, y el metal, parecido á una lava, salió á grandes borbotones de los costados del horno y se estendió como una inmensa serpiente de llamas en una longitud de sesenta á ochenta pies. Un obrero me contó que un dia uno de sus compañeros, que distraído por su vecino no seguía la operacion, habia sido sorprendido por el metal fundido. El desgraciado arrojó un grito y cayó como un árbol que se corta; tenia partidos los dos pies por encima del tobillo. En cuanto á los miembros que habia perdido se los buscó en la lava: esta los habia devorado y no habia dejado el menor vestigio.

Al concluir esta relacion hice notar á Jadin que la media hora que habíamos pedido á nuestro huésped, habia pasado con mucho, y nos despedimos de Mr. Cenis pidiendo saludase á todas sus máquinas de nuestra parte.

Al volver encontramos muchos grupos; Cosne se hallaba en una agitacion escepcional. Toda ciudad de provincia de buenas costumbres debe recogerse á las nueve de la noche: eran cerca de las diez y las tiendas se veían abiertas y sus habitantes en las calles. Nos informamos de la causa de aquel extraordinario movimiento y supimos que el doctor M..., el mismo que habia sido acusado de envenenamiento en las personas de su muger y su hija, acababa de suicidarse en su prision abriéndose la arteria crural. Esto habia producido en Cosne gran sensacion. En semejante suceso habia motivo sobrado para que una ciudad de seis mil almas estuviere despierta una media hora mas tarde que de costumbre.

Al entrar en el hotel hallamos á Ambrosio R.... que habiendo sabido nuestra llegada nos aguardaba. Le convidamos á cenar con nosotros, pero rehusó: la vista del cadáver del

doctor M.... cuya identidad acababa de atestiguar, le habia quitado el apetito.

Le preguntamos entonces por qué casualidad se veía mezclado como testigo en aquel horrible asunto, y nos contó una de esas historias terribles que manifiestan á qué extremos conduce la debilidad humana.

El doctor M.... habitaba en una aldea á dos ó tres leguas de la hacienda de Ambrosio; eran amigos hacia muchísimo tiempo; casi compañeros de colegio, se veían tanto cuanto las circunstancias de sus respectivos negocios lo permitían.

El doctor se habia casado con una jóven de los alrededores, que le habia traído en dote un centenar de miles de francos, de los que ella le habia hecho donacion en los contratos matrimoniales, en el caso de fallecer sin hijos. Al cabo de diez meses la jóven parió una niña, de cuyo suceso parecieron tan satisfechos el uno como el otro.

Pasaron tres años. De pronto se oyó decir que madama M.... acababa de morir súbitamente. Corrieron á la casa mortuoria, como es costumbre en provincia: encontraron desconsolado al marido: tenia á su hija abrazada, y decia que solo su hija podia hacerle soportar la vida.

Tres meses despues la niña cayó mala á su vez, y por mas cuidados que la prodigó su padre, murió. Durante tres meses, en diez leguas á la redonda no se habló mas que de la desgracia del doctor M.... Estuvo muchísimo tiempo sin presentarse ni aun en las casas de sus mejores amigos, y cuando se presentó en público todos le encontraron horriblemente mudado. El interés que en todos despertó fué muy provechoso á su fortuna y en menos de un año dobó su parroquia.

Hacia diez y ocho meses casi que el doctor habia perdido su muger, cuando la de Ambrosio, que hacia algunos dias aguardaba el momento de parir, se sintió con dolores. Ambrosio montó inmediatamente á caballo y corrió en busca del doctor M.... Cuando llegó, el doctor montó á caballo y volvieron á Marsilly hácia las dos de la tarde.

El parto duró hasta las siete de la tarde, en cuya hora la muger de Ambrosio parió una hermosa niña. Viendo la criatura, el doctor M.... estuvo á punto de ponerse malo. Sin duda, la vista de aquella niña habia recordado al pobre padre las pérdidas que habia sufrido, y la alegría de su amigo redobó su dolor.

A la hora de comer el doctor apenas probó bocado. A las nueve el criado de Ambrosio, segun la órden de éste, ensilló el caballo del doctor, y vino á anunciarle que si queria volver á su casa, la caballería estaba lista. El doctor se levantó, pero tuvo inmediatamente que volverse á sentar poniéndose pálido. Ambrosio se acercó á él apresuradamente y le cogió la mano. Su mano estaba fria, y sin embargo

gruesas gotas de sudor caian de su frente. Ambrosio le preguntó qué tenia, el doctor se sonrió y respondió que no era nada. A pesar de que Ambrosio le habia oído decir tenia necesidad de volver á su casa aquella noche, visto su estado, le ofreció pasar aquella noche en Marsilly. El doctor sin responderle dió algunos pasos hácia la puerta; pero al llegar á ella se detuvo, y despues, retrocediendo de pronto:

—Si, dijo, me quedaré.

—¿Te sientes malo? le preguntó Ambrosio.

—No, pero tengo miedo, le contestó el doctor.

A aquella estraña respuesta, Ambrosio miró cara á cara á su amigo. Veinte años hacia que le conocia como á un hombre valiente. Cien veces al año sus parroquianos le llamaban fuera de su casa á todas horas del dia y de la noche, y jamás habia dado la menor muestra de miedo ni de debilidad; únicamente desde la muerte de su muger muchos de sus parroquianos se habian quejado de que teniendo necesidad de él por la noche, por urgente que fuese el caso, evitaba por diferentes pretextos el ir á las casas de los que le llamaban. Recordando esto Ambrosio y tambien que tenia que atravesar un bosque para ir á su casa desde Marsilly, ofreció al doctor acompañarlo ó bien prestarle sus pistolas si tenia algun mal encuentro. Pero el doctor meneó la cabeza, respondiendo dos veces:

—No es eso, no es eso.

Ambrosio, que no deseaba otra cosa sino que se quedase el doctor por si su muger tenia nuevamente necesidad de él, no insistió mas y mandó á su criado que preparase una cama para su huésped. Entonces el doctor le preguntó si seria lo mismo que se la pusiesen en su cuarto junto á la suya. Ambrosio, no teniendo motivo alguno para oponerse á ello, consintió; y antes de acostarse fué á ver á su muger; dormia: Ambrosio recomendó que le despertasen si hubiera alguna novedad; dejó á la criada al cuidado de la parida y volvió al cuarto donde habia dejado al doctor.

Le encontró paseándose á grandes pasos con un aire agitado: por el momento no fijó su atencion en esto. Tomó una vela que encendió en la llama de la que ya tenia encendida el doctor y pasó á su cuarto que, segun habia pedido el doctor, era el de los dos.

Ambrosio se acostó y apagó su vela, el doctor se acostó tambien pero dejó encendida la suya. Ambrosio se durmió.

A la mitad de la noche le despertaron unos gemidos. Fuera de un débil rayo de luna que pasaba por entre las persianas y que iluminaba con su ténue resplandor una parte de la cama, todo el cuarto se hallaba en la mas completa oscuridad. Creyó al pronto que habia tomado algun sueño por realidad: pero se repitieron los gemidos; venian de la cama del doctor.

—¿Eres tú quien te quejas, Luis? preguntó Ambrosio.

Solamente un nuevo suspiro respondió á esta pregunta.

—¿Tienes algo?...

Esta pregunta provocó una especie de suspiro y nada mas.

—¿Sueñas ó estás despierto? preguntó Ambrosio con impaciencia incorporándose en la cama.

—Estoy despierto, respondió el doctor: hace diez y ocho meses que no duermo.

—¿Qué quieres decirme? preguntó Ambrosio.

—Escucha. Hace demasiado tiempo que esto me sofoca; es preciso que te lo diga todo ó me muero!

—¡Estás loco! dijo Ambrosio. ¿Qué tienes, pues, que decirme?

—Aguarda, dijo el doctor, necesito decirte lo al oído.

Había en la voz de su compañero de cuarto un acento tan profundamente sombrío, que Ambrosio se estremeció: buscó sobre la mesa de noche una fosforera. Habiendo oído el doctor un movimiento, adivinó su intencion y exclamó:

—No, no, sin luz; sino no hablaré.

Al mismo tiempo Ambrosio oyó que bajaba de la cama, dirigiase á la ventana á correr la cortina, de modo que no entrase el rayo de la luna que caía sobre su cama: despues le oyó aproximarse á tientas á su cabecera. Estendió la mano y encontró la del doctor; la tenía tan helada como si fuera una mano de marfil, y sin embargo, cubierta de sudor. Ambrosio quiso retirar la suya; pero el doctor se la agarró con fuerza y apoyó en ella sus labios cayendo al mismo tiempo de rodillas.

—Pero por Dios, ¿qué es lo que tienes? exclamó Ambrosio.

—¿No adivinas nada? preguntó el doctor.

—¿Qué quieres que adivine?

—¿No adivinas que el que te tiene cogida la mano, y el que está aqui de rodillas, cerca de tu cama es un miserable!.... ¡Un infame! ¡un asesino!... Mas que todo esto, ¡un envenenador!...

Ambrosio hizo un movimiento tan violento que desprendió su mano por fuertemente que la tenía cogida el doctor.

—¡Infeliz! exclamó, ¿por qué venir á contármelo á mí? ¿Quién te obliga á decirme eso?

—¡Ah! ¿Quién me obliga? ¿Lo sé yo mismo? ¿Es Dios?... ¿ó son los remordimientos?... ¿Es mi muger?... ¿Es mi hija?... Y pronunció estas palabras con voz apagada.

Ambrosio retrocedió en la cama hasta acercarse á la pared.

—Sí, sí, te causo horror ¿no es verdad? pero no importa; es preciso que te lo diga todo, esto me sofoca, me ahoga: cuando te lo haya contado, estaré aliviado... ¡Ambrosio, yo

he envenenado á mi muger!... ¡Ambrosio, yo he envenenado á mi hija!...

Ambrosio levantó sus dos manos al cielo, y no pudo pronunciar mas que estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Ninguno lo sabia, ninguno habia concebido sospechas, ninguno las hubiera tenido nunca; pero yo encuentro en mi mismo mi propio denunciador; á cada momento está en mis labios este fatal secreto. Sin duda, algun criminal fué el primero que estableció la confesion; por eso me ha parecido que si confesase mi crimen me sentiria aliviado. Esta mañana, cuando me has enviado á buscar, pensaba en tí: esto me pareció un aviso del cielo y desde entonces me he decidido. Verdad es que he vacilado un momento y he estado á punto de marcharme. Si hubiera sido de día, me hubiera marchado; pero era de noche, de noche...

El doctor estendió la mano y cogió la de Ambrosio.

—Y de noche, continuó aproximándose mas á Ambrosio, ¡de noche, tengo miedo!...

—¿Pero por qué vienes á contarme esas cosas horribles?... Yo no soy sacerdote... yo no puedo absolverte.

—Pero tú eres mi amigo y puedes consolarme.

—Pues bien, entonces escucha, dijo Ambrosio desasiéndose de él; voy á hablarte como un amigo, no como sacerdote, pues es un consejo y no la absolucion lo que vienes á pedirme.

—¡Habla, habla!

—Un dia ú otro llegará á ser conocido tu crimen

El doctor se estremeció.

—¡La prision es el cadalso! Es tal vez otra cosa peor... ¡las galeras!... Tienes un padre y una hermana: tu padre seria deshonrado y tu hermana no encontraría marido. Toma mis pistolas, y marcha á levantarte la tapa de los sesos en un rincón del bosque de Marsilly; yo te acompañaré y volveré trayéndome el arma. Mañana dirán que has sido atacado por ladrones y asesinado.

—¿Y si me falta el valor en el momento, y si me tiro y no me mato?

—Entonces escribe que eres tú el que te has matado. Pones en el cajón de la mesa de noche el billete, y si te falta el golpe... ¡bien! yo te acabaré.

El doctor lanzó un gemido, soltó la mano de Ambrosio y se echó hácia atrás. Luego, despues de un momento de silencio:

—Está bien, dijo Ambrosio, ¡eres un cobarde! vuélvete á acostar y no hablemos mas.

—Y... lo que te he confiado, creo que nunca saldrá de tu boca...

—¡Miserable! murmuró Ambrosio: ¿me tomas por un canalla como tú?

El doctor se arrastró sobre sus rodillas y

fué á su cama. Ambrosio salió del cuarto y fué á la alcoba de su muger.

A la mañana siguiente preguntó, qué se habia hecho del doctor: le dijeron que se habia marchado al amanecer.

Seis meses estuvo sin volverlo á ver. Al cabo de este tiempo supo que habia sido arrestado el doctor como sospechoso del envenenamiento de su muger y de su hija.

El criado del doctor que tenia su cuarto sobre el suyo, admirado de oírle pasear, acostarse y volverse á levantar en lugar de dormir, habia bajado una noche y habia mirado por el agujero de la cerradura y habia visto á su amo de rodillas en medio del cuarto y le habia oido pedir perdon á su muger y á su hija. Aquel criado era un hombre que le habia proporcionado su suegro y que era muy fiel y amante de sus antiguos amos. Fué á contárselo todo al anciano á quien la muerte de su hija y de su nieta habia dejado sin familia.

El anciano habia tenido algunas sospechas; pero se disiparon por falta de pruebas: habia cesado de ver á su yerno y nada mas. Se iba murfundo solo como un árbol que se seca aislado, cuando la relacion de su antiguo criado vino á despertar en él sus antiguas dudas. Preguntó al criado si podria hacerle ver y oír lo que él habia visto y oido: el criado le contestó, que nada era mas fácil, que le ocultaria en su cuarto, y que como todas las noches sucedia lo de la pasada, no tenia mas que ir y escuchar, y veria y oiria lo que él habia visto y oido.

Las cosas se hicieron como se dijo.

Convencido el anciano de la culpabilidad de su yerno por sus palabras y lamentos, aquella misma noche fué á casa del procurador del rey é hizo su delacion. A la mañana siguiente fué arrestado el doctor M...

Apenas puesto en prision confesó todo y contó la escena de Marsilly, diciendo al juez lo que ya habia dicho á Ambrosio, que habia llegado un momento en que se sentia con tal necesidad de hablar que impulsado por una fuerza superior lo habia contado todo.

Ambrosio habia sido entonces citado como testigo y habia venido á Cosne á prestar sus declaraciones en el proceso.

Iba á ser interrogado á la mañana siguiente, cuando por la noche, como hemos dicho, el doctor se abrió la arteria crural.

Libre ya de la obligacion que él mismo se habia impuesto, podia contar lo que habia pasado. Nosotros fuimos los primeros que oimos aquella declaracion. Ambrosio hasta entonces no habia dicho una palabra ni aun á su muger.

Adivinase bien que ya no se trató de caza á la mañana siguiente: ademas, Ambrosio se veia obligado á permanecer en Cosne para hacer su declaracion.

En su consecuencia nos despedimos de él la misma noche, y salimos al amanecer para

la *Caridad* donde debiamos detenernos dos horas.

## CURIOSIDADES CHINAS.

Hicimos detener nuestro carruage en frente de la iglesia, que jamás se ha concluido y sin embargo es una ruina: despues nos dirigimos á casa de Mr. Glenc, para quien yo traia carta de recomendacion. Mr. Glenc es uno de esos buenos y amables sabios que con una santa paciencia emplean una parte de su vida en reunir una de esas colecciones particulares que honrarian al museo de una gran ciudad y que les gusta hacer los honores de él, enseñándolo á los importunos que llegan con alguna recomendacion de un desconocido que no tiene derecho á hacerla, y que sin embargo el cortés arqueólogo atiende como si viniese de un amigo. No nos sucedia esto á nosotros, porque ibamos á ver á monsieur Glenc recomendados por Tailor. Asi la primera cosa que hizo fué obligarnos á desayunarnos con él.

Despues del desayuno como hacia una clara en el tiempo, que amenazaba estar lloviendo el resto del dia, Mr. Glenc nos enseñó su ciudad tan célebre en el tiempo de los monestrales y de los Guisais y la Liga, á que debe su nombre de la Caridad que ejercitaban sus fundadores. De la edad media no quedan mas que un castillo ruinoso y su iglesia. Habiamos visitado todo esto en media hora, cuando Mr. Glenc á quien importunábamos con preguntas con la obstinacion del curioso que comienza un viage, recordó un bajo relieve que habia visto hacia unos seis meses antes en una casa particular. Reclamamos á grandes gritos ver aquel bajo relieve, con tal urgencia, que Mr. Glenc se dirigió inmediatamente, seguido de nosotros, á la casa que encerraba aquel tesoro del siglo XII, y llamó á la puerta.

Aquella casa era un miserable edificio, casi arruinado, y que parecia datar de la época del bajo relieve. Subimos por una escalera oscura y de caracol á una especie de arco romano formando alcoba, donde habia una mala cama, y vimos el objeto que veniamos buscando.

Era efectivamente un hermoso bajo relieve del siglo XII, representando con toda su sencilla dureza el arte de aquella época. Dios Padré en medio de sus santos. Los personajes, protegidos por el sitio en que se hallaban, se encontraban bien conservados, excep-

to la figura principal, cuya cabeza estaba rota. Mr. Glenc creyó recordar entonces que cuando había visto la última vez aquella escultura no estaba en la deplorable mutilación que lamentábamos.

En efecto, era fácil conocer que el cuello había sido recientemente desprendido. En su consecuencia preguntó al amo de la casa, de donde provenía que el bajo relieve, cuya conservación tanto le había recomendado, lo encontraba tan echado á perder.

El buen hombre nos contó entonces, con un tono lastimero, la causa de aquel accidente.

El último regimiento que había pasado por la Ciudad-sobre-Loira mudando de guarnición, como de tiempo en tiempo acostumbra á hacerlo los regimientos en Francia, era un regimiento de coraceros. Como todavía hay la costumbre en las capitales y ciudades de provincia de alojar los soldados en casa de los habitantes, el que hablamos había tenido, sin duda por recomendación, por alojado á un sargento. Para obsequiar á su huésped el buen hombre le había cedido su mejor cama, que era la que estaba junto al bajo relieve, yéndole él á acostar á un rincón de su zahurda. Pero aunque aquel lecho fuese magistral, ó tal vez por esta misma causa, todas las grietas eran muy buscadas por las chinches que por millares habían establecido allí su domicilio. De modo que el pobre sargento, apenas apagó la luz, se sintió acometido por enemigos con los que había tenido que habérselas frecuentemente en sus peregrinaciones para no conocerlos al primer golpe. Sin embargo, habituado á las visitas de semejantes huéspedes, cuyas mordeduras no le despertaban cuando no llegaban á cierto número, eran esta vez tantas, y con tal fuerza hostigaban al pobre diablo, que pasó la noche en volver y revolverse sin poder dormir un minuto, y cuando oyó el toque de trompeta que le anunció era tiempo de levantarse no había aun podido cerrar los ojos.

Como es fácil pensar, el sargento saltó de la cama de muy mal humor, y como comenzaba á amanecer, quiso al menos no marcharse sin vengarse; así, pues, comenzó una cacerta en toda regla, y persiguiendo á las fugitivas descubrió el bajo relieve en medio del cual se destacaba la cabeza de Dios Padre entre nubes. Entonces se le ocurrió sería mejor pegar con la causa primera de aquella plaga, y cogiendo su sable con las dos manos.

—¡Ah buen Dios! exclamó, ¿eres tú el que mandaste á Noé que pusiese un par de chinches en el arca? ¡aguarda, aguarda!....

Y al decir estas palabras descargó tal sa- blazo que hizo saltar la divina cabeza al otro lado del cuarto. En cuanto á los santos y santas, como no tenía ningún resentimiento con ellos los dejó perfectamente tranquilos y se retiró sin tocarlos, satisfecho de la justicia de su ejecución.

Antes de este extraño accidente el bajo re-

lieve hubiera podido pasar por el mas completo que había en Francia de aquella época.

Como habíamos visto todo lo que teníamos que ver en la Caridad, nos volvimos á casa de Mr. Glenc perseguidos por las primeras gotas de la lluvia que nos había amenazado desde por la mañana. Era un tiempo á propósito para visitar gabinetes de curiosidades. Subimos, pues, inmediatamente al museo de Mr. Glenc.

Me esperaba, lo confieso, ver una de esas pobres colecciones de provincia con tres ó cuatro pescados disecados en el techo: pero me encontré agradablemente sorprendido al encontrar en la primera sala magníficos vasos de Bernardo de Palissy, y una completa colección de ricos minerales del monte Sinai, que probablemente no existen en el Museo nacional. Desgraciadamente yo era bastante ignorante en mineralogía para apreciar aquellos objetos en su valor; así me fui derecho á una multitud de objetos de la edad media, y sobre todo á las llaves y cerraduras trabajadas con un gusto y una delicadeza que hubieran honrado á Benvenuto Cellini. Recorrimos sucesivamente cuatro ó cinco salas llenas de cosas curiosas, cuya mayor parte habían sido traídas á Mr. Glenc por un amigo suyo, capitán de navio, que había, no sé cuantas veces, dado la vuelta al mundo, y que hacia quince días ó tres semanas que acababa de llegar de la China, trayendo un singular ejemplar, no del talento, sino de la paciencia de los adoradores del Gran Dragon.

Entre los diferentes pantalones que el capitán había mandado hacerse antes de dejar á París, había uno que podía pasar por una obra maestra: era una de esas maravillas que salen alguna vez de los talleres de Humann ó de Vandean, que encajan perfectamente en el cuerpo, se adaptan á la pantorrilla, borran la rodilla y disimulan el vientre. Así, gracias á la predilección de su dueño, después de haber lucido en los mejores dias á bordo, en el cabo de Buena-Esperanza y en la isla de Borbon, el pobre pantalón había llegado á Canton casi desgastado. Gracias á su corte elegante y al cuidado que con él se había tenido todavía hacia buena figura, cuando el marinero que servía de asistente al capitán dejó caer en medio del muslo del pobre pantalón la mitad del aceite contenido en una lámpara que estaba limpiando.

Por filósofo que fuese el capitán, el golpe era tan fuerte que aun no se había repuesto bien de él, cuando uno de sus camaradas que habitaba en Canton vino, como de costumbre, á fumar con él su pipa de opio. Le encontró tan incomodado que temió le hubiese sucedido alguna desgracia; así es que se informó con interés de la causa que había alterado su buen humor habitual. Entonces el capitán, enseñándole el malhadado pantalón que se hallaba inservible le dijo:

—Mira, es el mismo por el que me felicita-  
bas ayer; ¡mira!

El amigo cogió el pantalon, lo volvió y re-  
volvió mirándolo cuidadosamente: cuando se  
convenció bien que no podía ponerle.

—¡Y bien! dijo, es preciso mandar hacer  
otro.

—¡Otro! exclamó el capitán. ¿Y por quién  
lo he de mandar hacer? ¿Por tus chinos?

—Sin duda, por mis chinos, replicó el ami-  
go con imperturbable sangre fría.

—¿Para qué me hagan un saco del género  
de los suyos? respondió el capitán levantando  
los hombros y mostrando con el dedo las fi-  
guras chinescas de un biombo.

—No te harán un saco; si les das el modelo  
te harán un pantalon que el mismo Vaudeau  
creará que es suyo.

—¡De veras! exclamó el capitán.

—Como soy hombre de honor, respondió  
el amigo.

—Recuerdo haberte oído hacer mil elogios  
de su habilidad para la imitación.

—Pues bien, todo lo que te he dicho es la  
realidad.

—Me das ganas de probarlo.

—Pruébalo, y tanto más, cuanto que no te  
costará caro. ¿Cuánto has pagado por este  
pantalon?

—Cincuenta y cinco ó sesenta francos: no  
me acuerdo ya.

—Pues bien, aquí por quince francos te lo  
harán.

—Y ¿á qué sastre iremos?

—Al primero que encontremos; al mío, si  
quieres: vive á la puerta.

El capitán cogió su pantalon bajo el brazo,  
salió con su amigo y llegó á casa del sas-  
tre.

—Ahora, dijo el amigo, explica tu negocio  
y yo traduciré tus palabras.

El capitán enseñó su pantalon, hizo notar  
el corte y terminó diciendo que quería uno  
enteramente igual.

El amigo tradujo el encargo recomen-  
dándolo.

—Está bien, dijo el sastre: dentro de tres  
días el señor tendrá lo que pide.

—Tres días es mucho, dijo el capitán.

El amigo tradujo el deseo del capitán al  
chino, que miró de nuevo el pantalon, meneó  
la cabeza y respondió algunas palabras al in-  
terprete.

—¡Y bien! preguntó el capitán.

—Dice que es mucho trabajo, y que tres  
días no son mucho para que la obra salga  
bien hecha.

—Pues sea dentro de tres días; pero que  
no me falte á la palabra.

—¡Oh! no hay cuidado de eso; dentro de  
tres días hora por hora, estará en tu casa.

Los dos amigos salieron, recomendando la  
exactitud al artista.

Tres días despues, estando el capitán y su

amigo fumando su pipa de opio, el marinero  
abrió la puerta y anunció al sastre.

—¡Gran Dios! exclamó el capitán, vamos á  
ver si es tan diestro como exacto. ¿Y el pan-  
talon?

—Aquí está, dijo el sastre.

—Probemos, dijo el capitán: y cogió el  
pantalon de las manos del sastre, se lo puso,  
y para asegurarse de que estaba bien, mandó  
al marinero abrir las persianas: el marinero  
obedeció.

—¡Y bien! te está perfectamente, dijo el  
amigo.

—Ya lo creo, dijo el capitán, como que es  
el mío el que me ha dado. Dadme el otro.

El amigo tradujo la petición al sastre, el  
que le dió el otro con aire triunfal. El capitán  
cogió el pantalon.

—¡Ah! ¡qué loco soy! dijo el capitán, este  
es el mío: ¿dónde está el nuevo?

El amigo espresó el deseo del capitán al  
sastre, el que alargó el pantalon que su nuevo  
parroquiano acababa de quitarse.

—Este es el nuevo, dijo el amigo.

—No, ¿no ves que este es el viejo? respon-  
dió el capitán por señas, he aquí la mancha  
de aceite.

—También tiene una este que tienes puesto.

—Esta es una chanza pesada.

El amigo se volvió hácia el chino, le pre-  
guntó, y al oír su respuesta soltó una car-  
cajada.

—Y bien, dijo el capitán.

—Y bien, dijo el amigo. ¿Qué es lo que has  
pedido á este buen hombre?

—Le pedí un pantalon.

—¿Igual al tuyo?

—Sí, igual al mío.

—Pues bien, lo ha hecho tan igual que no  
puedes conocerlo: únicamente dice que como  
la mancha le ha costado bastante trabajo ponerla  
en el mismo sitio, te pide cinco francos  
más, pues ha tenido que echar á perder dos  
pantalones antes de obtener un resultado sa-  
tisfactorio; pero también ahora te desafía á  
que reconozcas el nuevo. Convendrás en que  
es un segundo Vaudeau.

—A fe mía que sí, dijo el capitán: y sacó  
de su bolsillo un napoleón que dió al chino.

El chino le dió las gracias y pidió al capi-  
tán que fuese su parroquiano todo el tiempo  
que estuviere en Canton, aunque, añadió, si  
todos los días le daba un trabajo tan compli-  
cado no sacaría grandes ganancias.

Desde entonces el capitán no ha podido  
distinguir el un pantalon del otro, tan iguales  
eran los dos: lo había traído á Francia como  
un modelo de industria y había prometido á  
Mr. Glenc regalárselo.

Si le cumple su palabra no debe ser la  
cosa menos interesante y curiosa de su colec-  
ción. Hácia el medio día nos separamos de  
Mr. Glenc, y tres horas despues nos hallamos  
en Nevers. No nos detuvimos allí más que el

tiempo necesario para ver las tres mas grandes curiosidades de la ciudad: la puerta de Croux, por la cual entró el pobre Gerardo de Nevers, el convento de las visitandinas, donde está el sepulcro de Vert-vert, y San Estéban, iglesia romana del siglo VIII al IX.

Hay una cuarta maravilla que nosotros descubrimos y que bien vale la pena de contarla: es un cuadrante solar pintado en medio de la fachada del palacio de los duques, y debajo del cual el pintor ha escrito simplemente los tres siguientes renglones:

«Este cuadrante ha sido hecho en Nevers saliendo el sol en el signo de Capricornio por orden de la Convencion nacional.»

En aquella noche llegamos á Moulins.

Algunas horas de la mañana nos bastaron para visitar la ciudad, que no ofrece de notable otra cosa mas que una magnífica Biblia del siglo XIII que se enseña en la biblioteca de la ciudad, y el sepulcro de Enrique de Montmorency, que se halla en el coro de la iglesia de la colegiata: es el sarcófago de aquel mismo Montmorency que fué decapitado en Tolosa por orden del cardenal Richelieu.

Aquel sepulcro, sobre el que están acostadas las estatuas del duque y la duquesa, y que encierra sus corazones en una urna de mármol negro, sostenida por dos amores fúnebres, corrió en la época de la revolución el peligro de ser hecho polvo por el pueblo: habia ya descargado algunos hachazos sobre él, cuando una voz conservadora exclamó:

—¡Qué vais á hacer, ciudadanos! Montmorency era un valiente revolucionario que fué guillotinado por orden del tirano porque quiso oponerse á sus desmanes.

—¡Viva Montmorency! gritó el pueblo, y fué respetado el sepulcro.

## BOURBON L'ARCHAMBAULT.

A las dos de la tarde salimos para Sauvigni, cuya iglesia se nos habia ponderado mucho. A las cuatro llegamos á la antigua aldea y nos quedó justamente el tiempo necesario para visitar aquel monumento. Es un magnífico edificio mitad del siglo XII, mitad del XV, en que el gótico está sobrepuerto al romano estilo. Dos soberbios sepulcros, el uno de 1430 y el otro de 1470. se levantan en las capillas laterales y dejan ver el coro al través de un encage de piedra, maravilloso recorte, sobre cuyos pliegues se ven todavia las huellas de pinturas que en otro tiempo lo adornaban. Uno de estos sepulcros es el de Carlos de

Borbon y de Maria Inés de Borgoña, hija de Carlos el Temerario: yacen en el otro los esqueletos del buen duque Luis II y de su esposa. Las estatuas echadas sobre las lápidas de mármol que los cubre, ofrecian aquel aspecto de sencilla grandeza, indestructible sello de la estatuaria de aquella época. Al extremo opuesto de la iglesia, cerca de un bajo relieve bizantino del siglo XI y XII, hay una escalera gigantesca que conduce á un magnífico órgano.

Examinábamos aquel monumento con ese interés de arqueólogo que no pueden comprender los que no participan de él, y no son arquitectos, permaneciendo completamente indiferentes ante su vista, cuando dirigiéndose hácia nosotros el cura con esa fraternidad cortés de las gentes de mundo, que no tienen necesidad mas que de echar una ojeada para reconocer su clase, habia adivinado desde luego en nuestro exterior que éramos artistas. Habia dudado algunos instantes sobre esto; empero al entrar en la iglesia habia encontrado á Jadin con un lápiz en la mano, y habia fijado su opinion; venia á convidarnos á tomar un bocado en su casa. La oferta habia sido hecha con tan esquisitos modales y la acompañó con instancias tan naturales á un pobre parisiense desterrado, y con un tono tan sincero, que aceptamos el convite y le seguimos á su casa.

Entramos en un salon cuyos muebles estaban cubiertos con las obras de nuestros modernos autores y con albuns adornados con dibujos de los mejores pintores. Algunos retratos de autores contemporáneos estaban colgados en la pared. Reconoci el mio al lado de Lamartine y Victor Hugo, y confieso que ademas del honor de tan buena vecindad, me lisongé el hallar mi propia figura en la ermita que visitamos. Entonces fué cuando el señor de Chambord, que era el nombre de nuestro huésped, creyó reconocermé. No teniendo ningun motivo para guardar el incógnito, porque no era príncipe ni bailarín, confesé buenamente mi identidad. Diez minutos despues nos hallábamós en un salon del barrio de San German.

No conozco sensacion mas agradable en provincia despues de haber estado largo tiempo encerrando en su corazon los recuerdos de la vida parisiense, la felicidad de compañerismo y la admiracion de artista, á falta de un espíritu simpático que os comprende, sino tambien de la memoria que os recuerda otros nombres que habiais olvidado, que, el reconocer que habeis encontrado un hombre en medio de aquella vegetacion que os rodea: entonces el corazon se hincha de alegría, todos vuestros recuerdos tratan de salir de golpe de vuestros labios mezclados y bulliciosos, como los pobres niños encerrados en un colegio toda la semana á quien se les abren el domingo las puertas de su encierro.

Entonces habláis sin ton ni son: decís nombres y nada más: citáis títulos de obras y, no otra cosa: únicamente cuando os habeis asegurado de que sois criatura de la misma especie, percibiendo iguales sensaciones enfrente de los mismos objetos, reproduciendo estas sensaciones por palabras semejantes, formulando idénticas opiniones, poneis orden en la conversacion, conclusis por hacer razonamientos.

Esto es lo que nos sucedió al cabo de diez minutos. El señor de Chambord conocia todos los autores modernos por sus obras, á ninguno por su persona: pasamos una hora en hacer comparaciones y semejanzas entre los hombres y sus producciones. Todas sus ilustraciones, y seguramente no se lo figuraban, fueron pasadas en revista á nuestro capricho, y cada uno á su vez, en aquel pequeño rincón de la tierra, fue calificado por nosotros. Los hubo á quienes pusimos un manto de púrpura en los hombros, y otros á quienes simplemente despedimos desnudos. Improvisado cóncave, jugamos con cetros y coronas. Designamos y elevamos emperadores, y tal vez los que nosotros elegimos serán consagrados un día.

Interrumpimos nuestra conversacion por el anuncio, tan agradable á los viajeros, de que la comida estaba en la mesa: la de nuestro huésped habia sido improvisada con esa maravillosa facilidad de recursos que ofrece el campo. La primera entrada, preciso es confesarlo, cortó nuestra conversacion que luego tomó consistencia á la segunda, llegando á todo su desorden y vehemencia en los postres.

Entonces, sin perder el carácter artístico, tomó una tendencia religiosa. Mr. Chambord pertenece á la joven escuela católica: por consecuencia habia perfecta armonia en nuestras opiniones sociales. Lejos de lamentarse, como muchos hacen, de que la fé se apaga, de que la piedad se halla moribunda, reconocia en los espíritus una feliz disposicion á aproximarse á las ideas católicas, lo que le daba esperanza como sacerdote y artista: porque siempre los siglos de esperanza son los que han producido las grandes obras, y sobre todo las obras católicas. ¿Por qué esas iglesias del siglo quince son tan admirables? Porque en su conjunto y en sus detalles se hallaba la armonia del misterio que estaban llamadas á realizar. Las dos torres que se alzan á cada lado del frontispicio representaban los dos brazos que el cristiano en oracion levanta al cielo: esas doce capillas que están á derecha é izquierda eran en número igual al de los apóstoles: la cruz latina enlazada con las columnas que sostienen la bóveda era hecha á imagen y semejanza de la del Gólgota: el coro inclinado un poco á la derecha y no á la izquierda, recuerda á Cristo inclinada la cabeza sobre el hombro derecho al morir: en fin, tres ventanas iluminan el tabernáculo, porque

Dios es trino y toda luz viene de Dios: así el hombre por irreligioso que sea no puede penetrar en la catedral de Nuestra Señora y continuar allí la frivola conversacion de la calle. No, se descubre y habla bajo sin saber porque: es por que por todos sus sentidos á la vez, habla y penetra hasta su corazon el gran sentimiento católico que ha presidido á la construccion de aquel edificio.

En esto estábamos de nuestra conversacion cuando un hombre entró y habló al oído de nuestro huésped que inmediatamente se levantó.

—Señores, nos dijo sonriendo, vamos á terminar esta conversacion en un lugar mas inspirador: habeis visto mi iglesia de dia, venid á verla de noche.

Inmediatamente le seguimos. Hacia una luna magnifica: el cielo miraba á la tierra con ojos de fuego. Una profunda tranquilidad habia bajado con la oscuridad, y ningun ruido perturbaba el sueño juvenil de la naturaleza.

Entramos en la iglesia: cerróse la puerta detrás de nosotros y creimos desde luego que nuestros ojos nada podian distinguir en las tinieblas: tan impregnados estaban de aquella dulce y pálida luz que acababa de inundarnos. Sin embargo, despues de haber dado algunos pasos percibimos que el coro estaba iluminado sin que viésemos, no obstante, las hachas que despedian su resplandor, sobre el que se destacaba el perfil negro del altar con su cruz, su tabernáculo y sus velas apagadas.

En cuanto á la parte opuesta, donde se hallaba la escalera y el bajo relieve bizantino, se hallaba completamente sumergida en la oscuridad, y se perdian las miradas en el templo antes de llegar á las paredes. De trecho en trecho, las grandes ventanas ojivales, al través de las que pasaban los rayos de la luna, se reflejaban resplandecientes sobre las losas grises con sus mosaicos de santos, con sus broches de oro y sus túnicas encarnadas y azules. Algunas veces una de estas reverberaciones daba sobre una columna, y entonces su base y su chapitel permanecian sombríos y solo se veia la parte iluminada. En aquel momento, en el extremo opuesto, que como ya he dicho, estaba sumergido en la sombra, apareció un hombre llevando un hacha y esparciendo un círculo de luz, rechazó la oscuridad á las profundidades de la catedral y comenzó á subir la inmensa escalera. A medida que subia las tinieblas volvian á conquistar su dominio y marchaban detrás de él como la muerte detrás de la vida. Bien pronto desapareció, dando una vuelta á la escalera, detrás de un pilar, y poco á poco la luz se apagó á lo largo de las piedras y todo volvió á quedar á oscuras.

De repente, en medio de aquel silencio y de aquella oscuridad, se levantó estremecida una gran voz: era la del órgano cuyos sonidos atropellándose los unos á los otros, como las

olas de un mar armonioso, pasaron sobre nuestras cabezas y corriendo hasta las profundidades de la catedral, fueron á estrellarse contra sus muros. En aquel momento se hicieron oír voces humanas mezcladas de maravillosos acentos. El *Stabat Mater* de Pergolesi se alzó dolorosamente hácia el cielo.

Ignoro el efecto que produjo sobre mis compañeros aquella escena profundamente religiosa; yo me retiré á la capilla del duque Luis II, que se hallaba en una completa oscuridad. Me apoyé sobre el monumento en donde, según el interesante uso de aquella época, se hacia de la tumba un segundo lecho nupcial, estando acostados juntos los esposos; y me dejé inundar de aquella penetrante armonía. Entonces comprendí los éxtasis, los arrobamientos, las visiones del claustro, y, como Joad me sentí dispuesto á profetizar una nueva Jerusalem.

Que los que no creen vayan á escuchar á media noche los gemidos del órgano y los suspiros dolorosos del *Stabat-Mater*.

Habíase apagado los unos y los otros y todavía escuchaba yo. Sin duda me buscaban hácia algun tiempo sin encontrarme, porque, de pronto, en medio de aquel silencio oí pronunciar mi nombre. Me estremecí, no aguardando voz alguna humana que me llamase sobre la tierra. Abrí la boca para responder, pero no me atreví; me pareció que sería un sacrilegio hablar alto. Fui, pues, á reunirme silenciosamente con Jadin y Mr. Chambord, que encontré alumbando con su hacha una escultura ojival representando una muger de formas casi griegas, luchando con una quimera y en su pintura simbólica descubrí al artista luchando con el capricho.

Los habitantes de Sauvigni, perdiendo de vista la fundación de su iglesia, ignorando cómo manos humanas podían haber hecho semejantes maravillas, atribuyen á las brujas la construcción de aquel monumento. Una pastora que se había dormido cerca de su rebaño se despertó al alba, la vió salir de en medio de las nieblas de la mañana con sus agudos campanarios, sus elevadas galerías y sus calados portales, en el lugar en donde la vispera todavía se levantaban árboles y corría una fuente. Llena de temor aquella pobre muger, permaneció inmóvil, y en su lugar se encontró una estatua de piedra que aún está de pie en el ángulo de una de las torres.

El 40 de julio de 1830, la duquesa de Angulema, volviendo de las aguas de Vichy, visitó el priorato de Sauvigni. Se hizo abrir la bóveda donde descansan sus antepasados, se arrodilló y oró largo tiempo delante del sepulcro. Al levantarse sus ojos se fijaron sobre el escudo de la casa de Borbon, del que se habían borrado las tres flores de lis y la palabra *esperanza*, que sirve de divisa al escudo de oro. Preguntó quién había hecho aquella mutilación, la respondieron que el pueblo.

—Que hubiese borrado las flores de lis lo

comprendo, dijo: pero la palabra *esperanza*, ¿dónde hallarla en lo sucesivo si se la hace desaparecer aun de los sepulcros?

Veinte dias despues, la nieta de San Luis volvía á marchar á su tercer destierro.

No sé á qué hora nos marchamos; solo sé que á los primeros rayos del dia divisamos á un cuarto de legua de nosotros, coronando la cumbre de una montaña, las desmoronadas ruinas del antiguo castillo de Bourbon l' Archambault que dominan sus tres torres coloradas.

La casa donde fuimos á parar era justamente en la que murió madama de Montespan. Pertenece á un jóven que había emprendido una noble y delicada tarea que no debía terminar, á nuestro amigo Aquiles Allier, autor del *Antiguo Borbonesado*. Allí recogía en silencio los datos para su obra de benedictino; lenta y concienzuda, que la muerte vino á interrumpir. El monumento que levantaba laboriosamente para el porvenir, ha quedado incompleto, y el cincel se le ha caído de las manos antes de que haya tenido la felicidad de grabar su nombre en la última piedra. ¡Pobre Aquiles! ¡cuánto pesar debió tener al morir!

Nos hizo ver el cuarto donde exhaló el último suspiro aquella favorita que había sido poderosa cual una reina. El aislamiento de su muerte formó contraste con su vida: ninguna voz amiga, ni aun la de un sacerdote, vino á ayudarla y fortificarla en aquel supremo momento, y aun antes de espirar había cerrado los ojos á fin de perder de vista aquellos rostros extraños é indiferentes que la rodeaban.

Dos horas despues de haber exhalado el último suspiro, una silla de postas se paró delante de la casa mortuoria: un hombre bajó de ella precipitadamente, subió rápidamente las escaleras, se lanzó al cuarto y se arrojó sobre la cama. No creais que era para verter lágrimas sobre el cadáver: era para recoger del cuello de la difunta, una llavecita colgada de una cinta negra: despues, poseedor de aquella llave, abrió una cajita, se llevó los papeles que contenía y volvió á marcharse sin asistir á los funerales. Aquel hombre era su hijo.

Mad. Montespan había legado su corazon al convento de la Flecha, su cuerpo á la abadía de San German de los Prados, y sus entrañas al priorato de San Menoux, distante tres leguas únicamente de Bourbon l' Archambault. La Flecha y San German recibieron sus fúnebres legados, y para que la voluntad de la jifunta se cumpliera en todo, se encargó un aldeano de llevar á la iglesia inmediata la parte de los restos mortales que le estaban destinados. Desgraciadamente se olvidaron de decirle la cosa que conducía. En medio del camino, habiéndole entrado ganas de saber que era lo que llevaba abrió el cofre, y creyendo que habían querido jugarle una burla, arrojó las entrañas

en medio de un barranco. Una manada de puercos pasaba en aquel momento, y aquellos animales inmundos devoraron las entrañas de la mas alta de las mugeres.

Al salir de casa de Aquiles nos encontramos en la plaza de los capuchinos, donde están la fuente de las aguas termales y las arcas del manantial. Estas aguas forman tres grandes pozos en cuyo fondo el agua parece al primer golpe de vista en estado continuo de ebullicion. Con un poco de atencion se reconoce que aquellos hervores los forman los desprendimientos de gas; este desprendimiento da nacimiento á un vapor, que imperceptible en tiempo caluroso y seco, es visible en cuanto hay humedad en la atmósfera, y forma al aproximarse las tempestades, ó mientras su duracion, una niebla algunas veces bastante espesa para no distinguir de un lado á otro las paredes del pozo.

Este fenómeno depende de que cuanto mas el aire atmosférico pesa sobre aquellas aguas, menos se dilata el calórico, menos desprendimiento hay de gas y por consecuencia de vapor; mientras que, al contrario, cuanto menos comprimidas están las aguas por el aire atmosférico mas ligera es la corriente, mas se dilata el calórico, mas por consecuencia, se desprenden el gas y los vapores.

Fuimos testigos, con cuatro horas de intervalo, de estas diferencias de aspecto. El color de aquellas aguas es verdoso, sobre todo en las arcas, donde están mas expuestas al aire que en los manantiales y en los depósitos: huelen á gas hidrógeno-sulfúrico. Este olor es bastante ligero cerca de los depósitos, y se pierde enteramente cuando el agua ha permanecido algun tiempo en un vaso, sin embargo de que algunas veces es tan fuerte en los mismos baños que produciria la asfixia á no tomar la precaucion de abrir los ventiladores. En cuanto á su sabor es el del hidrógeno-sulfúrico alcalino: frias pierden su sabor picante y toman uno alcalino: recalentadas son nauseabundas.

En los tiempos de César, Bourbon l'Archambault era ya célebre por sus aguas termales. Las legiones romanas, habituadas al suave sol, al tibio aire y á las dulces aguas de la Italia, despues de haberse abierto, rechazando á los bárbaros con sus escudos, un camino al través de la Alemania, miraron como un don del ciclo estas humeantes aguas que brotaron en su camino. Fundaron allí un establecimiento que desapareció con su civilizacion destruida por la conquista de los francos. Los bárbaros no tenian ninguna idea de la aplicacion medicinal de las aguas minerales conocidas por Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Avicena es el primero que vuelve á hablar de ellas hácia el noveno siglo, y solo en el diez y seis, gracias á los esperimentos de Genner, de Vazcio y de Falopio, comenzaron á volver á estar en boga. Un siglo despues, Gaston, her-

mano de Luis XIII, recobró su salud en las aguas de Bourbon l' Archambault, y comenzó á darles una celebridad y una boga que aumentaron todavia los frecuentes viajes que hizo Mad. de Montespan.

Allier nos hizo observar que el tiempo se ponía tempestuoso y nos invitó á no tardar en ponernos en camino. Comenzamos nuestra visita por Quinqu'engrogne: es una torre arqueada que fué levantada, dicen unos por Archambault el Grande, otros por Luis I, en garantia de los fueros de los ciudadanos de esta ciudad. Celosos de sus prerogativas, las reclamaron con las armas en la mano; pero el conquistador subió con sus soldados sobre las murallas inmediatas y apuntando sus máquinas de guerra sobre los disidentes, les lanzó de lo alto de las murallas estas amenazadoras palabras:

—Se quitarán, gruña quien quiera. (Quinqu'engrogne.)

La cólera del señor valió mas que la cólera del pueblo y las palabras con que le despojó se han conservado hasta nosotros.

Sin embargo, el esqueleto del gigantesco castillo nos atraía; nos encaminamos hácia aquel lado y encontramos sus antiguas ruinas pobladas de pobres que habian ido á agruparse allí, semejantes á las golondrinas, en todos los rincones que la fortaleza feudal pudo ofrecer á sus nidos. Como por todas partes, los mas fuertes se colocaron mejor.

Levantando yo la cabeza para medir la altura de las torres, en la cima de una de ellas divisé un animal que me pareció singularmente semejante á un conejo. Se lo hice notar á Jardin, que convencido de que en aquel lugar no podia estar aquel cuadrúpedo, sostuvo que era un gato.

Habiéndose entablado una disputa entre nosotros sobre esto, para terminarla cogí mi escopeta y apunté al animal. Salió el tiro y cayó á nuestros pies como podia haberlo hecho una golondrina: era un soberbio conejo.

De aqui mas viva disputa todavia para saber en que consistía que en Bourbon l'Archambault aquella raza que nosotros habiamos visto siempre hacer su madriguera en el suelo, habia, al contrario, elegido la punta mas culminante del castillo para hacerla su domicilio.

Un aldeano que vino á reclamar su propiedad nos sacó de la duda. Valió el difunto en veinte cuartos, le dimos treinta, y en vez de la vuelta nos dió las siguientes esplicaciones.

Algunos pobres habitantes de la antigua mansion de los duques de Bourbon, viendo que el campo de la torre presentaba una superficie sólida, de treinta ó cuarenta pasos superficiales, pensaron utilizar aquel espacio que Dios les habia dado entre la tierra y el cielo. Trasladaron allí en costales, en cestos, en sacos, en fin, en cuantos recipientes pudieron proporcionarse, tierra vegetal que cogie-

ron en la llanura: despues cuando las tres plataformas estuvieron cubiertas de aquel improvisado suelo, las sembraron: el sol bendijo sus mies y cogieron trigo para el pan de todo un año.

Pero como los domingos y días festivos es preciso comer algo con el pan, y una buena idea trae ordinariamente otras, se les ocurrió que allí podrian vivir muy bien conejos con la paja del grano. Y he aquí que en aquel campo suspendido, como los jardines de Semiramis, se establecieron los conejos, dando lugar á una discusion que habia concluido para el conejo, de una manera tan trágica.

Aplaudo el punto científico, que sin esta explicacion podria haber hecho suscitar grandes dudas en historia natural. Jadin para tomar una vista del castillo y de la ciudad, y yo para apuntar algunas notas en un álbum, nos separamos. Me estuve pues á la sombra que proyectaba una de las paredes de aquella maravilla, y allí, separado del mundo, oyendo el ruido del viento que agitaba las copas de los pinos, aislado con mis recuerdos históricos, comencé á retroceder á los tiempos pasados.

Pero el mas grande recuerdo que allí encontraba; despues del de César, que se detuvo en Bourbon l' Archambault para echar sus cimientos quince años antes del nacimiento de Jesucristo, y del de Pepino el Breve que pasó por allí para destruirlo en 762, fué el del condestable que se vió obligado á abandonarlo en 4523.

Fué un magnifico principe y esforzado capitán, el muy alto y poderoso señor, Carlos, duque del Borbonesado y de Auvernia, conde de Clermont, de Beauvossi, de Montpensier, de Forest, de Lamarche, de Clermont y de Auvernia, delfin de Auvernia, vizconde de Carlat, de Murat, señor de Beaujolais, Combailles, Mercur, de Annonay, de Bourbon-Lanceys, par y camarero de Francia, teniente general del rey en los países de Borgoña y el Langüedoc. Tenia catorce castillos fuertes y siete casas de placer que poseia por su familia ó por su matrimonio, cuyos terrenos equivalian á la sétima parte de la superficie de la Francia: tenia el cargo de condestable, vacante desde la muerte del conde de Saint Paul, regalo que se le habia hecho desde el advenimiento de Francisco I al trono. Este empleo le daba derecho de señorío, de justicia y de jurisdiccion, no solo sobres us propios dominios, sino tambien en los países de Borgoña y Langüedoc. Todos los senescales, bailios, prebostes, alcaldes, regidores, guardas y gobernadores de las ciudades y fortalezas, puentes, puertos y bastillos, debian obedecerle como á rey, de modo que era tan rico en la paz, que cuando acompañó á Francisco I, que iba á coronarse á Saint Denis, iba vestido con una escarcela de oro y doce broches de los que cada uno habia costado 280 escudos de oro, llevando en su gorro

de 300,000 libras de valor en brillantes y piedras preciosas: y tan poderoso era en la guerra, que cuando acompañó, á la edad de diez y siete años, al rey Luis XII, que iba á pasar los montes para reconquistar su señorío de Génova que se habia rebelado, llevaba cien peones y cien arqueros mantenidos á su costa, sin recibir sueldo del rey, sino 2,000 libras como conde de Montpensier: y cuando volvió en 4509, para reconquistar el condado de Cremona, que le habian usurpado los venecianos, y que detentaban con perjuicio del ducado de Milan, llevaba en la batalla de Trevisa, y cuando conquistó para el rey, Cremona, Crema, Bérgamo y Brema, ciento veinte caballeros y otros tantos arqueros de su casa. Y en fin, cuando por tercera vez pasó los Alpes, como lo habia hecho Anibal, y como debia hacerlo Napoleon, llevando consigo seiscientos hombres de armas y doce mil peones, para dar aquella batalla de Marignan, que la historia ha colocado entre Trasimeno y Marengo, prestó 3,000 escudos al rey que le debia ya 400,000 libras, sin contar la vida, cosa que no se presta, y que tan bien se la habia dado.

Habia hecho ya todas estas empresas á la edad de veinte y cinco años. Era un jóven y magnifico caballero, aun cuando habia algo de triste y grave en su fisonomia, y tal vez lo ocasionaban sus cabellos á lo Luis XII, que jamás habia querido cortarse á pesar de haberlo mandado Francisco I. Se habia casado con Mad. Susana de Bourbon, hija de la duquesa Ana y del duque Pedro, y sobrina del rey Carlos, á la que, aunque era jorobada, le guardó tal fidelidad en medio de aquella disoluta corte, que rehusó el amor de la dama mas grande de Francia, Luisa de Saboya, madre del rey, que no tenia, sin embargo, mas que treinta y tres años. Lo que ocasionó que, despreciada, se convirtiera el amor en odio implacable, tanto, que cuando el rey llevó su ejército á Picardia, á instigacion de Mad. Luisa de Saboya, dió el mando de la vanguardia, que pertenecia al condestable, al duque de Alençon; lo que no impidió al condestable tomar parte por su cuenta, y hacer rendir al rey las ciudades de Hesdin y Buchaine: y cuando Susana de Bourbon murió sin sucesion, Luisa de Saboya, no creyéndose suficientemente vengada, pretendió heredar el patrimonio del condestable, y ganó, en su calidad de madre del rey, un pleito, despojando á su enemigo de todos sus bienes y títulos. Esta era la recompensa del oro y la sangre con que á torrentes habia regado las flores de lis, haciendo brotar nuevos florones.

En estas circunstancias fué cuando el emperador Carlos I y el rey Enrique VIII le ofrecieron darle mas que Francisco I le habia quitado: y sin embargo, titubeó. Supo Francisco I aquellas ofertas y vacilaciones, y trató de prenderle cual si lo hubiera aceptado, enviando

contra él para prenderle al bastardo de Saboya, gran mariscal de Francia, el marqués de Auvernie, el duque de Alençon y Vendoma, cada uno con doscientos hombres armados. Lo que era tributarle el mayor honor, pues se mandaba á un ejército para prender á un hombre.

Habiéndolo sabido el condestable, partió secretamente de noche de su castillo de Chantaille el 40 de setiembre, sin ningún criado ni page, con un amigo de su confianza, que era el señor de Pomperan á quien él había salvado la vida. Atravesó, siempre perseguido de sus enemigos, la Auvernie, el Delfinado, y los Alpes, y bajó por cuarta vez á las llanuras del Piamonté que tan conocidas le eran por sus victorias. Allí fué dondó los mensajeros de Francisco I le alcanzaron y le pidieron la espada de condestable.

—Id, y decid á vuestro amo, les respondió Borbon, que la espada de condestable me la ha quitado él mismo, el día en que dió al duque de Alençon el mando de la vanguardia que me pertenecía, y que en cuanto á la placa de la órden de Francia, la he dejado en Chantaille bajo la almohada, donde puede ir á recogerla. Y esto era tanto mas justo, cuanto que la reina misma, dice Debellai, había mandado que se apoderasen de todos los muebles de la casa de Borbon, tanto de los de Chantaille, y Moulins como los de otras partes, que eran los mas hermosos de los que había en los palacios de los príncipes de la cristiandad.

Por eso el condestable de Borbon abandonó la Francia, que era su patria, y se hizo un traidor, cuando había respondido á un enviado de Enrique VIII que le preguntaba si podría alguna cosa que halagara su ambición separarlo de la fidelidad á su patria.

—No, señor, ni aun la oferta de tres reinos como el vuestro: pero si puede una sola afronta.

No nos despediremos del condestable, ni aun al abandonar su antiguo castillo que recuerda su memoria; porque Borbon l' Archambault no es mas que el nido de donde tomó vuelo el águila; la encontraremos cerniéndose sobre la ciudad de Marsella, dejándose caer en las llanuras de Pavia y sobre los muros de Roma; buscaremos la huella de su pico y de sus garras sobre la corona de Francisco I y sobre la tiara de Clemente VIII; porque como dice la canción castellana: la Francia le dió su nombre, la España ventura y gloria, y la Italia su sepulcro.

El sepulcro, Brantomé dice se hallaba levantado en Gaeta, pero los soldados del condestable no se atrevieron á dejar su cuerpo en Roma, por miedo de que despues que se fueran no lo hubieran profanado. Sobre él ondeaba el estandarte amarillo que Borbon había adoptado al entrar al servicio del emperador, y que representaba un cometa con espadas de fuego y la palabra *Esperanza*:

lo que quería decir que había necesitado la celeridad de un cometa para abandonar la Francia, pero que tenía la triste esperanza de volver á entrar en ella á sangre y fuego. Sobre el lado que miraba á la puerta se leía este epitafio: medida exagerada, pero decisiva de la reputación que el Coriolano de la edad media había dejado al morir:

De lo bastante hizo mucho  
el paladín Carlo-Magno;  
de poco Alejandro el Grande  
hizo con su valor algo;

Pero de nada hizo mas  
que juntos hicieron ambos,  
Cárlos, duque de Borbon  
que halló aquí eterno descanso.

Los bienes del condestable de Borbon pasaron á la propiedad de Suiza, de Saboya y de Enrique II, hasta el momento en que el rey Francisco I los devolvió en el año de 1572 á la familia de Borbon. Pero el castillo de Borbon l' Archambault no entró en la devolución, y permaneció en las manos de los Valois hasta el día del asesinato de Enrique III, á cuya hora, por una singular coincidencia, cayendo el rayo sobre la capilla que se levantaba al pie de las torres que aun permanecen enteras, se llevó parte del escudo de la casa de Borbon, y dejando las tres flores de lis intactas, hizo de ellas el escudo de Francia. En nuestros días una tormenta popular ha estallado sobre los descendientes de los Borbones; antes tenían aquellos la fuerza que les prestaban los siglos, pero esta vez al caer el rayo sobre las Tullerías, ha destruido las armas y el escudo.

Principiada por Juan II, y concluida por Pedro II en 1508, época en que el genio gótico se hallaba en su mayor brillantez, esta santa capilla, reunia los maravillosos caprichos del arte del siglo XV, á la perfección y belleza del renacimiento. Tenia preciosas molduras y engastes de maderas finas: había reliquias encerradas en cajas de oro incrustadas de joyas, estatuas de plata maciza, y un relicario de oro adornado de rubíes, que encerraba un pedazo de la verdadera cruz, que San Luis había traído de la Tierra Santa y regalado á su hijo Roberto: esta reliquia se hallaba guardada en una capilla subterránea llamada Tesoro. Montada sobre oro puro, formaban la base del relicario dos estatuas, obra sin duda de uno de aquellos grandes artistas que vivieron desconocidos en el siglo XIV; una corona de oro se hallaba colocada sobre la cruz, con esta inscripcion:

LUIS DE BORBON, SEGUNDO DE ESTE NOMBRE, HIZO GUARNECER DE PIEDRAS PRECIOSAS Y DORADOS ESTA CRUZ, EL AÑO 1393.

Cuatro siglos despues, año por año, un pobre sacerdote de la iglesia parroquial encontró

en el polvo aquel pedazo de la verdadera cruz arrancado de su engaste, y despojado de su oro y de sus rubies. Le colocó en un pobre relicario que no debía tentar la avaricia de nadie, y aquella humilde accion fué tan agradable á Dios sin duda, como la fastuosa ofrenda de Luis de Borbon.

Sin embargo, en esta santa capilla despojada de su oro y de sus diamantes, quedaban tesoros de arte y poesia, menos ricos por la materia, pero mas raros por el trabajo que el que acababan de robar manos profanas. Habia un Jesucristo y sus doce apóstoles, que eran en la estatuaría de la edad media, lo que la Niobe y sus hijos en la escultura antigua. Habia unos escudos de la casa de Borbon, con bajos relieves; un Adán y una Eva de piedra; una figura de San Luis, y dos estatuas de mármol blanco representando la una á Felipe II con el puño sobre su ancha espada con vaina guarnecida de flores de lis, y la otra á Luis de Francia llevando un halcon en una mano, y la otra acariciando las crines de su caballo.

Un dia, un ejército de filósofos descamisados salió de Moulins con tambor batiente, y haciendo tronar el cañon para tomar por asalto la capilla, y esterminar su guarnicion de piedra, que no fué bastante á detener á los agitadores. Escalaron el edificio y rompieron todas sus vidrieras con gran gloria de la república una é indivisible. Los dioses, los santos y los aristócratas fueron guillotínados en seguida, y dejaron en pie la capilla ahumada, destrozada, pero grande, rica y poética todavía como un espectro colosal, como un gigantesco esqueleto.

En tiempo de la restauracion, que hubiera debido reedificar esta obra de familia, se vendió á un albañil que la compró para demolerla y emplear sus materiales, porque no hubo en todo el departamento, desde el prefecto hasta el diputado provincial, un honrado ciudadano á quien se le ocurriese la idea de hacer un pajar ó almacén de ella. Fué demolida hasta sus cimientos. El que la habia comprado, y que queria sacar los gastos, destruyó hasta el pavimento del antiguo y santo monumento, que era de piedra: y tuvo razon, porque debajo de él encontró grandes losas que encerraban grandes sepuleros, en los que habia grandes esqueletos. Vendió las losas para hacer fogones de cocina y los sepuleros para hacer fregaderos: en cuanto á los esqueletos los arrojó al lodo y al viento, porque no tenian ninguna utilidad; sin embargo, eran las reliquias de los abuelos de la casa de Borbon que reina hoy en Francia, en Nápoles y en las Españas.

El pobre Allier fué el que me contó todas estas cosas mostrándome la vegetacion robusta que comenzaba á brotar sobre aquel grasiento polvo. Desgraciadamente era todavía niño cuando se verificó aquel sacrilegio; pero me decia

que hubiera vendido hasta la casa de su padre, por salvar la casa de Dios. Así, cuando en 1832 se puso en venta el antiguo castillo y los restos de la capilla, escribió que si el duque de Orleans no compraba aquellas torres ruinosas, él, Allier, las compraria. El duque de Orleans, artista, comprendió aquél entusiasmo de artista, y fué inmediatamente comprado el castillo de Bourbon l'Archambault. Esta vez, al menos, la parte que queda de un edificio, cuna de tan ilustre familia, será preservada de la ruina..... Puede hacerse un hermoso é interesante libro, sin mas que con las cosas buenas que ha hecho el duque de Orleans (4).

Encontramos á Jadin en una disputa con el secretario de la alcaldía. Desde el punto en que se habia colocado para formar su croquis, descubriase el Quinqu'engrogne, y sobre éste una veleta: aquella veleta habia sido tronchada por un accidente, y Jadin como paisagista de conciencia, la habia dibujado torcida. Esta falta histórica habia herido el amor propio del secretario que le miraba dibujar, que habia concebido el temor de que aquella veleta no diese una funesta opinion de los monumentos públicos del pais. Y le era tanto mas penosa, cuanto que el jueves anterior, el consejo municipal habia votado por unanimidad una veleta nueva, que debia reemplazar inmediatamente á la otra. Hizo esta observacion á Jadin, que no hizo caso de ella, y continuó su croquis sin enderezar en lo mas mínimo la desgraciada veleta. Esta obstinacion, habia puesto al escribano en la mayor desesperacion: logramos calmarla, recordándole que tenia derecho á hacer una reclamacion en los periódicos.

Nos marchamos la misma tarde de Bourbon l'Archambault habiéndonos detenido un dia para examinar sus ruinas y desarrollar su historia. Aquiles Allier quiso acompañarnos hasta Moulins, que debíamos dejar al dia siguiente. En su consecuencia tomó asiento en nuestro coche y nos pusimos en camino.

El tiempo habia muy estado pesado y amenazaba una de esas tormentas tardías que se presentan en el otoño. Los depósitos del agua

(4) Hace un año que por toda respuesta á una carta de Victor-Hugo, enviaba el duque de Orleans cuatro mil francos que habia entregado para que se salvara de la desesperacion á un anciano y su familia, y esto sin preguntar el nombre del anciano al escritor que habia apelado á su caridad.

Hace ocho dias salvaba la vida á un jóven, cosa mas preciosa y difícil de obtener que el oro, porque la muerte de aquel jóven á quien concedia la vida, era mirado como un ejemplo para todo el ejército, siendo condenado por faltas de subordinacion.

Todos nuestros lectores, saben que el duque de Orleans murió desgraciadamente de la caída de un carruaje en el bosque de Boulogne en 1841. Tal vez la muerte de este principe ha sido el origen de todos los acontecimientos por que ha pasado la Francia, porque siendo como era principe popular, es indudable que á la revolucion de 1848, tal vez hubiera ocupado el trono de que fué arrojado su padre Luis Felipe.

termal exhalaban un vapor espeso: la noche se había adelantado, y era mas oscura que de costumbre: no nos veíamos á cuatro pasos de distancia, excepto cuando algun relámpago rasgaba el cielo: entonces, todo el paisaje se iluminaba con un resplandor azulado, que daba al llano el aspecto de un lago: mirada aquella fugitiva claridad en círculo mas estenso, tomaba un carácter de poesia tanto mas grande, cuanto que instantánea y rápidamente desaparecia. Así que, habíamos doblado la capota de nuestro carruaje para no perder nada de aquel espectáculo. Es una deliciosa peregrinacion la que se emprende en busca de sensaciones: por poco que tres ó cuatro jóvenes de corazon artista viagen juntos, encontrarán cosas hermosas y notables en que un espíritu comun y vulgar no repararia. Así en el momento en que cualquiera desearia que avivase el cochero para evitar la tormenta, nosotros le encargábamos que fuese despacio para no perder un solo relámpago.

Bien pronto vimos levantarse entre la tempestad y nosotros un cuerpo opaco, que nos ocultaba de repente la oscuridad. A medida que nos aproximábamos, el cuerpo, detrás del cual parecia de momento en momento encenderse una inmensa hoguera luminosa, tomaba la forma de una iglesia que luego volvía á quedar en la oscuridad. Bien pronto nos vimos bastante cerca para ver su perfil entero cada vez que habia un relámpago. Su techo estaba todo erizado de agujas, y entre ellas se veia una mas alta, mas esbelta, mas calada que las otras, porque se veia la luz al través de su encaje: Aquiles me lo hizo notar, porque aquel campanario tenia una historia.

El priorato de Saint-Menoux delante del que nos hallábamos, es una iglesia romana del siglo X que empezaba á arruinarse á fines del XV. Aunque el santo, bajo cuya invocacion se halla, gozase de una gran reputacion en las inmediaciones, sobre todo por la curacion de la rabia, y aunque fuese la iglesia hija de la abadía de Cluny, era tan pobre, que el padre Cholet, su prior, no sabia cómo atender á reparar el edificio. Hallábase muy embarazado por esto, cuando de repente se vió iluminada su imaginacion. Trató de obtener del Santo Padre, que habitaba todavía en Avignon, indulgencia plenaria. Obtuvo fácilmente aquel favor que no costaba mas que el firmar cuatro ejemplares, adornados con el sello pontifical. Se entregaron á los cuatro monges mas robustos de la comunidad, y partieron á la misma hora, del mismo día, del mismo punto, marchando cada uno hácia los cuatro puntos cardinales de la Francia. Un año despues el mismo día, á la misma hora, se hallaban de vuelta en el mismo punto trayendo las indulgencias, convertidas por los fieles de las aldeas en 4,000 escudos. Entonces los buenos religiosos comenzaron á reedificar: la

iglesia gótica adelantó como un árbol sobre la iglesia romana, y bien pronto estendió sus raíces sobre los adornos de la piedra. La parte artistica se encargó á un jóven arquitecto llamado Diaro, el cual dispuso hacer el campanario que debia levantarse, en medio de diez torreones de que debia estar adornado, segun el plano general, el techo de la iglesia. Habia comenzado su obra con el ardor de un artista, cuando fué nombrado por el duque Gilberto de Monys que acompañaba al rey Carlos VIII á la conquista de Nápoles, para hacer parte de las tropas que llevaba. Muy mal veía esto, porque tanta vocacion como nuestro arquitecto tenia por su estado, tanta antipatia sentia para la carrera de las armas: así que á la cuarta jornada desapareció de la compañía. El capitán dió parte al duque Gilberto, que escribió á sus dominios dando órden que si se cogia al desertor, se le ahorcase, cualquiera que fuese la escusa que diera: hecha esta recomendacion continuó su camino, y se fué á morir á Puzzoles, donde está enterrado.

Sin embargo, el desertor habia vuelto á su familia, y se hallaba oculto en casa de uno de sus hermanos. Durante este tiempo los arquitectos sus compañeros habian terminado sus torreones á la mayor gloria del santo, la mayor alegría de los religiosos, y grande admiracion de los fieles. El único que faltaba era el campanario encargado á Diaro, y sin embargo, debia ser el mas alto y hermoso, y lo demostraban sus primeras piedras y sus esculturas. Esta falta deshonraria singularmente á la iglesia: así fué que despues de una deliberacion con este objeto, se decidió que se diese á concluir la obra al de los otros arquitectos que presentase el plano mas acomodado á la parte ya fabricada.

A la mañana siguiente del dia en que se tomó esta resolucion, se notó con asombro que el campanario parecia haber crecido durante toda la noche en una hilada de piedras: sin embargo, no se fijó mucho la atención. Pero durante las noches siguientes se renovó el prodigio de una manera tan visible, que no habia duda de él. Una mano invisible trabajaba de noche, y en el atrevimiento con que comenzaba á sobresalir de las demas torres, en lo bien acabado del trabajo de la escultura que se estendia sobre ocho lados, comenzó á decirse que era un arquitecto sobrehumano el que se encargaba de la obra, y que las brujas que habian edificado la iglesia de Sauvigni, querian hacer otra igual concluyendo milagrosamente la de Saint-Menoux. Esta opinion tomó nueva consistencia desde cuando se notó que únicamente las noches oscuras trabajaba el misterioso arquitecto: al contrario de las noches claras, en que la obra se detenia y no volvía á continuar hasta que el astro plateado habia desaparecido completamente del cielo.

Sin embargo, uno de los arquitectos, cuya

fé era menos robusta que las de sus camaradas, procuró aclarar el hecho. Subió por la noche al torreón, se emboscó allí, y no tardó en vislumbrar á pesar de la oscuridad un ser material que subía unas después de otras sobre las plataformas de la iglesia, piedras talladas y esculpidas de antemano, que colocaba en seguida por su orden. Espió así el trabajo de este hombre, hasta el momento en que estando próximo á amanecer, el nocturno obrero desapareció dejando su campanario aumentado con una nueva hilada de piedras. A la noche siguiente se encerraron algunos hombres en el torreón, de manera, que en el momento que el misterioso trabajador subió á la plataforma, se vió rodeado y cogido. Le acercaron una linterna sorda al rostro, y reconocieron al desertor Diaro.

El artista no habia tenido valor para dejar que su campanario empezado por él, fuera concluido por otro, y con riesgo de su vida habia continuado su trabajo.

Diario se hallaba condenado: no fué largo su proceso: únicamente pidió una detencion de un mes para concluir su campanario: se le concedió. A la mañana siguiente de concluir el campanario, fué ahorcado Diaro. El arte es una religion que en otro tiempo tambien ha tenido sus mártires.

En el momento en que Aquiles Allier terminaba esta leyenda, de que muchos de los descendientes de aquel desgraciado obrero que llevan su nombre ahora, pueden comprobar su autenticidad, comenzó á ser la lluvia tan fuerte, que nuestro cochero, que no tenia como nosotros donde ponerse á cubierto, nos rogó que le buscáramos un abrigo. La iglesia nos ofrecia uno: Allier corrió á llamar á la puerta del sacristan, vino éste con las llaves, y empleamos el tiempo que nos veíamos obligados á parar, en visitar el templo de Saint-Menoux. Este es, como he dicho, un antiguo monumento del siglo X, reparado y embellecido en el XV; pero cuyo principal carácter es romano. Posee el sepulcro del bienaventurado que le ha dado su nombre: es un monumento muy sencillo de forma de ataúd que encierra el corazon del santo, contenido en una cajita de madera de cedro. Un agujero redondo practicado en el mismo sepulcro, sirve á los fieles para cumplir un acto de fé. Todo hombre creyente que ha tenido la desgracia de ser mordido por un perro rabioso, irá siempre á la iglesia, meterá su cabeza en el agujero, y la tendrá allí el tiempo que tarde en rezar cinco Padres nuestros y cinco Ave Marias, y al sacarla no duda que quedará curado.

Un convento de religiosas estaba contiguo en otro tiempo á la iglesia de Saint-Menoux: la regla no era muy severa, únicamente toda señorita al entrar en la órden, despues de cometer una falta, era pintada

de hombre, y su retrato colocado en una galeria, destinado á manifestar por la vista de este singular disfraz, la fealdad de la falta de la culpable. Notamos que una de las mas bonitas pecadoras, no solo llevaba el traje masculino, sino tambien sobre aquel traje una armadura: aquella probablemente habia cometido un enorme crimen. Habia en la galeria sobre uno ciento cincuenta á ciento sesenta cuadros.

Durante nuestra visita, habia aclarado el tiempo, y podiamos gozarnos en camino. Al volver á pasar por Sauvigny, Allier nos hizo notar una torre arruinada. Esto es todo lo que queda del antiguo castillo de los duques de Borbon.

Volvimos á entrar en nuestro hotel serian las once de la noche, y tres horas despues, aun estábamos hablando alrededor de la chimenea de los antiguos recuerdos históricos, de las antiguas leyendas maravillosas y de antiguos cuentos populares de que Allier hacia coleccion para su grande obra del Borbonesado en lo que habia concentrado todas sus facultades y esperanzas. En fin, se fué á su cuarto que estaba contiguo al nuestro. Largo tiempo todavia estuvimos hablando al través de las paredes. A la mañana siguiente nos acompañó todavia á un cuarto de legua de la ciudad: allí nos abrazamos sin reparar que era por la última vez.

## ROMA EN LAS GALIAS.

A la mañana siguiente llegamos á Lion: nada nos habia detenido en el camino mas que el castillo casi abandonado de Jacobo II, de Chavannes, señor de la Palizia. Nos lo enseñó un conserge septuagenario, ruina viviente en medio de aquellas muertas ruinas: los descendientes de la familia habian dejado de habitar la morada de sus antepasados. Tailor me habia recomendado pasar por aquel sitio, que dominan góticas murallas, sin entrar en el patio del maestro de postas donde el sepulcro del vencedor de Ravena, obra maestra del siglo XVI y maravilla del renacimiento, servia de pilon para beber los caballos. Cuando me contó en su indignacion nacional esto, me irrité dolorosamente con esta circunstancia. No era bastante haber profanado su nombre; debian ser profanadas tambien las cenizas. Así, no dejé de servirme de su recomendacion; pero el sepulcro ya no existe: habia sido comprado y trasladado al museo de Avignon: en cuanto á los huesos no se sabe que ha sido de ellos.

Visitamos aquellas ruinas que habían sido habitadas en el tiempo de su esplendor por los hombres de Richelieu: todas las escaleras y cuartos estaban ruinosos.

Jacobo II de Chavannes era un elegido entre los pueblos: era un hombre como Borbon, un hombre como Bayardo, un hombre como Tribulcio, que eran tres hombres mas grandes que el rey.

Hizo la conquista de Nápoles con Carlos VIII y la del Milanesado con Luis XII. Fué juez del campo el día en que fué muerto Sotomayor: fué general el día en que Ravena se tomó: fué mariscal en Marigni al lado de Francisco I vencedor: fué soldado en Pavia siendo Francisco I vencido. Allí, derribado por su caballo, en medio de los enemigos muertos por él, su espada que conservaba en la mano, fué disputada por Castaldo, un capitán italiano, y por Busarto, capitán español: y como no queria entregarse ni á uno ni á otro y queria morir, siendo demasiado viejo para ser vencido y prisionero, Busarto apoyó el cañon de su arcabuz sobre su coraza y le hizo pedazos el pecho á boca de jarro: y fué preciso todo esto para que soltase aquella espada tan disputada por sus vencedores. Asi, dice Brantome, habiendo tenido buen principio tuvo buen fin.

Y ahora, servid de espada á tres reyes, sed testigo de Bayardo, vencedor de Gonzalo de Córdoba, amigo de Maximiliano y vencedor de Nemours: teñid con vuestra sangre los fosos de Barleta, las murallas de Rubor, las llanuras de Arguadell y los campos de Guinérafé: contaos en el número de los vencedores de Marigni y de los invencibles de Pavia: morid por no rendir vuestra espada donde el rey de Francia rendia la suya: y todo esto, ¿para qué? ¿Para que vuestro nombre sea un ridiculo recuerdo y vuestro sepulcro un pilon para dar de beber á los caballos! La posteridad es para algunos mas ingrata que los reyes.

Los únicos descendientes del señor de la Palizia son dos jóvenes y apuestos oficiales, que cada uno de ellos ha tenido ya cuatro desafios porque han tenido la desgracia de llevar uno de los mas hermosos nombres de Francia.

En Lion se encuentran las primeras huellas de la dominacion romana: al llegar á Lion daremos un brevisimo compendio de la manera con que los romanos se apoderaron y estendieron en las Galias. Antes de esta época pertenecian casi enteramente á pueblos que no temian nada, decian, mas que á la caída del cielo, y que enviaron á uno de sus Brenos á quemar á Roma y otro á saquear á Delfos: eran ricos, no solamente en rios, mases y bosques, sino tambien en minas. Los Alpes, los Pirineos, las Cevennas, ocultaban abundancia de oro y de plata que apenas cubria una ligera capa de tierra.

Las costas del Mediterráneo suministra-

ban aquel granate tan fino y tan brillante que podia ser muy bien el carbunclo famoso de los antiguos que los modernos en vano han buscado; en fin, los ligures pescaban alrededor de las islas de Hieres aquel magnifico coral con que adornaban las gargantas de sus mugeres y los tabalis de sus espadas. En aquel tiempo florecia la ciudad de Tiro, y sus marineros surcaban el Mediterráneo y el Océano con seis mil galeras. Entre sus hijos contaban un dios: este dios era Hércules. Hércules nacido el mismo día de la fundacion de la ciudad; Hércules, intrépido viajero haciendo retroceder los terminos del mundo y fijándole sus limites; Hércules que no es otra cosa que el genio Tiriano, belicoso y comercial á la vez, poderoso por el hierro y el oro, y que nada puede resistir y que á nuestros ojos representa, despojado de los atributos que le da la antigüedad, no un hombre, no un héroe, no un dios, sino un pueblo.

En la embocadura del Ródano asienta su planta Hércules: apenas se hubo internado algunas leguas en aquellas tierras, cuando fué atacado por Ligur y Albion, hijos de Neptuno. Prepara sus flechas é iba á sucumbir, cuando Júpiter viene en su ayuda haciendo caer una lluvia de piedra que cubre el llano. Hércules vencedor funda una ciudad que en memoria de su hijo llamó Nemausus. Esta ciudad es Nimes, cuyo moderno nombre conserva todavía alguna cosa de su antiguo bautismo.

Aquí la alegoría es trasparente y el simbolo visible: la civilizacion no comprendida y despreciada por los bárbaros, ha puesto su pie en la tierra de Occidente: la barbarie ha sido vencida, y el tráfico y la victoria consagradas por el llano sobre la montaña, es la fundacion de una ciudad. Entonces la mision de Hércules en las Galias se verifica. Como ultimo monumento de su paso, los dioses le vieron, dice Silvio Itálico:

*Scindentem nubes, frangenentemque ardua montis.*

Y desde entonces hubo un camino que llevó desde las costas gálicas á las llanuras de Italia, atravesando las gargantas de Tenda. Este es el primero que se conoce: tiene de fecha mil años antes de Cristo, y despues de veinte y ocho siglos que hoy cuenta, lleva todavía el nombre de Calzada Tiriana.

Tiro, condenada por el profeta Ezequiel y sitiada por los ejércitos de Nabucodonosor, tocaba á su decadencia: sus colonias desfallecientes agonizaban bajo la metrópoli, como miembros á que el corazon no enviaba la sangre. La civilizacion rodia habia querido en vano ser la heredera de su imperio en los mares: aquellos holandeses del antiguo mundo, desaparecieron bien pronto á su vista, despues de haberles dejado por recuerdo edificadas á Rodas, ó Rodanousia, cerca de las

bocas del Ródano; y desapareciendo, dejaron casi estinguirse el comercio que un tiempo habia sido célebre en el oriente de las Galias.

Los naturales del país se aprovecharon de aquel momento de reflujó, durante el que la civilización de Oriente abandonaba las costas meridionales de las Galias, por las riberas septentrionales del Africa donde comenzaba á florecer Cartago. Los segobrigos, tribu gálica libre entre los ligures, se establecieron entonces desde el Var hasta el Ródano, y la barbarie occidental comenzaba á borrar la civilización de Oriente, cuando un buque fociese echó el áncora al Este del Ródano. Su capitán era un jóven aventurero, salido del Asia para su viage de descubrimientos, saltó en tierra, y vino á pedir la hospitalidad al gefe bárbaro en aquellas costas.

Era por casualidad un dia festivo. El rey Naun casaba á su hija, que Aristóteles llamó Petta y Justino Giptis. Todos los guerreros que habian pretendido su mano, venian á sentarse sobre haces de heno y de paja, alrededor de una mesa muy baja cargada de carnes de venado y yerbas cocidas. Al fin de la comida, la jóven desposada, de quien no se conocia todavía el esposo, debia entrar llevando en la mano una copa de vino traído de Italia, porque las viñas no eran todavía conocidas en las Galias, y presentarla al que ella eligiese por esposo. En este momento fué en el que se presentó Euxene. Naun se levantó para recibirle, porque el estrangero era siempre bien recibido, en los palacios como en las cabañas galas, y haciéndole sentar á su derecha, le invitó á tomar parte en el festin.

Al fin de la comida, se abrió la puerta de la sala y la hija de Naun se presentó en ella. Era una hermosa galesa de talle esbelto y flexible como un junco, de rubios cabellos y ojos azules. Detúvose un instante en el umbral de la puerta para elegir en la asamblea guerrera á aquel á quien iba á hacer un rey.

Entonces fué cuando en medio de aquellos soldados salvajes de alta estatura, de cabellos casi encarnados por el agua de cal, de bigotes rojos, cubiertos con una manta rayada raída sujeta por un broche de metal debajo de la barba, vió un jóven de una belleza desconocida en el país en que ella habia nacido. Tenia ojos y pestañas negras, largos cabellos negros y perfumados, una túnica que dejaba ver sus desnudos y afeminados brazos, un gorro, un manto y sandalias de púrpura. Sea fascinación, sea capricho, su mirada no pudo separarse del estrangero: marchó derecha á él, y con desprecio de los guerreros que le rodeaban, le presentó la copa con una dulce sonrisa. Al momento se levantaron murmurando todos los convidados; pero, dice Aristóteles, Naun creyó reconocer en aquella acción un impulso superior y una orden de sus dioses. Alargó la mano al fociese, le llamó su yerno, y dió por dote á

su hija el golfo en que su esposo habia tomado tierra. Euxene despachó inmediatamente su buque á Focea con la tercera parte de sus compañeros encargados de reclutar colonos en la madre patria, y echó sobre el promontorio que hay saliente por aquel lado en el Mediterráneo, los cimientos de una ciudad que se llamó Marsalia y que mas tarde y sucesivamente los romanos llamaron Marsillia, los provenzales Marsilio y los franceses Marsella.

Salieron los mensajeros de Euxene, llegaron á Focea y contaron lo que habian visto, y como su capitán habia sido hecho yerno de un rey, fundado una colonia y pedía á la columna materna un nuevo enjambre para poblar su ciudad.

A la relacion de esta maravillosa historia los aventureros se presentaron en tropel; el tesoro público les suministró viveres y armas: se proveyeron de plantas de viña y de olivo, y en el momento de levantar áncoras trasportaron sobre el buque de Euxene fuego cogido en el sagrado hogar de Focea que iba á arder en Marsalia, que seria así, por esta llama, emblema de la vida y de la verdadera existencia de su madre: despues, inmediatamente las largas galeras de Focea, que Herodoto ha contado de cincuenta remos, dirigieron sus proas para Efeso, donde el oráculo habia ordenado á los viageros desembarcar. Allí encontraron una muger de noble familia, que habia tenido una revelacion de la buena diosa efesina por la que habia mandado que una de sus estatuas se transportase á las Galias. Los focenses cumplieron con alegría el mandato de la divinidad y despues de una feliz travesía llegaron á Marsella, donde Aristarco estableció el gran culto que adquirió Diana.

Marsalia se engrandeció así en medio de las naciones que la rodeaban y que desde el principio intentaron oponerse á su prosperidad; pero que bien pronto ocupadas las mas de las revueltas interiores de las Galias, la dejaron edificar sobre su suelo de arena sus casas de madera cubiertas de paja. Dice Vitruvio que reservaban para sus templos, y edificios sagrados el mármol que sacaban del Delfinado, y las tejas, que construian de un barro tan ligero que ochado en el agua sobrenadaba como madera.

Sin embargo, las causas de la decadencia de Tiro alcanzaron tambien á Focea, la madre patria. Ciro, que habia conquistado una parte del Asia Mayor la hacia asaltar por uno de sus tenientes. Despues de una resistencia heroica, los sitiados, viendo, que no podian sostenerse por mas largo tiempo, pensaron en sus hermanos que habian encontrado hospitalidad en la tierra de Occidente, y transportando sobre sus galeras sus muebles mas preciosos, sus familias y sus dioses, levantaron anclas apagando en sus templos el sagrado fuego que debian volver á encontrar en las Galias, en Córcega y en Calabria,

Pero la Córcega se hallaba inculta entonces: además los focenses eran marineros y no labradores: tenían sesenta galeras y ni un solo arado. Se echaron á piratas é interceptaron el comercio entre los cartagineses y los etruscos. A contar desde este día Cartago y Marsella fueron enemigas apareciendo como rivales: de modo, que cuando Annibal, para cumplir el juramento que siendo niño había hecho á su padre, concibió el gigantesco proyecto de hacer á Cartago la reina del mundo, apenas había aparecido en la cumbre de los Pirineos cuando por el cuidado de los masaliotas, Roma se hallaba advertida del peligro que la amenazaba y sabía que encontraría puertos amigos donde enviar sus buques, y un camino sólido á donde hacer marchar sus legiones que debían oponerse al paso del Ródano y de los Alpes.

Cuando penetremos en el Mediodía, trataremos de hallar las huellas de este maravilloso paso; pero en este momento es de la fortuna de Marsalia y no de la de Roma de la que nos ocupamos.

Los resultados de la segunda guerra púnica fueron inmensos para ella: Marsalia heredó el comercio de Asia, de España, de Grecia y de Sicilia.

El águila romana no pudiendo devorarlo todo, abandonó sus restos al leon masaliota; desde este instante la Focea Occidental reunió en su puerto el comercio del mundo que había desaparecido con Tiro, Rodas y Cartago. Entonces fué cuando pensó, que su poder no estaría seguro si no era una potencia territorial al mismo tiempo que marítima, y comenzó á hacer escursiones por la tierra del Var.

Estas escursiones sacaron de sus sueños á sus antiguos enemigos: los ligures, los oxibes y los deccates. Revivieron inmediatamente mal aplacados sus antiguos odios y embistieron á Antipolis y Nicea (Antibes y Niza) dos de las principales colonias de Marsalia. La hija de Focea amenazada á su vez en sus posesiones, envió embajadores á Roma para quejarse de sus vecinos. Roma eligió y envió embajadores suyos que arreglaran la cuestión que acababa de suscitarse. La galera que llevaba á los tres mensajeros de conciliación llegó á O'Egitia, que pertenecía á los oxibes. Estos, exasperados á la vista de los estrangeros que se presentaban como jueces en sus diferencias, los atacaron en el momento que desembarcaban. Dos romanos perecieron en el primer encuentro: Flaminio que quiso defenderse, fué pronto herido. Sin embargo, sostuvo la retirada de sus compañeros y logró reembarcarse; pero perseguido de cerca aun al tiempo de levantar las anclas se vió obligado á cortar los cables. Esto era mas de lo que necesitaba la política guerrera de Roma, á quien la Italia sometida y destruida Cartago se había hecho dueña del imperio del mundo.

Encargó por consecuencia á Quinto Opi-

mio tomase satisfacción de la ofensa y puso bajo sus órdenes cuatro legiones.

El cónsul las reunió en Plasencia, las condujo por los Apeninos, atravesó á su cabeza las gargantas de Tenda y bajó al país de los oxibes por el antiguo camino tiriano que Hércules había abierto en medio de las nieves.

Los oxibes, aunque ayudados de los Deccates y los ligures, fueron vencidos, sus tierras dadas en propiedad á los masaliotas, y Roma para á asegurar el cumplimiento exacto del tratado impuesto por ella, dejó sus legiones en posiciones militares en la ciudad principal del enemigo que había vencido.

Dos cónsules sucedieron á Quinto Opimio: el primero fué Marco Flavio Flacco, que por nuevas quejas de los masaliotas declaró la guerra á los salitas y á los voconces y los venció como su predecesor había hecho con los oxibes, con los ligures y los deccates: y el segundo fué Cayo Sestio Galvino, que paseando sus legiones sobre todo el litoral arrojó á los voconces mas allá del Isere, y repelió á las montañas la población de las llanuras, consiguiendo aproximarse á mil quinientos pasos de los lugares de desembarco y á mil del resto de la costa.

Entretanto, vino el invierno: Cayo Sestio interrumpió las hostilidades y tomó cuarteles sobre un cerro situado á algunas leguas de Marsalia. Lo que le había determinado á elegir aquel punto era la reunión casi milagrosa de un río, de una fuente de aguas vivas y de un manantial termal.

Así, apenas vió el partido que podía sacar de tan ventajosa posición, se le ocurrió fundar una colonia para Roma y dar su nombre á una ciudad, é hizo cambiar sus empalizadas en murallas y sus tiendas en casas. La naciente ciudad tomó el nombre de Aquæ Sestiacæ, y fué la primera ciudad que los romanos poseyeron en el territorio transalpino.

Cien años mas tarde, Fabio, Domicio, Paulo Manlio, Aurelio Cotta, Quinto Marcio rey, Mario Pronptinus y César habían, á pesar de las derrotas de Silano, de Casio, de Scauro, de Capion y de Manlio, conquistado el resto de las Galias y Octavio las había dividido en diez y siete provincias romanas.

Bajando por el Ródano desde Lion hasta Marsella encontraremos toda la historia de estas conquistas por los monumentos que han dejado.

En cuanto á Lion á donde hemos llegado, la ciudad era tan poca cosa en los tiempos de la conquista de las Galias, que César pasa por ella sin verla y sin nombrarla: únicamente hizo un alto sobre una colina donde al presente se encuentra á Fourviers. Asentó allí sus legiones, y cercó su campo momentáneo con fosos tan profundos, que después de diez y nueve siglos no ha podido cegarse enteramente aquellos fosos que abrió con la punta de su espada.

Algun tiempo despues de la muerte de aquel conquistador se sublevaron trescientos pueblos. Uno de sus tenientes llamado Lucio, escollado por algunos soldados que habian permanecido fieles á la memoria de su general, y buscando un lugar donde fundar una colonia, fueron detenidos en la confluencia del Ródano y del Saona por un considerable número de vieneses que rechazados por las poblaciones allobrogas bajadas de sus montañas, habian levantado sus tiendas sobre aquella lengua de tierra y fortificaban aquellos fosos inmensos formados por la mano de Dios y en los que corría á grandes olas un río y un arroyo. Lucio hizo un tratado de alianza con los vencidos, y bajo el nombre de Lucii Dunum se vió salir bien pronto de tierra aquellos cimientos de la ciudad que poco despues debia ser la ciudadela de las Galias, centro y comunicacion de cuatro grandes vias trazadas por Agripa y que cruzan aun hoy la Francia moderna desde los Alpes al Rhin y desde el Mediterráneo al Océano.

Entonces, sesenta ciudades de las Galias reconocieron á Lucii Dunum por su reina y vieron á su costa levantarse un templo á Augusto, á quien reconocieron por un dios.

Este templo bajo Caligula cambió de dios y de culto, fué el lugar de la reunion de las sesiones de sus academias, de las que uno de sus reglamentos pinta enteramente el carácter del loco imperial que la habia fundado. Este reglamento dice, que si entre los concurrentes á las academias hubiese alguno que presentase una mala obra, fuese escluido en provecho del que la hiciese mejor, y que borrase la obra entera con su lengua, ó si queria mejor, que lo arrojaran al Ródano.

Lucii Dunum no tenia mas que un siglo, y la ciudad nacida ayer disputaba ya la magnificencia con Marsella la griega y con Narbona, cuando un incendio, que se atribuyó á un rayo, la redujo á cenizas, y esto tan rápidamente, dice Séneca hablando de este incendio, con un tono conciso, que entre una ciudad inmensa y una ciudad destruida no medió mas que el espacio de una noche.

Trajano tuvo compasion de ella: bajo su poderosa proteccion Lucii Dunum comenzó á salir de sus ruinas. Bien pronto sobre la colina que dominaba se levantó un magnifico edificio destinado á los mercados. Apenas apareció, cuando los bretones se apresuraron á traer sus escudos pintados de diferentes colores y los iberos sus armas de acero que ellos solos sabian templar. Al mismo tiempo Corinto y Atenas les llevaban tambien por Marsella sus cuadros pintados sobre madera, sus piedras grabadas y objetos de bronce: el Africa sus leones, sus tigres sedientos de la sangre de los anfiteatros: la Persia caballos tan ligeros que vencian en reputacion á los corceles numidas, cuyas madres, dice Herodoto, eran fecundadas por el soplo del viento.

Este monumento, que se hundió el año 440 de nuestra era, es llamado por los autores del siglo IX *forum vetus*, y por los del siglo XV *fort-viel*.

De estas palabras compuestas han sacado los modernos *fourvieres*, nombre que aun conserva en nuestros dias la colina sobre que fué edificado.

Lion siguió el destino de las demas colonias romanas. En la época de la decadencia de la metrópoli, se separa de su poder, y reuniéndose en 527 al reino de los francos, vino desde esta época á confundir su historia con la nuestra. Colonia romana bajo los Césares, segunda ciudad de Francia bajo nuestros reyes, el tributo de nombres ilustres que pagó á Roma á título de aliada, fué los de Germánico, de Claudio-Caracalla, de Marco Aurelio, Sidonio Apolinario y Amboise: el que dió á la Francia á título de hija fiel, fueron los de Filiberto de Lorme, Couston de Coisevox, de Suchet, de Duphot, de Camille Jordan, de Lemontey, de Lemot, de Dugas-Moostbel y de Ballanche.

## LOS SEÑORES CINQ-MARS Y DE THOU.

Tres monumentos quedan todavía en pie en Lion que parecen hitos plantados por los siglos y dispuestos como tipo de progreso y decadencia del arte de la arquitectura. Son la iglesia de Ainay, la catedral de San Juan y la casa de ayuntamiento. El primero de estos monumentos es contemporáneo de Carlo-Magno; el segundo de San Luis, y el tercero de Luis XIV.

La iglesia de Ainay se halla edificada sobre el terreno mismo del templo que las sesenta naciones de las Galias habian levantado á Augusto. Los cuatro pilares de granito que coronan la bóveda han sido prestados para su hermana cristiana por su hermana pagana: no formaban al principio mas que dos columnas que se elevaban á una altura doble de la que hoy se levantan, y cada una de ellas se hallaba coronada por una victoria. El arquitecto que construyó á Ainay las hizo aserrar por enmedio á fin de que no desdijesen con el carácter romano del resto del edificio. La altura de cada una de ellas es hoy de doce pies diez pulgadas, lo que hace suponer que en su primitivo empleo, cuando las cuatro no formaban mas que dos, tendria cada una lo menos veinte y seis pies de altura.

Encima de la puerta principal se ve incrustado un bajo relieve antiguo representando

tres mugeres llevando frutas en sus manos. Encima de estas figuras se leen estas palabras abreviadas:

MAT. AUG. PH. E. MED.

que se esplican así:

*Matronis augustis Philesus Egnaticus, medicus.*

La catedral de San Juan no parece tener la edad que al pronto la dimos. Su pórtico y su fachada evidentemente datan del siglo XIV, ora haya sido edificada ó únicamente acabada en aquella época; además, la fecha de su nacimiento se encontrará por el arqueólogo en la arquitectura de la nave principal, cuyas piedras tienen aun recientes las huellas y recuerdos de las cruzadas y los progresos que el arte occidental acababa de introducir en los pueblos occidentales.

Una de las capillas que forman la parte baja de la iglesia, cuyo número, según la costumbre, se hacia subir á siete en memoria de los siete misterios, ó á doce en honor de los doce apóstoles, se llama la capilla de Borbon.

La divisa del cardenal que se compone de estas tres palabras: *nespoir, ne peur*, se halla reproducida en varios parages.

Pedro de Borbon, su hermano, añadió una *P* y una *A* enlazadas, siendo estas letras las iniciales de su nombre de bautismo y del de Ana de Francia, su muger.

En cuanto á los cardos que le adornan indican que el rey le habia hecho un *caro don* concediéndole á su hija. Apresurémonos á decir que el cancelado de este sepulcro vale mas que el equívoco de la palabra.

Uno de los cuatro campanarios que contra las reglas de la arquitectura de aquella época flanquean el edificio en cada uno de los ángulos, sirve de morada á una de las mas grandes campanas de la Francia. Pesa treinta y seis mil libras.

La casa del ayuntamiento situada sobre la plaza Terreaux, es probablemente el edificio que Lion con mas complacencia y orgullo enseña á los extranjeros; su fachada, construida por los dibujos y planos de Simon Maupin, presenta todos los caracteres del estilo grandioso, pesado y frio de la arquitectura de Luis XIV: al bajar sus escaleras se encuentra uno enfrente de uno de los recuerdos históricos mas terribles y que la crónica criminal de Francia conserva en sus archivos: en aquel sitio, donde se fijan los pies del viagero cayeron las cabezas de Cinq-Mars y de Thou.

Gracias á la linda novela de Alfredo de Vigny, aquel drama es en nuestros dias popular: la escena con que termina es una escena mejor concebida que escrita, y creemos que nuestros lectores verán con placer el que le presentemos enfrente de la invencion salida de

la cabeza del poeta la sencilla relacion conservada por la pluma prosáica del escribano. Así podrá ver la lucha de esas dos grandes diosas que presiden la una á la poesia y la otra á la historia; la imaginacion y la verdad.

«El viernes 12 de setiembre de 1642, el señor canceller entró en el palacio presidial de Lion á las siete de la mañana, acompañado de los señores comisarios diputados por el rey para sustanciar el proceso de los señores Cinq-Mars y Thou.

«El procurador general del rey en el parlamento del Delfinado ejercia el cargo de procurador del rey.

«Como hubiera entrado en la cámara del consejo el gefe de la policia fué enviado con su compañía al castillo de Piedra-Ciza para hacer venir al señor de Cinq-Mars, el cual fué conducido al palacio á las ocho de la mañana en un carruage de alquiler. Al entrar en el palacio preguntó: ¿dónde estamos? Le respondieron que en el palacio; de lo que se manifestó satisfecho y subió las escaleras con bastante resolucion.

«Fué llamado á la cámara del consejo ante los jueces, donde permaneció hora y cuarto.

«Sobre las nueve el canceller envió al gefe de la policia á requerir y buscar al señor de Thou al mismo castillo de Piedra-Ciza y con el mismo carruage de alquiler.

«Una hora despues el señor de Laubardemont, consejero en el parlamento de Grenoble, y el señor Roberto del de San German, salieron de la cámara para disponer á los prisioneros á oír la lectura de su sentencia y prepararlos á la muerte, lo que hicieron exhortándoles á que reuniendo toda su fuerza y valor manifestasen resolucion en una ocasion que asombra á los mas valerosos.

«Al oír aquella noticia afirmaron sus espíritus y manifestaron una resolucion extraordinaria, confesando ellos mismos que real y verdaderamente eran culpables y merecedores de la muerte, y que se hallaban bien resueltos.

«Aqui el señor de Thou dijo al señor de Cinq-Mars

—«Y bien, caballero, deberia quejarme de vos, porque me habeis acusado y me haceis morir: ¡perrero! Dios sabe cuánto os amo! ¡Si, muramos! muramos como valientes, y ganaremos el paraiso!

«Se abrazaron uno y otro con grandísima ternura, diciéndose que pues habian sido buenos amigos durante su vida les serviria de gran consuelo el morir juntos.

«Entonces dieron las gracias á los señores comisarios, asegurándoles que no tenian ningun pesar en morir, y que esperaban que esta muerte seria el principio de su felicidad. En seguida se llamó á Pallerue, escribano criminal del presidial de Lion para notificar su sentencia.

«Despues de haberles leído la sentencia,

el señor de Thou dijo con gran sentimiento:

—«¡Bendito sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

«Y dijo en seguida muchas bellas expresiones con un indecible fervor que le duró hasta la muerte. Cinq-Mars despues de la lectura de la sentencia que le condenaba al tormento, dijo:

—«La muerte no me admira: empero preciso es confesar que la infamia de este tormento afecta poderosamente á mi alma. Si, señores, encuentro enteramente extraordinario el tormento para un hombre de mi condicion y de mi edad. Yo creo que las leyes me dispensan de él; al menos lo he oido decir. La muerte no me causa miedo; pero señores, confieso mi debilidad, no puedo digerir el tormento.

«Pidieron cada cual un confesor, á saber, Cinq-Mars al P. Malavete, jesuita, y Thou al P. Mambrun, tambien jesuita. El que hasta entonces habia tenido la comision de custodiarlos, los entregó por órden del señor canceller en manos del señor Thome, preboste general de los mariscales de Lion, y se despidió de ellos.

«Habiendo llegado el padre Malavete, Cinq-Mars fué á abrazarle y le dijo:

—«Padre mio, me quieren dar tormento; me cuesta mucho trabajo resolverme á ello.

«El padre le consoló y fortificó su espíritu cuanto pudo en aquella critica situacion. Se resolvió, en fin, y el señor de Lanvordemont y el escribano vinieron por él para llevarle al cuarto del tormento, se tranquilizó y pasando por el lado del señor de Thou le dijo friamente:

—«Caballero, los dos estamos condenados á morir; pero yo soy mas infeliz que vos porque ademas de la muerte debo sufrir la cuestion ordinaria y extraordinaria.

«Condujéronle á la cámara del tormento y al pasar por el cuarto de los prisioneros, dijo:

—«¡Dios mio! ¿y á dónde me llevais? Y despues ¡ah qué mal huele aqui!

«Estuvo como media hora en el cuarto del tormento y despues lo sacaron de él sin que hubiese sido atormentado apenas, puesto que por la redaccion de la sentencia se habia dicho que solamente seria presentado á la cuestion.

«A su vuelta el que le llevaba se despidió de él en la sala de audiencia con las lágrimas en los ojos despues de haber hablado algun tiempo juntos.

«Despues el señor de Thou fué á abrazarle exhortándole á que muriese constante y no tuviese aprension á la muerte: á lo que él replicó que jamás la habia tenido, y que cualquiera que hubiera sido el sesgo que su causa hubiera tomado siempre habia creído que no se escaparia de ella. Permanecieron juntos cerca de un cuarto de hora, durante el cual se abrazaron dos ó tres veces y se pidieron perdon mutuamente con demostraciones de la mas perfecta amistad.

«Concluyó su conferencia con estas palabras del señor de Cinq-Mars.

—«Es tiempo de que nos ocupemos de nuestra salvacion.

«Separáronse y Mr. Thou pidió un cuarto aparte para confesarse, lo que le costó trabajo obtener. Hizo una confesion general de toda su vida con grande arrepentimiento de sus pecados y mucho sentimiento de haber ofendido á Dios. Rogó al confesor que manifestase al rey y á monseñor el cardenal, el pesar que le causaba su culpa y que les pedia humildemente perdon.

«Duró su confesion cerca de una hora, al fin de la cual dijo al Padre que no habia tomado nada hacia veinte y cuatro horas, lo que obligó al Padre á hacerle traer huevos frescos y vino: pero no tomó mas que un pedazo de pan y un poco de vino aguado, con el que no hizo mas que enjuagarse la boca. Manifestó al Padre que nada le habia asombrado tanto como verse abandonado de todos sus amigos, lo que jamás hubieran creído, porque, dijo, desde que habia tenido el favor del rey habia tratado de hacerse amigos y estaba persuadido de haberlo logrado; pero que conocia que era preciso no fiarse de ellos, y que todas las amistades de la corte no eran mas que un puro disimulo. El Padre le respondió que tal habia sido siempre el carácter del mundo, y que era preciso no admirarse de ello: y en seguida le citó el célebre distico de Ovidio.

Donec felix fueris, multos numerabis amicos  
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

«Hízoselos repetir dos ó tres veces hasta que se le aprendió de memoria y luego los recitó mas.

«Pidió papel y tinta para escribir, como lo hizo, á la señora mariscal su madre, á quien entre otras cosas, rogaba que tuviese la bondad de pagar algunas deudas suyas; despues la entregó al Padre para que la hiciese leer por el señor canceller. El principal objeto de su carta era que le encomendasen á Dios y hacer decir misas por el bien de su alma. Terminaba asi: «sábed, señora, que tantos cuantos pasos doy son otros tantos que me llevan á la muerte.»

«Entre tanto el señor de Thou se hallaba en la sala de audiencia con el confesor entregado á trasportes divinos dificiles de espresar. En cuanto vió al confesor corrió á abrazarle con estas palabras:

—«Yo no tengo pena alguna; hemos sido condenados á muerte, y venis para llevarme al cielo. ¡Ah! ¡Cuán poca distancia hay de la vida á la muerte! ¡Es un camino muy corto! ¡Vamos, Padre, vamos á la muerte: vamos al cielo, vamos á la verdadera gloria! ¡Ay! ¿Qué bien he podido yo hacer en mi vida que haya podido proporcionarme el favor que recibo

hoy de anticiparme la muerte para llegar á la vida eternamente gloriosa?»

Me valdré aquí de la sencilla relacion, que aquel buen padre hizo de estos sucesos en la parte que á él tocaron. Es esta:

«El señor de Thou viéndome á su lado en la sala de la audiencia, me abrazó y me dijo, que le habian condenado á muerte y que era preciso aprovechar el tiempo que le quedaba de vida rogando no me separase de él y le acompañase hasta el fin. Me dijo bajo:

—«Padre mio, desde que han pronunciado mi sentencia estoy mas contento y tranquilo que antes. La incertidumbre y la parsimonia de este negocio me ponia en una ansiedad é inquietud terrible. Ahora no quiero pensar mas en las cosas de este mundo sino en disponerme á la muerte. No tengo odio ni rencor contra nadie. Mis jueces me han juzgado como gente honrada y equitativamente segun las leyes: Dios ha querido servirse de ellos para llevarme á su Paraiso, y ha querido que muera en este tiempo en el que por su bondad y su misericordia creo hallarme dispuesto á la muerte. Nada puedo por mi mismo: esta constancia y este poco de valor me prueban su gracia.

«Entonces se puso á hacer actos de amor de Dios y contrición y arrepentimiento de sus pecados y muchas oraciones jaculatorias. Es preciso notar aquí que durante los tres primeros meses de su prision se habia dispuesto á la muerte con la frecuencia de sacramentos, con la oracion, meditacion y consideracion de los misterios divinos; ademas dedicaba muchos ratos á la lectura de los libros de devocion, particularmente el libro de Belarmino sobre los salmos y el del *Arte bene moriendi* del mismo autor. Escogia durante este tiempo algunos versiculos de los salmos para hacer sus oraciones jaculatorias y me decia que entendia y penetraba mucho mejor y con mas sentimiento, en aquellas circunstancias, las sentencias de la Sagrada Escritura que antes.

«Saludaba á todos los que veia en la sala en que estábamos, recomendándose á sus oraciones, manifestándoles que moria contento, y que los jueces habian juzgado rectamente y con arreglo á las formas de la ley. Viendo acercarse al señor Lauvardemont que habia sido el relator de la causa, fué á su encuentro, le abrazó y le dió gracias de su juicio, diciéndole: «me habeis juzgado como hombre de bien;» y esto con tanta ternura que arrancó un torrente de lágrimas no solo de los ojos de los asistentes y de los guardias sino aun del mismo relator que lloraba ardentemente al abrazarle.

«Un hombre enviado de parte de Mad. Pontac, su hermana, vino á despedirse de él. El señor de Thou, creyendo que era el verdugo corrió y le abrazó diciéndole: «¿eres tú el que debe enviarme al cielo?»

«Pero habiéndole advertido que era un hom-

bre enviado de parte de su hermana, le dijo:

—«Amigo mio, te pido perdon; hace tanto tiempo que no te habia visto, que te desconocia. Di á mi hermana que la ruego me tenga presente en sus devociones como lo ha hecho hasta ahora: que conozco al presente mas que nunca, que este mundo no es mas que mentira, ilusion y vanidad; que muero contento y como buen cristiano; que ruegue á Dios por mí y no me compadezca, pues espero encontrar mi salvacion en mi muerte. Adios.

«Aquel hombre se retiró sin poder pronunciar ni una sola palabra: en cuanto á él sentia un valor y una fuerza tan extraordinaria para sufrir la muerte que temia hubiese algo de vanidad; y volviéndose á mí me dijo:

—«Padre mio, ¿habrá vanidad en esto? Dios mio, reconozco ante vuestra divinidad, que yo no puedo nada, que toda la fuerza me viene de tal modo de vuestra bondad y divina misericordia que si me abandonaseis desfalleceria.

«De cuando en cuando preguntaba si se aproximaba la hora de marchar al suplicio: rogaba que le avisasen cuando viniese el verdugo para abrazarle; empero no le vió sino sobre el cadalso.

«Sobre las tres de la tarde, cuatro compañías de la milicia de Lion, en número de cerca de mil doscientos hombres, se colocaron en medio de la plaza de Terreaux formando un cuadro de cerca de ochenta pasos de cada lado en el cual no debaban penetrar á nadie mas que los que era preciso para la ejecucion.

«En medio de aquel espacio se levantó un cadalso de siete pies de alto sobre nueve cuadrados, en medio del que, y un poco hacia adelante, se alzaba un poste de otros tres pies, delante del que se puso un tajo como de un medio pie, de modo que la cara principal, ó el frente del cadalso mirase hacia el lado de la plaza que daba al Saona, donde se habia puesto el cadalso. Todas las casas de la plaza, todas las ventanas, paredes, tejados, todas las alturas desde donde se podia dominar el pátibulo, se hallaban cargadas de personas de todas clases, de todas condiciones, edades y sexos.

«A las cinco de la tarde dos oficiales de justicia suplicaron al compañero del P. Malavete que le advirtiese que era tiempo de echar á andar. El señor de Cinq-Mars viendo al lego que hablaba al oido á su confesor se penetró bien de lo que seria.

—«Nos dan prisa, dijo: es preciso irnos.

«Sin embargo, un oficial le habló algun tiempo en su cuarto, del que al salir su ayuda de cámara, que le habia servido desde Montpellier, se presentó pidiéndole alguna recompensa á sus servicios.

—«Nada tengo, le dijo: todo lo he dado.

«Desde allí se dirigió á donde se hallaba el señor de Thou.

«Este, al verle, exclamó:

*Letatus sum in his quæ dicta sunt mihi,  
in domum Domini ibimus.*

«Después se abrazaron y echaron á andar.

«Marchaba el primero Cinq-Mars teniendo cogida la mano del P. Malavete hasta la escalera, donde saludó con tan buena gracia y afeblidad á todo el pueblo que arrancó lágrimas de los ojos de todos; él solo permaneció firme, sin conmovirse, y conservó aquella firmeza de espíritu por todo el camino, tanto, que habiendo sorprendido en su confesor un movimiento de ternura á vista de las lágrimas de algunas personas

— «¿Qué quiere decir esto, Padre mio? dijo, ¿teneis mas sentimiento por mí que yo mismo?

«El señor Thomé, preboste de Lion, con los arqueros de ropa corta y el gefe de policia con su compañía, tuvieron orden de conducirlos al suplicio.

«Sobre las escaleras del palacio Thou, al ver un coche que los aguardaba, dijo á Cinq-Mars:

— «¿Qué, pues, nos llevan en coche? ¿se va así al paraíso? Yo me esperaba que me amarrasen y arrastrasen en una carreta; estos caballeros nos tratan con mucha cortesía en no atarnos y llevarnos en coche.

«Al entrar en él, dijo á los soldados que le rodeaban:

— «¡Ya veis, amigos, cómo nos llevan en coche al paraíso!

«Cinq-Mars iba vestido con paño de Holanda muy oscuro, cubierto de encage de oro de ancho de dos dedos, sombrero negro con él ala vuelta á la catalana; medias de seda verdes y por encima una media blanca con encages, y capa de escarlata.

«Thou iba vestido con un traje de luto de paño español con capa corta.

«Los dos se colocaron en la testera del coche; Thou á la derecha de Cinq-Mars, y llevando á cada portezuela dos jesuitas, á saber, los dos confesores y sus legos: delante no iba nadie.

«El verdugo seguía á pie y era un mozo de cordel que llaman en Lion *ganapanes*, hombre de edad, mal carado, vestido como un jornalero ó peon de albañil, y jamás habia hecho ejecucion alguna sino únicamente dar tormento, y del que fué preciso servirse porque no habia otro verdugo; el de Lion se habia roto una pierna.

«En el coche recitaron con sus confesores las letanias de Ntra. Sra., el *Miserere* y otras oraciones y jaculatorias. Hicieron muchos actos de contriccion y de amor de Dios hablando de lo extraordinario de la constancia de los mártires y de los tormentos que habian padecido. Saludaban muy cortesmente de tiempo en tiempo al pueblo que llenaba las calles por donde pasaban.

«Algun tiempo despues el señor de Thou dijo al señor de Cinq-Mars:

— «Caballero, me parece que debeis tener mas pesar que yo en morir: sois mas jóven, y érais mas grande en el mundo: teneis mayores esperanzas, érais el favorito del gran rey: pero os aseguro, sin embargo, que no debeis echar de menos todo esto que no es mas que viento; porque seguramente nos hubiéramos perdido, nos hubiéramos condenado y Dios nos quiere salvar. Tengo nuestra muerte por una prueba innegable de nuestra predestinacion, por lo que debemos estar mas agradecidos á Dios que si nos hubiese dado todos los bienes y felicidades del mundo: nunca podremos darle bastantes gracias por esto.

«Estas palabras conmovieron á Cinq-Mars hasta el extremo de hacerle derramar lágrimas.

«Preguntaba de tiempo en tiempo si estaban aun lejos del cadalso, de lo que el P. Malavete tomó ocasion para preguntar al señor de Cinq-Mars si no temia á la muerte.

— «Nada, padre mio, respondió: casi me admira el ver que no la temo. ¡Ay! no temo mas que mis pecados.

«Este temor se habia apoderado de él despues de haber hecho su confesion general.

«Al aproximarse á la plaza de Terreaux, el P. Mambrun advirtió al señor de Thou que se acordase en el cadalso de ganar las indulgencias por medio de una medalla que le habian dado diciendo tres veces: ¡jesus!

«Cuando Cinq-Mars oyó esto, dijo á Thou:

— «Pues que yo debo morir el primero dadme vuestra medalla para unirla á las mias para que me sirva tambien á mí: despues os la entregarán.

«En seguida entablaron una disputa sobre cuál de ellos moriria el primero.

«El señor de Cinq-Mars decia que le correspondia á él como mas culpable y el primero juzgado, añadiendo que seria hacerle morir dos veces si muriese el último. El señor de Thou reclamaba el mismo derecho como de mas edad: el P. Malavete tomó la palabra y dijo á Thou.

— «Es verdad, caballero, que sois el mas anciano y el mas generoso.

«Lo que habiéndole confirmado el señor Cinq-Mars

— «Bien, caballeros, replicó el señor de Thou; quereis abrirme el camino de la gloria.

— «¡Ah! dijo el señor Cinq-Mars, os he abierto el precipicio; empero precipitémonos en la muerte para resucitar en la vida eterna.

«El padre Malavete terminó la disputa en favor de Cinq-Mars, juzgando que era mas propio que muriese primero.

«Próximos al cadalso, se notó que el señor de Thou se habia bajado, y á su vista estendió los brazos, despues dió una palmada con viveza y con rostro alegre cual si se hubiese regocijado á aquel aspecto, y dijo el señor de Cinq-Mars:

—«¡Caballero, desde aquí es desde donde debemos marchar al Paraíso! y volviéndose á su confesor: Padre mio; ¿es posible que una criatura tan miserable como yo deba tomar hoy posesion de una eterna bienaventuranza?

«El coche se detuvo al pie del cadalso. El preboste vino á decir á Cinq-Mars que á él le tocaba subir el primero: dijo adios al señor de Thou y se despidieron con grande afecto diciendo que volverian á verse muy pronto en el otro mundo en donde eternamente estarían unidos con Dios.

«Así bajó Cinq-Mars del coche y se presentó con la cabeza levantada y rostro alegre. Uno de los arqueros del preboste, se presentó para cogerle su capa diciendo que le correspondia á él. Su confesor se lo impidió y preguntó al señor preboste si los arqueros tenian aquel derecho: habiendo dicho que no, el Padre dijo á Cinq-Mars que dispusiese de su capa como mejor le pareciese. Entonces se la dió al jesuita que acompañaba al confesor, diciendo que se la regalaba para que hiciese rogar á Dios por él.

«Después de los tres toques ordinarios de la trompeta, Pallerue, escribano criminal de Lion, á caballo, cerca del cadalso, leyó su sentencia, que ni uno ni otro escucharon.

«En el entretanto echaron la cortinilla á la portezuela del coche que miraba al cadalso á fin de evitar la vista al señor de Thou que permaneció en el coche con su confesor y su lego.

«Habiendo saludado el señor de Cinq-Mars á los que se hallaban cerca del cadalso, se puso su sombrero y subió alegremente la escalera. Al segundo escalon, un arquero del preboste adelantó su mano y le quitó por detrás su sombrero de la cabeza: entonces se paró y volviéndose, dijo:

—«Dejadme mi sombrero:

«El preboste que estaba al lado se incomodó contra su arquero y le hizo volver á poner el sombrero en la cabeza, el que Cinq-Mars se arregló bien, y después concluyó de subir la escalera animosamente.

«Dió una vuelta sobre el cadalso como si diese un paseo elegantemente sobre un teatro; después se detuvo y saludó á todos los que podia ver con rostro risueño: volviéndose á poner el sombrero, se puso en una postura elegante adelantando un pie y poniéndose la mano en la cadera: consideró á aquella inmensa concurrencia con rostro tranquilo, en el que no se veia ninguna pena ni miedo, y dió todavía dos ó tres pasos.

«Habiendo subido su confesor, le saludó arrojando su sombrero delante de él sobre el cadalso: abrazó estrechamente al Padre, que durante este abrazo le exhortó en voz baja á que hiciese algun acto de amor de Dios, lo que verificó con grande ardor.

«Después se puso de rodillas á los pies del confesor, que le dió la última absolucion; la

que recibida con humildad, se levantó y fué á ponerse de rodillas sobre el tajo y preguntó:

—«¿Es aquí, padre mio, donde necesito ponerme?

«Y habiéndole dicho que sí, ensayó su cuello aplicándole sobre el tajo; mas volviéndose á poner de pie preguntó si era preciso quitarle su ropilla, y como le dijese que sí, se puso á desnudarse y dijo:

—«Os ruego, Padre mio, que me ayudeis.

«Entonces el Padre y su lego le ayudaron á desnudarse y quitarse su ropilla. Conservó sus guantes que el ejecutor le quitó después de muerto.

El verdugo se acercó con tijeras y Cinq-Mars se las quitó de la mano, le dijo que no le tocase, y dirigiéndose al Padre, le dijo presentándose las:

—«Padre mio, os suplico que me hagais este último favor, cortadme mis cabellos.

«El Padre se las dió á su lego para que se los cortase, lo que hizo. Mientras, miraba dulcemente á los que estaban inmediatos al cadalso, le dijo al lego:

—«Cortádmelos bien, os lo suplico.

«Después levantando los ojos al cielo, dijo:

—«¡Ah! ¡Dios mio! ¿qué es este mundo?

«Cuando concluyó el lego de cortar los cabellos, se echó las manos á la cabeza como para arreglarse los que le quedaban: habiéndose adelantado el verdugo hácia él, le hizo señas con la mano de que se retirase, y se lo pidió dos ó tres veces: tomó el crucifijo y lo besó, y se dirigió al tajo, que abrazó: viendo debajo y delante de él á un hombre que era criado del gran maestre, le saludó y le dijo:

—«Os suplico que digais á vuestro amo que soy siempre su mas humilde servidor.

«Se detuvo un poco y añadió:

—«Decidle que le suplico me haga encomendar á Dios.

«Estas son sus propias palabras:

«Entonces el verdugo vino por detrás con sus tijeras para descoserle el cuello de la camisa. Habiéndolo así hecho, se lo quitó: le abrió la camisa por detrás para mejor descubrir el cuello, teniendo las manos juntas sobre el tajo que le servia como de un reclinatorio, y se puso en oracion.

«Le presentaron el crucifijo, que tomó con la mano derecha teniendo abrazado el tajo con la izquierda; lo besó, lo devolvió y pidió sus medallas al lego de su confesor, las que besó, y dijo tres veces, ¡Jesus! las devolvió y dirigiéndose apresuradamente al verdugo, que se hallaba de pie y aun no habia sacado su hacha de un mal saco en que la habia traído, le dijo:

—«¿Qué haces? ¿qué aguardas?

«Habiéndose retirado su confesor á la escalera del cadalso, le llamó y le dijo:

—«Padre mio, ayudadme á reconciliarme y rogar á Dios.

«Se aproximó á él, se arrodilló y recitó con grande devocion el *Salve Regina* con una voz inteligible, sin vacilar, dando todo el sentido á sus hermosas palabras y particularmente á estas:

*Et Jesum benedictum fructum ventris tui nobis, post hoc exilium ostende,*

y lo demas; y bajaba y alzaba los ojos al cielo con tal devocion y de un modo que partia las entrañas. Despues el confesor rogó por su parte á los que se hallaban presentes que rezasen un Padre nuestro y una Ave Maria.

«Entretanto el verdugo sacó de su saco una cuchilla que era como la de los carniceros; pero mas gruesa y mas cuadrada. En fin, habiendo levantado con gran resolucion los ojos al cielo, dijo:

—«¡Vamos á morir! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

«Despues, con una admirable serenidad, sin haberse vendado los ojos, colocó con mucho cuidado su cuello sobre el tajo, teniendo el rostro vuelto hácia el frente del cadalso. Abrazado fuertemente con sus dos brazos el tajo, cerró los ojos y la boca, y aguardó el golpe que el verdugo le dió con bastante lentitud y pesadez, habiéndose colocado á la izquierda y cogiendo la cuchilla con las dos manos. Al recibir el golpe lanzó un grito fuerte, como ¡ay! que fué sofocado en la sangre: levantó las rodillas por encima del tajo para ponerse en pie y volvió á caer en el mismo sitio en el que se hallaba. No habiéndose separado enteramente la cabeza del cuerpo por este golpe, el verdugo pasó á su derecha y cogiéndole por los cabellos con la mano derecha, con la izquierda le aserró una parte de la traquearteria, y la piel del cuello que no se habia cortado: despues arrojó la cabeza sobre el cadalso, y desde allí saltó á tierra y se notó que dió algunas vueltas y palpitó bastante largo tiempo. Tenia el rostro vuelto hácia las religiosas de San Pedro y los ojos abiertos.

«Permaneció su cuerpo derecho como el tajo que tenia siempre abrazado hasta que el ejecutor le sacó de allí para desnudarle, como lo hizo. Despues lo cubrieron con una sábana y echaron su capa encima. La cabeza la volvieron á subir al cadalso y la echaron cerca, bajo la misma sábana.

«Habiendo muerto Cinq-Mars, levantaron la cortinilla de la portezuela del coche por la que sacó el señor de Thou su rostro risueño, y habiendo saludado cortesmente á los que se hallaban cerca subió con paso apresurado al cadalso llevando su capa doblada debajo del brazo derecho, y arrojándola alegremente al suelo corrió con los brazos abiertos hácia su verdugo á quien abrazó y besó diciendo:

—«Hermano mio, mi querido amigo, ¡cuánto te amo! Debo abrazarte, porque vas á cau-

sarme hoy mi felicidad eterna; tu debes ponerte en estado de ir al Paraiso.

«Despues volviéndose hácia la parte delantera del cadalso descubrió su cabeza y saludó á todo el mundo y arrojó detrás de él su sombrero que vino á caer á los pies de Cinq-Mars. Luego volviéndose hácia su confesor le dijo con grande ardor:

—«Padre mio, *spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus.*

«Habiéndole dicho el Padre algunas palabras de devocion, que escuchó atentamente, le dijo que si tenia alguna cosa que decirle relativa á su conciencia. Se puso de rodillas, se reconcilió con él y recibió la última absolucion inclinándose muchísimo. Recibida la absolucion se quitó su ropilla, se puso de rodillas, y comenzó el salmo 145, que recitó de memoria, y parafraseó en francés, casi todo con voz bastante alta, con vigor é indecible fervor unido á una santa alegría.

—«Es verdad que deseo mucho esta muerte, decia: ¿habrá mal en esto, padre mio? dijo bajando la voz, sonriéndose y volviéndose hácia su confesor. ¿Habrá vanidad en esto? Yo no quisiera tenerla.

«Todo esto iba acompañado de una accion tan viva, tan alegre, tan fuerte, que muchos de los que se hallaban distantes pensaban que era impaciencia é incomodidad contra los que le habian condenado á muerte.

«Despues de aquel salmo estando todavia de rodillas, volvió su vista á la derecha, y viendo un hombre que habia abrazado en el palacio porque le encontró con un portero del consejo, le conoció y saludó con la cabeza y le dijo alegremente:

—«Caballero, soy muy vuestro servidor.

Se levantó, y habiéndose acercado el verdugo á él para cortar le los cabellos, el Padre le quitó las tijeras para dárselas á su lego, lo que visto por Thou se las quitó de las manos, diciéndole:

—«Padre mio, ¿creéis que yo le tema? ¿No habeis visto que le he abrazado? Yo beso á este hombre como le he besado. Toma, amigo, haz tu deber: córtame los cabellos.

«Lo que comenzó á hacer: pero como era un hombre torpe y pesado, el Padre le quitó las tijeras é hizo cortar los cabellos por su lego, durante lo cual miraba Thou con rostro sereno á los que se hallaban inmediatos, levantando algunas veces amorosamente los ojos al cielo, y pronunciando esta hermosa sentencia de San Pablo:

*«Non contemplantibus nobis quæ videntur sed quæ non videntur: quæ enim videntur, temporalia: quæ autem non videntur, æterna.*

«Cortados sus cabellos se puso de rodillas sobre el tajo haciendo á Dios la oferta de sí mismo con palabras y sentimientos que yo no puedo espresar: rogó á todos que rezasen un Padre nuestro y una ave Maria con palabras

que traspasaban el corazón. Besó el crucifijo con grandes sentimientos de amor y pidió las medallas para ganar las indulgencias, y después dijo:

—«Padre mio, ¿no me quieren vendar los ojos?»

«Y como el padre le dijese que eso dependía de su gusto:

—«Si, Padre mio, dijo: es preciso que me los venden.

«Y mirando á los que se hallaban mas próximos, dijo:

—«Señores, lo confieso, soy un cobarde, temo morir. Cuando pienso en la muerte, tiemblo, me estremezco, se horroriza mi pecho; y si veis algun poco de constancia, atribuido á Nuestro Señor que hace un milagro para salvarme: porque forzosamente para morir bien en el estado en que estoy es preciso resolucíon; yo la tengo por Dios, que generosamente me fortifica.

«Después se metió las manos en los bolsillos para buscar su pañuelo y vendarse los ojos, y habiéndolo medio sacado lo apretó y rogó con mucha gracia á los que se hallaban debajo que le prestasen un pañuelo.

«Inmediatamente volaron por los aires dos ó tres. Cogió uno, saludó con mucha cortesía á los que los habían echado prometiéndoles rogar por ellos á Dios en el cielo, no estando en su poder hacerles otro servicio en el mundo.

«El verdugo vino para vendarle con este pañuelo, y como le hacia mucho mal poniendo dos nudos al pañuelo, él mismo se lo arregló mejor. Después colocó su cuello sobre el tajo que el lego jesuita habia cubierto con su pañuelo, porque estaba todo manchado de sangre.

«Preguntó al lego si estaba bien, y le dijo que era preciso que alargase un poco mas su cabeza hácia adelante, como lo hizo.

«Al mismo tiempo vió el verdugo que el cuello de la camisa no estaba quitado y que le oprimia la garganta, se adelantó para cortárselo, lo que habiendo sentido, preguntó:

—«¿Qué hay? ¿es preciso quitarse el cuello de la camisa?»

«Y se dispuso para quitárselo. Se lo quitaron pero fué preciso quitar mas tela.

«Habiendo colocado su cabeza sobre el tajo pronunció estas últimas palabras:

«*Mater gratia, mater misericordia, tu nos ab hoste proteget hora mortis suscipe* y después, *in manus tuas, Domine.*

«Entonces empezaron á temblar convulsivamente sus brazos aguardando el golpe, que le fué dado en lo alto del cuello demasiado cerca de la cabeza; de cuyo golpe no habiéndole partido enteramente el cuello cayó el cuerpo al lado izquierdo del tajo, el rostro vuelto hácia el cielo, meneando las piernas y levantando débilmente las manos. El verdugo quiso volverle para acabarle por donde habia

comenzado; pero asustado de la gritería que se alzó contra él de enmedio del pueblo, le dió tres ó cuatro puñaladas en la garganta y le cortó la cabeza que permaneció sobre el cadalso.

«Habiéndole desnudado el verdugo, llevó su cuerpo cubierto con una sábana al coche que lo habia traído: después colocó tambien en él á Cinq-Mars y sus cabezas que tenian todavía los ojos abiertos, particularmente la del señor de Thou que parecia hallarse viva. Desde allí fueron llevados á los Feuillantes en donde el señor de Cinq-Mars fué enterrado delante del altar mayor. El señor de Thou habia sido embalsamado y conducido en una caja de plomo para ser transportado al sepulcro de su familia.»

«Tal fué el fin de aquellas dos personas que regularmente debian dejar á la posteridad otra memoria que su muerte. Dejó á cada cual el formar el juicio que quiera; yo me contento con decir lo que ha pasado para lección grande de la inconstancia y veleidad de la fortuna.»

Yo no sé si es posible hallar, por mucha imaginacion que se tenga, cosa mas interesante que esta relacion en la que la verdad constituye todo el mérito. La imaginacion es una diosa; empero la verdad es una santa.

## LION MODERNA.

Si se quiere tomar una idea un poco honrosa de Lion es preciso llegar á él por el Saona; entonces, su aspecto triste, sucio y monótono visto desde los otros caminos, se presenta con un poco de grandiosidad y muy pintoresco.

Desde luego se presenta la isla Bárbara, hermosa fábrica que parece salir al encuentro del viajero para hacerle los honores de la ciudad. Si se quiere bajar, allí se encontrarán algunas ruinas antiguas, un pozo que la tradición dice abierto por Cárlo-Magno, y los restos de una iglesia del siglo XII: después, continuando andando, se pasa al pie de la roca de Piedra-Scisa, que Agripa hizo cortar cuando construyó sus cuatro vias militares, de las que una se dirigia por la parte del Vivarés y las Cévennas, hácia los Pirineos, la otra hácia el Rhin, la tercera al Océano breton, y la cuarta á la Galia Narbonense. Un castillo fortificado, que servia de prision de Estado, se alzaba en otro tiempo sobre su cima. Nosotros hemos visto ya salir de esta sombría soledad, para ir á hacer su peregrinacion de muerte á la plaza de Ter-

reaux, á los señores de Thou y de Cinq-Mars.

A trescientos pasos de Piedra-Scisa se halla otra roca coronada no de una prision de Estado sino de un hombre sin cabeza que tiene una bolsa en la mano.

Esta estatua es la de un valiente alemán, que consagraba una parte de sus rentas en casar á las doncellas de su cuartel. No sé si fué el agradecimiento de las mugeres ó la devoción de las doncellas la que le alzó este monumento; pero de seguro fué el rencor de un marido el que le puso en el deplorable estado en que se halla hace mas de diez años.

Cuando se ha pasado de la roca del hombre sin cabeza, se divisa á Lion en toda su longitud. Si se continúa siguiendo el rio, se pasará por delante de la abside de la iglesia de San Juan, que es, creo, el único monumento que se encuentra sobre el camino: despues se llegará al puente de la Mulatera, que marca la union del Ródano y del Saona. A la estremidad de este puente comienza el camino de hierro que va á San Estéban: el primer obstáculo que ha habido que vencer para establecerlo, es una roca que fué preciso horadar por trecho de doscientos pasos casi, y que forma una bóveda que es peligroso entrar en ella, como lo prueba esta inscripcion que la prevision paternal del maire de Lion ha hecho colocar en uno de sus costados:

*Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de ser aplastado.*

Esta recomendacion por concisa que parece, desde luego no ha sido suficiente porque se han visto obligados á poner otra mas severa concebida en estos términos y que se halla al frente de la otra:

*Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de multa.*

Si despues de haber formado, gracias á estas dos inscripciones, una idea sumaria de los habitantes, se quiere formar una real de la ciudad se seguirá el camino de los Estrechos, donde Rousseau pasó una noche tan deliciosa y Mouton Duvernet un dia tan terrible, y se hallará á Nuestra Señora de Fourvières, virgen de gran nombradía y tan milagrosa como una madona romana. Desde allí se verá estenderse en primer término un conjunto de casas que hacen mas grises y sucias todavía los argenteados reflejos de los rios que la rodean: en segundo término llanos verdes y paisajes variados con algunos cerros: en fin, en tercer termino la inmensa cadena de los Alpes cuyos nevados picos se confunden con las nubes.

A algunos pasos de la iglesia puede encontrarse en la casa del abate Caille, desde cuyo terrado el papa Pio VII, durante su forzado

viage á Francia, dió su bendicion á la ciudad humildemente postrada á sus pies. Ademas de este recuerdo religioso que suscita aquel terrado, desde su balaustrada se descubre á Lion en toda su mas grande estension.

Aunque la ciudad que se presenta á la vista sea, como hemos dicho, la patria de Filiberto Delorme, de Couston, de Coisevox, de Luisa Labbé, de Degast-Montbel y Ballanche: aunque tenga una academia hija bien educada, decia Voltaire, que jamás ha hecho hablar de ella: aunque se glorifique con una escuela de pintura que nos ha dado á Dubost y á Bourbon, su genio es enteramente mercantil.

Punto de reñion de catorce grandes caminos y de dos rios que traen las mercancías y los productos, la divinidad de la ciudad es el comercio: no aquel comercio de los puertos de mar realzado mas con los peligros de una lejana navegacion donde el negociante es el capitan y los obreros los marineros: no el comercio poético de Tiro, de Venecia y de Marsella, á quien el sol de Oriente corona como una aureola, á quien las estrellas del Mediodía ciñen una diadema, las nieblas de Occidente un velo y los hielos del Norte un cinturón: sino el comercio estacionario, tranquilo, que se sienta detrás de un mostrador y se pone de codos sobre una mesa: que enervado por la falta de aire y embrutecido por la ausencia del horizonte roba al dia diez horas de trabajo y no da en cambio al hombre mas que la mitad del pan que solicita. Si, seguramente Lion es una ciudad animada y viviente; pero animada y viviente como un instrumento mecánico, y el tic tac de los telares es el solo latido de su corazon.

Asi, cuando los latidos de este corazon se detienen faltos de trabajo, la ciudad no es mas que un cuerpo paralizado al que no se puede dar movimiento sino por la moxa de los pedidos ministeriales ó el galvanismo de los suministros reales: entonces treinta mil telares se detienen, sesenta mil individuos se quedan sin pan, y el hambre, madre de la rebelion, comienza á aullar en las calles tortuosas de la segunda capital de la Francia.

Cuando pasamos por Lion se hallaba en una de esas sangrientas crisis: sus calles se hallaban todavía destrozadas, sus casas viniéndose abajo, su empedrado ensangrentado: era la segunda vez despues de tres años, que se repetía aquella terrible lucha de que algun dia, el menos pensado, nos despertará aun. Es que hay desgraciadamente revoluciones comerciales, como hay motines políticos: en política los hombres se envejecen, los espíritus se calman, las constituciones se concluyen: en comercio las necesidades son siempre las mismas que se renuevan todos los dias; porque no se trata de hacer triunfar utopías sociales sino de satisfacer necesidades físicas. Se aguarda despues de una ley, se muere á falta de un pedazo de pan.

Para colmo de desdicha, el comercio de Lion que hasta la presente ha aventajado á todos por su superioridad en su dibujo y por lo suave de su tejido, escediendo á la Inglaterra, á la Bélgica, á la Saboya, á la Prusia Rhiniana y á Austria: Lion, cuyos terciopelos luchan con los de Milan y con los gros de Nápoles y con los de Italia, acaba de ver establecerse una terrible competencia que le será difícil prever y que le será imposible impedir: la América y los doscientos millones de negocios que hace anualmente con la ciudad laboriosa abría ya como un punto de salida á 50.000.000, amenaza proveerse en lo sucesivo en otro manantial.

Hace tres ó cuatro años que no compran mas que muestras: esas muestras las trasportan á la China, donde la dulzura del clima permite al gusano de seda hilar su capullo sobre la morera misma y donde las pocas necesidades de los habitantes se satisfacen durante un año con el salario que en Francia basta apenas á tres meses. Resultado de esto es, que el pueblo chino desprovisto del gusto y variedad de la invencion; empero dotado del genio de imitar, llega en su dibujo y en su trabajo al mismo grado de valor que el obrero lionés; pero como la materia primera y la mano de obra es baratísima se economiza una tercera parte para el especulador americano y va á hacer sus provisiones á Canton.

Lion ofrece, pues, el aspecto de una inmensa manufactura y absorbe en su provecho todas las facultades de sus hijos. Así uno de ellos tiene una cabeza organizada para la mecánica, sueña en la reputacion de Jacquart y aplica toda su imaginacion al descubrimiento de algun telar: si otro nace pintor en lugar de envidiar la reputacion de Rafael ó Rubens encadena su lápiz en los contornos de un bordado: no se le permite reproducir en el lienzo mas que las flores de graciosas formas y vivos colores: no se aplaude de sus composiciones mas que las que representan ramos, guirnaldas ó flores: y en este arte que es un oficio puede ganar hasta 40.000 francos al año; es decir, mas que gana en diez años un buen artista como Ingres y Lacroix, y sin embargo, son los dos grandes genios de la pintura moderna.

Comprédese la infelicidad que aguarda á quien su vocacion arrastra hácia la poesia, la historia ó el drama; necesita una virtud mas que humana para luchar no solo contra la indiferencia sino contra el desprecio que acoge sus producciones. La aristocracia lionesa, compuesta toda de comerciantes que han pasado por el mostrador, no es menos indolente que la clase acomodada, ó indiferente á todos los esfuerzos que el espíritu humano puede intentar en cualquiera otra direccion distinta de perfeccionar los tejidos y dibujo de las telas; tanto, que dos librerías bastan para proveer á la segunda capital del reino y un

solo teatro satisface la curiosidad de aquella populosa ciudad.

En medio de esta poblacion preocupada toda entera de los intereses materiales, no sabia, sin embargo, que debia encontrar encadenada en Lion por sus deberes de madre y de muger, una de esas organizaciones mas poéticas de nuestra época: Mad. Marcelina Valmore á quien conocia hacia muchísimo tiempo por sus obras, y hacia un año ó dos personalmente. La pobre poetisa desterrada que en Paris seria el honor y el orgullo de nuestros salones, se hallaba allí como si hubiese habitado el pueblo mas miserable de las Landas ó de la Bretaña, que se hubiera guardado muy bien de romper su incógnito por miedo de que la menor revelacion de su hermoso talento no la privase del trato del pequeño círculo que la rodeaba. Así me recibí como un hermano en el Dios desconocido en Lion, á quien ella no se atrevia á dirigir sino en la soledad de su morada humildes oraciones. A fuerza de atormentarla, logré hacer que abriese el cajon de su pequeña mesa de despacho en el que estaban ocultas á todos los ojos aquellas flores nacidas en la sombra y de las que me permitió llevar una de las mas frescas y recientes. ¡Qué humillacion para la ciudad de Lion si hubiese podido saber que al ruido de sus telares habian podido producirse semejantes versos! Felizmente se hubiese consolado al pensar que Mad. Valmore no era del comercio.

### VIENA LA HERMOSA, VIENA LA SANTA, VIENA LA PATRIOTA.

Si Lion es como hemos dicho, el primer punto donde se encuentran, viniendo de Paris por el Borbonesado, huellas de la civilizacion romana, salido una vez de esta ciudad, el viajero que se dirigia hácia el Mediodía siguiendo el curso del Ródano, no cesa de caminar sobre aquella tierra, que la señora del mundo habia llamado sus hijos queridos, sus provincias predilectas. No es raro que los edificios de la edad media sobrepujen en número y en valor á los monumentos antiguos: casi todos los recuerdos que se encuentran, viven hace dos mil años, y las ruinas que quedan de aquella época se alzan tan gigantescas, que á pesar de hallarse desmoronadas, sofocan bajo su sombra todo lo que ha tratado de brotar allí: despues de todas las civilizaciones que sucesivamente han invadido el mundo en su marcha, ninguna ha hundido tan profundamente el suelo con sus raices de piedra, ni se ha estendido á tan larga distancia,

ni tan altivamente levantado hacia el cielo.

Así, que aquel que camina hacia el Mediodía comienza á formar una idea exacta de la grandeza de aquel pueblo que edificaba ciudades para hacer alto sus ejércitos, que paraba el curso de los rios para hacer una cascada, y que dejaba colinas en donde habia aserrado las piedras de sus monumentos. De tiempo en tiempo, sin embargo, una gran ciudad ó un gran edificio gótico se proyecta ó se levanta sobre aquella tierra de la colonia: es Luis IX. embarcándose cerca de las murallas de Aguas Muertas: el conde de Tolosa pidiendo perdon de sus culpas sobre los restos de la basilica de San Giles, ó el baron de los Adrets precipitando á los católicos desde lo alto de los muros de Mornas. Empero todo esto se borra, preciso es confesarlo, ante el arco triunfal de Orange, del pozo de Ahenobarbus, delante de las arenas de Arlés y la memoria de Constantino: en fin el Mediodía es tan hermoso, tan grande y tan romano, que Roma parece menos grande, menos bella, á quien ha visto el Mediodía.

Lion habia comenzado á familiarizarnos con el lenguaje de la antigüedad; porque á falta de objetos esternos habiamos encontrado en su museo la tabla de bronce sobre la que estaba grabada la arenga que Claudio pronunció, no siendo todavia mas que censor, para hacer conceder á su ciudad natal el titulo de colonia romana, y los cuatro mosaicos, de los que representa el primero una carrera de carros, el segundo Orfeo tocando la lira, y los otros dos una lucha del amor con el dios Pan.

Viena iba á enseñarnos algunos restos todavia en pie; en fin, Orange, Nimes y Arlés debian iniciarnos en todos sus misterios. Resolvimos, pues, detenernos uno ó dos dias en Viena, y saltando á tierra enfrente del hotel de la Mesa redonda, dejamos nuestro barco de vapor continuar con toda su rapidez hacia Marsella.

Que Viena haya sido, como dice el dominicano Lavigno, edificada por Allobrox, que reinaba sobre los celtas en el tiempo en que Ascalade reinaba sobre los asirios, y por consecuencia es contemporánea de Babilonia y de Thebas; que haya sido fundada, como lo quiere Juan Marqués, por un desterrado de Africa que abordó y habitó en las Galias en el momento en que reinaba Amasias en Jerusalem, y que por consecuencia haya precedido ochocientos años á la fundacion de Roma; que haya sido de fundacion autochtona ó que deba su nacimiento á la emigracion de una colonia, es fácil ver á primera vista que el punto que ocupa Viena es uno de los sitios destinados por la naturaleza y los hombres para construir en ellos sus ciudades. Abrigada por cinco montañas, que forman en derredor de ella un semicírculo, que la garantizan del viento del Norte y del sol; regada del Este al Oeste por el pequeño rio, el Gera, que hace poner en movi-

miento sus molinos: limitada del Norte al Mediodía por el Ródano que se presenta ancho y espléndido llevando sus productos á la mar: Viena era ya la capital de los allobrogos cuando Annibal bajó de los Pirineos, atravesó el Ródano y pasó los Alpes. De esta primera y misteriosa civilizacion contemporánea del vencedor de Trasimeno y del vencido de Zama, no quedan nada mas que una de esas piedras tan comunes en Bretaña y tan raras en el Mediodía. Aquel *peulvan* se halla tendido cerca de las llanuras de Viena sobre los limites de Velay y de Decena, en el canton de Meyrieux: todas las demas fueron derribadas cuando la conquista de los romanos, ó al menos durante la estancia que hicieron en esta capital de la Allobrogia.

Desde esta época únicamente, es decir, á contar de sesenta años antes de Jesucristo, se puede analizar la ciudad y formar una idea exacta de lo que debió de ser. El recinto romano se halla todavia hoy perfectamente fácil de reconocer, porque los muros aun quedan en muchos puntos en pie, y donde no existen se pueden seguir sus cimientos. En cuanto á las piedras que faltan de las murallas han sido empleadas en construir las iglesias, el hospital y el colegio.

Detras de las murallas se alzaron un palacio imperial, un palacio para el senado, un panteon, un templo de Marte, un templo á la Victoria, un teatro, un anfiteatro y un foro; y para conservar sus conquistas, que Roma siempre celosa acababa de encerrar en su corona de piedras, en la cima de cada una de las montañas que dominan á Viena construyó una fortaleza.

Pronto fueron demasiado estrechas aquellas murallas y su poblacion se estendió por los dos lados. Casas, templos, palacios, se alzaron al Mediodía sobre el terreno donde se halla hoy el llano de la Aguja, y al Norte sobre el monasterio de Santa Colomba y San Roman. Entonces se echó sobre el Ródano el puente que unia el arrabal á la ciudad; cubriéronse sus colinas de ricas casas de campo, y se principió á hacer un anfiteatro: portentos de arquitectura se levantaron por todas partes; las praderas vistosas y caprichosas bajaron y subieron fantásticamente desde las orillas del Ródano. Entonces fué Viena llamada Viena la hermosa: entonces César la dió por armas el águila materna, y Augusto hizo de ella la capital del imperio romano en las Galias.

De esta segunda civilizacion quedan todavia en pie una parte de las murallas, un antiguo templo, la pirámide de Séptimo Severo, perfectamente conservada, y la torre de Pilato que va desmoronándose en el Ródano.

Hacia fin del cuarto siglo entró un hombre en esta ciudad toda pagana, solo y sin armas, empero portador de la palabra cristiana; y mas poderoso con esta palabra que lo hubiera sido un emperador con su ejército.

El Panteon que ponía el Norte de la ciudad bajo la protección de todos los dioses, pareció hundirse inmediatamente cual si un temblor de tierra lo hubiera arrancado por su base, y en el sitio que ocupaba se levantó una basílica bajo la invocación de San Esteban, primer mártir de la Iglesia.

A contar desde entonces Viena tomó una nueva faz; una nueva era había llegado para ella; la civilización cristiana que debía reasumirse en San Luis.... extendió sus primeras raíces en las grietas de los monumentos paganos.

Entonces los primeros reyes de Borgoña edifican su castillo sobre el palacio imperial, una torre cuadrada se eleva sobre el foro: la iglesia de San Gregorio y la catedral de San Mauricio salen de debajo de la tierra; la ciudad baja de las colinas y se aproxima al Ródano.

Al águila de oro con las alas tendidas sucede el escudo con el olmo de sinople cargado de un cáliz de oro coronado con la Hostia santa de plata en recuerdo de los reyes borgoñeses que hacían justicia bajo un olmo, y en memoria del concilio de 4314, en que fué instituida la festividad del Santo Cuerpo de Cristo: Viena la Hermosa se ha convertido en Viena la Santa.

La ciudad privilegiada conservó este nombre hasta el fin del último siglo; empero herida por el barón de los Adrets que mutiló la catedral, desmantelada por el cardenal de Richelieu que demolió su castillo de Labatia, surcada por los dragones de Luis XIV, olvidada por Luis XV y por Luis XVI, Viena que había conservado el recuerdo de los días de su prosperidad, aceptó con ardor la regeneración popular.

Al contrario de Lion que se había decidido por el partido realista, Viena se arrojó en la opinión republicana: confundiendo la religión con la monarquía renegó de sus costumbres sagradas, cubrió su pirámide con un gorro colorado, y Viena la Santa desapareció para dar lugar á Viena la Patriota.

Hoy, la metrópoli de los allobroges, la reina del imperio romano en las Galias, la capital de los dos reinos de Borgoña, no es mas que una ciudad de segundo orden, con casas mal construidas, con calles tortuosas y sucias. Largo tiempo buscamos por qué lado la miraríamos mas pintoresca. En fin, subiendo la montaña, en cuyo alto se hallan las ruinas del viejo castillo de Labatia, descubrimos por una abertura de sus muros una gran parte de la ciudad edificada á los dos lados del Gera, torrente verdoso que suavemente serpentea entre sus casas, en medio de cuyos techos, como Leviathan encima de las olas del mar, nada magestuosamente la catedral de San Mauricio; despues uniendo como por una cinta Viena á Santa Colomba, la hija y la madre, el puente de alambre tan ligero que parece una cuerda tirante de una á otra orilla del rio, mientras

que debajo de él una columna rota del antiguo puente romano levanta su cabeza fuera del agua y parece mirar asombrado á su elegante sucesor: en fin, á la estremidad meridional de la ciudad la pirámide aguda que unos creen haber sido el punto céntrico de la antigua ciudad, y otros el cenotafio de Séptimo Severo.

En aquel momento habíamos cogido el verdadero punto de vista del paisaje. En el primer término la ciudad cubierta de nubes de negro y blanquizo humo: en el segundo el Ródano brillante cual si llevase olas de plata fundida, y en el horizonte las montañas bañadas por el sol poniente, que parecia un tanto amarillento y tibio y anunciaba que por el lado de Mediodía venia á nuestro encuentro. Al primer golpe de vista notamos que desde ninguna otra parte abrazábamos un panorama mas completo. Así, pues, nos pusimos á nuestra tarea Jadin y yo; Jadin para sacar sus dibujos y yo para tomar las notas históricas que acaban de leerse.

Al bajar de nuestro belvedere que los habitantes de Viena llaman la montaña de Salomon, por corrupción de estas dos palabras latinas *salutis mons*, nos dirigimos hácia el museo que se iba á cerrar.

Felizmente nos encontramos allí al conservador Mr. de Lorme, que con esa cortesania hospitalaria que no se halla mas que en provincia, no solo nos permitió prolongar nuestra visita mas allá de la hora señalada, sino que tuvo la bondad de servirnos de cicerone y nos enseñó su bella colección de antigüedades. Sin embargo, por curiosos que fueran los restos reunidos en aquel antiguo templo que hoy sirve de museo, la primer cosa que atrajo mi atención fué un retrato moderno representando un joven, cuyo rostro me era conocido. Yo no podía acordarme, sin embargo, de su nombre para explicarme aquel cuadro, y lo pregunté á Mr. de Lorme que me respondió que era Pichalt.

Desde luego di con el pensamiento un salto atrás, de siete ú ocho años, y me recordé donde habia yo visto aquella cara: era la noche misma de la representación de Leonidas, á quien la maestría de la obra, el talento de Talma y el modo maravilloso de ponerla en escena, dirigida por Tailor, habian hecho obtener una gran boga. Muy jóven todavía, y no esperando jamás llegar á aquel objeto que Pichalt acababa de alcanzar, despues de once años de espera y de estudio, habia yo ido allí como un neófito á estudiar aquella primera obra muy ponderada entonces, muy olvidada hoy.

Al salir despues del quinto acto ví en el pasillo un jóven rodeado por las gentes, llevado en brazos de sus amigos. Tenia una hermosa y poderosa cabeza que se sentia llena de porvenir: la fiebre que le devoró despues brotaba de sus ojos, y sus cabellos echados hácia atrás descubrian una frente radiante de alegría. ¡Oh! ¡Al verle entonces pasar así,

riendo y llorando envidié la suerte de aquel hombre! Cuánto no hubiera dado por ser él! Porque ¿quién hubiera podido pensar entonces que aquel hombre tan lleno de ventura, que se creía un dios, no tenía mas que algunos dias de vida, y que algun tiempo despues de él su obra, á quien Talma habia dado una existencia tan rica, bajaria con él al sepulcro para no volver á salir mas de él? Porque ¿quién piensa hoy en Pichal y en Leonidas sino soy yo que escribo estos renglones y que cerrando los ojos veo todavia pasar al uno y á la otra en mi recuerdo, como por la noche se ven pasar dos sombras? Estas preocupaciones modernas que se unian á otro orden de ideas del que me era necesario para visitar el museo de Viena, perjudicaron tal vez á las ruinas y á las antigüedades que tenía á la vista y de las que muchas son, sin embargo, bastante notables para merecer ser examinadas con cuidado.

Debe el museo su formacion á un anticuario de quien ya una ó dos veces hemos pronunciado el nombre. A la edad de veinte y un años un jóven pintor abandonó su familia, marchó de Heringen á Thuringa donde habia nacido en 1732; emprendiendo el viage á Italia para perfeccionar su talento por el estudio de los grandes maestros, pasó por Lion; llega á Viena y se detiene delante de una antigua ruina: suspende momentáneamente su viage para estudiarla: pasa de esta á otra: cobra grande amor á la ciudad capital de la Allobrogia, fija en ella su morada por un mes, permanece en ella toda su vida y muere allí en 1843, despues de haber reunido en los cincuenta años que ha pasado allí la mas grande parte de los preciosos pedazos de antigüedades, que en su testamento legó á la ciudad.

Los mas notables de estos trozos, de que se encuentra el catálogo completo en la relacion de Chorrier, son: un grupo de dos niños que se disputan la posesion de una paloma, grupo de veinte pulgadas de alto y encontrado en una escavacion ejecutada cerca del nuevo mercado. Los anticuarios, que pretenden siempre que los antiguos han procedido constantemente por alegorias, han visto en esta accion, muy sencilla, sin embargo, una lucha del genio del bien y del genio del mal; otros un pequeño drama que no ofrece gran verosimilitud. Segun estos últimos los dos niños se hallaban ocupados en buscar nidos cuando uno de ellos encontró una vibora que le mordió en el brazo: un compañero se apresura á limpiar la llaga mientras que un lagarto le trae el contraveneno.

Lo probable es que este asunto es sencillamente una lucha de niños que quieren arrancarse un pájaro, y los animales, caprichosos accesorios del artista.

Despues una perra de mármol de Paros acariciando á su cachorro y que ha sido encontrada á una legua de Viena cerca de la granja de Marat. La ejecucion de este trozo es eu-

cantador; pero la cabeza y el hocico perdidos en un principio, se encontraron despues y se han pegado á la estatua. El cachorro, arrancado por algun golpe fuerte no ha podido ser encontrado.

En el vientre de la madre se ve el punto donde se hallaba pegado. Mr. de Don habia ofrecido á la ciudad de Viena mil escudos por aquel mármol mutilado y todo como estaba. La ciudad ha rehusado venderlo.

Hay tambien la espalda de una estatua colossal de muger sentada, con las manos, las piernas y la cabeza mutiladas. En lo delicado de la ejecucion y en todo lo que se ha podido apreciar por los detalles del vestido, en la ligereza, en el gusto de los paños, es fácil conocer una obra maestra griega. La opinion mas probable, despues del agujero que se la ha encontrado en el cuello, es que fué hecho con objeto de colocar sobre las espaldas de esta Cibele ó Ceres griega la cabeza de alguna emperatriz romana.

Entre los ladrillos que se han encontrado, y que se hallan amontonados en un rincon del museo, los unos llevan el nombre de *Viviorum* y los otros de *Glarianus*. Habia ya encontrado la firma de estos artesanos antiguos sobre materiales del mismo género con los que están contruidos los baños en Aix.

El descubrimiento de la fecha de los monumentos de una de las dos ciudades podria fijarse por la de la otra. Uno de los ladrillos es muy curioso por una segunda firma, que es la del perro de uno de los trabajadores que habia puesto sus patas sobre la arcilla fresca todavia.

El ladrillo fué metido en el horno, y sin que nadie lo creyese necesario, la huella canina ha sido conservada religiosamente cual una rúbrica de la firma.

Entre todos estos fragmentos hay una reliquia sangrienta de la edad media; es la piedra cuadrada en la que estaba encerrado el corazon del delfin, hijo de Francisco I, regalado á la ciudad de Viena por Enrique II. Enfermo ya desde Lion donde se habia alojado en el convento de Santa Clara, al llegar á Tournon jugó un partido de pelota, juego á que era muy aficionado.

Acalorado con aquel ejercicio y olvidando la enfermedad que experimentaba hacia tres ó cuatro dias, pidió un vaso de agua fresca. Se bastian de Montecuculi, que es preciso no confundamos con Raimundo de Montecuculi el vencedor de los turcos y el rival de Turena, le presentó el agua que pedía en una alcarraza de barro encarnado. El delfin bebió con ansia, cayó enfermo y murió al cabo de cuatro dias.

Acusado de envenenamiento Montecuculi, fué llevado á Lion, entregado y puesto en el tormento: y no teniendo fuerza para resistirlo confesó cuanto se quiso: en consecuencia Montecuculi fué condenado á ser arrastrado por las calles y desuartizado.

La sentencia se ejecutó el día 7 de octubre de 1536, y exasperado el pueblo arrancó el cuerpo de manos del verdugo, hizo pedazos el cadáver y arrojó los pedazos al Ródano.

En 1547 el cuerpo del joven príncipe, que había permanecido en Tournon fué transportado á San Dionisio por orden de Enrique II. pero el corazón fué dejado á los cónsules de Viena con una carta del rey en la que les anunciaba que en consideracion á los buenos sentimientos que la ciudad había manifestado por su hermano en la época de su muerte, había tenido á bien mandar que su corazón fuese enterrado delante del altar mayor de San Mauricio.

Allí permaneció desde aquel año hasta el de 93, época en que Viena la patriota, renegó del legado hecho á Viena la santa.

La piedra que encerraba el corazón del delfín fué sacada de su sepulcro, y el polvo que contenía arrojado al viento.

La piedra funeral fué recogida y llevada al museo, y un corazón de mosaico indicaba todavía el lugar donde estaba el verdadero corazón.

No nos separamos de Mr. de Lorme hasta que la falta total de luz del día nos impidió distinguir todos los fragmentos mutilados de otra civilización. Uno de los sentimientos mas naturales en el hombre, es referir la época en que vivió á tiempos en que otros hombres han vivido: es que el recuerdo nos ha sido dado para extender los límites de la vida, haciendo nuestra alma, sino nuestro cuerpo, contemporánea de todos los siglos.

Consagramos la mañana del día siguiente en visitar la catedral de San Mauricio, que es el mas hermoso monumento gótico de todo el período en que Viena fué llamada la Santa. Ha sido comenzada en 1052 por los antiguos prebostes de Viena, que eran tan ricos, que mientras para la construcción de un puente que debía reemplazar al antiguo que dirige de Viena á Santa Colomba, y que se había llevado el Ródano, el comendador de San Antonio daba 45 florines, el señor de Montneel 6, el preceptor Pedro de Salucio daba 400 y Laureton Baratonis, dean de la iglesia, 60.

Fué terminada en 1513, año en que el baron de los Adrets, que debía mutilarla cincuenta años mas tarde, nació en el castillo de la Frette. En efecto, el primer pensamiento de aquel apóstol terrible del protestantismo fué despojar la iglesia de sus ornamentos y hacer pedazos una parte de los santos del portal. Veinte y cuatro nichos estaban todavía vacíos á consecuencia de aquella ejecución, que pensó extenderse hasta la total ruina de la Iglesia.

En efecto, comenzaron á aserrar los pilares á fin de que su caída arrastrase consigo la del edificio: y para que los trabajadores en la demolicion no fuesen aplastados por la

bóveda, debían sostener aquellas macizas columnas con pies derechos de madera á los que se pensaba poner fuego. El baron de los Adrets sabia, sin duda, por una antigua tradicion, por qué ingenioso medio, el obispo Marcelo destruyó y derribó el templo de Júpiter que todos los esfuerzos de los obreros y todo el celo del gobernador no habían podido conseguir conmover.

Tal cual ha quedado herida por la espada de su enemigo la iglesia de San Mauricio, es todavía una de las mejor conservadas de Francia. Es un rico edificio, cuya fachada enteramente pertenece al gótico florido: las bóvedas terminadas, cual hemos dicho, en el siglo XVI, están pintadas de azul con estrellas de oro. En cuanto á su forma, es la de una basílica terminada por tres absides.

El pavimento levantado al nivel de la entrada de la iglesia, fué en 1563 testigo de un combate entre dos caballeros, el uno florentino y el otro milanés. Ambos á dos se hirieron mortalmente: el milanés murió primero, lo que hizo que se le mirase como vencido. No he podido, por mas investigaciones que he hecho, descubrir el motivo de aquel duelo que había autorizado y al que había asistido el duque de Nemours.

El antiguo puente, de cuya caída hemos hablado, existió durante mil quinientos ochenta y dos años, dicen los registros de la ciudad, porque había sido construido ciento setenta y cinco años antes del nacimiento de Jesucristo, y se lo llevó el Ródano el 11 de febrero de 1407. Era, si se ha de creer al historiador Champier, el puente mas antiguo de las Galias, y fué Tiberio Graco el que, habiéndose detenido algun tiempo en Viena cuando marchaba á España, lo hizo construir el año 4588 del mundo. Entre diez y once de la mañana sucedió este accidente, que asegura Chorier fué precedido y acompañado de portentos. Se oyó correr sobre aquel puente caballos relinchando por la noche que precedió al día en que se lo llevó el Ródano. Toda la ciudad oyó á media noche murmullos, voces y gemidos: se vió un toro de una corpulencia maravillosa que dió algunas vueltas sobre la plaza de Santa Colomba, y que se desmayó al primer golpe de una campana que se tocó por sí sola. En fin, el arco que cayó primero era sobre el que se hallaba construida una capilla: la cruz de piedra que la coronaba, cayó tambien en el rio, sobrenadado en las aguas que se negaron á fragarla, y la llevó sobre su superficie hacia el mar, cual si hubiera sido de madera. Se hizo, como hemos dicho, una cuestacion ó suscripción para restablecer el puente, y Pedro Berger, Jacobo de Isembard, Guillermo Chamsaux y Juan de Borbon fueron nombrados maestros y rectores de la fábrica del puente del Ródano.

El comercio de Viena es el mismo que el de Louviers y el de Elbenf: provee de paños

á todo el Mediodía, como estas dos ciudades proveen á todo el Norte: únicamente sus productos son menos finos, y de un valor mas arreglado: los mas hermosos paños que fabrica Viena, no pasan de 45 á 48 francos la vara. Las manufacturas donde los fabrican están situadas á las dos orillas del Gera, cuya corriente hace mover las ruedas de fuerza de ocho caballos.

Como nada nos quedaba ya que ver en Viena en atención á que habíamos visitado desde las murallas romanas hasta las modernas ruinas y que el único monumento que nos quedaba por ver, era el cenotafio de Séptimo Severo que se hallaba en el camino que debíamos seguir, nos pusimos en marcha, y al final de la ciudad, á la derecha, á cincuenta pasos casi de sus límites, vimos levantarse la pirámide que designa, sin ninguna razon plausible, el nombre que acabamos de darla.

Ninguna inscripcion en hueco ó en relieve, ningun agujero indica que haya habido letras de bronce que denoten al arqueólogo una fecha ó un destino fijo de aquel monumento. Es una pirámide de cuatro caras con cuatro arcos, flanqueados cada uno con dos columnas, cuyos capiteles no están concluidos. El techo de la bóveda está formado con cinco piedras cbatas, de gran dimension, reunidas sin argamasa como todo el resto del edificio, que probablemente se sostiene con garfios de metal: al menos al deseo de robar este material, se atribuyen las aberturas practicadas en el monumento. Es ademas muy sencillo pensar que los espoliadores, creyendo que contenia objetos preciosos, como algunas veces se han encontrado en los sepulcros antiguos, han hecho aquellas escavaciones con esta intencion.

Mr. Schneider fué el que dió á esta pirámide el nombre que ha conservado. Hasta entonces se la habia creído un monumento levantado á la gloria de Augusto ó una especie de mojon ó hito destinado á marcar el centro de la ciudad.

Aunque la forma arquitectónica adoptada para su construccion sea menos elegante que la del gran siglo de Roma, su parecido con la decadencia del arte en el imperio del Séptimo Severo y sus capiteles no terminados, decidieron á Mr. Schneider á fijar esta fecha: porque se sabe que Máximo, su sucesor, comenzó por aprobar los honores tributados á Séptimo Severo; pero no tardó en manifestar sentimientos opuestos. La influencia de estos sentimientos se harian hacer sentir hasta en las Galias, y el cenotafio por esto no seria concluido.

## SAN PERAY.

Habíamos dejado nuestra silla de posta en Lion porque nos habian prevenido, que por los caminos que cruzaban el Mediodia nos seria imposible dar un paso por allí sin hacerla pedazos: de modo, que nuestros trabajos de trasportes y nuestro apuro comenzó en Viena, donde no encontramos para alquilar sino un carruagillo desmantelado que habia sido en otro tiempo una diligencia. Nos vimos obligados á enganchar tres caballos á aquella terrible máquina de que hoy siento no haber sacado un dibujo para presentar á nuestros lectores una idea de aquel sistema de locomoción adoptado á doce leguas de la segunda capital de la Francia. Gracias al refuerzo de tiro, conseguimos andar en doce horas las quince leguas que separan á Viena de Tain. Llegamos allí molidos: al menos este era un resultado. Pagamos al instante nuestro carruage que habíamos tomado para Valencia, mandando á nuestro conductor, que se adelantase á la mañana siguiente con nuestros equipages y prometiéndole que nosotros nos arreglaríamos para alcanzarle antes que él hubiese llegado.

A la mañana siguiente me levanté el primero para tomar noticias.

Al volver al hotel llevé á Jadin á la ventana, y le invité á que saludase á la colina que domina la ciudad. Jadin saludó de buena fé, y por lo que yo le habia dicho; pero cuando le dije que aquellas eran las viñas de la ermita, por su propio impulso las saludó segunda vez.

Como casi todos los descubrimientos importantes, el de las cualidades maravillosas del terreno en que se cosecha hoy uno de los mejores vinos de Francia, fué debido á la casualidad.

Al principio del siglo XVII, un pobre ermitaño habia establecido su domicilio enmedio de las ruinas de dos templos y de la torre que Fabio, segun el decir de Strabon, habia hecho levantar cerca del campo de batalla donde venció al rey de los Arvernas.

La gran fama del santo hombre atrajo á muchas personas devotas; empero como la subida es bastante penosa y los fieles llegaban hechos un rio de sudor, el bueno del ermitaño que no tenia para ofrecerles mas que agua fresca y que temia no le sucediese lo que al delfin en Tournon, plantó algunos sarmientos de parra que al año siguiente dieron un vino, cuyo mérito apreciaron muy pronto los inteligentes. Se esparció la noticia y la multitud de devotos se aumentó de tal modo, que el ermitaño se vió obligado á plantar de viña toda la

montaña. Hoy los sucesores del anacoreta no exigen ya que vayan á beber su vino á domicilio, sino que con gran éxito hacen envíos á Francia y al extranjero. Sin embargo, la cultura del terreno hizo hacer escavaciones, y estas escavaciones produjeron la exhumacion de un altar taurobólico muy curioso.

Los ingleses fueron los primeros que apreciaron el valor de aquel monumento, y lograron que se lo cediese el propietario como recompensa de una buena cantidad de vino que compraron. Los mozos que debían transportarlo al barco, habían comenzado ya su tarea, cuando los regidores del ayuntamiento reclamaron aquella piedra, como propiedad pública.

Los ingleses tuvieron que contentarse con el vino, á cuya esportacion no se opuso el ayuntamiento. Y el taurobolo fué puesto en un cuadro en una pared sobre el rio, entre el Ródano y el camino, y allí coronado con una cruz, sirvió por mucho tiempo de simbolo al triunfo de la religion cristiana sobre el paganismó

En fin, despues de haber sido transportado desde aquella primera estacion al ayuntamiento, ha pasado definitivamente desde el ayuntamiento á la plaza pública de Tain, que desde este dia ha tomado el nombre de Plaza del Taurobolo.

No nos hubiéramos detenido tanto tiempo como lo hicimos sobre aquella piedra cuya forma y destino es el de los taurobolos ordinarios, si toda la primera linea, y la mitad de la segunda no hubiese estado borrada. Esta circunstancia que á primera vista parece no tener ninguna importancia arqueológica, ha servido, sin embargo, para determinar la fecha pösitiva del voto de aquel altar, que habia ocupado durante medio siglo la pluma de todos los sabios de la Drome.

El abate Chalieu es el primero que ha encontrado la verdadera solucion del enigma: aquel taurobolo habia sido erigido en honor del emperador Commodo, apellidado el Piadoso, dice Lampride, por haber sido elevado al consulado el amante de su madre, fué proscripito como todos los monumentos públicos en que se encontraba el nombre de aquel Padre de la Patria.

Al dia siguiente de la noche en que Commodo habia sido envenenado, y la mañana del dia en que para concluir con él lo ahogaron, Publio Helvecio Pertinax, su sucesor, reunió el senado, y le declaró que Commodo habia sido el enemigo del senado, el enemigo de la patria, y el enemigo de los dioses: *Hostis Senatus, hostis Patriæ, hostis Deorum.*

Los mismos hombres que dos años antes le habian decretado el titulo de Padre de la patria, respondieron que era preciso arrastrar con garfios su cuerpo y arrojarlo al Tiber: *Corpus ejus ut unco traheratur, atque in Tiberim mitteretur, senatus postulavit.* Des-

graciadamente para el ejemplo que no era malo dar, el nuevo emperador habia tomado ya sus disposiciones con respecto á este punto, haciendo prudentemente, por miedo de que no volviese de la cuerda como habia vuelto del veneno, enterrar el cuerpo de Commodo.

Muchísimo sintió el senado el no haber podido dar aquella prenda de adhesión á Pertinax: empero entonces se levantó Cingio Severo, haciendo recaer en las imágenes la pena que habia reclamado contra el cadáver, y pidió como senador, y como pontífice, en cuya doble calidad habia antes decretado á Commodo el titulo de Padre de la patria, y el de divino emperador: que se derribasen sus estátuas, y se borrara su nombre de los monumentos públicos y particulares:

*Censeo.... abolendas statuas, nomenque ex omnibus privatis publicisque monumentis eradendum.*

Pertinax que se habia opuesto á las venganzas que se querian ejercer sobre el cadáver no vió inconveniente en dejar que se ensañasen en las estátuas: se añadió y se adoptó una enmienda al proyecto de ley de Cingio Severo; aquella enmienda proponia que se derribasen sus estátuas: y se borrara su nombre, no solo en Roma, sino tambien en todas las provincias romanas.

Este decreto pasó los Alpes y llegó á Tain al mismo tiempo que la noticia de la muerte del dios.

Los que estaban arrodillados ante su altar, se levantaron, rasparon la inscripcion, y asunto concluido. Por eso las raspaduras se detienen á mitad de la segunda linea: no tomando para ocultar su mudanza de religion mas cuidado que el que se toman los apóstatas del dia de borrar la palabra *real* de sus fábricas y tiendas.

Algunas naciones se acuerdan aun de haber sido provincias romanas en esto.

Este es el modo con que el abate Chalieu reconstruyó la inscripcion:

*Matri Deum magnæ Ideæ, pro salute imperatoris Cesaris Marii Aurelii Lucii Commodi Antonini Pii, domusque divinæ, coloniæ, Copiæ Claudiæ: Augustæ Lugdunensis, taurobolium fecit Quintus Auguis Antonianus pontifex perpetuus, ex vaticinatione Pusonii Juliani Archigalli Inchoatum XII kalendarum maii consumatum VIII kalendarum mali, Lucio Eggio Marullo, Merio Papirio Ogliano consulibus, præeunte AElío. Aleio Paerio sacerdote, Tibicine Albio Verino.*

A la madre de las diosas, á la gran diosa del monte Ida, por la salud de Mario, Aurelio, Luis, Commodo, Antonio, emperador César, Augusto, Pio, por la de su divina casa y por la de la Colonia Copia, Claudia, Augusta, de Lion, Quinto, Aquio Antoniano, Pontífice perpetuo, ha hecho un taurobolo, despues de

la prediccion del Pusionio, Juliano, Archigallo, ha sido principiado el 42 de las calendas de mayo, y terminado en 9 de las mismas calendas, en el consulado de Luis Eggio Marullo y Mello, Papirio, Oelianus; siendo sacerdote Elio, Mediopanirio sacrificador, Albiobereño, flautista.

Examinado el taurobolo, comentado y dibujado determinamos hacer nuestra ascension á la ermita.

Como ya no estaba allí el anacoreta para hacernos los honores de su montaña, y nos hicimos llevar allí nuestro almuerzo, y despues de una hora de una penosa subida, llegamos á la cumbre con el libro de Paulo Orosio y Floro en la mano.

Admirable es la perspectiva que se descubre desde aquella altura; al Norte se estiende todo el antiguo pais de los allobroges; al Este corre la cordillera de los Alpes de donde baja el Isere. Al Mediodia la vista sigue por espacio de doce ó quince leguas el curso del Ródano, que se va adelgazando siempre á medida que se aleja, y al Oeste el horizonte está limitado por las montañas del Vivarés, de Veilay y de la Auvernia.

En cuanto al campo de batalla donde se encontraron los romanos y los auverneses Fabio y Bituit, se estiende desde la falda de la misma montaña, hasta la conjuncion del Isere y del Ródano.

Hemos contado como los massaliotas habian llamado á los romanos á las Galias, y como Cayo Sextio habia fundado una ciudad sobre las márgenes del Ceno.

El pueblo que mas habia padecido en aquella lucha; habia sido aquel de que Marsalia no tenia queja. Encontrándose los vocuncios bajo la espada de Fabio, los hirió sin motivo, hizo vender á pública subasta á los habitantes de sus ciudades, y forzó á su rey Teutomal á refugiarse en los Allobroges.

Entre los reyes que Teutomal llamaba sus hermanos, habia un poderoso guerrero, que Tito-Livio, Floro y Paulo Orosio llaman Bituit, Strabon Butos, y Valerio Máximo Betullus: era el mas rico de los gefes galos. Su pueblo numeroso y valiente; tenia abundantes mieses en las llanuras, y minas de oro y plata en sus montes. Aprovechó el momento en que el nuevo cónsul Cn. Domicio llegaba al campo, y le envió una embajada para pedirle el restablecimiento de Teutomal en sus estados.

Caprichosa, empero grande y magnífica era aquella embajada; su gefe mandaba una tropa de ginetes jóvenes, cubiertos todos de púrpura, oro y coral. A su lado el bardo del rey con la lira en la mano cantaba la gloria de Bituit, el valor de los auverneses y las hazañas del embajador. Por último detrás iba la jauria real formada de enormes alanos traídos de Bélgica y de la Bretaña, llevando cada uno al cuello un collar de oro macizo incrustado de piedras preciosas.

Mal medio era este de obtener la paz de Domicio, haciendo brillar tantas riquezas á sus ojos. En lugar de reintegrar á Teutomal en sus estados como descaba el rey de los auverneses, Domicio pidió que le entregasen á Teutomal, amenazando si no ponian en sus manos al fugitivo, con irlo á buscar, si era preciso hasta en los montes de su aliado. La embajada se volvió inmediatamente hácia Bituit, y le refirió aquellas palabras de guerra.

La guerra era un juego para los antiguos galos que atacaban el mar con sus dardos, cruzaban sus flechas con el relámpago, y como hemos dicho, no temian nada en el mundo sino que el cielo cayese sobre sus cabezas. Las cimas de las montañas de la Auvernia se iluminaron cual en los tiempos en que eran volcanes, y á aquella llamada de guerra todas las tribus que mandaba Bituit, hijo de Luern, todos los pueblos que con él mantenian alianza, tomaron las armas y acudieron. Seis meses se emplearon en organizar las masas: durante seis meses festejó el magnífico gefe á sus cien mil aliados: hácia el principio de la primavera, algunos dias despues de la llegada de Quinto Fabio Máximo al campo romano, Bituit salió del punto donde hoy está situado Clermont, en Auvernia, llevando en pos de si doscientos mil hombres.

Sin embargo, los romanos que creian no tener que habérselas sino con los allobroges que acabaron de batir cerca de Aviñon, los persiguieron subiendo la orilla izquierda del Ródano.

Los allobroges huyendo siempre, atravesaron el Isere: los romanos lo atravesaron detrás de ellos. Los allobroges se internaron en su pais: los romanos los siguieron allí, contando con llegar á Viena al mismo tiempo que ellos. En efecto, no se hallaban mas que á catorce ó quince leguas.

Quinto Fabio y el procónsul Domicio se detuvieron á la caída de la tarde en Tegna: hicieron vivaquear sus cuarenta mil hombres alrededor de la ciudad y encendieron hogueras. La noche se pasó tranquilamente; pero al dia siguiente, al amanecer, los centinelas dieron la alarma. Durante la noche habian bajado de las montañas del Vivarés doscientos mil hombres, y la vanguardia de aquel inmenso ejército tocaba ya á la otra orilla del Ródano.

Los romanos hubieran podido todavía repasar el Isere y volver á ganar la ciudad de Sextus; pero tenian ya en las Galias una reputacion de invencibles, que esta retirada les hubiera hecho perder. Fabio se decidió á arriesgarlo todo por conservar el prestigio unido á las águilas: mandó á sus tropas tomar posicion á medio lado de la montaña y haciendo llevar las tiendas consulares sobre su cima, miró tranquilamente el modo con que iba á efectuarse el paso de aquella multitud. Bituit hizo construir un puente con estacas, y

casi unos cuarenta mil hombres pasaron por él el primer día. Pero como por esta cuenta hubieran sido precisos cinco días para que todo el ejército ganase la otra orilla, mandó durante la noche unir barcos con cadenas, los hizo cubrir de tablas, y á la mañana siguiente los romanos vieron la mitad del ejército galo derramado en la llanura que se extendía entre ellos y el Isere: Domicio preguntó entonces si no era ya tiempo de atacar; empero Fabio le respondió:

—Déjales pasar: todos los que la tierra pueda sostener, los podrá cubrir después.

A las once de la mañana los romanos tenían delante de sí ciento sesenta mil hombres: cuarenta mil se agolpaban todavía á la otra orilla y se atropellaban por pasar. Fabio vió que era llegado el momento: hizo tocar las trompetas y levantar las águilas.

En el mismo momento se abrieron las filas de los galos. Bituit apareció revestido con una armadura magnífica, con una túnica de espléndidos colores, subido sobre un carro de plata y seguido de su jauría real compuesta de una nube de perros de batalla, conducidos por los picadores que fueron á colocarse en el ala derecha del ejército. Paseó entonces sus miradas sobre las cuatro legiones romanas que estrechadas las unas contra las otras apenas cubrían la falda de la montaña: después al ver la debilidad de los romanos, el rey de los auserneses se echó á reír y mandó marchar á ellos.

—Tal vez harías bien en aguardar á que haya pasado el resto de tus soldados, le dijo un gefe.

—¿Aguardar? ¿y para qué? respondió Bituit; apenas tienen ahí gente para un almuerzo de mis perros.

Los romanos inmóviles como rocas vieron aproximarse á ellos aquel mar embravecido; empero apenas estuvo á tiro, cuando la caballería desplegó sus alas y dividiéndose las legiones abrieron paso á los honderos y arqueros. Una granizada de flechas y piedras recibió al ejército galo; pero era demasiado débil resistencia para detener la marcha de semejante masa. Juntáronse los dos ejércitos y comenzó la lucha ginetes contra ginetes, peones contra peones: terrible fué el choque y horrosa la refriega.

Por último, después de una hora de combate en que palmo á palmo se disputaba el terreno, pareció ceder el centro de los romanos. Bituit se lanzó en aquella brecha de hombres que se abría delante de su carro, mandando soltar los perros que debían devorar á los vencidos; pero en respuesta á aquella orden mandó Fabio abrirse á su centro, y Bituit y los suyos se hallaron enfrente de los elefantes. A la orden de sus guías, aquellos animales se pusieron á marchar de diez en fondo, penetraron hasta el centro del ejército galo y allí dividiéndose en cuatro secciones

avanzaron por cuatro lados diferentes derribando cuanto encontraban y hollando con sus pies á los hombres como espigas. En el mismo instante, por un instinto natural de los animales que los lleva á atacar á los animales mas bien que á los hombres, los perros se arrojaron sobre los elefantes. Escitados entonces estos por los mordiscos se desbandaron, corriendo á la ventura, cogiendo y haciendo pedazos igualmente caballos, hombres y perros y dando gritos que dominaban el ruido de la refriega cual el ruido del rayo domina el del Océano.

Los soldados de Bituit veían por la vez primera aquellos terribles animales: sin embargo, los conocían por tradición: sus abuelos habían visto á Annibal llevar cuarenta hácia los Alpes, y habían hablado de ellos á sus hijos y á sus nietos con un supersticioso terror, que se había conservado entre estos: así no se atrevieron á aguardarles ignorando como combatirlos: además, sus caballos no pudiendo sufrir ni su vista ni su olor, se levantaban de manos, se volvían de espaldas y echaban á correr. Por un momento presentaba la llanura el aspecto de un vasto circo, en que hombres, caballos, perros y elefantes, se esterminaban unos á otros. Pronto la derrota se declaró en las filas de los galos: se precipitaron hácia los puentes, su única retirada: pero el puente de barcas construido con poca solidez, rompió sus cadenas, se hundieron las tablas; hombres y caballos cayeron en las barcas. Las barcas cargadas se sumergieron. el puente sin apoyo se rompió, y la multitud refluyó hácia el otro puente. Juntaron á los elefantes, se les hizo marchar sobre aquella masa, y ciento veinte mil hombres, según Tito Livio, ciento treinta mil, según Plinio, y ciento cincuenta mil, según Paulo Orosio, quedaron tendidos para no volverse á levantar mas por aquel espacio, suficiente apenas para cubrir tantos muertos, y que se estiende desde el pie de la montaña al Isere.

En cuanto á Bituit atravesó el Ródano, y sin soldados, sin servidores, seguido únicamente de dos de sus perros, consiguió salvarse en sus montañas, dejando en poder del enemigo su carro y su manto.

Entonces fué cuando Fabio y Domicio levantaron en la cumbre de la montaña dos templos, el uno á Marte, el otro á Hércules, y una columna coronada de un trofeo de las armas cogidas á los galos. Cosa inaudita, dice Floro porque jamás hasta entonces el pueblo romano había echado en cara su victoria á los enemigos vencidos: *Nec mos inusitatus nostris nunquam enim populus romanus hostibus domitis victoriam suam exprobat.*

Concluido nuestro desayuno y reconocido el campo de batalla, bajamos la santa montaña: atravesamos el Ródano sobre el primer puente de alambre que ha sido construido en Francia, y nos encontramos en Tour-

non al pie del castillo del duque de Soubisa.

Al ver aquel viejo monumento medio arruinado, hice cuanto pude por sacar á los guardas alguna leyenda guerrera ó alguna tradicion poética: pero fuese ignorancia, fuese olvidado, fuese realmente que no hubiese nada que contar, hallé tan mudas las bocas de los habitantes, como las ruinas de la fortaleza. En cuanto á Tournon, me vi precisado á atenerme á lo que de él cuenta Gregorio de Tours. Es á saber: que habiéndose deslizado una enorme roca de la montaña, á la que estaba pegada sobre una capa de greda, cayó rodando hasta el Ródano, y cerrando su curso le obligó á dar una *vuelta*: cuya palabra en francés es *tour*: de aquí el nombre de *Tournon*. Hoy por lo que valga á mis lectores este equívoco del siglo XVI.

El castillo de Soubisa está además edificado sobre un núcleo granítico, cuya presencia á orilla de un rio es bastante difícil de explicar á no valerse de la version de Gregorio de Tours.

Como empezaba ya á hacerse tarde, abandonamos la esplicacion de esta cuestion geológica á gentes mas sabias que nosotros, y nos pusimos en camino para Valencia.

Al cabo de dos horas de marcha nos hallamos en frente de la roca de Glun, que trataban de sacar del Ródano, cuya navegacion estorba. Esta roca es un resto del castillo de Glun que Luis IX hizo asaltar y tomó á la fuerza, *por que dice el autor de los anales de su reinado, el señor del castillo robaba y despojaba y cargaba con malisimas costumbres y vejaciones á todos los que por el castillo ó cerca del castillo pasaban*. Era la segunda vez que hallábamos en nuestro camino las huellas del santo rey, que debíamos perder en Aguas-Muertas.

En tanto que mirábamos aquella histórica ruina sobre la que se cernía un halcon en una tempestad, comenzaron á caer algunas gotas de agua, y resonó un trueno. Era una advertencia de que nos debíamos poner inmediatamente en camino: pero por mas diligencia que pusimos, la noche y la lluvia nos cogieron bastante lejos todavía de Valencia. La lluvia solo nos molestaba: porque siendo el camino de ruedas, no habia modo alguno de que nos perdiésemos: asi tomamos nuestro partido. Nos dejamos valientemente empapar hasta que descubriendo un ventorrillo, nos refugiamos en él.

Hallábase lleno de bebedores que sorprendidos como nosotros por la tempestad, la dejaban pasar tranquilamente, regalándose con un vinillo blanco bastante agradable á la vista. Chorreando por todas las costuras de nuestros vestidos y mojados de pies á cabeza, nos miramos Jadin y yo, preguntándonos con la vista sino deberíamos hacer lo que ellos. El vino de la ermita que habíamos bebido por la mañana en la viña misma, nos hacia escrupu-

losos con el vino del ventorrillo. Sin embargo, á medida que desaparecia la humedad exterior sentíamos necesidad de una reaccion interior, nos decidimos en consecuencia á pedir á nuestra huésped, medio por necesidad, medio por pagar la hospitalidad, el pedazo de pan y de queso de rigor y una botella de vino: lo que nos fué servido inmediatamente.

En las espinosas circunstancias del género de la en que nos hallábamos, era siempre Jadin el que se sacrificaba: llenó pues, la mitad de su vaso, lo levantó á la altura del farol, le dió vueltas un instante para examinarlo por todas sus caras, y bastante satisfecho del examen visual, se lo acercó á los labios lleno de confianza. En cuanto á mi seguia todos sus movimientos con la ansiedad del hombre que sin ser el primero debe, sin embargo, participar de la buena ó mala suerte de su compañero de viage. Vi á Jadin paladear silenciosamente el primer sorbo, despues el segundo, despues el tercero, por último, vaciar su vaso, volverlo á llenar de nuevo, todo sin proferir una sola palabra, y con asombro progresivo, que tenia algo de religioso y de agradecido: en seguida volvió á comenzar el ensayo con las mismas precauciones, y pareció terminarlo con el mismo goce.

—¡Y bien! le dije, aguardando siempre.

—La verdadera felicidad está en el seno de la virtud, me respondió gravemente Jadin: somos virtuosos y Dios nos recompensa: probadme ese vino.

No me lo hice decir dos veces: alargué mi vaso y tragué su contenido tan concienzudamente como lo requería el caso.

—¿Qué me decis? continuó Jadin con la satisfaccion del hombre que ha descubierto el primero una cosa buena y hecho gozar de ella á su compañero.

—Digo que se ha equivocado la huésped de tonel y que nos ha dado vino de cinco francos la botella para comer pan y queso, lo que me parece un lujo inoportuno, y fuera de propósito.—¡Eh, tia! dijo Jadin llamándola.

—Ya voy, señor, replicó la huésped, estoy ocupada en sacar á mi gato de los dientes de vuestro perro.

—¡Milord! ¡Bribon! gritó Jadin levantándose: espera, espera! No sabes donde estás....., tunante! .... ¡Vas á hacer que nos echen de aqui, miserable!

Milord vino hácia su amo relamiéndose. El gato estaba difunto: la muger seguia al perro llevando al muerto por la cola.

—¡Qué desgracia! ¡Qué lástima! Miren lo que ha hecho, pobre Mistigri, dijo la muger dirigiéndose á su marido.

Nosotros nos mirábamos con ansiedad viendo que iba á estallar una horrorosa tormenta.

—¡Bah! dijo el ventero sin tomarse el trabajo ni aun de volver la cabeza, continuando en fumar tranquilamente en su pipa. Arroja al camino esa maula de gato que se comia siempre

nuestros quesos y nunca los ratones. Ven, buen perro, continuó el ventero acariciando á Milord, y si encuentras mas gatos en la casa, yo te los regalo.

—Hola, dije á Jadin, nos hallamos en la tierra de promision, mi querido amigo, y si me creéis haremos provision de vino y de gatos en este pais.

—Si, dijo Jadin: únicamente el caso está en saber á como se han de pagar.

—¿Me llamais, señores? dijo la ventera volviendo del entierro de su animal.

—Si, buena muger, queremos saber lo que cuesta nuestro vino, y lo que vale vuestro gato.

—El vino, caballero, es cinco cuartos la botella.

—¿Y el gato?

—¡Ah! ¡el gato!... Dareis lo que querais á la criada.

—¿Pero adónde estamos? Esclamé yo; ¡que no levantamos altares á los dioses!...

—Estais en Saint-Peray, mis buenos señores.

—¡En Saint-Peray! Entonces traednos un asado, una tortilla, una cena cualquiera y otras dos botellas mas.

Hicimos de gasto tres francos comprendido el gato y una comida de las mejores que he hecho en toda mi vida.

En Paris, Mistigri solo, nos hubiera costado el doble, es verdad que nos le hubieran servido en un guisado.

A las diez nos volvimos á poner alegremente en camino y á los veinte minutos de marcha llegábamos á Valencia.

## VALENCIA.

Aunque Valencia data como Viena, de la mas alta antigüedad, pues que al decir de Andrés Duchesne, Tourangeau, autor de las *antigüedades de las ciudades, castillos y plazas mas notables de Francia*, ha sido fundada mil noventa años antes de Jesucristo, las tradiciones modernas han prevalecido sobre los recuerdos antiguos. Bonaparte, subteniente ha hecho olvidar allí al general César, al papa Pio VI que murió allí, y al emperador Constantino que allí fué preso.

En 1778 fué creado cuando Bonaparte recibió en Ajaccio su despacho de subteniente del regimiento de artillería de La-Fère de guarnición en Valencia. Marchó llevándose consigo para aliviar á su familia, á su hermano Luis á quien enseñaba las matemáticas. Llegado á su destino, alquiló en la calle Grande, número 4, en frente del almacén del librero Marco

Aurelio, en la casa de la señorita Bau, un cuarto para él y una boardilla para su hermano menor.

Bonaparte vivía entonces muy retirado pasando una parte del día en el almacén de Marco Aurelio, que había tomado mucha afición al jóven subteniente y había puesto á su disposición toda su librería. Las noches las consagraba á dos ó tres amigos; Mr. Josselin, antiguo oficial; Mr. de Montalivet, que despues fué par de Francia; Mr. de Tardiva, ex-abogado de San Rufo.

Bonaparte había encontrado en casa de Tardiva, una jóven de quien se enamoró apasionadamente. Se llamaba la señorita Gregoria de Colombier, y pertenecía á una familia acomodada si no rica. Bonaparte profesaba ya desde aquella época aquella rigidez de principios que conservó sobre el trono: así apenas obtuvo el asentimiento de la señorita Gregorio, intentó un paso muy atrevido en su posición. La pidió en matrimonio.

Desgraciadamente para Bonaparte, tenía un rival preferido, sino por la señorita Gregorio, al menos por su familia. Este rival se llama Mr. de Bressieux. Los padres de la señorita Gregorio, no vacilaron entre un caballero cuya fortuna estaba hecha, y un subteniente con su carrera por hacer. Bonaparte fué desahuciado y la señorita de Gregorio fué la esposa de Bressieux.

Fué esto tanto mas penoso para el jóven Napoleon, cuanto que si han de creerse esas anécdotas populares que brotan siempre en el surco de las grandes fortunas, tenía presentimientos de su porvenir. Un día habiendo hecho en compañía de algunos de sus jóvenes camaradas una limosna de tres francos á una pobre muger, la profetisa cubierta de harapos, le deseó la corona de Francia. Echáronse á reir los oficiales de aquel exagerado agradecimiento: solo Bonaparte permaneció serio: y como aquella gravedad provocase todavía mas la hilaridad general.

—Señores, dijo el futuro soberano, yo valgo mas que un guarda de puercos, y Sisto V llegó á ser papa.

Otro día que Bonaparte se hallaba trabajando desde las cinco de la mañana, Mr. Parmentier, cirujano del regimiento, entró en el cuarto del subteniente para hablar á su hermano Luis. Bonaparte cogió su sable y dió golpes en el techo con la vaina. Cinco minutos despues, bajó Luis medio dormido.

—Perezoso! le dijo Napoleon, ¿no tienes vergüenza de levantarte á estas horas?

—Tú me riñes, le dijo Luis, y yo era el que debiera incomodarme, porque me has despertado en lo mejor de un hermoso sueño: soñaba que era rey.

—¡Tú rey! dijo Bonaparte. ¿Luego entonces yo era emperador?

Bonaparte permaneció tres años en Valencia, dejando al salir de ella una deuda de

tres francos y medio á su pastelero llamado Coriol.

A pesar de la mudanza que se verificó en su nombre y en su fortuna, Napoleon no olvidó á Valencia! aunque hecho emperador jamás volvió á pasar por aquella ciudad. Todas las deudas de corazon ó de dinero que habia contraído en ella, fueron pagadas con usura, aun la del pastelero Coriol.

La señorita Gregorio, convertida en Mad. de Bressieux, fué llamada como lectora al lado de la madre de Napoleon: su marido fué nombrado baron y administrador de bosques, y su hermano prefecto de Turin. El librero Marco Aurelio tuvo un recuerdo de otro género.

El 7 de octubre 1808, durante la entrevista de Erfurth, hallándose Napoleon á la mesa con el emperador Alejandro, la reina de Westfalia, el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, el rey de Sajonia, el gran duque Constantino, el príncipe Primado, y el príncipe Guillermo de Prusia, recayó la conversacion sobre la Bula de Oro, que hasta el establecimiento de la Confederación del Rin habia servido de constitucion y reglamento para la eleccion de emperadores. El príncipe Primado que se hallaba en su terreno, entró en algunos detalles sobre aquella Bula, que en una cita hizo subir á la fecha de 1409.

—Creo que os engañais, señor príncipe, le dijo Napoleon interrumpiéndole. Esa bula, si tengo buena memoria, fué proclamada en 1336 en el reinado del emperador Carlos IV.

—Tiene razon V. M., dijo el príncipe Primado, mejorando sus recuerdos: ¿pero cómo conserva V. M. tan exactamente la fecha de una bula? si fuese la de una batalla, no me asombraría tanto.

—¿Quereis que os diga el secreto de esta memoria que os asombra, señor príncipe? respondió Napoleon.

—Mucho placer nos daría en ello V. M.

—Pues bien, continuó el emperador, habeis de saber, que cuando yo era subteniente de artillería...

A esta salida hubo un movimiento de sorpresa y de curiosidad tan marcada entre los ilustres convidados, que Napoleon se paró un instante: pero viendo que inmediatamente todos callaban para escucharle, continuó sonriendo:

—Digo pues, que cuando yo tenia el honor de ser subteniente de artillería, permaneci tres años de guarnicion en Valencia: me gustaba poco la gente y vivia muy retirado. Una feliz casualidad me habia hecho habitar enfrente de un librero instruido y de los mas complacientes, que habia puesto su almacén á mi disposicion. Lei y releí dos ó tres veces su biblioteca, durante mi residencia en la capital de la Drome; y de lo que he leído en aquella época no he olvidado nada, ni aun la fecha de la Bula de Oro.

Napoleon, que como hemos dicho, jamás habia vuelto á Valencia durante su reinado, pasó por allí despues de su caída, llevado á la isla de Elba por los comisarios de las cuatro potencias.

El segundo recuerdo que se encuentra en Valencia, es, como lo hemos dicho, el del papa Pio VI, que murió en aquella ciudad el 29 de agosto de 1799. El tambien como Napoleon, habia tenido una estraña carrera, con dos horizontes perdidos, el uno en la oscuridad y el otro en la esclavitud.

Con efecto; Angel Braschi, nacido en Cesena el 27 de diciembre de 1717, salió de su ciudad natal á los diez y ocho años á buscar fortuna á Roma, confiado, como lo es uno á esa edad, hermoso, lleno de instruccion y ligero de dinero. Apenas llegado allí, fué á llevar una carta de recomendacion á un amigo de su padre. Este le hizo esas ofertas vulgares de servirle, que se hacen á todo el mundo, y despues en cuanto se marchó no volvió á pensar mas en él. Al dia siguiente el cardenal Ruffo y el protector de Angel Braschi paseándose en el monte Pincio encontraron á un jóven que les saludó.

—¿Quién es ese jóven? dijo el cardenal Ruffo.

—Un pobre diablo, respondió el protector, que ha venido á Roma contando con la Providencia, y que á estas horas probablemente no tendrá para aguardar el dia en que quiera acordarse de él un escudo en el bolsillo.

Al dia siguiente en el mismo paseo, el mismo encuentro, el mismo saludo.

—¡Por Dios! dijo Ruffo tendria curiosidad de saber si os habeis equivocado sobre la fortuna de ese buen jóven.

—¿Quiere vuestra eminencia misma pedirle que le enseñe el fondo de su bolsillo? dijo el protector riéndose.

—Sí: llamadle, respondió Ruffo.

—¡Braschi! dijo el protector llamándole.

El jóven se aproximó.

—Braschi, monseñor el cardenal Ruffo desea saber cuanto dinero teniais ayer en vuestro bolsillo, cuando os hemos encontrado, y cuanto os queda hoy.

—A cualquiera otra persona, respondió Braschi, me negaría á satisfacerla, porque se parece mucho á una confesion esta pregunta; pero á vuestra eminencia, monseñor, es otra cosa. Ayer tenia un escudo: hoy me quedan siete paolos.

—¿Y cuántos dias contais pasar todavia con esos siete paolos? dijo Ruffo.

—Dos dias, poco mas ó menos, monseñor, respondió alegremente Braschi: y dos dias son una eternidad.

—Pero al fin llegada esa eternidad; ¿qué contais hacer?

—No lo sé: Dios proveerá.

—¿Lo crecis firmemente? replicó riendo Ruffo.

—Lo creo con toda mi alma, respondió Braschi.

—¿Estais seguro de que no os morireis de hambre?

—Estoy seguro.

—Tanta confianza teneis, que comienzo á participar de vuestra conviccion, dijo Ruffo. Venid conmigo.

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor.

Dos horas despues Angel Braschi se hallaba instalado en el Vaticano en calidad de secretario del papa Benedicto XIV, que le nombró al año siguiente auditor: despues muy pronto tesorero de la cámara apostólica, empleo que infaliblemente conduce á lapúrpura. En efecto, habiendo muerto Rezzonico, Braschi no por eso dejó de recibir el capelo de cardenal de manos de Clemente XIV, y cuando éste murió fué el pobre jóven de Cesena, llegado á Roma con un escudo en su bolsillo, el que le sucedió, como Rey espiritual del mundo cristiano, el 45 de febrero de 1775, bajo el nombre de Pio VI.

Pio VI llegó como se ve al pontificado, en un tiempo preñado de tormentas: todos los horizontes se hallaban cargados de tempestades. Los jesuitas, cuyo instituto se habia intentado reformar, y que habian querido *ser como eran, ó no ser*, habian sido abolidos por Ganganelli. La América sacudia el yugo de la Inglaterra con ayuda de la Francia. El emperador José II se habia declarado el gefe de los filósofos. Nápoles se preparaba á sustraerse del homenaje que prestaba á Roma: la tierra se hallaba llena de convulsiones, y temblaban todos los tronos.

Durante esas horas de reposo sombrías que preceden á los grandes cataclismos, Pio VI hizo mucho; hizo del Vaticano el magnífico *Museum* que visitan hoy los mandatarios artísticos de todas las naciones: limpió el puerto de Ancona, y dirigió la construccion del fanal que lo ilumina: añadió á la Basílica de San Pedro una magnífica sacristía: volvió á levantar el obelisco del Quirinal; por último, prosiguió aquella grande empresa que la república romana habia legado á sus emperadores, y los emperadores á los papas, el secar las lagunas Pontinas. Gracias á estos inmensos trabajos la vía Appia, aquella obra maestra de la industria romana, fué desembarazada de los escombros bajo los cuales habia desaparecido.

Se abrió un canal que condujo las aguas estancadas hácia el lago de Joghiano. Doce mil arpentés de tierra se utilizaron para el cultivo de los granos y el pasto de los ganados. Una ciudad toda entera iba á levantarse en medio de aquella conquista de la voluntad humana sobre la naturaleza cuando estalló la revolucion francesa, arrastrando tras de sí la constitucion civil del clero que destruía todos los grados de la gerarquía espiritual. Esta constitucion fué la que se exigió que jurasen

los sacerdotes. De ciento treinta y ocho obispos, cuatro solo se sometieron á ella, y de sesenta y cuatro mil sacerdotes, sesenta y dos mil quinientos se negaron á admitirla.

Esta resistencia debia encontrar y encontró naturalmente un apoyo en Roma, y el Breve doctrinal fué la cadea eléctrica que llevó el rayo hasta el Vaticano.

El 13 de febrero del 93 el cónsul francés en Roma recibió el orden de colocar sobre su puerta y sobre la de la Academia, el escudo de la libertad. Aquella orden le era transmitida por el mayor Flotte y por el comisario Hugau de Basseville: fué ejecutada. El pueblo murmuró. Hugau y Flotte subieron en carruaje y con la escarapela tricolor en el sombrero pasearon por la calle del Corso. A aquella vista el pueblo que murmuraba, vocea: los dos comisarios responden á sus voces con palabras de desprecio. Se aumenta el tumulto: circulan palabras de amenaza, y en Roma el efecto sigue inmediatamente á la amenaza. El carruage de los dos comisarios es derribado. Flotte se salva huyendo; Basseville quiere defenderse; pero un barbero se desliza por entre las piernas de los que le atacan y le abre el vientre con su navaja de afeitar. La república tiene que vengar un asesinato.

La venganza fué lenta: nuestros ejércitos tardaron tres años en andar el camino de Roma: porque sobre este camino se hallaban Mantua, Areole y Lodi. Por último, Bonaparte, que habia salido hacia seis años para comenzar su carrera, de aquella ciudad donde tres años despues Pio VI debia venir á terminar la suya, Bonaparte vino á acampar delante de Roma como lo habian hecho Breno, Annibal, Alarico y el condestable de Borbon.

El 19 de febrero de 1797, fué firmado en Tolentino el tratado que impone á Roma una contribucion de 34.000.000, que la multa en un suministro de mil setecientos caballos y la arrebatada una parte de la Rumania: y como nuevas victorias llaman á Bonaparte al Tirol, el general Victor queda con quince mil hombres en la Marca de Ancona para asegurar el cumplimiento del tratado.

Entonces fué cuando se verificó el asesinato de Duphot, asesinato que llamaba una segunda venganza. Mas pronta y mas terrible que la primera fué la segunda venganza. Berthier tomó el mando del ejército, y el 29 de enero de 1798, vino á acampar á su vez, bajo las murallas de Roma, donde entró al cabo de diez y siete días con Massena; un mes despues salía por la puerta Angélica prisionero Pio VI. Tenía entonces ochenta años.

Incierto sobre el país á que debia trasportar á su cautivo, el Directorio lo hizo primero llevar á Siena; pero un temblor de tierra lo arrojó de allí despues á Florencia. Pero á principio del 99, amenazando la Italia los ejércitos rusos y austriacos, lo trasportaron, á pesar de la parálisis de que se hallaba ataca-

do á Parma, de Parma á Turin, de Turin á Brianzon, y de Brianzon á Valencia, donde murió el 27 de agosto.

Le habia sido preciso en esta travesía pasar el monte Genevre llevado sobre una camilla en medio de las nieves y con el cuerpo cubierto de llagas. El 14 de julio entró en la ciudad, en la que no habia ningun alojamiento preparado para recibirle. Lleváronle á la casa del gobierno, y mientras le preparaban un cuarto, lo depositaron sobre la terraza. Entonces abrió los ojos que llevaba casi constantemente cerrados, y maravillado con el magnifico paisage que se desplegaba á su vista, se incorporó sobre su camilla exclamando: *Oh che bella vista!*

Entretanto la enfermedad del soberano pontífice hacia rápidos progresos, y el mártir tocaba al fin de sus dolores. El 20 de agosto un violento vómito anunció que la parálisis habia llegado á las entrañas.

Inmediatamente conociendo Pio VI aproximarse su fin, pidió al arzobispo, de Corinto el Viático, que recibió levantado colocado en un sillón, revestido con sus ornamentos pontificales, apoyada una de sus manos sobre su pecho y la otra sobre los santos Evangelios. Al día siguiente 28, le fué administrada la estrema-Uncion. Hacia la media noche fueron tan frecuentes las palpitaciones que no dejaron duda alguna sobre el estado de su Santidad. El arzobispo de Corinto, que ya le habia dado el Viático y la Estrema-Uncion, le dió la absolucion papal. Entonces haciendo un último esfuerzo, Pio VI se incorpora en la cama, y el moribundo dejó caer su bendiccion soberana sobre el mundo que iba á dejar. Algunas horas despues espiró.

Una hora despues un hombre vestido con una casaca de color de castaña, con calzon de ante, botas de campana, y ceñida la cintura con una faja tricolor entró en el cuarto del difunto, fué á su cama, alzó la sábana que cubria el cadáver, miró si estaba verdaderamente muerto, reunió los servidores que habian acompañado á Pio VI, se sentó delante de una mesa, sacó de su bolsillo un tintero, papel, una pluma, y redactó el borrador del siguiente proceso verbal; que en seguida fué á transportar sobre los registros de la Meiria (alcaldía).

«Hoy doce fructidor (agosto) año VI de la república francesa, á la hora de las tres de la tarde, ante mí, Juan Luis Chaveau, administrador municipal del ayuntamiento de Valencia, elegido para redactar las actas destinadas á comprobar los nacimientos, matrimonios y defunciones de ciudadanos, ha comparecido Mr. José Spina, arzobispo de Corinto, el cual acompañado de Mr. Juan, sacerdote de edad de cuarenta años, y de Mr. Gerónimo Fontiby tambien sacerdote, y de Mr. Caracholo, cuyo pronombre es Innico, sacerdote, de edad de cuarenta años, y el dicho Fontiby de edad de

sesenta y cuatro años, todos cuatro residentes en Valencia, en la casa dependiente de la Ciudadela, y al servicio del difunto, me ha declarado que Juan Angel Braschi, Pio VI, Pontífice de Roma, ha fallecido en el día de hoy á la hora de la una y veinte y cinco minutos de la susodicha mañana en la casa, á la dicha edad de ochenta y un años y ocho meses, y dos dias. En virtud de esta declaracion, certificada como verdadera por el declarante y los testigos, me he trasladado en seguida á la susodicha casa habitacion, acompañado de los miembros que componen la administracion central, y el comisario del Directorio ejecutivo cerca de ella, asi como de dos miembros de la administracion municipal: hallándonos allí los dichos oficiales públicos y administradores citados, hemos hecho llamar á los ciudadanos Duvawé, oficial de sanidad, y Vidal, padre, oficial de sanidad en jefe del hospicio militar de este departamento, los cuales despues de haber examinado al dicho Braschi, Pio VI, nos han confirmado su fallecimiento: del que he redactado acta legal en presencia del comandante de la plaza y del juez de paz de este canton que conmigo firman, los dichos miembros, autoridades constituidas, los dichos médicos, el declarante y los testigos: escribiendo el ciudadano Doux, secretario del dicho departamento. Valencia en la casa del ayuntamiento en el día, mes y año supraescritos. Siguen las firmas.»

Tal es el acta mortuoria testual del doscientos cincuenta y cuatro sucesor de San Pedro.

Tal vez no hay en todos los archivos de nuestra historia mas que un documento que pueda compararse: el proceso verbal de la muerte de Luis XVII sucesor de San Luis.

Así, á un mismo tiempo estaba llamada la Francia á dar el ejemplo á las naciones del doble abatimiento del poder temporal é espiritual, sobre el que hasta entonces habia descansado el edificio social de una mitad del mundo.

Mr. de la Croix, teólogo instruido y autor de una excelente estadística sobre la historia de las antigüedades del departamento de la Drome, fué el que nos enseñó todas las cosas notables de la ciudad de Valencia.

Adoptando para nuestro exámen el orden cronológico, nos llevó primero á la Torre inclinada, que una tradicion popular hace subir al tercer siglo, y que nueva y todo como era entonces, se inclinó para saludar á los cristianos San Felix, Fortunato é Ireneo, que caminaban al suplicio, y desde entonces quedó milagrosamente inclinada en memoria de su martirio.

Despues fuimos á la catedral, dedicada en otro tiempo á San Cipriano y á San Cornelio, hoy á San Apolinario, consagrada el 1.º de agosto de 4093, por el papa Urbano II que iba al concilio de Clermont donde se re-

solvió la primera cruzada, como consta de esta inscripcion latina:

*Anno ab incarnatione Domini millesimo nonagesimo quinto, indictione secunda nonis Augusti. Urbanus Papa secundus, cum duodecim episcopis, in honorem beatorum Marci virginis, et sanctorum martirum Cornelii et Cipriani, hanc ecclesiam dedicavit.*

En la catedral fué levantado el monumento del papa Pio VI. Por de pronto su corazón depositado en una urna habia sido encerrado en la ciudadela, y su cuerpo llevado al cementerio general; pero por una decision que el 30 de noviembre de 1799, hizo tomar á sus dos colegas Bonaparte cuando fué nombrado cónsul, se decretó: «Que se tributasen los honores de la sepultura á aquel anciano respetable por sus desgracias, que habia sido un instante enemigo de la Francia, seducido por los pérfidos consejos que rodeaban su vejez: en atencion á que era digno de la nacion francesa, y conforme á la sensibilidad de su carácter, dar muestras de consideracion á aquel que habia ocupado uno de los primeros puestos sobre la tierra, etc. etc.»

En su consecuencia fué exhumado el cuerpo de Pio VI, y cosa estraordinaria, esta exhumacion fué hecha por un protestante, que hizo levantar alrededor del ataúd una pequeña bóveda de fábrica, cuya puerta fué tapiada. Dos años despues, el concordato concedido por Pio VII á Bonaparte, sirvió de rescate al despojo mortal de su predecesor, que fué trasladado segun las intenciones del papa al morir, á la basilica de San Pedro en Roma. Sin embargo, la urna que contenia el corazón fué devuelta á la ciudad de Valencia, y un monumento coronado con un busto de Pio VI por Canova, fué construido para recibirlo.

Al salir de la iglesia, fuimos á visitar un hermoso pequeño monumento del renacimiento levantado por los escultores italianos hácia el año de 1530, y que es conocido con el nombre del Pendiente de Valencia. Largo tiempo han disputado los sabios sobre su destino: parece hoy averiguado que era la bóveda funeral de la familia Nutral, cuyas armas de sinoples de oro cargadas de tres treboladas ó cruces cuyos cuatro cabos rematan en tres hojas, están esculpidas en la bóveda.

No es el solo monumento del renacimiento que ha dejado á Valencia aquella familia parlamentaria estinguida hoy. La casa que sirve hoy de almacen al hijo del librero Marco Aurelio, de quien hemos visto que tan buen recuerdo habia conservado Bonaparte, es una maravilla del siglo XVI de que en ninguna parte, ni en Francia ni en Italia, he visto obra igual. Está, como hemos dicho, situada justamente en frente de la casa que habitó tres años el subteniente de Ajaccio.

¡Vamos á volver á entrar en casa de

nuestro cicerone, cuando se acordó de un fragmento que habia olvidado hacernos ver. Y hubiera sido un pecado mortal, como dicen los italianos, el no enseñarnoslo: por eso se lo recomendamos á los artistas como no el menos curioso. Está situado en el patio de la casa Dupré, calle de la Perolleria, número 35, y nos ha parecido una obra-maestra de aquella sencillez del arte, tan preciosa en lo que nos ha conservado de los vestidos de la época en que el artista ejecutaba su obra, en lugar de falsificar los de la época en que habia pasado el suceso que representaba.

Es una puerta dando sobre un corredor, y dirigiendo á una escalera. El asunto que representaba su entablamento en la primera division de la izquierda, es la historia de Elena formando con su hermano Castor y su madre Leda, un grupo cubierto con un velo cuyos paños vienen á levantar dos sátiros bailando. Nos vemos obligados á confesar que no es en esta primera division en donde debemos buscar las huellas de los vestidos ó trages del siglo XV: al contrario, el artista en todos los detalles ha seguido religiosamente las antiguas tradiciones.

La segunda division representa al hermoso pastor Paris vestido de jóven señor de la corte de Francisco I, con gorra y pluma, una capa de terciopelo y pantalones de seda: detrás de él está Júpiter, que le elije por árbitro en la cuestion de la hermosura suscitada entre las diosas. El señor de los dioses, cuyo cetro indica el poder, está revestido de una coraza florentina del mejor gusto, y que parece salir de los talleres de Benvenuto Cellini: delante del juez, Venus, Juno y Palas, que por todo vestido solo han conservado su gorro, se disputan el precio de la belleza que ha recibido Venus. En fin, á su izquierda un hermoso caballo de batalla, patea altivamente y se muestra impaciente por volver á llevar al lindo pastor á la corte del rey su padre.

La tercera division representa el robo de Elena. Tanta prisa han tenido los dos amantes para huir, que Paris solo ha tenido tiempo para ponerse su casco, y lleva el resto de sus vestidos en la punta de una lanza. Verdad es que apenas hubiese tenido tiempo de ponérselos porque el amor le ha prestado sus alas para huir mas pronto y con mas seguridad.

Todas estas figuritas son preciosas y perfectamente acabadas: me alegré tanto mas de haber descubierto aquella alhaja cuanto que encerrada en el patio de una casa particular, ignoran su existencia las tres cuartas partes de los habitantes de Valencia mismo.

Nuestra última visita fué al palacio del gobierno. Nos enseñaron el cuarto donde murió Pio VI; hoy es el taller de la zapateria de la guarnicion, y la sola huella de la mansion que allí hizo el soberano pontífice, son los

cuatro anillos puestos en el techo que sostenían la colgadura de su cama.

La lluvia que habíamos recibido la víspera y la que parecía reservarnos el tiempo para la mañana siguiente, nos había quitado enteramente la afición á las correrías pedestres.

En su consecuencia nos echamos á buscar un carruaje cualquiera, y con gran trabajo llegamos á reunir un cabriolé, un caballo, y un pilluelo, trinidad locomotiva que nos cedió el maestro de coches mediante la suma de diez francos al día.

Nos enjaulamos como pudimos en la máquina: y al día siguiente al amanecer salimos de Valencia: y siguiendo la antigua vía Aureliana que conducía de Arlés á Reims, nos pusimos en camino para Montelimar.

Llegamos allí bien cerrada la noche. Llamamos á la puerta cochera de la posada: un mozo de cuadra con el rostro todo lleno de sangre vino á abrirnos. Hacía una hora que había recibido una coz de su caballo que le había abierto la frente. Le preguntamos, cómo hallándose en aquel estado no se había metido en la cama y vendado la cabeza.

—Y mi trabajo, ¿quién le había de hacer? respondió.

—Pero al menos, le dije yo, sangraos, lavad la herida y poneos un pañuelo.

—¡Bah, bah! replicó indiferentemente, esto no es nada, si hiciese viento ya estaría seco....

Un parisiense á quien hubiese sucedido semejante percance hubiera tenido que estarse en cama todo un mes. Esto fué para mí una nueva prueba de que el dolor no es mas que una impresión relativa, un negocio de sensibilidad nerviosa, y que no son iguales las percepciones sobre dos organizaciones diferentes, aunque la herida sea la misma.

En esta pequeña población, la antigua Acunum de los romanos que tomó de su conquistador teuton, Adhemar, el nombre de Montelium, *Adhemharis*, de que los modernos habitantes han sacado el de Montelimar, fué donde comenzamos á echar de ver que avanzábamos hácia el Mediodía, y esto por los recuerdos de 1345, verdes todavía y regados de sangre.

Un hombre de treinta á treinta y cinco años con rostro meridional, contaba en su toscó idioma, tan ininteligible para nosotros, una escena de matanza. Los nombres de Simon el Granizo, del Puntigado de Roquefort y de Trestallon, no se le caían un momento de la boca.

Sus oyentes parecían escucharle con gran atención, y reían con sus detalles medio terribles, medio burlescos. A lo que pudimos comprender trataban de los terrores de un federado, llamado Caille de Caderusa, que se encontraba con el historiador en Aviñon durante uno de aquellos dias en que la ciudad desolada y muda estuvo entregada en poder de los asesinos.

Pasaba la escena en una taberna en donde el que contaba el suceso, Caille Simon, y un tercer personaje trincaban juntos.

En el momento en que este último acababa de echarse á pechos un vaso de vino, vió en la plaza á una muger anciana que al pasar el emperador para la isla de Elba le había dado un caldo. Dejó su vaso, cogió la carabina, apuntó á la muger, erró el tiro, y mató á un hombre que pasaba por otro lado de la calle.

—¡Carambal!... dijo dejando su carabina y bebiéndose otro vaso de vino.

Esta fué toda la oración fúnebre del difunto, que permaneció tendido en la plaza hasta la noche, sin que nadie se atreviese á recogerlo.

Los dientes del federado, decía el narrador chascaban como castañuelas: el hombre de la carabina lo mató.

—Vamos, abrázame, Federra, dijo y lo abrazó.

Caille sensible á aquel honor, quiso pagar, pero el otro se levantó y declaró que él quería hacer el gasto.

Caille no quiso insistir de miedo de incomodar á su interlocutor, le dijo al posadero que él se encargaba de pagar el vino.

De esto resultó que el que pagó definitivamente fué el posadero.

Estábamos en una sala grande, oscura, Jadin y yo sentados en un rincon de la chimenea y á algunos pasos de nosotros chocando á la mala luz de una vela de sebo, sus vasos unos contra otros: estaban aquellos cuatro hombres hablando de asesinatos, de muerte y de sangre, con la risa en los labios, y dejando ver al reir aquellos dientes blancos carniceros de los meridionales que parecen arrancados á las mandíbulas del tigre.

Poníamos el pie en aquella tierra cálida y sedienta que tan pronto bebe sangre, cuyo suelo y sus habitantes no eran todavía desconocidos, y aquella naturaleza semi-sarracena, que necesita mucho tiempo de estudio para comprenderse se revclaba á nosotros por primera vez. Extraordinario fué el efecto que nos causó. Seguramente nada teníamos que temer, y nada temíamos: empero por un movimiento maquinal, alargamos la mano, Jadin hácia su fusil, y yo hácia mi carabina; y cuando nos retiramos á nuestro cuarto, vecino á los de nuestros cuatro viajeros, reconocimos si nuestras armas estaban en buen estado y las colocamos á la cabecera de nuestra cama.

A la mañana siguiente Jadin y yo volvimos á ocuparnos de anécdotas napoleónicas.

Bonaparte en el momento de desgracia que tuvo despues del sitio de Tolon, pasando por Montelimar con su hermano José, se paró allí detenido por lo hermoso del terreno.

Su alma se hallaba entonces enteramente inclinada al reposo. A sus impetus de guerra habían sucedido proyectos de horticultura; e soldado quería hacerse labrador. Preguntó s

había en las inmediaciones alguna casa de campo, de venta.

Le dirigieron á Mr. Grasson, que le llevó á una hacienda llamada Beuserret, que en el idioma patua del país corresponde á *Beusefour* (mansión hermosa). Era una casa de campo-granja que producía cerca de dos mil francos de renta, y que la daban en cuarenta mil francos.

Como evidentemente era una buena compra, Bonaparte aprovechó vivamente la ocasión, y haciéndose llevar á casa del escribano encargado de la venta, le ofreció de pronto por ella treinta y cinco mil francos.

—No es razonable regatear así, dijo el escribano. La hacienda es dada; y sin una circunstancia que le hace bajar de precio, no la tendrías por menos de sesenta á setenta mil francos.

—¿Y qué circunstancia es esa? dijo Bonaparte. Preciso es que yo lo sepa antes de concluir el trato, no sea cosa que tengamos luego una causa redivitoria.

—¡Oh! no, no señor, dijo el escribano, no hay peligro de eso; y para vos que no sois del país debe seros muy indiferente.

—Pero... al fin, ¿podremos saberla?

—Sin duda. Ha sido el teatro de un asesinato.

—¿Quién ha cometido ese asesinato?

—Un tal Barthelemi.

—Y á quien asesiné?

—A su padre.

—¡Un parricidio! murmuró Bonaparte poniéndose pálido: ¡nunca, nunca! Vámonos, José, vámonos.

Y por mas instancias que hizo para detenerle el escribano, los dos jóvenes se volvieron á la fonda; y aquella misma noche se pusieron en camino para París.

¿Qué hubiera sucedido de la Francia y de la Europa si Bonaparte hubiese comprado la hacienda de Beuserret?

## ORANGE.

Al salir de Montelimar caminamos de nuevo sobre la historia antigua. San-Pablo-los-Tres castillos, la antigua capital de los tricastinos, se eleva á la izquierda del camino. Allí fué donde se detuvo para juntar sus ejércitos el galo Belovese el año 153 de Roma, y cuatrocientos despues Annibal lo atravesaba con su ejército. Augusto estableció allí una colonia bajo el nombre de Augusta Tricastinorum, que Plinio coloca en el número de las ciudades latinas.

Al salir de Montelimar se comienza á ver por el aspecto del suelo que se entra en el Mediodía. El tono de los terrenos es mas cálido, el aire mas puro, los contornos de los objetos mas perfeccionados; sin embargo, los olivares que llegaban en otro tiempo hasta la ciudad no comienzan hoy realmente sino en el puente de Santo Espiritu.

El primer árbol de este género, pobre, infeliz, raquítico, centinela avanzada ó mas bien perdida, ensaya á vegetar en los alrededores de la Palud; pero causa pena el verle tan desnudo y raquítico á causa de su eterna lucha con el Norte.

Llegamos de día todavía al famoso puente que pertenece mitad á la Provenza, mitad al Languedoc.

La Provenza llega hasta el ángulo. Un monje soñó en 1263 que veía lenguas de fuego colocarse sobre el Ródano de trecho en trecho.

Fué al día siguiente á contar su sueño al superior, Juan de Thiange, el que despues de haber reflexionado un instante, interpretó el sueño como una orden dada por Dios á la comunidad para edificar un puente sobre el Ródano.

No había mas que un obstáculo para la ejecución de esta orden celestial, y es que la comunidad no tenía un cuarto; mas felizmente el prior era hombre de recursos, envió á todo el convento á pedir limosna; y cada fraile hizo tan bien su expedición que dos años despues, en el reinado de Felipe el Hermoso, Juan de Thiange puso la primera piedra del puente en honor de la Santísima Trinidad.

El puente del Espiritu Santo, llamado así por las lenguas de fuego á que debe su erección como se ve, fué empezado á construir en 1263 y terminado en 1307. Cada uno de sus arcos fué bautizado y recibió un nombre. Esta nomenclatura, tenía un objeto; era para en caso de desgracia, y las desgracias eran frecuentes porque el Ródano es violento y rápido cuando se estrella contra el puente, indicar en seguida hácia qué punto era preciso llevar socorros y contra qué arcos se había estrellado la barca que se hallaba en peligro.

Comimos de prisa y corriendo á fin de visitar antes de la noche la ermita de San Pancracio situada en el alto de una montaña á tres cuartos de legua del puente del Espiritu Santo.

La única cosa curiosa que se enseña es un pozo cuya agua se encuentra al nivel del Ródano, de modo que una piedra tarda tres minutos y medio en bajar y un cubo una hora en subir.

Nos limitamos á la primera esperiencia.

A la mañana siguiente volvimos á atravesar el puente del Espiritu Santo y repasamos del Languedoc á Provenza, como la vispera habíamos pasado de la Provenza al Languedoc.

doc. El pais era cada vez mas variado y pintoresco: los viejos castillos de Mondragon y de Mornas adornan la cima de sus rocas con una corona de ruinas. Nos detuvimos en el último que recuerda un terrible suceso.

Hacia el año 1565, en las guerras de religion que desolaron el Mediodia, habiéndose introducido los católicos en la ciudad de Mornas, tomaron por sorpresa el castillo, degollaron la guarnicion, y como era algunos dias antes de la festividad del Corpus, algunos de los vencedores mas fervorosos que los otros, colgaron sus casas con la piel de los cadáveres protestantes. El baron de los Adrets supo lo que pasó, y menos para vengar la muerte de sus correligionarios que para reconquistar una fortaleza que era la llave del camino de Marsella, envió á Dupuy de Mombrun á recobrar á Mornas.

Conocido es aquel partidario gigantesco, que convertido por Teodoro de Beze de católico celoso que era, habiendo querido matar á su hermana que habia abjurado, se hizo tan ardiente hugonote que sucedió al baron de los Adrets en el mando del ejército protestante cuando este á su vez se hizo católico. Mombrun, despues de tres dias de un terrible sitio reconquistó el castillo, y la guarnicion católica se entregó á discrecion del vencedor.

Al dia siguiente llegó el baron de los Adrets.

Se sabe que tenia principios fijos sobre el modo de tratar á los vencidos. Si tomaba un castillo hacia saltar á los sitiados desde lo alto al foso de las murallas; si conseguia una victoria á campo raso hacia ahorcar á sus prisioneros en los árboles mas inmediatos al campo de batalla.

Aquí las condiciones eran magnificas: ademas de las murallas de treinta pies, habia todavía una roca y picos de doscientos pies: no se vió embarazado ni un instante en la eleccion de la ejecucion. Juntó la guarnicion sobre la plataforma y forzó á los desgraciados sitiados á precipitarse desde el primero hasta el último. Todos se hicieron pedazos sobre las rocas que forman la base de la montaña; solo uno tuvo la destreza de agarrarse á una higuera que brotaba en una grieta de las piedras. El baron de los Adrets le hizo echar una cuerda y le concedió la vida: despues, no pudiendo conservar el castillo y no queriendo dejarle en poder del enemigo hizo saltar mucha parte de él por medio de barrenos.

Entramos en Mornas buscando por qué camino podríamos llegar á aquel nido del águila que habíamos descubierto en lo alto de sus rocas.

Los habitantes nos indicaron la vereda que salia de la ciudad y nos pusimos á subir uno de los costados de la montaña sobre la que está situado el castillo. A la tercera parte de la subida, casi á algunos pasos de la iglesia, comenzamos á caminar sobre los restos que han

rodado á lo largo de la cuesta y que cubren cerca de una media legua de terreno.

En medio de aquel caos, los habitantes han desbrozado y puesto limpios algunos pequeños cuadros que han plantado de viñas y cuyas piedras las cubren formando naturalmente las tapias. En fin, despues de una media hora de horrosa fatiga causada por aquél suelo, en que ruedan las piedras á cada paso que se da, llegamos al primer patio aspillero todavía con troneras.

Nuestra entrada en aquellas ruinas, que rarísimamente son visitadas, causó una revolucion entre los alados habitantes que de ellas se habian apoderado.

Milanos, cuervos, bñhos, volaron de todas partes y en todas direcciones con agudos chillidos. Tiré á uno de ellos y le erré, pero al tiro un pobre murciélago que buenamente dormia bajo la bóveda, se despertó, y desvanecido por el dia vino lenta y silenciosamente á tropezar en un lienzo de pared, y cayó cerca de nosotros. Felizmente para él, Milord se hallaba ocupado en otro lado: esta distraccion le valió la vida.

Era imposible imaginar una vista mas histórica y estensa que la que se descubria al través de las aberturas de nuestras ruinas: al Oriente la cima de los Alpes Marítimos; al Norte Valencia que habíamos dejado hacia dos dias: al Mediodia Avignon donde contábamos llegar al día siguiente; al Occidente las llanuras del Languedoc hasta el monte Lozera. Compréndase una circunferencia encerrando el campo donde Belovese reunió sus tropas para invadir á Italia; el campo de batalla donde el cónsul Cepion, cargado con el oro de Tolosa, y su colega Cn. Manlio dejaron tendidos bajo el sable y el hacha de los ombiones y de los kimris, ochenta mil soldados romanos y cuarenta mil esclavos y criados: Roque-maure por donde Annibal atravesó el Ródano para ir á ganar las batallas de Trevia, de Trasimeno y de Cannas: en fin, Orange, donde Domicio Ahenobarbus entró triunfante montado sobre uno de aquellos elefantes á los que debia la victoria.

Despues de haber dejado vagar nuestros ojos sobre aquel horizonte de gigantescos recuerdos que era curioso poderlos detener sobre los restos de otra civilizacion y otra época, asistir á la lucha lenta y continua de los años con las ruinas desiertas, é invocadas á veces en medio de silencio de muerte que las rodea oír caer una piedra, eco sordo y solemne que proclama la victoria del tiempo?

En Mornas se comienza á conocer bien en el lenguaje de los habitantes el progreso que se nota hacia el Mediodia. Desde Viena un ligero acento colora ya la lengua; en Montelimar se altera: en Palud se cambia en un patua ininteligible.

Bajando de lo alto nos hallamos en la posada á un inglés que hablaba siete idiomas y

que se habia visto obligado para hacerse servir un par de huevos frescos á acurrucarse en un rincon y cacarcar como una gallina que pone huevos.

Como no contábamos nosotros bastante con nuestra mímica para hacernos servir una comida tal cual la reclamaba nuestro estómago, preferimos tener paciencia y dilatar nuestra comida hasta nuestra llegada á Orange.

Por mucha diligencia que hicimos no pudimos llegar allí sino de noche, y esto con gran disgusto nuestro, porque sabíamos que en Orange encontraríamos aun existentes las primeras grandes ruinas de la civilización romana en las Galias: un arco de triunfo perfectamente conservado, un teatro del que quedan bastantes fragmentos para poderlo restaurar en la imaginación, y, en fin, ruinas del circo y del anfiteatro que comprueban que Orange era una colonia de primer orden. Este amor por la arqueología nos arrastró á una grande imprudencia, y fué la de alojarnos en el hotel mas inmediato al arco de triunfo, á fin de tenerlo mas á mano á la mañana siguiente al despertarnos.

No teníamos cartas de recomendación para nadie en aquella ciudad, y no conocíamos á persona alguna: de modo que preguntamos buenamente á nuestro huésped si no habia en aquella ciudad algun anticuario hospitalario que fuese bastante amable para acompañarnos á ver las curiosidades de la ciudad. Nos indicó á Mr. Nogent. Como era todavía hora de hacer visitas aun en provincia, nos arreglamos un poco, y guiados por el mozo de cuadra, que se encargó de ser nuestro introductor, nos aventuramos á dar un paso cerca de nuestro arqueólogo.

Bien nos salió esta confianza fraternal. Mr. Nogent nos recibió con mas política que hubiéramos podido esperar nunca, y desde aquella misma noche nos franqueó un gabinete lleno de medallas, de fragmentos antiguos y urnas funerales hallados en los sepulcros romanos, y conteniendo todavía las cenizas que estaban destinadas á recoger y conservar. Permanecimos allí hasta las diez de la noche y al separarnos de él ya llevaba yo trabajo para una parte de la noche.

Hemos visto como los romanos fueron llamados á las Galias: todo el mundo sabe como César concluyó su conquista y comenzó su colonización. Tiberio Neron, padre del emperador Tiberio, fué encargado por él de conducir y de instalar legiones en las ciudades principales. Así pobló militarmente á Arlés, á Narbona y probablemente á Orange, á pesar de una medalla citada por Gotzius y atacada por el P. Bardin que indica que Neron condujo á Orange la treinta y tres cohorte de la segunda legión. Luego si este Neron hubiera sido Neron *imperator*, no solamente su nombre, sino tambien su efigie se hubiera encontrado en la

medalla: al contrario, hallándose solo el nombre, indica, sin duda, pura y simplemente el Neron *questor*. Hacia, pues, cuarenta y cinco años antes de Jesucristo que la antigua ciudad gala latinizándose cambió su nombre céltico de Arainon por el nombre romano de Arausio.

No tardaron en reconocer los nuevos colonos que la posición de la ciudad colocada á la estremidad de la frontera de los voconcios, cuya fidelidad si se ha de creer á Ciceron en su alegato en favor de Ponteyo, estaba poco firme, sobre una montaña dominando el Ródano hacia de ella un punto de defensa militar, y de colonización civil estremamente precioso. Entonces fué cuando para hacerse perdonar su dominación, los vencedores edificaron en Orange segun la política adoptada para la conquista, aquellos circos, aquellos teatros, aquellas arenas, aquellos acueductos que forzaban á los nuevos ciudadanos de Roma á la admiración y al reconocimiento por su madre adoptiva.

En cuanto al arco de triunfo, segun todas las probabilidades, César lo encontró ya construido hacia mas de un siglo, suponiendo que se adopte aquel de los tres sistemas que parece hoy mas acreditado y que hace remontar la erección de aquel monumento á Domicio Ahenobarbus, como otros dos lo atribuyen el uno á Mario y el otro á César. Una obra arqueológica tenemos á la vista y que es de Mr. Gasparin, ex-ministro de lo Interior, que nos permite examinar aqui estos tres sistemas y reproducirlos con las razones que militan en pro y en contra de cada uno de ellos.

Los apoyos de la opinion que quieren que el arco de triunfo remonte á Domicio son Pontano, *Itinerario á la Galia Narbonense*: Mandajors en su historia critica: Spon en su viage á Dalmacia: Guibes en el Diario de Trevox del mes de diciembre de 1729: en fin, Mr. Lapaillone en una memoria que presentó al conde de Provenza en su viage al Mediodia.

Sin embargo, á pesar de las pruebas aumentadas por estos cinco arqueólogos, los partidarios de Mario y de Augusto continuaban en hacer oposicion y dejar en duda á la ciencia, cuando Mr. Fortin de Urban visitando los arcos de triunfo de Cavaillon y de Carpentras reconoció que todos tres eran de un trabajo contemporáneo, y todos tres se hallaban colocados sobre la via antigua que conduce de Viena á Marsella, y auguró que todos tres debieron ser levantados por el mismo triunfo. Al decir de Suetonio, Domicio Ahenobarbus, celoso de la victoria que su colega Fabio Maximo habia, como hemos dicho, conseguido entre la montaña y la ermita á las márgenes del Isere, quiso, no pudiendo triunfar en Roma, en atención á que su victoria no habia terminado la guerra, triunfar al menos en las Galias.

En su consecuencia se fué desde Viena á Marsella montado sobre un elefante, seguido de su ejército y arrastrando tras sí todos los trofeos de su victoria. Por su parte los massaliotas, aliados del pueblo romano, causa primera de las guerras de Roma de quien todavía no sospechaban la intencion invasora, y que habian abrazado por su interés, hicieron lo que pudieron por ellos mismos y por sus aliados para dar á aquel triunfo del proconsul la mas grande pompa posible. Lo consiguieron hasta tal punto, que los pueblos, sorprendidos de las maravillas de aquella marcha triunfal, dieron al camino que habia seguido el nombre de via Domiciana. Una de las maravillas de aquella marcha eran los tres arcos de triunfo de Orange, de Carpentras y de Ca-vailon.

La sola objecion que los enemigos de este sistema pueden oponer, es que la batalla ganada por los cónsules en la ermita, lo fué por el socorro de los elefantes, y de que no se ve á ninguno de estos animales reproducidos en el arco de triunfo. Pero á esto se responde que el primer combate ganado por Domicio solo lo fué sin el socorro de aquellos animales, y que solo al año siguiente fué cuando los trajo Fabio á las Galias con las dos legiones de refuerzo que le acompañaban: en fin, en aquella segunda batalla era sobre todo Fabio el que habia obrado, y por consecuencia Domicio, que tenia victoria propia, ya habia dejado á su cólega dueño de la suya que lo atribuía ademas, en su envidia y odio por él, solo al auxilio de los elefantes y no á su valor ó á su genio. Como se ve, la respuesta es convincente y triunfante.

En cuanto á los partidarios de Mario, la única razon que alegan en favor de su sistema, que ademas es el mas popular, es la palabra *Mario* escrita sobre uno de los escudos del trofeo de armas en la parte meridional; pero este nombre se encuentra allí enmedio de otros siete ú ocho y su única ventaja sobre los demas es la de estar mas legible y mejor conservado.

Si el arco de triunfo hubiese sido levantado á Mario, su nombre hubiera sido probablemente el único que lo hubiese adornado; ademas, este nombre hubiera sido inscrito en uno de los lugares mas aparentes y no en un rincon; en fin, se hallaria entre las banderas, coronadas todas de un cuadrúpedo, el águila que Mario introdujo como única insignia de las legiones en el año segundo de su consulado, segun afirma Plinio. Mario derrotó á los cimbro-teutones siendo cónsul por la cuarta vez.

Es mas sencillo pensar que Mario, que segun Valerio Máximo, fué hecho tribuno del pueblo ciento veinte años antes de Jesucristo, combatia un año antes á las órdenes de Domicio como tribuno de los soldados, y que los servicios que prestó en esta campaña le valie-

ron aquel titulo al año siguiente. Por esto, su nombre, como el de los demas tribunos, se encuentra naturalmente inscrito sobre un escudo y no hay necesidad de buscar á esta inscripcion una explicacion mas seria. Ademas, ¿por qué singular concurso de circunstancias ignoradas hubieran construido á Mario un arco de triunfo á veinte leguas del campo de batalla en donde habia conseguido la victoria? Esto no era probable sobre todo, si quiere recordarse que fué sobre el campo de batalla mismo donde los soldados de Mario levantaron una pirámide que existia todavía en el siglo XV y sobre la que el vencedor se hallaba representado de pie sobre un escudo en la actitud de un general, *imperator*.

En cuanto al tercer sistema emitido y sostenido por Herbert, abad de San Rufe, en su obra titulada *Flores de los salmos*, atribuye el arco á César vencedor de los massaliotas; empero basta echar una ojeada sobre la faz occidental para asegurarse que los cautivos llevan el vestido de los bárbaros.

Los massaliotas, esos hijos de Oriente, estaban en la época en que César los venció, mucho mas adelantados en la civilizacion que los mismos romanos.

Estas diferentes opiniones que son de poca importancia cuando se las examina en París, tienen grandísimo valor cuando uno se halla cara á cara con el objeto que las hace nacer: así al dia siguiente apenas salió el dia cuando despertando á todo el mundo en el hotel hicimos abrir las puertas. Jadin y yo corrimos al arco de triunfo. Por madrugadores que habiamos sido, hallamos á otro mas aficionado que nosotros; era un anciano de sesenta á setenta años que examinaba una despues de otra las faces del arco con tal atencion que era evidente que ponía grande interés en la solucion del problema de piedra que tenia ante los ojos. Ademas, nos habia reconocido por artistas como nosotros le habiamos reconocido á él por arqueólogo: de modo que á la segunda ó tercera vez que nos cruzamos, nos hallamos cara á cara con el sembrero en la mano. En cuanto á Jadin se habia colocado en el mejor punto de vista y copiaba su monumento sin cuidarse de la época á que pertenecia.

—¿Qué pensais de este arco de triunfo? me dijo el anciano.

—Pero, respondí, yo pienso que es un monumento muy hermoso.

—Sin duda, y no es eso lo que os pregunto. Os pregunto, ¿á qué época creeis que sube este monumento?

—Eso es otra cosa, soy poco conocedor en esta materia para poderlo decidir. Me llevo por primera vez á la antigüedad, y á primera vista me parece que tengo delante una obra maestra.

—Si, indudablemente no los vereis ni mas hermosos ni mejor conservados en Italia: pero

en Italia al menos se sabe su fecha: las inscripciones las han conservado, las tradiciones las han transmitido; pero aquí no hay nada, la inscripción de bronce ha sido arrancada en el tiempo en que Raimundo de Vaux había hecho de ella una fortaleza.

La tradición popular que lo atribuye á Mario se perdió, de modo que es preciso quedarse con la ignorancia ó en la irresolución.

—Triste alternativa para un sabio, ¿no es verdad? Porque yo no dudo que vos os habeis dedicado á las ciencias arqueológicas.

—Sí señor: hace cuarenta años que vivo en medio de las piedras, tratando de dar á cada una una fecha, y reconstruyendo como Cuvier todo el cuerpo por un fragmento. Pues bien, solo de este maldito arco no puedo decir nada de positivo; y sin embargo, ya lo veis, está intacto casi. Pero yo conseguiré mi objeto. He alquilado la casita que veis aquí enfrente, y hace ya dos años que vivo allí; vivirá diez años si es preciso, empero reuniré tantas pruebas, que le obligaré á que me diga su secreto.

—Pero, caballero, á falta de convicción tendreis alguna probabilidad.

—Sí, yo creo que pertenece al tiempo de Octavio, y que ha sido levantado por la cohorte que estaba de guarnición en Orange.

—Ese es un cuarto sistema.

—¿Por qué no?

—¿Cómo! sois perfectamente libre. También hay noventa y un puntos por los que se cree que pasó el Ródano Anibal.... En fin, ¿en qué apoyáis vuestra opinión?

—Mirad, me dijo mi arqueólogo llevándome hacia el lado oriental, mirad, por de pronto un Febo coronado de rayos; todo el mundo sabe que Octavio tenía particular afición á que le alabasen de este modo, comparándole con el astro del día.

—A eso podría yo responderos, que es mas sencillo pensar que simplemente se ha esculpido la cara del sol sobre el lado ante el cual se levanta, á fin de que las primeras miradas del dios encontrasen su imagen. Pero no importa, pasemos á otra cosa.

—¿Pues bien! Pasemos al lado septentrional, y vereis entre los trofeos atributos de Mario que atestiguan que los fundadores del arco han querido tributar su homenaje á la victoria de Actium.

—Sí, sin duda aquí están. Pero, ¿cómo se explica la falta de las águilas que entonces debían, no solamente hallarse entre las insignias del ejército de Octavio, sino tambien del de Antonio?

—Precisamente, precisamente, exclamó mi arqueólogo; como hubiera sido preciso poner las águilas romanas al mismo tiempo que las águilas victoriosas; el escultor ha salido del apuro no colocando ni las unas ni las otras.

—Muy bien, eso es ingenioso, pero no importa, lo acepto.

—Pues bien, ahora mirad el stylobato siempre de este lado: representa una batalla. Despues pasemos al otro lado; el stylobato de la cara meridional representa otra.

—Sin contradicción ninguna.

—Pues bien, esas son las dos grandes victorias que consiguió Octavio en Dalmacia y en Iliria.

—Un momento, un momento. Si mal no recuerdo, Floro dice en alguna parte, que el emperador combatió á pie á la cabeza de las legiones, y que fué herido en aquel combate. El hecho era demasiado honroso para Octavio de cuyo valor se dudaba, para que la lisonja lo olvidase en un monumento destinado á perpetuar el recuerdo de su reinado, y ya veis en los dos lados sobre los dos stylobatos, su caballería en los dos ejércitos.

—Sí, sí, me dijo el arqueólogo desconcertado, ya lo sé; pero yo creía que vos no lo sabiais. Esta es la única cosa que contraria mi sistema, y que le impide triunfar de los demás.

—¿Habeis visto á Merimé aquí, al inspector de los monumentos de Francia?

—Sí, ha venido.

—Pues bien, ¿y qué piensa? Es un hombre excelente muy propio para ser consultado en semejante materia. Tiene talento, imaginación y ciencia: es una triple llave con la que se abren todas las puertas.

—El lo cree del segundo siglo, y levantado á la memoria de las conquistas de Marco Aurelio sobre los germanos.

—Pues entonces es un quinto sistema.

—Sí, pero este es insostenible.

—¿Por qué? Las batallas se aplican mejor á Marco Aurelio que á Octavio, porque ningun historiador dice que Marco Aurelio combatió á pie. Estos trofeos marítimos serian trofeos fluviales que recordaban los combates sobre la Dalmacia: en fin, los prisioneros encadenados serian griegos, en lugar de ser galos y nada mas.

—Con que, ¿os unís á este sistema?

—Dios me libre, yo adopto y describo todos los sistemas, yo reproduciré fielmente, y dejaré á otras personas mas hábiles que yo la responsabilidad de decidir entre ellos.

Al acabar estas palabras saludé á mi arqueólogo, y como Jadin habia terminado el dibujo, nos dirigimos hacia el teatro.

Cualquiera que sea la época de aquel monumento, no es menos admirable su conservación; debe esta conservación á una circunstancia singular de que ya hemos hablado algo en nuestra descripción arqueológica del siglo XIII. Un príncipe de Orange llamado Raimundo de Vaux, cuyo castillo edificado sobre la montaña dominaba la ciudad, hizo del arco de triunfo una fortaleza avanzada. La rodeó de murallas y practicó su alojamiento en el mismo interior del edificio. Esta estraña instalación no se hizo, preciso es confesarlo, con

la atención de un anticuario. Este noble señor hizo raspar todas las esculturas de la parte oriental que estaba convertida en salón, y en el interior y alrededor del edificio, se ven todavía las señales de los pisos y de las escaleras que había sido preciso establecer. Además Lapisse en su Historia del principado de Orange, ha hecho grabar el arco de granito coronado de una enorme torre de piedra y rodeada de murallas arruinadas de la fortaleza feudal, que aunque mil doscientos años más joven, había venido á tierra hecha pedazos de cansancio y de vejez, alrededor del monumento antiguo siempre fuerte y en pie.

Al volver á la ciudad nos encontramos con Mr. Nogent que habiendo sabido en nuestro hotel que nos habíamos levantado con el sol, se había puesto á buscarnos. Venía con esa cortesía de que los parisienses estamos muy distantes por nuestra vida poco íntima y agitada, á ponerse todo el día á nuestra disposición. Adivinase que tuvimos la indiscreción de aceptar su oferta. Sin embargo, antes de dar un paso hácia la ciudad, le pregunté quien era el anticuario con el que acababa de tener una conversación: me respondió que era Mr. Artaud. Al nombre de aquel sabio arqueólogo, tuve remordimiento de haber sido con él tan ligero de palabras. Volví inmediatamente, le presenté cortesmente mis excusas, y le dije decididamente que estaba por el sistema de Augusto.

Mr. Nogent nos llevó desde luego al teatro, y al salir de una callejuela estrecha, nos encontramos de pronto en presencia de aquel monumento. Difícil es el no detenerse delante de semejante espectáculo. La fachada permanecía aun en pie y perfectamente conservada á ciento siete pies de altura, sobre trescientos diez y seis de longitud. La ornamentación es sencilla: se limita á un piso bajo, á una gran puerta cuadrada sostenida por columnas del orden corintio con nueve arcos abovedados, y cada parte separada entre sí por pilastras dóricas.

La segunda línea se compone de once arcos sobrepuestos, en medio de los cuales hay una abertura circular, destinada á dar luz á un corredor interior.

Entre la primera y la segunda línea se estiende una ranura destinada á sostener un techo semejante al de alguno de nuestros teatros, el de la Opera por ejemplo, para la comodidad de los espectadores que quieren en el mal tiempo bajar de los carruages sin mojarse por la lluvia. Muchísimo se ha discutido arqueológicamente sobre este pórtico sostenido de cada lado por unas paredes vueltas: en él se ha visto el sitio de un foro, y se ha tratado de buscar en Estrabon la prueba de que el teatro de Nise tenía dos caras, la una servía para las representaciones, y la otra para la reunión del senado. No desmentimos esta asercion; pero sin embargo, ponemos la

nuestra en oposicion: al menos tendrá el mérito de la sencillez.

Entramos en lo interior del teatro.

¿Qué pueblo era pues ese pueblo romano que domaba á la naturaleza como á una nación, no solo por sus beneficios, sino tambien por sus placeres? Habia un monte en donde le ocurrió la idea de que debía haber un teatro: edificó su fachada al pie de la montaña. Después apretando su poderoso pecho, talló en los anchos costados gradas para diez mil espectadores.

Después he visto los teatros de Italia y de la gran Grecia, los de Verona, Tabormina, Siracusa y Segesto, ninguno está conservado como el teatro de Orange, á escepcion, sin embargo, del de Pompeya, preservado por su propio desastre, y del que parece que acaban de salir los espectadores.

Mr. de Nogent fué nuestro cicerone en aquella escena desierta de aquel parterre vacío: después, cuando lo hubimos visitado hasta en sus menores detalles, subimos las gradas cuyo último escalon nos llevó á la cima de la montaña desde donde se distinguen todavía los cimientos del castillo de aquellos principes que han dado reyes á la Inglaterra y á la Holanda.

Desde allí se distingue toda la ciudad en medio de la cual se ve levantarse como los huesos de un inmenso esqueleto mal enterrado, no solo los restos antiguos que hemos señalado, sino tambien las ruinas de un arco y de un anfiteatro.

En cuanto á las épocas feudales, la sola huella que han dejado es, una garita de piedra edificada sobre el punto más elevado de la fachada del teatro: la tradicion popular la hace subir á la conquista sarracena. En cuanto á los modernos, han dejado tambien su monumento que es, una capilla espiatoria edificada en el sitio mismo en donde el año 93 se habia elevado un cadalso.

Era una vasta mirada á lo pasado que empezaba en Tiberio Neron, pasaba por Abderamachn, Carlos Martell, y concluye en Robespierre.

A la mañana siguiente después de desayunarnos, nos despedimos de Mr. Nogent. que nos acompañó hasta las puertas de la ciudad, y dejamos á Orange, habiéndonos sumergido en el antiguo mundo romano, de que cada uno de nosotros iba en lo sucesivo á levantar el polvo: después, llegados á una media legua de la ciudad, nos bajamos de nuestro cabriolé. Le dijimos que fuese á aguardarnos á la primera posta, y tomando hácia la izquierda atravesando hasta los sembrados, nos dirigimos al lado del Ródano, sobre cuyas orillas se trataba nada menos que de encontrar el famoso paso de Annibal.

## ROQUEMAURE.

Todavía habíamos de dar un paso más en la antigüedad: verdad es que no eran ruinas visibles las que íbamos á buscar, era un simple recuerdo social de que no quedaba nada más que los mismos lugares que lo habían conservado: empero aquel recuerdo es de tal importancia en la historia del mundo, que se conserva sin una pirámide, que va creciendo de siglo en siglo en la memoria de los pueblos. Cartago y Roma, representaban no solamente dos ciudades, si no dos pueblos: no solamente dos pueblos, sino dos civilizaciones: y combatían sin pensarlo tal vez, no solo por el imperio de lo presente, si no también por el del porvenir: tratábase de decidir en fin si el mundo sería romano ó cartaginense, europeo ó africano: Cartago con marineros y comerciantes: Roma con sus labradores y sus soldados estendiéndose del Oriente á Occidente á las dos orillas del Mediterráneo; el uno desde los altares de los Filenios que estaban á lo largo de la gran Sirte hasta el Ebro, donde se hallaba Sagunto: la otra desde la Iliria donde Emiliano acababa de tomar á Dimala, hasta la Galia Cisalpina donde Lucio Manlio acababa de establecer las colonias de Plasencia y Cremona: las dos, decimos, después de haber combatido cuerpo á cuerpo en Sicilia y Cerdeña y haber luchado hasta que Cartago doblegando sus rodillas hubo firmado el tratado de Lutatio y de Asdrubal conociendo que á la una le faltaría el aire y el sol en tanto que la otra existiese, y que esta guerra, donde cada pueblo combatía no solo por sus altares y sus hogares, sino también por su vida, no podrá terminarse si no por la destrucción de Roma por Cartago, ó de Cartago por Roma.

Cuando se verifican semejantes acontecimientos, los pueblos contemporáneos no ven ni de donde vienen ni á donde van: reducen á los pequeños intereses humanos las causas que los han producido, y en los visibles medios que los han resuelto; pero rara vez alcanzan los ojos de la tierra para buscar la mano que tiene las riendas del mundo, ó el pie cuya espuela lanza al universo en el espacio: y todo les es invisible en lo presente, porque nada del período al que pertenece se ha completado aun.

La posteridad al contrario, ciega á su vez por su propia época, sube sobre las cumbres de la historia, y de allí descubre claramente lo pasado: ve cuales son las ciudades que Dios hizo florecer en su amor, ó destruyó en su cólera: oye los ecos de la lira que edificó á Tebas, y el sonido de la trompeta que hizo caer los muros de Jerico; ve subir al cielo el

ángel que vino á predecir á Abraham que su posteridad sería tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo: ve bajar sobre Sodoma y Gomorra la nube que lleva consigo la exterminación de dos pueblos. Entonces todo le es inteligible y comprensible. Como comprende que Dios no puede servirse sino de medios humanos en lo directo ó providencial que imprime á la tierra, reconoce ministros del cielo en aquellos á quienes los contemporáneos habían tomado por hijos de la tierra, y que ignorando ellos mismos su misión divina, creían caminar á la luz del sol en su fuerza y claridad, cuando al contrario atravesaban la vida como Moisés el desierto, tiránicamente guiados por la columna de fuego.

Hubo uno, sin embargo, uno de los elegidos que adivinó lo que había venido á hacer sobre la tierra: empero este era el Hijo de Dios.

Así aquellos hombres no dejaron nada tras de ellos, si no su memoria: sus herederos incrédulos creyeron continuar la obra emprendida: la obra les fué rebelde porque se hallaba terminada. Se asombran entonces de que una gran luz se haya apagado de repente, y se teme á cada instante que va á volver á aparecer: se equivocan: el astro era un meteoro y no un sol. Mirad á Sesostris, mirad á Alejandro, mirad á César, mirad á Carlo-Magno, mirad á Napoleon.

Seguramente Annibal fué una de esas ideas encarnadas en hombre, fué el mal genio de Cartago, el ángel mortuorio del Africa. Recibió su fatal misión el día en que Amilcar haciendo un sacrificio á Júpiter por su entrada en España, cogió la mano de su hijo, le llevó al altar, y le hizo jurar sobre las víctimas que sería eternamente el enemigo de los romanos. Desde aquel día el niño se hizo hombre con el odio: ese odio aumentó con la muerte de Amilcar y Asdrubal: y cuando quince años después sucedió á su padre y á su cuñado en el mando de las tropas de España, el primer acto del jóven general fué incendiar á Sagunto para buscar un pretexto de reñir con Roma.

Roma envió embajadores á Cartago. Venían á pedir que entregasen á Annibal: rehusó el senado. Entonces el más anciano adelantándose, cogió su manto y presentándole á los senadores les dijo: Llevo en los pliegues de él la paz ó la guerra: ¿cuál de las dos cosas queréis que haga salir de él?

—Lo que os agrade, respondió desdenosamente el rey. El embajador soltó su manto y sacudió la guerra.

Entonces todo se preparó para una lucha mortal. Los romanos reunieron dos ejércitos, el uno que enviaron á España á las órdenes de Publio Cornelio, y el otro á Africa bajo la dirección de Tiberio Sempronio. Annibal dividió su ejército: dejó á Asdrubal su hermano

cincuenta buques de cinco órdenes, dos de cuatro y cinco de á tres, dos mil quinientos cincuenta hombres de caballería compuestos de libi-fenicios, africanos-númidas, masilienses-lorgitas, y mauritanos, y una infantería de once mil ochocientos cincuenta africanos, quinientos baleares, trescientos ligurianos, y se puso en camino á la cabeza de ochenta y dos mil hombres de á pie y doce mil caballos. Pasó el Ebro, venció los ilergetas, los bargusienses, los eresienenses y los audosienenses, dejó una guarnición sobre su territorio, pasó los Pirineos, bajó á las llanuras, y llegó á las orillas del Ródano.

El Ródano era entonces lo que es todavía hoy; ancho, fantástico, y torrencioso. Si se ha de creer á Petrarca, su nombre moderno le viene de la antigua palabra *Rhodam*, que expresa la impetuosidad de su curso. Tibulo le llama *celer*, Ausonio, *preceps*, y Floro *impiger*: en fin, San Gerónimo llamó á San Hilario por las palabras impetuosas, á que nada podía resistir, el Ródano de la elocuencia latina. En efecto, aquel río, y los Alpes, eran para Annibal los dos grandes obstáculos de su carrera, y no consideraba los ejércitos romanos sino como el tercero y el menos peligroso.

Así había costado el río algún tiempo antes de encontrar un punto favorable. Y si se ha de creer al arcadio Polibio ese gran maestro en el arte de la guerra que lo había aprendido de Philopemeno para enseñarlo á los Scipiones, y que nacido catorce años apenas despues de aquel suceso, *habló con seguridad*, como dice él mismo, *de todas aquellas cosas, porque las ha oído contar á testigos oculares, y que ha estado en persona en los Alpes para tomar un exacto conocimiento*, si se ha de creer, digo, á Polibio, fué cerca de cuatro jornadas de la embocadura del Ródano, donde se detuvo el general cartaginés un poco mas arriba de Roquemaure. Si se adopta la opinion de Mandajors, de Damville y de Fortia, se emprendió enfrente de la pequeña poblacion de Aria, convertida en la edad media en el castillo fuerte de Lers y en nuestros dias en una simple granja del mismo nombre, átravesar el Ródano que no tenia allí mas que la simple anchura de su cauce. Fué por consecuencia su primer cuidado conciliarse la amistad de los pueblos que habitaban sus márgenes; compró á aquellos salvages marineros, entre cuyas manos se hallaba el comercio interior, cuantas barcas y canoas quisieron venderle; y pagándoles bosques enteros por los que nada habian pedido como siendo bienes del cielo que Dios habia hecho crecer para ellos, hizo construir en dos dias una cantidad extraordinaria de barcas grandes y pequeñas, tratando de inventar cada soldado para sí mismo un medio de pasar el río.

Durante este tiempo y estos preparativos, pueblos enemigos, aliados de los marseleses que eran amigos de los romanos, se reunian en

la opuesta orilla y se aprestaban á disputar el paso. Creyó entonces Annibal entrever señales de inteligencia cambiadas de una orilla á otra y comprendió que no podía seguir así, sin verse reunir delante y detras de él una multitud que concluiría por envolverle como en una red de hierro.

Así, al comenzar la tercera noche llamó á su lado á Hannon, hijo de Bomilcar y dándole por guia algunos galos de quien se hallaba seguro, le mandó que subiese con su caballería numida la orilla del río hasta donde encontrase un vado: lo que era mas fácil á aquel gefe que á él, á causa de su pesada caballería y de sus elefantes. Hannon no tuvo que buscar largo tiempo; llegado á un punto donde una isla cortando el Ródano en dos brazos disminuía la anchura, se arrojó el primero en el río, y aquellos hijos del desierto, habituados á pasar los peligrosos torrentes del Atlas y los mares de arena de la Mauritania, se lanzaron detras de él con sus caballos sin freno. Alcanzaron la isla, descansaron al atravesarla, despues volviendo á echarse á nado llegaron á la otra orilla y se apoderaron sin obstáculo de un puesto ventajoso, permaneciendo ocultos todo el dia segun la órden que los habia dado Annibal.

A la mañana siguiente, al amanecer, Annibal dispuso todo á su vez para efectuar el paso. Los soldados, pesadamente armados subieron en grandes barcas, y la caballería ligera en las balsas: las mas grandes tomaron la parte de arriba y las mas pequeñas la de abajo, á fin de que aquellas rompiendo con su mole la violencia del agua, tuvieran estas menos que sufrir: despues, por miedo de que los numidas no faltasen á la hora del desembarco, y para tener caballería al poner el pie en la otra orilla, mandó Annibal que detras de cada barca un criado llevase por la brida tres ó cuatro caballos á nado, mientras que animándolos con su voz los amos armados pasasen sobre el mismo barco dispuestos á montar en las sillas tan pronto como hubieran puesto el pie en tierra.

Las primeras embarcaciones habian llegado ya á un tercio del río casi, cuando los galos salieron de su atrincheramiento y se precipitaron sin órden para oponerse al desembarco. Asombrados los cartagineses desistieron: pero Annibal dió órden de continuar el paso, recomendando á los que iban en las barcas grandes se tendieran contra el agua. En el mismo instante una columna de humo apareció en el Oriente. Annibal gozoso dió varias palmadas. En efecto, cinco minutos despues, y cuando los dos ejércitos se hallaban al alcance de tiro, Hannon se presentó con su caballería. Rápido y devorante como el *simoun* cayó sobre los galos antes de que hubiesen tenido tiempo ni aun de verle, y pasando por medio de ellos como un torbellino, fué á incendiar su campo. El ines-

perado aspecto de aquellos centauros de color bronceado, los gritos de los soldados que comenzaban á poner pie en tierra, los aullidos de los que atravesaban todavía el río, los aplausos de la retaguardia que no habia aun abandonado la otra orilla, todo, hasta el desorden que se ocasionó en los barcos por haber perdido algunos la línea bajando rápidamente por el río, llevaron el espanto á los galos: no sabian si debian ir á socorrer su campo, ó continuar impidiendo el paso del río. Durante este momento de vacilacion algunas barcas llegaron, la caballeria formó sus filas, los ginetes se lanzaron sobre sus caballos, los numidas se disolvieron y volvieron á unir. Cogidos á su vez entre dos ejércitos, los bárbaros arrojaron sus armas y echaron á huir, y para cortarles los flancos y volver á la carga, Annibal lanzó sobre ellos á Hannon y sus inteligentes caballos que sin freno y dirigidos por las ródillas de los dueños, peleaban como los hombres mordiéndolo y destruyéndolo enanto encontraban: despues con la vanguardia, que se hallaba fuera de peligro, protegió el paso del resto del ejército que se formó sobre la orilla á su vez, de modo que no quedaron mas de la retaguardia que los elefantes.

El paso de estos habia sido reservado para el último como el mas difícil. Mientras habian marchado sobre tierra firme aquellos terribles auxiliares del ejército cartaginés, habian obedecido pasivamente á sus conductores: pero á la sola vista del río y como por instinto, habian comenzado á inquietarse levantando sus trompas al aire y dando señales de terror terrible como su cólera. Entonces inventó Annibal un nuevo medio: sujetó á la orilla del Ródano con cuerdas y cadenas dos balsas de cien pies de largo cada una, y á estas, otras dos mas grandes todavía que ató á las últimas, de manera que en un momento dado rompiesen las ataduras que las sujetaban: despues de esto todavía ató cadenas correspondientes á barcos colocados á cincuenta pasos de la otra orilla. En fin, cubrió todo aquel puente flotante de tierra semejante á la de las orillas, á fin de que los elefantes no se apercibiesen de que dejaban el suelo sobre el que su instinto les decia que podian caminar sin peligro. Tomadas estas disposiciones se puso á la cabeza á dos elefantas que los machos siguieron sin vacilar hasta las últimas balsas. Llegados allí, y á una señal dada, unos hombres cortaron los cables que sujetaban las embarcaciones movibles á las balsas fijas, y las chalupas inmediatamente, á fuerza de remos, remolcaron y llevaron los elefantes hácia la otra orilla.

Hubo entonces un movimiento de terrible angustia: y fué en el que el primer vaiven ó movimiento impreso por las chalupas, separó aquella viviente masa del camino cubierto de tierra que les habia engañado. Sintiendo los elefantes moverse bajo sus pies el suelo, asus-

tados é inquietos se agitaron dando rugidos; despues, dirigiéndose todos hácia un mismo lado casi hicieron zozobrar la balsa de modo que cinco ó seis cayeron al río. Creyóse entonces todo perdido, y el ejército entero lanzó un gran grito de ansia: pero en el mismo instante el barco aligerado de peso se volvió á enderezar, y los elefantes sumergidos reaparecieron levantando sus trompas por encima del agua y nadando poderosamente hácia la orilla. Diez minutos despues, balsas y elefantes llegaban á la otra orilla en medio de los aplausos de todo el ejército entusiasmado.

Dejemos ahora á Annibal avanzar hácia el Oriente, cual si hubiera querido entrar en el centro de las tierras europeas, y atravesar los Alpes inmediatos á Briançon con la misma felicidad ó mas bien con el mismo genio con que habia atravesado el Ródano en Roquemauré: le encontraremos mas tarde en Trasimeno y en Capua.

Grande y terrible cosa es la historia porque es siempre mas magnífica que la imaginacion: sus recuerdos fijarán eternamente sobre las antiguas tierras la poesia. Nada atrae hácia los pueblos y los contornos que no tienen historia de lo pasado: eso es lo que hace que Italia, Grecia, Asia y Egipto, esas viejas ruinas degradadas y desgastadas como están, venzan siempre al Nuevo Mundo, á pesar de hallarse coronado con sus bosques vírgenes, sus inmensos rios y sus montañas llenas de oro y de diamantes.

Despues de haber visitado sobre las márgenes del Ródano el famoso paso de Annibal, volvimos á tomar el camino de Avignon con Polibio en la mano y mirando cien veces atrás; porque no podiamos avanzar en aquella orilla en donde de un instante á otro nos parecia que ibamos á ver levantarse á Hannon y sus numidas, á Annibal y sus elefantes. Sin embargo, apresuró nuestra vuelta las primeras bocanadas de ese viento tan temido en el Mediodia que Estrabon llamaba el *boreas negro* y que los modernos llaman el *mistral*. Era evidente, en el modo con que comenzaba á silbar en derredor nuestro doblando los árboles cual espigas, que ibamos á hacer conocimiento con uno de los tres mas grandes azotes de la Provenza: sábase que los otros dos eran el *Durance* y el parlamento.

## LOS BUENOS DE LOS GENDARMES.

Volvimos á entrar en el camino en un pueblecito llamado, creo, Castillo Nuevo, y allí

encontramos nuestro cabriolé que nos estaba aguardando. Nos habia llevado nuestra escursion mas de la mitad de la jornada. En enganchar el caballo se gastó todavía algun tiempo; de modo que no pudimos volver á ponernos en camino antes de las tres y media de la tarde, y nos quedaban todavía que andar seis leguas.

Hacia el anochecer comenzó el mistral á soplar con una violencia horrenda. Yo no tenia idea alguna de una tempestad sobre la tierra y no creia que pudiese existir. Habia, si, leído en Estrabon que el *melamboreus* (es el nombre que da á este viento) arremolinaba los cantos de pedernal de la Gran cual el polvo: arrebatava como lo hubiera podido hacerlo una bandada de águilas, los carneros que pastaban en las llanuras, y arrojaba á los soldados romanos de sus caballos despojándolos de sus mantos y de sus cascos; pero habia tomado todas estas cosas por antiguas exageraciones y por aquella poesia con que Homero y Herodoto cuentan las cosas que cada dia se reconoce que eran realidad. Forzoso me era confesar que el señor de aquellas comarcas, porque el nombre que lleva le viene de *maestro*, no habia perdido nada de su potencia al envejecer: y lo que hay de extraño es que no sopla constantemente de un punto del horizonte: sin duda, segun las sinuosidades de las montañas en las que se engolfa, cambia de direccion: de modo que tan pronto le teniamos detrás de nuestro carruage, y entonces lo empujaba como hubiera podido hacerlo el brazo de un gigante, tan pronto de cara y detenia nuestra marcha á pesar de los esfuerzos de nuestro caballo, tan pronto, en fin, de un costado y entonces amenazaba derribar nuestro carruage cual pudiera haber hecho con una barca. Nos hallábamos verdaderamente en un asombro que rayaba en estupefaccion, de la que participaba nuestro conductor que, no habiendo avanzado en sus viages á Avignon no tenia idea alguna de aquellas tempestades que espiran en Orange y no se estienden nunca hasta Valencia, donde nosotros le habiamos ajustado. Lo que todavía complicaba nuestra situacion era que el aliento glacial del mistral, lleva conmigo un frio agudo, desconocido á las gentes del Norte, y que en lugar de penetrar desde la epidermis á lo interior, comienza á acometeros desde el tuétano de los huesos y os paraliza.

Hacia ya mucho tiempo que era de noche cuando quisimos detenernos en una posada en el camino; pero se nos dijo que no habia mas que una hora de molestia para poder llegar á Avignon y nos volvimos á poner en camino.

Al cabo de una hora casi, divisamos en efecto una masa negra y compacta; pero al llegar cerca de ella nuestro conductor, pretendió que no podia ser la ciudad. Además, habia tanta oscuridad que no se veia el ca-

mino que á ella dirigia. No tuvo trabajo en hacernos adoptar su opinion, porque helados por el frio no teniamos ni ganas ni fuerzas para entrar en discusion. En consecuencia continuó triunfalmente su camino; el mistral interceptado un instante por la masa negra que habiamos pasado, renovó su furia alrededor nuestro. Caminamos todavía una hora cada vez con mas frio, que semejante á un reumatismo nos partia las coyunturas; en las rodillas sobre todo padeciamos en términos de dar gritos.

Despues de una hora y otra hora no acabamos de llegar á Avignon y siempre con el mistral encima. Nuestro conductor comenzó á comprender que se habia equivocado y confesó que la masa negra que habiamos dejado atrás era probablemente la ciudad de Avignon. En fin, como en todo caso era una ciudad cualquiera, le mandamos volviere brida; pero entonces nos dijo que si era Avignon, perderiamos el tiempo porque no podríamos entrar, en atencion á que habia pasado la hora de cerrar las puertas.

Triste era la noticia; permanecer todo el resto de la noche al aire, era arriesgar, al ver la situacion en que nos hallábamos, el no despertarnos al dia siguiente. Sin embargo, durante la discusion íbamos andando siempre adelante, cuando de repente cesó el movimiento de nuestro cabriolé y al mismo tiempo una voz nos mandó hacer alto. Hubó un momento en que creimos que eran ladrones; pero nos hallábamos en tal estado de impotencia Jadin y yo, que ni aun tuvimos fuerza ni accion para echar la mano á nuestras escopetas que estaban detrás de nosotros.

—¿Quién es? dijo el conductor.

—¿Dónde vais? replicó la misma voz.

—Á Avignon.

—Queréis decir á Marsella.

—¡No pardiez! replicó yo, vamos á Avignon.

—Lo dejais á la espalda y estais á dos horas de camino.

Me entraron unas furiosas ganas de dar de palos á nuestro conductor, pensando no solamente que hacia dos horas podríamos estar en nuestras camas, sino tambien que era necesario pasar otras dos horas antes de llegar á estarlo.

—Ahora, ¿quién sois? continuó otra voz.

—¿Y quién sois vosotros que lo preguntais? respondió Jadin.

—Somos los gendarmes de la brigada de Avignon.

—Y nosotros viageros que cual veis han equivocado el camino.

—¿Teneis pasaportes?

—Sin duda.

—Dádmelos.

Jadin iba á sacarle de su bolsillo y yo le detuve la mano.

—Gaardaos bien de hacerlo, le dije á media voz.

—¿Porqué? me respondió en el mismo tono.

—Porque con nuestros pasaportes los gendarmes nos dejarán en el camino, llamaremos á las puertas de la ciudad, que no nos abrirán, mientras que sin pasaportes nos conducen á Avignon, hacemos una entrada triunfal entre los gendarmes, y una vez en la ciudad presentamos nuestros papeles y damos gracias á estos señores por su complacencia.

—¡Toma, toma, toma!.... dijo Jadin.

—¡Y bien! los pasaportes; continuó el gendarme que, oyéndonos hablar bajo, creyó que nos poníamos de acuerdo sobre el modo de burlar su vigilancia.

—¿A qué os los hemos de dar, repliqué yo, á menos que no tengais ojos de murciélago para leerlos?

Entonces fueron los dos gendarmes los que consultaron entre sí: parece además que su opinión estuvo de acuerdo, porque la misma voz replicó en tono burlon.

—Corriente, caballero; pero con vuestro permiso vamos á conducirlos á un sitio donde se verá claro.

—¿Y á dónde? repliqué yo.

—A Avignon.

—Las puertas están cerradas á estas horas.

—Para los viajeros sí, para los presos nó. Vamos, vuelve brida, hijo mio, dijo al conductor; andando ligerito que aqui no hace calor.

Entonces cogió él mismo las riendas de nuestro caballo, le hizo dar una vuelta y se colocó con su camarada el uno á la derecha y el otro á la izquierda de nuestro carruaje, y volvimos á desandar el camino que tan inútilmente acabábamos de hacer.

—Pero, exclamé yo temblando de que me soltasen, esto es un abominable abuso de poder y me quejaré al llegar á Avignon.

—Libre sois de hacerlo.

—¿V cuándo llegaremos?

—Espero que en una hora. Vamos, conductor, ¡al trote, al trote! ó sino acariciare yo á vuestro caballo con la punta de mi sable. Vamos, pues, continuó el gendarme, uniendo la acción á la amenaza.

Volaba el carruaje.

Escelente gendarme! le hubiera pedido permiso para darle un abrazo si hubiera estado seguro de que me lo habia de negar.

Lo que no habia dicho era la verdad como el Evangelio. Al cabo de una hora divisamos aquella masa negra de que habíamos tardado dos horas en alejarnos. Nuestra escolta se metió en una calle de árboles, cuyas ramas oscurecian de tal modo el camino que habíamos pasado cerca de él sin verle, y algunos minutos despues, cuando estaban dando las doce, llamamos á las puertas de Avignon. El conserge se levantó murmurando y preguntó quien llamaba á aquella hora. Diéron-

se á reconocer los gendarmes. Inmediatamente giraron los goznes de las puertas para dar paso á la fuerza pública y á los vagos que traia consigo: despues oimos detrás de nosotros al conserge cerrar las dos hojas de las puertas, dar vueltas á la llave y echar los cerrojos: respiramos, porque era casi seguro de que una vez dentro no nos habian de echar fuera.

—Ahora, caballeros, nos dijo el excelente gendarme echando pie á tierra y acercándose á nuestro carruaje, espero que no tendreis dificultad en presentar vuestros pasaportes.

—No, seguramente, le respondí yo alargándole el mio y el de Jadin. Podeis asegurarnos de que están en regla.

Los cogió el gendarme, entró en el cuarto del portero; los examinó escrupulosamente y viendo que no tenia nada que decir nos los volvió á traer.

—Aqui están, caballeros, nos dijo. Ahora perdonad porque os hayamos traído hasta aqui.

—¿Cómo perdonar! le dije yo, mil gracias; sin vosotros hubiéramos tenido que pasar la noche en el campo, mientras que gracias á esto iremos á dormir en la fonda del Palacio Real, si teneis la bondad de indicarnos donde se halla.

—Hacia alli vamos nosotros, caballeros, y si quereis que continuemos en serviros de escolta os pondremos á la puerta del señor Moulin.

—Con muchísimo gusto; pero á condicion de que la escolta aceptará diez francos para echar un trago á nuestra salud.

—Nos está prohibido recibir nada mas que la paga que nos da el gobierno. Asi, si teneis alguna cosa que dar, dadla á ese buen hombre á quien hemos incomodado haciéndole levantar.

Me hallaba confundido con su desinterés, cuando Jadin, que es de la escuela escéptica, me hizo observar que el portero era al mismo tiempo mercader de vino, lo que le hacia creer que los diez francos por cambiar de mano no cambiarían de destino.

Prevengo de una vez para siempre al lector que Jadin es un ateo y no cree en nada, ni aun en la virtud de los gendarmes. Seau como quiera, nos cumplieron fielmente su promesa y nos pusieron á la puerta de la fonda del Palacio Real.

Así es como hicimos nuestra entrada en Avignon, ciudad al decir de Francisco de Nouguier, su historiador, noble por su antigüedad, agradable por su situacion, soberbia por sus murallas, risueña por la fertilidad del suelo, encantadora por la dulzura de sus habitantes, magnífica por su palacio, hermosa por sus grandes calles, maravillosa por la estructura de su puente, rica por su comercio, y conocida por toda la tierra.

## EL CUARTO NÚMERO 3.

Apesar de lo avanzado de la hora en que llegamos, gracias á la actividad de nuestro huésped, pronto tuvimos un espléndido fuego y una comfortable cena. Cuando nos hubimos calentado en el uno y restaurado con la otra, el huésped llamó á un mozo y le mandó que preparase para mí el cuarto número 4.

—¿Os sería igual, le dije, darme el cuarto número 3?

—El que os propongo, me respondió, es el mejor y tiene vistas á la calle.

—No importa, repliqué, yo deseo el número 3.

—Generalmente no le damos sino cuando los demas están ocupados.

—Pero cuando se os pide...

—No nos lo piden nunca sin motivo, y á menos que no tengais uno....

—Soy el ahijado del mariscal Brune.

—Entonces comprendo, dijo nuestro huésped. Llevad al señor al cuarto número 3.

En efecto, hacia mucho tiempo que yo me habia propuesto la mortuoria peregrinacion que verificaba en aquel momento. El mariscal Brune era del corto número de amigos que habian permanecido fieles á mi padre cuando despues de haber adoptado en Egipto el partido de Kleber cayó en desgracia de Napoleon: despues de la muerte del proscrito era el único que se hubiese atrevido á pedir, aunque inútilmente, al emperador mi entrada en un colegio militar, y hasta 1844 nos habia dado á á mi madre y á mi pruebas, es verdad infructuosas, pero muy vivas é interesantes de sus recuerdos.

En el trastorno de la doble restauracion le habiamos perdido de vista é ignorábamos donde se hallaba, cuando de pronto resonó por Francia un grito de que el mariscal Brune habia sido asesinado!....

Aun cuando yo era un niño y no tenia mas que once años en aquella época, me hizo una profunda impresion esta noticia. Habia oido tan frecuentemente hablar á mi madre de que el mariscal era mi único apoyo para el porvenir, que creí perder segunda vez á mi padre. Cuanto mas joven es uno mas se imprime de un modo indeleble en su corazon el sello de la desgracia. Desde este suceso data el odio instintivo mas bien que racional que esperimento por la restauracion; y el primer gérmen de las opiniones en mi podrá verificarse tal vez nacionalizándose, pero probablemente formarán para siempre la base de mi religion politica.

Fácilmente se comprenderá con cuánta emocion abriria yo la puerta de aquel cuarto

donde habia exhalado su último suspiro aquel que habia jurado ante Dios ser mi segundo padre, y que en cuanto dependió de él habia cumplido su palabra. Me parecia que aquel cuarto debia haber conservado algo de fatal y como un olor á sangre. Eché una rápida ojeada en derredor de él y me asombró al verle sencillo y risueño cual un cuarto ordinario. Ardía un buen fuego en la chimenea colocada enfrente de la puerta; unas cortinas blancas cubrian las ventanas por las que habian entrado los asesinos: un papel azul ostentaba sus grandes y pintadas flores. Dos camas iguales invitaban al sueño; era en fin, un cuarto como todos los cuartos.

Sin embargo, habia allí, entre la chimenea y la cama, á tres pies y medio de altura casi, un agujero redondo, de una pulgada de profundidad! era el de una bala, único vestigio que quedaba del asesinato.

Yo sabia que existia aquel agujero y conducido por la direccion de la puerta, marché derecho á él y lo hallé al instante.

Imposible me será explicar el efecto que causó en mí aquel vestigio de muerte. Allí es donde la bala, caliente y humeando, habia ido á enfriarse despues de haber atravesado el noble pecho, sobre el que yo me recostaba, del vencedor de Alkmaert, de Berghen y de Stralsund, y en el que me habia estrechado. Aquel recuerdo se hallaba tan presente y tan real, que me parecia sentir todavia los brazos del mariscal estrechándose contra sí. Pasé así, respirando apenas, los ojos clavados sobre aquel agujero y habiendo olvidado el mundo entero por uno de esos pensamientos, uno de esos instantes de poesia que las palabras humanas no pueden expresar: despues me dejé caer sobre una silla asombrado de hallarme al fin en aquel cuarto que tantas veces habia deseado ver, y mirando uno despues de otro con vaga ansiedad todos aquellos muebles que habian sido testigos de aquella terrible catástrofe.

Así se pasó una parte de la noche, y á pesar de mi cansancio solo á las tres de la mañana pude reconciliar un poco el sueño: pero apenas habia apagado la luz cuando pensé que yo estaba tal vez acostado en aquella de las dos camas sobre la que se habia depositado el cadáver. Aquella idea me hizo erizarse los cabellos y correr el sudor de mi frente; mi corazon daba tan violentos saltos que oía sus latidos. Cerré los ojos, empero no pude dormir; los detalles de aquella sangrienta escena se representaban ante mí. El cuarto me parecia lleno de fantasmas y de ruidos. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero en fin, todas aquellas imágenes fúnebres se confundieron las unas con las otras y cesaron de tener formas distintas: el ruido y los lamentos se alejaron y me dormí yo mismo con un sueño parecido al de la muerte.

Quando me desperté era ya bastante de

día; estaba quebrantado, empapado en sudor como un calenturiento. Estuve algun tiempo sin saber donde me hallaba, recordando haber tenido sueños terribles y nada mas. Eché una mirada alrededor de todo el cuarto tratando de coordinar mis ideas confusas todavía por mi sueño. En fin, volvieron á encontrar mis ojos aquel agujero de la bala que la vispera me habia causado tan fuerte impresion: fué como un telon descornado ante mi vista y volví á encontrar al instante todos mis recuerdos. Me eché de la cama, me vestí rápidamente y bajé. Necesitaba respirar otro aire.

Mr. Nogent me habia dado cartas de recomendación para Avignon. Una de ellas era dirigida á Mr. R... profesor de historia: ésta era una de esas recomendaciones simpáticas que se necesitan en un viaje del género del que yo emprendia. En su consecuencia no quise dilatar un instante el entregársela: me hice dar las señas lo mejor que me fué posible de la calle que habitaba y comencé mi expedicion por la ciudad.

Avignon está edificado contra el viento y contra el sol; sus calles son estrechas y tortuosas, y bajan ó suben continuamente no solo por callejuelas, sino tambien por escaleras. Apenas habia andado cincuenta pasos por aquel laberinto, cuando quedé desorientado: pero en lugar de preguntar mi camino continué andando á la ventura. Hay una cosa que sobre todo me gusta mucho en las grandes ciudades que me son desconocidas, y en que sé me he de encontrar curiosos monumentos; y es dejar al acaso el cuidado de presentarlos á mi vista: de este modo la sorpresa es completa y la impresion virgen. Un cicerone charlatan no desflorará durante el camino el punto de vista, el monumento ó la ruina que va uno á ver. El efecto producido en mí por la cosa es el efecto que la cosa debe producir, porque ninguna prevencion estraña ha venido á disminuir ó á aumentar mi respeto por ella.

Caminaba, pues, así, vagando, cuando de pronto, al revolver de una callejuela en questa, vino á tropezar mi mirada en un arco colosal que unia la una acera á la otra. Alcé los ojos: me hallaba al pie del palacio de los papas.

El palacio de los papas es la edad media toda entera, tan visiblemente escrita sobre la piedra de las murallas y de las torres como la historia de Rhamses sobre el granito de las pirámides; es el siglo XIV con sus revueltas religiosas, sus argumentos armados, su iglesia militante. Diríase que es la ciudadela de Ali Pachá mas bien que la mansion de Juan XXII. Arte, lujo, agrado, todo está sacrificado á su defensa: es en fin, el único modelo completo que queda de la arquitectura militar de aquella época. Ante él no se ve mas que á él y detrás de él desaparece la ciudad entera.

Después si entráis en el patio encontrareis ese interior del palacio tan terriblemente armado como el exterior. Allí todo está previsto para una sorpresa que franquease las puertas. Por todos lados dominan torres al patio y amenazan troneras: para el sitiador que ha llegado allí con la felicidad que al primero, le queda otro sitio que comenzar, y una última torre sómbria, aislada y gigantesca desde donde el papa sitiado y perseguido ha escogido su último retiro. Forzada aquella torre como las demas, la escalera que conduce á los aposentos pontificales desaparece y se convierte de repente en una muralla: y mientras los últimos defensores de la fortaleza aplastan á los sitiadores desde una escalera superior, el soberano pontifice sale por un subterráneo cuyas puertas de hierro se abren delante de él y vuelven á cerrarse detrás de él: este subterráneo conduce á una poterna oculta que da sobre el Ródano, donde una barca aguarda el fugitivo, que se lleva con la rapidez de una flecha.

A pesar de la anomalía que presenta la moderna guarnicion con la ciudadela que habita, es imposible no dejarse dominar de la poesía histórica de semejante mansion. Apenas se ha vagado una hora por aquellos corredores, sobre aquellas cortinas, en medio de aquellas prisiones, entre aquellas salas de tormento, cuando se siente uno arrebatar viendo todo tan espesamente construido para la venganza y la impunidad, pasiones institutivas que la civilizacion, si no ha estinguído, ha comprimido al menos en nuestro pecho. Comprendí perfectamente que en una época en que no habia ni esperanza para los odios débiles ni reparacion contra los odios poderosos todo fuese de hierro, desde el cetro hasta el báculo pastoral, desde el báculo pastoral hasta el puñal.

Sin embargo, en medio de todas aquellas impresiones sombrías se encuentran algunos reflejos del arte, como sobre una armadura bruñida adornos de oro: son pinturas que pertenecen á la manera dura y sencilla que forman el paso entre Cimabue y Rafael. Se cree que son del Giotto ó del Giotino, y lo que hay de cierto es que si no son de estos maestros, al menos son de su época y de su escuela. Adornan estas pinturas una torre reservada probablemente para la habitacion ordinaria de los papas, y una capilla que servia de tribunal á la Inquisicion.

Como al salir del palacio de los papas preguntase donde vivia Mr. R... me lo enseñaron al atravesar la plaza. Me fui á él y le entregué mi carta de recomendacion.

Me alargó la mano, y al momento comprendí que podia disponer de su tiempo y de su ciencia cual si fuéramos conocidos de diez años. Hay en las organizaciones artisticas una especie de electricidad que se comunica por instinto, por la mirada, por la palabra y

por el facto. Pasamos el día juntos: visitamos las iglesias, los mercados y los puertos. Vimos en sus oraciones, en su comercio y en sus riñas esta población de tinte árabe y sangre española, especie de cohete vivo que basta acercarle á una opinion política para que se encienda y se lance. Comprendí entonces que hay ciudades como individuos que tienen temperamentos diferentes los unos de los otros, y organizacion física opuesta. Y así como es imposible someter á un africano á leyes alemanas ó rusas, es preciso juzgar las ciudades segun su latitud, dar su parte al cielo sombrío y al cielo ardiente, al hielo y al sol.

Quando por la noche volví á entrar en mi cuarto número 3, volví á encontrar al pie de mi cama el agujero de aquella bala que la vispera me habia hecho soñar tan cruelmente en la muerte del mariscal; me parecia tan horrible como la vispera; empero me pareció al mismo tiempo tan sencilla como seria la de un hombre que por imprudencia hubiese caído en una caverna de tigres.

Tratemos de hacer comprender nuestros pensamientos á nuestros lectores y mostrarles el pasado de esta ciudad, á fin de que juzguen el presente como Dios lo juzgará.

La época de las disensiones religiosas que han traído los odios políticos, se remonta para Avignon al siglo XII. Pedro Valdo, ciudadano de Lion, se declara gefe de un principio de reforma que queria traer el cristianismo otra vez á la sencillez evangélica. Este abuelo de los Luteros, de los Calvinos y los Wicleff, encontró numerosos partidarios entre el pueblo lionés, que fué siempre inclinado á ideas místicas y que ya en nuestra época el ateísmo, ó al menos la duda, nos ha dado á Edgar, Quinet, San Martin, Ballanche y á poco mas á Lamartine, cuya religion se puede poner en duda, pero no su religiosidad.

Sin embargo, los obispos, señores de Lion, que poseian no solo el poder espiritual sino tambien el temporal, forzaron á los sectarios de Valdo, que llamaban valdeses á abandonar la ciudad: salieron dirigidos por su gefe y llevando en pos de sí sus mugeres, sus hijos y sus criados. Esta tropa fugitiva se detuvo un instante en el Delfinado; pero encontrando allí nuevas persecuciones, aquel moderno Moisés, volvió á tomar la direccion de la faga de los modernos hebreos, á través el Durance, entre Embrum y Sisteron, y vino á buscar un asilo en el condado Venesino, que dependia del imperio bajo el feudo inmediato de los condes de Tolosa. Bien pronto las gentes del condado simpatizaron las mas con las doctrinas religiosas de sus huéspedes, de los que una parte se fijó en el valle de Sault, detrás del monte Ventoux, y la otra parte se quedó en el Languedoc, donde por la corrupcion de la palabra valdeses, que era su primer nombre, se les llamó vaudeses, y despues, por

último, albigenses, cuando por su aglomeracion formaron la mayoría de los habitantes de la ciudad de Albi y del condado de que es capital.

Bien pronto en medio de este Languedoc voluptuoso y poético se alteró su primitiva sencillez: adoptaron el lenguaje satírico de los antepasados de los trovadores: persiguieron con sus folletos en verso las ceremonias y á los sacerdotes católicos: nobles, príncipes y reyes de vacilantes creencias, abandonaron el gremio de la Iglesia para arrojarse en la heregía, que ya amenazaba extenderse desde los Pirineos al Garona, cuando un solo hombre resolvió contenerla. Este hombre era Domingo, prior de Osma y elector de la iglesia de San Juan de Letran en Roma: predicó una cruzada. Su palabra despierta no solamente los odios religiosos, sino tambien las antipatias territoriales. Los hombres del Norte habian detestado siempre á los hombres del Mediodía á quienes no podian perdonar las riquezas, la felicidad, las franquicias municipales que tenían de los romanos, ni las artes, los monumentos y la civilizacion que habian recibido de los árabes. Recordaban que Clodoveo, Carlos Martel y Carlo-Magno no habian hecho mas que pasar por aquella tierra bendita del sol, que no habian podido echar raíces en ella. La voz de Domingo tuvo, pues, mas eco que esperaba él mismo: y á pesar de la heroica lucha del vizconde de Beziers y el rey Pedro de Aragon, Simon de Monfort venció una tras de otra todas las plazas fuertes defendidas por los albigenses, y Raimundo de Tolosa, que veremos al pasar por San Gilles hacer retractacion honrosa sobre las gradas de la iglesia, les dió el último golpe adurando su heregía.

Esta abjuracion por pública y ruidosa que fuese no pudo desarmar á los vencedores del conde de Tolosa. Dieron á título de secuestro al papa, que habia autorizado la cruzada, el condado Venesino y siete castillos fuertes que poseia Raimundo, tanto en el Languedoc como en la Provenza. Pero Avignon, poderosa república de esta época, gobernada por podestats libremente elegidos, hizo causa comun con Raimundo y rehusó someterse: así en 1228 Luis VIII, á la cabeza de un ejército, se presentó á sus puertas pidiendo pasar por la ciudad para atravesar el Ródano sobre el puente de San Benezet del que quedan hoy algunos arcos. Los avignonés no se dejaron engañar con esta astucia: comprendieron que abrir sus puertas al rey de Francia era abrirse al mismo tiempo las de la esclavitud. Propusieron, pues, establecer una calzada que condujese á el puente y comunicase con él por medio de un terrado, de manera que el ejército francés pudiese atravesar el Ródano sin pasar por la ciudad. Pero esto no era la cuenta de Luis VIII: reiteró sus intenciones y pidió entrar lanza en ristre, con casco en la ca-

beza, bandera desplegada y á son de clarines.

Indignáronse los ciudadanos; ofrecieron como última concesion la entrada pacífica con la cabeza descubierta, lanza levantada y solo desplegada la bandera real. Luis VIII, comenzó el bloqueo probando así que al pedir el paso pedía la ciudad. Tres meses duró el sitio, durante los cuales, dice un cronista, los ciudadanos de Avignon devolvieron á los soldados franceses flecha por flecha, herida por herida, muerte por muerte.

Al fin capituló la ciudad: el cardenal legado, Roman de San Angel, ordenó que los avignoneses demolieran sus murallas, cegasen sus fosos y echasen abajo trescientas torres que se levantaban en la ciudad: exigió que le entregasen sus navíos, sus máquinas y pertrechos de guerra: les impuso una contribucion considerable y les obligó á abjurar solemnemente la heregia vandesa: les hizo prestar juramento de mantener en Palestina treinta hombres armados y equipados para cooperar á libertar el sepulcro de Cristo: y para velar la ejecucion de estas condiciones, cuya bula existe todavía en los archivos de la ciudad, fundó la cofradia de los *Penitentes negros*, que atravesando ocho siglos se han perpetuado hasta nuestros dias. Desde aquel momento los odios religiosos fueron al mismo tiempo odios políticos.

Menos de un siglo despues, es decir en 1309, Bertraud de Got, hecho papa bajo el nombre de Clemente V, venia bajo pretexto de divisiones y revueltas en la Italia, á colocarse á las puertas del condado Venesino, que era dominio papal desde el secuestro de Simon de Monfort, y pedir la hospitalidad á Avignon: así el cisma fué á tomar raices en la tierra de la heregia.

Grande y profundo pensamiento fué el que le ocurrió á Felipe el Hermoso cuando tuvo la idea de trasladar el pontificado á Francia, á fin de abarcar á la vez con su brazo de hierro el poder temporal y espiritual.

El pontificado, abofeteado por Nogaret y por Colonna en la persona de Bonifacio VIII, abdicaba el imperio del mundo en la de Clemente V, que en su ambicioso afan de ser elegido, hizo por juramento al rey, que á su vez le consagró en el bosque de Andelys, aquellas terribles promesas de las que solo se conoce una: la destruccion del órden de los templarios. Verdad es que está basta y sobra para dar una idea de lo que serian las demas.

Sin embargo, pronto el espíritu de dominacion abdicado un momento, volvió á los gefes de la Iglesia. Clemente VI aprovechó los crímenes y las desgracias de Juana de Nápoles, prisionera de los barones provenzales, para comprarla en el precio de ochenta mil florines de oro la propiedad de la ciudad y del estado de Avignon, que habia heredado de los marqueses de Forealquier y de Provenza, de quienes era descendiente.

Con esta suma, despues de haber defendido su causa ella misma en latin en la gran capilla del palacio, delante del cuadro del Juicio final pintado por Giotino, y despues de haber sido absuelta por los cardenales de la acusacion del asesinato de Andrés, su marido, equipó una escuadra y verificó la restauracion de su reino.

Apenas los papas se vieron en sus tierras cuando echaron los cimientos del palacio-fortaleza, de que acabamos de hacer descripcion, pero de la que solo el grabado puede dar una idea exacta. Era el capitolio del pontificado: desde lo alto de sus murallas esperaban reconquistar el imperio del mundo. Hácia fines de aquel siglo XIV se habian dado tal maña, que hacian de aquella misma casa que el rey de Francia le habia dado á Clemente V y sus sucesores como una prision y un asilo, una córte, un palacio, y un reino.

Porque era una córte, un palacio y un reino; Avignon se habia convertido en la reina del lujo, de la molicie y de la prostitucion. Tenia una nueva cintura de torres y de murallas que la habia ceñido alrededor del cuerpo, Hernandez de Heredia, gran maestre de la órden de San Juan de Jerusalem. Tenia sacerdotes disolutos que tocaban el cuerpo de Cristo con las manos abrasando de lujuria. Tenia hermosas cortesanas que arrancaban los diamantes de la tiara para hacerse con ellos brazaletes y collares: tenia, en fin, los ecos de Vaucluse que la mecian al rumor de las muelles y voluptuosas canciones del Petrarca.

El rey Carlos V, que era un religioso, un prudente y poderoso rey, no pudo tolerar tanto escándalo en la Iglesia: envió al mariscal Boucicaut á arrojar de Avignon al antipapa Benedicto XIII. La ciudad le abrió sus puertas: empero Pedro de Luna se encerró en su castillo, y allí se defendió por espacio de muchos meses, apuntando él mismo desde lo alto de sus murallas sobre la ciudad sus máquinas de guerra, con las que arriñó mas de cien casas y mató cuatro mil avignoneses. Al fin el castillo fué tomado á viva fuerza: las obras interiores fueron ocupadas por asalto: pero Pedro de Luna se refugió en la torre, y en el momento en que las tropas francesas, derribando las puertas se precipitaban sobre la engañosa escalera de que hemos hablado, Benedicto XIII huía por el subterráneo, salia de la ciudad por la poterna, ganaba el territorio español donde el rey de Aragon le ofreció un asilo, y allí todas las mañanas desde lo alto de una torre, asistido de dos sacerdotes de que habia hecho su sacro colegio, bendecía al mundo, y escomulgaba á sus enemigos.

Por fin, en el momento de morir, temiendo que el cisma se extinguiese con él, nombró á sus vicarios, cardenales, con condicion de que uno de los dos seria papa. En

efecto, muerto Pedro de Luna, los dos cardenales se reunieron en cónclave, y el uno de los dos proclamó al otro. El nuevo papa prosiguió algun tiempo el cisma sostenido por su cardenal, que formaba él solo toda la corte pontificia; pero en fin, Roma abrió conferencias con ellos, y los dos entraron en el gremio de la Iglesia, el uno con el título de arzobispo de Sevilla, y el otro con el de arzobispo de Toledo. Asi es como concluyó la dominacion inmediata de los papas franceses en el condado Venesino, que despues de su vuelta á Roma fué gobernado por legados y vicelegados hasta 1794, época de la reunion del condado á la Francia.

Por una singular coincidencia, Avignon donde siete papas residieron durante siete decenas de años, tenia siete hospitales, siete cofradías de penitentes, siete conventos de hombres, siete conventos de mugeres, siete parroquias y siete cementerios. Entre estas cofradías, la de penitentes grises, establecida, como lo hemos visto, por Luis VIII, y Roman de Santo Angel, era la mas antigua. Despues de estos venian los penitentes negros, fundados á la manera de los de Raimundo de Tolosa; despues en fin, los penitentes blancos, cuya orden estaba en oposicion con estos últimos.

De aquellas tres cofradías que existen todavía en la ciudad; la primera se mantuvo tranquila, y no adoptó opinion política alguna; pero las otras dos que, como hemos dicho, debian su nacimiento á partidos opuestos, conservaron eternamente el color de estos partidos.

En efecto, los penitentes negros, fundados á la manera de los que habia instituido Raimundo de Tolosa, guardaron siempre sus ideas de oposicion á los dos poderes: al contrario de los penitentes blancos, que fieles á las opiniones que habian presidido á su fundacion, permanecieron siempre papistas y monárquicos. Era tan inveterado y tan constante este odio, que cada vez que en una solemnidad pública tenian la desgracia de encontrarse las dos cofradías, se trababa inmediatamente un combate, dándose de porrazos con las cruces, pendones y estandartes, lo que no concluia hasta que una de las dos tocaba retirada y abandonaba el sitio á su enemigo, que volvía entonces á tomar su gravedad monástica, continuaba su camino triunfal, mezclando sus cantos de victoria á sus himnos religiosos.

Las opiniones de las dos cofradías acogieron los sucesos políticos que traian los siglos, cada una segun su partido. Poco á poco la ciudad se separó en dos campos, colocándose cada cual bajo su bandera. Asi hay alli barrios enteros que son penitentes blancos, tales como los de la Fusteria, de Limas, y los de las inmediaciones de la puerta de Loulle: hay otros que son de penitentes negros: tales co-

mo los inmediatos á la puerta de Linea: resultó de esto que cuando comenzó á difundirse la reforma de Calvino en el Mediodía, donde encontró la vieja levadura de la heregia vaudense, la nueva religion, protegida por Margarita Alenzon, hermana de Francisco I, reclusó á todos aquellos que se habian colocado en el partido de la oposicion, es decir, que se habian hecho penitentes negros, mientras que por el contrario, los penitentes blancos se afirmaron todavía mas en la religion apostólica y romana.

La revolucion de ochenta y nueva despertó los antiguos odios religiosos y los convirtió en odios políticos. Los dos partidos se encontraron frente á frente, siempre fieles á su bandera: los penitentes negros cismáticos republicanos, y los penitentes blancos papistas realistas. Durante los diez años de reinado de Napoleon el volcan comprimido encerró humo, llama y lavá, empero cuando en 1814 el gigante se vió obligado á abrir la mano y á soltar todo cuanto tenia, hasta su espada, instantáneamente se encendió el Vesubio político y los odios realistas salieron de nuevo devorantes y mortales. Detenidos un instante por los Cien dias, Waterloo les devolvió su fuerza asegurándoles la impunidad.

Sin embargo, el comercio del imperio floreciente en lo interior por la dificultad de la esportacion, habia creado una poblacion nueva y flotante de quinientos mozos de cordel. Esta poblacion adoptó en la época de la restauracion los partidos de los diferentes barrios en que trabajaban. Los que servian en el alto Ródano desde la puerta de la Linea, hasta la mitad del puerto, se hicieron penitentes negros: los que servian en el bajo Ródano desde la mitad del puerto hasta el puente de madera, se hicieron penitentes blancos.

Cada uno de ellos reinó á su vez sobre el rio, segun las ideas democráticas ó monárquicas que estaban en alza ó en baja. Al fin la reaccion de 1815 dió definitivamente la victoria á los realistas, y el partido aristocrático, que tenia añejas y sombrías venganzas que ejercer, vió en los mozos de cordel que pertenecian como ellos á la secta de los penitentes blancos, instrumentos tanto mas mortales, cuanto que eran ciegos, y apoderándose invisible de estos instrumentos apretaba en la sombra los dorados resortes que los hicieron trabajar al sol.

Entonces de un solo golpe se inflamó todo el Mediodía, cual si un reguero de pólvora hubiese comunicado el incendio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. Marsella dió el ejemplo, Avignon, Nimes, Uzès y Tolosa lo siguieron. Cada una de estas ciudades tuvo su sangrienta celebridad.

De todos aquellos asesinos, preciso es decirlo, Pantiagudo, el asesino avinonés, era el mas notable. Era uno de esos hombres cuyo destino pende de la suerte de su nacimiento.

Nacido en el pueblo fué un asesino: colocado en otra esfera y con las cualidades que tenía, hubiera sido un hombre grande.

Puntiagudo era el perfecto tipo del hombre del Mediodía: color de aceituna, ojos de águila, nariz encorbada, diente de esmalte. Aunque de una estatura algo mas que mediana, aunque encorbada su espalda por el hábito de llevar fardos, y arqueadas las piernas hacía fuera por efecto de la presión del enorme peso que transportaba diariamente, era de una fuerza y una destreza extraordinarias. Lanzaba por encima de la puerta de Loulle una bala de cuarenta y ocho; arrojaba una piedra de una orilla á otra del Ródano, es decir, á mas de doscientos pasos de distancia; en fin, arrojaba al huir su cuchillo de una manera tan vigorosa y tan precisa, que esta nueva flecha de partho, iba silbando á clavarse á quince pasos en una moneda de cinco francos en un árbol. Agréguese á esto una destreza igual en la escopeta, en la pistola, en la espada y en el palo. Un talento natural, vivo y rápido. Un odio profundo que había profesado á los republicanos al pié del cadalso de su padre y de su madre, y se tendrá una idea de lo que era este terrible jefe de los asesinos de Avignon, que tenía á sus órdenes como primeros agentes á Farges, oficial de tejedor de tafetanes; á Roquefort, mozo de cordel; Nadaud, panadero, y á Magnan, ropavejero.

En la época en que pasa el terrible drama que vamos á contar, Avignon se hallaba enteramente entregado á algunos de estos hombres, á quienes las autoridades civiles y militares no querían, no se atrevían, ó no podían reprimir en sus desórdenes.

Entonces se supo allí que el mariscal Brune que se hallaba en Luc, con seis mil hombres de tropas, era llamado á París para dar cuenta de su conducta al gobierno.

## EL MARISCAL BRUNE.

Conociendo el general el estado del Mediodía y sabiendo los peligros que le aguardaban había pedido el permiso de volver por mar: le había sido formalmente negado. El duque de Riviera, gobernador de Marsella, le había dado un salvo-conducto. Rugieron de alegría los asesinos al saber que un republicano de 89, un mariscal del imperio iba atravesar por Avignon. Corrieron rumores siniestros: se decía, y era una calumnia infame ya cien veces desmentida, que Brune, que no había llegado á París si no el 5 de setiembre de 1792, había el 2 lle-

vado en la punta de la pica la cabeza de la princesa de Lamballe.

Muy pronto se difundió la noticia en Avignon de que el mariscal había estado á punto de ser asesinado en Aix: se confirmó. El mariscal no había debido sus salvacion si no á la ligereza de sus caballos. Pontiagudo, Farges y Roquefort, juraron que no sucederia lo mismo en Avignon.

Siguiendo el camino que había tomado el mariscal no tenía mas que dos salidas para llegar á Lion: necesitaba pasar por Avignon ó evitar la ciudad dejando dos leguas antes de llegar á ella el camino de Pointu y metiéndose en un camino de travesía. Los asesinos previeron estas cosas, y el 2 de agosto, dia en que se esperaba al mariscal, Pontiagudo, Magnan y Nadaud, acompañados de cuatro de sus hombres, subieron á las seis de la madrugada en un carricoche y saliendo del puerto del Ródano fueron á emboscarse en el camino de Pointu.

Llegado á la confluencia de los caminos el mariscal, prevenido de las disposiciones hostiles de Avignon quiso tomar el camino de travesía que se le presentaba y sobre el que le aguardaban Pontiagudo y sus gentes; pero el postillon rehusó obstinadamente el ir por él diciendo que su parada era en Avignon y no en Pointu ni en Sorgas. Uno de los edecanes del mariscal quiso obligarle á ir adelante con una pistola; pero se opuso el mariscal á que se hiciese violencia á aquel hombre y dió orden de continuar el camino de Avignon.

A las nueve de la mañana entraba el mariscal en Avignon y se paraba á la puerta del hotel del Palacio Real que era entonces el de la posta. Mientras cambiaba de caballos y se examinaban los pasaportes y salvo-conducto á la puerta del Loulle, el mariscal se bajó á tomar un caldo. Estaria como unos cinco minutos en el hotel cuando ya se veía agolpada á la puerta una considerable multitud de gente. Mr. Moulin, el dueño del hotel, reconociendo aquellos sombríos rostros de mal agüero, subió inmediatamente al cuarto del mariscal y le invitó á que no aguardase la devolución de sus papeles, le dió el consejo de que marchase en el mismo instante y le prometió mandarle un carrerista á caballo que le alcanzase y le devolviese los papeles, de él y sus edecanes, á dos ó tres leguas de la ciudad.

Bajó el mariscal: estaban listos los caballos: subió al carruaje en medio de los murmullos del populacho, entre el que comenzaba á circular el terrible *zaou*, ese grito de escitacion que encierra todas las amenazas segun el modo con que se ha pronunciado y se quiere decir en una sola sílaba: ¡morded! ¡destrozad! ¡matad! ¡asesinad!

El mariscal partió al galope, pasó sin obstáculos la puerta de Loulle perseguido, ame-

nazado; pero no detenido todavía por los aullidos del populacho. Creía ya estar fuera del alcance de sus enemigos cuando al llegar al puente del Ródano encontró un grupo de hombres armados con escopetas y mandado por Farges y Roquefort. Aquel grupo apuntó al postillon y le mandó que volviese atrás. Porzoso fué obedecer: al cabo de cincuenta pasos el carruage se encontró cara á cara con los que le perseguían desde el hotel del Palacio Real. El postillon se detuvo: en un momento cortaron los tirantes de los caballos. El mariscal abrió entonces la portezuela y bajó con su ayuda de cámara; entró por la puerta del Loulle seguido del segundo carruage donde iban sus edecanes, y volvió á llamar al Palacio Real, que se abrió para recibir á él y su comitiva, é inmediatamente volvió á cerrarse después.

El mariscal pidió un cuarto: Mr. Moulin le dió el número 4 que daba sobre la fachada. Al cabo de diez minutos tres mil personas llenaban la plaza: la poblacion salía de debajo de las piedras. En aquel momento el carruage abandonado por el mariscal llegó conducido por el postillon que habia vuelto á atar los tirantes, y le abrieron la puerta cochera. La muchedumbre quiso precipitarse en tropel; pero el mozo de cordel Vernet, y Mr. Moulin, que son dos hombres de una fuerza colosal, empujaron cada uno una hoja de la puerta, lograron unirlas y atrancaron la puerta. Los edecanes, que hasta entonces se habian quedado en su carruage bajaron y quisieron ir al lado del mariscal; pero monsieur Moulin dió orden al mozo Vernet que los ocultase en un pajar. Vernet cogió uno por cada mano, los arrastró á su pesar y los arrojó detrás de unos toneles vacíos echando sobre ellos un alfombra vieja, y les dijo con esa voz solemne que profetiza:

—Si haceis el menor movimiento, sois muertos!

Los edecanes permanecieron inmóviles y silenciosos.

En este momento Mr. de San Chamans, prefecto de Avignon, que habia llegado á la ciudad apenas hacia una hora, se lanzó en el patio. Hacian pedazos las ventanas y el postigo de la calle: la plaza se hallaba atestado de gente y se oian mil gritos de muerte que dominaba el terrible *zaou*. Mr. Moulin vió que todo era perdido si no se sostenian hasta el momento en que llegasen las tropas del mayor Lambot; dijo á Vernet que se encargase de contener á los que derribaban la puerta y él que se encargaria de los que habian pasado por la ventana: y aquellos dos hombres solos contra toda una poblacion rugiente emprendieron disputarles la sangre de que se hallaba sedienta.

Lanzáronse los dos, el uno á la calle y el otro al comedor: puerta y ventana habian sido ya rotas; muchos hombres habian entrado

por ellas. A la vista de Vernet, cuya fuerza conocian, retrocedieron. Vernet aprovechó aquel momento y volvió á cerrar la puerta. En cuanto á Mr. Moulin cogió su escopeta de dos cañones, que estaba arriada á la chimenea, apuntó á los cinco hombres que se hallaban en el comedor, y les amenazó con hacerles fuego sino se retiraban al instante.

Cuatro obedecieron: uno solo se quedó. Mr. Moulin viéndose de hombre á hombre, dejó su fusil, cogió por las caderas á su adversario, lo levantó en el aire, cual si hubiera sido un niño, y lo arrojó por la ventana. Tres semanas despues aquel hombre murió, no de la caída sino del apretón. Mr. Moulin se lanzó entonces á la ventana para cerrarla.

En el momento en que empujaba los postigos sintió que le cogian la cabeza y que se la doblaban violentamente sobre el hombro izquierdo; en aquel mismo instante saltó un cristal hecho pedazos y el hierro de una hacha se resbaló sobre su espalda. Mr. de San Chamans habia visto bajar el hacha y habia separado, no el hierro, sino el objeto á que se dirigia. Mr. Moulin agarró el hacha por el mango, que arrancó de manos del que acababa de darle un golpe que tan felizmente habia evitado; despues volvió á cerrar la ventana, la atrancó bien con las barras interiores y subió al cuarto del mariscal.

Lo encontró paseando á grandes pasos por el cuarto. Su hermoso y noble rostro se hallaba tranquilo, cual si todos aquellos hombres, todas aquellas voces, todos aquellos gritos no pidiesen su muerte. Mr. Moulin le hizo pasar del cuarto número 4 al cuarto número 3, que colocado á la espalda y dando al patio, ofrecia alguna probabilidad de salvacion que no tenia el otro. Pidió papel de cartas, una pluma y un tintero. Mr. Moulin se lo dió; el mariscal se sentó delante de una mesita y se puso á escribir. En aquel momento se dejaron oír nuevos gritos.

Mr. de San Chamans los habia producido al mandar á aquella multitud que se retirase. Mil voces le habian preguntado que quién era para mandar: entonces les dijo que era el prefecto.

—No conocemos el prefecto sino por sus vestidos, le contestaron de todas partes.

Desgraciadamente el equipage de Mr. de San Chamans venia por la diligencia y no habia llegado aun. Hallábase vestido con una casaca verde, un pantalon de mabon y un chaleco de piqué, trage poco imponente en semejantes circunstancias. Se subió sobre un banco para arengar al populacho; pero una voz se puso á gritar:

—¡Abajo la casaca verde! Bastantes charlatanes tenemos como éste.

Se vió obligado á bajarse. Vernet le volvió á abrir la puerta. Algunos hombres quisieron aprovecharse de esta circunstancia para entrar al mismo tiempo que él: pero Vernet dejó

caer tres veces su puño y tres hombres fueron rodando por el suelo como toros derribados por la maza del carnicero. Los demás se retiraron. Doce defensores como Vernet hubieran salvado al mariscal; y sin embargo, aquel hombre era también realista: profesaba las opiniones de los que combatía, y para él como para ellos el mariscal era un enemigo mortal; pero tenía un corazón noble: quería un juicio y no un asesinato.

Entretanto un hombre había oído lo que se había dicho á Mr. Chamans a propósito de su traje, y había ido á ponerse el suyo. Aquel hombre era Mr. Dupuy, hermoso y digno anciano, con cabellos blancos, rostro apacible y voz conciliadora. Volvió con su traje de maire, su faja y su doble cruz de San Luis y, de la legión de honor: pero ni su edad, ni su título impusieron á aquellos hombres; ni aun le dejaron llegar hasta la puerta. Lo echaron al suelo y le pisotearon, su traje y su faja fueron hechos pedazos, manchadas sus cañas de polvo y sangre. La exasperación se hallaba en su colmo. Entonces se presentó la guarnición de Avignon: se componía de cuatrocientos voluntarios formando un batallón que llamaban el Real de Angulema. Iba mandado por un hombre que se titulaba teniente general del ejército libertador de Vaucluse. Aquella tropa se colocó bajo las ventanas mismas del hotel del Palacio Real. Hallábase compuesta casi enteramente de provenzales hablando el mismo patois que los mozos de cordel y gente del pueblo. Preguntaron estos á los soldados qué venían á hacer allí y por qué no les dejaban hacer tranquilos su justicia, y si iban á estorbarlo.

—Muy al contrario, respondió uno de los soldados: echadle por la ventana y nosotros le recibiremos con las puntas de las bayonetas.

Gritos de atroz alegría acogieron esta respuesta á la que siguió un silencio de algunos instantes. Fácil era conocer que aquel pueblo se hallaba aguardando y que aquella calma no era mas que aparente.

En efecto, muy pronto nuevas vociferaciones se dejaron oír, empero esta vez en el interior del hotel. Se había destacado un grupo del tropel. Guiado por Farges y Roquefort había, por medio de escalas, subido por las paredes y dejándose resbalar desde el tejado habían caído en el balcón que daba cerca de las ventanas del cuarto del mariscal, el que descubrieron sentado y escribiendo. Precipitáronse los unos al través de la ventana sin abrirla, mientras que otros se lanzaban por la puerta. Sorprendido el mariscal, rodeado así de pronto, se levantó, y no queriendo que la carta que escribía al comandante austriaco para reclamar su protección cayese en manos de aquellos miserables, la hizo pedazos. Un hombre que pertenecía á una clase mas elevada que los otros, y que aun lleva la cruz que recibió por la conducta que había observado

sin duda en esta ocasión, se adelantó hácia el mariscal con la espada en la mano y le dijo: que si tenía alguna disposición que hacer, la hiciese pronto, porque no le quedaban mas que diez minutos que vivir.

—¿Qué estais diciendo de diez minutos? exclamó Farges dirigiendo el cañon de una pistola al pecho del mariscal.

El mariscal levantó la boca del cañon con la mano, salió el tiro, y la bala fué á dar á la cornisa.

—¡Torpe! dijo el mariscal encogiéndose de hombros, ¡que no sabes matar á un hombre á boca de jarro!

—Es verdad, respondió Roquefort, vais á ver como se hace eso.

Y al mismo tiempo apuntó al mariscal con una carabina: salió el tiro, y el mariscal cayó redondo muerto. La bala le había atravesado el pecho, y había ido á clavarse en la pared.

Aquellos dos tiros fueron oídos en la plaza y habían hecho saltar de gozo al populacho. Respondió á ellos con verdaderos aullidos. Un miserable llamado Cadillan corrió entonces al balcón que daba á la plaza, y llevando en cada mano una pistola, que ni aun se había atrevido á descargar sobre el cadáver, se puso á bailar enseñando las inocentes armas.

—¡Estas son las que han dado el golpe!

Mentía el jactancioso, y se alababa de un crimen cometido por asesinos mas atrevidos. Detrás de él venía el *general del ejército libertador de Vaucluse*: saludó graciosamente al público.

—El mariscal se ha hecho justicia, dijo: ¡viva el rey!

Gritos, en los que á la vez había alegría, venganza y odio, se alzaron en aquel momento de aquella inmensa muchedumbre, y el procurador del rey y el juez de instrucción, se pusieron en el acto á redactar el proceso del suicidio. Habiéndose terminado todo, monsieur Moulin quiso al menos salvar los efectos preciosos que contenía el carruaje del mariscal. Halló en la maleta 40,000 francos; en el bolsillo una caja de tabaco guarnecida de brillantes; y en las bolsas del carruaje un par de pistolas y dos sables, el uno con puño guarnecido de piedras preciosas. Era un regalo del desgraciado sultán Selim.

Al atravesar Mr. Moulin el patio con aquellos objetos, el sable de distinción fué arrancado de sus manos por el comandante de voluntarios, que le conservó cinco años como un trofeo.

En 1820 se vió obligado á entregarlo al mandatario de la mariscal Brune. Aquel oficial conservó sus grados bajo la restauración y solo fué destituido en 1830.

Puestos á buen recaudo y seguridad estos objetos, Mr. Moulin escribió á Mr. Puy para que hiciese transportar el cadáver del maris-

cal á la capilla, á fin de que desapareciese la muchedumbre, y de que pudiesen salir los edecanos: el maire envió un comisario de policía con la caja mortuoria y cuatro mozos.

Al desnudar al mariscal para comprobar su defuncion, Mr. Moulin percibió un cinto que llevaba alrededor del cuerpo; lo desató y lo puso en seguridad: contenía 4,000 francos.

Todos estos objetos han sido religiosamente entregados á la mariscalá.

El cuerpo del mariscal Brune fué colocado sobre la caja y bajado sin oposicion: pero apenas habian dado los mozos que lo llevaban veinte pasos en la plaza, cuando resonaron por todas partes los gritos ¡al Ródano! ¡al Ródano!

Habiendo querido hacer resistencia el comisario de policía, lo arrojaron al suelo y lo atropellaron. Los mozos recibieron la orden de cambiar de camino: obedecieron. La muchedumbre lo arrastró hácia el puente de madera: llegados al cuarto arco les arrancaron la caja de las manos, y el cuerpo fué precipitado, y á los gritos de *¡los honores militares!*... descargaron todos las escopetas sobre el cadáver, que recibió dos nuevas balas.

Escribieron con letras encarnadas, con almazarron, en el arco del puente, *sepulcro del mariscal Brune*.

El Ródano no quiso ser cómplice de aquellos hombres; hizo sobrenadar el cadáver que sus asesinos creian sumergido. Al dia siguiente se hallaba detenido sobre las playas de Tarascon, pero ya habia llegado allí la noticia del asesinato. Habiendo sido reconocido el cuerpo por sus heridas, lo volvieron á arrojar al Ródano y el rio continuó llevándolo hácia el mar.

Tres leguas mas lejos se detuvo por segunda vez enredado en unas yerbas. Un hombre de unos cuarenta años y un jóven de diez, le vieron y lo reconocieron tambien: pero en lugar de volverlo á arrojar al Ródano lo sacaron á la orilla, lo llevaron á la hacienda de uno de ellos, y lo enterraron religiosamente. El de mas edad de los dos hombres era Mr. de Chartrouse y el mas jóven Amadeo Pichot.

Fué exhumado el cuerpo por orden de la mariscalá de Brune, transportado á su hacienda de San Justo, en Champaña, embalsamado, colocado en un cuarto cerca de su alcoba, y allí permaneció cubierto con un velo, hasta que un juicio público y solemne, lavó su memoria de la acusacion del suicidio: entonces, y solo entonces, fué enterrado por sentencia del tribunal de Riom.

Los asesinos que se habian sustraído á la venganza de los hombres no escaparon á la justicia de Dios: casi todos tuvieron un fin miserable, Roquefort y Farges se vieron atacados de estrañas y desconocidas enfermedades semejantes á aquellos antiguos castigos

que enviaba la mano de Dios á los pueblos que queria castigar. Farges sintió un encogimiento de la piel y unos dolores con tanta inflamacion y tan devorante que le tenian que enterrar vivo hasta el cuello para refrescarlo. Roquefort tuvo una gangrena que le atacó la médula de sus huesos, y descomponiéndoselos le quitaba toda resistencia y toda solidez, de modo que no podia sostenerse en sus piernas y andaba arrastrando como un reptil. Los dos murieron en medio de atroci-simos dolores y echando de menos el cadalso que les hubiera evitado tan horrendas agonias.

Puntiagudo, condenado á muerte por el tribunal de los Asises de La Drome por haber asesinado á cinco personas, fué abandonado por su partido. Durante algun tiempo se vió en Avignon á su muger enferma y deforme ir de casa en casa pidiendo limosna para el que durante dos meses fué el rey de la guerra civil y del asesinato: despues la vieron muda no pedir ya nada mas y cubierta con un arapo negro: Pontiagudo habia muerto no se sabe donde, en un rincon, en el hueco de alguna roca, en el fondo de algun bosque, como un tigre viejo á quien han cortado las uñas y arrancado los dientes.

Nadaud y Magnan fueron condenado cada uno á diez años á galeras: Nadaud murió en ellas: Magnan ha salido, y fiel á su vocacion de muerte es hoy mozo de la limpieza pública encargado de envenenar los perros.

Hay otros todavía, que viven, que tienen destinos, cruces y charreteras, que se pasean en su impunidad, y creen sin duda haber escapado á la mirada de Dios.

Aguardemos.

## LA FUENTE DE VAUCLUSE.

Cuando se ha visto en Avignon el palacio de los papas, que acabamos de describir: la iglesia de los dominicos, que es una transicion del género romano al gótico, cuyo pórtico data del siglo X, y encerrando el sepulcro de Juan XXII, que es del gótico florido, de un trabajo, de una elegancia y de una ligereza admirable: cuando se ha visitado el museo, legado por Mr. Calvé á la ciudad, que contiene una galeria de cuadros, algunos trozos antiguos entre los que hay una cabeza de Caracalla representada en pasta, y muchos fragmentos de la edad media, de que hace parte el sepulcro de Jacobo II de Chabannes, que inútilmente habiamos buscado en el patio del maestro de posta de La Palissa: en fin,

cuando se ha estado encerrado una hora en el cuarto número 3 donde aconteció el horrible suceso que hemos contado á nuestros lectores en el capítulo anterior, se ha visto todo en Avignon, y para descansar de las fatigas de sus recuerdos de asesinatos de la Nevera y de los ahogamientos del Ródano, es preciso tomar un carruage en casa de Boyer, pedir que lo guie su hijo, mozo alegre de buen humor, infatigable é inteligente, é ir en una buena mañana á visitar la fuente de Vaucluse animada todavía con la memoria de Petrarca y de Laura.

No entraremos en discusion ninguna sobre la existencia ó la no existencia de aquella vision celeste á la que el poeta ha dado una forma material. Volúmenes enteros han sido escritos en pro ó en contra: poco nos importa; porque para nosotros no solamente ha existido Laura si no que existe todavía: tal es el poder del genio, crea como Dios, y mas que Dios que cuenta nuestros dias, el genio da á la obra de su imaginacion una vida eterna.

Beatriz, Ofelia y Margarita, no han existido probablemente mas que en los sueños de Dante, de Shakespeare, y de Goethe; pero preguntamos nosotros. ¿la mano del Señor ha fabricado nunca de nuestro bárro humano nada mas perfecto?

El camino que conduce de Avignon á Vaucluse es delicioso y se parece mucho al de Roma á Frascati: El fondo de la montaña es el mismo: la misma pureza del aire colora con los mismos tintes un horizonte igual. Avignon, como su reina, fué ciudad pontifical, y si le falta Capitolio, tuvo al menos su Vaticano.

Algun tiempo antes de llegar á las montañas, se encuentra la pequeña poblacion de la Isla, pintorescamente situada como lo indica su nombre sobre una lengua de tierra rodeada de agua; esta agua es la de la fuente de Vaucluse, que profunda, espumante y rápida, á una media legua de su manantial se divide en siete brazos todos navegables, y abandona su poético nombre, que no quiere comprometer, haciendo andar molinos y mover máquinas de manufacturas, para tomar el de la Sorgue. Ordinariamente en esta poblacion se deja el carruage para tomar una vereda que muy pronto se interna en la montaña.

Algunos pasos del objeto de nuestro viaje, encontramos una posada que tiene un antiguo cocinero del duque de Otranto lleno de la importancia de sus funciones. Le preguntamos si nos podria servir una comida.

—No, señores, nos respondió: no os podré servir una comida: os haré comer y nada mas. Cuando se quiere comer en mi casa, es preciso prevenirlo con tres dias de anticipacion.

Como habiamos ido allí con otro objeto que el de tener un festin, le respondimos

que por aquel dia nos contentariamos con comer, y nos volvimos á poner en camino, indicándole la hora en que volveriamos á hacerlo.

La fuente de Vaucluse que ha inspirado á Petrarca algunos de sus mas lindos versos, forma un estanque ó recipiente de cincuenta pasos de circuito casi, pero cuya profundidad no ha podido determinarse. Cuando la vimos acababa de crecer en tres dias ciento treinta pies poco mas ó menos. Cuando merma ó disminuye, lo que le sucede sin causa aparente, el agua se hunde y su recipiente presenta el aspecto de un vasto embudo al que con el auxilio de las piedras y de las rocas se puede bajar con bastante facilidad. Entonces se ve en la roca cortada á pico que domina la fuente de la altura de casi ochocientos pies, la bóveda de la gruta subterránea por la que viene el agua, que entonces cesa de correr por fuera; pero no se seca, sin embargo, nunca lo bastante para que pueda verse el fondo del lecho. Todo al rededor es un caos y dirriase que á un cuarto de legua á la redonda del suelo ha sido trastornado por una conmocion volcánica. A la derecha por la punta de una roca, se desmoronan unas ruinas que llaman la casa de Petrarca, sin que nada venga á apoyar este nombre, que naturalmente les ha dado la ignorancia de los guias.

Permanecimos cuatro horas al lado de esa fuente, sacando el croquis de ella Jadin, y yo leyendo versos de Petrarca. Despues nos separamos de ella con pesar viendo llegar la hora en que debiamos comer.

Volvimos á casa de nuestro huésped, que habiendo sabido que éramos parisienses, habia echado el resto; pero por mas cumplidos que le hicimos, nunca quiso mirar si no como una colacion improvisada los cinco ó seis escelentes platos que nos habia servido. Por lo demas la cuenta, preciso es decirlo, estaba en armonia con la modestia del artista.

Despues de haber echado una última ojeada y dado el último adios á la fuente de poético nombre, volvimos á tomar el camino de Avignon, donde nos aguardaba en casa de Mr. Moulin el mozo de carga Vernet, que habiamos querido conocer. Es un hermoso anciano, digno, sencillo, y todavía vigoroso, que no comprendió nada de nuestros elogios y rehusó nuestro dinero. Hicimos traer ponche del que apenas tomó un vaso. En tanto que hablaba conmigo y sin que él lo conociese, Jadin sacó su retrato muy parecido. Despues cuando lo hubo concluido se lo dió. El pobre Vernet no volvia en sí de su sorpresa. Por mucho tiempo creyó que nos queriamos burlar de él; en fin, sin querer reconocer que merecia nuestros cumplimientos, concluyó por convencerse de la sinceridad de ellos.

Hácia el fin de la noche nuestro digno huésped, que como se ha visto observó una conducta tan honrosa y tan valiente en la des-

graciada jornada del 2 de agosto, vino á hacernos compañía. Habia notado yo muchas veces la atencion con que me miraba. Picado de aquella perseverancia, le pregunté la causa.

—¿Os llamais Mr. Alejandro Dumas? me dijo.

—Si.

—Perdonad mi indiscrecion. ¿Seriais acaso el hijo del general Alejandro Dumas?

—Justamente.

—Ya lo creia yo en vuestro parecido. He conocido á vuestro padre.

—¡Ah! ¡ah!

—Es decir, lo he conocido como un sargento conoce á su general.

—¿Habeis servido á sus órdenes?

—He hecho todas las guerras de Italia y del Tirol: hablabais de fuerza, ¡vuestro padre si que tenia buenos puños!

—Espero, mi querido Moulin, que nunca os habrá dado pruebas de ellos.

—Os equivocais: una y pesada.

—¡Bah!

—No le tengo rencor: era por mi bien.

—Contadme eso.

—Imaginaos que nos hallábamos de guaricion en Plasencia: como todos los días los habitantes de la ciudad asesinaban á algunos de los nuestros, el general habia prohibido en la órden del día á los soldados y oficiales salir sin sus armas. Yo era muchacho en aquella época, no tenia miedo de nada, conocia mi fuerza, y no me daba cuidado de emprenderla á golpes con tres hombres: de modo que sali un dia como un buen paisano con las manos en los bolsillos, sin sable ni bayoneta. Estaba echándola de buen mozo en la plaza cuando llega á caballo vuestro padre: veo que se dirige á mi y dije:

—Buena la he hecho.

Efectivamente me habia guipado.

—¿Por qué no llevas sable? me dijo.

—Mi general...

—Bergante, ¡quieres que te asesinen! ¡Aguarda! guarda!

Y al decir esto me agarra por el cuello, pone su caballo á galope, y me hace volar durante diez minutos rasando la tierra como una golondrina; despues sin detenerse me tira en el cuerpo de guardia diciendo:

—Veinte y cuatro horas en el calabozo á este moceton.

Las cumpli desde aquel momento: no es eso lo que mas me humilló, sino el haber atravesado por Plasencia llevado en el aire como un simple maniquí.

—Y bien, sargento, me dijo en la primera revista.

—Y bien, general, le respondi, hasta hoy creia que nadie me vencia en fuerza; pero á vuestro lado soy un niño de teta.

—Vamos, vamos, ahí tienes un Luis, vete á echar un trago á mi salud con tus camara-

das, y cuidado de salir otra vez sin sable.

La segunda recomendacion era inútil: de la primera no me olvidaba.

Alargué la mano al veterano que habia tocado la mano de mi padre, y que tan bien se habia acordado de su primer oficio cuando habia sido necesario defender á aquel otro general que sin ser mi padre me llamaba tambien su hijo.

## EL PUENTE DE GARD.

A la mañana siguiente á las siete, fuimos despertados por nuestro sabio ciccone. Venia á buscarnos para ir á visitar el puente de Villanueva de Avignon. Dijimos á Boyer que fuese á aguardarnos al camino de Nimes: atravesamos el puente de madera de la isla del Ródano, el segundo puente de barcas, y nos hallamos en Villanueva.

Al buscar un punto desde el cual pudiéramos tomar una vista de la ciudad, vimos un jóven que habia encontrado el suyo, nos aproximamos á él, y reconocimos un excelente amigo, Pablo Huet, el poeta pintor, el hombre de las tristes playas y las salvages Landas, y los grandes horizontes. Era una maravilla encontrarle así á doscientas leguas de Paris, sin haberle dado cita, y con un dibujo enteramente hecho. Aguardamos á que le hubiese dado los últimos toques de la entonacion. Despues pasó inmediatamente desde su cartera á la nuestra y nos pusimos á visitar á Villanueva.

Los monumentos góticos de Villanueva, son desde luego una hermosísima torre del siglo XIV, tallada en punta de diamante, que uniéndose con otras á las ruinas de una fortaleza se hallaba probablemente destinada á dominar el puente de San Benezet, enfrente de la que se halla colocada.

Despues una iglesia de la misma época casi, que pertenece como arquitectura al gótico de fines del siglo XIII, encierra un descendimiento de la cruz de un maestro italiano, tal vez el Giotto, que al venir á pintar la capilla del palacio habria al mismo tiempo pintado aquel cuadro de un magnifico colorido, pero colocado de modo que se necesita tener un grande instinto de artista para ir á visitarle. No es esta la sola pintura notable que se halla enterrada en aquel agujero: el hospital posee una página del siglo XV que no cede en nada á los frescos del campo santo de Pisa. Es una imitacion de Orcagna y de Simon Memmi y que representa el Juicio

final. La Trinidad ocupa lo alto del cuadro: la Virgen se halla sentada debajo del Espíritu Santo, entre el Padre y el Hijo, envuelta la mitad en el ropaje de estos dos celestes personajes. Al rededor de ellos están los ángeles con las alas verdes y encarnadas, que recuerdan la manera bizantina, y á sus pies los condenados y los demonios.

Atribuye una tradicion popular este cuadro al mismo René, á quien yo perdonaria entonces el haber sido tan pobre rey en gracia de haber sido tan gran pintor. Se enseñan entre los ángeles los retratos de muchos señores de la corte provenzal que permanecieron fieles al rey en su mala fortuna, y entre los condenados los retratos de los que, como Judas, le vendieron á dinero contante.

En fin, en un rincon de la cartuja, vendida en diferentes lotes en la época de la revolucion, en una corraliza perteneciente á un pobre cavador, magníficos restos rodeados de ruinas, yace el sepulcro de Inocencio VI, maravilla del siglo XIV, comparable al de Juan XXII por lo esquisito del trabajo de sus torres, columnitas y follage. Desgraciadamente las figuras que adornaban el pedestal han sido arrancadas unas tras otras y vendidas, y la estatua del papa tiene la cara y las manos mutiladas.

Al fin, despues de medio siglo, conoció Avignon que poseia en su término una obra maestra de escultura y quiso trasladarla á su museo. Por su parte ilustrados con este paso los habitantes de Villanueva, quisieron echarla de aficionados, y se opusieron á la traslacion del sepulcro: de modo que el tesoro disputado permanece espuesto á las injurias de los muchachos, tan destructores, sobre todo, cuando pueden descargar sus golpes sobre un simulacro humano.

Cuando vieron que nos lamentábamos de esta barbarie, nos tranquilizaron asegurándonos que acababan de tomarse medidas para que el sepulcro fuese trasportado á una de las capillas del hospital.

Una curiosidad mas moderna y no menos notable de Villanueva de Avignon, es la belleza de sus mugeres.

No encontramos ni una sola que no fuese notablemente linda. Preguntamos al hombre que nos acompañaba, si sabia por qué razon era esto.

—Caballeros, nos dijo, es la cosa mas sencilla del mundo: hemos tenido aqui hasta la revolucion, un convento de cartujos y de benedictinos que todos eran arrogantes mozos.

Interrumpimos á nuestro sencillo cronista; sabíamos todo lo que deseábamos saber.

Llegado el momento de incorporarnos con nuestro carnage, nos separamos de nuestro nuevo amigo R... deseándole que sus trabajos le proporcionasen una colocacion en Paris. Huí no teniendo nada mas importante

que hacer, nos acompañó hasta el puente de Gard.

Al cabo de dos horas de camino casi, llegamos á Remoulins: alli se encuentra por primera vez el Gard, que toma su nacimiento cerca de San German de Calberta; se atraviesa por un puente de alambre, verdadero columpio suspendido de cuatro columnas acanaladas, finas y aéreas como él. El efecto producido por este modelo de ligereza es tan grande que un aficionado al baile ha escrito sobre aquellas columnas: *Puente Taglioni*. Le ha quedado el nombre de esta célebre bailarina.

Desgraciadamente para esta alhaja de la industria moderna, tiene un vecino, que como la montaña de iman de las Mil y Una Noches atrae tan rápidamente al viajero á sí, que apenas se tiene tiempo de echarle una ojeada.

Echamos pie á tierra á fin de dejar á nuestro caballo, que debia llevarnos la misma tarde á Nimes, tiempo para descansar, y nos internamos con un guia del pais por un atajo, que abrevia el camino casi un cuarto de legua. Andábamos hacia cuarenta minutos por la falda de una montaña pregulando siempre en nuestra impaciencia, cuando llegábamos á ella, cuando de pronto percibimos encima del sombrío follage de las verdes encinas y olivas destacándose sobre un cielo azul, dos ó tres arcos de color tibio y amarillento: era la cabeza del gigante romano.

Continuamos adelantando y al primer recodo que hizo la montaña, lo abarcamos en todo su conjunto casi á cien pasos de nosotros.

Imposible es formarse una idea del efecto producido por aquella cadena granítica que reúne dos montañas, por aquel arco iris de piedra que llena todo el horizonte, por aquellos tres pisos de pórticos que han dorado espléndidamente diez y ocho siglos de sol.

Yo he visto algunas de las maravillas de este mundo: Westminster, orgullosa con los sepulcros de sus reyes. La catedral de Reims, con piedras transparentes como un encage; aquel almacén de palacios que se llama Génova; Pisa y su torre inclinada; Florencia y su cúpula; Terni y su cascada; Venecia y su plaza de San Marcos; Roma y su Coliseo; Nápoles y su puerto; Catania y su volcan: yo he bajado el Rhin, arrebatado como una flecha, y he visto pasar por delante de mí, á Strasburgo y su maravilloso campanario, que se creeria edificado por las hadas: yo he visto salir el sol sobre el Righi y ponerse detrás del Mont-blanc: pues bien, nada he visto que me haya parecido tan hermoso, tan grande, tan virgiliano como esa magnífica epopeya de granito que se llama el puente de Gard, escepto el templo de Sejesta, perdido tambien en un desierto.

Entonces me vino el recuerdo del puente de Remoulins que se ha construido para evi-

tar al viagero el trabajo de pasar sobre el puente de Gard. En efecto, gracias á esta industriosa combinacion, el que anda quinientas leguas para ir á ver el Campo-Santo, la columna Trajana y Pompeya, hace dos leguas menos, y pasa sin saberlo cerca de una maravilla que no volverá á encontrar en ninguna otra parte.

Ademas, aquellos dos puentes son exactamente el emblema de las dos sociedades que les han dado nacimiento, y ofrecen el contraste perfecto del genio antiguo y moderno.

El uno lleno de fé en si mismo, descansando sobre su base colosal, creyendo en su porvenir secular, edifica para la eternidad; el otro, escéptico, inconstante, frívolo, y comprendiendo el progreso diario, construye monumentos provisionales para la generacion que pasa: el uno se llama el puente Agrippa, el otro el puente Seguin.

En efecto, fué, dicen, el yerno de Augusto, el *curator perpetuus aquarum* el que vino á renovar en las Galias algunas de las construcciones hidráulicas de que habia dotado á Roma. Nimes, la rival de Arlés, carecia de agua, pero habia en Uzès, á siete leguas de alli, una fuente abundante, sana y cristalina. Agrippa dió orden á su pueblo de soldados, de llevar aquel manantial al punto donde lo llamaba su voluntad, y se alzó un acueducto bajo las manos de un ejército, trepando las colinas, horadando las rocas, uniendo montañas, atravesando estanques, pasando por debajo de poblaciones, y en fin, desembocando en Nimes, donde trajo aquella agua laboriosa que alternativamente habia pasado por en medio de las nubes, y atravesado las profundidades de la tierra. Seguramente la moderna civilizacion ha producido por la industria y el comercio, descubrimientos magníficos: empero si Agrippa hubiese conocido los pozos artesianos, no hubiéramos probablemente tenido el puente de Gard.

Despues de habernos detenido así asombrados ante el conjunto, examinamos los detalles. Se compone el puente, como hemos dicho, de tres órdenes de arcos: al pie del primero pasa el Gard, en los costados del segundo los viageros, y encima del tercero el agua que tomaba su origen en Uzès. Los arcos inferiores son en número de seis, los arcos intermediarios en número de once, y los arcos superiores en número de treinta y cinco.

Subí hasta encima de estos últimos, y entré en el acueducto. Es bastante elevado para que un hombre pueda andar por el y recorrerlo sin doblarse. Su cubierta se halla formada de piedras de un solo trozo de ocho pies de largo sobre dos y medio de ancho, y puestas las unas al lado de las otras sin garfios ni argamasa.

Desde la cumbre aérea de aquel monumento que domina todo el valle de Gard, vi á Jadin y á Huet pelcarse en medio de una turba

de bohemios ó gitanos que habia salido de una gruta que les sirve de habitacion, cuando les da la gana de bajar de los Pirineos. Era un espectáculo demasiado nuevo para mis ojos para que no me diese prisa á ir á llevarles mi limosna. No hablaban francés, pero con ayuda del italiano llegamos á entendernos. Viajaban en Francia por gusto, sin mas objeto que vivir en ella, sin mas esperanzas que la caridad pública, y probablemente sin mas industria que el robo. Afortunadamente éramos cuatro, y Jadin y yo teníamos terciadas nuestras escopetas. Confieso que solo y sin armas me hubiera parecido el encuentro menos pintoresco y mas peligroso.

Las invasiones de los bárbaros fueron las que pusieron inservible el acueducto romano: hasta se dice que los visigodos al atravesar el Languedoc para ir á España, intentaron destruirlo: pero dispuestos á poner manos á la obra de destruccion, tuvieron vértigos y mareos al verlo tan grande y ellos tan pequeños, y cual los bandidos del Ariosto, se prosternaron ante el gigante.

En 1564, Carlos IX hizo un viage al Mediodía de la Francia, y visitó el puente de Gard. Fué allí recibido por el duque de Crussol, que le dió una fiesta en las márgenes del rio. En el momento en que el rey pasaba por delante de las grutas donde encontramos á los bohemios ó gitanos, salieron de allí doce doncellas vestidas de ninfas, y le presentaron pasteles y confites.

El puente permaneció virgen y tal cual habia salido de manos de sus antiguos obreros, hasta 1747, época en que pegaron á él una calzada destinada al paso de los viageros y de los carruages. Las autoridades de Nimes estuvieron tan orgullosas de aquella maravillosa idea que afeaba y echaba á perder una obra maestra, que hicieron acuñar una medalla con esta leyenda: *Nunc utilius*. Estaba reservado al siglo XVIII deshonorar el monumento que no se habian atrevido á derribar los bárbaros del siglo XV.

Tan asombrados estábamos con nuestro puente, que no nos separamos de él hasta entrada la noche, y entonces fué magnífico todavía el ver bajar la sombra en aquel valle, y seguir sobre aquellas doradas piedras la degradacion de la luz. Desgraciadamente no habia luna, porque si no, creo que nos hubiéramos quedado para verlo á los rayos nocturnos como lo habiamos visto á los claros del sol. Resultó de esta admiracion esclusiva, que no pudimos distinguir nada del pasage de Remoulins á Nimes. Cuando se ha visto el puente de Gard, es preciso cerrar los ojos, y no volverlos á abrir, sino delante de las Arenas ó en la Casa cuadrada.

## REBOUL.

Habia en Nimes una cosa mas curiosa todavía para mí que un monumento: era su poeta. Tenia una carta de recomendacion de Tailor para él y llevaba este singular sobre: á *Mr. Reboul, poeta y panadero.*

Habia leído algunos de sus versos y me habian parecido muy hermosos; pero habia quedado en mi ánimo una cierta preocupacion parecida á la del maestro Adam y Lantara.

La primera cosa en que pensé al desperdarme en la capital de Gard fué en Reboul. Un jóven á quien encontré al salir del hotel y á quien pregunté sus señas, no solamente me las indicó, si no que habiéndole chocado la curiosidad de un extranjero se ofreció á acompañarme: acepté.

Antes de llegar á nuestro objeto pasamos por delante de las Arenas. Volví la cabeza á otro lado á fin de que el coloso romano que debia visitar á su vez no viniese á distraer en aquel momento ni mis ojos ni mis pensamientos.

—Pasamos por delante de las Arenas, me dijo mi guia.

—Gracias, no las veo, respondí.

Cincuenta pasos mas allá se detuvo en el ángulo de una callejuela.

—Mirad, en aquella casa vive Reboul.

—Mil gracias; ¿sabeis si lo encontraré ahora?

El guia alargó la cabeza á fin de penetrar su mirada al través de la puerta que se hallaba entornada.

—Esta en su tienda, me respondió, y se marchó.

Quedéme un momento pensativo con mi carta en la mano. ¿Qué iba á dominar en la recepcion que me preparaba aquel hombre, ó su naturaleza ó su estado? ¿Me hablará de poesia ó de harina, de academias ó de agricultura, de publicaciones ó de cosechas? Sabia ya que lo encontraría grande, empero no sabia si lo encontraría sencillo.

Entré.

—¿Es al señor de Reboul al que tengo el honor de hablar?

—Al mismo.

—Una carta de Tailor.

—¿Qué hace ahora?

—Prosigue la mision de arte que ha emprendido, y como sabeis es una de esas existencias consagradas á buscar lo hermoso, y que pasa su vida soñando una gloria mas grande para su patria y sus amigos, sin pensar que gasta para los demas su salud y su fortuna.

—Está bien; veo que le conoceis.

Y comenzó á leer la carta que le habia entregado.

Examinábale yo entretanto: era un hombre de treinta y tres á treinta y cinco años, de estatura mas que mediana, color moreno casi árabe, cabellos negros y relucientes, y dientes de esmalte. Al llegar á mi nombre, separó los ojos de mi carta y los fijó en mí, y entonces ví que tenia dos ojos magníficos, de esos ojos indianos, aterciopelados y poderosos, formados para espresar el amor y la cólera.

—Caballero, me dijo, tengo muchísimas atenciones que agradecer al baron Tailor, y no sé nunca como pagárselas.

Me incliné entonces saludándole.

—Pero, continuó, ¿me permitis que os trate con franqueza y libertad?

—Os lo suplico.

—Venis á ver al poeta y no al panadero ¿no es esto? Porque yo soy tahonero desde las cinco de la mañana hasta las cuatro de la tarde: desde las cuatro hasta las doce de la noche soy poeta. ¿Queréis panecillos? Que-daos, los tengo escelentes. ¿Queréis versos? Volved á las cinco os los daré malos.

—Volveré á las cinco.

—¡María! (En este momento dos ó tres parroquianos entraron) veis, me dijo; no tendríamos un instante libre.

Los sirvió. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta del cocedero y se presentó un mozo.

—El horno está caliente, mi amo.

—Llamad á María á la tienda: ya la he llamado, pero no me ha oido: yo mismo coceré.

Una muger de cierta edad vino á colocarse en el mostrador.

—Hasta las cinco, me dijo.

—Seguramente.

Y se entró para cocer sus panes.

Yo salí singularmente preocupado de aquella mezcla de sencillez y de poesia. ¿Era todo esto afectado ó natural? ¿Representaba este hombre una comedia ó seguia simplemente el doble mecanismo de su organizacion? Esto es lo que en lo sucesivo iba á saber.

Caminé á la ventura durante las tres horas que debian separar esta entrevista de la segunda: no sé que es lo que ví: me hallaba sumergido en las abstracciones sociales.

Este pueblo del que ha salido todo hace cincuenta años, despues de haber dado á la Francia soldados, tribunos y mariscales iba á proveerla de poetas. La mirada de Dios habia penetrado en lo mas profundo de nuestra Francia: este pueblo tenia su Lamartine.

Volví á la hora dicha: Reboul me aguardaba á la puerta de la calle. Su tienda, siempre abierta, se hallaba fiada para los detalles de la venta á la muger de confianza que le

había reemplazado por la mañana. Dió algunos pasos para salirme al encuentro. Había cambiado de vestido; el que llevaba era muy sencillo, pero muy limpio, y era un término medio entre la gente decente y la del pueblo.

Subimos por una escalera de caracol y nos hallamos en un granero, en cuyo suelo estaba amontonado en porciones separadas trigo de diferentes calidades. Pasamos por una de las calles que aquellas montañas alimenticias formaban entre sí y al cabo de diez pasos nos hallamos en la puerta de su cuarto.

—Ya estamos, me dijo Reboul cerrando la puerta, separados del mundo material: vamos ahora á ocuparnos del mundo de las ilusiones. Este es el santuario: la oracion, la inspiracion y la poesia tienen únicamente derecho á entrar aqui. En este cuarto que tan sencillo veis he pasado los dias mas dulces de la vida, los del trabajo y de la meditacion.

En efecto, aquel cuarto era de una sencillez casi monástica; la cama y la ventana tenían cortinas blancas, algunas sillas de paja, y una mesa de despacho de nogal formaban todo el mueblaje: en cuanto á la biblioteca se componia de dos volúmenes: la Biblia y Corneille.

—Comienzo, le dije, á comprender vuestra doble vida, que hasta ahora me parecia incomprendible.

—Nada es mas sencillo, sin embargo, me respondió Reboul, la una sirve á la otra: cuando trabajan los brazos descansa la cabeza, cuando los brazos descansan la cabeza trabaja.

—Perdonadme mis preguntas.

—Hacedlas.

—¿Sois de familia distinguida?

—Soy hijo de un jornalero.

—¿Habreis recibido al menos alguna educacion?

—Ninguna.

—¿Quién os ha hecho poeta?

—La desgracia.

Miré en derredor mio: todo parecia tan reposado, tan dulce, tan feliz en aquel cuartito que la palabra desgracia pronunciada no parecia deber encontrar alli eco.

—Buscais una explicacion á lo que acabo de deciros, ¿no es verdad? continuó Reboul.

—Y os confieso que no la encuentro.

—¿No habeis pasado jamás sobre un sepulcro sin saberlo?

—Si tal, pero veia la yerba mas verde y las flores mas frescas.

—Pues bien, eso es: yo me habia casado con una muger que amaba: mi muger habia muerto.

Le alargué la mano.

—¿Comprendeis ahora? continuó. Sentí un dolor á que en vano traté de dar expansion.

Los que me habian rodeado hasta entonces eran hombres de mi clase, de almas dulces y

compasivas, empero ordinarias; en lugar de decirme, llorad y lloraremos contigo, trataron de consolarme. Mis lágrimas que no hacian mas que derramarse reduyeron hasta mi corazon y lo inundaron. Busqué la soledad y á falta de almas que pudieran comprenderme me quejé á Dios.

Estas solitarias y religiosas quejas tomaron un carácter poético y elevado que jamás habia yo notado en mis lágrimas, mis pensamientos se formularon en un idioma casi desconocido de mi mismo, y como se dirigia al cielo á falta de simpatias en la tierra, el Señor les dió alas y subieron á él.

—Si, eso es, le dije yo, como si me hubiese explicado la cosa mas sencilla del mundo, lo comprendo ahora; los verdaderos poetas son los que se forman asi. ¡Cuántos hombres de talento hay á quienes no falta mas que una gran desgracia para ser hombres de genio!

Me habeis dicho con una sola palabra el secreto de toda vuestra vida: le conozco ahora como vos mismo.

—Añadid, ademas, á los dolores privados los dolores publicos: pensad en el poeta que ve caer en derredor de él, cual las hojas en el mes de octubre, todas las creencias religiosas, todas las convicciones poéticas, y que queda como un árbol despojado aguardando una primavera que no vendrá tal vez. No sois realista, lo sé: asi no os hablaré de nuestra antigua monarquia, esa reina que se marcha como una criada despedida: pero sois religioso. Figuraos, pues, lo que es ver las santas imágenes, á las que desde niño os ha llevado vuestra madre para hacer oracion, derribadas, pisoteadas por los caballos, arrastradas en el lodo; figuraos que veis semejantes cosas en Nimes, en esta vieja ciudad de discordias civiles, donde casi todos los recuerdos son el odio, donde la sangre corre tan pronto y tan largo tiempo. ¡Oh! si yo no hubiese tenido la poesia para quejarme y la religion para consolarme. ¡Dios mio! ¿Qué hubiera sido de mí?

—Todos hemos visto semejantes cosas, creedme, lo que ocasiona que á estas horas todo poeta sea casi por necesidad un hombre social. El dominio de la poesia se ha agrandado en el campo de la politica: la revolucion lo ha labrado con la espada: nuestros padres lo han fertilizado con la sangre: sembremos en él la palabra y retoñarán las creencias.

—Vos tenéis un reino entero, el teatro: yo no tengo mas que un jardin; no importa, cultivaré en él flores, haré coronas y os las echaré en la escena.

—No me habeis citado para decirme lisonjas sino para recíflame versos.

—¿Lo deseais sinceramente, ó no es mas que un asunto de curiosidad ó de cortesía?

—Creia que nos conociamos ya bastante para evitarnos uno á otro semejante pregunta.

—Justamente, estoy á vuestras órdenes: cuando os fastidie me decís que pare y negocio concluido.

Comenzó. Desde los primeros versos noté en su voz esa entonación que pertenece esencialmente á la escuela moderna, esa manera de recitar que me habia tan frecuentemente chocado en casa de Vigny, en casa de Lamartine y en casa de Victor Hugo: y sin embargo, Reboul no conocia en aquella época á ninguno de estos hombres. Me probaba esto una cosa que yo habia creído hacia largo tiempo, y es, que hay en los versos modernos una melodia enteramente diversa de los versos de la antigua escuela.

En tanto que hablaba examinaba yo á aquel hombre: su fisonomía habia tomado un nuevo carácter, el de la fé. Se manifestaba en su esterior una convicción intima á medida que leia y segun lo que leia.

Asi pasamos cuatro horas, derramando él poesia á borbotones y yo diciendo siempre: todavia mas. No le perdoné ninguno de los cajones de su mesa: todo tuvo que salir, manuscritos, cuadernos, hojas volantes: en fin, hasta le señalé con el dedo un borrador que habia en el cartapacio.

—En cuanto á este, me dijo, lo leereis vos mismo mas tarde, mañana.

—¿Por qué?

—Porque son versos que os he dedicado. Los he emborrinado aguardándoos. Pero ahora vamos á ver las Arenas: y no tengais cuidado, no habremos hecho mas que cambiar de poesia: únicamente que os he guardado la mejor para la última.

La casa de Reboul se hallaba, como hemos dicho, inmediata á las Arenas: al final de la primera calle que tomamos, nos hallamos frente por frente de ellas.

Era despues del arco de triunfo y de el teatro de Orange, el primer monumento grande romano que veia. Dimos la vuelta á paso regular de dos hombres que andan hablando, y este paseo nos ocupó un cuarto de hora, despues del cual nos encontramos en la puerta.

Reboul se dió á conocer al conserje, y, aunque habia pasado la hora de la visita, obtuvo que le abriera. Cinco francos que deslicé en la mano del moderno Janitor me colocaron en una alta opinion en su concepto para que me concediese sin dificultad la peticion que le hice de permanecer aun despues de que se hubiese marchado Reboul, á quien yo no podia decentemente hacer pasar la noche al sereno.

Sin embargo, quiso acompañarme en mi primera visita interior. En su consecuencia comenzamos por dentro, en la galeria inferior, el mismo paseo circular que acabábamos de dar esteriormente: despues pasamos á la galeria superior, y de allí por un vomitorio entramos en el circo. Es imposible formar idea

del efecto que produce vista á la claridad de la luna aquella ruina gigantesca. Seguramente que Italia ofrece mas grandes vestigios y que el circo de Tito está construido sobre proporciones mas colosales todavia que el de Antonino, á quien se le atribuye la construccion de las Arenas; pero se llega allí por graduaciones que os llevan al espectáculo que os aguarda. Se ha atravesado para llegar allí el panteon de Agripa, los restos del Capitolio y el arco de Tito: en fin, está en Roma la ciudad de los grandes hombres y de las grandes cosas. Pero en Nimes, en medio de nuestra moderna Francia, sobre una tierra donde ningun hito prepara el pensamiento y la vista á esos restos extraños de una civilizacion olvidada, el esqueleto del gigante sobrepuja todas las previsiones del alma, todos los limites de la imaginacion: todas las preocupaciones del pensamiento.

Fácilmente conoció Reboul el efecto que produjo en mi aquella vista.

—No teneis necesidad de nadie, me dijo, todo lo que yo os podia decir, no valdria lo que os dirán esas ruinas. Os dejo con el espectro de un mundo; preguntadle.

Le alargué y estreché la mano con una incitacion de cabeza. Volvió á entrar por uno de los vomitorios, oi resonar sus pasos algun tiempo todavia en las profundidades del anfiteatro. Se alejaron y apagaron, y quedé solo con el silencio.

Hermosa estaba la noche, aunque un poco nublada: la luna que habia llegado á su mas grande circunferencia, penetraba aquella atmosfera transparente del Mediodia con rayos pálidos y frios, empero bastantes á dar luz, hubiérase dicho que era un crepúsculo del Norte. De tiempo en tiempo el mistral sopla por brisas; se internaba en las galerias; batia sus alas cual un águila, y salia por las aberturas con que la mano del hombre ó el pie del tiempo han agujereado aquel antiguo edificio.

Tenia aquel ruido alguna cosa de indeterminado, de indistinto que helaba el alma y hacia estremecer el cuerpo: tan pronto hubiérase dicho que eran los rugidos de las fieras, tan pronto los gemidos de los gladiadores: á veces tambien una nube se interponia entre la luna y la tierra. Entonces se proyectaba una sombra sobre las Arenas cual un crespon sobre un ataud; cesaba un instante de distinguirse los detalles perdidos en la oscuridad: despues poco á poco, cual si la mano de Dios hubiese tirado de una punta del sudario, el cadáver comenzaba á reaparecer tendido y mutilado.

Dos horas permanecí asi reconstruyendo en mi mente el monumento arruinado y la sociedad estinguida: todos los sitios que habia ocupado, aquella grande generacion romana se hallaban allí todavia visibles y podian ser vueltos á poblar.

Las cuatro primeras gradas, á contar des-

de el suelo, estaban reservadas á los principales personajes de la colonia. Los sitios se hallaban separados, y cada familia noble tenia el suyo marcado con su nombre. A la parte del Norte se levantaba el estrado consular, á la parte del Mediodía el palco de las sacerdotisas. Encima de estos, dos arcos negros indicaban las bóvedas en donde se retiraban en caso de lluvia los privilegiados de César y de Dios. Las diez graderías siguientes separadas de las cuatro primeras por una pared, estaban reservadas á los caballeros, que entraban allí y salían por euarenta y cuatro puertas. Otras diez graderías todavía estaban reservadas al pueblo que entraba en ellas por treinta vomitorios. En fin, el populacho y los esclavos coronaban aquella grande espiral tendida que se mantenía agolpada y en pie contra el ático en que se plantaban los mástiles que tendían el *velarium*.

Los días de fiesta, es decir, los días en que debía correr la sangre, treinta mil espectadores cubrían las gradas, atestaban los vomitorios y se aferraban á los postes; pero acontecía á veces que en el momento en que la fiera ó el hombre comenzaba á luchar, alguna tempestad pasaba y descargaba la lluvia y el relámpago sobre el anfiteatro. Entonces se hacía volver al gladiador á su prision y al león á su foso; los treinta mil espectadores se levantaban espontáneamente y pasaban del recinto á las galerías. La lluvia no encontraba que mojar mas que la piedra; hubiérase creído vacío el monumento á no oírse como abejas en su enjambre, zumbar al pueblo bajo los arcos.

Durante este tiempo el animal lamia sus heridas y el hombre atajaba su sangre; pero en cuanto volvía á aparecer un rayo de sol secando aquellas gradas, dispuestas en declive de modo que pudiesen escurrir el agua; tan pronto como la arena había embebido la lluvia, en el momento en que el cónsul volvía á presentarse en su sitio, los treinta mil espectadores volvían á entrar por los cien vomitorios, se derramaban en las graderías, volvían á ocupar su puesto un instante vacío, y las verjas de la arena vueltas á abrir daban nuevo paso al león y al gladiador.

El sitio donde me hallaba era uno de los mejores conservados del anfiteatro: á mis pies doce ó quince gradas conducían sin interrupción hasta el suelo. Bajé aquella gigantesca escalera cuyos escalones superiores tienen hasta mil quinientos pies de circunferencia y me encontré sobre el suelo mismo de la arena. A los dos costados del recinto y en frente la una de la otra se ven todavía las puertas que daban entrada á los combatientes.

Cuando la invasión de los bárbaros, los visigodos encontraron el anfiteatro, que todavía no tenía mas que tres siglos de existencia, perfectamente conservado, y lo convirtie-

ron en ciudadela, y por consecuencia de su nuevo destino, flanquearon la parte oriental con dos torres que permanecieron en pie hasta 1809. Los sarracenos derrotados en Poitiers por Carlos Martell se refugiaron á su vez tras de sus murallas. El vencedor los persiguió allí, y en todas las puertas exteriores el coloso conserva todavía las señales de las hogueras que encendieron los sitiadores.

Espulsados los bárbaros se estableció una guarnición en la fortaleza antigua, que dió nacimiento á la asociación de las Arenas, compuesta de caballeros unidos entre sí por el juramento de defenderla hasta la muerte. Estos caballeros fueron arrojados á su vez por el movimiento de los ayuntamientos, y el pueblo que heredó á todos, fundó en el recinto del anfiteatro una colonia que subsistía todavía en 1810, y que se componía de trescientas casas habitadas por dos mil habitantes.

Yo no sé si cuando salí de aquella magnífica ruina habían dado las tres de la mañana. Pensé que era tiempo de abandonarla ya. Desperté al conserje y con gran trabajo volví á entrar en mi hotel.

## AGUAS-MUERTAS.

A la mañana siguiente, mientras nos desayunábamos, subió nuestro huésped.

—Estos señores sin duda han venido á Nimes para el herradero, nos dijo.

—¿Qué es eso? respondí yo.

—¡Ah! caballero, es una función muy divertida.

—¿Y qué pasa en esa función?

—Se marcan los toros de la Camarga.

—¿Dónde?

—En el circo.

—¿Y cuándo?

—El domingo próximo.

Nos miramos Jadin y yo: teníamos muchas ganas de ver un herradero, pero desgraciadamente teníamos tasaó el tiempo: nos hallábamos todavía en miércoles, y no podíamos decentemente permanecer en Nimes hasta el domingo. Hicimos esta observación á nuestro huésped.

—Pero, nos dijo, si estos caballeros tratan de hacer una escursión en los alrededores de Nimes, podían pasar en eso esos días.

—Contábamos con ir á Aguas-Muertas y á Saint-Gilles.

—¿Qué dice á eso Jadin?

—Digo que el huésped es un gran estrategico.

—Pues entonces que enganche el caballo al cabriolé, y echemos á andar.

Corri al momento á casa de Reboul que debia venirnos á buscar para enseñarnos las curiosidades de Nimes. Dile parte de nuestra nueva determinacion, que aprobó, sintiendo mucho no poderlos acompañar. Aguas-Muertas era la ciudad de su predileccion. Aguas-Muertas era el manantial á donde iba á sacar poesia cuando se agotaba su vena: Aguas-Muertas, en fin, le habia inspirado algunos de sus mas hermosos versos: de modo que queria aquella poblacion, como se quiere á una querida enferma del pecho á quien se ve morir lentamente á los ojos de uno. En fin, si yo no hubiese desde hace tanto tiempo querido ver la ciudad de San Luis, aquel entusiasmo de Reboul por la Damieta francesa, me hubiera despertado el desco de hacer una peregrinacion á ella.

Media hora despues ibamos á gran trote en el carruage por el camino de Montpellier.

Nuestro cabriolé no pudo llevarnos mas que hasta Lunel: un camino de travesia dirige solo á la pobre ciudad perdida, donde no hay ningun comercio: es preciso ser historiador, pintor ó poeta para visitarla. A medida que avanzábamos, el terreno nivelándose anunciaba la inmediacion del mar.

Pronto nos vimos metidos en medio de inmensas lagunas, cortadas por grandes charcos de agua, en medio de les que se levantaban islotes cubiertos de cañas y tamarices. En el horizonte divisamos hácia la izquierda, un grande y hermoso bosque de pinos de Italia, el rey de los árboles meridionales: á sus pies y en frente de nosotros una linea azulada que era el mar: en fin, á nuestra derecha, un grupo de árboles dando sombra á una quinta, detrás de la cual se ocultaba la ciudad que ibamos á buscar.

Cuanto mas ibamos adelantando, el paisaje iba tomando un carácter triste y silencioso: ningun ser viviente, si no es algun milano asustado por nosotros, que se levantaba lanzando un agudo chillido, ó alguna alondra valanceándose ligeramente en el aire, animaban aquella soledad. Al fin, nos encontramos sobre una calzada, arrojada en medio de dos estanques grandes como lagos. En medio de aquella calzada se elevaba una torre, la torre Carbonera, contemporánea de San Luis, abierta al que quiere entrar en ella, sin guardia que le defienda y con colorido del maravilloso tinte de hoja seca que el sol del Mediodia da á los monumentos que ilumina.

Entretanto, como nos ibamos aproximando, vimos levantarse una especie de aduanero calenturiento, conserje de aquella cenagosa poterna; pero viendo en nuestros vestidos y equipage que no éramos contrabandistas, volvió á sentarse tiritando en una silla colocada al sol y arrimada á una pared. Un perro tendi-

do á sus pies, parecia sufrir como él la influencia mística de aquella triste mansion: era un grupo de una profunda tristeza muy en armonia con el parage.

Nos acercamos á aquel hombre para trabar conversacion con él y le preguntamos si nos hallábamos lejos de Aguas-Muertas; nos respondió que en diez minutos veríamos la ciudad, y en tres cuartos de hora estaríamos en ella. Nos informamos entonces si hacia mucho tiempo que habitaba en aquel sitio. Nos respondió que hacia cuatro años. Habia venido fuerte y lleno de salud; cuatro veranos habian bastado para reducirle al triste estado en que se hallaba.

El desgraciado se moria á costa del gobierno; verdad es que no le costaba caro, le daba cien escudos al año para esto. Nos admiramos de que conociendo la influencia de la localidad, hubiese aceptado aquel destino.

—Qué queréis, nos respondió, es preciso ganarse la vida.

Continuamos nuestro camino admirando á qué grado puede llegar la resignacion humana, y como nos habia dicho nuestro moribundo, al cabo de diez minutos descubrimos á Aguas-Muertas, ó mas bien sus murallas, porque ni una casa sola pasa de su altura, y mas que una ciudad gótica parece una alhaja cuidadosamente encerrada en un estuche de piedra.

Por mucho deseo que los aguamortanos tengan de hacer remontar la fundacion de su ciudad á Mario, que al decir de Claudio Ptolomeo, habiendo sentado su campamento sobre el Ródano se aprovechó del descanso que le dejaban los teutones, para hacer abrir desde la parte navegable del rio hasta el mar un ancho canal por el cual pudieran subir los barqueros que suministraban víveres á su ejército, la única época que ha dejado huellas reales, es el siglo VIII, durante el cual se edificó la torre de Matafera que, si se ha de creer la historia general del Languedoc, se levantaba sobre el sitio que ocupaba actualmente la ciudad.

Hácia el mismo tiempo, una abadia de benedictinos se estableció á una media legua de Aguas-Muertas, cerca del camino que conduce á Nimes: se la llamaba Salmodia, á causa de aquel canto perpétuo que sus monges hacian oír, y que, como dice Gregorio de Tours, se le llama *Psalterium perpetuum*, y estaba entonces en uso en algunos conventos. Destruida aquella abadia en 725 por los sarracenos, fué reedificada en 788 por Cárlo-Magno que le dió la torre de Matafera.

Desde aquel momento los labradores de las inmediaciones encontrando en un mismo punto proteccion temporal y espiritual, edificaron sus casas alrededor de la fortaleza, que no tardó en cambiar su nombre por el de las *aguas dormidas* que le rodeaban.

En el siglo XII, la ciudad de Aguas-Muer-

tas protegida por el convento de Salmodia, y por el señor de Tolosa, se convirtió en una ciudad marítima. Si se ha de creer á Bernardo de Trevisa, canónigo de Magelone, autor del romance de *Pedro de Provenza*, y que vivía hácia 1660, recibía en su puerto navios de Génova, Constantinopla, y Alejandria. Verdad es que Astruc en sus Memorias sobre la historia del Languedoc, ha pretendido que este pasagé habia sido intercalado por el Petrarca. Posible era esto; pero no era menos preciso que Aguas-Muertas hubiesen tenido cierta importancia, pues que San Luis la escogió hácia la mitad del siglo X para reunir allí la escuadra que debia mandar.

La Francia se hallaba en aquella época lejos de tener la estension que tiene hoy; no poseia mas que el Orleanesado, la Isla de Francia, y la Picardía, patrimonio originario de la corona; el Berri, comprado por Felipe I, la Normandía y la Lorena, confiscadas al rey Juan por Felipe Augusto, y solo veinte y cinco años mas tarde fué cuando Felipe el Atrevido heredó el Languedoc; de modo que no podia disponer de ningun puerto en el Mediterráneo.

Luis IX comenzó, pues, por asegurarse el de Marsella que le fué ofrecido por su cuñada Beatriz, condesa de Provenza. Pero como no le bastasen Montpellier y sus dominios que dependian del rey de Aragon, y el antiguo puerto de Agda, y el nuevo puerto de San Gilles pertenecian al conde de Tolosa, vasallo discolo y rebelde, propuso al abad de Salmodia que le cediese el puerto de Aguas-Muertas, por una vasta estension de terreno que poseia mas allá de Sommieres, sobre las orillas del Vidourla.

Fué aceptado el cambio, y se redactó el acta de cesion en el mes de agosto de 1248. Entonces, por estimular á nuevos colonos á fijarse en la ciudad que acababa de adquirir Luis IX, por cartas patentes otorgadas en 1246, eximió á los habitantes de Aguas-Muertas de toda gabela, de contribuciones, empréstitos voluntarios ó forzosos, de todo portazgo en la estension de los dominios del rey: los esceptuó de dar hombres para el servicio de las armas fuera de la diócesis de Nimes, de Uzés y de Maguelone: les concedió á todos comunidad de las pesquerías y pastos que los rodeaban, así como el derecho de cazar en su territorio: en fin, les reconoció facultad de elegir todos los años entre ellos cuatro cónsules revestidos con la autoridad municipal, reservándose únicamente el rey el nombramiento de jueces, que se obligó á no elegir sino entre los habitantes de la ciudad, y el del capitán comandante de la ciudad. Estas concesiones inmensas para aquella época, tuvieron los resultados que aguardaba Luis IX: afluyeron en gran número los habitantes á la ciudad privilegiada. Restaurado enteramente el puerto á espensas de muchos monumentos de las inme-

daciones, y aun si se ha de creer á Gariel, de los antiguos sepulcros de la iglesia de Maguelone, recibió hácia la mitad del año 1248 una numerosa escuadra que juntó en el mes de agosto Luis IX precedido del Oriflama, llevando la calabaza y el báculo, insignia de su peregrinacion.

En fin, en 25 de agosto dos mil buques del rey, tripulados por treinta y seis mil soldados, salieron de la rada dándose á la vela para la isla de Chipre, donde debian reunirse con el resto de la escuadra que habia salido de Marsella. En uno de los ochocientos buques salidos del puerto de esta última ciudad, iba, como nos lo dice él mismo, el señor Joinville, sencillo y poético historiador de aquella primera armada.

Todos saben como se perdió la empresa á pesar de la toma de Damietta: como en la permanencia que hicieron en aquella ciudad aguardando la creciente del Nilo, y los socorros que el conde de Poitiers debia traer de Francia, los soldados del Señor se corrompieron y malearon hasta tal punto, que habia, dice Joinville, casas de prostitucion por cuenta de las gentes del rey, hasta en las inmediaciones del pabellon real, y como, en fin, despues de la victoria de Manssourah en que fué muerto el conde de Artois, el hambre, las enfermedades y el fuego griego, hicieron tales destrozos en el ejército cristiano, que no pudiendo marchar ya sobre el Cairo, fué preciso que Luis IX pensase en la retirada.

En esta retirada, ó mas bien derrota, fué envuelto el rey y hecho prisionero en Muniéh, y despues conducido á Manssourah, donde el sultan ofreció volverte la libertad por ocho mil besantes.

—Un rey de Francia, respondió Luis IX, no se rescata por dinero, se cambia por un emperador ó por una ciudad: tomad á Damietta por mi rescate, y los ocho mil besantes de oro por el de mi ejército.

A pesar de la muerte del sultan que se verificó durante las conferencias, se concluyó el tratado con estas condiciones, *entre los mamelucos y el mas altivo cristiano que jamás se habia visto en Oriente.*

El rey se embarcó inmediatamente en Alejandria: pero en lugar de volver á Francia, hizo vela para la Tierra Santa, donde permaneció tres meses aguardando siempre de Europa los socorros de hombres y dinero que nunca llegaron. En 1252 supo la muerte de su madre: esta noticia le determinó á volver á Francia. Se embarcó en el puerto de San Juan de Acre, y en 17 de julio de 1254 abordó á las islas de Hieres.

Entretanto Luis IX, que con la esperanza de una segunda cruzada, continuaba llevando la cruz sobre sus vestidos, habia logrado restablecer la paz en sus reinos. Apenas vió que podia sin peligro abandonar la Francia, convocó el parlamento de Paris, se presentó en

él llevando en sus manos la corona de espinas de Nuestro Señor, y ordenó una segunda toma de armas. Entonces fué cuando concibió el designio de rodear de murallas la ciudad de Aguas-Muertas; y como el soberano pontífice había nacido en San Gilles, y había llegado al trono pontificio despues de haber sido sucesivamente, soldado, abogado en el parlamento de París, y secretario del rey, se confió á él.

Mientras el rey tenia su córte en San Gilles aguardando los buques genoveses en medio de festines dados á los embajadores de Miguel Paleólogo, se trazó alrededor de Aguas-Muertas la línea donde debían levantarse las fortificaciones. Quiso el rey que tuviesen el contorno, la elevacion y la forma de las de Damietta, á fin de que eternamente recordara la victoria con que se había abierto la primera cruzada. Pero en el momento en que se iban á poner las primeras piedras, llegaron conducidos por el conde Alfonso los buques que se esperaban, y determinaron la partida del rey.

El 4.º de julio de 1270, San Luis abandonaba las costas de Francia, y en 23 de agosto siguiente espiraba sobre un monton de cenizas en el mismo punto en que el enviado de Roma encontró á Mario sentado sobre las ruinas de Cartago.

Y así, dice Joinville, *como Dios ha muerto por su pueblo, así del mismo modo ha puesto el santo rey Luis su cuerpo en peligro y aventura de muerte por el pueblo de su reino.*

Fiel heredero cual había sido valiente soldado y piadoso hijo, Felipe el Atrevido, apenas se vió sobre el trono, cuando se acordó de las intenciones de su padre con respecto á Aguas-Muertas. Por órden suya la cintura de murallas que hoy la rodea, se construyó sobre el plano convenido; de modo que podemos hoy al aspecto aquellas murallas, sobre las que ha pasado la accion de ocho siglos, reconstruir la ciudad oriental, que en vano iríamos á buscar hoy á la embocadura del Nilo. Puede fácilmente formarse una idea de la curiosidad con la que nos acercábamos á aquellas históricas murallas, que además de sus recuerdos maravillosos, son el modelo mas intacto que nos ha dejado de sus fortificaciones aquella civilizacion religiosa y militar del siglo XIII.

Aguas-Muertas tenian tambien otros recuerdos mas recientes de los que acabamos de contar algunas cosas: una traicion de Luis Malapua, que entregó momentáneamente aquellas santas murallas á los borgoñones: una entrevista politica de Carlos V y de Francisco I: un bosque incendiado por Barbaroja: el envenenamiento de las aguas de la torre de Constanza: en fin, la construccion de un canal mandado hacer por Luis XV.

Pero ¿qué eran para nosotros todas estas

anécdotas locales, comparadas con las magníficas páginas escritas por Luis IX, y Felipe el Atrevido sobre el libro de piedra que se abria á nuestro ojos?

Entramos en Aguas-Muertas por la puerta del castillo: entonces se presentó á mi imaginacion la verdad de la descripcion de Reboul.

Despues iremos á ver  
 Por que decadencia y duelo  
 Siempre siguieron en pos  
 Del orgulloso y soberbio:  
 Iremos á ver las aguas  
 Que con un reposo eterno  
 Yacen allí estacionadas  
 Y muertas, y en cien rodeos  
 A la tísica ciudad  
 Envuelven sin movimiento.  
 A esa ciudad que se muere  
 En soledad y silencio  
 Como el buho que se anida  
 De una alta roca en el hueco,  
 Cual en su cota encerrado  
 Muere enfermizo el guerrero:  
 Como espira al sol de estio  
 En el patio de un convento  
 De fiebre y sed abrasado  
 Peregrino pordiosero.

Y en efecto, Aguas-Muertas que encerró en sus murallas hasta diez mil habitantes, se halla reducida á una poblacion de dos mil seiscientas almas, de modo que como su cintura de piedra no puede estrecharse á medida que adelgaza la ciudad, una cuarta parte de las casas se halla cercada, la otra casi en ruinas, la tercera la han dedicado á la agricultura, y ha dado lugar á jardines y campos labrados, en tanto que la cuarta contiene los restos de aquellos desgraciados diezmos por la fiebre de que mueren en esas casas bajas que es forzoso retocar cada año, tan húmedo y penetrante es el aire.

En cuanto á los habitantes, sus antiguas prácticas de adhesion á su ciudad en medio de las lagunas, el aire mefítico que respiran, han ejercido un efecto moral tan visible y tan grande, como el efecto fisico. No pidais á los aguamortanos la ardiente viveza de los meridionales, esa turgescencia vital que se observa en las palabras y los gustos de los languedocianos y provenzales: no; os responderán con el acento triste é indolente de hombres del Norte que no pueden gastar inútilmente su energia, no teniendo bastante con todas sus fuerzas para vivir.

Gran trabajo nos costó encontrar una posada, porque no teniendo Aguas-Muertas ni industria, ni comercio, no pescando y no cazando como las tribus antiguas, si no para vivir ella misma, apenas es visitada una vez al año por un artista ó un poeta de religiosos recuerdos, que viene con la pluma ó el lapiz en la mano á buscar las huellas del peregrino real cuyo recuerdo ha permanecido tan vivo en aquella ciudad muerta. Felizmente nos acordamos de una carta que Mr. Reboul, nos había dado para el maire de Aguas-Muertas,

Mr. Juan Vígues, y nos ocurrió la idea de interrumpir nuestros preparativos gastronómicos para ir á llevar la carta.

¡Bendito sea cien veces nuestro gran poeta! Jamás carta alguna de recomendación fué mejor recibida. Apenas la hubo leído Mr. Vígues, que declaró que no tendríamos otro alojamiento mas que su casa, y puso á nuestra disposición su casa y mesa.

Si han viajado nuestros lectores, sabrán lo que es llegar cansado y muerto de hambre á una ciudad desconocida, donde frecuentemente no se halla ni cama, ni comida, ni cicerone.

Entonces se vaga ignorante y de mal humor, pasando sin detenerse sobre los puntos mas interesantes. Semejante á aquellas sombras desoladas á quienes se hubiese olvidado el poner una moneda en la boca para satisfacer al Aqueronte.

Después de un día de fastidio, se abandona la ciudad sin llevar de ella ni un solo recuerdo, si no es el de las horas de incomodidad que se ha pasado.

Al contrario, por molido y fatigado que se esté del camino, si se halla buena mesa, buena cama, y quien nos reciba con alegre rostro y con aspecto investigador, entonces todo alrededor toma un aspecto risueño, y oímos con gusto las tradiciones, las leyendas y los cuentos, y se nos hacen las horas un minuto, para poder visitar los lugares santos, las tradiciones, y puntos pintorescos. Pasan rápidos y animados los días en medio de una nueva familia, creada por la hospitalidad, y al abandonar la ciudad que así os ha recibido, la abandonáis cual una segunda patria que os era desconocida á vosotros mismos, y en que habeis encontrado amigos, llevando después por toda la vida la memoria de una amistad de algunas horas.

Esto es precisamente lo que nos sucedió en Aguas-Muertas, y es preciso decirlo, en una parte de las ciudades que visitamos durante todo el curso de nuestros viages: solo en París es la hospitalidad una virtud desconocida, y es por que, preciso es confesarlo, en París no se tiene tiempo ni lugar, ni dinero, sino para uno mismo.

Todo nos lo había puesto á nuestra disposición nuestro huésped: no aceptamos, es verdad, mas que su tiempo, su habitación y su comida, pero los gozamos ampliamente y sin cumplidos: iba á ponerse á la mesa cuando llegamos; añadieron dos cubiertos, y entramos incontinenti en posesión de nuestros derechos de viajeros recomendados.

Veíamos con placer que nuestro huésped, á pesar de ser maire de Aguas-Muertas, como lo era, no se hallaba sometido á la influencia del aire que atacaba á sus administrados. Le dimos de esto sinceramente la enhorabuena. Nos explicó entonces que las tercianas tan temidas, no las cogian si no los infelices que

después de su largo y penoso trabajo, no hallaban en su casa ni alimento sano, ni saludable abrigo, lo que en todos países es una de las condiciones esenciales para tener buena salud.

Todas las personas de alguna fortuna, y que podian tomar las precauciones higiénicas mas sencillas sobre la temperatura, se libraban, segun nos dijo, de aquel azote canicular. Hacia cuarenta años que habitaba impunemente en Aguas-Muertas, y esperaba habitarla cuarenta mas, sin tener nada que ver con las tercianas. Así se lo deseamos con toda nuestra alma y corazón al retirarnos á los cuartos que nos había hecho preparar con el esquisito cuidado de la mas atenta hospitalidad.

Así es que dormimos perfectamente en los mejores colchones que hemos tenido desde nuestra salida de París, cuando á la mañana siguiente á las ocho entró nuestro huésped en nuestro cuarto.

—Preciso es confesar que sois muy felices.

—Ya lo hemos conocido, le respondí yo agarrándole la mano aun medio dormido.

—¡Oh! si, se trata de eso! ¿sabeis lo que vengo á anunciaros?

—No, á fé mía.

—Que acaban de descubrir al hacer una excavación detrás de la calzada del Vidourla, la armazon de una galera de San Luis.

—¡Qué es lo que estais diciendo!

—Lo que acaban de anunciarme ahora mismo. ¿Queréis ver al hombre que ha traído la noticia?

—¡Sí, seguramente: Jadin, ven acá, perzoso!

—Ya lo oigo, respondió Jadin; pero me estoy vistiendo.

—¡Francisco!

Entró mi hombre.—Veamos, amigo, continuó nuestro huésped, ¿qué es lo que acabais de decirme?

—Acabo de decir que sacando tierra de un lado para llevarla al otro, hemos descubierto una gran barca que es de larga diez veces como este cuarto; de modo que Mr. René de Berni, nuestro amo, me ha dicho: id á anunciar á Mr. el maire de Aguas-Muertas, que hemos encontrado cerca del canal viejo una nave del rey San Luis. Entonces he venido aquí, y nada mas.

—¿Está lejos de aquí el sitio donde se ha descubierto esa galera?

—Un cuarto de legua á lo mas.

—¿Vamos á ir allí? dije yo saltando de mi cama.

—Antes os desayunareis, aunque nos estuviereis guardando el mismo diablo.

—Sí, con tal que el desayuno no sea como la comida de ayer.

—Perded cuidado, una chulefita, un vaso de vino de Burdeos, y una taza de café, y nada mas; todo estará listo cuando bajéis.

—Es que aun cuando no estoy en vuestra casa sino desde ayer, conozco su mesa como si hubiese comido en ella un año entero.

—¿Y no estais contento?

—Al contrario, contentísimo.

—¡Pues bien! perded cuidado, hoy os haré hacer una comida de marinero.

—¿De veras! ¿y en dónde?

—En el Grado del Rey.

—¿Me dais vuestra palabra de honor? sois un hombre adorable, y si nos desayunamos dentro de media hora os tejeré una corona de encina.

Cada cual hizo la posible diligencia por su parte y cuando bajamos todo estaba dispuesto: diez minutos despues nos hallábamnos en camino.

Teniamos tanta prisa por llegar á la famosa galera que dejamos para otro momento el dar una vuelta por las murallas. Salimos por la parte opuesta á la que habiamos entrado y apenas la habiamos pasado cuando divisamos el Mediterráneo á tres cuartos de legua de nosotros.

—¿Es esta, dije yo á Mr. Vigné, la distancia que ha recorrido el mar al retirarse?

—¡Ah! ¡ah! me respondió, veo que participais de la vulgaridad general y que creéis que en tiempo de San Luis el mar bañaba nuestras murallas.

—Me parece que Voltaire y Buffon lo dicen así, el uno en su Ensayo sobre el espíritu y costumbres de las naciones, y el otro en su Teoría sobre la tierra.

—Pues los dos se equivocan. Si gustais, continuó nuestro guía interrumpiéndonos, vamos á entrar en esta barca, lo mas corto es atravesar el estanque de la Maretta.

—Muy bien. Deciais que Voltaire y Buffon se equivocaban.

—Sí, indudablemente. Hubo un tiempo en que el Mediterráneo cubria el mismo sitio en que nos hallamos, y debia estenderse una legua al menos mas allá de Aguas-Muertas: este estanque, esta laguna lo prueba: pero ese tiempo es anterior á San Luis y aun á Mario. En el siglo XIII al contrario, todo prueba que el mar se hallaba ya encerrado en sus límites actuales, y que la ciudad se hallaba como hoy situada cerca de una legua de la playa. Una de las pruebas mas irrecusables de lo que digo, y de las que os citaré muchas, es que conservamos en nuestro archivo una informacion hecha en el reinado de Juan, en 1363, es decir, noventa y tres años despues de la muerte de San Luis, para averiguar el estado del puerto y las reparaciones que era urgente hacer en él. Está reconocido por el testimonio de los ancianos, que algunos habian sido contemporáneos de Felipe el Atrevido, que muchos padres habian asistido al embarque del rey, que han visto el antiguo canal que iba de Aguas Muertas á la mar, en tan buen estado, que los buques y navios

podian fácilmente llegar sin peligro hasta cerca de la ciudad, y que despues que se ha cegado los navegantes solo han llegado á su embocadura al lugar que llaman Bouranet de miedo de ser cegado allí. El antiguo canal, continuó Mr. de Vigne, es en el que vamos á entrar al salir del estanque de la Maretta en el que estamos en este momento: y está perfectamente averiguado por la tradicion popular, que es el mismo que han seguido las galeras de los cruzados, y de tiempo inmemorial su embocadura lleva el nombre del Gran Luis.

—Pero, le interrumpí, ¿qué significan en las murallas de la ciudad esas argollas de hierro que hemos visto al pasar? ¿De qué servian si no era para amarrar los buques?

—De eso precisamente ha provenido el error, dijo nuestro sabio cicerone; Aguas-Muertas tenia un puerto bajo sus murallas, pero un puerto interior, si puede decirse así. Este puerto era el estanque de la ciudad que hoy no se halla distante sino algunos pasos de ella, y que en aquella época, gracias á los trabajos que acababa de ejecutar allí el rey, era bastante profundo para que pudiesen llegar los navios de guerra. Aquellos navios entraban por el Grand Luis (pasaje), en el antiguo canal. Seguia este canal hasta su confluencia con la Grande-Roubina, y desde allí por una abertura, que os haré ver, entraba en el estanque de la ciudad.

—En efecto, con eso queda explicado todo.

—Una aclaracion todavia os voy á dar sobre el modo, no con que el mar ha abandonado la tierra, sino con que el que la tierra ha rechazado al mar, de que fácilmente tendreis la prueba inspeccionando los lugares. Uno de los brazos del Ródano, que como sabeis se divide en dos en Arles, y hace de la Camarga una horca, viene á precipitarse en el mar, cerca de Aguas-Muertas: pues bien; este pequeño Ródano como le llaman, arrastra consigo arenas, piedras y sedimentos, que rechazados en la costa por la corriente de Este llegan incesantemente á la orilla, y forman barras de arena, cuyos intersticios cubiertos desde luego de agua concluyen á la larga por secarse, y forman esos muelles flotantes que visitaremos á la vuelta: por ahora tenemos otra cosa que ver, porque ya hemos llegado.

En efecto, echamos pié á tierra en la orilla derecha del camino viejo: seguimos la orilla algun tiempo todavia: despues, separándonos un corto espacio de la laguna, llegamos á las márgenes del Vidoura y vimos á un pie debajo de la cristalina agua del rio, la parte delantera de un buque ó mas bien una barca grande cuya espalda estaba enterrada bajo la arena, no habiéndose acabado de descubrir todavia. La longitud visible del buque era de sesenta y tres pies, su mayor anchura de nueve, y la altura y fondo de su quilla de tres.

En cuanto á la parte enterrada, á juzgar por la estrechura de la carena, debia ser á lo menos de siete á ocho pies: lo que daba al buque una longitud total de setenta y dos á setenta y cuatro pies. Bastó este primer exámen para convencerme de que lo que teníamos á la vista era una barca y no una nave. Las naves de aquella época, de que nos han quedado modelos en los manuscritos del siglo XIII y XIV, tenían una forma mas encorbada y mas material, y eran mas altas por delante y por detras.

Ahora, pues, ¿qué era esta barca? ¿Era simplemente una barca construida para trasportar soldados desde Aguas-Muertas al Grado Luis? Seria esto posible si su forma prolongada no presentase el arte primitivo, y no se aproximase completamente á aquellas largas piraguas de los mares del Sur. En aquella época, Génova, á quien San Luis habia pedido prestados sus buques de transporte, se hallaba bastante adelantada en la navegacion para que las formas primitivas estuviesen ya alteradas. Resultaria, pues, que seria á lo mas sencillamente una barca construida por los pescadores de la costa, de los que el rey peregrino debió tratar de utilizar la industria y los conocimientos. En fin, fuese lo que fuese, aquella barca no dejaba de ser un monumento curioso de la civilizacion comercial de nuestros padres.

Permanecimos dos ó tres horas en tomar nuestras medidas de longitud y de latitud: despues nos volvimos á poner en camino hácia la embocadura del canal viejo, enteramente cegado ahora con arena.

Bien pronto llegamos al lugar llamado Los Sepulcros y comenzó la tierra á resonar bajo nuestros pies. Allí, si se ha de creer la tradicion popular, fueron enterrados los cruzados muertos durante las dos paradas del rey en Aguas-Muertas. En fin, despues de diez minutos de camino llegamos á la orilla del Mediterráneo.

Familiarizado ya con el mar exterior como le llamaban los antiguos, habiendo reconocido todas las costas septentrionales y occidentales de la Francia desde el Havre hasta el golfo de Gascuña, era la primera vez que yo veia el Mediterraneo. Reconoci la hija azulada del Océano y de Doris, la rubia Amphitrite, la fantástica diosa, cuya cólera es tan rápida é inesperada como el capricho de una coqueta, y al mismo tiempo tan terrible cual la venganza de una reina. Aquellos sepulcros que acabábamos de hollar con nuestros pies y el nombre del rey dado á aquel canal perdido hoy en las arenas, son los únicos monumentos que quedan, el uno para los ojos, el otro para el pensamiento, del poético paso del rey peregrino, habiendo sido las murallas de Aguas-Muertas construidas, como hemos dicho, por Felipe el Atrevido.

Hallamos allí amarrada una barca que nos

aguardaba: era una galantería de nuestro huésped para evitarnos un camino inútil. Entramos en ella los tres. Inmediatamente desplegaron nuestros marineros su vela triangular, y separándonos de la playa quinientos pasos casi, doblamos el faro, y entramos triunfantes en el Grado del Rey.

Luis XV, fué el que dió la órden de emprender aquel nuevo canal que conduce desde Aguas-Muertas al mar, y que es su verdadero puerto. La pobre ciudad que no tenia para protegerse mas que el recuerdo de su rey habia sido enteramente descuidada por el gobierno en los reinados de Luis XIII y de Luis XIV. Enrique IV habia, si, ordenado algun trabajo cuando la publicacion del edicto de Nantes, promulgado en 1598, hubiese dado alguna tranquilidad al Estado: pero los Estados de Languedoc habian concebido al mismo tiempo el proyecto de un puerto en el cabo de Cette. Este proyecto sostenido por el preboste general de Provenza fué superior á la voluntad real, y Aguas-Muertas sucumbiendo en la lucha con su jóven rival, se halló de nuevo presa de las mortales exhalaciones que emanan de todos aquellos estanques, de todas aquellas lagunas, que no podian por falta de salida llevar sus aguas á la mar.

Entonces los habitantes pudientes abandonaron la ciudad: los pobres, desalentados, devorados por la miseria de continuo, siguieron muriéndose antes del tiempo señalado por la naturaleza á la vida humana.

Al fin, el gobierno, que ningun cuidado ni alarma habia mostrado por aquella espantosa despoblacion, pensó que le era perjudicial á sus intereses: faltaban brazos para explotar las salinas de Pecais: de manera que los arrendadores de las rentas reales, que no se atrevian á acercarse á Aguas-Muertas, fueron á proveerse de sal á otra parte. El Estado no se cuidaba de la ciudad desierta y moribunda; pero se alarmó al ver decaer uno de los ramos de sus rentas que perdia en su agonia.

Entonces un decreto de Luis XV, con fecha 14 de agosto de 1725, ordenó la construccion de un canal, y señaló para sus gastos un aumento de cinco cuartos en fanega de sal: comenzaron inmediatamente los trabajos, que se terminaron veinte años despues.

Dos muelles de mamposteria distantes cerca de dos toesas y prolongándose paralelos á la distancia de ciento cincuenta pasos en el mar, protegieron el desemboque de las aguas, á las que el Vistra y el Vidouirle que entran en ellas, imprimen una corriente que no solamente las arrastra hácia el mar, si no que tambien rechaza el conjunto de arenas que sin aquella fuerza de repulsion formarian necesariamente un banco en su desembocadura.

Subimos cerca del faro un momento, donde un aduanero que pescaba con caña, se ha-

habla en lo mas fuerte de una lucha con un enorme lobo de mar que acababa no de morder si no de tragar un anzuelo. El pobre hombre no se atrevia á sacar al animal atendiéndolo á la debilidad del instrumento en cuya punta se agitaba. Por consecuencia guardaba con su prisionero, que amenazaba romper sus cadenas, todas las consideraciones imaginables: le alargaba la cuerda, volvía á recogerla y volvía á alargarla todavia; lo sacaba á la superficie del agua y despues lo dejaba que se sumergiese en sus profundidades: el pescador sudaba la gota tan gorda. Aprovechamos esta circunstancia para hacer con él un contrato alzado.

Le propusimos un escudo por el pescado, pescásele ó no, de nuestra cuenta y riesgo. Aceptado el trato, recibí con una mano los tres francos y nos entregó con la otra el mango de la caña. Continuamos la misma maniobra atrayéndole suavemente, como habia hecho el aduanero, hasta la superficie del agua: únicamente en el momento en que se presentó, Jadin que le aguardaba con mi carabina, le disparó un tiro, le atravesó y terminó la disputa. El herido se agitó un instante todavia: empero eran las últimas convulsiones de la agonía, y bien pronto volvió á subir al agua panza arriba. Sin embargo, no nos atreviamos á fiarnos en la fuerza de la cuerda de que se hallaba suspendido para hacerle atravesar el espacio de diez ó doce pies que habia entre el alto de la calzada y el nivel del canal; se echó una barea al mar y se fué á pescar el muerto que pesaba de ocho á diez libras y que inmediatamente fué destinado para hacer una *bouillabesa*.

La *bouillabesa* es para los languedocianos y los provenzales lo que el *polenta* es para los milaneses y los macarrones para los napolitanos: únicamente que la *polenta* y los macarrones tienen algo de la primordial sencillez antidiluviana: mientras que la *bouillabesa* es el resultado de la civilizacion culinaria mas adelantada.

La *bouillabesa* es una epopeya llena de episodios y de accidentes extraordinarios, y tal vez solo Meri en la capital podrá decir el conjunto de pescado, de pólipo ó mariscos que debe entrar en su confeccion, hasta qué punto debe cocer en la cacerola que le contiene, cuándo debe retirarse del fuego, y por qué merece concienzudamente el nombre de *bouillabesa*. Nuestro huésped no quiso confiar á nadie mas que á un marinero el hacer aquel plato nacional del que queria que llevásemos un recuerdo digno de su reputacion; hizo mas todavia: se reservó la direccion suprema de la maniobra.

Resultó de aqui que Jadin y yo nos encontramos por dos horas abandonados á nosotros mismos, de modo que él se fué en medio de las montañas de arena movibles que rodean el mar y están junto á las casas del Gra-

do del Rey á buscar un punto de vista de donde pudiese sacar una vista de la ciudad, mientras que yo me subí á lo mas alto del faro para abarcar de una ojeada toda la costa.

Puesto encima de la linterna que sirve de fanal, dominé todo el pais llano de las inmediaciones. A mis pies tenia las diez ó doce casas que forman el pueblecito del Grado del Rey: en primer término las montañas de arena enmedio de las cuales descubria á Jadin sentado y trabajando, mientras que al redor de él pasaban á galope, levantando una polvareda con sus pies, las manadas de toros negros de la Camarga perseguidos por sus guardas armados con picas y montados en unos caballitos blancos que pretenden ser de una raza árabe abandonada por los sarracenos durante su mansion en el Mediodía. En segundo término se estendian los estanques de Reposet, del departamento del Rey, de la ciudad y de Maretta, cuyas aguas inmóviles y de un color azul subido, entrecortadas por lenguas de tierra, que plantadas de tamarices parecian tener la solidez de una plancha de acero bruñido.

En el tercer término las murallas de la ciudad detras de las cuales desaparecian las casas, que todas tienen, como hemos dicho, únicamente un piso sobre el entresuelo que servia como de base, y la vista del gran canal que sirve de comunicacion con el mar, cargado todo de buques vacíos amarrados á sus orillas y que flotan sobre sus aguas como enormes pescados muertos; en fin, en el horizonte el monte Ventoux con su cumbre cubierta de nieve blanca, centinela avanzado de la gran cordillera de los Alpes.

Permaneci en lo alto de mi faro contemplando aquella triste perspectiva de que nada es capaz de turbar la soledad y la tristeza, hasta el momento en que la señal de comer que era un tiro, nos fué dada por nuestro puntual Anfitrión. Vi á Jadin sensible á la llamada doblar sus papeles y encaminarse hasta el sitio de la cita: en cuanto á mí no tuve mas que bajar, porque era en las habitaciones del faro en donde se habia puesto la mesa.

La *bouillabesa* era homérica.

Inmediatamente despues de comer volvimos á subir todos tres á nuestro belvedere á fin de presenciar la puesta del sol. Estaba el tiempo tan maravillosamente puro que se veia al Occidente, toda la costa que se estiende desde Montpellier hasta Perpiñan: mas allá de la costa cual una sombra, cual un vapor, los Pirineos; á Oriente todo el Prado de la Camarga; al Mediodía el mar inmenso enrojado como un incendio; al Norte la ciudad oriental resplandeciente con los últimos rayos del sol.

Hubo una media hora durante la cual todo nuestro horizonte guardó sus tintes dorados y el mar su color de fuego; pero bien pronto bajó el sol al Occidente y al mismo tiempo las

sombras parecieron salir de la tierra. Poco á poco el mar volvió á tomar su color verdoso, la ciudad su velo ceniciento; el monte Ventoux solo permaneció todavía iluminado en sus altas regiones; bien pronto solo su cresta resplandeció como un volcan. En fin, aquella última llama, imágen de la vida, se apagó á su vez, y todo el paisaje invadido por la sombra, perteneció al fin á la noche.

Volvimos á la ciudad siguiendo las orillas del canal. Llegados al extremo del estanque de Reposet, Mr. Vigné nos hizo dar algunos pasos á la derecha, nos mostró los restos de un antiguo muro que hacia remontar al siglo XII ó XIII. Aquellas ruinas llamadas la Peirada, son una nueva prueba de que en los tiempos de los cruzados el mar no llegaba á Aguas-Muertas.

Pocos caminos hay tan melancólicos como el que conduce del Grado del Rey á la ciudad: la hora crepuscular lo hacia ademas mas triste. No encontramos ni una sola persona durante los tres cuartos de legua: solo de tiempo en tiempo divisábamos á la derecha miserables cabañas humedeciendo sus podridos pies en las dormidas aguas del estanque, y de tiempo en tiempo á nuestra izquierda un rastro de fuego seguido de una detonación.

Era la de algun cazador de espera atisvando los gansos y las gallinas de agua que caprichosamente van en bandadas de doscientas á trescientas de un estanque á otro, y al pasar sobre las islas cubiertas de tamarices vienen á entregarse las mas de ellas bajo el cañon del cazador; porque todos los agnamortanos, privilegiados por San Luis, han conservado el derecho de caza y pesca, y todos tienen en su casa ó en su choza sus redes y su escopeta.

Las ocho serian apenas cuando volvimos á entrar en Aguas-Muertas, y sin embargo, todas las ventanas se hallaban cerradas, todas las puertas atrancadas: ni una luz revelaba un resto de via en aquel cadáver. Atravesamos muchas calles tan solitarias como las de Herculano y Pompeya. En fin, volvimos á entrar en la casa de nuestro huésped y necesitamos ver todas las alegres luces que nos aguardaban y los amables rostros, pues que su hermano venia á pasar la noche con nosotros, para que se ensanchase nuestro pecho y se viese libre de aquel monte de tristeza que le oprimia.

Consagramos la mañana del dia siguiente en dar un paseo por las murallas y visitar la ciudad. Lo primero nos ocupó unos cincuenta minutos y lo segundo dos horas. Las murallas como hemos dicho, están maravillosamente conservadas: en cuanto á la ciudad no ofrece nada de notable, y sus iglesias de penitentes grises y penitentes blancos, no merecen ni el nombre de monumento ni el trabajo de verlas.

A las tres de la tarde nos despedimos de nuestro cicerone, que hospitalario hasta lo último, no quiso abandonarnos hasta dejarnos metidos en la carroza de Beaucaire que debia dejarnos al pasar en San Gilles.

## UN HERRADERO.

El canal de Beaucaire corre por el pequeño Ródano, y por consiguiente costea la Camarga. Desgraciadamente, como está encajonado entre dos calzadas de doce á quince pies cada una, es imposible descubrir otra cosa que los dos caballos que tiran de la carroza á la sirga, y el conductor que los azota.

Cuando hubimos agotado todas las tentativas que nos sugeria nuestra imaginacion para dominar el paisaje, y cuando nos convencimos decididamente de que era cosa imposible, tomamos nuestro partido. Jadin y yo nos establecimos cada uno sobre una mesa: él emborronando su croquis de *Aguas-Muertas*, y yo poniendo en orden las notas que habia recogido en los dos dias anteriores. Los viajes en carroza tienen de cómodo que siendo insensible el movimiento se puede escribir ó dibujar andando. Verdad es que la sociedad que alli se encuentra está generalmente poco dispuesta á la meditacion; pero esta vez nos hallamos alli casi solos, de manera que escribiendo y dibujando llegamos sin sentirlo á San Gilles.

El antiguo nombre de San Gilles era *Rhoda*; y *Rhoda* era una de las ciudades edificadas por los *rhodios* que, como recordarán nuestros lectores, habian intentado proseguir en las Galias la civilizacion fenicia. Uno de sus obispos que llevaba el nombre latino de *Egidius*, que nosotros hemos afrancesado haciendo de él *Gilles*, fué el padrino de la ciudad cristiana, en la que no se encuentra ningun monumento antiguo, á no ser algunas inscripciones sepulcrales, algunos trozos de columnas de mármol, y dos ó tres chapiteles de pórfido. En cambio, la iglesia de *San Gilles* es el monumento mas completo del arte bizantino que ha quedado en pie, no solo en Francia si no tal vez en Europa.

Ademas del mérito artistico, la iglesia de San Gilles tiene tambien el de los recuerdos: delante de su pórtico fué donde Raimundo VI, llamado el Viejo, sobrino del rey Luis el Joven, y cuñado de Ricardo Corazon de Leon, hizo con una cuerda al cuello, descalzo y en camisa, abjuracion de la heregia *vau-desca*, y se retractó é hizo penitencia por la

muerte de *Pedro de Castelnau*, legado del papa Inocencio II, que habia sido asesinado, si no por orden del conde, al menos sin que hiciese nada por oponerse al asesinato, ni por castigar á los asesinos.

Debajo de la basilica hay una iglesia subterránea no menos curiosa que la iglesia superior. Encierra dos recuerdos sangrientos de los odios religiosos: uno es el sepulcro de Pedro de Castelnau, asesinado por los vaudeses: el otro es el pozo en que los protestantes arrojaron á los niños de coro de la iglesia, que cayeron en él gritando: *Hosanna Christe, filii Dei, miserere nobis!*

La visita de la iglesia, y el exámen de todos sus detalles nos ocuparon toda la mañana del sábado; de modo que á las dos salimos pedestremente para Nimes, no pudiendo la poblacion de San Gilles ofrecernos ni un mal cabriolé, ni un caballo de alquiler. Afortunadamente que una expedicion de cuatro leguas no era para asustarnos: al contrario, aceptamos con placer aquella ocasion de ver el terreno palmo á palmo, y si no hubiese sido por la imposibilidad de transportar con nosotros el bagage necesario á un viage de un año, creo que desde entonces hubiéramos adoptado para todas parte este método de locomocion.

En efecto, apelo á cuantos han viajado con el *album* de poeta debajo del brazo, y la cartera de dibujantes á la espalda. ¿Hay felicidad comparable á la del que lleva la vida errante, libre, que indiferentemente se vuelve al punto del horizonte que le acomoda, que se detiene donde halla mies, se aleja al primer fastidio que siente sin echar de menos lo de la vispera, llevando su riqueza del dia, sin temer á mañana, seguro como está de que cada aurora traerá su rocío, cada medio dia su sol, y cada noche su crepúsculo y sus frescas brisas? Jamás he comprendido que los que así puedan viajar no viagen de este modo casi nunca.

En cuanto á mí, lo confieso: los mejores, lo mas dulces recuerdos de mi vida son los de aquellas expediciones hechas en Suiza, en Alemania, en Francia, en Córcega, en Italia, en Sicilia y en Calabria; unas acompañado de un amigo, otras solo con mis pensamientos.

Los objetos que se presentan á vuestra vista no han tomado frecuentemente si no un color vulgar, y toman al momento que se les vuelve á ver con el recuerdo, un tinte poético de que jamás hubierais podido creer que la memoria los revistiese. Así es preciso no volver á ver los lugares que se han visto, si se quiere conservar la virginidad de su primer aspecto. En los paisages, como en los hombres, es preciso no profundizar los detalles, si se los quiere admirar en su conjunto.

El tránsito de San Gilles á Nimes no ofrece nada notable; sin embargo, me acuerdo de él

con gran placer, no porque haya conservado memoria de las variedades del terreno que hemos recorrido, porque ni de una sola me acuerdo, sino porque traigo á la memoria aquel magnífico dia del otoño meridional; el sonido de las campanas atravesando un aire limpio y fácil de respirar, en fin, un aire de fiesta derramado en toda aquella campaña, y que provenia de los grupos de labradores que iban á Nimes, vestidos como en los domingos para asistir al *herradero* del dia siguiente.

Al aproximarnos á Nimes á nuestra vuelta de *Aguas-Muertas*, nos chocó un extraordinario espectáculo: la ciudad parecia una inmensa colmena, alrededor de cuyas puertas se agolpaban millares de abejas: gritos, rumores, zumbidos como se oyen en las conmociones populares. En medio de toda aquella barahunda se distinguía el redoble de los tambores y el estrépito de los cohetes. Apretamos el paso para no perder nada de los preparativos, y al pasar la puerta caímos de un salto en medio de la procesion que el anuncio de la funcion hacia; componíase de tambores y chirrimias, detras de los cuales marchaba un pilluelo de doce á quince años, descalzo, vestido con una camisa y un simple pantalón de percal sostenido por un solo tirante, y llevando una especie de palo, en lo alto del que se leía sobre una tabla clavada al través: **HERRADERO**.

Detras de aquella especie de bandera venian la mitad de los trabajadores y de las criadas de la ciudad; la otra mitad se hallaba asomada á las ventanas. Pusimos á seguir la procesion, y llegamos al hotel.

Allí encontré una carta de Reboul. Obligado á cumplir la oferta que habia hecho á un amigo de ir á pasar el domingo á una casa de campo, se escusaba con nosotros de no poderlos acompañar á la fiesta, pero se ponía á disposicion nuestra para todo el dia del lunes.

El Herradero era para el dia siguiente á las tres de la tarde: nuestro huésped nos prometió enviar uno de sus pinches para que nos ocupase y guardase nuestro asiento. Nos acostamos, pues, perfectamente tranquilos.

Hacia la una de la madrugada me despertó un gran ruido que habia en la calle. Corrí á la ventana, y vi al cabo de la calle una masa informe que venia rápidamente en medio de confusos rumores compuestos de gritos de hombres, relinchos de caballos y terribles mugidos: eran los toros bravos de la *Camaruga*, que debian servir á la funcion de la mañana siguiente. Entraban en Nimes, acosados por sus conductores á caballo, que para impedirles el que se separasen corrian tras ellos por los costados, como hacen los perros de los pastores alrededor del ganado. Era ni mas ni menos que el encierro. Llamé inmediatamente á Jadin para que viese aquella es-

traña corrida; pero mientras se levantó, aquel tropel de hombres y animales, á los que la oscuridad prestaba una fantástica apariencia, habia pasado como una vision de brujas, llevando consigo sus clamores y la nube de polvo que levantaban, de manera que cuando vino no halló mas que la calle vacía y silenciosa, excepto el que á lo lejos se veía una sombra y se oía un ruido parecido al de un escuadron de caballería que desaparece.

Cuando me desperté á la mañana siguiente, creí que habia soñado. Hablé á mi huésped de aquella nocturna aparicion como de una cosa que no me atreveria á afirmar haber visto. Entonces me esplicó que los toros los encerraban así de noche, porque de dia acometerian á cuantos encontrasen delante de ellos. Así que iban derechos al circo, donde los encerraban bajo la bóveda del anfiteatro que servia en otro tiempo de habitacion á los gladiadores. En tanto que me daba esta explicacion, volvimos á oír el tambor de la víspera, y la procesion del Herradero pasó acompañada de una multitud todavía mayor que la que le seguía el día antes.

Como la funcion no comenzaba sino á las tres, y teníamos libre toda la mañana, la empleamos en hacer una visita á la *Torre Magna*, que habíamos divisado la víspera al volver de San Gilles.

Aquel monumento, cuyo primitivo destino se ignora completamente, sirve hoy de telégrafo: es, como indica su nombre, una gran torre de cien pies de alta, y que hacía fines del siglo XII servia de fortaleza á los condes de Tolosa. A principios del siglo XVII la opinion de que era un antiguo *Ærarium* romano, *tesoro público*, prevaleció, y tomó tal consistencia, que un habitante de Nimes, llamado Francisco Traucat, pidió y obtuvo de Enrique IV la autorizacion de hacer escavaciones en el interior de aquel edificio. Esta autorizacion fué concedida el 22 de mayo de 1604. «Con condicion de que el dicho Traucat haria á su costa lo que creyese conveniente, y el tesoro que hallase, fuese en oro, fuese en dinero ó en cualquiera otra cosa, le perteneceria la tercera parte, reservándonos las otras dos para emplearlas en nuestras necesidades urgentes. Dado en Fontainebleau el veintidos de mayo del año de gracia mil seiscientos uno, el doce de nuestro reinado.»

Hiciéronse las escavaciones á costa del dicho Traucat: pero el ciudadano de Nimes perdió allí su tiempo y su dinero.

Concluida nuestra inspeccion á la torre, oímos de nuevo los tambores y las chirimías del Herradero que pasaban por la plaza de la Fuente, ó iban á las Arenas.

En efecto, eran las tres menos cuarto; las tiendas, las tabernas, los cafés, las casas vaciaban la gente á las calles. La carrera que dirige á la sala del espectáculo, desde la puerta de San Antonio á la que va desde los

cuarteles á la esplanada, se hallaba atestada de una multitud inmensa.

Era de creer que por inmensas que fuesen las Arenas no podrian contener tantos espectadores. Así, apretamos el paso, y llegamos bastante á tiempo para ponernos en fila de cinco ó seis mil personas: nos tranquilizamos al ver que éramos de los primeros.

Apenas se abrió la verja cuando la multitud se abismó en el monumento con una increíble rapidez. Como gracias á nuestra alta estatura dominaban nuestras dos cabezas á todos los demas, vimos aquella grande puerta abierta que devoraba así una poblacion entera, y empujados por diez mil personas agolpadas detras de nosotros, nos sentimos invenciblemente atraídos hácia la garganta del monstruo, que nos tragó á su vez; empero apenas fuimos tragados por él, cuando como Jonás nos hallamos perfectamente cómodos en el vientre de nuestra ballena. Las seis mil personas que nos habian precedido estaban desparamadas sobre las graderias, sin producir mas efecto, ni parecer mas numerosas que cuando se hallan á medio llenar nuestros teatros: no tuvimos que cuidarnos de hallar al pinche encargado de ocupar y guardar nuestros asientos; le dejamos que se aprovechase de ellos para él mismo, y nos fuimos á colocar en la grada de las vestales.

En el momento Milord que nos habia perdido en la confusion, se presentó en la arena perseguido por los guardas que, como los centinelas de las Tullerias, tienen orden de no dejar entrar perros sin amos. Nos dió compasion de la triste situacion de nuestro compañero de viage, que huyendo y todo, hacia chispear sus grandes ojos, dando vueltas con ellos al circo buscándonos en medio de seis ú ocho mil espectadores ya acomodados. Jadin dió un silbido particular. Se paró Milord, nos vió; se lanzó hácia nosotros de grada en grada, saltando con todo el vigor de sus fuertes y cortas patas; pero al tercer brinco desapareció de repente cual si hubiera caído en un abismo. Un agujero abierto por el tiempo se hallaba al otro lado de la grada que acababa de saltar, y habia desaparecido en las profundidades del anfiteatro, cual Decio en su sima.

Corrimos inmediatamente á la boca superior del agujero, echamos la vista en las cavidades del monumento; pero no descubrimos en el fondo sino los restos, ruinas y piedras sobre las que Milord debió haberse aplastado, y como le queriamos mucho, apesar de las disputas que su antipatia por los gatos nos ocasionaba todos los días con los fondistas y posaderos, bajamos rápidamente por el vomitorio mas inmediato á fin de darle socorro.

En vano buscamos rastro de él en el sitio en que habia caído, y que reconocimos en la forma de la abertura. En vano silbamos en

todos los tonos que sabíamos gustarle mas, en vano le llamamos por su pronombre de Hope, y por su nombre de Milord: nada nos respondió.

Creímos en consecuencia que satisfecho de lo que habia visto de la funcion, se habria vuelto á la fonda, y nos fuimos á volver á ocupar nuestros sitios, cuando al poner el pie en el circo, vimos á nuestro amigo Milord defendiendo nuestros sombreros contra dos personas que querian quitarlos de su lugar para sentarse allí ellas. Fuimos á ayudar á nuestro guarda que nos recibió moviendo la cola, y olfateándonos de una manera muy alegre. Le examinamos con atencion; no tenia señal ninguna de la caída y parecia tan tranquilo cual si nada le hubiera sucedido; por consecuencia le hicimos señas de que se echase á nuestros pies, y lo hizo así inmediatamente.

Entretanto se habia llenado casi el circo. Estaban ocupadas todas las graderías practicales: solo se veian vacios los púntos arruinados, de modo que los espectadores mas próximos no se hallaban separados de la Arena, sino por el muro de seis pies que hay en todo el rededor, y los mas elevados se mantenian de pie sobre el ático del anfiteatro; algunos se habian encaramado como monos al estremo de los grandes mástiles azules plantados en los agujeros de los postes destinados á sostener los toldos, *Velarium*, y en nuestros dias á izar el pabellon tricolor, en las grandes festividades, tales como el paso del duque de Orleans, los dias del rey, ó el aniversario de la revolucion de Julio.

En fin, cuando desaparecieron las últimas piedras bajo aquella oleada de hombres, como un resto de la tierra bajo un diluvio, cuando no quedó ya nadie mas en las verjas exteriores, cuando estuvieron bien convencidos de que se hallaba toda la poblacion reunida en las Arenas, se cerraron las puertas.

La trompeta de la ciudad, heraldo de la funcion, se adelantó en el área del circo, é hizo oír su sonido. A su último toque dos ganes montados en sus caballos blancos de la Camarga, entraron llevando en la mano un tridente, dieron la vuelta al anfiteatro despejándolo así de las gentes que por allí paseaban, y que fueron como pudieron á tomar asiento en el circo, dejando libre y despejado el circo á los lidiadores.

Entonces examinando yo la poca altura del muro ó barrera que protegía á los espectadores, me pregunté como las antiguas gradas se hallaban protegidas contra el furor y rabia de los animales que las poblaciones venian á ver degollar á millares.

Una barrera de seis pies, tal vez, bastaria para detener á los animales pesados: y aun creo que en las corridas de toros españoles, sucede muchas veces que los toros, y sobre todo los navarros, que son los mas vivos y li-

geros, saltan la primera barrera, que es de cinco pies, y se hallan en un corredor, cuya estrechez sola les impide saltar por encima de la segunda barrera que, sin embargo, es mas alta de quince á diez y ocho pulgadas; pero en los juegos antiguos en que los animales combatientes eran tigres, panteras y leones, en que César hizo salir una serpiente de cincuenta codos, que no tenia mas que desplegar algunos de sus anillos y enderezar la cabeza para alcanzar á la cuarta ó quinta fila de gradas, y Agrippa veinte elefantes cuyas trompas debian alcanzar al palco de las vestales y del emperador, que barreras protegían á los espectadores de que no se encuentra vestigio alguno, y que sin embargo, ningun autor contemporáneo ha consignado accidente alguno de los que sin una barrera ó verja, debieron haber sido muy comunes (1)?

En esto estaba de mis reflexiones que comuniqué á Jadin, cuando resonó un inmenso alharido de alegría: fijamos la vista en la Arena y debajo de nosotros, contra la puerta que habian cerrado detrás de él, vimos el primer toro que espantado con aquel ruido trataba en vano de volver á entrar, reculando al toril del que acababa de salir. Acostumbrado á las inmensas soledades de la Crau, á las arenas llanuras de Aguas-Muertas, ó á las lagunas de la Camarga, paseaba asombrado y agitado sobre aquel circulo de espectadores, en que se hallaba encerrado, su mirada estúpida, sombría y feroz. Viendo entonces que no tenia salida ninguna, y viéndose rodeado de un circulo de granito, bajó la cabeza: hizo oír un largo mugido, y se puso á escarbar la tierra con las manos.

Estas demostraciones hostiles fueron recibidas con gritos de alegría; pero de todos los espectadores en el que produjeron mas efecto fué sin contradiccion alguna en Milord, que estando echado á nuestros pies se levantó convulsivamente, erizó su pelo, y recordando sus antiguas luchas en la barrera del Combate, se hubiera lanzado en el instante mismo en el área si su amo no le hubiese contenido fuertemente por el collar.

Durante este tiempo, uno de los dos ginetes habia dado algunos pasos con direccion al toro, que de pronto, viendo que era decididamente aquel el enemigo que tenia que combatir, se precipitó sobre él con la cabeza baja, con tal rapidez que todo el anfiteatro dió un grito compuesto de treinta mil voces, que á la vez gritaban ¡qué le coge, que le coge! Pero el ligero jamego de la Camarga dió un salto de lado con tal destreza y precision, que se hubiera creído que los dos ad-

(1) Merimé, en su excelente obra sobre los monumentos históricos del Medjodia de la Francia, hace investigaciones sobre este asunto; emperó no encuentra ni en los descubrimientos de los arqueólogos, y en las escavaciones practicadas hasta hoy nada que aclare esta cuestion.

versarios no se habian tocado si el toro doblándose sobre los corbejones de atras no hubiese levantado la cabeza dando un mugido y sacudiendo sus narices atravesadas por el tridente del ginete, y no hubiese manchado la arena del circo con anchas gotas de sangre.

Resonaron en aquel mismo instante, de todos puntos del circo, grandes aplausos para el hombre, y denuestos para el animal, animando á los dos á continuar la lucha, al uno á herir de nuevo al toro y al otro á vengar su derrota. En efecto, sin distraerse el toro por la vista del segundo ginete miró en derredor de sí para buscar al que le habia herido, y viéndole en un extremo del anfiteatro se volvió hácia su lado siempre inmóvil, pero pronto á lanzarse á la carrera. Entonces el ginete puso su caballo al galope, dió una ó dos vueltas en el circo como lo hacen los escuderos en los ejercicios ecuestres. El toro le siguió con los ojos, parado siempre; despues, á galope, se lanzó calculando con maravillosa sagacidad el sitio donde debia encontrar caballo y ginete para clavarlos contra la pared. Habia ya su enemigo adivinado aquella maniobra: lanzado el caballo á galope llegó levantándose de manos, y el toro, precipitando su carrera, vino como un antiguo ariete á chocar en frente, en la pared á tres pies casi delante de él. Fué tal la violencia del golpe, que cayó atolondrado y temblando como si le hubiese aplastado la maza de un carnicero.

El ginete picó espuelas al caballo que saltó ligeramente por encima del toro tendido en el suelo. Entonces, inmediatamente, un hombre vestido de encarnado, parecido casi á los antiguos diablos del teatro de la ópera, salió de una de las bóvedas llevando en la mano un hierro encendido, y vino á aplicarlo sobre el muslo del animal, que no pensando ya en defenderse se contentó con levantar la cabeza lanzando un lastimero gemido, se dejó atar una cuerda al cuello y levantarse sin resistencia alguna, y siguió con gran aplauso de la muchedumbre al hombre vestido de encarnado bajo la bóveda opuesta á la de que habia salido. Apenas habia desaparecido detras de la puerta el animal vencido, cuando se volvió á abrir la de enfrente y salió un segundo toro á la arena.

Preciso es confesar para mengua de la raza vacuna de la Camarga, que éste no tenia ninguna de las cualidades belicosas del primero: tan cierto es que entre los animales de una misma comarca, como entre los hombres de una misma patria, los caracteres no solamente son distintos, sino tambien opuestos. En efecto, la impresion que produjo al toro recién salido el tránsito de las tinieblas á la luz, y la comparacion de la vista de los cañaverales, los solitarios tamarices de la Camarga con aquellos treinta mil espectadores colocados sobre las gradas, fué visiblemente un sentimiento de terror. Volvióse para en-

trar por la puerta que ya se hallaba cerrada, y viendo que era imposible la huida, dió una vuelta al circo con paso desigual y asustadizo. Entonces los dos ginetes viendo con qué antagonista tenian que habérselas se acercaron cada uno por su lado, con la misma precaucion que tomaran los perros que quieren colgarse de las orejas de un jabali, y cogiéndole el morro entre los dos tridentes lo llevaron así hasta el medio de la arena.

Allí una especie de carnicero, de hercúleas formas le aguardaba, y cogiendo al toro por los cuernos, bajando una mano y levantando la otra lo derribó de costado. Inmediatamente el mismo hombre vestido de encarnado salió de nuevo de su bóveda, vino á marcar sobre la parte trasera al paciente animal, y echándole delante de él con piedras le hizo tomar el camino del arco en donde debia encontrar su camarada, á quien su brillante defensa habia adquirido tantos aplausos, como á éste su cobardia denuestos y silbidos.

No habia salido todavia de la arena cuando todos los espectadores gritaban á una voz: ¡otro toro! ¡otro toro!...

Inmediatamente fueron obedecidos, y el nuevo adversario se presentó tan rápidamente, que estaba enmedio del circo antes que hubiese podido haber tiempo de verle salir. Uno de los dos hombres de á caballo que todavia no habian combatido, se aprestó á ello inmediatamente. No fueron largos los preparativos: consistian en poner su tridente enristrado, ni mas ni menos que nuestros antiguos caballeros ponian sus lanzas. Despues, habiendo hecho diestramente retroceder al caballo, tomaba terreno, tanto, cuanto lo permitia la estension del circo, y se lanzaba sobre el toro inmóvil, que al verle venir levantó rápidamente la cabeza, en tales términos que su antagonista no tuvo tiempo de levantar el tridente que debia únicamente herirle en el morro, y en lugar de esto, fué y le clavó lo largo de sus tres puntas, es decir, dos ó tres pulgadas, en medio del pecho.

Temiendo el ginete matar al animal, cuando no podia mas que herirlo, lanzo el tridente, cuyo mango cayó á tierra, y el hierro permaneció clavado en el toro debajo de la garganta.

Esta torpeza disgustó muchísimo al anfiteatro que aulló como si hubiese recibido él mismo el golpe. En cuanto al toro apenas se sintió herido, cuando por un movimiento natural en los animales, se echó contra el arma que habia quedado en su llaga, andando, si puede decirse así, contra su herida y su dolor. Pero al cabo de dos ó tres pasos, el mango del tridente chocando en tierra encontró un punto de apoyo bastante fuerte para resistir. Hizo el toro un esfuerzo terrible y se clavó todavia mas el tridente en el cuerpo, y si no hubiera sido por la barra trasversal que formaba la base de las puntas, le hubiera

entrado todo el palo en el cuerpo. Doblóse el mango del palo como un arco y se rompió de pronto, y el animal exaltado por su fuerza misma cayó de rodillas, dejando uno de los pedazos detrás y llevando el otro colgado del pecho.

Entonces fué cuando el ginete que le había herido, tomando el tridente de su compañero, volvió al toro para reparar por un nuevo ataque leal y franco la falta que había cometido, y antes que se hubiese levantado le clavó el hierro de su lanza en el morro. Vuelto en sí el animal por el dolor se levantó inmediatamente, y entonces comenzó una verdadera lucha. Mugió el toro y se lanzó sobre el ginete que volvió á hacerle una nueva herida. Herido el toro, levantó mugiendo su ensangrentada cabeza buscando con los ojos á su enemigo que le aguardaba. Apenas le hubo visto cuando volvió á la carga y recibió un nuevo golpe. Cambiando inmediatamente de objeto y rencor trató de atacar al caballo: pero este hecho á semejantes maniobras, multiplicó sus saltos diestramente, de manera que presentaba siempre á su enemigo la punta del tridente de su ginete.

Entonces aplaudió con furor todo el circo, pero como se aplaudia en los antiguos circos, con movimientos de furor; se levantó de aquella cuba de granito, calentada por un sol de 24 á 25 grados, un ruido sin nombre, un clamor inaudito, un rugido como el de las olas del Océano, durante una tempestad. Pero de pronto cesó como por encanto aquel inmenso rumor; desesperanzado el toro de alcanzar á su enemigo había señalado otra víctima: era el segundo ginete que había cometido la imprudencia de permanecer sin armas en la arena. Un grito le advirtió del peligro que corría y pudo evitar el primer ataque: pero abandonado completamente del caballero armado, el toro se puso á correr tras él.

Entonces pudo juzgarse de la superioridad en la carrera del toro sobre la del caballo; apenas había dado este treinta pasos huyendo cuando fué alcanzado en el costado por su enemigos. Caballo y ginete rodaron cada uno por su lado, titubeó un instante entre sus dos enemigos y casi inmediatamente metiendo la cabeza entre las piernas se precipitó sobre el hombre.

Pero antes de que hubiese dado este paso encontró en el camino un nuevo adversario: era Milord, que del primer salto se había lanzado de la grada al circo, y del segundo al morro del toro donde había hecho presa. Sorprendido el animal se detuvo, alzó la cabeza, y mostró á los espectadores el terrible alano colgado de sus orejas con sus dientes de hierro. Durante este tiempo el ginete derribado en el suelo se levantó y corrió á guarecerse bajo la bóveda donde se hallaba el hombre vestido de encarnado.

En cuanto al caballo se puso de rodillas tratando de seguir á su amo; pero volvió á caer inmediatamente en el suelo: el cuerno le había penetrado todo el pecho izquierdo. El segundo ginete no sabiendo como atacar al toro, lo aguardó.

No fué largo el resultado de la lucha: herido el animal en el pecho, fatigado con sus inútiles reiteradas cargas, trató desde luego de aplastar á Milord bajo su cuerpo; pero Milord sabía tan bien su oficio como el mejor toro de la Camarga. Cada vez que el toro bajaba la cabeza como Anteo, Milord tocaba la tierra y recobraba nuevas fuerzas. Levantaba entonces el toro la cabeza y sacudía convulsivamente á su enemigo. Dejábase sacudir Milord, pero su infernal quijada no cedía ni aflojaba una línea. Duró esto casi unos cinco minutos corriendo el toro como un loco tan pronto con la cabeza levantada como baja: en fin, se paró temblando sobre sus manos. En aquel momento salió el carnicero de la bóveda y se llegó á él. Al verle adelantarse el toro encontró un resto de sus fuerzas y se lanzó á su encuentro; pero su último adversario le cogió por los cuernos y ejecutando la maniobra que había hecho antes. Inmediatamente Milord, viendo tendido á su enemigo, soltó la presa y volvió alegre y modesto, conociendo que había sido la admiración de treinta mil personas, á tenderse pacíficamente pero ensangrentado á nuestros pies.

Temiendo nosotros que el entusiasmo nos eligiese para los honores de la ovacion, aprovechamos el momento en el que la muchedumbre, despues de volverse á nuestro lado, atendia á la operacion de herrar y poner la marca, para escaparnos por un vomitorio que había detrás de nosotros. Nuestra retirada triunfal se hizo sin obstáculo, y Milord siguiéndonos, sin sacar por todo fruto de su victoria mas que el cumplido del portero que al abrirnos las verjas con respeto nos dijo meneando la cabeza:

—Podeis alabaros de tener un valiente perro....

Volví á entrar en la fonda con la cabeza aturdida de la gritería que hace comprender como debe ser en su cólera aquel pueblo tan terrible en su alegría. Sin embargo, todo el resto de la semana, Nimes se encontraba sumido en el silencio y en la mas completa soledad: apenas asomando la cabeza á la ventana se ven tres ó cuatro personas en toda la estension de la calle: consiste esto en que la poblacion obrera, compuesta en su totalidad de tejedores de seda y de algodón, viven en sus talleres ó en sus cabañas, y no salen de su subterránea mansion, donde se consumen en su tenebroso trabajo, si no en los dias de motin ó de fiesta.

Así hombres y mugeres se consumen y gastan bien pronto en aquella atmósfera metafísica y polvorosa, donde las pasiones políti-

cas se exaltan ó se perpetuan los ódios religiosos. Así el lenguaje mismo es á la vez melancólico y animado, amenazador y poético. Un mes antes de nuestra llegada algunas reuniones tumultuosas se habian verificado: los obreros y los trabajadores pedian un aumento de salario que los rehusaban los fabricantes. Se pasaba el tiempo en inútiles parlamentos entre aquellos infelices que pedian algun cuarto mas para vivir y los ricos que rehusaban concedérselo. Entonces se oyó á uno de aquellos hombres del pueblo gritar con sombría desesperacion:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Haced caer un dia pólvora y una hora de fuego y que todo concluya!

Al contar la historia de los asesinatos de Avignon he contado los de Nimes: las mismas causas provocaron los mismos efectos; los mismos ódios aguzaron los mismos puñales: el mismo oro pagó la sangre. Pero en Nimes como en Avignon no debe ser responsable la ciudad del crimen de algunos. La memoria de Trestaillon es tan execrada por los realistas mismos, como lo es la de Farges, de Roquefort y de Puntigaudou.

La casa que pertenecía á este miserable está desierta é inhabitada como un sitio maldito, y se le enseña al viagero, arruinada en medio de su inculco é infecundo jardín.

Ademas, despues de la revolucion de julio se han disminuido mucho estos ódios. A lo que se asegura estuvo á punto de comprometerlo todo el gobierno mandando la destruccion de las cruces. Los protestantes, á quien el nuevo movimiento político habia dado la victoria, en lugar de aplaudir este acto se encerraron en sus casas, dejaron á los gendarmes toda la responsabilidad de la sacrilega tarea. Se completó con la conciencia que ponen en todos los ejercicios de este género. Fueron derribadas las cruces, y algunas mugeres pisoteadas por los caballos. Durante un dia ó dos hubo de nuevo en las calles de Nimes lamentos y sangre, pero el sol ardiente del Mediodia secó bien pronto todo esto. Hoy se dice que los recuerdos de 1815 y 1830 están enteramente olvidados ¡Dios lo quiera!

Hay en Nimes quince mil protestantes y treinta mil católicos. En medio de todas nuestras operaciones del dia no habiamos tenido tiempo todavia para visitar la Casa Cuadrada, que se mira generalmente como la obra maestra de la arquitectura antigua en Nimes, y que el cardenal Alberoni decia que era preciso encerrar en un estuche de oro.

Tal era tambien sin duda el parecer de Luis XIV y Napoleon, que pensaron seriamente en hacer transportar á Paris aquella maravilla del arte del siglo II: pero las raices de piedra que se habian sostenido en pie despues de diez siglos, se hallaban profundamente enclavadas en la tierra: fué preciso renunciar á ello. Luis XIV olvidó este proyecto bailando

sobre el teatro de la Opera, y Napoleon ganando la batalla de Eylau. Por mucha prisa que tuviéramos por ver una alhaja que habia escitado los deseos de un rey y de un emperador, á quienes la historia llama grandes, se hallaba el dia tan adelantado, que dejamos nuestra visita para la mañana siguiente.

Como nos lo habia prometido Reboul, estaba en nuestra casa á las ocho. Dimos orden á nuestro fondista y á nuestro guia, de que tuviese listo el uno el desayuno y el otro el carruaje para nuestra vuelta, y nos pusimos en camino para ver y contemplar la maravilla romana.

Yo no sé si nos dirigimos por una calle desventajosamente colocada, pero el primer aspecto de aquel monumento no correspondió á la idea que me habia formado de él: le encontré pequeño comparado con las Arenas, y comprendí muy bien que al verle Napoleon hubiese concebido la idea de llevarsele, como aquellos arquitectos de la edad media que se representan con su catedral en la mano.

Las columnas empotradas en la pared parecen sofocadas y causan poco efecto: sus capiteles son demasiado cortos para las columnas que sostienen; en fin, la cornisa está recargada por los adornos. Solo el pórtico verdaderamente es el que presenta un aspecto grandioso y magnifico.

La Casa Cuadrada es el Museo de Nimes, pero como es de poca estension, uno de los trozos de arquitectura hallados en las escabaciones, se encuentra alineado alrededor del templo: el interior encierra lo que se ha creido mas precioso, entre lo cual están las famosas águilas sosteniendo una guirnalda.

Al levantar los ojos percibi los casetones del techo, los cuales eran de carton-piedra. Manifesté mi indignacion de un modo tan enérgico que Reboul se creyó obligado á tranquilizarme contándome las sucesivas degradaciones por que habia pasado la Casa Cuadrada.

La Casa Cuadrada, edificada segun todas las probabilidades en el reinado de Antonino, que era de Nimes, tenia otra igual que se hallaba reunida por un pórtico. La que nos ocupa se libró de la destruccion y tal vez fué salvada por los primeros cristianos que hicieron de ella una iglesia bajo la invocacion de San Estéban mártir. En el siglo XI hicieron de ella una casa de ayuntamiento. Su altura se dividió entonces en dos pisos, y abrieron ventanas en las paredes de esta. Tres ó cuatro siglos mas tarde fué abandonada á un tal Pedro Boys, acreedor de la ciudad, en pago de sus créditos.

Apenas fué propietario de ella, cuando construyó á un lado una casa en la parte meridional del edificio, degradando y agujereando el muro para hacer entrar las maderas y los postes destinados á sostener el techo de la nueva construccion.

De las manos de Pedro Boys pasó la Casa Cuadrada á las del señor de San Chaptés, que hizo de ella una cuadra, y para darla mas estension reunió las columnas del peristilo por una pared de ladrillos; dividió el interior en pajaes y en pesebres: en fin, cortó las columnas del peristilo para poner en el un cobertizo destinado los dias de mercado y de feria á abrigar las caballerías, con las que parece que el señor de San Chaptés hacia comercio.

En 1670 sus herederos la vendieron á los religiosos agustinos, que volvieron á hacer de ella una iglesia y construyeron una nave, un coro, capillas y tribunas, y estuvieron á punto de hacerlo venir todo á tierra al abrir sepulcros en el firme que sostiene el peristilo.

En fin, en 1789, la Casa Cuadrada, considerada como bienes del clero, fué arrebatada á los monges y se convirtió en la casa de la administracion central del departamento.

Desde esta época, lejos de correr nuevos peligros, se han ocupado, no solo de restaurarla, sino en embellecerla. La han incrustado una hermosa lápida de mármol negro, sobre la que se han escrito en letras de oro la palabra *Museo*. En fin, se la ha hecho un techo de carton-piedra. Esperamos que una mañana el consejo municipal se despertará con la idea de blanquearla, y entonces el embellecimiento no dejará de ser completo.

Volvió Reboul á desaynarse con nosotros: en estas dos últimas horas que pasamos juntos no le dejamos parar, hasta que se decidió á hacer imprimir sus versos. Consintió al fin despues de habernos hecho mil objeciones que le destruimos completamente, y yo me marché á Beaucaire, encargado con plenos poderes para Gosselin.

A mi vuelta á París, Lamartine se unió á mí, tomamos con eficacia el negocio, que dió por resultado la publicacion de un volumen de poesías cuya inmensa voga, no solamente correspondió á nuestras esperanzas, sino que las sobrepusó. Así hemos dado á conocer á la Francia las producciones de Reboul, poeta y panadero.

## LA TARASCA.

En tres horas casi hicimos el camino de Nimes á Beaucaire. Como esta ciudad no se halla separada de Tarascon en donde contábamos pasar la noche, si no por el Ródano, nos detuvimos al pie del castillo y enviamos nuestro cabriolé á anunciarnos á la posada.

Beaucaire, como aquellas gigantescas serpientes de la América Meridional que comen todo en un dia y digieren durante seis meses, vive todo el año de su feria, cuya reputacion es europea. La mayor parte de las casas, que son almacenes, cerrados trescientos cincuenta y ocho dias al año, se abren al acercarse el 22 de julio, época en que los desiertos muelles de la ciudad se transforman y cambian en bazares.

Entonces los caminos de Nimes, de París y de Orgon, se atestan de carruages: los puertos de Tolosa, de Cetté y Aguas-Muertas se cubren de barcas y de navios, y el Ródano, esa grande arteria del Mediodía, parece arrastrar olas de vida: el comercio de la Europa entera se halla representado en esta fiesta de la industria. Mulhausen envia sus impresiones y sus percales blancos; Rouen sus tejidos; Nimes sus lienzos y sus alcoholes; Perpiñan sus anchoas y sus sardinias; San Estéban sus fusiles y sus cintas; Grasse sus aguas de naranja y sus aceites; Avignon sus cueros y sus florencias; Marsella sus palos de Campeche y sus géneros coloniales; Tarascon sus muselinas y sus bordados; San Quintin sus lozas y sus percales; Lion sus sombreros y sus sedas; Sauve sus medias y sus gorros de algodón; Montpellier sus drogas; Sains sus cristales; Vervins sus latones y artefactos de cobre; San Claudio sus cajas de tabaco; Chatterant su cuchillería; Viena sus paños; Amiens sus terciopelos; París su quincallería, sus alhajas y sus chales; Génova sus pastas; Cataluña sus corchos y la Prusia sus caballos. Comienza esta feria como hemos dicho el 22 de julio y concluye el 28 del mismo mes. Durante estos seis dias se hacen millones de negocios, y lo que ha venido en mercaderías se vuelve convertido en oro, y lo que ha venido en oro se vuelve convertido en mercaderías.

Aquel corazon que ha palpitado un momento ha bastado para dar vida durante un año, no solo á una ciudad, si no á cuarenta, tanta sangre atrae á si y ha despedido á las estremidades á cada una de sus pulsaciones.

El 28 se ha terminado la feria: el 29 cada cual carga sus mercaderías y vuelve á tomar su camino: se vacian los almacenes: se cierran las casas: algunos dias todavía los gitanos que han bajado de España para vivir de las sobras del festin, vagan sobre el muelle comiendo en las calles lo que han recogido: por último apuradas las últimas migajas del banquete, desaparecen tambien y Beaucaire vuelve á quedar entregada por un año á su sueño, á su silencio y á su soledad.

El viejo castillo que domina á Beaucaire y que ha metido gran ruido en el siglo XII con sus máquinas de guerra, y en el XVI con sus cañones, está edificado sobre ruinas romanas: sus diferentes obras de fortificacion, son de los siglos XI, XIII y XIV. Desde lo

alto de sus murallas se descubre una magnífica perspectiva, cuyo primer término es Tarascon y Beaucaire, separadas por el Ródano, y unidas por un puente, y el segundo término Arlés, la ciudad romana; Arlés, el Herculano de la Francia sepultado y cubierto por la lava de la barbarie.

Bajamos de nuestro viejo castillo, en el que solo queda completa una magnífica chimenea del tiempo de Luis XIII: atravesamos el puente colgante, que tiene de largo quinientos cincuenta pasos, es decir, cerca de mil quinientos pies: pasamos al pie de la fortaleza edificada por el rey René, y entramos en la iglesia edificada en el siglo XII, restaurada en el XIV.

Esta iglesia se halla bajo la invocación de Santa Marta, que hospedó á Cristo en su casa. Tiene la construcción de esta iglesia una santa y piadosa historia: la ciencia la niega, pero la consagra la fe: empero en esta lucha del alma que cree y de la imaginación que duda, ha sido vencida la ciencia.

Marta, nació en Jerusalem. Su padre Siro y su madre Eucharía eran de sangre real. Tenia un hermano mayor que se llamaba Lázaro: tenia una hermana menor que se llamaba Magdalena.

Lázaro era un hermoso jóven, medio asiático medio romano, que no pudiendo emplear su tiempo en la guerra porque Octavio habia dado la paz al mundo, lo pasaba en la caza y los placeres. Tenia jóvenes esclavos comprados en la Grecia, y magníficos caballos traídos de Arabia: y mas de una vez, en un carro de cuatro ruedas adornadas de marfil y de bronce, precedido por un postillon á caballo habia cruzado por delante del hijo de Dios, caminando descalzo en medio de su comitiva de pobres.

Magdalena era una hermosa cortesana á la manera de Julia, la hija del emperador: tenia largos cabellos rubios que una esclava de Lesbos reunia todas las mañanas sobre su cabeza, sujetándolos con una cadena de perlas: llevaba el manto abierto por delante que dejaba ver una garganta maravillosa sostenida por una redecilla de oro, que los latinos llamaban *Cascium* á causa de las heridas que ocasionaba en el corazón de los hombres. Llevaba túnicas sembradas de grandes flores de oro y de púrpura, que llamaban en Roma *Palagiata*, del nombre de una enfermedad llamada *Palajus* que dejaba manchas sobre todo el cuerpo: y como sus pies delicados y perfumados cubiertos todos de sortijas y pedrerías no estaban hechos á andar, la traían literas con cortinas de telas asiáticas, en donde se hacia llevar cual una matrona romana por esclavos vestidos de *Pánulce*, en tanto que una criada acompañándola á pie, estendía entre ella y el sol un grande abanico de plumas de pabo real, y los corredores africanos que marchaban delante de ella para abrir-

le el paso, hicieron mas de una vez apartarse á un lado para que pasase la litera de la rica cortesana, á aquella pobre María que era la Madre del Salvador.

Marta veía con pena todas estas cosas, y frecuentemente intentó reformar la disipada existencia de su hermano, y la disoluta vida de su hermana; porque habia sido una de las primeras que habian escuchado y recogido la palabra de Cristo; pero los dos siempre se habian echado á reir de sus discursos. Por último, les propuso que fuesen á recoger el maná santo que dejaba caer de sus labios el Salvador. Magdalena y Lázaro consintieron en ello: fueron alegres, burlones, é incrédulos; escucharon la parábola del tesoro, de la perla y de las redes: oyeron la predicción del juicio final: vieron caminar á Jesus sobre las aguas: y volvieron pensativos.

Y aquella misma noche Lázaro dijo á Marta: hermana mia, vende mis bienes y distribúelos á los pobres.

A la mañana siguiente mientras que el Hijo de Dios comía en casa de Simon el Fariseo, entró Magdalena llevando un vaso de alabastro lleno de aromas y perfumes.

Y colocándose detrás del Salvador, se arrodilló á sus pies y comenzó á regárselos con sus lágrimas y á enjugarlos con sus cabellos, los besaba y derramaba perfumes en ellos.

Lo que viéndolo el fariseo que le habia convidado dijo en sí mismo: Si este hombre fuese profeta, sabria quién es la que le toca, y que es una muger de mala vida.

Entonces Jesus tomando la palabra le dijo:

Simon, tengo que hablaros: este respondió: hablad, Maestro.

Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta.

Pero como no tenian, con qué pagarle perdonó á los dos su deuda. ¿Cuál de los dos le amaria mas?

Simon respondió: Creo que seria aquel á quien mas perdonó.

Jesus le dijo: Muy bien habeis juzgado.

Y volviéndose hácia la muger, dijo á Simon:

Yo he entrado en vuestra casa, no me habeis dado agua para lavarme los pies, y ella al contrario los ha bañado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.

Vos no me habeis dado un beso, y ella al contrario desde que ha entrado no ha cesado de abrazar mis rodillas.

Vos no habeis derramado aceite en mi cabeza, y ella ha derramado aroma sobre mis pies.

Por eso os declaro que muchos pecados le serán perdonados porque ha amado mucho. Pero aquel á quien menos se perdona ama menos.

Entonces dijo á aquella muger: Vuestros pecados os son perdonados.

Y los que se hallaban á la mesa con él comenzaron á decir, ¿quién es este que perdona hasta los pecados?

Y Jesus dijo todavía á aquella muger: Vuestra fé os ha salvado, idos en paz (1).

Y algun tiempo despues, caminando Jesus con sus discipulos, entró en una aldea, y una muger llamada Marta, le recibió en su casa.

Tenia una hermana llamada María Magdalena, que se hallaba sentada á los pies del Señor, y escuchaba sus palabras.

Pero Marta, se hallaba muy ocupada en preparar todo lo que hacia falta: y deteniéndose delante de Jesus le dijo: ¿Señor, no veis que mi hermana me deja hacerlo todo sola? Decidla que me ayude.

Pero el Señor la dijo: Marta, Marta, no os afaneis ni os turbeis demasiado por el cuidado de las cosas.

Sin embargo, una sola es necesaria: María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada (2).

Hacia el tiempo en que Jesus declarando que era la puerta del redil, y el buen pastor, probando su mision y su divinidad por sus obras, cayó enfermo un hombre llamado Lázaro, que era del pueblo de Bethania, donde vivian María y Marta sus hermanas.

Esta María era la que derramó sobre el Señor un aceite perfumado, y le enjugó los pies con sus cabellos; y Lázaro, que se hallaba entonces enfermo, era su hermano.

Sus hermanas enviaron á decir á Jesus: Señor, el que amais está enfermo.

Habiéndolo oido Jesus, dijo: Esta enfermedad no será de muerte sino para gloria de Dios, y á fin de que el Hijo de Dios sea con ella glorificado.

Jesus amaba á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro.

Habiendo, pues, oido decir que estaba enfermo, permaneció todavía dos dias en el lugar en que se hallaba.

Dijo en seguida á sus discipulos. Volvamos á Judea; nuestro amigo Lázaro duerme, y voy á despertarle.

Sus discipulos le respondieron: Señor, si duerme estará curado.

Jesus les dijo entonces claramente: Lázaro ha muerto.

Habiendo llegado Jesus, encontró que hacia cuatro dias que Lázaro se hallaba en el sepulcro.

Y como Bethania no estaba distante de Jerusalem sino cerca de cinco estadios, habia gran cantidad de judios que habian acudido á ver á Marta y á María para consolarlas de la muerte de su hermano.

Habiendo sabido Marta que Jesus venia, salió á su encuentro, y María permaneció en la casa.

Entonces Marta dijo á Jesus: Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no se hubiese muerto. Pero yo sé que al presente Dios os concederá todo lo que le pidais.

Jesus respondió: Vuestro hermano resucitará.

Marta le respondió: Sé que resucitará en la resurreccion que se ha de verificar el último dia.

Jesus la dijo: Yo soy la resurreccion y la vida; el que cree en mí, aun cuando hubiese muerto, vivirá.

Y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Creeis esto?

Ella le respondió: Si, Señor; creo que sois Cristo, el Hijo de Dios vivo que habeis venido á este mundo.

Cuando hubo hablado así se marchó, y llamó secretamente á María su hermana diciéndola: Ha llegado el Maestro, y pregunta por vos.

Inmediatamente que lo oyó se levantó, y vino á buscarlo.

Jesus no habia entrado aun en la poblacion sino que estaba en el mismo sitio en que le habia encontrado Marta.

Entretanto, los judios que se hallaban con María en la casa, y que la consolaban, habiendo visto que se habia levantado tan prontamente, y que se habia salido, la siguieron diciendo: Se va al sepulcro para llorar en él.

Cuando llegó María al sitio en que se hallaba Jesus, habiéndole visto se arrojó á sus pies, y le dijo: Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiese muerto.

Viendo Jesus que lloraba, y que los judios que la acompañaban lloraban tambien, se estremeció en su espíritu y se turbó.

Y les dijo: ¿Dónde le habeis puesto?

Respondieron: Señor, venid y lo vereis.

Entonces lloró Jesus.

Y los judios dijeron entre sí: Ved como le amaba.

Empero hubo tambien algunos que dijeron: ¿No podria impedir que muriese, él, que ha dado vista á los ojos de un ciego de nacimiento?

Jesus estremeciéndose de nuevo en sí mismo, fué al sepulcro: era una gruta sobre la que habian puesto encima una losa.

Jesus dijo: Quitad la piedra.

María, que era la hermana del muerto, le dijo: Señor, ya huele mal, porque hace cuatro dias que está ahí.

Jesus le respondió: ¿No os he dicho que si creeis vereis la gloria de Dios?

Quitaron la piedra, y Jesus, levantando los ojos al cielo, dijo estas palabras: Padre mio, os doy gracias porque me habeis oido.

Yo ya sabia que siempre me ois, pero lo digo por este pueblo que me rodea, á fin de que crea que sois vos quien me ha enviado.

(1) Evangelio segun San Lucas.

(2) Evangelio de San Lucas.

Habiendo dicho estas palabras, gritó con voz fuerte: Lázaro, salid afuera.

Y en el mismo instante salió el muerto, teniendo los pies y las manos liadas con vendas, y el rostro envuelto en lienzo. Entonces Jesus les dijo: Desatadle y dejadle andar.

Muchos, pues, de entré los judíos que habian venido á ver á Marta y á Maria, y que habian visto lo que Jesus habia hecho, creyeron en él (1).

En el mismo año, seis dias antes de la Pascua, Jesus vino á Bethania, donde habia muerto Lázaro que habia resucitado.

Le dispusieron allí una cena: Marta, Maria y Lázaro eran los que se hallaban á la mesa con él.

Pero Maria, habiendo tomado una libra de aceite perfumado de verdadero nardo, que era de gran precio, lo derramó sobre los pies de Jesus, y como la primera vez los enjugó con sus cabellos, y toda la casa quedó llena del olor de aquel aroma.

Entonces uno de sus discípulos, á saber, Judas Iscariote, que debia venderle, dijo:

¿Por qué no se ha vendido este perfume en trescientos dineros, que hubieran podido darse á los pobres?

Pero Jesus le dijo: Dejadla hacer; porque ha guardado este perfume para el dia de mi sepultura.

Los pobres los tendreis siempre entre vosotros, á mí no siempre me tendreis.

Algun tiempo despues cumpliéndose su profecía, Jesus murió en la cruz legando su madre á San Juan y el mundo á San Pedro.

El primer dia de la semana, Maria Magdalena vino por la mañana al sepulcro cuando todavia no habia luz, y vió que se habia quitado la losa del sepulcro.

Y como llorase, habiéndose bajado para mirar en el sepulcro,

Vió dos ángeles vestidos de blanco sentados en el lugar donde habia estado el cuerpo de Jesus, el uno á la cabeza, y el otro á los pies.

Y le dijeron: Muger, ¿por qué llorais? ¿qué buskais?

Ella respondió: Han quitado de aqui á mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Al decir esto se volvió y vió á Jesus en pie, sin saber, sin embargo, que fuese el mismo Jesus.

Entonces Jesus le dijo: Muger, ¿por qué llorais? ¿qué buskais?

Pensando que era el jardinero, le dijo: Señor, si sois vos el que lo ha quitado, decidme dónde lo habeis puesto, y yo me lo llevaré.

Jesus la dijo: *¡Maria!* Inmediatamente se volvió, y le dijo: *Rabboni*, es decir, *maestro mio*.

Jesus le respondió: No me toqueis, porque

ain no he subido hácia mi Padre: pero ve á encontrar á mis hermanos y á diles de mi parte: «Yo, subo á mi Padre y á vuestro Padre, hácia mi Dios, y vuestro Dios (1).»

Aquí se detiene la historia escrita por los santos Apóstoles mismos y comienza la tradición.

Los judios para castigar á Marta, Magdalena, Lázaro, Maximino y Marcelo, de haber permanecido fieles á Cristo mas allá del sepulcro, los obligaron á entrar en una barca, y en un dia de tempestad lanzaron la barca al mar. La barca iba sin vela, sin timon y sin remo; pero tenia la fé por piloto; así, apenas los condenados hubieron comenzado á cantar himnos de gracia al Salvador, cuando se echó el viento, se calmaron las olas, el cielo se puso sereno, y un rayo de sol vino á rodear la barca con una aureola de fuego. Mientras una parte de los que veian este milagro blasfemaban del Dios que lo habia hecho, la otra caía de rodillas para adorarle, y en tanto, la barca deslizándose cual impelida por una mano divina, abordó á las playas de Marsella, y los obreros de Dios, los enviados de su palabra, los apóstoles de su religion, se dispersaron en la provincia para distribuir á los que tenian hambre el santo alimento que traian de Judea.

Mientras que Marta se hallaba en Aix, con Magdalena y Maximino, que fué el primer obispo de aquella ciudad, los diputados de una ciudad vecina, atraidos por la fama de sus milagros, acudieron á ella; venian á suplicarla los libertase de un mónstruo que devastaba su pais: Marta se despidió de Magdalena y de Maximino, y siguió á aquellos hombres.

Al llegar á las puertas de la ciudad encontró allí todo el pueblo que habia salido á su encuentro. Al acercarse á ella se arrojó diciéndole que no tenia mas esperanza sino en ella, y ella respondió preguntando dónde se hallaba el mónstruo. Entonces le mostraron un bosque inmediato á la ciudad, y se encaminó inmediatamente á él sola, sin defensa alguna.

Apenas habia entrado en él cuando oyó grandes rugidos y todos temblaron, porque pensaron que iba á perecer la pobre muger que habia emprendido una cosa que ninguno osaba emprender, y que habia ido sin armas donde ningun hombre armado se atrevia á ir; pero bien pronto cesaron de oirse los rugidos y volvió á presentarse Marta llevando una pequeña cruz de madera en una mano, y en la otra al mónstruo atado á la punta de una cinta con que ceñia la cintura de su vestido.

Se adelantó así en medio de la ciudad, glorificando el nombre del Salvador, y trayendo al pueblo para servirle de juguete el dragon todavia ensangrentado con la última presa que habia devorado.

(1) Evangelio segun San Juan.

(1) Evangelio segun San Juan.

Esta es la leyenda sobre la que reposa la veneracion que se tiene á Santa Marta por los habitantes de Tarascon. Una fiesta anual perpetua el recuerdo de la victoria de la santa sobre la *Tarasca*, porque el mónstruo ha tomado el nombre de la ciudad que devastaba.

La víspera de este dia solemne, el maire de la ciudad hace publicar al son de trompeta que si sucede algun accidente al dia siguiente nadie será responsable de él: que previene que los heridos no tendrán derecho alguno á quejarse, y *que el que coja un mal lo guardará*.

Merced á este formidable aviso, deberia cada uno cerrarse á piedra y lodo en su casa desde el amanecer, pero sucede todo lo contrario: desde el amanecer toda la ciudad se halla en la calle: en cuanto á la *Tarasca*, aguarda debajo de un cobertizo.

Es un animal de un aspecto terrible, y cuya visible intencion es recordar el antiguo dragon que representa. Puede tener veinte pies de largo, una cabeza gruesa, redonda, una boca inmensa que se abre y se cierra á voluntad. Dos ojos llenos de fuegos artificiales: un cuello que se alarga y se encoge: un cuerpo gigantesco destinado á encerrar las personas que lo hacen mover: en fin, una cola larga y puntiaguda con la que da latigazos de una manera triunfal para romper los brazos y las piernas de las personas á quienes alcance.

El segundo dia de la fiesta de la pascua de Pentecostés, á las seis de la mañana, treinta caballeros de la *Tarasca* vestidos con túnicas y capas, y establecidos por el rey René, vienen á buscar el animal debajo del cobertizo donde se guarda.

Doce mozos de cordel entran en el vientre. Una doncella vestida de Santa Marta le aña una cinta azul al rededor del cuello, y el mónstruo se pone en marcha con gran aplauso de la multitud. Si algun curioso pasa demasiado cerca de su cabeza, la *Tarasca* alarga el cuello y le coge por el fondo de sus calzones, que ordinariamente se quedan en la garganta.

Si algun imprudente se aventura á ir detrás, la *Tarasca* hace una de las suyas, y con un latigazo de la cola lo echa al suelo. En fin, si se pone muy de cerca á los lados, la *Tarasca* enciende el fuego artificial que lleva en los ojos, que arrojan llamas, da un salto, da una vuelta sobre si misma, y todo cuanto se encuentra á su alcance en una circunferencia de setenta y cinco pies, es despiadadamente quemado y derribado al suelo. Al contrario si alguna persona visible de gran consideracion en la ciudad se encuentra al paso, se dirige á él la *Tarasca* haciéndole mil monadas, dando saltos en prueba de alegría, y abriendo las fauces en señal de hambre; y el individuo á quien se tributa este honor arroja en la garganta un bolsillo, que digiere incontinen-

temente á beneficio de los mozos de cordel que lleva en el vientre.

El año 93 los arlesianos y los tarasconeses se hallaban en guerra; los tarasconeses fueron vencidos, y Tarascon fué tomado. Entonces los arlesianos no encontraron otra cosa mejor para humillar á sus enemigos que quemar la *Tarasca* en la plaza pública. Era un mónstruo de la mas grande magnificencia, de un mecanismo tan complicado como ingenioso, y que habia costado hacerlo 20,000 francos.

Desde esta época los tarasconeses no han podido nunca reemplazar dignamente la antigua *Tarasca*, que es todavia objeto de sus mas vivos pesares: han hecho hacer otra, pero mezquina y pobre en comparacion de la que les quemaron. Esta es la que visitamos, que á pesar de las lamentaciones de nuestro guia nos parecia todavia de un aspecto muy bueno y confortable.

Ahora, como en toda tradicion hay algo de historia, y en todo milagro un punto que puede esplicarse; es probable que un cocodrilo procedente de Egipto, como el que fué muerto en el Ródano, y cuya piel se conservó hasta la revolucion en la casa del ayuntamiento de Lion, habia establecido su domicilio en las inmediaciones de Tarascon, y que Marta que habia aprendido á las orillas del Nilo como se coge aquel animal, logró libertar de aquel mónstruo la ciudad, en la que tanto se honra su memoria.

La iglesia en que hemos introducido á nuestros lectores al principio de esta leyenda, no presenta nada de notable bajo el aspecto de la arquitectura; pero contiene algunos cuadros bastante curiosos: siete son de Vien, y representan la visita de Cristo á Santa Marta —la resurreccion de Lázaro—el embarque de Santa Marta, Maria Magdalena, Lázaro y Maximino—el desembarco de Santa Marta en Marsella—Santa Marta predicando el Evangelio en Tarascon—la muerte de Santa Marta—y últimamente el entierro de Santa Marta.

Ademas de estos siete cuadros, notables por todos los defectos y por todas las bellezas de los maestros de aquella época y de aquella escuela, hay una Santa Cunegunda, rehusando casarse con un principe griego, y consagrándose al servicio de Dios—un Cristo—una Anunciacion—una Adoracion de los Magos—una Santa Catalina—un Santo Tomás de Aquino y una Virgen, de Parrocel—una Asuncion de la Virgen, y una Santa Marta, por Mignard,—y en fin, un San Francisco de Asis moribundo, pintado por Vanloo.

La iglesia de Santa Marta poseia todavia otros muchos cuadros de mérito, pero cuando la revolucion, habiendo sido trasladados al hospicio de los indigentes, los pobres hicieron pasar por legia la mayor parte de los cuadros para hacerse pantalones con los lienzos.

Pero la mayor pérdida que tuvo en aquella época la parroquia fué la de un busto de Santa Marta de oro macizo, regalado á la ciudad por Luis XI, que habia fundado un cabildo con quince beneficiados. Aquel busto, en derredor del cual se hallaba representada en esmalte toda la vida de Santa Marta, pesaba, sin contar con la estátua del rey que oraba de rodillas delante de la santa, 22,000 ducados de oro. En el momento del hambre fué transportado á Génova y cambiado por trigo. La república de Génova le tomó al peso, es decir, por 400,000 francos.

Otra reliquia no menos preciosa era un brazo de *vermeil*, encerrando un hueso de Santa Marta, y en cuyos dedos habia noventa sortijas, alguna de las cuales valia hasta 40,000 francos.

En la época en que este busto marchaba para Génova, el brazo tambien andaba en camino por su lado; empero jamás se ha podido saber cual fué su paradero.

Una cosa curiosa hay que ver en la iglesia de Tarascon, y es el sepulcro de Santa Marta, menos notable por el mérito de su ejecucion que por la veneracion que inspira. Ademas, la santa, que es de mármol blanco sobre un lecho de mármol negro, es hermosa, y vista á la trémula claridad de la lámpara que ilumina aquella capilla subterránea, es de un aspecto enteramente religioso é imponente.

Como Tarascon nada mas nos ofrecia de curioso y digno de visitarse, determinamos á nuestro amigo Boyer á que á las cinco de la tarde volviese á enganchar su caballo en el cabriolé, y nos pusimos en camino para Arlés, donde llegamos á las nueve.

## ARLES.

Arlés es la Meca de los arqueólogos franceses: es la ciudad antigua por excelencia. Monumentos romanós forman su suelo y alreedor de ellos, á sus pies, á su sombra, en las grietas, ha brotado, no se sabe como, por la fuerza vegetativa de la civilizacion religiosa de San Luis, una segunda ciudad gótica que á su vez ha dado nacimiento á casas que bien ó mal han formado la ciudad moderna.

Al primer aspecto se descubren estas dos últimas: pero interroga la vista á los cimientos, escava y registra las calles, reúne los restos y vuelve á aparecer la ciudad romana con su teatro, su circo, su pretorio, sus termas, su foro, el palacio de sus emperadores, su altar á la buena diosa y su Júpiter Olímpico. El esqueleto del gigante ha sido mal sepultado y por todas partes sobresalen sus huesos de la tierra.

Arlés, si se ha de creer á Ausonio, era la reina de las Galias: el sitio donde fué edificada, escribian Honorio y Teodosio á Agricola, prefecto de las Galias, estaba tan bien elegido que tenia tan gran multitud de comerciantes, afluían tantos viajeros á sus puertas, que todo lo que en otras partes nacia venia á parar allí: tanto, que se habia convertido en el depósito del mundo por la cantidad de objetos que ostentaban sus mercados y parecia que aquellas riquezas exóticas eran productos de su propio suelo.

En efecto, cuanto el rico Oriente y la perfumada Arabia, la fértil Africa, la muelle Asiria, la bella España y la Galia fecunda, recogian en sus campos, ella lo prodigaba á la necesidad, al deseo ó al capricho del mas delicado sibarita. De todo cuanto se producía venia á ella por tierra, por mar y por el rio en barcas, en navíos y en carretas.

Así, la ciudad de Arlés, fué la querida de Constantino. Disputaba la preferencia á Bizancio en su corazón: porque hubo un tiempo en que la habia habitado. Allí habia sido feliz, y su muger Fausta habia dado á luz á su hijo primogénito, que llevó el mismo nombre que él. ¿Cuál fué la causa que impidió á Arlés ser la segunda capital del mundo? No se sabe. ¿Constantino se cansó de ella como un amante de su querida, y la fué infiel al ver las azuladas aguas del Ponto-Euxino y las floridas playas del Bósforo? ¿Se cansó de ella por el peligro que corrió en su palacio sobre el Ródano la noche en que advertido por su muger, vió oculto detrás de un tapiz, á su suegro Maximino Hércules adelantarse paso á paso hácia el lecho nupcial en la mano y dar de puñaladas á un eunuco que habia hecho acostar en lugar suyo? ¿ó acaso el terrible mistral, el azote de aquellas comarcas, le pareció un enemigo demasiado obstinado, un adversario demasiado valiente, á un hombre que habia respirado el fresco viento de Ostia y la perfumada brisa de Nápoles?

De Arlés salió Constantino para ir á combatir á Maxencio: durante el viage de las Galias á Roma una cruz luminosa se le apareció con la inscripcion, *in hoc signo vinces*, y por el doble recuerdo de su ciudad querida y de su victoria santa, hizo acuñar monedas de oro, plata y bronce, llevando en una mano que sale de una nube una cruz, y en el otro lado una leyenda compuesta de estas dos palabras: *Arelas civitas*.

Anegado Maxencio en el Tiber, y libres todos los prisioneros, bautizado solemnemente el emperador por el papa Silvestre, volvió á Arlés, donde en 344 reunió un concilio; en 356 hizo celebrar los juegos decenales, y en 394 nombró tres Césares: Crispo, su hijo, que le habia tenido de Minervina su primera muger; Constantino que, como hemos dicho habia nacido en Arlés, de Fausta, hija de Maximino Hércules, y á Licinio su sobrino. Despues,

queriendo consolar á la ciudad que iba á dejar, de su abandono, así como se da á la muger que se repudia un rico patrimonio, hizo venir de las márgenes del Nilo un obelisco de granito: enriqueció su palacio con magníficas estatuas y espléndidas columnatas, é hizo construir á grandes gastos un acueducto por el que las aguas de los montes vecinos fueron llevadas á los depósitos públicos: despues, por último, estableció allí la sede del pretorio de las Galias, lo que la hacia grande y augusta al igual de Roma y de Constantinopla.

Así fué en Arlés á donde San Aignan, obispo de Orleans, viendo sitiada su ciudad por Atila, vino á pedir socorro á Aecio, prefecto de las Galias, que con el socorro de Meroveo venció al rey de los hunos cerca de Chalons.

El poder romano se estinguió en Arlés con Julio Valerio Majoriano. Atravesó los Alpes en 458, se apoderó de Lion, y encontrando como Constantino á Arlés maravillosamente situada, resolvió establecer allí su córte imperial.

Durante su permanencia en esta ciudad y en el palacio de Constantino, fué cuando invitó á Sidonio Apolinario á sentarse á su mesa: y á esta circunstancia debemos la carta del poeta á Montio, su amigo, carta en la que consigna los detalles de aquel gran festin, donde siete grandes señores habian asistido, y hace la descripcion del palacio adornado de magníficas estatuas colocadas entre columnas de mármol.

Majoriano, asesinado en Tortona, perdió con la vida el imperio de Occidente; y la ciudad de Arlés, que habia permanecido como colonia romana, pasó en 465 á la dominacion de los godos. Quedó bajo su dominacion hasta 537, época en la que Vittegis cedió al rey de los francos Chidelberto la ciudad de Arlés y todo cuanto poseía en las Galias.

El nuevo señor de Arlés hizo un viage allí, dió juegos y combates á la manera de los juegos y combates romanos.

Un día que cazaba en los alrededores de la ciudad encontró en medio de un bosque sobre un pequeño monte, muchos piadosos anacoretas. Movidó de su piedad fundó el monasterio de Mont-mayor.

En 732 los sarracenos de España habiendo sido derrotados entre Tours y Poitiers por Cárlos Martell refugiaron sobre las provincias meridionales, y furiosos con su derrota saquearon la ciudad de Arlés, derribaron sus monumentos y sepultaron bajo sus ruinas los tesoros del arte reunidos por cinco siglos de la civilizacion romana. Arrojadados por Cárlos Martel en 732, volvieron á presentarse en Provenza en 797, donde Cárlo-Magno los venció dos años despues matándoles veinte mil hombres cerca de la montaña de la Cuerda.

En honor de esta victoria, dice Mr. La-Hauziere en su historia de Arlés, Cárlo-Magno hizo construir en la falda de la montaña

de Mont-mayor una capillita que dedicó á la Santa Cruz. Una inscripcion latina casi ilegible y destruida comprueba esta ereccion (1).

Desgraciadamente para la autenticidad de esta dedicatoria los nuevos estudios históricos no reconocen ni la inscripcion ni la victoria conseguida. Es, pues, probable, que los monges de la Santa Cruz no queriendo orar por Cárlos Martell que habia impuesto fuertes contribuciones á todas las comunidades religiosas á cuyo socorro habia venido, habrán atribuido el honor de su victoria á su nieto. Ademas la verdadera fecha de la conclusion de la iglesia de la Santa Cruz está comprobada por una carta posterior á Cárlo-Magno doscientos veinte años. Levantada por el abad Ramber, superior del monasterio de Mont-mayor, fué reedificada por Pons de Marignan, arzobispo de Arlés.

El desmembramiento del imperio de Cárlo-Magno llegó. La Provenza, la Borgoña y el imperio le tocaron á Lord-Her. En 845, disgustado del mundo tomó el hábito religioso dejando á su hijo Luis II emperador, á su hijo Lord-Her II rey de Lorena, y á su hijo Cárlos, rey de Arlés y de Provenza.

En fin, el emperador Cárlos el Calvo desmembró sus estados, erigió la ciudad de Arlés en reino, y le dió por rey á Bozon, que era ya gobernador de Provenza y de Italia. El nuevo reino, de que Arlés era la capital, se componia de la Provenza, del Delfinado, del condado Venesino, del principado de Orange, de una parte del Leonésado, de la Borgoña, del Franco Condado, del Piamonte y de la Saboya, hasta Génova.

El reino de Arlés subsistió durante doscientos cincuenta años y fué gobernado por once reyes (2).

(1) «Sepan todos que el cristianismo príncipe Carlos el Grande, rey de Francia, habiendo sitiado la ciudad que se hallaba en poder de los infieles y habiéndose hecho dueño de ella por la fuerza de sus armas, los sarracenos que quedaban en estas comarcas vinieron en gran número para apoderarse de esta ciudad y fortificarse en ella; el príncipe se adelantó con su ejército para combatirlos y consiguió sobre ellos una completa victoria, por lo que queriendo dar un testimonio de su reconocimiento á Dios, hizo dedicar este templo en honor de la Santa Cruz; tuvo tambien cuidado de levantar sobre sus ruinas el presente monasterio de Mont-mayor dedicado á San Pedro. Este edificio estaba destruido enteramente por aquellos infieles y puesto en situacion de no poderse habitar; lo restableció en su antiguo esplendor llamando á él un gran número de religiosos para que celebrasen el oficio divino, dándole para en lo sucesivo y dándole magníficos presentes.»

Aun se ve allí este epitafio.

«Muchos de los franceses que han perecido en este convento descansan en la capilla de este monasterio.»

*Hermanos, rogad á Dios por ellos.*

(2) Bozon I, Luis Bozon II, Hugo I, Conrado I, Rodolfo I llamado el Holgazan, Gerardo, llamado el Usurpador, Conrado II, llamado el Salico, Enrique III, llamado el Negro, Enrique II, Enrique V Conrado III.

Pasó despues á la autoridad de los cónsules. Ochenta y nueve años pasaron en estas alternativas continuas de monarquías y de repúblicas; por último, despues en 1220 se estableció el podestado.

Durante este período y en medio de mil revueltas civiles vió Arlés levantarse su espléndida basilica de San Trophimo y la primera parte de su claustro: poseía ya á Mont-mayor. En el siglo XI ó en el siglo XII fué cuando la civilizaci6n religiosa produjo sus frutos y el arte cristiano se arraigó en el suelo pagano.

Durante ciento cuarenta y cuatro años la ciudad tan pronto república tan pronto municipalidad y tan pronto monarquía, pasó de manos de los podestás á la de los cofrades, de las manos de los cofrades á la de los cónsules, de las manos de los cónsules á las de los senescales, y de las manos de los senescales á las del emperador Carlos IV, que abdicó en favor de Carlos V. Esta abdicaci6n tuvo lugar en Villanueva de Avignon y desde este dia el título de rey de Arlés se estinguió para los emperadores y la ciudad volvió á quedar bajo la dominaci6n de los condes de Provenza, reyes de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalem, título que llevaba todavia en 1480 el buen rey René, el artista coronado que se consolaba con su pincel y su violon de la pérdida de su cetro y de sus tres reinos. Dos años despues, Luis XI, en su calidad de heredero de Carlos III, tomaba á su vez el título de conde de Provenza, que llevaron sus sucesores, y reunía Arlés á la Francia.

Perdónennos nuestros lectores esta larga introducci6n histórica arqueológica: empero no será pérdida para el viagero que como nosotros llegue por la noche Arlés, y quiera tomar anticipadamente una idea de la ciudad que va á recorrer al dia siguiente.

Tres dias permanecemos en Arlés, y no se necesitan menos, empleándolos bien, para verlo todo. Fué nuestra primera visita á la Plaza de los hombres buenos. En un rádio de cincuenta pasos nos ofrece los restos de tres civilizaciones distantes mil años una de otra. Lo primero es el obelisco de granito egipcio, el único que se ha encontrado en Francia y que es, como hemos dicho, un regalo de Constantino á la ciudad que abandonaba: una porci6n de la fachada de un gran monumento que se cree perteneci6 al Capitolio, y de la que no habia quedado más que una parte del friso, y las dos columnas que la sostenian: por último, la basilica de San Trophimo, maravillosa y que forma juego con la de San Gilles: estas dos basilicas son tanto mas preciosas cuanto que, al menos lo creemos, son los dos monumentos completos del arte bizantino en Francia. Ademas hay una cosa digna de notar, y es que se conoce en el adorno de la fachada de San Trophimo, la influencia que la vista de modelos antiguos ha

ejercido en el arquitecto, que ha coronado el punto principal con un fronton triangular parecido al que presentan todavia los restos del Capitolio, y ha adornado su cornisa con palmitas rampantes, hijas naturales, tal vez, pero de seguro hijas reconocidas de la arquitectura romana.

Cerca de la iglesia de San Trophimo se levanta un claustro, mitad romano, mitad gótico, y uno de los mas preciosos tal vez de la Francia. En la cantidad de adornos que cubren los paños de los personajes esculpidos en el capitel y los pilares romanos, es fácil reconocer el estilo bizantino del siglo XII. Constantinopla trataba de indemnizar á Arlés, de haberla arrebatado el imperio del mundo.

El anfiteatro es mas grande, pero está mas destruido que el de Nimes. En la época en que los sarracenos asolaron el Mediodía, una parte de la poblaci6n se refugió en las Arenas, y tapiando sus arcos hizo del monumento romano una fortaleza inespugnable. Bien pronto se alzaron torres sobre sus puertas, establecieron casas con órden, en fin, se alzó una ciudad en medio de la ciudad aislada por completo, con sus barrios, murallas, sus calles, su plaza pública y su iglesia. De esta estraordinaria ciudad no queda hoy mas que una sola casa.

Las demas han sido demolidas cuando el gobierno ha echado de ver que poseía en Nimes y en Arlés maravillas que podian causar celos á Roma.

Despues de las Arenas, el mas importante monumento es el teatro, cuya creaci6n precede á la conquista romana, y sube á la colonizaci6n griega. Arlés habia recibido, si se creen los versos de Festus Avienus, de sus reyes de Marsella el sobrenombre de Thelina (Teta), á causa de la fecundidad de su suelo. Los descendientes de Euxene la habian dado sus dioses, como lo prueban los fragmentos hallados en el templo de Diana de Efeso. Quisieron tambien hacerla conocer sus poetas, y la regalaron un teatro; y aun nose hallaba concluido cuando les sucedieron los romanos en la dominaci6n. De aqui la diferencia de trabajo que existe entre las dos columnas de mármol africano aun en pie, que sostienen un pedazo de arquitectura con su friso encima, y la parte opuesta llamada hoy la torre de Orlando, que es de un gusto enteramente bárbaro.

Despues viene el paseo de los Campos Eliseos llamado asi de las dos palabras latinas *Elisei campi*. En otro tiempo fué un vasto cementerio donde paganos y cristianos vinieron con diferente fé, empero con una misma esperanza á acostarse al lado unos de otros.

Sus sepulcros se han confundido y entremezclado: pero se reconoce á los unos en la D. y en la M. que les recomendaba á los dioses Manes, y á los otros en la cruz que les ponía bajo la proteccion del Salvador.

Casi todos estos sepulcros han sido registrados: una parte de ellos ha sido llevada por los habitantes de Fran para hacer pilas y bebederos de losa: hay otros cuyas tapas han sido utilizadas y están abiertos y vacíos. Algunos de estos muestran todavía la separación de piedra que impedía al marido y la mujer, aunque colocados en el mismo sepulcro, confundir jamás sus huesos.

En fin, de distancia en distancia, resonando el suelo bajo los pies que lo pisan, prueban que al lado de aquellos profanados sepulcros quedan otros vírgenes é intactos á que no ha llegado todavía ni la curiosidad ni la avaricia.

El museo de Arlés, al que el de Paris ha arrebatado su obra maestra, la Venus del Espejo, se ha enriquecido con los despojos de otros monumentos: todos le han suministrado su contingente de ruinas; pero la mas rica cosecha ha venido del campo de la Muerte. Allí hay una colección de sepulcros del Bajo Imperio, rica como ninguna otra, y cuyos bajos relieves pueden servir para la historia de la decadencia del arte. Los más antiguos me han parecido remontarse á principios del IV siglo.

El gobierno ha concedido 700,000 francos por año para las escavaciones de Arlés: mejor sería enviar allí un prefecto artista, y poner á su disposición un batallón de peones. Tenemos un ejército de cuatrocientos mil hombres, y de estos trescientos cincuenta mil están descansando. ¿No podría sin inconveniente grave distraerse quinientos en limpiar y desembarazar la nueva Pompeya?

Es curioso ademas pasearse al rededor de las murallas de Arlés: el recinto de las murallas es casi un segundo Museo. De veinte en veinte pasos se encuentra incrustado en el muro un fragmento, un resto del chapitel. Por todas partes donde los romanos habian alzado monumentos, se han edificado ciudades con sus iglesias y sus murallas, y sin embargo, apenas se ve que les falten algunas piedras de estas gigantes cas construcciones.

Uno de los tres dias que pasamos en Arlés era dia de fiesta, ó mas bien de mercado; habia una feria de carneros. Ciento veinticinco ó ciento treinta mil ovejas bajadas á las llanuras de la Crau, estaban empaquetadas al pie de las murallas del Mediodía. Esta circunstancia bastante indiferente en sí misma, tuvo para mi curiosidad de viajero un excelente resultado. Fué el de hacer salir de sus casas y con sus vestidos de fiesta, las arlesianas, que no habia visto todavía mas que en la fuente, ó hilando á las puertas de sus casas. Hacia las tres ó las cuatro de la tarde, abandonando el boulevard exterior á los elegantes y petimetres de la ciudad, se derramaron por las calles, del brazo, en grupos de siete á ocho muchachas, deteniéndose de puerta en puerta para charlar formando ruidosos y alegres grupos. Su reputacion de belleza es bastante merecida, y no

solamente son bellas, sino que tienen gracia y noble porte.

Sus facciones son de una estremada delicadeza, y pertenecen sobre todo al tipo griego: generalmente tienen cabellos negros, ojos aterciopelados como no los he visto sino á las indias y á las árabes. De tiempo en tiempo en medio de un grupo jónico pasa de repente una jóven marcada con el tipo sarraceno, con sus grandes ojos, su color moreno, su talle flexible y su pie de niño: ó una muger corpulenta, de sangre gala, cabellos rubios, ojos azules, andar grave y tranquilo como el de una antigua druidesa. Casi todas son frescas y expansivas como holandesas; pero la humedad del clima, que á los treinta años ajaria su belleza de un dia, les da el aspecto blanco y sonrosado que tienen las flores que adornan los rios, y las márgenes de las lagunas.

Desgraciadamente para el pintor y el poeta que van buscando lo hermoso y lo pintoresco aquellas graciosas hijas de Vellobesse, de Euxene, de Constantino y de Abderraman, han perdido una parte de su encanto el dia en que han renunciado al traje nacional, que reasumiendo para ellas todo lo pasado se componia de la túnica corta de las jóvenes doncellas espartanas, el corpiño y la negra mantilla de las españolas, del zapatito con hebilla de las romanas, del peinado estrecho de Anubis y del ancho brazalete gaula. De todo este pintoresco vestido, las arlesianas no han conservado mas que su antiguo y original peinado, que por desproporcionado que aparezca con el talle largo y la manga de jámón, no deja de dar á su rostro una fisonomía enteramente particular, que sus amantes están lejos de tener. Los arlesianos nada tienen de notable, así se dice generalmente, los hombres de Tarascon y las mugeres de Arlés, como se dice, las romanas y los napolitanos.

¿No es mas notable que del traje nacional lo último que se ha abandonado sea el peinado? En todos los puertos de mar del Mediodía se encuentran por las calles una multitud de tureos y de griegos, que han adoptado los fracs y los pantalones, y han conservado obstinadamente el turbante. Los embajadores mismos de la Sublime Puerta nos ofrecen todos los dias esta singular anomalía, presentándose en nuestros salones y en nuestros teatros con el vestido francés, y la cabeza cubierta con el gorro griego como botellas de vino de Burdeos.

Cuando la ciudad de las antiguas ruinas cesa de estar galvanizada por alguna funcion, ó por un mercado, vuelve á acostarse en su polvo romano; mas bien semejante á una tienda militar colocada á la orilla de un rio por una colonia errante y cansada, que á una ciudad viva. Arlés fué una casa de campo imperial, y no una ciudad soberana.

Embellecida y decorada por fantasia, aban-

donada despues por capricho, esta cortesana real, no ha tenido desde hace cinco siglos un motivo suficiente de vitalidad. Su posicion sobre el Ródano, fuente de riqueza para ella cuando sus muros encerraban un magnifico emperador, ó un rey guerrero, no tiene ya objeto ninguno ahora que no es mas que una ciudad de tercer órden.

Bajo la república y el imperio, Arlés volvió á tomar una vida facticia y momentánea: porque rechazando el comercio de los mares, refluyó en los rios, y de esportativo que era, se hizo interior: asi como en Avignon todo lo que es marino, mozo de carga, empleados de las puertas, es republicano, mientras que por el contrario los nobles, los tenderos y los labradores son generalmente carlistas. En estas dos opiniones se divide la ciudad. Como en todas partes la ciudad alta que ha comenzado por tener un aire feudal, mientras que la ciudad baja, cuyas cabañas primitivas han venido á agruparse alrededor del palacio, y poco á poco se han cambiado en casas, acordándose de su origen popular, es casi enteramente democrata.

Arlés que de retrograda se habia convertido en estacionaria, comienza, sin embargo, á marchar hoy; pero lentamente todavía con paso embarazado, y mas con la debilidad de la vejez que con la incertidumbre de la infancia. Aun que con una poblacion de diez y ocho mil almas, no tiene mas que una tienda de modas que no puede sostenérse con su comercio, y una librería, hace solo cinco años que no se mantiene sino con el auxilio de las casas de Aix y de Marsella. Antes los únicos libros que allí se vendian eran ejercicios cuotidianos y libros de oraciones que traian los libreros ambulantes de las ferias.

Asi Arlés en nuestra opinion, no debe considerarse como una ciudad viva, si no como una ciudad muerta: todo cuanto pudiera hacerse para reanimar su industria y su comercio seria cosa perdida ó inútil: es una peregrinacion de artista y de poeta, y no una parada de comerciante ó de viagero. Jamás los reyes de Nápoles han intentado volver á poblar á Herculanium y Pompeya, y han hecho bien: un sepulcro solo es poético cuando está mudo: su mayor solemnidad procede de su licencia y de su soledad.

Arlés es un sepulcro, pero el sepulcro de un pueblo y de una civilizacion, un sepulcro semejante al de aquellos guerreros bárbaros con los que se enterraban su oro, sus armas y sus dioses: la ciudad moderna se halla acampada sobre un sepulcro, y la tierra sobre que está levantada su tienda, encierra tantas riquezas en su seno, como pobreza y miseria presenta en su superficie.

## LOS BAUX.

Entretanto á algunas leguas de Arlés se hallaba una ciudad todavía mas triste, todavía mas solitaria, todavía mas muerta que su metrópoli. El traductor de Byron, el autor de Carlos Eduardo, esa sola celebridad literaria que ha producido Arlés, me habia recomendado mucho que no pasase por su ciudad natal sin á hacer una escursion á aquella antigua córte de amor de la Provenza, que dió podestás á Arlés, príncipes á Orange, sibatouers al Haya, y reyes á Amsterdam y á Londres. En consecuencia, tan pronto como hubimos visitado todo lo que hay de notable en Arlés nos encaminamos hácia los Baux.

El camino se halla en armonía con el sitio á que conduce, costeando el pequeño y grande estanque de Peluca. Acompaña algun tiempo un acueducto romano que toma su nacimiento en una montaña cerca de Orgon, atraviesa el camino de Aix, un poco mas arriba de Elsemat, pasa al lado de San Remi, y viene á perderse en las inmediaciones y alrededores de Arlés. Nos engolfamos con él en una especie de desierto de juncos y cañaverales, cuyo pantanoso suelo parece el lecho de un antiguo estanque. Abandonamos el acueducto de Arlés para seguir el de *Barbe-gal*. Despues nos metimos en montañas tan tristes como las desoladas llanuras que acabamos de dejar. Por último, en *Maussana* nos invitaron á tomar alguna cosa, en atencion á que no encontraríamos absolutamente nada que comer ni en *Manville*, ni en *Baux*.

A una media legua de Maussana, al doblar una montaña, comenzamos á divisar desde lo alto de una roca en medio de un desnudo y rojizo paisaje la ciudad que íbamos á visitar. Tomamos un escarpado sendero que sube dando vueltas, y nos adelantamos sin ver nada de lo que anuncia la proximidad de un sitio destinado á los hombres, sin oír ni aun el soplo de aquella inmensa respiracion que revela la existencia de una ciudad: es que en efecto han desaparecido los hombres, y la pobre ciudad está muerta: muerta de abandono, muerta de consuncion, muerta de hambre, porque un camino que conducia de Orgon á Arlés, y que era la arteria que llevaba la sangre á su corazon, se ha alzado de ella ó perdido cuando ha comenzado á apagarse el esplendor de la Provenza, y entonces le ha faltado todo para vivir, cual á la jóven que vivia por el amor, y cuyo amor le ha sido retirado.

Entonces poco á poco una parte de los habitantes, cansada de la soledad, se ha alejado para ir á habitar á Orgon, á Tarascon, ó á

Arlés: la otra, fiel y religiosa al paterno techo, se ha consumido allí en el aislamiento. Ninguno ha venido, ni á reemplazar á los desterrados, ni á suceder á los muertos, y la ciudad sin habitantes ha concluido por quedar sola en pie, y parecida á una mendiga que llora y pide limosna en la orilla de un camino.

A la mitad de la subida encontramos una cruz, avanzado centinela del sepulcro: la destruccion se habia extendido sobre el simbolo de la redencion eterna como sobre los objetos mortales que le rodeaban: las dos piernas del Cristo estaban rotas, y colgando uno de sus brazos de marfil, de uno de los brazos de hierro de la cruz.

A algunos pasos mas allá dimos vuelta á un nuevo ángulo, y nos encontramos enfrente de la puerta baja de la ciudad: las dos hojas de madera habian sido arrancadas para quemarlas, sin duda, y los goznes de hierro arrancados por algun gitano para venderlos. Entramos en la calle: puertas y ventanas se hallaban abiertas. Vimos casas, cuyo portal, sostenido por columnas del renacimiento, se hallaba adornado por un escudo de baron: vimos hospitales donde no habia ni dependientes ni enfermos, ni gemidos, ni últimos suspiros: vimos un antiguo castillo abierto en la roca en memoria sin duda de estas palabras evangélicas: ¡feliz el hombre que ha edificado su casa sobre la roca!

Pero la roca redondeada en torres, cortada en habitaciones, ahondada en poternas, habia faltado por su base, y el castillo monolito habia caido entero en una pieza, cual si las manos de un gigante le hubiesen arrancado.

La única cosa que se conservaba casi intacta era el cementerio. Cerca del castillo, sobre una llanura que domina todo el valle, se han abierto en la piedra calcárea centenares de sepulcros de diferentes tamaños y destinados á todas las edades: allí los hay para el hijo y para la madre, para el anciano y para el niño. Estos sepulcros, ¿una mano sacrilega les ha levantado la tapa y dispersado los huesos, ó están vírgenes todavia? Y el enterrador, mas pródigo que avara ha sido la muerte, ¿le ha dado todos estos sepulcros precisamente en el momento en que no debia hallar cadáveres que tender en ellos?

Me senté inmediato á aquel extraño cementerio con los pies colgando en un sepulcro, y clavé los ojos sobre aquella ciudad extraordinaria, habitable y que no está habitada, muerta conservando las apariencias de la vida, en fin, semejante á un difunto vestido con su traje, de pie y con colorete. Entonces me sobrevino una de esas tristezas profundas é íntimas, mas melancólicas que las que tienen lágrimas, mas elocuentes que las que tienen palabras, mas desgarradoras que las que tienen sollozos.

Sacóme de ella de repente el sonido de una campana. Me levanté cual un hombre que abre los ojos tratando de explicarse el sueño en que continúa despues de despierto; pero mi guia no pudo darme la explicacion, y me fué preciso ir á buscarla en su origen. Me encaminé, pues, hácia la iglesia. La puerta estaba abierta como todas las demas puertas: subí una decena de escalones que conducen á su peristilo: entré. Despues de haber en vano intentado mojar mis dedos en su pila de agua bendita, seca, y cual si Dios hubiera querido inundarme en un solo dia con todas las poesias de la muerte, se vino á ofrecer á mis ojos el espectáculo mas triste que puede verse.

A los pies del altar, en un ataud descubierto, con la frente ceñida de una blanca corona, con las manos cruzadas sobre el pecho, se hallaba tendida una niña de nueve á diez años. A los dos lados del féretro se hallaban de rodillas sus dos hermanas: en un rincon lloraba su madre, y el hermano tocaba el mismo la campana para llamar á Dios á aquella fúnebre ceremonia donde faltaba el sacerdote.

Una docena de mendigos, que forman toda la poblacion de Baux, se hallaban dispersos en el resto de la iglesia.

No hubo misa por la salvacion del alma de aquella pobre niña: no hubo mas que oraciones rezadas, suspiros y sollozos: despues, cuatro pobres que se habian puesto sus mejores vestidos para aquella fúnebre solemnidad, cogieron el ataud, y acompañados del resto de la comitiva salieron de la iglesia, se encaminaron hácia la alta ciudad, y entrando en el hospital y aproximándose á un sepulcro abierto colocaron el ataud al lado de él. Inmediatamente se acercó la madre, abrazó todavia una vez á su hija: las dos hermanitas hicieron otro tanto; despues el hermano, que era el último, volvió á tapar la cara de la muerta. Entonces cogió un hombre de detras de una piedra un matillo, clavos y una tabla, y clavó la tapa de la caja; despues la bajaron al foso. Rodó la tierra encima con aquel ruido cuyo profundo eco resuena en la eternidad, y cuando cayó sobre la caja la última palada de tierra, las jóvenes se aproximaron y arrojaron sobre el sepulcro ramos de flores blancas, que habian cogido en los alrededores. Yo no tenia ramo: arrojé mi bolsillo. Uno de los mendigos lo cogió y lo presentó á la madre, que no me dió las gracias, pero lloró mas fuertemente.

Sali del hospital. Delante de su fachada, que es de la época del renacimiento, cuyo entablamento se viene abajo á pesar de las nueve columnas que lo sostienen, se estiende una plataforma, desde la que se abarca una inmensa perspectiva: al Sur, el mar azulado é inmenso manchado de velas blancas, al Levante, la llanura en donde Mario batió los *cimbro-teutones*, dominada por el monte *Victoria*, sobre el que alzó los trofeos reco-

gidos en el campo de batalla: al Norte y al Occidente el hospital y la ciudad.

Era como se ve una hermosa é inmensa perspectiva, enmedio de la cual se alzaba un inmenso recuerdo. El genio de Roma habia tenido allí una de sus mas hermosas funciones; doscientos mil bárbaros tendidos en aquel valle le habian servido de hecatombe: y sus cadáveres dejados allí insepultos, lavados por la lluvia, tostados por el sol, se descompusieron lentamente sobre aquella tierra que debió á la corrupcion de sus fétidos desechos su nombre antiguo de *Campi putridi*, y su nombre moderno de *Pudridero*. Pero bien pronto reparó la naturaleza todos aquellos desastres; el suelo hizo brotar allí donde tan largo tiempo habia estado abonado, poderosas plantas y las mas ricas espigas; y cuando se hubo cogido la mies no quedó mas sobre aquel campo que habia sido el cementerio de un pueblo, que inmensidad de huesos emblanquecidos, de los cuales los labradores hicieron pálidas cercas para sus viñas.

Otro día, en otro momento, tal vez hubiera bajado yo desde mi roca á aquella llanura: hubiera caminado hasta que hubiera encontrado los rios de *Canus*; despues hubiera buscado sobre la santa montaña, que el marinero provenzal de pie sobre el puente de su navio enseña desde lejos á los viageros, los restos de aquella pirámide donde enérgicos bajos relieves representaban á Mario de pie sobre escudos llevado por sus soldados, y proclamado *Imperator ó general*. Me hubiera hecho contar por algun labriego como un suceso de la vispera, aquella batalla que cuenta de fecha dos mil años. Me hubiera dicho, tan presentes están en los lugares en que debieran verificarse las tradiciones de aquella gran derrota, como el general romano llevaba consigo una profetisa siria llamada *Marta*, en honor de la cual dió su nombre á la aldea de *Martiques*, y que la vispera de la batalla habian recorrido en una dorada litera las filas del ejército, al que habia prometido la victoria. Me hubiera indicado el punto en que Mario dijo á sus soldados muertos de sed y que le pedian de beber, enseñándoles el rio ante el que se hallaban formados sus enemigos: sois hombres, allí hay agua: y como los soldados bebieron ansiosamente aquella misma tarde aquella agua enrojecida y ensangrentada: en fin, me hubiera contado aquella fiesta que se perpetuó en el pais en recuerdo de aquella victoria: de modo que cuando llegaba el mes de mayo todos los años veíase acudir al templo edificado por Mario las poblaciones vecinas, y entrar en la casa pagana una procesion de cristianos y de cristianas llevando estandartes adornados de la cruz, y coronados los hombres con ramos de árboles en señal de triunfo, y las mugeres con guirnaldas de flores en señal de fiesta. Despues, sobre algunos ruinosos muros de la

aldea del *Pudridero*, me hubiera hecho ver las armas del ayuntamiento, que hasta la revolucion fueron un general romano llevado sobre el escudo de dos soldados.

Entonces tenia yo otro pensamiento: no era en la muerte de un ejército, ni en el sepulcro de un pueblo en lo que se ocupaba mi alma, no veia sino la muerte de una mendiga y el sepulcro de una niña: tanto que me dieron ganas, no de ir á buscar poesia ó historia sobre el campo mismo de batalla, sino recogimiento y religion en aquella pequeña iglesia. Diríjime, pues, hácia ella, y la encontré vacía y silenciosa. Busqué el rincón mas oscuro, y apoyándome sobre una columna cai en una de esas santas meditaciones que cuando faltan las palabras á los labios se convierten en la oracion del corazón.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquel vértigo religioso, al que soy tan propenso que en la Cartuja de Grenoble y en los Capuchinos de Siracusa me sucedió abandonar precipitadamente aquellos santos altares, porque me sentia dispuesto á precipitarme en el claustro; pero debí haber permanecido mucho tiempo, porque me desperté de aquella especie de éxtasis cuando mi guia vino á decirme que habia llegado la noche, y que por consecuencia era tiempo de volver á Arlés.

En el momento de salir de aquella iglesia me entró el deseo de llevarme alguna cosa. Así sucede en las profundas emociones que experimentamos: en el momento en que nos poseen y nos estrechan deseamos perpetuarlas, y comprendemos que el único medio de conseguir este objeto es reavivarlas por la vista de un objeto que nos las recuerde, tan débil sentimos nuestro corazón para conservar en él solo un recuerdo, pero al mismo tiempo pensé que aquel robo religioso cometido en una iglesia, por puro que pudiese ser á los ojos de Dios, que conocia con qué intencion intima y piadosa lo cometia, no dejaba por eso de ser un robo hecho en la casa del Señor, y por consecuencia un sacrilegio. Ocurrióme entonces un pensamiento que conciliaba mi deseo con mis remordimientos, y era el de dejar en lugar de la cosa que cogiese un valor cuádruplo, de que se aprovecharia el primer pobre que viniese á orar. Puse entonces la mano sobre un santito de madera bastante mohoso; pero al buscar en mi faltriquera y encontrarla vacía, me recordé que habia dado mi bolsillo á la madre de la pobrecita mendiga que habia visto enterrar. Iba á volver á poner mi santo otra vez sobre el altar cuando el aspecto de mi guia me sacó de mi perplejidad. Le pregunté si llevaba dinero consigo; me dió diez francos; era cuanto poseia. Los puse en lugar de la pequeña estátua, y aunque poco asegurado por aquel cambio, me la llevé ya con menos temor.

Ahora, ¿debo pasar de la religion á la confesion? ¿Debo, á riesgo de suscitar sobre los

labios de algunos de mis lectores la desdeñosa y despreciativa sonrisa de la filosofía volteriana, contar á todos lo que no debería decir, tal vez, sino á un sacerdote? Si, porque algunos espíritus religiosos me comprenderán: además, toda autopsia es curiosa, y sobre todo la que se hace sobre un cuerpo vivo.

He dicho que gracias á diez francos que habia dejado en su lugar, me habia llevado el santo con menos temor. Sin embargo, esta especie de compra estaba muy lejos de tranquilizarme, sea que esta serie de objetos que se habian desde por la mañana desarrollado ante mis ojos, sea que aquella ceremonia sencilla, pero profundamente triste, que habia llegado hasta mi corazón hubiese exaltado mi espíritu, y que mi espíritu se hubiese debilitado con su misma exaltación: salté de la iglesia testigo de mi acción—no sé como calificar la cosa, no creyéndome culpable; pero no creyéndome, sin embargo, inocente—con un gran terror del alma.

La noche, que avanzaba rápidamente, contribuía todavía á aumentar aquella incalificable impresión. Bajé con mi guía el camino que conduce á Maussana, y llegué á aquella aldea sin haberle hablado ni una palabra.

Nuestro carruaje nos aguardaba allí. Boyer engancho el caballo. Durante este tiempo vi mi escopeta que habia dejado por la mañana en la chimenea, y temiendo un accidente, que no hubiera temido en cualquier otra circunstancia, no quise llevarla cargada por miedo de que con los vaivenes del cabriolé no saliese el tiro, y salí en consecuencia al jardín para dispararla al aire; pero en el momento en que la cogía me ocurrió la idea, por la primera vez acaso, á mi, cazador desde niño, de que podían reventarse los cañones y llevarme una mano. Me rei de esta idea, me eché la escopeta á la cara, toqué al gatillo, pero no salió el tiro: no estaba montada la llave. Creí una advertencia en esta circunstancia; descargué con mi saca-trapos mi escopeta, saqué mis dos cartuchos de los cañones; los metí en mi morral y entré en la cocina.

Allí encontré á Boyer que habia concluido su operación. Caballo y carruaje aguardaban á la puerta. Salí para subir en el carruaje, pero en el momento de poner el pie en el estribo me volvieron á asaltar mis temores supersticiosos: pensé en el camino rodeado de precipicios que íbamos á recorrer; pensé, como habia pensado á propósito de mi escopeta, que si la acción que habia cometido era mala Dios podia castigarme de un modo en lugar de otro: y no queriendo tentarle, hice señas al cabriolé de que se marchase delante, y yo le seguí á pié detrás. De tiempo en tiempo, Boyer que no comprendía nada de aquel modo de caminar á pié cuando podia ir perezosamente en carruaje, se detenía y me

preguntaba si no queria subir. Constantemente le respondí que nó; y sin embargo, me hallaba cansado, mas por las emociones que por el viage, y mas moral que físicamente.

¿Nos equivocamos de camino en San Martin ó en Fonvielle? No lo sé; de modo que en lugar de volver por el gran Barbegal volvimos por el Castelet. Nos metimos en una especie de bosquecillo, donde apenas habiamos andado un cuarto de legua, cuando al subir á una altura me encontré cerca de una ruina.

Boyer me dijo que aquella era la *Abadía de Mont-mayor*, de que hemos hablado en nuestro compendio histórico sobre Arlés. Visto de noche aquel monumento era magnífico, y la claridad de la luna era bastante grande para que se pudiesen distinguir los detalles de él. Adelánteme pues, para internarme en sus ruinosas bóvedas; pero el mismo pensamiento de que era víctima me ocurrió á la imaginación y me deluvo: podia desprenderse una piedra de lo alto de aquellas bóvedas y partirme la frente.

Al llegar á Arlés me encerré en mi cuarto. Saqué el santo de mi morral, le coloqué sobre la cómoda; me arrodillé delante de él, é hice una oración, lo que debo confesarlo, no me habia ocurrido hacia mucho tiempo. A la mañana siguiente, Boyer llevó mi santo á fin de reunirlo á diferentes objetos que habia espigado sobre mi camino, y que debían ir desde Avignon directamente á París. Si lo hubiese conservado en mi equipage probablemente no me hubiera atrevido á continuar mi camino.

Ahora confieso que hay tal vez una gran fatuidad de ánimo en haber contado esta historia; pero se la debia á mis lectores; porque como sintoma del corazón humano es tal vez, si no el mas interesante, al menos el mas curioso de todo el viage.

Consagramos el resto del dia en tomar vistas de la ciudad, en sacar croquis de los monumentos: y á la mañana siguiente antes de amanecer nos pusimos en camino para Marsella.

---

## CRAU Y CAMARGA.

Dos medios se ofrece al viajero para ir desde Arlés á Marsella: el camino de mar, y el camino por tierra. El camino de mar por el buque de vapor y el golfo de Lion: el camino de tierra por la *Carroza* ó lancha grande y el canal de Bouc. Tal vez se encontrará que el nombre dado á este último camino no se

justifica muy exactamente; pero se llama así: los caminos del Señor son profundos.

Un día fui yo á ver á casa de Mad. Saqui una pantomima llamada el *Buey rabioso*: era una obra muy bonita, de gran gusto literario; notable por su estilo elevado, y por sus hermosos pensamientos, y que habia recomendado mucho el *Diario de los Debates*. Desde la primera hasta la última escena aguardé en vano al interesante animal que habia dado nombre á la pieza.

Corrido el telon salí, y al salir pregunté á una acomodadora:

—¿Me hareis el favor de decirme, buena muger, por qué la pieza que acabo de ver se llama el *Buey rabioso*?

—Porque ese es su título, me respondió la acomodadora.

Volví á mi casa muy satisfecho con la explicacion.

Como se nos dió un desayuno bastante malo á bordo de la Carroza, preguntamos donde podriamos comer: nos respondieron que podriamos comer en la ciudad de Bouc, ignorábamos todo lo que tiene de fantástico la tal ciudad de *Bouc*: subimos encima de nuestra Carroza, muy satisfechos con saber que comeríamos.

El objeto de nuestra ascension era el ver la perspectiva, porque la tierra del canal amontonada á derecha é izquierda forma una especie de parapeto, que hace que mientras está uno sobre el puente, crea que baja por una alcantarilla, porque nada se ve. El terreno, ademas, sin ser variado, es curioso, porque se tiene á la derecha la Camarga donde, segun el refran, no hallan los cazadores ni aun *pedras que tirar á sus perros*, y á la izquierda la *Crav*, que literalmente está empedrada de guijarros.

*La Camarga, ó Campo de Marius. Caii Marii Ager* (esta etimologia es tan buena como cualquiera otra): es el delta del Ródano: esto quiere decir que los geógrafos le han hallado la forma de una *D* griega; y esto con tanta razon como Polibio habia hallado á la Italia la forma de un triángulo, Plinio la de una hoja de encina, y Mr. Piquet la de una bota: es una inmensa llanura pantanosa, que ha visitado el mar hace dos mil años, y que parece haber abandonado ayer. Rebaños inmemorables de caballos blancos y de toros negros, mas bravos y salvages los unos que los otros, se hunden hasta la rodilla en un suelo cenagoso lleno de espesas plantas de un verde subido, y que de trecho en trecho se encalanan con grandes flores amarillas y encarnadas, con puatiagudos juncos, y torcidos tamarices. De trecho en trecho tambien en medio de aquellas lagunas Pontinas de la Francia, se alza una pobre casa donde el cazador perdido en aquellas soledades está seguro de encontrar la hospitalidad del desierto. El aldeano no tiene mas que un poco

de pan y un poco de agua; empero de aquel pan y de aquella agua la mitad es del que tenga hambre, del que tenga sed.

La Camarga deshabitada é inhabitable como está, tiene, sin embargo, sus tradiciones religiosas y sus recuerdos históricos. Las unas se refieren á la aldea de las *Santas Marias*, que por abreviacion se llama la aldea de *las Santas*; y las otras á los caballeros de San Juan de Jerusalem.

La aldea de las Santas Marias, que en otro tiempo se llamaba *Nuestra Señora de la Mar*, debe su nuevo nombre al rey René. El rey René en su calidad de poeta, conocia la antigua leyenda provenzal que dice, que despues de la muerte de Cristo, los judios pusieron en un barco á Maria Magdalena, las dos Marias, Marta, Marcelo, sus criadas, Lázaro y Maximiano, y aprovechándose de una tempestad lanzaron aquel barco al mar para hacerlos perecer todos juntos. Pero Dios no abandonó á sus servidores: calmóse la mar; un viento apacible impelió la embarcacion lejos de la playa. Todo el tiempo de la travesia, que duró un mes, dos veces por día el Señor hacia llover su maná sobre el barco. Por último, en una hermosa tarde los santos varones y las santas mugeres abordaron á la punta mas avanzada de la Camarga en una pobre aldea habitada por algunos pescadores. Maria Magdalena se dirigió hácia el *Santo Bálamo*, Marta hácia *Tarascon*, donde hemos visto al pasar su sepulcro; San Maximino tomó el camino de Arlés, y San Lázaro el de Marsella; las dos Marias y Marcelo permanecieron en la aldea de *Nuestra Señora de la Mar*, donde murieron despues de haber convertido á sus habitantes á la fé cristiana.

No solo conocia esta leyenda el rey René si no que la habia puesto en verso; la habia puesto en música; la habia puesto en cuadro; cuando una noche queriendo darle una prueba inequivoca de su reconocimiento las santas mugeres de Nuestra Señora de la Mar se le aparecieron, y le mandaron que se pudiese á buscar sus reliquias, de las que le dieron las señas exactas, para que las sacase de la tierra, y las edificase un sepulcro digno de ellas. Como se deja conocer, el buen rey René no se hizo repetir la revelacion. Al amanecer montó á caballo; colgose al costado su limosnera, que llevaba siempre llena, y que volvía siempre vacía; cogió su *album* para sacar el croquis en el camino del rostro de alguna bonita aldeana; y se encaminó hácia Nuestra Señora del Mar.

Es escusado decir que el rey René encontró las reliquias en el punto indicado. Con este motivo el buen rey cambió el nombre de *Nuestra Señora de la Mar* en el de *Las Santas Marias*, mas apropiado desde entonces al tesoro que poseia.

La noticia del descubrimiento que acababa de hacer se esparció por toda la Francia, por

toda la Italia y por toda la España, tanto que de todos los puntos acudían peregrinos, y cada casa se transformó en una posada, y cada posadero se hizo millonario. La fortuna ascendente de la santa aldea duró hasta la mitad del siglo XVI: pero en esta época vino la reforma. La duda siguió á la reforma, la indiferencia siguió á la duda. Los habitantes cuando estalló la revolucion francesa contaban con la persecucion: la persecucion los olvidó: desde este dia fueron verdaderamente arruinados.

Y en efecto, á pesar de la esposicion anual de las santas reliquias, que en otro tiempo hacia en un solo dia de fiesta la fortuna de todo el año, la pobre aldea va muriendo á falta de peregrinos, tanto que ha acudido á sus primitivos medios de existencia; es decir, que los posaderos se han convertido en pescadores, y todavia desde el establecimiento de los buques de vapor la mar se ha hecho tan avara de los pescados, que no da ya á estos infelices suficientes recursos. Así están pálidos, hambrientos, porque el techo que habitan es el techo de sus padres; porque han nacido allí, y allí deben morir. Pero cuando se arruina una casa no se vuelve á reedificar; la familia que la habitaba se dispersa, y va mendigando, tanto que poco á poco se va extinguiendo la aldea, y dentro de cincuenta años no quedará mas que la iglesia, y dentro de tres ó cuatro siglos la leyenda.

Mientras estábamos en Arlés, habia sucedido en la aldea de Las Santas Marias un hecho bastante curioso, y que dará una idea exacta del talento de las buenas gentes que la habitan.

La iglesia de las Santas, cerca de la que hay un pozo milagroso abierto por ellas, y que da excelente agua aunque á cien pasos del mar, tiene por cura un buen anciano, cuyo hermano sirvió en otro tiempo en calidad de piloto en los buques del Estado. Terminado su tiempo de servicio, el valiente marino obtuvo su licencia, y volvió á casa bebiendo bien, fumando mucho, y no teniendo para hacer frente á estas costumbres gastadoras sino una pequeña pensión de doscientos cincuenta francos. Aunque el cura por su parte apenas tenia con qué vivir, recibió á su hermano en su casa con la sola condicion de que no habia de echar juramentos ni malas palabras. El piloto prometió á su hermano cuanto quiso. Pero como la costumbre es una segunda naturaleza, el marino cada vez habló peor y echó mas juramentos. Las primeras veces le reprendió el cura: despues se contentó con hacer la señal de la cruz; despues ya no hizo nada, encomendándose religiosamente á la indulgencia de Dios que no castiga mas que la intencion: su hermano era de un excelente corazon, que jamás habia tenido mala intencion alguna en su vida.

Asi iban las cosas durante algunos años, Al cabo de seis de ellos murió el sacristan. Como el difunto acumulaba las funciones de sacristan, de cantor y de portero, la plaza que dejaba vacante era una plaza muy buena que producía cien francos de sueldo, sin contar el pie de altar de bautismos, matrimonios y entierros.

Reflexionó el cura que ciento cincuenta ó doscientos francos de mas no vendrian mal para aumentar la comodidad de su casa, y ofreció la plaza á su hermano. Aceptó el hermano con la condicion de que el cura le mandaria en lamisa y en los oficios en términos marítimos, siempre en virtud de aquel axioma de que es mas fácil tomar una costumbre que perderla. El cura no vió en esto nada que pudiese ofender á Dios, y gracias á esta concesion desde el domingo siguiente, el piloto, vestido con la sobrepelliz y ~~el~~ incensario en la mano, se paseó gravemente de delante atrás, y cuando llegó el momento de cantar la Epistola, pasó con mucha destreza el misal de babor á estribor. Esto incomodó por algun tiempo al buen cura, que oia llamar la sacristia el cuarto del capitán, y el tabernáculo la alhacena del pan; pero se habituó á ello como se habia habituado á tantas otras cosas. En cuanto á Dios, la prueba de que encontró todo esto bueno es que bendijo la casa fraternal, concediendo á los habitantes de ella una robusta salud.

Asi vivian los dos hermanos hacia quin- ce años casi, cuando una mañana llamó un negocio al buen cura á Arlés. Se informó si no habia algun muchacho que estuviese á punto de venir al mundo; si alguna doncella no se hallaba en momentos de casarse. La respuesta fué negativa, de modo que el buen cura vió que podia ausentarse sin inconveniente. Habia, si, un enfermo, pero el médico le prometió hacerle durar hasta su vuelta. El cura se marchó, pues, perfectamente tranquilo.

Aquella noche murió el enfermo.

Grande fué el embarazo, como se comprende muy bien, en que estuvo la aldea de Las Santas. El difunto, que no habia querido aguardar al cura para morir, no podia aguardarle para ser enterrado, porque el cura no debia volver sino en tres ó cuatro dias. Enviarle á buscar era casi imposible. La aldea de Las Santas no se comunica sino por medio de Arlés con el resto de la tierra, y por medio de un mensajero que va á la ciudad de Constantino una vez á la semana. El cura habia ido precisamente el dia de esta comunicacion á fin de aprovecharse del retorno del caballo, y habia partido á la grupa de él.

Los parientes del muerto fueron á encontrar al hermano del cura para hacerle presente su penosa y critica situacion. El ex-piloto les dejó hablar hasta lo último, y cuando hubieron concluido

—¿No es mas que eso? les dijo.

—¡Caramba! nos parece que es bastante, respondieron los parientes.

—¿El difunto no será protestante? preguntó el sacristán.

—Era católico como vos y como yo.

—¡Pues bien! Entonces enviadme alguno para que toque á misa, que yo la diré, y los respondos: yo le enterraré tan bien como puede hacerlo mi hermano. respondo de ello.

—¡Toma! dijeron los parientes, pues no habíamos caído en ello. Está bien.

Y se fueron á buscar al muerto, mientras que el digno marino se revestia los sagrados ornamentos en la cámara del capitán. Dijo su misa; enterró el muerto: la aldea entera asistió á la ceremonia; oró religiosamente sobre el sepulcro; y ni uno de los asistentes reparó en aquella informalidad, ni por ellos, ni por el muerto.

Cuando volvió el cura preguntó noticias de la salud del enfermo.

—El enfermo, respondió el piloto, está en el fondo de cala.

Le contaron todo. El buen cura no se mostró mas susceptible que los otros; antes pareció al contrario muy satisfecho de que en caso de ausencias ó enfermedades tuviese alguno que pudiese suplir sus funciones.

Saltemos catorce siglos, y pasemos de *Las Santas Marias* al caballero *Diosdado de Gozon*.

Los caballeros de San Juan de Jerusalem, que como se sabe habian sido fundados por Gerardo Tenque, caballero provenzal, cuya cuna encontraremos mas tarde en Martigues, habitaban en el siglo XIV en la isla de Rhodas, de que tambien llevaban el nombre. Rhodas viene de la palabra fenicia *Rhod*, que quiere decir *serpiente*. Este nombre, como se conoce, tenia una causa, y esta causa era la cantidad innumerable de reptiles que de tiempo inmemorial encerraba la patria del coloso.

Justo es decir, sin embargo, que las serpientes habian disminuido mucho, desde que hacia doscientos años los monges guerreros se habian establecido en la isla, en atencion á que en sus momentos perdidos y para ejercitar la mano los caballeros, les hacian una ruda guerra. Resultó de esta actividad que la encomienda se creia libre casi del todo de sus enemigos, cuando un dia apareció un dragon de una grandeza tan gigantesca y de una forma tan monstruosa que á su lado la famosa serpiente de Régulo no era mas que una sardaja.

Los caballeros fueron fieles á sus tradiciones por peligroso que fuese el seguirlas. Muchos se presentaron para combatir al monstruo, y salieron sucesivamente de Rhodas para ir á lancearle en el valle donde tenia su caverna. De enantos salieron ni uno solo volvió: y en este caso, como siempre, la pérdida recayó en los mas valientes. El gran maestre, Heliod de Villanueva, se desesperó tanto del

resultado de las primeras tentativas, que prohibió bajo pena de degradacion, que ningun caballero de los que estuviesen á sus órdenes saliese á combatir la serpiente, diciendo que semejante azote no podia ser suscitado sino por Dios, y que por consecuencia con armas espirituales y no con armas temporales debia tratarse de combatir su cólera. Cesaron, pues, los caballeros en su empresa, con gran disgusto del monstruo que comenzaba á aficionarse á la carne humana, y se vió obligado á contentarse simplemente con la de los bueyes y carneros.

En este tiempo llegó á Rhodas un caballero de la Camarga, llamado Diosdado de Gozon. Era un caballero muy valiente, y de gran prudencia, pero que nunca se habia batido mas que en Occidente, de modo que resolvió con motivo de la serpiente dar á sus compañeros una muestra de lo que él sabia hacer; pero como lo hemos dicho, siendo un hombre tan prudente como intrépido resolvió no aventurar imprudentemente su vida, como lo habian hecho los que antes de él habian tentado la aventura; y antes de combatir quiso saber con qué enemigo tenia que habérselas. En su consecuencia, Diosdado de Gozon tomó noticias ó informes los mas exactos que pudo procurarse sobre el monstruo, y supo que habitaba una laguna á dos leguas de la ciudad. Hacia las once de la mañana, es decir, en el momento en que es mayor el calor del dia, salia de su caverna, y venia á desplegar al sol sus inmensos anillos, permaneciendo cuatro horas en acecho de su presa: despues llegada aquella hora se volvía á su caverna para no volver á salir hasta el dia siguiente.

No bastaba á Gozon esto: quiso ver la serpiente con sus propios ojos. En su consecuencia salió una mañana de Rhodas, y se encaminó hácia la laguna, llevando en lugar de armas un lápiz y una hoja de papel. Llegado á mil pasos de la caverna buscó un lugar seguro de donde todo lo pudiese ver sin ser visto, y habiéndolo hallado aguardó con el lápiz y el papel en la mano á que le diese gana á la serpiente de venir á tomar el aire. La serpiente era muy exacta en sus costumbres; á su hora ordinaria salió: se arrojó sobre un buey que se habia atrevido á penetrar en sus dominios, se lo introdujo entero en su vasto estómago; y satisfecha de su jornada se puso á digerirlo al sol á quinientos pasos del sitio donde se hallaba oculto Gozon.

Gozon tuvo todo el tiempo que quiso para hacer su retrato: la serpiente se hallaba colocada como un modelo; así reprodujo con escrupulosa fidelidad los menores detalles de su figura. Despues, terminado el dibujo, se retiró el caballero con la misma precaucion, y se volvió á Rhodas.

Sus compañeros le preguntaron si habia visto á la serpiente. Gozon les enseñó su dibujo; y los que no habian hecho mas que en-

treveerla reconocieron que era de la mayor semejanza y parecido.

Al día siguiente Gozon salió de nuevo de Rhodas y volvió á su escondite. Por la noche volvió á la misma hora que la vispera. Los demas caballeros le preguntaron lo que habia hecho, y respondió que habia hecho algunas correcciones en su dibujo de la vispera. Los caballeros se echaron á reir. Al día siguiente la misma salida con las mismas precauciones, y al volver la misma respuesta. Los caballeros creyeron que su compañero estaba loco, y no volvieron á ocuparse de él.

Duró esta maniobra tres semanas. Al cabo de ellas el jóven caballero sabia, puede decirse, de memoria los menores detalles de su serpiente. Entonces pidió al gran maestre una licencia de seis meses: habiéndola obtenido se volvió á su castillo de Gozon, que estaba situado sobre el pequeño Ródano en la Camarga. A su vuelta todos le recibieron muy bien, y sobre todo á dos magníficos alanos que llevaba consigo: eran perros de la mejor raza, habituados á sujetar á los toros cuando el mayordomo de Gozon los marcaba con un hierro candente. Gozon por su parte regaló mucho, porque tenia sus miras sobre ellos, y como temia que hubiesen degenerado en la travesía se los echó á dos ó tres toros, en los que hacian presa al minuto.

El mismo día Gozon, seguro de tener en ellos dos auxiliares como los necesitaba, se puso á trabajar en su empresa.

Gracias al dibujo que habia tomado, copiándolo del natural é iluminándolo, Gozon habia hecho una serpiente tan perfectamente exacta que era de la misma talla, los mismos colores, el mismo aspecto: entonces por medio de un mecanismo interior le dió los mismos movimientos: terminado su autómeta comenzó la educacion de su caballo y de sus perros.

La primera vez que vieron el mónstruo, á pesar de ser artificial, el caballo se levantó de manos, y los perros echaron á correr. A la mañana siguiente caballos y perros se asustaron menos, pero sin embargo, ni el uno ni los otros quisieron aproximarse al mónstruo. Al día siguiente el caballo vino á distancia de cincuenta pasos de él, y los perros le enseñaron los dientes. A los ocho dias el caballo pateaba la serpiente, y los dos alanos se echaban sobre ella como sobre el toro.

Entretanto Gozon los ejercitó dos meses todavía, habituando á los perros á que hiciesen presa debajo del vientre, porque habia notado que debajo del vientre la serpiente no tenia escamas.

Para este efecto ponía carne fresca en el estómago de su autómeta, y los perros que sabian que allí les aguardaba el almuerzo, iban á buscarlo hasta el fondo de sus entrañas. Al cabo de dos meses no tenia nada ya que enseñarles: ademas, por bien que compu-

siese todos los dias el mónstruo comenzaba á caerse en pedazos.

El caballero marchó para Rhodas, donde despues de una travesía de un mes, llegó felizmente. Habia poco mas de seis que habia salido de allí.

Al poner el pie en las puertas pidió noticias del mónstruo. El mónstruo estaba perfectamente; gozaba de buena salud; únicamente que de día en día los rebaños y la caza eran mas raros, y estendia ahora sus escursiones hasta debajo de los muros de la ciudad. El gran maestre Heliód de Villanueva habia ordenado rogativas y cuarenta horas; pero las rogativas y las cuarenta horas no hacian mas que si fuesen simples Ave Marías; de modo que la isla de Rhodas se hallaba en la mas profunda desolacion.

El caballero, montado en su caballo y seguido de sus dos dogos, se fué derecho á la iglesia, donde se encomendó á Dios y permaneció en oracion desde las siete de la mañana hasta las doce, dejando á sus perros sin comer, y dando al contrario un buen pienso á su caballo: despues al medio día, es decir, á la hora en que el mónstruo tenia la costumbre de echar su siesta, salió de la ciudad y se dirigió hácia la laguna acompañado de sus perros que aullaban lamentablemente; tan rabiosos estaban de hambre.

Como ya he dicho, el mónstruo se habia aproximado mucho á la ciudad, de modo que el caballero apenas habia dado mil pasos fuera de las puertas cuando le vió abriendo la boca al sol, y aguardando alguna presa: asi por su parte apenas vió el mónstruo al caballero, cuando levantó la cabeza silbando, batió las alas, y avanzó rápidamente contra él.

Pero la presa con que contaba saborearse era difícil de digerir, porque apenas le hubieron visto los dos alanos, cuando creyendo que era la serpiente de carton, y acordándose que tenian su desayuno en el vientre, en lugar de huir se arrojaron sobre él y le atacaron con encarnizamiento. Por su parte el caballo y el ginete no estaban ociosos: el uno pisoteándole con los cuatro pies, y el otro hiriéndole con las dos manos, de modo que la desgraciada serpiente que jamás se habia encontrado en una funcion igual, quiso huir hácia su caverna; pero estaba condenada: una estocada del caballero le atravesó un costado, al mismo tiempo que una coz del caballo le quebraba un ala, y que los dos alanos la registraban, el uno el estómago para comerle el corazon, y el otro las entrañas para comerse el hígado. Al mismo tiempo los habitantes de la ciudad que se hallaban subidos sobre las murallas y que desde aquel punto estaban presenciando el combate, aplaudieron con grandes palmadas la agonía del mónstruo. Los aplausos animaron al caballero, que se apeó, cortó la cabeza á la serpiente, y habiénd-

dola atado en señal de trofeo al arzon de su caballo volvió á entrar en la ciudad de Rhodas triunfalmente cual el jóven David, y fué llevado al palacio de los caballeros acompañado de toda la poblacion. Sus dos perros le seguian lamiéndose el hocico.

Pero llegado al palacio del maestre, encontró al gran maestre Heliod de Villanueva que le aguardaba, y que en lugar de felicitarle por su valor, le recordó el decreto que habia dado, y que prohibia á todo caballero de San Juan combatir con el monstruo: despues, en virtud de aquel decreto al que tan felizmente habia faltado el caballero, le envió arrestado, diciendo que valia mas que se hubiese comido todos los ganados y la mitad de los habitantes de la isla, que el que hubiese faltado á la disciplina un solo caballero de la órden.

En consecuencia de este axioma cuya verdas comprueban los rodios, pero cuya aplicacion tuvo que sentir el caballero, el gran maestre mandó á un calabozo á Gozon: reunió el capitulo, y en sesion permanente condenó al vencedor á la degradacion. Fácilmente se comprende que apenas fué pronunciado el juicio, cuando inmediatamente se concedió el perdón. Gozon fué rehabilitado, reintegrado en su titulo, y lleno de honor.

Algunos meses despues habiendo muerto Heliod de Villanueva, fué elegido gran maestre en su lugar. A contar desde este momento, Gozon tomó por armas un dragon, armas que se han conservado en su familia hasta principios del siglo XVII, época en la que se estinguíó esta.

El caballo y los dos alanos fueron alimentados y mantenidos todo el tiempo de su vida á costa de la ciudad de Rhodas, y despues de su muerte, disecados.

Esto es en cuanto á la Camarga: pasemos ahora á Crau.

El Crau es la llanura en donde se verificó la lucha de Hércules con los pueblos que queria civilizar; lucha en la que el vencedor de la Hidra estaba á punto de sucumbir, cuando Júpiter acudió á su socorro derramando sobre los que con él peleaban tal granizo de piedras, que aun hoy, es decir, cuatro mil años despues del combate, la llanura provenzal se llama *la Crau*, de la palabra céltica *craig*, que significa guijarro, ó como dicen los sabios siempre, dos casos del verbo *krado*, que quiere decir *yo grito*, y que imita el crugido de un pie de herradura deslizándose sobre piedras duras. Sea de esto lo que fuere, el hecho es que el campo está enteramente cubierto de guijarros, de los que no se ve uno en Camarga; pero tambien es preciso decir que entre los guijarros brota, escitada por las sales marinas, y el viento mistral, una yerba tan buena y sabrosa, que pueden disputarle sus pastos la preferencia á los pastos salidos de la Normandia: así,

los pastos de que á primera vista el ojo ejercitado de un ganadero de la Beauce ó Champagne, no daría 50 francos por fanega, producen más que en ninguna otra parte, porque la yerba de la Crau no depende ni del granizo ni de las heladas. Como en el paraíso terrenal, la yerba brota allí por sí sola, y no hay mas que dejarla crecer.

Ademas es cosa estraña á la vista, que aquella inmensa llanura tiene sus mareages y sus huracanes como el desierto: y es que allí aquel buen mistral, con el que hemos hecho conocimiento en Avignon, ha establecido su morada. Como nada se opone á su furor despliega allí toda su magestad: así, á sus primeros ataques, rebaños, perros y pastores que conocen su enemigo, se apresuran á aproximarse, á apretarse los unos contra los otros, y á ofrecer una masa compacta y sólida á todos sus ataques. Entonces gime el mistral, silba, ruge, estalla: tan pronto recorre el Crau bajo la forma de un torbellino, y entonces se levantan las piedras revoleando como una manga: tan pronto se lanza en ráfagas estrañas, y entonces arroja las piedras delante de él cual si fueran olas; tan pronto ve lamiendo la tierra como una vasta trilladora de bronce, y entonces si encuentra aislados carneros, pastor ó cabaña, se los lleva por delante, los arroja, los quebranta, los hace pedazos; los anonada: diríase que los devora en su carrera, porque no se encuentra, ni aun cuando se ha vuelto á sus montañas, los restos de las cosas que su cólera ha envuelto al pasar en los pliegues de su terrible manto.

Así entre los antiguos pasaba el mistral como un dios, y Séneca que enumera su saludable influencia, cuenta que Augusto le levantó un templo. Ademas, en aquel momento hallábase sin duda retirado en sus cavernas del monte Ventoux, porque atravesamos todo el Crau sin oír hablar de él. Hacia las dos de la tarde, se detuvo nuestra barca-carroza: saltamos en tierra, y como preguntamos con que objeto nos habrian dejado allí, nuestro patron nos respondió que habiamos llegado á la ciudad de Bouc.

Miramos en derredor nuestro, y vimos tres casas; dos se hallaban cerradas, la otra abierta. Nos dirigimos hácia la que estaba abierta, y le hallamos habitada por un posadero que estaba jugando solo al billar: su mano derecha habia desafiado á su mano izquierda, y estaba en tren de reñir con ella, aunque le habia dado tantos.

Preguntamos á aquel buen hombre si habia medio de tener una comida: nos respondió que nada era mas facil, con tal queuviésemos la complacencia de aguardarnos una hora. Le preguntamos que podiamos hacer entretanto. Nos respondió que podiamos visitar la ciudad.

—¿Qué ciudad? pregunté yo.

—La ciudad de Bouc, respondió el posadero.

Yo creí que había pasado cerca de ella sin verla: volví al dintel de la puerta, y miré á todas partes á mi alrededor: no había mas que dos casas cerradas, y en todo cuanto se extendía la vista no había ni la menor altura detrás de la cual pudiese ocultarse, no digo una ciudad, pero ni aun un plan en relieve, volví á entrar, y encontré á Jadin que leía un papel impreso pegado en la pared.

—Preciso es, le dije, que Bouc sea alguna ciudad subterránea como Herculano, ú oculta en la ceniza como Pompeya porque no veo señales de ella.

—Pues bien, yo la he descubierto, me dijo Jadin.

—¿Y dónde está?

—Hela aquí, me dijo. Y me enseñó con el dedo el impreso.

Me aproximé y leí.

«Napoleon por la gracia de Dios, emperador de los franceses, rey de Italia, etc. etc. Hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

»Se levantará una ciudad y se abrirá un puerto entre la ciudad de Arlés, y la de Martignes. Esta ciudad y el puerto, se llamará la ciudad y el puerto de Bouc.

»Nuestro ministro de Trabajos públicos está encargado de la ejecución del presente decreto.

«Dado en el palacio de las Tullerías en 15 de julio de 1814.—Firmado: Napoleon.»

Debajo del decreto se hallaba el plano.

—Aquí está, me dijo Jadin.

Y en efecto, en uno de esos raros momentos de descanso que le daba la paz, Napoleon había vuelto sus ojos desde el mapa de Europa al de Francia, y poniendo el dedo sobre las playas del Mediterráneo, entre la Crau y la Camarga, á seis leguas de Arlés, y diez de Marsella, había dicho:

—Aquí hace falta una ciudad y un puerto.

Inmediatamente su pensamiento cogido al vuelo, había tomado cuerpo, y se había vuelto á presentar á él; al día siguiente dictó la forma de un decreto á cuyo pie había puesto su nombre.

Entonces se había hecho un plano, y llevado ingenieros. Despues sobrevino la campaña de Rusia acompañada de los desastres de Moscou, y como faltaban hombres en atención al gran consumo que de ellos había hecho el invierno, fueron llamados los ingenieros: había llegado el tiempo de abrir un canal, y trazar el plano de la ciudad: despues, un especulador precoz había edificado tres casas, de las que las dos se hallaban cerradas por falta de inquilinos, y la tercera, trasformada en posada, se hallaba habitada por nuestro huésped.

Esta era la ciudad que no existía, y que se nos había ofrecido visitar.

Tuve un instante de terror: me ocurrió la idea de que la comida podía ser tan fantástica como la ciudad: di un salto desde el cuarto á la cocina: el asador estaba dando vueltas, y las cacerolas en la hornilla. Me aproximé á uno y á otras para asegurarme sino eran fantasmas, y si eran pieza de carnero y la sombra de una perdiz lo que tenía ante mis ojos: esta vez era una realidad.

—Ah, ah, sois vos, me dijo el huésped dándole vueltas al asador; paciencia, paciencia. Dad una vueltecita por la calle Mayor, y yo iré á buscaros enfrente del teatro.

Creí que estaba loco aquel hombre; pero como tengo tanto respeto á los locos, como desprecio á los imbéciles, cogí á Jadin del brazo, y salimos buscando la calle Mayor. No tardamos mucho en encontrarla. A algunos pasos de la casa había un poste de madera, y en la punta de aquel poste un cartel, y en aquel cartel este letrero: «Calle Mayor ó calle del Puerto:» estábamos en ella.

Fuimos paseando; al cabo de cien pasos nos encontramos otro cartel sobre el que se leía: *Teatro de S. M. la emperatriz Maria Luisa*. Detuvimónos allí: era el punto en que segun todas las probabilidades nos había dado cita nuestro posadero.

En efecto, cinco minutos despues le vimos llegar.

El buen hombre era estremadamente complaciente; jamás he visto cicerone mas erudito. Durante dos horas nos paseó por los cuatro rincones de la ciudad, y nos hizo ver todo, desde las carnicerías hasta el jardin botánico, indicándonos cada edificio en sus menores detalles, y no perdonándonos ni una descripción. Felizmente, yo había cogido mi escopeta, y recorriendo la ciudad había matado un par de chochas en la Bolsa, y una liebre en la Aduana.

Magnífica es la ciudad de Bouc, únicamente que tiene la desgracia contraria á la del caballo de Rolando: el caballo de Rolando no tenia mas que una falta, el que había muerto: la ciudad de Bouc no tiene mas que una sola falta, la de no haber nacido. Fuera de esto no hay nada que echar de menos en ella: diré mas, es donde se come mejor que en otras muchas ciudades que para desolacion de los viajeros tienen la desgracia de visitar.

## EL MARTIGAD.

Al primer tiro que disparé, nuestro cicerone me había hecho observar que había un re-

glamento de policia que prohibia cazar en lo interior de las ciudades; pero como no obstante el consejo cinco minutos despues volvi á tirar otro tiro, no habia querido volver á insistir mas: únicamente por los resultados habia notado que yo era bastante buen tirador, y se habia prometido sacar provecho de mi destreza, que habia tenido la imprudencia de manifestar.

Asi, cuando pedimos nuestra cuenta para pagarle despues de haber devorado la comida, á escepcion de un cierto plato al que no habiamos podido incarle el diente, y que habiamos pasado á Milord; el que á su vez por muchos esfuerzos que hizo tuvo tambien que desistir.

—¿Estos señores son cazadores? dijo nuestro posadero.

—Sí, como habeis podido ver, respondi.

—Si estos señores quieren hacerme el honor de pasar la noche aqui, les ofreceria para mañana una caza como no han visto otra.

—¡Diablo! dije yo.

—¡Os chanceatis! dijo Jadin.

—No señores, os juro que os digo la verdad.

—¿Y qué caza es? Pregunté yo.

—Una caza de zercetas, aves parecidas al pato, sobre los estanques de Berre.

—Y la zerceta ¿qué es?

—Es el plato que os he servido en salmi.

—¡Y de qué Milord no ha querido comer! ¡Buen animal era la zerceta!

—Estos señores sabrán bien que no se caza por la pieza misma, sino por el placer de matarla.

—Justo, respondi yo ¿y qué?

—Mañana hay una gran cacería en Martigues. Saliendo de aqui á las seis de la mañana, estos señores llegarian á tiempo para entretenerse, yo les daria una carta de recomendacion para mi primo, que es regidor de la villa de Berre.

—Otro farsante como tú, dijo Jadin.

—¿Cómo? preguntó el posadero que habia oido, pero que no habia comprendido.

—Nada, respondi yo. ¿Qué decis?

—Bien: digó que cuando volvais á pasar por la ciudad de Bouc, ya me direis si os habeis distraido ó no en vuestra caza.

—¡Qué aterrado y que engreido está con su ciudad! dijo Jadin.

—¿Pero qué haremos desde ahora hasta la noche?

—¿No es artista el señor? preguntó el posadero saludando agradablemente á Jadin.

—Para serviros, buen hombre.

—Pues bien, el señor desde aqui á la noche podrá sacar una vista del puerto.

—Toma, ve aqui ya, le dije á Jadin, ocupado nuestro tiempo. Yo pondré mis notas al corriente, y como es preciso que partamos mañana á las cinco, nos acostaremos temprano.

—Como gusteis, dijo Jadin, pero os prevengo que estamos en una ladronera.

—Bien; nos quedamos, le dije al posadero. Id á escribir vuestra carta, y que nos hagan las camas.

A pesar de la prediccion de Jadin, se pasó la noche sin novedad. A las cinco nos despertó nuestro huésped.

—Y bien ¿de nuestra carta? le pregunté.

—A fé mia, señor, dijo el posadero, que he reflexionado que no era hoy dia de barca, y que por consecuencia no pasarian probablemente barqueros por la ciudad de Bouc, Voy á poner mi caballo á mi cabriolé; he alcanzado mi escopeta, y si estos caballeros no me juzgan indigno de su compañía, y quisiesen permitirme que les guie, les ofrezco dos asientos en el carruage. Llegarán á los Martigues mas frescos y mas listos que si hubieran caminado á pie.

—¿Cómo? dije yo.

—Pues hombre, dijo Jadin aproximándose al posadero. Os debo una reprobacion por haber tenido un mal juicio de vos. Dadme un polvo.

—Y traed una botella de vino de Cahors.

El posadero ofreció un polvo á Jadin, y se fué á buscar la botella pedida.

—¡Y bien! ¿Qué decis de nuestro huésped? pregunté yo á Jadin.

—Le llevo sobre mi corazon, y á su ciudad.

Diez minutos despues andábamos caminando en su carruage hácia Martigues á donde llegamos al amanecer.

Jamás he visto aspecto mas original que el de esa ciudad. Poblacion colocada entre el estanque de Berre y el canal de Bouc y edificada no en la orilla del mar, si no en la mar. Martigues es á Venecia lo que una encantadora aldeana á una gran señora: no la ha faltado mas que el capricho de un rey, para hacer de la aldeana una reina.

Martigues aseguran fué edificada por Mario, El general romano, en honor de la profetisa Marta que le acompañaba, como saben todos, la dió el nombre que aun hoy lleva. Esta etimologia podrá no ser muy exacta, pero como se sabe, la etimologia es de todas las estufas la que produce flores mas estrañas.

Lo que choca desde luego en Martigues es, su singular fisonomia, son sus calles costeadas de canales y llenas de cyatis y algas con olor marino: son sus calles donde hay barcas, como en otras partes hay carros. Despues de casas esqueletos se levantan de navios: el alquitran, las redes, se secan alli. Es un inmenso buque donde todo el mundo pesca, los hombres con las redes, las mugeres con cañas, y los niños á la mano: se pesca en las calles, sobre los puentes, se pesca por las ventanas, y el pescado renovado siempre y siempre estúpido se deja coger así en el mismo sitio y por los mismos medios hace dos mil años.

Y sin embargo, lo que es muy humillante para los pescados, es, que la sencillez de los habitantes de Martigues es tal, que en el idioma provenzal, su nombre el *martigués*, es proverbial. El *martigués*; es decir, la gente mas sencilla y mas sin malicia de la Provenza: y como desgraciadamente no ha nacido entre ellos el menor hombre de talento, han conservado su primitiva reputacion en toda su pureza.

Un *martigués* es ese aldeano que queriendo cortar una rama de un árbol, coge su sierra, se sube al árbol, se sienta sobre la rama, y la corta entre él y el tronco.

Es un *martigués* el que entrando en una casa de Marsella, ve por la primera vez un loro, se aproxima á él, y le habla familiarmente, como se habla en general á un pájaro.

—Cochino, responde el loro con su aguda voz de borracho.

—Perdonad, caballero, dice el *martigués* quitándose su gorra, os habia tomado por un pájaro.

Tres diputados martigueses enviados á Aix para presentar una peticion al parlamento, que quisieron hacer los demas, llegaron á la casa del primer presidente, y fueron introducidos en ella. Llevados por un portero atravesaron algunas piezas cuyo lujo los maravilló; el portero les dejó en el gabinete que precede á la sala de audiencia, y estendiendo la mano hácia la puerta les dice: entren, y se retira. Pero la puerta que les habia mostrado el portero, estaba cerrada herméticamente por un pesado tapiz, así como era costumbre en aquella época, de modo que los pobres diputados no viendo entre los anchos pliegues del tapiz, ni llave, ni boton, ni cerradura, se detuvieron muy embarazados no sabiendo qué hacer para pasar adelante. Celebraron entonces su consejo, y al cabo de un instante, el mas avisado de los tres dijo:

—Aguardemos á que entre alguno ó salga, y haremos como él.

Pareció bien el consejo, fué adoptado, y los diputados aguardaron.

El primero que vino fué el perro del presidente que pasó sin cumplido ninguno por debajo de la cortina.

Inmediatamente los tres diputados se pusieron en cuatro patas, y pasaron de la misma manera que el perro, y como su peticion les fué concedida, sus conciudadanos no dudaron un momento que fué efecto del modo conveniente con que se habian presentado, mas todavia que por la justicia de la peticion, habiendo sido despachados pronto y completamente bien.

Otra porcion de historias hay no menos inocentes que las precedentes; por ejemplo, la de un *martigués* que despues de haber largo tiempo estudiado el mecanismo de un par de despabiladeras, á fin de dar cuenta á

la vuelta de este utensilio, despabiló la vela con sus dedos, y colocó con mucha limpieza el pábilo sobre el recipiente, pero yo estimaria que algunas de estas graciosas anécdotas no perdiesen su valor por la esportacion.

Las hay que en el mismo lugar tienen una boga encantadora, y que desde la época de su fundacion, que se remonta como hemos dicho á Mario y Martigues, lugar de historias y de chascarrillos, comienza ya á incomodarse de ellos. Martigues, sin embargo, ha suministrado al calendario un santo: este santo es el bienaventurado Gerardo Tenque, que en vida fué tendero en la ciudad de Mario. Habiendo ido por su comercio á Jerusalem, se indignó del mal trato que los peregrinos esperimentaban en los Santos Lugares; procuró desde entonces consagrarse al consuelo de aquellos piadosos viajeros, despues de haber hecho el sacrificio de su tienda, que como se ve por el viage que Gerardo habia emprendido, debia tener cierta importancia. En su consecuencia cedió sus bienes, realizó su hacienda, y despues haciendo del dinero que le habia producido la venta una masa, se puso en estado de doblar y triplicar esta masa, yendo á pedir limosna para los pobres con el báculo en la mano á los negociantes de Alejandria, del Cairo, de Jaffa, de Beirouth y Damasco, con los que tenia relaciones de comercio. Bendijo Dios su intencion, y permitió que tuviese el santo resultado que Gerardo se habia propuesto. En efecto, su cuestacion, siendo mas abundante que lo que esperaba él mismo, hizo construir un hospicio destinado á recoger y alimentar á todos los cristianos que su devocion á los Santos Lugares llevase á la Judea.

La primera cruzada le sorprendió en medio de esta piadosa fundacion, á la que la conquista de Godofredo de Bouillon dió pronto una inmensa importancia, y cuyos privilegios y estatutos confirmados por las bulas de Roma, debieron ser los de los primeros caballeros de San Juan de Jerusalem.

Así este magnífico órden que no admitia en sus filas mas que caballeros de la mas alta y probada nobleza, y del mayor valor, tuvo por fundador un pobre tendero.

En la division de reliquias que se llevaron los cristianos despues de la toma de Jerusalem, Gerardo habia obtenido en su parte la camisa que llevaba la Santisima Virgen el dia en que el ángel San Gabriel vino á saludarle como Madre de Cristo. Esta reliquia era tanto mas preciosa, cuanto que como prueba la autenticidad la camisa estaba marcada con una M y T, y una L; lo que queria decir: MARIA DE LA TRUVA DE LEVI.

Despues de su muerte, Gerardo Tenque fué canonizado; así cuando la isla de Rhodas fué tomada por los infieles, los caballeros, que no querian dejar los santos huesos de su fundador en manos de los infieles, exhumaron

su caja, y le trasladaron al castillo de Manosque, cuyo señorío pertenecía á la órden de Malta. Allí el gobernador, que por la incredulidad era una especie de Santo Tomás, sabiendo que la camisa de la Virgen habia sido enterada con el difunto, hizo burla, y quiso verla y cerciorarse de la identidad de las reliquias que le daban á guardar: el cuerpo estaba conservado, y la camisa en su lugar. Entonces juzgó el comendador con bastante sagacidad que puesto que, el bienaventurado Gerardo estaba canonizado, no tenia necesidad de una reliquia tan importante como la que estaba separada, y que despues de haber contribuido felizmente, sin duda, á su salvacion, podia no menos felizmente todavia contribuir á la salvacion de otros. Como la caridad bien ordenada comienza por si mismo, el buen comendador se apropió la camisa, que hizo poner en una hermosa caja que trasportó á su palacio de Calissane en Provenza, en donde hizo muchos milagros.

En el momento de morir el comendador, y morir sus hijos, no quiso esponer una reliquia tan santa, á que cayese en manos de colaterales, y la legó á la principal iglesia de la ciudad murada mas inmediata á su palacio, en atencion á que un depósito tan precioso no podia confiarse á una ciudad abierta.

Compréndese que cuando se supo el legado, hubo grande agitacion y rumores en las ciudades vecinas: cada ciudad envió sus geómetras que midieron con el compás en la mano la distancia á que se hallaban del castillo ó del palacio de Calissane.

La poblacion de Berre, que pareció ser la que tenia mas incontestable derecho á la santa reliquia, á la milagrosa camisa, le fué adjudicada por el arzobispo de Arlés con gran desesperacion y pesar de los martigaos que habian perdido por una media vara.

Desde este momento, es decir, desde la mitad del siglo XV casi, la bienaventurada camisa, fué espuesta todos los años el dia de Santa Maria: pero en la época de la revolucion ha desaparecido, sin que haya vuelto á saberse desde entonces qué ha sido de ella.

Acababa justamente aqui nuestro huésped de contarnos esta edificante historia, cuando llegabamos á la orilla del estanque de Berre: allí nos hallamos casi una tropa de cazadores, no una reunion de barcas: sino una armada, una flota.

Nuestro huésped conocia una parte de los cazadores, y no hubo necesidad de ir á buscar á su primo, que ademas en medio de la multitud no hubiera sido fácil hallar. Todos le convidaron á la fiesta, y le invitaron á entrar en su barca, y como nosotros estábamos con él, disfrutamos de la invitacion: seguimos su fortuna, y en el barco que él entró, entramos nosotros.

Era como he dicho una verdadera escuadra: conté ochenta embarcaciones. En cuanto

á la tripulacion no pude mas que enumerarla aproximadamente. Nuestra lancha, que era una de las menos cargadas, iba tripulada por seis hombres. En medio del círculo se distinguia por su pabellon la barca almirante, la cual por medio de señales correspondia con las dos barcas que formaban las dos estremidades de la media luna, una linea de cazadores se prolongaba ademas sobre la playa, y pilluelos con pistolas estaban metidos en el estanque con agua hasta la cintura.

Habiase convenido anticipadamente, para evitar riñas y disputas con que suelen ordinariamente terminarse casi siempre estas diversiones, que la caza seria exactamente distribuida á cada barca. El almirante, que era un marino veterano, habia dado una copia de este acuerdo á cada uno de los alcaldes asistentes á la caza, y cada alcalde la habia leído en alta voz á sus súbditos: todo el mundo habia ofrecido conformarse con ello, y despues cada cual habia tomado su lugar con intencion de no observar nada de esto.

A la primera ojeada comprendí perfectamente el plan de batalla: consistia buenamente la táctica en abarcar el estanque en toda su anchura, y en llevar delante de si las zarcetas y ánades, que no atreviéndose á pasar entre los barcos nadan mientras pueden nadar; pero al fin se encuentran acorraladas en la orilla, y como las barcas continuan avanzando, les es forzoso á los pobres animales levantarse y pasar por encima de la cabeza de los cazadores. En este momento reciben el fuego, y van á caer al otro extremo del estanque: entonces comienza de nuevo la misma maniobra, hasta que produce el mismo resultado, y esto dura mientras hay dia y fuerza en los remeros, ó zarcetas en el estanque.

Ademas, si las pobres aves demasiado atormentadas toman un gran partido, se levantan y desaparecen, lo que no sucede nunca sino despues de haber hecho cinco ó seis vuelos de un extremo á otro del lago: esta disposicion no importa nada; se está seguro de volverlas á hallar al dia siguiente sobre el estanque de Fos ó de *Mariigni*: en su calidad de ave acuática la zarceta tiene mucho de la estupidez del pescado.

Apenas cada cual ha ocupado su lugar, cuando el almirante por medio de una bocina da la señal de marcha: en el mismo instante se ponen en movimiento todas las barcas, y adelántanse con una regularidad perfecta. Entretanto, por muchos que fuésemos no podiamos cerrar el estanque en toda su anchura en atencion á que tiene cerca de tres leguas; de pronto el almirante gritó: alto. Una banda de zarcetas se separaba del círculo y amenazaban escapársenos: destacáronse una veintena de barcas, que por medio de una hábil maniobra alcanzaron á las fugitivas y las obligaron á entrar en línea.

Durante esta evolucion habiamos permanecido inmóviles, y nuestro huésped, que como se ha podido ver era muy letrado, habia aprovechado nuestra inmovilidad para hacernos notar sobre la lengua de tierra tras de la que amenazaban pasar las zarcetas [tres rocas de desigual grueso que se llaman los Tres hermanos. Procede este nombre, nos dijo, de la siguiente anécdota.

Tres hijos de un labrador, del que el primero era ciego, el segundo tuerto, y el tercero veia mucho, habian heredado de su padre toda la cosecha que se acababa de recoger. El de los hermanos que tenia los ojos, hizo tres partes del trigo que el difunto habia dejado en herencia: una grande para él, una mediana para el tuerto, y una pequeña para el ciego. Semejante particion era demasiado injusta para que la permitiese el cielo: en consecuencia cambió en piedra los tres montones de trigo, y esas son las tres rocas que se ven, á las que en conmemoracion de este milagroso suceso se ha dado el nombre de los Tres hermanos.

Preguntamos á nuestro huésped cual era la moralidad del apólogo, é iba á explicárnoslo, cuando desgraciadamente para la edificación de nuestros lectores, la bocina del almirante se dejó oír mandando continuar la marcha.

Hallábase reunida la escuadra. La maniobra habia sido magnífica. Me recordó esto que Claudio Forvin era de Gardanné, y el Bailío de Suffren de Saint-Cannat. Segun las probabilidades los dos habian hecho su primer aprendizaje de marineros en la caza de las zarcetas.

Continuamos pues avanzando segun la orden que se habia dado, y á medida que avanzábamos veíamos espesarse las filas de las desgraciadas aves, tanto que parecia que habian tendido sobre la superficie del estanque una hermosa alfombra. Nunca desde la famosa destruccion de la caza de Raincy, donde se mataron entre otras cosas once mil conejos, habia visto polular en tan pequeño espacio tan gran número de animales.

Pronto el estanque no les ofreció si no una superficie demasiado estrecha, y la mitad de las zarcetas se puso á correr sobre las espaldas de las otras: por último, una de ellas se decidió á tomar el vuelo; algunas otras la siguieron; despues un gran número; despues la masa toda entera que se adelantó hácia nosotros, con un ruido espansoso, y que al cabo de un instante pasó como una especie de nube sobre nuestra cabeza.

Entonces salieron á la vez dos mil tiros de escopeta, y literalmente cayó del cielo una lluvia de zarcetas.

Jamás habia visto yo espectáculo igual, esto me recuerda el famoso paso de los palomos de Bas-de-Cuir. El estanque estaba sembrado de muertos y de moribundos, que ca-

da cual recogia. Como se habia dicho que la caza debia dividirse en porciones iguales, cada uno procuraba metérselas en sus bolsillos: en su pantalón, y entre las mangas de la camisa: nuestro huésped parecia un saco de nueces. A cuatro pasos de nosotros zozobró una barca, y se volcó. Este accidente habia sido causado por una lucha: la lucha continuó en el agua. Conoci entonces que esta caza era excelente, no para los mas diestros, si no para los mas listos; y que la caza pertenecia, no á los que mas matan, si no á los que mas cogen.

A la estremidad de la línea dos lanchas se fusilaban: algunos perdigones perdidos vinieron á dar en nuestra barca: los otros habian sido interceptados por las que se encontraban entre nosotros y los combatientes: los unos se frotaban el trasero; los otros sacudian los dedos: todos juraban y blasfemaban como condenados: las zarcetas se hallaban vengadas.

Los alcaldes se pusieron sus fajas tricolores: los gendarmes escalonados sobre las dos orillas del estanque sacaron sus sables: el almirante con su bocina gritó:

—¡Rindan las armas!

Pero mientras quedó un solo cadáver de zarceta sobre la superficie del estanque no hubo medio de contener el desórden. Yo habia ostensiblemente echado dos balas en mi escopeta, y declarado que volveria por mayor lo que me enviase por menor.

En fin, nos sucedió á nosotros casi como le habia sucedido al Cid: concluyó el combate, no por falta de combatientes, si no por falta de muertos. Sin contar las que no se veian, cada barca podia contener una con otra veinte á veinte y cinco zarcetas. Entonces volvieron á colocarse en fila. Se dió una media vuelta, y se adelantó con un encarnizamiento, que el calor habia redoblado, hácia las fugitivas que habian ido á colocarse al otro extremo del estanque. Pero esta vez, á pesar de todos los esfuerzos de la barca del almirante cada cual remó por su cuenta, y á pesar de los gritos de los que se quedaban atrás, los mas robustos llegaron los primeros: comenzó inmediatamente la matanza, que por ser menos el resultado que la anterior, no por eso fué menos mortífera.

Duró todo esto desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde: estábamos llepos de zarcetas hasta las rodillas: Milord habia desaparecido bajo una capa de aves, como Tarpeya bajo el escudo de los sabinos.

Desembarcamos, horriblemente cansados de nuestra expedicion naval. Nuestros compañeros de barca nos ofrecieron entonces con la mayor cortesia que tomásemos nuestra parte de la masa comun, á la que además habiamos nosotros contribuido honrosamente; pero el ensayo que habiamos hecho la víspera nos habia disgustado para siempre de las

zarcetas. Abandonamos generosamente nuestra parte á nuestro huésped, compadeciendo á los desgraciados viajeros que se detengan durante la semana en la ciudad de Bouc. Sin embargo, como insistían nuestros compañeros, y temíamos que tomasen nuestra negativa á desprecio, Jadin eligió entre los cadáveres una de las que ménos habian padecido para hacer una de esas naturalezas muertas que tan admirablemente pinta.

Después, como pasaba cerca el carruaje de Marsella, entramos en él Jadin, Milord, la zarceta y yo, en la berlina, que afortunadamente estaba vacía.

A las nueve de la noche entraba la diligencia en la fonda de los Embajadores.

### MARSELLA LA ANTIGUA.

Al llegar, fué mi primer cuidado escribir á Méry: así al día siguiente á las siete de la mañana me desperté por él.

Conocen ya mis lectores á Méry, por sus obras, ó por él. Los que no le conocen mas que literariamente le aman por sus obras: los que le conocen personalmente le aman por sus obras y por él.

Es Méry una de esas criaturas escepcionales que Dios ha hecho sonriendo, y en las que ha puesto cuanto hay de bueno, de elevado, y de espiritual en los demás hombres. Méry es un corazón de ángel, una cabeza de poeta, un talento de demonio.

Hace veinte años que Méry ha cogido una pluma por la vez primera. Levántese alguno y diga: Tengo que quejarme de esta pluma.

Así con tanto talento como cualquiera, con tanta alma como el que mas, no tiene un enemigo en el mundo, ni aun entre los tontos. Esto es milagroso.

Es que con derecho á obtener una alta posición se contenta con una muy pequeña.

Un rincón al sol de Provenza, una sombra de un pino donde reposar la cabeza, y la orilla del mar donde bañar sus pies, una capa á la espalda en invierno como en verano, es todo cuanto necesita.

Así, ¡qué tranquilidad de alma, qué serenidad de espíritu, qué benevolencia de corazón la suya! Es el filósofo antiguo con la fé del cristiano.

Además, ¿por qué Méry no creería y no esperaría? ¿Hay alguno que haya creído en él, que haya esperado en él, y que haya sido engañado?

¡Con cuánta alegría nos volvimos á ver!

Porque si yo le quiero mucho, creo que él tambien por su parte me quiere un poco.

Sin embargo, mi pobre Méry estaba un poco apurado: no ignoraba que yo hacia un viage pintoresco, y no sabia qué enseñarme en Marsella.

En efecto, Marsella, ciudad jónica, contemporánea de Tiro y de Sidon, perfumada con las fiestas de Diana, conmovida enteramente con las relaciones de Pytheas: Marsella, ciudad romana, amiga de Pompeyo, enemiga de César, entregada á la fiebre de la guerra civil, y orgullosa del lugar que la habia dado Lucano: Marsella, departamento gótico, con su santo, sus obispos, con las frentes parecidas á sus monges, y las cabezas cubiertas con el gorro de sus cónsules: Marsella, hija de los focenses, émula de Atenas, hermana de Roma, como lo dice ella misma en la inscripción con que ciñe su cabeza: Marsella no tiene nada ó casi nada conservado de sus diferentes edades.

Tenia un recuerdo antiguo que era casi para ella una cosa santa: era en la calle de los Carmelitas, número 54, una casa que habia habitado Milon, el asesino de Clodio, desterrado á Marsella á pesar de la brillante defensa de Ciceron. Aquella casa conservaba en conmemoracion de este suceso, encima de la puerta, un busto que el pueblo en su ignorancia llamaba el *Santo de piedra*, y que hoy está arrinconado no sé en qué pajar. Esta es la historia del que representaba aquel busto.

El año setecientos de la fundacion de Roma, Clodio pretendia la pretura.

Clodio era el mismo que algunos años antes se habia introducido en la casa de César, mientras Pompeya su muger celebraba los misterios de la *Buena Diosa*, y que reconocido bajo los vestidos de muger con que se habia ocultado, habia sido denunciado por Aurelia.

Era una acusacion que llevaba nada menos consigo que la pena de muerte: empero Clodio era rico: acababa de comprar una casa en cuatro millones ochocientos mil sextercios; y no hay pena de muerte para un hombre que puede comprar una casa en....

Clodio compró testigos. Un caballero llamado Casinio Scola depuso que habia estado con él en Interamne, mientras que Aurelia pretendia haberle visto en Roma. Clodio compró los jueces; pero como los jueces podian tomar el dinero y condenar, lo que ya se habia visto, hizo entregarles tabillitas de cera de diferentes colores, á fin de saber bien quiénes eran los que habian puesto el *absolvo*, y los que habian puesto el *condemno*.

Clodio fué declarado libre de la acusacion, lo que no impidió á César repudiar á su muger diciendo que la muger de César ni aun debia ser sospechada.

¡Pobre César!

Clodio pretendia, pues, la pretura. Se vé los antecedentes que abonaban en su favor.

Al mismo tiempo Annio Milon solicitaba el consulado, y como tambien era muy rico tenia probabilidades de obtenerlo. Esto incomodaba mucho á Clodio, que conocia muy bien que seria nula su pretura si Milon fuese consul. He olvidado decir que habia una antigua enemistad y ódio entre Clodio y Milon. Clodio habia hecho desterrar á Ciceron; Milon le habia levantado el destierro. Asi Clodio impulsaba al consulado á Plantio Hipseno, y á Metello Scipion. Ambas partes habian sembrado el dinero á manos llenas: pero como Milon tenia en su favor las gentes honradas, y Clodio tenia por él la canalla, todas las probabilidades como se vé estaban por Plantio Hipseno y Metello Scipion.

Durante estos manejos, Milon se decidió á ir á la ciudad de Lanuvium, donde tenia que elegir un flamin. El 13 de las calendas de febrero, hácia las dos de la tarde, se dirigió, pues, hácia la puerta Appia, porque Lanuvium se hallaba situada á la derecha del camino de Nápoles, cerca de la colina de Marte; y como para los que tenian rivales los caminos no eran seguros á los alrededores de Roma, se hizo acompañar de un centenar de esclavos, para mayor seguridad, pero bajo las órdenes de Eudamus y de Birria, que eran dos famosos gladiadores. Los gladiadores eran los esbirros de aquel tiempo.

Milon iba en su carro con su muger Fausta, y su amigo Marco Fufius.

Caminaban hacia hora y media casi sin que nada les hubiese sucedido todavía, cuando al aproximarse á Albano se vió una banda de unas treinta personas colocadas en uno de los lados del camino, mientras que un hombre á caballo que parecia ser el amo habia bajado de la Via Appia, y hablaba cerca de un templete de la Buena Diosa con los decuriones de los ariecienses; tres hombres que parecian de su comitiva formaban grupo separado. El hombre á caballo era Clodio que volvia de Aricia donde tenia un gran número de clientes. Los tres hombres que formaban el grupo separado eran aquel mismo Cassinius Schola, que habia sido testigo en el negocio de Pompeya, y Pomponio y Clodio, su sobrino; dos plebeyos, dos hombres nuevos, una cosa asi como nuestros agentes de cambio; los demas eran esclavos.

Cruzáronse las dos tropas: Milon y Clodio cambiaron entre sí una mirada de odio. Sin embargo, contuviéronse los dos, y Milon se hallaba ya á cincuenta pasos adelante, cuando Birria que marchaba el último, hablando siempre con Eudamus, y jugando con su dardo, dió con el arma sin querer á un esclavo de Clodio, que no habia tenido por conveniente hacerse á un lado para abrirle paso. El esclavo echó mano á su espada, llamando en su socorro á sus compañeros. Eudamus y Birria por su parte gritaron, «á las armas.» Clodio se adelantó insolentemente para castigar al que habia

osado pegar á un hombre que le pertenecia. Pero en el momento en que desenvainaba su espada le previno Birria, atravesándole la espalda con un golpe de dardo: Clodio cayó y lo llevaron á una taberna que se hallaba inmediata al camino.

Al ruido que habia oido detrás de sí habia detenido su carro Milon, que se volvia para preguntar lo que habia sucedido, cuando vió llegar todo asustado á Fustenus, el jefe de sus esclavos.

—¿Qué hay? preguntó Milon.

—Hay, respondió Fustenus, que creo que Birria acaba de matar á Clodio.

—¡Por Júpiter! dijo Milon; cosas son esas de que es preciso estar seguro. Vuelve á averiguar lo que hay, y ven inmediatamente á decirme quién es el muerto.

Fustenus volvió á marcharse corriendo.

—Manda el amo que se le acabe, dijo á Eudamus y á Birria.

Como se ve, Fustenus era un hombre precioso, y que comprendia á media palabra,

Eudamus y Birria por su parte no se lo hicieron repetir. Lanzáronse con toda la tropa que mandaban á la taberna donde habian entrado á Clodio. Sus esclavos quisieron defenderle, pero eran muy inferiores en número. Once se dejaron matar: verdad es que era para ellos una manera de quedar libres; los otros echaron á correr.

Fué arrancado Clodio de la cama donde le habian acostado y recibió otras dos heridas, las dos mortales: despues le arrastraron moribundo emedio del camino, donde lo remataron: despues Fustenus le arrancó su anillo, que llevó á Milon diciéndole:

—Esta vez, amo, está bien muerto.

Y satisfecho con aquella seguridad, Milon continuó su camino, sin cuidarse en lo mas mínimo del cadáver.

El senador Lentius Tédius, que volvia á Roma, lo encontró, lo reconoció: lo hizo poner en su litera, y volvió á pie á la ciudad: despues lo hizo llevar á su hermosa casa del monte Palatino, la misma que algun tiempo antes, como hemos dicho, habia comprado Clodio en cerca de cinco millones de sesteracios.

En un instante se difundió la noticia de su asesinato, y el pueblo llamado por los gritos de Fluvia, su muger, que abrazada sobre el cuerpo ensangrentado se arrancaba con una mano los cabellos, y con la otra enseñaba las heridas de su marido á la muchedumbre, que acudia de todas las partes de Roma al monte Palatino.

Pasóse asi la noche, aumentándose sin cesar el tropel del pueblo; y hácia la mañana fué tal, y tan considerable, que murieron ahogadas muchas personas; en aquel momento llegaron dos tribunos del pueblo: eran Munitius Plaucus, y Pomponius Rufus. A su vista se redoblaron las vociferaciones contra el asesino.

no, porque sabian que eran amigos de Clodio. Así, en lugar de calmar aquellos furiosos dieron el ejemplo, y haciendo conducir el cadáver tal como estaba lo llevaron á los *Rostros*, á fin de que pudiese mejor verlo la multitud: desde allí lo bajaron á la *Curia Hostilia*, donde el pueblo habiendo hecho de prisa y corriendo una hoguera con las tablas y las sillas de los tribunales, y con los libros de un librero cuya tienda se encontraba cerca del sitio de la escena, le pusieron fuego. Hacia un gran viento y la llama se comunicó á la Curia, y de la Curia á la Basilica Porcia y las dos fueron enteramente incendiadas. Despues, para hacer hasta lo último á Clodio funerales dignos de él, el pueblo fué á saquear la casa de Milon y la de Lepido. No hay que decir que Hipseus y Scipion, candidatos que eran opuestos á Milon, tenian parte en todas estas cosas.

Sin embargo, por odioso que fuese el asesinato de Clodio, el modo con que fué vengado pareció todavía mas odioso á los buenos ciudadanos. Viendo Milon que sus enemigos habian tenido la imprudencia de hacer olvidar su crimen por sus excesos, volvió á Roma, denunciando en ella su presencia con hacer publicar que continuaria pretendiendo la pretura, y haciendo distribuir á las tribus mil ases por cabeza en apoyo de su pretension. Mil ases venian á ser casi unos cincuenta á cincuenta y cinco francos: mas de un millon en todo. La distribucion se encontró mediana; no pareció mucho: así es que Milon, en lugar de ser nombrado pretor, fué citado á comparecer el 6 de los idus de abril delante del cuestor Domicio, como acusado de violencia y soborno.

El acusador y el acusado tenian cada uno diez dias para preparar el uno su acusacion y el otro su defensa.

Duraron los debates tres dias. Se verificaron como de costumbre en el Foro. Durante tres dias Roma se vió llena de tales rumores y fueron perseguidos los jueces con tales amenazas, que el dia en que debian pronunciar el juicio el gran Pompeyo, á quien se habia nombrado cónsul provisional, fué obligado á tomar él mismo el mando de la fuerza armada, y despues de haber hecho guardar todas las avenidas del *Foro* vino á colocarse él mismo en persona con una tropa de soldados escogidos en el templo de Saturno.

Milon habia escogido naturalmente á Ciceron por defensor, y contaba sobre su elocuencia: pero como contaba mucho menos con su valor, lo habia hecho llevar al foro en una litera cerrada, por miedo de que la vista de todo aquel pueblo y de todos aquellos soldados no le turbase, y le privara de todos sus recursos de elocuencia. Pero todavía fué peor cuando Ciceron salió de su jaula, y sin preparacion alguna se encontró enmedio de toda aquella muchedumbre que le gritaba que

era Milon el que habia matado á Clodio; pero que él, Ciceron, habia aconsejado la muerte. Poco faltó para que perdiese la cabeza, y hubiera probablemente sucedido esto si Pompeyo, para dar toda latitud á la defensa, no hubiese hecho despejar del Foro pegando golpes de plano con las espadas á los que habian insultado al orador.

Pero el mal estaba hecho: una vez turbado Ciceron, no volvía en sí tan fácilmente. Ademas, su gran recurso era la ironía; habia salvado mas grande número de acusados por el ridiculo que habia sabido hacer caer sobre sus adversarios, que por el interés que habian escitado sus clientes. Para encontrar esas palabras picantes que atraviesan de parte á parte á un hombre es preciso tener el alma serena, y tal no era ciertamente la disposicion del ánimo en que Ciceron se hallaba. Así, su discurso fué embarazado, frío, y lánguido. Todo el mundo le aguardaba en la peroracion; la peroracion fué mas débil que el discurso. Resultó de esto que fué condenado Milon por la mayoria de treinta y ocho votos contra trece.

Verdad es que los amigos de Clodio habian sido mas generosos que Milon, porque habian distribuido durante los cuatro dias que habia durado el proceso cerca de tres millones.

Recogidos los votos, el cuestor Domicio se levantó con aire triste y solemne, se despojó de su toga, en señal de luto; y despues, enmedio del mas profundo silencio:

—Parece, dijo, que Milon ha merecido el destierro, y que debcn ser vendidos sus bienes. En su consecuencia es nuestra voluntad fulminar contra él la interdiccion del agua y el fuego.

Frenético palmoteo, gritos de furiosa alegría acogieron este juicio, en tanto que por otro lado los amigos de Milon escupian á los jueces; hubo hasta uno que se aproximó al cuestor, y haciendo alusion á los tres millones repartidos por los partidarios de Clodio, le dijo enseñándole los soldados:

—¿Habiais pedido guardias para que no os robasen el dinero que acabais de ganar?

En cuanto á Milon, fué vuelto despues á acompañar á su casa por una numerosa escolta que dió Pompeyo: hizo á la ligera todos sus preparativos de viage, y salió el mismo dia para Marsella.

Adivinase que el ilustre desterrado fué bien recibido en la ciudad griega: pero nada consuela del destierro. Así, cuando algun tiempo despues de su llegada, Milon recibió el discurso corregido que le envió Ciceron, no pudo menos al ver la diferencia que existia entre la arenga escrita y la que habia pronunciado el orador, de responderle con cierta amargura esta únicas palabras:

—*Cicero, si sic egises, barbato pisces Milo non ederet.*

Lo que queria decir: Ciceron, mi amigo, si hubieses hablado como has escrito, Milon no comeria barbos en Marsella.

Milon no murió en Marsella: fué muerto en Calabria en la guerra entre César y Pompeyo. La tradicion quiere, sin embargo, que aquella casa de la calle de los Carmelitas sea la suya, y que suyo sea aquel busto. Algunos arqueólogos habian querido reconocer en aquel busto una effigie de San Victor, pero sus antagonistas les habian respondido victoriosamente preguntándoles qué era lo que tenia que hacer con San Victor la loba romana que se veia esculpida sobre la hornacina, y aquellas delicadas hojas de acanto tan elegantemente trabajadas que el cincel que las habia esculpido llevaba en su trabajo mismo la fecha del siglo de Augusto. En fin, el pueblo, que sabe mas que todos los anticuarios habidos y por haber, ha consagrado esta tradicion, que no ha podido salvar la casa de la calle de los Carmelitas del encantador blanquete y pintarrajeado amarillo tan en boga en los ayuntamientos.

Una de las ruinas que datan de la misma época es la *puerta Julieta*, que no ha sido demolida, porque sirve de registro para los derechos municipales. Los etimologistas quieren á todo trance que este nombre de *puerta Julieta* le venga de *porta Julii*, en atencion, dice, á que fué por esta puerta por donde César entró en la ciudad despues que Trebonio la hubo hecho entrar en razon. Sobre esta puerta habia bajos relieves é inscripciones, que hubieran podido referir este gran suceso: pero han sido corroidas por ese áspero viento de mar que reduce á polvo toda piedra, y no queda mas que la argolla, tambien corroida, de donde pendia el dosel que se levantó delante de César.

Agregad á estos dos recuerdos algunas arcaicas del antiguo palacio de las *Thermas*, que forman hoy sobre la plaza de Leneche la tienda de un tonelero, y tendreis contado todo lo que Marsella encierra de antigüedades romanas.

Poca cosa es, como se ve, cuando se ha llamado *Massilia*, y cuando se está tan cerca del *punte de Gard*, de la *Casa Cuadrada*, y del *arco de triunfo de Orange*.

## MARSELLA LA GÓTICA.

Marsella no es mas rica en monumentos de la edad media que en ruinas antiguas. Cuando se ha visto el *campanario de los Ac-*

*coules*, la *abadia de San Victor*, las ruinas de la *torre de San Pablo*, la *casa del ayuntamiento* y el *fuerte de San Nicolás*, se ha visto cuanto ha quedado en pie en Marsella desde el siglo IV hasta el XVII. El campanario de los Accoules es todo lo que queda de la iglesia de Nuestra Señora de las *Accoas*, destruida en la época de la revolucion. Es una flecha romana pesada y maciza, que no recuerda tradicion alguna notable, y por delante de la cual pasa uno aun sin pararse.

No sucede así con la antigua abadía de San Victor, monumento á la vez curioso y venerado: está edificado en el punto mismo en que Casiano que llegaba de los desiertos de la Tebaida encontró en una cueva el cadáver de San Victor: aquella bóveda estaba en medio de un vasto cementerio. Casiano fundó la iglesia que hoy vemos, y que el siglo XIII aspillero: en cuanto á su primitiva fundacion se remonta al año 440.

En las bóvedas de San Victor está la buena *Virgen Negra*, la mas venerada de las imágenes marselesas, cuyas principales funciones son hacer llover en las grandes sequias. Una vez al año, el dia de la Candelaria, se la trasporta á la iglesia, se la reviste de sus mas hermosos vestidos, se la pone en la cabeza su corona de plata, y se la espone á la veneracion de los fieles. Atribúyese en general esta imagen á San Lucas: es un origen muy santo, pero que es preciso no aceptar como una palabra evangélica. Los que cierran los ojos á la fé para no mirar así á la buena *Madre Negra*, como vulgarmente la llama el pueblo marselés, le asignan por fecha el fin del siglo XIII, ó principios del XIV.

En cuanto á la torre de San Pablo, tambien fué aspillorada y fortificada como la abadía de San Victor, porque era tambien de vieja fecha. Hace veinte años que estaba todavia en pie, y altiva cual en los tiempos del condestable de Borbon: un recuerdo patriótico debió de protegerla. Sobre su plataforma se apuntaba con aquella famosa culebrina que contribuyó á hacer levantar el sitio á los españoles, y dió al chancero marqués de Pescara ocasion de decir una de sus mejores gracias. Pero los ayuntamientos son feroces, y no entienden de chanzas ni de viejas paredes: no comprenden ni las unas ni las otras; y les parece que todo lo que no comprenden los insulta. La vieja torre, aunque contaba casi cerca de mil años de existencia, era muy lenta en morir: el tiempo que se habia gastado encima la respetaba grandemente. Tocó sus trompetas el ayuntamiento, y cayó la torre feudal, para levantarse otra vez convertida en fábrica de jaban.

Sin embargo, era un bello recuerdo que se debió conservar el de esta torre ante la que retrocedió aquel famoso condestable de Borbon, que debia tomar á Roma. Su venganza habia cumplido su palabra. Volvia á entrar

en Francia con aquel famoso estandarte emblemático que representaba un cometa y espadas culminantes.

Volvia á entrar en Francia reunido á genoveses, á florentinos, á milaneses, á venecianos, al rey de Inglaterra Enrique VIII, al papa Adriano VI, y al emperador Carlos V: y despues de haber arrojado á los franceses de la Lombardia; habia tomado en lugar de los demas títulos que le habia arrebatado Francisco I, el título de conde de Provenza, y marchaba sobre Marsella reclamando su condado.

Por su parte, una multitud de gentiles-hombres franceses habia venido á arrojarle en Marsella; pero sorprendidos de improviso, no teniendo tiempo de reunir un ejército, no traian mas socorro que el individual de su valor. El mariscal de Chavannes, que debia morir en Pavia antes que rendirse; Felipe de Brion, conde de Chabot, el ingeniero Miradel, fueron de este número.

Reducida Marsella á sus propias fuerzas resolvió al menos emplearlas todas; y recordando que habia resistido á César no desesperó vencer al Condestable. En su consecuencia, organizó una milicia ciudadana que se elevó á mas de nueve mil hombres: arrasó todos los arrabales, sin perdonar ni las iglesias ni los conventos: reparó los fuertes y las murallas; y era tal el entusiasmo que hasta las mugeres ayudaron á los trabajadores.

En esto se estaba, cuando por la parte del mar se oyó tronar el cañon. Era Lafayette á la cabeza de la escuadra francesa, que venia á las manos con Hugo de Moncada, comandante de la escuadra española, y á la que tomaba tres galeras. De buen agüero fué esta ventaja; así es que los marseleses recobraron un nuevo valor.

A principios de julio de 1525 se oyó decir que Carlos de Borbon habia destrozado las tropas de Ludovico de Grassa, señor de Mas, y que habia pasado el Var. Algunos dias despues se oyó decir que Honorio de Puget, señor de Prat, primer cónsul de la ciudad de Aix, habia traído las llaves de la ciudad á Carlos de Borbon, y le habia nombrado magistrado de ella. En fin, en 4 de agosto se divisó á la cabeza de una pequeña tropa á Carlos de Borbon mismo: venia á reconocer á Marsella.

—¡Caramba! dijo Pescara su teniente viendo las disposiciones tomadas, parece que no tendremos tan buen negocio en Marsella como en Aix.

—¡Bah! respondió Borbon con un gesto de desprecio, al primer cañonazo vereis á los marseleses traernos las llaves de la ciudad.

—Lo veremos, dijo Pescara. Pescara era el Santo Tomás de la expedicion, únicamente que en lugar de convertirse de dia en dia se hacia mas incrédulo.

El 19 el Condestable presentó delante de

Marsella todo su ejército. Se componia de siete mil lansquenetes, de seis mil infantes españoles, de dos mil italianos, y de seiscientos caballos ligeros. El marqués de Pescara se alojó con los suyos en el hospital de San Lázaro, el Condestable y los lansquenetes se alojaron en Puerto Gallo, y los españoles en el camino de Aubagne. Decidióse abrir la trinchera el 23. En su consecuencia el Condestable invitó para el 23 á Pescara á venir á oír la misa en su tienda, y á desayunarse con él.

Pescara, que era á la vez devoto y goloso, fué exacto á la cita. Se comenzo por la misa, que celebró el capellan del Condestable en un altarito improvisado. Los dos gefes de los sitiadores la oían de rodillas á cada uno de los lados del altar. De repente se oyó un cañonazo, y el sacerdote que en aquel momento alzaba la hostia, cayó todo cubierto de sangre sobre el altar, sin haber aun tenido tiempo de dar un grito.

—¿Qué es esto? preguntó Borbon.

—Nada, monseñor, respondió Pescara, son los ciudadanos de Marsella que os traen las llaves de su ciudad.

Levantaron del suelo al sacerdote que estaba muerto. La misa concluyó así. Los dos gefes se fueron á desayunar.

Ademas, Borbon no tenia mas escrípulo consigo mismo que con los demas. Cuando á su vez fué herido por la bala que le mató, se tendió en el foso, se hizo echar sobre el cuerpo su capa blanca, y enseñando la brecha á sus soldados les dijo:

—¡Adelante siempre!

El mismo dia se abrió la trinchera, y se rompió el fuego de cañon sobre la ciudad. Por su parte la artillería marselesa hizo prodigios, y sobre todo la famosa culebrina que disparaba desde lo mas alto y alcanzaba mas que ninguna otra pieza. Así cuando se hubo reconocido su superioridad, vinieron los artilleros de mas certera puntería á servirla; de modo que hizo gran destrozo en las filas enemigas. Pasáronse algunos dias en hacer el mayor ruido posible arriba, y el menor ruido posible abajo, es decir, que al mismo tiempo que abrian la trinchera los españoles trabajaban á la zapa como topos. Por su lado los marseleses reparaban las murallas, y contraminaban lo mejor posible, y en esta noble defensa fueron tan bien auxiliados por las mugeres de la ciudad que aquella parte de las murallas conserva todavía el nombre de *Trinchera de las Damas*.

Por fin, el 23 de setiembre la brecha quedó practicable. Así Borbon, contra el parecer de Pescara, resolvió dar el asalto. Lo que determinaba al Condestable es que era urgente concluir por un golpe de mano. Habíase convenido con los aliados que mientras que él invadiese el Mediodía de la Francia los españoles harian una irrupcion por la Guyena, la In-

glatterra por la Picardía, y la Alemania por la Borgoña.

Pero Enrique VIII y Carlos V, habian faltado á su palabra, y guiado por su ódio y rencor, Carlos de Borbon se habia encontrado solo en la cita.

Por otra parte, habia sabido que los mariscales de Chavannes y de Montmorency acababan de combinar sus operaciones con el conde de Carces, y que se preparaban á acudir en socorro de Marsella con numerosas tropas y formidable artillería.

Ademas, le habian faltado siempre viveres y comenzaban á faltarle municiones. Durante el día 23, Borbon tomó todas sus disposiciones para dar el asalto, y Marsella para recibirlo: por cada lado era decisivo el golpe.

En el momento de ponerse el sol, los españoles dirigidos por Borbon se adelantaron á la brecha. En cuanto á Pescara, como habia desaprobado aquella tentativa, miró dar el asalto con los brazos cruzados.

Horrible fué la lucha: tres veces Borbon en medio de las balas, de las llamas, del humo, de las piedras, de los maderos, y de la pez ardiendo llevó á los españoles sobre la brecha; tres veces fueron rechazados: Borbon quiso intentar un cuarto asalto, pero estaba muy cerrada la noche y le fué imposible reunirlos.

En la noche supo que la vanguardia francesa se hallaba en Salon. Entonces no pensó mas que en retirarse. A las tres de la mañana dió el Condestable la orden de retirada.

Al amanecer vieron los marseleses huir á sus enemigos. Corrió entonces la ciudad entera á las murallas palmo-teando y persiguiendo á los españoles con silbidos.

La famosa culebrina tambien silbaba, pero era disparando contra los enemigos mientras estuvieran á tiro.

Asi terminó este sangriento baile al son de la misma música con que se habia empezado; y sin embargo, aquella torre memorable sobre la que se habia colocado el principal instrumento de la orquesta, fué destruida por el ayuntamiento. ¡Dios le haya concedido su paz en este mundo y en el otro! En la casa del ayuntamiento, á menos que no lo hayan raspado, habia un escudo de Francia hecho por Puget. Este pobre Puget no habia podido prever la suerte que nuestras revoluciones reservaban á su obra: habia puesto sobre el escudo aquellas tres flores de lis que habian sido las armas de San Luis, de Francisco I y de Luis XIV: habia creído que las victorias de Mansourath, de Marignan, y de Denain las habian regado con bastante gloriosa sangre para que hubiesen tomado raices para siempre en el suelo francés. Puget se habia equivocado, y su escudo raspado por la mano del pueblo, aguarda sobre un campo sin color y sin armas los colores y las nuevas armas que guste la Francia elegirse. *Deus dedit; Deus dabit.*

La primer cosa que se ve al subir la escalera de la casa del ayuntamiento de la ciudad de Marsella, es la estatua del asesino Libertat, á quien su nombre, en el que la ignorancia del pueblo vió un simbolo, protegió contra todos los ataques.

Hacia fines del año de 1595, por consecuencia, un año despues de la entrada de Enrique IV en Paris: habiéndose unido á él todos los capitanes de la Liga, todas las ciudades de Francia reconocieron su poder, y solo permanecieron rebeldes entre los capitanes Épernon, Casaulx, y un teniente desconocido llamado Laplace: y entre las ciudades las de Grasse, Brignolas, y Marsella.

Enrique IV habia vencido á Mayena en el combate de Fontaine-Francesa, y se habia reconciliado con el papa Clemente VIII. Esparcidas al mismo tiempo estas dos noticias, la una por Carlos de Lorena, duque de Guisa, hijo del de la *Cara cortada*, que habia sido nombrado gobernador en Provenza, y la otra por monseñor Aquaviva, vice-legado en Aviñon, habia hecho gran provecho de la casa del Bearnés. Asi Aix, Arlés, Moustiers, Riez, Aups, Castellani, Ollioul, el Bausset, Gemenos, Cegreste, y Marignana, habian abierto sus puertas, á los gritos de «viva el rey.» Quedaban, como hemos dicho, Epernon, que se mantenía firme en Brignolas, Laplace, que ocupaba á Grasse, y Marsella que defendía Casaulx.

Una mañana un capitán llamado Granier entró en el cuarto de Laplace, cuando se estaba desayunando.

—Compañero, le dijo: Es preciso morir.

Y juntando al mismo tiempo la acción á la exhortación, le clavó un puñal en el pecho. A esto no habia nada que contestar. Laplace abrió los brazos, lanzó un suspiro y murió. Habiendo sabido los cónsules este suceso, recorrieron inmediatamente la ciudad, gritando «¡Viva el rey!» Despues como viesan al duque de Guisa que se adelantaba á la cabeza de su vanguardia, corrieron á su encuentro y le abrieron las puertas en medio de las mas ardientes aclamaciones.

Solo faltaban por rendirse Brignolas y Marsella.

Epernon se habia visto sucesivamente abandonado por todos sus capitanes y por una parte de sus soldados: de diez mil hombres que habia traído consigo, apenas le quedaban mil quinientos hombres: pero como la terquedad constituía el fondo principal de su carácter, habia resuelto mantenerse firme hasta lo último, lo que desesperaba á Brignolas y sus intermediaciones. Un aldeano de Val, llamado Bergne, resolvió libertar al pais de aquel furioso ligero.

Epernon tenia su alojamiento en casa de un tal Roger. La comunidad de Val debia dos cargas de trigo á este mismo Roger, que en atención á que no abundaban las provisiones de boca, reclamó el trigo en el día señalado

para su pago. Esto era justamente lo que aguardaba Bergne. Llevó las dos cargas de trigo en casa de Roger, sustituyéndolas con dos cargas iguales de pólvora, ató los dos sacos del mismo modo que tenía costumbre de atar los sacos de trigo: únicamente en el atado preparó un artificio que debía en el momento en que se desatase el nudo de la cuerda, dar fuego á una especie de máquina infernal: después cargó tranquilamente sus dos sacos sobre un mulo, y se fué á depositarlo á la hora de comer del duque, en el vestíbulo, colocándolo precisamente encima de donde Épéron comía. Se ofreció Bergne á aguardar á que el señor de Roger que se hallaba ausente volviese para darle su recibo; pero Bergne que veía acercarse un criado al saco y que tenía prisa en irse de allí, dijo que volvería á otro día á buscarlo, tomó la puerta y en cuanto pasó su umbral echó á correr con todas sus piernas.

Apenas se hallaba al extremo de la calle cuando se dejó oír una horrorosa explosión.

Se desplomó la casa entera, Épéron quedó á caballo sobre una viga, y solo tuvo algunas contusiones.

Como podía renovarse la cosa y debía aguardar á no ser siempre tan afortunado, como ademas se hallaba disgustado, en fin, de aquella guerra inútil, toda sembrada de traiciones francas y peligros ocultos, Épéron abandonó á su bella Provenza.

Quedaron, pues, únicamente, para hacer frente al poder cada día creciente de Enrique IV, Marsella y Casabl.

Como todos los hombres que, aparecidos de pronto han representado durante un instante un gran papel político, después han vuelto á la nada sin haber tenido tiempo de decir su última palabra, Casaulx fué muy severamente juzgado, no solo por la posteridad sino tambien por sus contemporáneos. Decían los unos, que explotando los antiguos recuerdos de la ciudad municipal, Casaulx quería romper los vinculos que unian á Marsella con el resto del reino, y hacer de ella una ciudad libre, una república comerciante como Génova y como Florencia; lo que permitía realizar la posición topográfica de la ciudad. En cuanto á él, sus esperanzas hubieran sido en este caso ó el gorro ducal ó la bandera de gonfaloniero.

Decían otros al contrario, y en apoyo de la opinión de estos el presidente de Thou ha unido la autoridad de la suya, decían otros que Casaulx no era mas que un ligero obstinado que sacrificaba la ciudad á su ambición, ambición mezquina que se limitaba al título de Grande de España, y á la posesión de algún marquesado en Calabria; y preciso es confesarlo, podría muy bien tener razón el presidente de Thou.

Sea de esto lo que fuese, Casaulx era señor absoluto de Marsella. Tenía sus guardias

de corps, cobraba contribuciones, confiscaba los bienes de los realistas, establecía impuestos: en fin, su marina, porque tenía una marina, habiendo apresado un buque salido de Liorna que llevaba de parte del joven duque de Toscana muebles de plata y alhajas para el rey de Francia, Casaulx se quedó con todo para sí sin dar cuenta al ayuntamiento. Verdad es que la totalidad estaba valuada en ciento ochenta mil francos, lo que tal vez no es una disculpa, pero es al menos una razón.

Casaulx tenía, pues, á Marsella en estado de guerra abierta, cuando el resto de la Provenza se hallaba pacificada. Convenía esto mucho al dux de Génova y al rey de España. Así, Juan de Dios Doria le envió cuatro galeras, que cada una le traía cien soldados, y Carlos II, que malamente en los árboles genealógicos es llamado el último de la raza varonil de la casa de Austria, se comprometió á no dejar jamás á Marsella falta de hombres y de dinero, si Casaulx quería comprometerse á no reconocer nunca por rey á Enrique de Borbon, y á no abrir las puertas si no á los soldados españoles, ni á contraer alianza alguna sin autorización de la corte de Madrid.

Casaulx prometió todo lo que se quiso, y para prueba de que estaba dispuesto á cumplir lo que había prometido, hizo con gran pompa quemar en la plaza de la Bolsa la estatua de Enrique IV. Sin embargo, no todo el mundo era en Marsella de la opinión de Casaulx, y algunas veces las opiniones contrarias se espresaban de manera que no dejaban duda alguna sobre su energía. Una tarde que Casaulx se paseaba en la plazuela Nueva salieron cuatro tiros de las ventanas de una casa, y mataron á Juan Altovetis, su primo. Como comenzaba á oscurecer pudieron salvarse los asesinos.

Menos fortuna tuvo otro conspirador llamado Atria, y pagó con su vida una tentativa del mismo género. Este, que era un fraile, tuvo la idea de hacer saltar al cónsul. A este efecto se asoció con otro fraile llamado Brancoli, y resolvieron los dos aprovechar las fiestas de Navidad, y elegir el momento en que Casaulx viniese á adorar al Santísimo Sacramento en la iglesia de los Dominicos. Debía colocarse un petardo debajo del banco en que tenía la costumbre de arrodillarse. Desgraciadamente Brancoli confió el complot á su cuñado Bequet. Bequet corrió á casa de Casaulx y se lo confesó todo con condición de que no se le haría daño alguno á Brancoli. Casaulx cumplió su palabra: perdonó á Brancoli, pero hizo ahorcar á Atria, ordenó que echaran después su cuerpo en una hoguera, y después que se hubiese consumido el cuerpo que se echaran las cenizas al viento.

Estas dos tentativas eran poco tranquilizadoras, para los que quisiesen meterse en una nueva conspiración; sin embargo, hubo un hombre llamado Libertat que no desesperó de

conseguir un resultado mas satisfactorio.

Como Casaulx, Libertat ha sido juzgado de dos modos diferentes; han querido los unos hacer de él un verdadero amigo de la independencia marsellesa que á ejemplo de Lorenzino de Médicis, hubiera fingido toda especie de complacencias y de amistad por el cónsul, á fin de tomar su tiempo, y por consecuencia estar mas seguro de salir con el éxito; otros no han visto en Libertat sino un asesino pagado, que ha impuesto sus condiciones anticipadamente, y que no se ha comprometido á cometer el crimen sino con la esperanza de una gran recompensa.

Preciso es tambien para oprobio de la humanidad confesar que los últimos podian tener razon.

En efecto, las condiciones del asesinato eran que Libertat recibiria el cargo de viguiera, el mando de la puerta Reale, el del fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, el de dos galeras, sesenta mil escudos al contado, una tierra que produjese dos mil escudos de renta, una abadía de mil quinientos escudos, y los derechos de entrada sobre la especería y la droguería. Al lado de la parte del leon habia otras particillas para los asesinos subalternos; Marsella conservaba sus inmunidades: una cámara soberana de justicia habia de establecerse en ella; y se habia de proclamar una amnistía general.

El duque de Guisa, con el que se habian acordado estas condiciones, fué informado de que todo estaba listo, y que solo se aguardaba una ocasion favorable.

Por último, el 17 de enero de 1596, fué elegido para el dia de llevar á efecto el plan; y recibió el duque de Guisa un aviso para que estuviese pronto para entrar en la ciudad.

El 16 comulgaron los conjurados en la iglesia de las religiosas de Sion, y oraron mucho tiempo delante del Santísimo Sacramento, que habian hecho sacar del tabernáculo, á fin, dice la crónica, de encomendar su negocio á Dios.

El duque de Guisa fué exacto á la cita. Llegó hasta debajo de las murallas en la noche del 16 al 17; pero apenas se hallaba allí, cuando habiendo visto un religioso minimo desde las ventanas de su convento una gruesa tropa de soldados cuyas armas brillaban en la oscuridad, corrió enteramente sofocado y sin aliento á casa de Casaulx para prevenirle que los enemigos rondaban alrededor de las murallas, é iban sin duda á intentar alguna sorpresa.

Casaulx, que se hallaba un poco malo, y que por otra parte tal vez no daba entero crédito al discurso del fraile, envió á Luis de Aix para hacer un reconocimiento sobre aquella tropa. Luis de Aix salió por la puerta Reale, cuya custodia se hallaba confiada á Libertat. Apenas hubo salido cuando Libertat

alzó el puente tras de él, de modo que no pudo volver á entrar.

Luis de Aix no llevó lejos su exploracion nocturna. No tardó, en efecto, en tropezar con una tropa de soldados realistas que se hallaban á las órdenes del señor de Alamannon.

A los primeros tiros que se dispararon de uno y otro lado tomaron parte los cañones de las murallas: creyó el duque de Guisa que todo se habia perdido: pero Libertat encontró medio de hacerle decir que se mantuviese firme, y que toda aquella barahunda y ruido no significaban nada.

El duque de Guisa siguió al pie de la letra su consejo. Luis de Aix rechazado con su tropa quiso volver á entrar en la ciudad, cuya puerta encontró cerrada. Iba á ser cogido prisionero, cuando un pescador le arrojó una cuerda. Luis de Aix, que iba perseguido de cerca, se agarró á ella con todas sus fuerzas: tiró el pescador hácia arriba, y despues de grandes esfuerzos concluyó por subir al viguero sobre la muralla.

Apareció el dia. Libertat miró en torno de si, y vió que segun su orden todos los conjurados casi se le habian reunido. Eran sus dos hermanos, sus dos primos, Juan Lorenzo, Jacobo Martin, Juan Viguier y otros dos.

Entonces dice la crónica, Pedro Libertat, que tenia necesidad de Casaulx, le hizo suplicar que sin tardanza se fuese á la puerta Reale, en atencion á que el enemigo mostrándose en todos los puntos, creia su presencia necesaria para mantener el valor del soldado.

Casaulx, que no habia concebido sospecha alguna, llamó á sus guardias de corps, y habiéndoles ordenado que se armasen se encaminó con ellos hácia la puerta Reale, aun sin tomar la precaucion de armarse él mismo. Entonces un soldado, al verlo venia á lo lejos, dijo á Libertat que miraba hácia otro lado:

—Capitan, aqui está el cónsul Casaulx.

Volvióse Libertat hácia el cónsul, y lo vió efectivamente dirigirse hácia él; marchaba entre dos pelotones de una veintena de hombres cada uno, y venia á paso redoblado. Pero Libertat se hallaba tan impaciente que no pudo aguardar á que Casaulx se le reuniese: dirigióse derecho á él, y llegado en frente del primer peloton de mosqueteros echó mano á la espada. Pareció estraña esta accion al brigadier que los conducia: así quiso arrestar á Libertat presentándole la punta de su alabarda; pero Libertat agarró la alabarda por el palo, y le partió la cabeza de un golpe con su espada. En el mismo instante cinco ó seis descargas de mosquetería estallaron, pero aunque dirigidas á quema ropa ninguna de ellas le hirió. Llamando entonces á sus amigos se arrojó inmediatamente en las filas de los guardias de corps, que rompiéndose ante él le abrieron paso has-

ta el cónsul. Asombrado éste enteramente con aquel fuego y con aquel ruido, medio sacó su espada retrocediendo delante de Libertat diciendo:

—¿Qué queréis de mí, capitán?

—Quiero haceros gritar: ¡*Viva el Rey!* dijo Libertat, y al mismo tiempo le dió una estocada en el pecho con tal fuerza que la espada le atravesó todo el cuerpo y salió ensangrentada por la espalda entre los dos hombros.

Por horrorosa que fuese aquella herida, Casaulx no quedó muerto; porque habiendo caído al pronto el rostro contra el suelo, se levantó sobre una rodilla. En aquel momento Bartolomé Libertat, hermano de Pedro, le dió un golpe de pica detras del cuello; esta vez cayó para no volverse á levantar mas Casaulx.

El mismo día el duque de Guisa tomó posesion de la ciudad de Marsella en nombre del rey Enrique IV, despues de haber jurado la conservacion de los privilegios del ayuntamiento, *asi como todos los gobernadores habian acostumbrado á hacerlo.*

Por su parte Libertat recibió lo que le habia sido prometido: grados, honores, dinero, tierras y abadía: mas todavía: se le labró una estatua de mármol: esta estatua es la que se encuentra al entrar en la casa del ayuntamiento de Marsella. Pero lo que hay mas curioso en esta estatua es que hoy todavía tiene en la mano la espada con que Pedro Libertat mató á Casaulx.

Como la casa de ayuntamiento no encierra nada mas notable puede uno evitarse el subir mas arriba de los diez primeros escalones.

Despues de la Liga viene la Fronda. Marsella se dividió en dos partidos: los *canivets*, ó *mazarinistas*, es decir, los partidarios del rey, y los *sableadores*, ó partidarios de los príncipes. Desde 1654 á 1657, se sableó y se arcañó en las calles de Marsella. En fin, se hizo entender á Luis XIV, que todo el mal venia de que los marseleses nombrando sus cónsules por sí mismos, estos cónsules eran naturalmente inclinados á la indulgencia con sus compatriotas. La indulgencia, como se sabe, es un remedio muy triste y pobre en materia de guerra civil.

Estos eran los consejos que debian darse á Luis XIV. Así estuvo perfectamente de acuerdo con la opinion de Luis de Bento que le aconsejaba anularse los cónsules elegidos por el pueblo, y nombrarse otros por sí mismo. Pidió el rey una lista, y Luis de Bento presentó á Lázaro de Bento, Labane, Bonifacio Pascual y José Fabre, para cónsules, y á Juan Des Camps para asesor. Luis XIV firmó con confianza y encargó á Luis de Vandoma, duque de Mercœur, par de Francia, su gobernador en Provenza, que velase en la ejecucion del decreto que acababa de dar.

No era inútil la precaucion. Habiendo ido los nuevos cónsules al ayuntamiento para

ocupar el lugar de sus predecesores, fueron silbados por todas las calles por donde pasaron; pero viéndose poderosamente sostenidos no se desanimaron, y como se habian visto corsarios á lo largo de las costas aprovecharon aquel pretexto para hacer rogar al caballero de Vandoma, hijo del duque de Mercœur, que entrase en el puerto con su galera. Este era un medio de introducir soldados en la ciudad con desprecio de sus privilegios.

Indignada la ciudad se sublevó toda entera. Así es como todas aquellas cabezas provenzales llenas de *mistral* y de sol, se incendian con una chispa, y pusieron fuego á toda la Provenza causando un incendio.

Gaspar de Nioselle tomó la direccion de la revolucion: era un hombre de corazon que gozaba de gran popularidad. Entonces diez ó doce de esos hermosos nombres marseleses tan sonoros en la lengua y que tanto eco tienen en la historia, corrieron á su primer llamada, y se reunieron á él. El 13 de julio de 1658, en tanto que los cónsules se hallaban en sesion, los sublevados quisieron forzar la casa del ayuntamiento; cambiáronse de una y otra parte algunos tiros: Nioselle recibió una ligera herida que exasperó á sus partidarios. La casa del ayuntamiento iba á ser tomada, cuando los cónsules enviaron un mediador á los insurgentes. Este mediador era Fortia de Piles: se comprometió en nombre de los cónsules á despedir la galera. Todo se tranquilizó, y cada cual se volvió á su casa.

El 19 se supo en la bolsa que en lugar de despedir la galera, los cónsules habian hecho pedir nuevos refuerzos. Al mismo tiempo se estendió la noticia de que Nioselle acababa de ser arrestado. A estas dos noticias la conmocion y el motin, apenas apagados, volvieron á encenderse. La presencia de Nioselle, en lugar de tranquilizar los espíritus, los exasperó. Se pone á la cabeza de los amotinados con su hermano el comendador Cugex. Ciérranse las puertas; los ciudadanos se renunen armados; las mugeres se ponen á las ventanas y los escitan; los soldados que los cónsules llaman á su socorro son rechazados. Fortia de Piles, que quiere segunda vez presentarse como parlamentario, tiene á su criado muerto á su lado. Marcha sobre la casa del ayuntamiento: la casa del ayuntamiento se ve rodeada de humo de los mosquetes, y surcado de balas. Uno de los cónsules se disfrazó de sacerdote y se salva: los otros dos atan una tohalla á la punta de sus bastones en señal de que se rinden á discrecion. Los soldados son arrojados de la ciudad en la galera; la galera es á su vez arrojada del puerto; dobla la *Cabeza del moro*, y toma alta mar entre los aplausos de toda la ciudad.

Nioselle era todopoderoso en Marsella. Se sirvió de esta autoridad para poner la plaza bajo el pie de defensa mas respetable que pudo. Pero por su parte el duque de Mercœur

no se había dormido: un cuerpo de tropas reales se había adelantado hasta Vitrolles; otro á Pennes; un tercero á Aubagne; y el caballero Pablo de Vandoma vino á bloquear el puerto con seis navios: Marsella se hallaba cercada por mar y tierra.

Sin embargo, todavía se arreglaron esta vez las cosas. El duque de Mercœur era del parecer de Alejandro VI, que no quería la muerte del pecador, sino que viviese y pagase: Mazarino además, como se sabe, le permitía todavía cantar: era preciso que el pecador estuviese bien endurecido para quejarse de él.

No solamente el pecador se quejó: pero apenas el duque de Mercœur cesó de pesar sobre él con su presencia, cuando se insurreccionó de nuevo. En lugar de los cónsules nombrados por el rey, se nombró á Francisco Bausset, Vacer y Lagrange: el abogado de Loule fué nombrado asesor. Como se ve nada se había hecho: era preciso comenzar todo de nuevo otra vez.

El 16 de octubre de 1659, La Gubernelle, teniente de las guardias del duque de Mercœur, llegó á Marsella. Acababa de leer este decreto á los cónsules, cuando los partidarios de Nioselle se lanzaron al salón de las sesiones, destruyeron el decreto del parlamento de Aix, y arrancaron los bigotes á Gubernelle. Esta vez la cosa era demasiado fuerte: Luis XIV decidió que vendría él mismo á poner en razón á aquellos amotinados.

En efecto, el 12 del mes de enero de 1660, el rey pasó el Ródano en Tarascon; y el 17 acompañado de la reina madre, del duque de Anjou, del cardenal Mazarino, del príncipe de Conti, del conde de Soissons, y de la condesa Palatina de Nevers, hacia su entrada en Aix por la puerta de los Agustinos.

Marsella sabía que con Luis XIV no se andaba en juegos. Su entrada en el parlamento con botas y espuelas había tenido un grande eco en toda la Francia, y todavía entonces no era con el látigo sino con la espada en la mano como se presentaba S. M.

Como Nioselle era el mas culpable, le obligaron á ocultarse. Encontró con dos de sus amigos un refugio en la bóveda de los capuchinos. Despues se envió al rey, á fin de desarmarle, á Estéban de Puget, obispo de Marsella.

Estéban de Puget se lisongé mucho de la elección que sus compatriotas habían hecho de él; pero como él mismo con motivo de la rebelion tenia que pedir perdon de algunos pecadillos, resolvió interesar al rey añadiendo veinte años mas á su edad. Logró esto cubriéndose la cabeza con un inmenso solideo, é imprimiendo á sus piernas un continuo temblor, y condenó su rostro á un cierto gesto que había estudiado antes en el espejo, y que tenia la ventaja de hacer sobresalir todas las arrugas. Tomadas estas precauciones se presentó delante del rey.

Representó tan bien su papel, que Luis XIV fué engañado. Se aproximó cerca del obispo; bajó la cabeza para oírle, porque el pobre prelado se hallaba tan encorvado, y tenía la voz tan débil y tan cascada, que su palabra no podía subir al oído del rey.

Así enternecido el rey mandó que le dieran un sillón al embajador. El embajador se negó un poco de tiempo por la forma y por la política; pero encantado de ver lo bien que le salían las cosas concluyó por sentarse en su silla, y allí una vez sentado, le atacó un acceso tan violento de tos al pobre anciano que la córte creyó que iba á darle un accidente; de modo que los abates y los sacerdotes de la comitiva de Mazarino vieron ya una ocasion de obtener un ascenso, se aproximaron al cardenal, y le pidieron la futura ó supervivencia del obispo. Al primero, Mazarino no le dijo nada; al segundo, se contuvo todavía; pero al tercero llamó á su capitán de guardias, y enseñándole al obispo que se hallaba encorvado y pegada casi la barba á la rodilla, continuando en representar su papel con el mejor éxito.

—Signor de Bézemaux, le dijo con aquel acento italiano que daba tan placentero relieve á sus habituales chanzas, hacedme el favor de matar al señor de Puget.

Pero todo lleno de estupor Bézemaux hizo un gesto instintivo y negativo: el obispo dió un salto desde su silla poniéndose en pie: Luis XIV aguardaba siempre una chanza, y se echó á reír. Los pretendientes encontraron que este modo de hacer una vacante de un obispo era demasiado ejecutivo.

—Señor, dijo entonces Mazarino, ¿y qué quereis que se haga? Es preciso que yo mande matarle, pues que no teneis la paciencia de aguardar á que se muera. A pesar del buen humor de Mazarino que le había causado tanto miedo, el obispo no pudo obtener nada de positivo. Luis XIV dijo, que veria en el mismo Marsella lo que se debía hacer, y le envió para que anunciase á la ciudad la llegada del duque de Mercœur con siete mil hombres.

La manera con que el duque de Mercœur cumplió su mision no era muy propia para tranquilizar. Los cónsules habían salido á su encuentro hasta Avenc, y les había dado la orden de ir á aguardarle á la casa del ayuntamiento. Al entrar en Marsella el duque de Mercœur había señalado ciertos sitios, y en aquellos sitios al instante mismo habían levantado unas horecas: despues fué á la casa del ayuntamiento, entró en la sala de las sesiones municipales en medio de su guardias; y viendo á los cónsules que le aguardaban en pie y con la cabeza descubierta les dijo:

—Señores, yo os creo mas desgraciados que culpables, pero habeis caido en la desgracia del rey. S. M. no quiere que seais cónsules, ni que en lo sucesivo haya mas ma-

gistrados de este nombre: ha resuelto cambiar la forma de gobierno de la ciudad, habiéndome mandado que os deponga y entregue vuestra autoridad en manos de Mr. Piles, para mandar á los habitantes y á las gentes de guerra, que aqui estan y estuvieren de guarnición, hasta que S. M. haya arreglado la forma de gobierno político.

Cuando hubo terminado este discurso el duque de Mercœur hizo una seña al capitán de sus guardias, que se acercó á los cónsules, y les cogió de las manos los sombreros de terciopelo carmesi listados de blanco, signos de sus cargos. Despojados así los cónsules se retiraban, y cuando se retiraban les dijo todavía el duque que todos los cargos municipales, aun el de capitán de cuartel, eran mantenidos, y que los soldados pagarían lo que tomasen. En el mismo día en señal de que las órdenes del rey estaban ejecutadas, envió los cuatro sombreros á Mazarino. Después se acamparon los soldados en las calles: se serraron por el medio todos los cañones de bronce, y aun hasta aquella culebrina de gloriosa memoria ante la que había retrocedido Borbon: en fin, se abrió una brecha en la muralla, habiendo declarado el rey que quería entrar en Marsella como en una ciudad tomada por asalto.

En efecto, después de haber visitado el rey la estación del *Santo Bálamo*, después de haberse mostrado resplandeciente como el sol, que era su divisa, en Tolon, en Hyères, en Soliés, en Brignolas, y en Nuestra Señora de Gracia, se cubrió la frente con una nube de colera, y el 2 de marzo de 1660 á las cuatro de la tarde se presentó á caballo ante la brecha.

Llegado allí dirigió una mirada sobre la puerta, vergonzosa del desden real con que era tratada, y viendo encima de ella una gran lápida de mármol negro sobre la que estaba escrito en letras de oro: *sub cujus imperio summa libertas*, «bajo cualquier dominio en que esté entera libertad,» preguntó lo que era aquella inscripción:

Respondiéronle que era la divisa de Marsella.

—Bajo mis predecesores es posible, respondió Luis XIV, pero no bajo mi reinado.

A estas palabras hizo un gesto, y fué arrancada la lápida.

Detúvose el rey hasta que se ejecutó su orden. Después se volvió á poner en camino. Sobre la brecha encontró á Piles de rodillas. Venia el nuevo gobernador á presentarle las llaves de oro de la ciudad en una bandeja de plata. El rey hizo la acción de tomarlas: después, colocándolas inmediatamente sobre la bandeja:

—Guardadla, Piles, le dijo: las guardais muy bien; yo os las doy.

Detrás del rey marchaba un capitán provenzal llamado Waltrick á la cabeza de dos

compañías, pero este se hizo abrir la puerta; y al observarse que la brecha había sido hecha para que pasase por ella.

—Sería insultar á mi patria, respondió, esa brecha puede ser buena para mi rey, pero nosotros los capitanes y soldados no pasamos sino por las brechas abiertas á cañonazos.

El rey fué á alojarse á la casa de Riquetti de Mirabeau; era el abuelo del Mirabeau que debía un siglo después conmover tan violentamente aquella monarquía que Luis XIV creía eterna. La casa es la misma que existe hoy día aun en la plaza de Lenche, y que sirve de hospicio á los *niños de la Providencia*.

En todo el camino no había encontrado el rey mas que hombres; ni un rostro femenino se le había mostrado. El joven rey y los que le acompañaban, sin exceptuar al cardenal, tenían tan buena reputación que sucedía así en todas las entradas reales. Las mugeres y las doncellas se hallaban de esto tan desesperadas como el rey y los cortesanos, pero en aquella época los padres y los maridos no se andaban en chanzas.

Nioselle fué condenado á que le cortaran la cabeza; la sentencia prevenia ademas que él y su posteridad serian degradados de la nobleza: que el verdugo rompería los escudos de sus armas: que se demolería su casa; y que sobre el sitio de aquella casa se levantaría un padron de infamia.

Esta sentencia fué fielmente ejecutada, exceptuando sin embargo, la parte mas importante: aun cuando se habia ofrecido la suma de seis mil libras por la cabeza de Nioselle nadie se manchó con una delación. Nioselle logró llegar á Barcelona, donde permaneció desterrado cincuenta y cinco años.

Al cabo de cincuenta y cinco años, Luis XIV, viejo y próximo á la muerte, le perdonó. Nioselle volvió á entrar en su patria, vió derribar la columna del padron de infamia que deshonraba su nombre; fué reintegrado en su nobleza, y murió en el mismo año cual si no hubiese aguardado mas que su rehabilitación para morir.

En cuanto á Luis XIV, un día que se paseaba en Marsella, y que veía todas las encantadoras casas que rodean la ciudad risueñas al sol, y ostentando sus blancas paredes con sus techos de color de rosa y sus persianas verdes, á las que daban sombra algunos pinos, preguntó cómo se llamaban aquellas lindas moradas en el lenguaje del pais.

—Se llaman *bastidas*, respondió Fortia de Piles.

—Está bien, dijo Luis XIV, yo tambien quiero tener una bastida en Marsella. Duque de Mercœur, buscadme un sitio; yo me encargo de enviaros un arquitecto.

Fué escogido el sitio enfrente de la torre de San Juan edificada por el rey René. El arquitecto fué Vauban: la bastida se llamó el fuerte de San Nicolás.

Sobre la primera piedra, que fué colocada con gran pompa, se grabó la siguiente inscripción, que traducimos del latín al español para la mas grande comodidad de nuestros lectores.

«Por miedo de que la fiel Marsella, frecuentemente presa de criminales agitaciones de algunos, no pierda al fin la ciudad ó el reino, ó por la fogosidad de los mas audaces ó por una pasion demasiado exajerada de la libertad, Luis XIV, rey de los franceses, ha provisto á la seguridad de los grandes y de los pequeños construyendo esta ciudadela. El rey lo ha mandado: Julio Mazarino, cardenal, despues de la paz firmada en los Pirineos lo ha aconsejado: Luis de Vandoma lo ha llevado á ejecución.»

«Mil seiscientos sesenta.»

El fuerte de San Nicolás fué demolido en 1789. Era un año fatal á las bastillas.

## EL PRADO.

Habia aun algunos recuerdos sangrientos y terribles parecidos á los que acabamos de evocar, y que datan de 1815, que podriamos presentar á los ojos de nuestros lectores; pero estos recuerdos están demasiado cerca de nosotros. Saltaremos sobre ellos para llegar mas pronto á la Marsella de hoy.

En otro tiempo la primer cosa que se decia al forastero que llegaba á Marsella, y que queria comer el CLOVIS y la BONILLABESA, los dos platos nacionales de los focenses, eran estas palabras sacramentales: ¿Conoceis á Policar? Y el forastero respondia: Sí, conozco á Policar, porque Policar era conocido en el mundo entero.

¿Qué ha hecho descendido á Policar de su grandeza? ¿Qué ha derribado la estátua del pedestal? Lo ignoro; pero lo que sé es que desde mi último viage, cuando yo he hablado de Policar todos se me han echado á reir en mis barbas. He querido insistir, porque recordaba á Policar con agradecimiento: entonces algunos me han preguntado si volvía de Astracán.

Bajo pena de que le tuvieran á uno por tonto como á Sancho, era preciso pararse allí. Sin embargo, al cabo de un instante como yo queria comer CLOVIS y BONILLABESA me aventuré á decir.

—¿Y entonces donde iremos?

—Al Prado.

Comprendí que era el Prado el que habia reemplazado á Policar.

Mientras llegaba la hora de ir al sitio indicado fuimos á dar una vuelta al puerto.

El puerto de Marsella es de lo mas curioso que he visto, no por su panorama que se estiende desde Nuestra Señora de la Guardia á la torre de San Juan, no, si no á causa de sus colibris, de sus papagayos, y de sus monos que bajo aquel hermoso cielo meridional se creen todavia en su patria, y hacen con el canto, con la voz y con el gesto mil monerías á los que pasan, porque el puerto de Marsella es el punto de cita del mundo entero. Allí no se encuentran dos personas vestidas de la misma manera; ni se encuentran dos hombres que hablen la misma lengua.

El agua del puerto es muy sucia, es verdad; pero sobre aquella agua que es la mejor segun aseguran los marseleses para la conservacion de los navíos, hay un cielo tan azul sembrado de tan hermosas aves de mar, por el dia, y de tan bellas estrellas por la noche, que se puede desear no mirar á sus pies cuando se tiene una cosa tan hermosa que ver encima de la cabeza. En este puerto se arrojaron los cadáveres de los mamelucos en 1815. Aquellos pobres mamelucos ¿sabeis lo qué habian hecho?

Napoleon los habia recogido en aquella antigua tierra de Egipto, donde habian servido á las órdenes de Ibrahim, y á las de Mourad-Bey: despues en indemnizacion de la patria que habian perdido les habia dado un hermoso sol, hermano de su sol, y una cierta pensión que les aseguraba una vida pacífica y una muerte tranquila. Asi aquellos ancianos hijos de Ismael amaban mucho á Napoleon.

Cuando cayó en 1814 vertieron abundantes lágrimas; se les vió llorar, y se hizo un crimen de su gratitud. Aquellas pobres gentes no podian salir ya sin verse asaltadas de injurias y pedradas. Sin embargo, se habian afrancesado en las tres cuartas partes: llevaban levitas y pantalones, y solo habian conservado sus turbantes: el peinado es lo último en romper con la nacionalidad.

Los mamelucos se quitaron al fin sus turbantes, y se pusieron sombreros: seguramente debióse haber tenido en cuenta este sacrificio; pero nada se les reconoció, ni sus propios bigotes blancos, y continuaron arrojándoles piedras.

Hubieran podido cortarse los bigotes, pero esto era superior á sus fuerzas: prefirieron encerrarse en sus casas. Durante algun tiempo fueron á gritar delante de ellas: ¡Viva el rey! y á romperles los vidrios, pero al fin se sosogaron los espíritus, y se les dejó casi tranquilos.

Súpose un dia que Napoleon habia desembarcado en el golfo Juan: los mamelucos

miraron por el agujero de sus cerraduras. Ocho días después se supo que estaba en Lyon; los mamelucos asomaron la cabeza á la ventana. Tres semanas después se supo que había entrado en París: los mamelucos volvieron á vestirse su antiguo *caftan* de batalla, aquellos viejos caftanes que habían visto á Embabéh, Aboukir, y Heliópolis; y se pasearon por las calles de Marsella donde hacía un año que no se atrevían á presentarse.

Después, cuando encontraban á alguno de los que los habían insultado, se detenían delante de ellos, ó delante de ellas, porque las mugeres habían tomado parte; retorcían sus viejos bigotes blancos, y después decían meneando la cabeza con una sonrisa burlona. «Napoleon es mas fuerte que todo.»

Esto es lo que habían hecho aquellos pobres mamelucos: todos fueron asesinados por este crimen: pero también, ¿por qué diablos eran agradecidos? Semejante catástrofe no le ha sucedido ni al príncipe de Talleyrand, ni al duque de Raguse.

La gran ventaja del puerto de Marsella es presentar en todo tiempo un paseo constantemente seco, empedrado de ladrillos puestos de canto, lo que es inapreciable, sobre todo cuando se llega de Lyon; y mas á la sombra del verano, y al sol del invierno, lo que es inapreciable por todas partes y siempre, de cualquier país que se llegue, ó hacia cualquier país que uno vuelva.

¡Qué lástima que el agua de aquel puerto sea tan sucia, y que hayan echado allí los cadáveres de los mamelucos!

Del puerto fuimos al museo.

Bajo aquel nombre de museo, cuyo título solemne se ve sobre una puerta que da frente al mercado de los Capuchinos, están comprendidos la academia de Marsella, hermana honrada de la academia de Lyon: la biblioteca de que Méry es el conservador: el gabinete de historia natural, el gabinete de medallas, la escuela de dibujo: la escuela de arquitectura; y en fin, la galería de cuadros.

Todo se halla encerrado en el antiguo convento de los Bernardinos.

Contiene la biblioteca cincuenta mil volúmenes, y de ocho á diez mil manuscritos. La colección de libros llega hasta el siglo XVIII; la academia de Marsella había juzgado probablemente que nada se había escrito desde entonces, que mereciese ser leído. Méry se ocupa en ponerlos al corriente con grande escándalo de los académicos provenzales; probablemente le costará su destino: tanto mejor: esto le hará tal vez rehacer alguna viellada.

El gabinete de historia natural se enriquece en cambio todos los días. No hay un buque que venga del polo ártico ó del polo antártico, de Calcuta ó de Buenos Aires, de la Nueva Holanda ó de la Groenlandia, que no le traiga su tributo. Resulta de esto que los di-

ferentes reinos están allí muy apretados; y se ha recomendado á los capitanes que no traigan en tanto en cuanto les sea posible, mas que oquistes, sardinas y colubrias.

En cuanto á la escuela de dibujo lleva lo cabeza muy alta, y la mano en la cadera. Esto proviene de haber producido á Paulin Guérin, Beaume, y Tanneur.

En cambio, su hermana la escuela de arquitectura lleva la cabeza muy bajita; la pobre anciana no ha producido mas que á Puget, y está aguardando siempre alguna cosa todavía mejor.

La galería de cuadros es magnífica: pocas ciudades de Provenza poseen una colección tan rica como Marsella. Verdad es que Marsella desde la toma de Argel se ha convertido en una capital.

El local donde se hallan colocados los cuadros recuerda mucho á primera vista la capilla Sixtina: tiene el mismo defecto para dar luz á los cuadros que la reciben de avaras ventanas; pero también tiene el mismo silencio y el mismo recogimiento, tanto, que creo que en el fondo ganan los cuadros: mirando bien, siempre se ve.

En el museo de Marsella hay doce ó quince cuadros de primer orden: un paisaje de Anibal Carrache, una Asunción grande de Agustín Carrache, un cuadro de Perugino como no los hay ni en Florencia ni en París, dos inmensos lienzos de Vien, un soberbio retrato atribuido á Van-Dick, dos cuadros de Puget, que después de haber hecho temblar el mármol con su cincel, hace revivir el lienzo; un Salvador Rosa, un Miguel Angel Caravaggio, una pesca milagrosa de Jordan, y un Guercchino de un magnífico colorido; en fin, la obra maestra del Museo, la célebre *caza de Rubens*.

Cuando se ha visto todo esto se puede echar una mirada sobre un Mercurio, que es preciso ir á buscar en un rincón de la sala del fondo; verdad es que no es mas que una copia; pero es una copia de Rafael por Ingres.

Al salir del museo volvimos á tomar un carruaje en la plaza Real. Esta expedición nos permitió ver la famosa fuente que hace su adorno. Como el famoso lago de que habla Herodoto, solo le falta una cosa, el agua. Méry la llama la *Fuente hidrófoba*: el nombre podía muy bien quedarle. Pedí ver otras; esta me había causado pena.

Mandó Méry al cochero que nos llevase por de pronto á la calle de Avugne. Allí tuve lo que pedía, es decir, una fuente corriendo con abundancia. Está dedicada al poeta *Sobranno*, como lo llama el Dante, y se lee allí esta simple inscripción:

*Los descendientes de los rhocenses á Homero.*

Una magnífica taza se estiende todo al rededor de la fuente. Creeríase uno á las *Puer-*

*tas Secas* sobre las orillas del Simois: es todo un capítulo de la Odisea en acción.

Veo que acabo de copiar casi cuatro líneas en el álbum de los extranjeros. Estos diablitos de marselleses tienen tanto talento y poesía en todas partes, que la derraman aun en sus guías, cual no se vé por ningún lado. Un poco más de frialdad en estas cabezas, decía David hablando de los provenzales, y casi todos serían hombres de genio.

Pasamos cerca de la pirámide de la plaza Castellani. No presumimos que haya sido levantada con otro objeto mas que con el de formar juego con el arco de triunfo de la puerta de Aix. Tanto vale el uno como el otro. Únicamente el arco de triunfo tiene sobre la pirámide la desventaja de estar cubierta de escultura, lo que echa un poco á perder la piedra cuando no la embellece mucho.

A cien pasos de la plaza Castellani se encuentra uno fuera de Marsella sobre un hermoso *boulevard*, donde habrá sombra dentro de veinte años si prenden los árboles, pero mientras tanto lo que hay es muchísimo polvo. El polvo es el azote de Marsella; se tiene polvo en los ojos, en la boca, en los bolsillos. Se toma un partido cuando uno es filósofo, pero no se habitúa uno á él aunque sea un optimista.

Consiste esto en que todas las montañas que rodean á Marsella están verdaderamente calcinadas por el sol. Yo no sé dónde diablos Lucano había visto el famoso bosque sagrado en el que César hizo construir sus máquinas de guerra, ni Guillermo de Tiro aquellos magníficos bosques donde los cruzados cortaron los mástiles de sus buques. Tal vez el gran consumo que se habría hecho en otro tiempo en la causa de la penuria actual. Lo que sé es que hoy con dificultad se encontrarían árboles para hacer una caja de fósforos.

En cambio hay magníficos valles de arena.

Cuando llegó la jirafa á Marsella se hallaba mal: declararon los sabios que estaba mareada, pero su guía meneó la cabeza, y explicó buena y sencillamente en etiope que lo que tomaban por mareo era el mal del país. Como los sabios no habían entendido una palabra de lo que había respondido el conductor de la jirafa, hicieron un gesto, inclinaron la cabeza, reflexionaron un instante, y respondieron que bien podría tener razón. Viendo el etiope que eran de su parecer, cogió el animal por su cuerda, y al medio día en punto, bajo un sol de treinta y cinco grados, costeando á la orilla del mar fué á internarse en las gargantas del monte Redon. Apenas la jirafa se encontró en medio de aquellas rocas áridas, desnudas, cuando levantó la cabeza, abrió sus narices, golpeó el suelo con el pie, y viendo saltar en derredor de ella una arena tan ardiente como la arena natal, se creyó trasladada al Darfourt ó al Kordofan; dió brin-

cos loca de alegría, arrancó la cuerda de las manos de su guía; saltó por encima de su cabeza, y desapareció detras de una roca.

El pobre etiope corrió apurado á Marsella. Esta vez al verlo solo los sabios comprendieron que volvía sin la jirafa. De aquí á la probabilidad de que la había perdido solo había un paso: la ciencia lo dió con toda su certidumbre ordinaria. Se llamó al comandante de los dos regimientos de la guarnición: los dos regimientos cercaron el monte Redon, y encontraron á la jirafa tendida cuan larga era sobre una hermosa arena africana que la había vuelto á la vida. La jirafa se encontraba demasiado bien para volver á dejarse coger sin tratar de huir, pero tenía que habérselas con un hábil estratégico; el coronel comandante de la expedición era de Gemennos; conocia en consecuencia todos los desfiladeros del monte Redon. Después de haber hecho prodigios de ligereza el pobre animal, encontrando por todas partes el pantalon encarnado, se vió obligado á dejarse coger. Entregóse con buena voluntad á su etiope, que la volvió á llevar en triunfo á Marsella.

Jamas había estado mejor; un día pasado en las arenas del monte Redon había bastado para volverle la salud.

Al volver el ángulo de una pared nos hallamos enfrente de la mar; desde entonces no vimos ya mas que á ella.

La playa del Prado es magnífica.

En cuanto á mí, yo no pude resistir; dejé á Méry encargarse del CLOVIS y la BONILLABESA en la *Muda de Portici*, y me metí en un barco.

Era un barco pescador que justamente iba á sacar sus redes; además del pasco tenía la pesca

Al echar el lance, el pescador me explicaba los nombres de todos aquellos cabos, de todos aquellos promontorios; nombres sonoros, tomados casi todos de la lengua jónica, y que á falta de crónica atestiguarían el origen de los antiguos poseedores de aquella tierra.

En el fondo del horizonte se alzaba sobre su roca en medio de la mar el faro de Planier. Mi pescador sin dejar de pescar, me contó que aquel faro acababa de presenciar hacia pocos meses un terrible suceso: un barco cargado de azúcar había echado ancla contra la roca que forma su base, se había abierto, y se había ido á pique: la tripulación se había salvado, pero todo el cargamento se había desecho.

—¡Diablo! respondí conmovido con la pérdida que habían tenido los armadores y el capitán; fué una gran desgracia.

—Sí, una gran desgracia, me respondió mi hombre. Imagínoslo, caballero, que durante mas de seis semanas á tres leguas á la redonda no se volvió á ver una merluza: parece que esos *animalitos* no pueden oler el agua con azúcar.

Para aquel buen hombre la pérdida del

azúcar no era nada sino hubiese alejado á las merluzas por seis semanas.

Afortunadamente, la primera redada que sacamos nos dió la prueba de que habian vuelto las merluzas: contenia tres, gruesas como nuestro muslo: las otras sacaron lobos de mar, salmones, pajeles, doradas, y habia hasta una langosta, que habia venido á comerse probablemente á los prisioneros, y que se encontraba muy espuesta por un cambio de fortuna á ser devorada con ellos.

Volvimos con nuestra pesca, que pasó inmediatamente desde el barco á la sarten. Despues Méry me presentó á Courty, el dueño del establecimiento suntuosamente llamada *la Muda de Portici*.

Parecia muy cortado Courty: habianle hablado de mi como de un esquisito gastrónomo, lo que me habia dado en su opinion otro relieve que si me hubiera presentado como el autor del ANTONI, ó del MONTE-CRISTO.

Courty era un cocinero artista, digno de ser colocado en un país mas conocedor de la ciencia profundizada por Brillat-Savarin, que ha nacido en Marsella: en Marsella, salvo alguna escepcion, no se siente la necesidad de comer: con tal que se llene el estómago, basta.

Courty se halla perdido en un mundo donde permanece desconocido, lo que no le impide buscar de tiempo en tiempo algun plato de su invencion. Bajo este aspecto es del parecer de Mr. de Henrion de Pansey, que decia, que el descubrimiento de un nuevo plato era mas útil á la humanidad que el descubrimiento de una nueva estrella: porque de estrellas, decia desdeñosamente Courty, siempre habrá bastantes para lo que de ellas hacemos. Esto es tanto mas cierto cuanto que hay muchas mas estrellas todavía en Marsella que en París.

Courty se escedió á sí mismo. Sentí no hallarme á la altura de la reputacion que de él me habian dado. Mis elogios le abrieron el corazon, y me contó sus penas. La *Muda de Portici* tiene cerca un desgraciado figon abierto al primero que llega, donde por lo barato del precio acude todo el mundo, y van hasta personas que no deberian ir.

Esto depende, tal vez, de que en Courty hay flores y sombra, cosa de que los marseleses no tienen costumbre.

En tanto que comiamos, un amigo de Méry vino á sentarse á nuestro lado, y á ofrecernos para la noche una *pesca al fuego*: era para nosotros una fortuna demasiado grande para que la rehusásemos. En el entretanto Méry solicitó permiso para mí, á fin de que visitase su casa edificada sobre un modelo tan antiguo, y sobre todo tan estraño, que están convencidos en Marsella de que como la de Nuestra Señora de Loreto ha atravesado el mar: así la llaman la *casa fenicia*. En efecto,

era una casa enteramente oriental, como aun se ven algunas en Florencia, con dos pisos llenos, y columnas que sostienen un techo que hace un doble terrado: debajo del techo, terrado por de dia; sobre el techo, terrado por la noche. La casita de Marsella tiene ademas de su base á la mitad de su altura un enverjado que le sirve de coraza verde en la primavera, encarnada en el otoño, y la mitad del año cargada de magníficos racimos. Despues de habernos hecho ver su casa Mr. Morel, nos presentó á su familia compuesta de tres ó cuatro muchachas, todas á cual mas bellas, y de otros tantos yernos, con doble número de nietos.

Todos vivian juntos en aquella casita fenicia, que me parece una de las mas felices casas de Marsella.

Y sin embargo, Mr. Morel iba á derribar aquella bonita casa para hacer construir una bastida como todas las bastidas, es decir, una casa cuadrada con agujeros hechos regularmente, que se tienen abiertos por el dia y cerrados por la noche, mientras que mi parecer seria todo lo contrario. Mr. Morel, con gran pesar de Méry, iba á llevar la piqueta sobre la pobre casa fenicia, cuando en un cofre viejo que no se habia abierto hacia doscientos años, una hija de Mr. Morel encontró un manuscrito antiguo escrito sobre pergamino con una forma de letra que ni monsieur Morel ni sus yernos pudieron comprender nada, siendo preciso enviar á buscar á Méry para que lo leyera.

Esperaba Mr. Morel que seria algun titulo de propiedad que fuese á duplicar su producto territorial: era simplemente una crónica del tiempo del Condestable, y relativa á la casa fenicia.

La casa fenicia habia hecho su papel durante el sitio de Marsella. Desde el momento en que la casa fenicia era una casa histórica no habia, como se comprende bien, medios de demolerla: así permaneció en pie con grande alegría de Méry.

Pedí á Morel el favor de leer aquella crónica, pero como era mas aficionado á la pesca que á la genealogia me dijo que me lo daria despues de la expedicion. En efecto, llegaba la noche con esa rapidéz peculiar á los climas meridionales, y apenas tuvimos el tiempo necesario para nuestros preparativos.

Cada cual se puso á la obra, hombres y mugeres, y yo como los demas. Me incomodaba mi vestido, y me trajeron una blusa de Mr. Morel. Hubiera podido meter en ella tambien á Méry conmigo. Pero Méry se habia ya alojado en su capa, y cuando Méry se aloja en su capa es inalojable.

Hacia las nueve de la noche estuvo todo listo. Uno de los yernos de Mr. Morel se encargó de atizar el fuego que ardia á la proa en un hornillo de hierro: otros tomaron tridentes para lancear el pescado, y se colocaron á ba-

bor y á estribor. Mr. Morel y yo hicimos otro tanto, porque apesar de mis reclamaciones me habian colocado en la parte activa. Méry se colocó á la popa en medio de las señoras, que añadian á su capa sus chalets y albornoces. Jadin con el lápiz en la mano, se sentó en uno de los banquillos con Milord entre las piernas; el hombre de las merluzas se colocó en el otro banquillo con un remo en cada mano. Courty, que debía quedarse en la orilla, impelió la barca, y toda la tripulacion se halló á flote.

En aquel momento tuvo una disputa terrible Jadin con Milord, que se habia empeñado absolutamente en ir á comerse el fuego. De aqui resultaron escandalosos ladrillos, que no estando en el programa de la pesca, durante la cual al contrario se debía guardar el mas profundo silencio, se terminaron por sordos gemidos que probaban que Jadin habia empleado con Milord los grandes recursos, es decir, el talon de sus botas.

Como este episodio no traia el pescado, dudamos por algun tiempo del buen éxito de nuestra pesca. No se presentaba ningun pescado, y sin embargo se veia á tres ó cuatro pies del agua el fondo del mar cual si se hallase separado de nosotros únicamente por una simple gasa. De pronto uno de los yernos de Mr. Morel picó su harpon, y lo sacó con una especie de serpiente que se enrollaba á la punta: era un congrio de tres ó cuatro pies de largo. Encontré muy feo al animal, y le propuse no sacar otro.

Probaba esto ademas, que entrábamos en los dominios habitados.

El fondo del mar, visto asi de noche al trémulo resplandor de un fuego de pinos, es una de las cosas mas curiosas que imaginar se puede. Hay como en tierra sus sitios cubiertos, y sus áridas arenas; sus algas sombrías donde los pescados se destacan cual si fuesen de oro ó de plata, y llanuras descubiertas donde bajan pesadamente cargados de su enorme bagaje los nautilus, los bernardos ermitaños, y los orsinos, dejando tras de si las huellas del camino que han recorrido. Despues si se presenta alguna roca, en medio de las almejas y de las ostras que han establecido alli su sedentario domicilio, se está seguro de ver algunos pólipos de grueso vientre, con ojos á flor de la cabeza, y largos brazos temblando cuya estremidad va á buscar la presa que su garganta abierta se apresta á tragar. Todo esto seguia sus instintos, su misteriosa y submarina vida, á la cual veniamos á causar tan gran turbacion con el hierro y el fuego.

Entre tanto el barco se iba llenando, monsieur Morel y sus yernos picaban á cual mejor, y me escitaban á hacer otro tanto: pero yo aguardaba á hacer una señal de cabeza para decir que estaba listo. En cuanto al barco, continuaba movido por el dulce movimiento

de los remos, bogando en un círculo de luz, donde de tiempo en tiempo entraban gruesas mariposas de noche que aturdidamente venian á dar contra nuestras cabezas. De repente vi pasar directamente á la punta de mi harpon una cosa que se parecia á una sarten: di con toda mi fuerza un golpe en medio del cuerpo del animal, saqué del agua una de las rayas mas soberbias: fui proclamado el rey de la pesca.

Como yo atribuia mas á la casualidad que á la destreza, el magnifico golpe que habia dado, declaré que no daria otro, y que me contentaba con él: pasé mi cetro á uno de los yernos de Mr. Morel, que hasta entonces habia estado cuidando del fuego, y me puse á hacer mis estudios de costumbres conchiológicos.

Preciso era para que yo las interrumpiese una decision de aquellas señoras, que á los gemidos que daba Milord declararon que el viento del mar comenzaba á parecer un poco fresco; en su consecuencia decidieron que fuese á continuarse el paseo sobre el Huveaume.

El Huveaume es un arroyo que se arroja en el mar, y que abusa de su posicion topográfica para tomar el nombre de rio; pero hay nobleza; y la nobleza, dice San Simon, nó es una razon para que se haga resueltamente como el Rodano ó el Danubio, y para que se crea éste igual.

Ademas, el Huveaume no creo yo que tiene estas altas pretensiones: imposible es ofrecer una desembocadura mas modesta, ni perderse mas silenciosamente que él lo hace en el Mediterráneo: es enteramente un rio de las Geórgicas, un rio á lo Theócrito y á lo Virgilio; un rio no para llevar barcos sino para mojar los pies de las ninfas.

Subimos, pues, bajo una bóveda de tamarindos de fantásticos troncos, y de retorcidas ramas, nuestro *Fiumecello*, cuyas dos orillas casi tocábamos con la punta de nuestros remos. Allí reconoci todo lo mal que habia hecho en burlarme del Huveaume sin conocerlo. En efecto, aquel arroyo corre con una tranquilidad y una quietud que da placer el verlo, y le creo en el fondo mucho mas feliz que el Mediterráneo.

Despues de una media hora de exploracion, el Huveaume dejó de guiarnos, á pretesto de que ya no era navegable. Nos fué forzoso, pues, volver á bajar á la mar; pero no llegamos hasta ella. En el ruido que hacia al estrellarse sus olas contra la playa, comprendimos que poco á poco iba preparándose una tempestad. En cuanto á nuestro rio, era superior á todas estas vicisitudes humanas: así nos dejó atraer tranquilamente á una de sus orillas, y bajar en medio de un lindo vergel, atravesando el cual volvimos á llegar á la casa fenicia. Como me habia prometido Mr. Morel, me entregó el manuscrito halla-

do por su hija en el viejo cofre de que hemos hablado: me concedió además el permiso de copiarlo, lo que he hecho con bastante placer para poderlo ofrecer á mis lectores.

Tal vez, cuando yo hubiese sido desechado cinco ó seis veces como individuo para entrar en la Academia francesa, le deberé el favor de ser recibido en la *Academia de instruccion y bellas letras*.

### LA CASA FENICIA.

Estamos á 2 de setiembre de 1524: Marsella se bate con el condestable de Borbon, ese ilustre loco que iba devastando la Europa para apurar su fastidio: es el dia 22 despues que se ha abierto la trinchera. Los nobles señores de Aix, y los nobles tenderos de Marsella, reunidos bajo los mismos bastiones, han jurado sepullarse en sus ruinas. El Condestable lanza á las murallas á sus italianos, á sus españoles, á sus lansquenetes. La torre de San Juan, la batería de Moulins, la torre de San Pablo encienden sus baterías, y arrojan lluvias de balas por encima de las murallas sobre las colinas del Lazareto, sobre el camino de Cannel donde flota la bandera del Condestable, y hasta el pic de la abadia de San Victor, donde el marqués de Pescara ha establecido su campamento. Una violenta tormenta de setiembre, estálla á la caída del dia: baja la noche con las mas profundas tinieblas: hace un tiempo como se requiere para empresas de amor y de guerra.

Así el capitán Carlos de Monteoux, á la cabeza de mil ciudadanos decididos, hace abrirse la *Puerta Royale* en el extremo de la calle de Fabres; porque quiere tentar una salida en los jardines y en los llanos de La Cannebiere. Dos heróicas amazonas le siguen: la una es la muger, la otra la sobrina de Carlos Laval: llevan á los arzones pistolas ricamente adamascadas, y lleva cada una en su blanca mano una espada tan bien trabajada que mas parece una alhaja que un arma.

Huia el enemigo en desórden en la direccion del camino de Auvagne, cuando la caballería española que guardaba aquellas avenidas cayó sobre los marseleses, y los obligó á volver á entrar en la ciudad. Para muchos de los marseleses quedó desgraciadamente cortada la retirada; llegaron demasiado tarde delante de la *Puerta Royale*: se hallaba ya cerrada, y el puente levadizo dejaba descubierta un ancho foso lleno de agua. Allí fueron cogidos algunos marseleses: aprovechándose

otros de la oscuridad, ganaron el campo. De este número era el jóven Victor Vivaux, hijo del general de la artillería, y las dos jóvenes de quienes hemos hablado, Gabriela y Clara de Laval. Amenazaba todo género de peligros á las dos amazonas en aquella noche, y al través de aquel ejército impío que mataba, destrozaba, deshonoraba por ganar el infierno, y que tres años mas tarde debía violar á Roma en medio del incendio, y sobre arroyos de sangre.

Gabriela, la muger de Carlos de Laval, tenia treinta y dos años. Sorprendida de improviso por la proposicion de una salida que habia hecho el capitán Carlos de Monteoux, y que ella habia aceptado; ella y su sobrina con la aventurera temeridad de que las mugeres dieron tantas pruebas en aquella época, no habia querido hacer aguardar al gefe de la espedicion, y habia salido vestida cual se hallaba, es decir, con una falda ancha de seda, con talle largo acuchillado en todos los pliegues, con un corsé de terciopelo que dibujaba exactamente las espaldas, y que terminaba en punta en el pecho; además, sobre la orilla superior del corsé llevaba un fruncido de encages altos que dejaba descubierta su cuello de cisne: el rostro que daba vida á aquel hermoso cuerpo y á aquellas ropas era un maravilloso tipo de distincion: era una frente pura y blanca cortada con admirables lineas: era una mirada dulce que brotaba de unos ojos de un admirable y brillante negro: era una boca admirable donde la sonrisa se abria como el capullo de una rosa: era un conjunto divino que habia sido legado á Marsella por los escultores de Mifilene y de Delos: aquella noble cabeza llevaba una flotante corona de cabello negro como el ébano: bajo ciertos rayos de luz parecian ocultar ardientes reflejos, cual la ola del mar en una sombría noche ostenta chispas de fuego en sus negros y movibles pliegues.

La jóven que la acompañaba, Clara de Laval, su sobrina, no tenia mas que veinte años. Increible parecería que á esta edad osase una muger desafiar los peligros de la guerra, si no se supiese que en esta época de turbaciones y revueltas civiles, la vida de los hombres y el honor de las mugeres estaba perpétuamente en juego, mostrando estas un carácter de enérgica resolucion. Además, la historia de Marsella existe para comprobarlo con gloria eterna del bello sexo, que fué tambien el sexo heróico.

Clara de Laval, vestida casi como su tia, hubiera sido tomada por hermana de Gabriela. Tenia cabellos rubios, ricamente prodigados sobre las sienas y sobre las espaldas; ojos druidicos, color de mar tempestuosa: un tinte en el rostro sonrosado, un encantador atractivo y magnético rostro; en fin, una gracia soberana en todos los movimientos de su cuerpo cuando andaba, y una encantadora vi-

veza en la punta de sus *brodequines* dorados como las sandalias de una odalisca: sentada y meditando tenía esa esquisita negligencia de las rubias, esa radiante tranquilidad que casi siempre es un volar en descanso.

Su solo compañero Victor Vivaux era un alto y apuesto mancebo de veinticuatro años, famoso por su galantería entre los más amables aficionados á las serenatas de la plaza de Lenche; un franco marsellés de la edad media, muy moreno, tostadas sus mejillas por el sol de los últimos meses en la esplanada de La Mayor.

Las dos amazonas y el joven oficial que les servía de guía, siguieron algunos pasos á galope en la dirección que habían tomado á través de las tierras: pero pronto hallaron el suelo tan cortado de cercas y fosos que sus caballos les fueron inútiles, y les sirvieron de embarazo; además, ora relinchando, ora pateando, podían descubrirlos. Echaron los tres fugitivos pie á tierra; dejaron sus monturas en un campo de cañamo, y continuaron su camino sin proferir una sola palabra; porque por todas partes alrededor de ellos se oía el rumor y la algazara de la soldadesca que anunciaba la presencia del enemigo. En fin, las dos mugeres, siguiendo siempre ciega-mente á su guía por veredas incultas, llegaron á las alturas que dominan el valle de Auriol: allí volvieron la espalda á la ciudad, é internándose en un laberinto de recodos y abismos llegaron sobre aquella arenosa playa que se dobla en arcos desde Rocca-blanca al monte Redon.

Todo el mundo sabe que aquella playa se parece en términos de equivocarse al terreno de una isla desierta, porque preocupado sin cesar de las probabilidades de la guerra, el marsellés no piensa en cultivar mas jardines que los que se estienden á la sombra de sus murallas. El Huvéaume en su embocadura forma una especie de lagunas por medio de las cuales corre al mar: algunas cabañas de pescadores se levantan solas á larga distancia sobre los guijarros del río: únicamente en medio de las aguas estancadas y el pequeño río, y á la estrechidad de una calzada natural de rocas frecuentemente cubiertas por las olas, aparece una casa de construcción aislada, que parece protestar contra la soledad, y recordar á los marinos bogando hácia Plainier, los tiempos antiguos en que aquella playa fué visitada por las galeras de Tiro y de Sidon (1).

Cuando alcanzaron los fugitivos aquella orilla, el mar se hallaba bastante tranquilo á pesar de la tempestad. Victor Vivaux se lan-

zó el primero sobre la calzada natural valiéndose de las ramas de un tamariz: y prestando el oído á los rumores nocturnos no oyó mas que el estertor de la tempestad agonizante, el ruido de los sauces y cañaverales, y hacía el Norte un rugido sordo, procedente sin duda, de la culebrina de San Pablo, que cantaba un duo con el rayo del cielo.

Bajóse entonces; alargó la mano á Gabriela, que en un momento auxiliada con su socorro se encontró á su lado en la calzada: despues á Clara con la que durante aquella fuga hubiera podido notarse que el joven tenía una atención y particular cuidado: despues viendo las dos mugeres cerca de él, y echando la vista al mar y á las lagunas, ahora, señoras, les dijo respirando con mas libertad, os permito hablar porque estamos en lugar seguro, y no hay soldados ni merodeadores en torno nuestro.

—Yo, dijo Gabriela con una carcajada, jamás perdonaré al señor Condestable el haberme tenido la boca cerrada durante dos horas mortales, tanto que ni aun he dirigido el menor saludo á la tempestad, que en cuanto he podido ocuparme de ella me ha parecido muy hermosa.

—¡Virgen Santísima del Carmen! exclamó Clara, ¿en qué país nos hallamos? ¿Estamos en tierra ó en mar?

—Tranquilizaos, señorita, dijo Victor; conozco bien estos parages.

—¿Conocéis este desierto salvaje, señor de Vivaux?

—Sin duda, y vais á conocerlo como yo, porque ya la luna separa sus nubes para veros pasar Mirad, señora, mirad; allá abajo en los tamarices hay una casa que conozco como la mía del Obispado: cien veces hemos venido á ella con el caballero de Beauregard, el capitán de la torre de San Juan.

—¿Y qué veniais á hacer aquí, caballero? dijo Gabriela acompañando esta pregunta con un tono medio burlon, mientras que Clara contemplaba al joven con cierta inquietud.

Comprendió el joven aquella mirada, y respondió sonriendo á las dos mugeres, aunque una sola era la que le habia preguntado:

—Veniamos á una cosa muy sencilla, señora: veniamos á ver un *Fustié* (fuego: era la misma pesca que acabamos de hacer). Esta casita pertenece al señor de Beauregard. ¿Qué distante está él de pensar que va á servirnos de asilo esta noche?

—¿Y si la puerta está cerrada? preguntó Gabriela.

—La echaremos abajo, respondió Victor.

—¡Oh! murmuró Clara, á quien esta manera de entrar en las casas parecia á pesar del peligro un poco descortés.

—¡Valganos la Virgen del Socorro! dijo Gabriela; me parece que veo relucir alguna cosa siniestra allá en lo alto.

(1) Todo el terreno que describe el cronista con una afectación sensible de actualidad es el mismo que está ocupado hoy por el famoso paseo del Prado, y por el establecimiento de la Muda de Portici; pero nosotros no nos dejamos engañar de este artificio para tratar de poner en presente lo que hubiera debido ponerse en pasado.

Y con la punta de la espada que aun no habia envainado, señalaba el camino del Norte.

Fijáronse las miradas en aquella direccion, y hubo un momento de silencio.

—¡Chitt! dijo Clara estremeciéndose.

—¿Qué hay? preguntó Victor colocándose instintivamente delante de la jóven.

—Oigo ruido, replicó Clara.

—¿Dónde? preguntó Victor, bajando la voz á cada pregunta.

—Allí, allí, cerca de nosotros, en esas algas negras, respondió Clara, tan bajito que para oirla Victor se vió obligado á aproximarse su megilla cerca de los labios de la jóven, y sintió su aliento.

Es el mar ó el viento, dijo la jóven permaneciendo un instante inclinada; el peligro no está ahí: está allí, añadió en voz bajo á su vez, enseñando el Huveaume.

En efecto, dijo Clara, cogiendo el brazo del jóven: mirad allí; allí, enfrente de nosotros.

Volvióse Victor al lado indicado; y en efecto, divisó una gran figura negra que se alzaba de entre los sauces del Huveaume, y se dirigía hácia la calzada.

—¡Silencio! dijo Victor.

Y dejó internarse á la aparicion sobre el estrecho dique: despues cuando solo se halló á algunos pasos de él se adelantó á su encuentro, espada en mano, mientras que las dos mugeres se aprestaban si hubiera habido necesidad á socorrer á su defensor.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? Preguntó el jóven poniendo su espada en el pecho del recién llegado, que en lugar de defenderse cayó humildemente á sus pies.

—¡Oh, señor marsellés! respondió el buen hombre, que en el acento de Victor habia reconocido un compatriota.

—¡Ah! dijo Victor, que acababa de hacer el mismo descubrimiento; parece que no tenemos que habérnoslas con un enemigo; pero no importa: cuando á estas horas se encuentra uno en este sitio, y en estos tiempos es preciso conocerse. Repetiré, pues, mi pregunta: ¿quién eres? ¿qué quieres?

—Soy el patron Bousquié, el pescador del señor de Beauregard, y voy á sacar las redes.

—¡Pardiez! verdad dices, dijo Victor: señoras, añadió volviéndose hácia ellas; no temais nada; estamos en pais amigo.

—¡Toma! ¡Es el señor Victor! dijo el pescador con una gran sonrisa: ¡y yo no le habia conocido! Buenas noches, señor Victor.

—Buenas noches, amigo.

—Pues no es poca fortuna el veros aquí cuando yo os creia detrás de las murallas de la ciudad ¿Es esta una partida como las.....

—¡Chitt! dijo Victor.

—Es que habeis escogido un tiempo muy plearo.

—¿Con qué dices que ibas á pescar? inter-

rumpió bruscamente el jóven, para quien el tono que habia tomado la conversacion, evidentemente iba siendo muy desagradable, y deseaba cortarla.

—¡Ay! si señor, voy á pescar, respondió el patron Bousquié con un gran suspiro.

—¿Qué tienes? preguntó Victor: antes esta ocupacion era una diversion para ti.

—Si señor, cuando pescaba para Mr. Beauregard; ó para vos cuando veniais con aquella chiquita.....

—¿Y ahora, para quién pescas.

—¿Para quién pescas? ¡Virgen Santísima! Pescas para esos miserables italianos que vienen á comer mi pescado, y que me lo pagan á palos.

—¿Cómo! ¿Los italianos vienen aquí? exclamó Victor.

—¿Qué si vienen!.... No fallan ni una noche en venir: dentro de una hora estarán aquí..... Mirad, no me habéis de ellos, señor Victor; son unos turcos, corsarios, sarracenos, que buscan gratis mugeres y bonillabesas: llevan consigo dos alemanes vestidos como sotas de baraja. Estos dos no han inventado la pólvora, pero no son mejores que ellos.

—Bueno, bastante has hablado, dijo Victor: buen patron Bousquié, aquí están estas señoras que necesitan descanso.... han dejado la suela de sus botitas en las rocas, y tienen lastimados sus lindos pies. ¿Tienes en tu cabaña una buena cama de algas secas para esas dos señoras?

—¡Oh! en mi cabaña, respondió el patron Bousquié, estarian muy mal esas dos señoras: eso seria bueno á lo mas para aquellas muchachas que.....

—¡Buéno! Pero entonces, interrumpió Victor, ¿dónde van á pasar la noche estas señoras?

—Si el mar no estuviere tan terrible os diria que donde estarian mejor seria en su casa. Entraríamos en mi barca, y como la mar está libre desde que la escuadra de Lafayette ha arrojado á ese condenado de Moncada, yo haria un esfuerzo para ponerlos dentro de una hora en la cadena del puerto.

—¡Y bien! dijo Gabriela, me parece un excelente medio. Entremos en la barca: somos valientes, y no tendremos miedo.

—¡Oh, no, señora, no! dijo el patron Bousquié meneando la cabeza; no, eso seria tentar á Dios.

—Pero la mar no está ahora muy agitada, murmuró Clara.

—Aquí, sin duda no; pero el mar, señoritas, sin comparacion, es como las mugeres: es preciso no juzgarlas por lo que nos enseñan. El mar aquí está bastante tranquilo, bastante bonachon; pero allá abajo, veis, mas allá de aquella roca donde nada le abriga, está hécho un diablo. No, no, señor Victor, creedme, mas vale aguardar.

—¿Pero dónde aguardar, si dices que en tu casa no estariamos en seguridad?

—Seguidme, dijo el patron Bousquié: yo voy á abriros la casa del señor de Beauregard; allí estareis mejor que en la mía. Si los italianos vienen, subid á medida que ellos suban al granero: allí encontrareis una escalar y una trampa: subireis sobre el techo, tirareis de la escalar, y si os persiguen hasta allí vendreis al último recurso, el de arrojaros de alto abajo de la casa, si no quereis ser cogido.

Las dos mugeres se apretaron las manos.

—Vamos, dijo entonces Victor Vivaux.

El pescador se puso á la cabeza de la columna, y los tres fugitivos le siguieron silenciosamente: despues al cabo de un instante pasaron por un enverjado de hojas marinas, y subieron los escalones de una escalinata: el patron Bousquié empujó una puerta, y la puerta se abrió.

—¡Diablo! dijo Victor, si la puerta no cierra mejor que esto, mejor hubiera sido llevarnos á otra parte.

—Atrancaremos por dentro, dijo Gabriela.

—Guardaos bien de ello, hermosa señora, respondió el pescador; eso seria denunciaros desde luego. No, no; tienen la costumbre de encontrar la puerta abierta; dejadla abierta; no verán mudanza, y tal vez no sospecharán nada. Creedme; haced lo que os digo.

—¿Con que creéis que vendrán? preguntó tímidamente Clara.

—Tal vez vendrán, tal vez no vendrán: esos diablos de italianos son caprichosos como ellos solos; nada se puede decir. En todo caso trataré de darles de cenar bien para retenerlos en la casa.

—Y para indemnizarte de la cena que les darás, dijo Victor poniéndole dos monedas de oro en la mano al patron Bousquié, toma.

—No habia necesidad de esto, señor Victor, me quitais el placer de serviros por el amor de Dios. Sin embargo, no quiero desairaros, porque no seria esto cortés.

—Bien, bien; métetelas en el bolsillo, y haznos bien la guardia.

—Sí, sí; pero sobre todo no cerreis la puerta. ¿Lo ois?

—No tengais cuidado.

—Entonces, Dios nos dé suerte. A propósito, señora, replicó el patron volviéndose hácia atrás: ¿Sabeis alguna oracioncita muy eficaz...? Yo no quiero tomarme la libertad de daros un consejo; pero ya comprendeis que no hay mal en darlo.

Despues, como asustado de su atrevimiento, el patron Bousquié hizo una última señal con la cabeza y con la mano, y se marchó rápidamente.

Habiéndose quedado solo Victor y sus dos compañeras, se orientaron á tientas con la

mano, porque no tenían que contar con los ojos en aquel cuarto bajo: encender una luz hubiera sido denunciarse. Asi fué, pues, necesario reconocerse á tientas. Buscando, oía Victor en el silencio palpar el corazon de sus dos compañeras, y le parecia reconocer los latidos del de Clara.

En fin, halló la escalera.

—Por aquí, dijo,

Las dos mugeres se unieron á él, guiándose por la voz: Victor alargó la mano, y cogió una mano trémula; por temor sin duda, aquella mano apretó la suya: Victor no tuvo necesidad de preguntar á quien pertenecia.

—Seguidme, señora, dijo volviéndose al lado donde parecia que podia encontrarse Gabriela: estamos al pie de la escalera.

—Subid entonces, yo me agarro al vestido de Clara, dijo Mad. de Laval.

—¿Qué buscais, tia? preguntó la jóven.

—Nada: mi pañuelo que he dejado caer.

—Bajaré ahora mismo á buscarlo, y lo recogeré, dijo Victor.

Entonces los tres subieron la escalera estrecha y sombría que conducia á los pisos superiores: despues buscaron á tientas la puerta de un cuarto, y entraron en el primero que encontraron con la intencion de aguardar allí que se tranquilizase el mar. No pudieron reparar si los muebles eran dignos de ellas, porque la oscuridad cubria las cuatro paredes; pero se admiraron de hallar debajo de la mano una cosa ligera y algo donada que servia para el mullido de un colchon.

—Victor, dijo Gabriela, si quereis bajar, trataremos de descansar aquí un instante.

—¿Velareis sobre nosotras, no es verdad? dijo Clara.

—¡Oh! contad conmigo, señoritas, respondió Victor. Jamás centinela alguno, os respondo, habrá sido mas fiel á su puesto como yo lo seré.

—Y tratad de encontrar mi pañuelo que podria vendernos.

—Ya voy; respondió Victor; y se le oyó bajar la escalera.

El jóven buscó durante un cuarto de hora, pero no halló nada.

Durante este tiempo las dos mugeres se quitaban sus vestidos, con los que era imposible acostarse.

—Comprendeis, tia, dijo Clara, con cuanta inquietud deberá estar Mr. de Laval á estas horas.

—¡Bah! respondió Gabriela: esos son los accidentes de la guerra. Mr. de Laval nos cree muertas; pero como está de guardia en la torre de San Pablo no tiene tiempo de llorarnos. Quisiera tener un espejo.

—Un espejo, tia... ¿Para qué?

—Para arreglarme mis cabellos, que deben estar en un estado abominable.

—Pero aun cuando tuviérais un espejo, él me parece que en la oscuridad en que nos hallamos no os serviría de gran cosa.

—¡Bah! abriendo esta ventana, es tan hermosa la luna que vería á ella como de día. Empújate un poco las persianas, Clara.

—Tia, esto es una imprudencia.

—No, no; para ver únicamente que todo está tranquilo.

Obedeció Clara, y un rayo de claridad nocturna iluminó la estancia, dejando ver la encantadora cabeza de la joven de pie en la ventana. Hubiérase creído ver á Anfitrite, la rubia reina de la mar, echando una mirada de amor sobre la belleza salvaje de sus dominios.

En este tiempo Gabriela había encontrado el mueble que deseaba, y colocada un poco detrás de Clara, pero en dirección del mismo rayo, se arreglaba sus cabellos.

—Ya está, dijo despues de un instante: ahora echémonos sobre esta cama. Recitaremos las letanias de la Virgen, y el *sub tuum* antes de dormirnos. Yo diré los versículos, y tú responderas los *ora pro nobis*. ¿No está bien?

—Si, tia, si; respondió Clara retrocediendo un poco, sin quitarse sin embargo de la ventana. Pero esto me parece.....

—¿Qué te parece? preguntó Gabriela.

—Ver hombres que se acercan siguiendo el camino que hemos seguido. Los oigo, tia, los oigo.

—¡Bah! dijo Gabriela, es el viento que sopla entre los tamarices.

—No, tia, ahí están; los veo: son cinco..... seis..... siete.....

Gabriela dió un salto desde la cama en donde iba á descansar á la ventana, y apoyando sus manos sobre las espaldas de Clara se levantó de puntillas, y miró por encima de su cabeza.

—¿Veis? dijo Clara conteniendo su respiración.

—Si; los veo ....

Los hombres hablaron algunas palabras entre sí.

—Son italianos, dijo Gabriela.

—¡Dios mio, Dios mio! estamos perdidas, murmuró Clara juntando sus manos.

Tres golpecitos dados á la puerta del cuarto hicieron en aquel momento estremecer á las dos mugeres: despues oyeron una voz que decía: soy yo, no tengais miedo: es Victor Vivaux.

Gabriela corrió á la puerta, y la abrió.

—Que, ¿vienen? preguntó él.

—Vienen por nuestro lado.

—¿El enemigo?

—Tengo miedo. ¿Qué hacer?

—Seguir el consejo del patron Bousquié: subir mas alto; buscadme buen escondite, y no os inquieteis por mí: por lejos que parezca estar de vosotras, no os perderé de vista.

Y sin aguardar la respuesta de las dos mugeres, se arrojó á meter en lo oscuro de la escalera.

—¡Clara! dijo Gabriela.

—Aquí estoy, tia.

—Ven.....

Al decir estas palabras la cogió de la mano, y la sacó fuera del cuarto.

Subieron al piso superior donde permanecieron atisvando con el cuello estendido sobre la rampa de la escalera.

Pero entre la verja y la escalinata, dos hombres que parecían los gefes de una banda de merodeadores hablaban alto y sin cuidarse de nada; de modo que se hacian oír por todas partes con el silencio de la noche.

—Te digo, Tadeo, decía el uno, que los he visto pasar como sombras; qué he medido sus pies sobre la arena. Son unos piececitos como mis dedos, delgados como mi lengua; y además ¿qué decís de este fleco de botita que hemos hallado en la colina? Tadeo, aquí huele á carne fresca.

—Comienzo á creer que tienes razon, respondió el otro.

—¡Por Bacco! Ya lo creo que tengo razon. Ves tú, y hemos perdido su pista á veinte pasos de aquí, allá abajo donde comienzan los gujarros. Si las diosas no toman un baño en estas lagunas, duermen detrás de aquella puerta.... Bien: ¿dónde está mi lansquenete? Cornelio, adelante; adelante te digo. ¿Qué diablos estás haciendo ahí? Te se abre la boca á las estrellas: escucha; pasa debajo de ese arco, tudesco; guarda la casa del otro lado para cortar la retirada; y por San Pedro, que no se nos escaparán mis hermosas señoras.

—¿Qué es esto? dijo Tadeo alzando del suelo el pañuelo que Gabriela creía haber dejado caer en el cuarto bajo, y que no había dejado caer sino al pie de la escalinata.

—¡Vive Dios! camarada, respondió Gerónimo, cogiéndolo de las manos de su compañero: es un *fazzoletto* bordado todo, y perfumado de esencia de rosa, lo cual no tiene trazas de salir del bolsillo de un pescador. No se cogen peces con estas redes.

—Subamos, Gerónimo, subamos. Y vosotros camaradas. Chit! .....

El resto de la tropa se aproximó.

—Venid aquí, y quedaos ahí. Bien; ahora juicio; y os daremos las criadas, si las hay.

—No, no; todos subimos: aquí no hay aristocracias, todos somos iguales. Además, cuantos mas subamos, mas completa será la visita. Únicamente el otro alemán..... ¡Eh! Mi lansquenete, Forster.... aquí! Sentaos en el escalón á caballo, y con el puñal en la mano. Esas diosas tienen consigo un caballero, porque hemos visto estampadas las huellas de sus pies en la arena: para las mugeres todas las consideraciones del mundo: una bala de plomo para el caballero. ¿Lo oyes, alemánito? Esa es la consigna.

—*La men heer*, respondió el lansquenete, poniéndose á caballo sobre la barandilla en el punto mismo en que se habia colocado su comandante.

Entonces Gerónimo abrió la puerta: segun la recomendacion del patron Bousquié, no estaba cerrada.

—Esto está mas oscuro que boca de lobo, dijo uno de los italianos; ¿no tiene vd. yescas, Tadeo?

—¿Voy yo nunca sin ellas? respondió el soldado.

En el mismo instante se vieron saltar las chispas del pedernal, se encendió la yesca y sucedió un ligero resplandor como el de una pajuela: bastó á Gerónimo para descubrir una linterna en un rincón del vestibulo.

—Ya tenemos luz, dijo; hay un Dios que protege á las gentes honradas. Enciende.

Tadeo no se lo hizo repetir dos veces. Los italianos levantaron la linterna iluminando todo el vestibulo; pero los merodeadores no vieron mas que las redes amontonadas en las paredes.

—Son las redes de nuestro padre putativo, dijo Tadeo, es preciso respetarlas: con ellas nos hace vivir.

—¡Lo qué es la calumnia! respondió Gerónimo; hay gentes que dicen que nada respetamos: lenguas de vibora. Amigos no tocar á nada, subir, que Borbon no gastá bromas con los bienes del prójimo.

—¿Las mugeres no lo son? preguntó Tadeo. —El decreto no habla mas que de mieses, muebles y animales: ya ves que eso no concierne á las mugeres.

—Entonces subamos al primer piso, dijo Tadeo, ya veis que aquí nada tenemos que hacer.

Siguió la banda el consejo é invadió el cuarto del que acababan de salir las dos mugeres.

—¡Oh, oh! exclamó Gerónimo, el nido ha quedado, pero los pájaros han volado. Aquí hay vestidos de princesas ¡Diablo! si yo fuese cardenal me haria una dalmática con ellos. Querido, mira que terciopelos y dime que tal estaria yo dentro de ellos. ¡Oh! solo con tocarlos se me enciende la sangre.

—Por de pronto agarremos esto, es cosa que tiene valor.

—Atencion, aqui hay dos escarcelas..... ¡oro!.... .. Esto es tan nuestro como Marsella es del Condestable; mañana haremos las particiones.

—Gerónimo, la cama no está deshecha, nuestros pájaros no han hecho mas que cambiar de vestido y se han escurrido. Toca, toca la cama, está tiesa y fria como el mármol.

—¡Pues á la caza, á la caza! gritó Gerónimo; los encontraremos aunque las defienda el mismo diablo.

Al decir estas palabras se lanzaron á subir la escalera.

Gabriela y Clara no habian perdido ni una sola palabra de esta horrible escena. Al oír las últimas palabras sintieron un mútuo estremecimiento y sus cabellos se estremecieron hasta en sus raíces. Emperó no habia tiempo que perder: lanzáronse hácia el ángulo en donde estaba la escalera de madera que conducia á la trampa del techo: subieron la escalera, levantaron la trampa, se lanzaron sobre la plataforma, subieron la escalera, y dejaron volver á caer la trampa. El techo se hallaba rodeado de un pequeño parapeto ó barandilla, á escepcion de la fachada del Mediodía, por la cual, gracias á una ligera inclinacion de las tejas se vertian las aguas lloviznas. Las dos mugeres se estrecharon la una contra la otra en un ángulo.

Pocos instantes despues un gran estruendo de voces que oyeron bajo sus pies las hizo conocer que la banda habia llegado al cuarto de la escala, y que su destino se decidia en aquel momento. Las dos lo comprendieron sin hablarse, sus labios se aproximaron y reunieron en un beso radiante, y con los brazos entrelazados y los ojos en la trampa se adelantaron rápidamente hasta la orilla de las tejas. Con los ojos clavados sobre la trampa aguardaban verla levantarse, y en este caso extremo habian tomado su resolucion: se precipitaban desde el techo sobre las losas del pórtico. Larga fué la agonía: las tejas crugian bajo sus pies, y mas de una vez, por efecto de una convulsion, las dos mugeres se sentian atraidas hácia el precipicio por una mano invisible. Así suspendidas, inmóviles sobre el sepulcro parecian las estatuas del pudor y de la desesperacion, alzadas sobre las ruinas de una ciudad tomada por asalto.

Sin embargo, el rumor de las voces inferiores se apagó, la escalera retumbó bajo pesados pasos: un poco de esperanza cruzó por el pensamiento de los dos jóvenes, cuyos ojos se levantaron al cielo con una infinita gratitud: despues Gabriela levantó la trampa con precaucion y oyó distintamente las lamentaciones de la banda: fueron seguidas del rechinar de la puerta que volvía á cerrarse. Poco despues un paso ligero se sintió en la escalera y se oyó una voz tímida que con un acento de desesperacion creciente llamaba al través de las tablas. Era la voz de Victor Vieux.

Volvióse á abrir la trampa, se colocó de nuevo la escalera; Victor arrojó un grito de alegría y puso su pie sobre el primer pedáneo.

—Aquí estamos, Victor, dijo bajo Gabriela. —Entonces venid, venid pronto, respondió Victor. Un minuto de retardo es la muerte.

Bajaron las dos mugeres la escalera con maravillosa agilidad; pero llegados al vestibulo oyeron á los soldados que creían lejos, que hablaban detenidos en los escalones del pórtico. Victor empujó á las dos mugeres en-

tre los espesos montones de redes que se hallaban colgados en las paredes, y allí se enterró con ellas prestando atento oído, porque un rumor mal interpretado podía ser la muerte de todos tres.

—¡Y bien, capitán! decía Forster ¿con qué ha sido inútil la visita?

—Sí, sí, respondió Gerónimo.

—¿Habeis buscado bien por todos lados?

—No hemos dejado ni una piedra por registrar. Y tú, ¿has visto algo?

—Nada.

—Baja te relevaré de la guardia.

—Gracias, dijo Forster saltando pausadamente en tierra; no me pesa porque el puesto no era bueno.

—¿Qué dices?

—Digo, capitán, que cuando os divertais en pasearos por el tejado os ruego que no me pongais de guardia debajo de la gotera.

—¿Y por qué?

—Porque cuando llueven tejas y no hay paraguas no es sano.

—¿Cómo! ¿ha caído una teja sobre tu cabeza, dices?

—¿Una? ya serán mas de diez; pero yo allí, firme en mi puesto: aun cuando hubiera caído el tejado entero, no me hubiera movido.

—¡Amigo, exclamó Gerónimo, están en el tejado! lansquenete, hijo mio, si hubieses dicho verdad habrá diez monedas de oro para ti.

—¡Al tejado, al tejado! gritaron todos los soldados.

—Vamos, camaradas, ya sabeis el camino, exclamó Gerónimo: los que quieran vengan conmigo.... Cornelius, Forster venid, venid también y olfatead como buenos podencos. ...

Y la banda, llena de una nueva esperanza volvió á entrar en el vestibulo y se lanzó por la escalera. Oyóseles alejarse hasta los pasos pesados de los dos alemanes que cerraban la marcha.

—Ahora, dijo Victor, no hay un momento que perder; valor y estamos salvados.

Y al mismo tiempo salió él primero de debajo de las redes, y cogiendo á las dos mugeres por la mano se lanzó con ellas fuera de la casa: en todo esto la banda se hallaba sobre el tejado.

—¡Capitán! ¡capitán! gritó Forster, ¡mirad que se escapan! allí.... allí.... allí.... tened cuidado.... *der Terfell*....

Un gran grito, un grito terrible, uno de esos gritos de muerte que atraviesan el espacio cuando un alma conoce que va á salir violentamente del cuerpo, siguió á este juramento. Los tres fugitivos quedaron como clavados en su sitio: vieron una masa que pasaba en el vacío y oyeron el ruido de un cuerpo que caía sobre el suelo.

—Es el capitán, dijo Victor con una voz estremeceida de horror: se habrá acercado demasiado al alero del tejado y se le habrán escurrido los pies.

—¡Capitán!.... ¡capitán!... gritaron muchas voces.

Pero nadie respondió; ni un grito.... ni un lamento....

—Está muerto, dijo Victor: ¡Dios le haya perdonado! Pensemos en nosotros.

Y cogiendo á las dos mugeres cada una por la mano corrió con ellas hácia la orilla del mar.

Había una barca sobre la playa; los fugitivos se aproximaron á ella. Aunque el tiempo estaba oscuro el mar se hallaba tranquilo.

—Empujemos esta barca al mar, dijo Victor; Dios no nos ha salvado tan milagrosamente para abandonarnos en este momento.

—¿Sois vos, señor Victor? dijo una voz que salía de la lancha, mientras que una cabeza se levantaba y apenas sobresalía del borde de la barca

—Estamos en salvo, dijo Victor, es el patrón Bousquié.

—¿Y la mar? preguntó Gabriela.

—Tranquila como leche, dijo el patrón Bousquié; justamente tenemos el viento necesario para no hacer uso de los remos.

—Subid, subid, dijo Victor.

Las dos mugeres saltaron al bote.

El patrón Bousquié se echó al mar y se lanzó detrás de los fugitivos. Victor tenia ya los remos.

—¡Nada de remos! ¡nada de remos! dijo el patrón Bousquié; los remos hacen ruido. La vela al viento; ¡y que Dios nos ayude! ¿Dónde quereis ir, señorito Victor?

—Derecho á la cadena del puerto, derecho á la torre de San Juan.

—Bien, bien; dijo el patrón; agarrad el timon: cuando yo diga *estribor* dirigis á la izquierda; cuando diga *babor* á la derecha. ¿Lo entendéis?

—Sí.

—Pues adelante, y que Dios nos ampare.

Y como si no hubiese aguardado mas que el permiso de su amo, la chalupa se deslizó suavemente sobre el mar. El patrón Bousquié habia dicho bien: la brisa los favorecia como si los hubiese conocido: al poner la vela, negra como las olas é invisible en la oscuridad, se hinchó á mas no poder. Al cabo de media hora la barca tocaba en la cadena, y Victor se hacia reconocer por el guarda de la bateria de á flor de agua. En aquel momento un solemne silencio se mecía sobre la ciudad sitiada: solo los centinelas velaban sobre la muralla ó delante de sus tiendas; los dos ejércitos tomaban descanso á fin de reparar las fatigas de la víspera, y buscando en el sueño nuevas fuerzas para la batalla del dia siguiente.

El dia treinta y nueve de sitio, Marsella era la ciudad de las angustias, porque una ancha brecha estaba con la boca abierta desde la base de la torre de San Pablo, hasta el primer arco del acueducto de la puerta de

Aix. El Condestable disponia el último y mas formidable de sus asaltos. Preciso era un milagro para salvar á Marsella: porque sus defensores quebrantados por una resistencia demasiado larga, buscaban en un esfuerzo supremo lo que no podian encontrar en sus desfallecidos brazos. Entonces fué cuando en medio de los bastiones inflamados y arruinándose, apareció un nuevo ejército en socorro de la ciudad, ¡un ejército de mugeres! Gabriela de Laval mandaba aquellas nuevas amazonas del nuevo Thermodon, y Clara su sobrina llevaba la bandera de la ciudad griega.

A aquella vista lanzaron los sitiados un grito de resurreccion que espantó á los españoles y los lansquenets sobre las alturas del Lazareto y de San Victor: despues, cuando se dió el asalto, el Condestable encontró toda la ciudad sobre la brecha: jóvenes, mugeres y niños; una muralla humana cubrió las ruinas de los bastiones, y Marsella dijo victoriosamente á su enemigo como Dios al mar: «de aquí no pasarás, no iras mas lejos.»

Quince dias despues se celebraba en la Casa Fenicia el matrimonio de Victor Vivaux y de Clara Laval. El patron Bousquié no pidió por recompensa mas que una invitacion para la boda. En cuanto al señor de Beauregard juró no tocar nunca á una sola piedra de la antigua casa, y legarla á sus nietos con su barniz secular, su doble techo, su columnata, su emverjado de hoja, tal, en fin, cual se levanta en medio del cañaveral, como una insignia milagrosa para salvar dos mugeres heroicas en la mas terrible de las noches. Además, hubiérase podido creer que todo lo que habia sucedido no era mas que un sueño si no hubiera quedado en medio del tejado un ligero vacío, en el sitio en que las tejas habian caído con el capitán Gerónimo.

Ahora, si se quieren saber mas particularidades sobre esta crónica que he sabido de la Casa Fenicia por la demolicion de que se habia amenazada, diré que tengo mis sospechas de que mi amigo Méry sea el autor de ella, y la haya introducido furtivamente por una vulgar astucia en el viejo arcon de monsieur Morel.

## LA CAZA DE LAS ORTEGAS.

Hay en Marsella una tradicion antigua y solenne; esta tradicion que se pierde en la noche de los tiempos es, que por allí hacen un paso las palomas silvestres.

Todo marsellés de sus antiguas franqui-

cias municipales no ha conservado, como los agua-mortanos, mas que el derecho de llevar un fusil ó una escopeta; todo marsellés es cazador.

En el Norte, pais de actividad, el cazador corre detras de la caza, y con tal que llegue á alcanzarla no cree que el trabajo que se ha tomado le haga perder su consideracion en la opinion de sus compatriotas.

En el Mediodia, pais de indolencia, el cazador aguarda á la caza: en el Mediodia la caza debe venir á encontrar al hombre: ¿no es el hombre el rey de la creacion?

De aqui la fabulosa tradicion del pájaro y las palomas.

El cazador marsellés es cazador de *tollo*.

Espliquemos lo que es un tolo.

El tolo es un estrecho agujero abierto en el suelo, cubierto con una porcion de hojas secas y ramas cortadas. A los dos lados de esta cabaña hay dos ó tres pinos en cuyas puntas se coloca la tercera vertical; con estos palos se forma la armazon del tolo ó cabaña.

Todos los domingos por la mañana el cazador marsellés viene antes de amanecer á colocarse en su madriguera arreglando las ramas del árbol, de manera, que la cabeza no salga de la tierra. Llevan generalmente cubierta la cabeza con una gorrilla verde ajada, que forma bastante armonia con el color de las hojas secas. El cazador marsellés es, pues, invisible á todos los ojos, excepto al ojo del Señor. Pero el cazador que es sibarita tiene en el fondo de su agujero un taburete para sentarse: si es un cazador rústico, un cazador de los de pelo en pecho, se pone generalmente de rodillas.

Es paciente, porque es eterno; *paliens quia eternus*.

El cazador marsellés aguarda, pues, con paciencia.

Pero me dirán: ¿qué es lo que aguarda?

En tiempo ordinario, el cazador marsellés aguarda el tordo, el zorzal, el mirlo, el hortolano, el papafigo y la chocha, ó cualquier otro volátil, porque en su ambicion jamás se ha elevado hasta la codorniz.

En cuanto á la perdiz, eso es para ellos como su fénix; cree en ella porque ha oido decir que hay una en el mundo que renace de sus cenizas, que se ve de tiempo en tiempo antes ó despues de las grandes catástrofes para anunciar la cólera ó la clemencia de Dios; y nada mas. No hablemos de la liebre. Está reconocido en Marsella que la liebre es un animal fabuloso del género del unicornio; pero como el tordo, el mirlo, el hortolano, el papafigo, la chocha no tiene ningun motivo para venir á colocarse de su propio motu sobre los pinos en donde les aguarda, el cazador marsellés se hace por lo general acompañar un pilluelo que lleva muchas jaulas, en las que hay encerrados algunos de

estos pájaros que hemos nombrado: estos pájaros inocentemente comprados en la puerta, son indiferentemente de uno ú otro sexo; los machos destinados á llamar á las hembras, y las hembras á llamar á los machos.

Cuelgan las jaulas en las ramas bajas de los pinos: los pájaros prisioneros pian á los pájaros libres. Los desgraciados volátiles engañados por la llamada de sus compañeros, vienen entonces á colocarse en las ramas situadas horizontalmente. Preciso es creer que esto sucede rara vez.

Aquí es donde los aguarda el cazador. Si es diestro, los mata: si es torpe yerra el tiro, y generalmente el cazador marsellés es torpe. La destreza es un negocio de costumbre.

Ved aquí el cálculo hecho por Méry.

El cazador marsellés viene á su puesto cada ocho dias.

Un dia entre cada ocho, viene un pájaro á colocarse sobre las ramas atraídas por el cimbel.

De ocho pájaros mata uno.

Resulta que comprendida la compra del terreno, compra de escopeta, compra de pájaros, y conservacion del puesto, cada pájaro le viene á costar de quinientos á seiscientos francos.

Pero tambien el dia en que un cazador marsellés ha matado un pájaro, es grande en su familia, como Nemrod delante de Dios.

En tiempo extraordinario, es decir, en el tiempo del paso de los pichones silvestres, el cazador viene buenamente á su tolo ó puesto con un pichon doméstico.

Este pichon está atado en una cuerdecita al palo perpendicular, de modo que está siempre obligado á revolotear. La punta de la viga termina como un pararrayos, y la cuerda á que está atado es corta, para que el infeliz cautivo pueda descapsar en la viga horizontal. Este eterno vuelo está destinado, como el iman, á atraer á todos lo suyos mas ó menos numerosos que pueden pasar yendo del Africa á Kamtchatka.

Si pasan los palomos, estos se acostumbra á esta estratagema; pero no hay memoria desde el tiempo de los focenses, de que el cazador marsellés confiese con ingenuidad que ha visto un palomo.

Esto no impide que afirmen que pasan.

Al cuarto domingo, el pichon doméstico muere tísico.

Como el paso de los pichones silvestres dure tres meses, es decir, desde 4.º de octubre hasta fin de diciembre, le cuesta al aficionado tres pichones mas.

Agregad á esto que durante todo este tiempo el cazador no mate tampoco otro pájaro, porque el pichon doméstico les causa un miedo terrible.

El cazador marsellés pasa asi en su huera seis ú ocho horas, es decir desde las cuatro de la mañana hasta el mediodia: los hay

tan furiosos y decididos, que se llevan su almuerzo y su comida, y no vuelven á su casa si no justamente á la hora de jugar un partido de lotería. La lotería termina admirablemente un dia, comenzado por la *caza del tolo*.

Pregunté á Méry si no podria proporcionarme el conocimiento de alguno de estos cazadores: me parecia una especie particular, un tipo curioso digno de observarse. Me prometió Méry aprovechar la primera ocasion que se presentase.

Me fueron dadas todas estas esplicaciones mientras íbamos subiendo á Nuestra Señora de la Guardia. Desde su altura se descubre á Marsella y sus alrededores en un espacio de una legua cuadrada. Conté casi ciento cincuenta puestos de caza ó tollos.

Durante una hora que gasté en subir á Nuestra Señora de la Guardia, tres cuartos de hora que tarde en bajar, cinco cuartos de hora que permaneci allí, en todo unas tres horas, oi dos tiros. Esto comprobaba el cálculo de Méry.

No me distrajeron, pues, de mis investigaciones religiosas y arqueológicas. Nuestra Señora de la Guardia es á la vez un fuerte y una iglesia.

El fuerte se halla en el mayor desprecio entre los ingenieros.

La iglesia es de la mayor veneracion entre los marineros.

De este fuerte es de quien Chapelle y Bachaumont han dicho:

Gobierno bueno y sencillo  
al que basta para guarda,  
de alcázar de tanto brillo,  
una pintada alabarda  
en la puerta del castillo.

Lo que prueba que el templo y el fuerte de Nuestra Señora de la Guardia, se ha guardado casi solo, á menos que este epigrama no haya sido hecho mas que contra el gobernador del castillo en atencion á que en aquella época el gobernador era el señor Scudéri, hermano de la décima musa: por que en todo tiempo, como lo hace observar muy juiciosamente este gracioso marqués en anuencia con su compañero, como que tiene mas talento él solo que todas las gentes, en todos tiempos, repito, ha habido en Francia una décima musa.

Resulta del descrédito en que ha caido este fuerte, y de la veneracion en que ha quedado la iglesia, que hoy no tiene mas que virgenes por obras avanzadas, y penitentes por guarnicion. Verdad es que si nos referimos á la cantidad de *ex-votos* y *milagros* colgados en la capilla, pocas virgenes hay tan milagrosas como Nuestra Señora de la Guardia. Así es que á ella se dirigen durante la tempestad todos los marinos provenzales, y en llegando el buen tiempo, según la tempestad ha sido mas ó menos terrible, y ha tenido el que ha

hecho el voto mas ó menos miedo, el peregrino le lleva con los pies descalzos, ó andando sobre las rodillas el ex-voto que le ha prometido. Unas veces hecho el voto se cumple religiosamente: no hay ejemplo de marinero por pobre que sea, que haya faltado á su promesa: lo único que tal vez se permite es, cuando no ha designado positivamente la materia, dar plomo por plata, y cobre por oro.

Un vigía colocado en lo mas alto de la fortaleza hace sena de todos los navíos que llegan á Marsella.

Desde lo alto de la montaña de Nuestra Señora de la Guardia, se descubre, como hemos dicho, á Marsella y sus alrededores.

Desde allí se ven en su incalculable multiplicidad esos millares de bastidas ó casas de campo, que hacen una ciudad desparramada alrededor de la ciudad compacta.

Consiste esto en que cada habitante de Marsella posee su bastida: muchos no tienen casa en la ciudad, y tienen una casa de campo. Como generalmente cada uno hace su expedición á pie, elige para su bastida el punto mas inmediato á la puerta por donde sale: resultando de aquí que todas las bastidas están al alcance de sus propietarios, aunque es preciso que se estrechen un poco, como lo hacen. Nada es menos exigente que una bastida; una bastida no exige ni patio ni jardín. Hay bastidas que tienen un árbol para cuatro propietarios, y estas no son las mas infelices.

Bajamos de Nuestra Señora de la Guardia al puerto de los Catalanes. El puerto de los Catalanes es una de las cosas curiosas de Marsella.

Vino un dia una colonia misteriosa á establecerse sobre una lengua de tierra deshabitada alrededor de un pequeño puerto donde podian abrigarse barcos menores: pidió al ayuntamiento de Marsella establecer allí un puerto, y en aquel promontorio su poblacion: el ayuntamiento concedió su peticion á aquellos gitanos de la mar.

Desde aquel tiempo están allí, habitando casas estrañamente construidas; hablando una lengua desconocida; casándose entre sí, y sacando todas las tardes sus pequeños barcos sobre la playa, como marineros del tiempo de Virgilio.

Sin embargo, hace un siglo ó dos, se va disminuyendo todos los años la pequeña colonia: dentro de medio siglo tal vez habrá desaparecido, como desaparece todo lo que es estraño y pintoresco: que la cosa sea superior ó inferior á ella, nuestra bienaventurada civilizacion tiene horror á todo lo que no está á su nivel: la civilizacion mata á los pobres catalanes.

Nos separamos dándonos cita para la noche en el teatro. Despues del teatro debíamos ir á cenar á casa de Sybillot. Méry se separó de nosotros para encargar la cena, y buscar-me un cazador de follo.

Llegué al teatro á la hora convenida, y encontré á Jadin y á Méry que me aguardaba con otros tres ó cuatro convidados. Mi primera pregunta á Méry fué si me habia encontrado el cazador que me habia prometido.

—Si, me respondió; y famoso.

—¿Estais seguro de que no se nos escapará?

—No hay cuidado: le he dicho que habeis cazado leones en Argel, y tigres en las Pampas.

—¿Dónde está?

—Allí: miradle en la orquesta.

—¿El tercer contrabajo?

—No, el cuarto: allí, allí.

—Perfectamente.

—El es.

—¡Cosa mas admirable!

—¿No tiene traza de cazador, no es verdad?

—No, á fe mía.

—Pues bien, ya me contareis prodigios de él.

Tranquilizado con esta promesa, atendí á la funcion.

El teatro de Marsella no es ni mejor ni peor que los demas. Se representa en él la comedia un poco mejor que en Tours; la ópera un poco menos mal que en Lion; los melodramas casi como en todos los teatros.

Habia aquella noche entrada completa. Una compañía italiana que se encontraba en Niza habia pasado una mañana el Var, y habia venido á cantar la música de Rosini á Marsella donde habia hecho furor. Porque hablan provenzal los marselleses, se figuran que les gusta la música italiana.

Como yo no soy un melómano frenético, y el miedo de perder algunas notas no es bastante poderoso para distraerme de mis eternas investigaciones, alcé los ojos encima de la araña para buscar el famoso techo de *Réatu*, de que tanto habia oido hablar. Representa á Apolo y á las Musas echando flores al Tiempo. A pesar de lo antiguo del asunto merece verdaderamente la reputacion que tiene, y es una de las cosas que deben verse en Marsella.

Únicamente daré á mis amigos el consejo de que no vayan á verlo en dias de ópera. Concluida la *SEMIRAMIS*, porque nada menos que la *Semiramis* se representaba, Méry hizo una sena de inteligencia al cuarto contrabajo que le respondió por un signo amistoso. El gesto de Méry queria decir: os aguardamos en la fonda de Sybillot: el signo del contrabajo significaba: en cuanto lleve mi viola á casa, antes de cinco minutos me reunen con vosotros. Dos sordo-mudos no se hubieran dicho mas cosas en menos tiempo.

En efecto, apenas nos hallamos en casa de Sybillot cuando llegó nuestro cazador. Méry nos presentó el uno al otro, y despues nos pusimos á la mesa.

Durante la cena cada cual hizo lo posible para darse á conocer: cada cual contó muchas

cosas; y solo el señor de Louët no contó nada: parece que nada da tanto apetito como menear una mano horizontalmente, y otra verticalmente en el violon; pero escuchó todo; no perdió ni una dentellada, ni una palabra, aprobando únicamente con la cabeza las proezas que nosotros habíamos hecho, y acompañando su aprobacion con una especie de ganguero cuando la anécdota le parecia muy interesante. Quejámonos con los ojos á Méry de aquel silencio; pero Méry nos hacia señas de que diéramos tiempo al apetito para satisfacerse; que cada cosa vendria á su sazón, y que no perderíamos nada con aguardar.

En efecto, á los postres Mr. Louët exhaló una especie de exclamacion que casi queria decir:—A fé mia que he cenado bien.—Méry vió que habia llegado el momento: pidió un bol de ponche y cigarros. A doscientas leguas de Paris, el ponche es todavía el acompañamiento obligado del postre en una cena de hombres.

El señor Louët se arrellanó sobre su silla; nos miró á todos uno á uno, como si nos viese por la primera vez, acompañando esta inspeccion con una benévola sonrisa. Despues con aquel dulce suspiro de satisfaccion que da un gloton harto, dijo:

—A fé mia, que he cenado bien.

—Señor Louët, vaya un cigarro, le dijo Méry: esto es excelente para la digestion.

—Gracias, ilustre poeta, respondió monsieur Louët: nunca fumo; únicamente tomaré un vasito de ponche, con permiso de estos caballeros.

—¿Cómo? Si lo he hecho traer espresamente para vos.

—Sois muy buenos, caballeros.

—¿Pues qué no fumais? señor Louët....

—No, no fumo nunca; en mi tiempo no se fumaba todavía, señores. Son los cosacos los que han traído esto con sus botas: yo jamás me he quitado los zapatos, y he permanecido siempre fiel á mi caja de tabaco. ¡Eh! yo soy muy amigo de las cosas de mi nacion.

Y á estas palabras sacó Mr. Louët de su bolsillo una caja de tabaco en miniatura, y la alargó hácia nosotros. Rebusamos todos tomar un polvo, á escepcion de Méry, que queriendo lisonjear á Louët le atacaba por su flaco.

—Excelente es vuestro tabaco, señor Louët; no debe ser del estanco.

—Si, señor, solamente que yo me lo arreglo. Es un secreto que me ha dado un cardenal cuando yo estuve en Roma.

—¿Con qué habeis estado en Roma? pregunté yo á Louët.

—Si, señor; he permanecido allí diez y nueve ó veinte años.

—Señor Louët, replicó Méry, yo decia que pues que no fumais podiais contar á estos señores vuestra caza de ortegas.

—¿Qué es una ortega? pregunté yo.

—¿Una ortega! me dijo Méry. ¿No conocéis la ortega? Decidle lo que es, señor Louët. No conoce la ortega, y se tiene por cazador. La ortega, amigo mio, es un pájaro agural; es el *rara avis* del satírico latino.

—Es un ave grande, continuó el señor Louët, pero excelente para asar.

—Pues entonces contadme vuestra caza de ortegas.

—No deseo mas que daros gusto, dijo graciosamente Mr. Louët.

—¡Atencion, señores! dijo Méry; vais á oír una de las cazas mas extraordinarias que se han verificado desde Nemrod hasta nuestros dias. Yo la he oído contar veinte veces, y siempre me gusta volverla á oír. Vaya un segundo vasito de ponche; y ahora comenzad, que todos os oimos sin chistar.

—Sabeis, caballeros, dijo Mr. Louët, que todo marsellés ha nacido cazador.

—Si, ¡vive Dios! si, interrumpió Méry echando una bocanada de humo: es un fenómeno fisiológico que jamás he podido esplicarme; pero que no por eso es menos cierto. Los designios de Dios son impenetrables.

—Desgraciada, ó felizmente, tal vez, porque es incontestable que su presencia está colocada entre los azotes de la humanidad: desgraciada ó felizmente, pues, continuó el señor Louët, no tenemos sobre el territorio de Marsella ni leones, ni tigres, pero tenemos el paso de los palomos.

—¡Eh! ¿Qué tal? dijo Méry. ¿Cuando yo os lo decia?..... No hay quien se lo quite de la cabeza.

—Pero es un hecho indudable, replicó monsieur Louët, verdaderamente picado, indudable. Decid lo que querais; el paso de los palomos se ha verificado. Además, nos habeis prestado el otro dia un libro de Cooper, en donde está comprobado el paso de los pichones: *los peoneros*.

—¡Ah! si; comprendo, en América.

—Pues bien, si pasan por América ¿por qué no habian de pasar por Marsella? Los buques que van de Alejandria y de Constantinopla á América, tambien pasan por aquí.

—Exactamente, respondió Méry aturrido con la observacion. Nada tengo que oponer. ¿Cómo no habia yo caído en esto? Dadme la mau, señor Louët: jamás volveré á contradeciros sobre este punto.

—Caballeros, la discusion es libre.

—Es verdad; pero yo la cierro. Continúad, señor Louët.

—Decia pues, que á falta de leones y de tigres tenemos el paso de los palomos. El señor Louët se detuvo un instante para ver si volvía Méry á contradecirle.

Méry hizo una señal de aprobacion con la cabeza y dijo:

—Es verdad; han pasado los palomos.

Satisfecho con esta concesion, Louët continuó:

—Comprendeis que un cazador no deja pasar una época como esta sin ir á ponerse todas las mañanas de espera en su puesto ó tolo. Digo todas las mañanas, porque no estando ocupado en el teatro si no por la noche, afortunadamente tengo todas las mañanas libres. Pues señor, era en 1810 ó 1811; tenia yo entonces treinta y cinco años, lo que quiere decir que era un poco mas listo que ahora; aunque, gracias á Dios, como lo veis, estoy muy bueno: tengo muy buena salud.

Hicimos una señal de aprobacion.

—Estaba una mañana en mi tolo antes de amanecer, como de costumbre. Habia atado á uno de los palos, como cimbel mi pichon casero, que se agitaba como un diablo, cuando me pareció ver arrojada de las estrellas alguna cosa que se posaba sobre uno de los palos del tolo. Desgraciadamente no habia bastante claridad para que yo distinguiese si era un murciélago grande, ó un pájaro. Me estuve quieto; el animal hizo otro tanto; y aguardé preparado á todo evento á que saliese el sol.

A sus primeros rayos reconocí que era un pájaro. Saqué poquito á poquito mi escopeta del tolo; me la eché á la cara, y cuando le hice la punteria.....solté el gatillo.

Caballeros, habia tenido la imprudencia de no descargar mi escopeta, cargada desde la víspera: mi escopeta alargó el tiro.

No importa: vi en la manera con que el pájaro habia volado qua le habia tocado algo. Le seguí con la vista hasta que se paró. Despues volvi los ojos hácia mi tolo: caballeros, una cosa admirable, habia cortado el bramante de mi palomo, y mi palomo se habia largado. Comprendi bien que este dia no teniendo cimbel perdería mi tiempo en el tolo: me decidí, pues, á ponerme á seguir á mi ortega. Porque habia olvidado deciros que aquel pájaro era una ortega.

Desgraciadamente no tenia perro. En la caza de espera y en el tolo el perro es un animal, no solamente inútil, sino insoportable. No teniendo, pues, perro, no podia contar con que este me la levantase. Me fué, pues, preciso á mi mismo agitar las matas: la ortega habia corrido á pie: iba detras de mí cuando yo la creía delante. Volvi al ruido de sus alas, y la encajé un tiro al vuelo: tiro perdido, como comprendeis bien; sin embargo, vi volar algunas plumas.

—¿Visteis volar plumas? dijo Méry.

—Sí, señor; y encontré una que me puse en el ojal.

—Pues si visteis volar plumas, replicó Méry, es señal que habiais tocado á la ortega.

—Esa fué mi opinion tambien. No la habia perdido de vista, y me lancé en su persecu-

cion: pero ya comprendeis, el animal se hallaba con cuidado, y voló fuera de alcance. Sin embargo, la encajé otro tiro: un perdigon; ¿quién sabe? No se sabe dónde va un perdigon.

—Un perdigon no basta para una ortega, dijo Méry meneando la cabeza: la ortega es muy dura de matar.

—Es verdad, caballero, porque yo habia tocado á la mia á los dos primeros tiros, estoy cierto, y sin embargo, echó otra tercera volada de cerca de un cuarto de legua: pero es igual: desde el momento en que se parase habia jurado alcanzarla: me puse á seguirla. ¡Bribona! Parece que sabia con quién se las habia. Marchaba cincuenta ó sesenta pasos: no importa; yo siempre fuego y fuego. Estaba echo un tigre: si lá llego á coger, la hubiera devorado viva.

Con esto comenzaba á tener mucha hambre. Felizmente yo habia contado con permanecer todo el dia en el tolo, y habia llevado mi desayuno y mi comida en el morral.... me la fui comiendo andando.

—Perdonadme, dijo Méry interrumpiendo á Louët, voy á haceros una simple observacion de localidad: aqui tenéis, mi querido Dumas, la diferencia entre los cazadores del Norte y los del Mediodía, que resulta, como habeis podido observar, en las propias palabras del señor Louët: el cazador del Norte lleva su morral vacío y lo trae lleno: el cazador del Mediodía lleva su morral lleno y lo trae vacío. Ahora podeis continuar vuestra relacion: he dicho.

Y Méry se puso á saborear deliciosamente la punta de su cigarro.

—¿En dónde estaba? preguntó Louët, á quien la interlocucion de Méry habia hecho perder el hilo de su discurso.

—Estábais pasando montes y llanos en persecucion de la ortega.

—Es verdad, caballero. ¡No era sangre, era vitriolo lo que corria por mis venas! Nosotros, cabezas fogosas, nos ponemos furiosos con la irritacion: yo no podia estar mas irritado. Pero la maldita ortega, caballeros, estaba embrujada: parecia el pájaro del príncipe Caramalzaman de las Mil y una noche! Dejé á la derecha á Cassis y La Ciotat; entré en la gran llanura que se estiende de Ligne á San Cir. Hacía quince horas que andaba sin pararme, tan pronto á derecha, tan pronto á izquierda, porque si hubiese sido en una sola linea hubiese pasado de Tolon: no podia tenerme sobre las piernas. El diablo de la ortega no se presentaba: en fin, vi llegar la noche; me quedaba media hora para alcanzar mi infernal pájaro. Hice voto á Nuestra Señora de la Guardia de colgar en su capilla una ortega de plata si llegaba á alcanzar á la mia. ¡Pecador de mí! A pretexto de que yo no soy mariner, la Virgen hizo como que no me oia... La noche se hallaba encima: envié á mi or-

tega un último tiro desesperado! Debí de haber oído silbar los perdigones, caballeros, porque esta vez dió tal vuelo que por mas que traté de seguirla con la vista la vi fundirse y perderse en el crepúsculo: habia tomado la direccion de lá aldea de San Cyr: ya no era cosa de pensar en volver á Marsella: me decidí, pues, á hacer noche en San Cyr. Afortunadamente aquella noche no habia teatro. Llegué á la fonda del Aguila negra muerto de hambre, y dije al fondista, antiguo conocido mio, que me preparase cena y cama: despues le conté mi aventura. Hizome explicar bien donde habia perdido de vista á mi ortega: indíqueselo lo mejor que pude: reflexionó un instante, y despues:

—Vuestra ortega debe estar en las zarzas á la derecha del camino, me dijo.

—Precisamente esclamé yo; allí es donde la he perdido.... Si hubiese luna yo os llevaria.

—Sí, si; allí suelen meterse las ortegas, lo sé bien.

—¿De veras?

—Mañana al amanecer, si quereis, tomaré mi perro, é iremos á levantarla.

—¡Pardiez! Ya se ve que lo quiero.... No se ha de decir que un miserable volátil se burle de mí. ¿Y creeis que la encontraremos?

—De seguro.

—Esto me va á hacer pasar buena noche. No vayais á ir sin mí al menos.

—No faltaba mas.

—Como yo no queria que me sucediese lo mismo al dia siguiente, descargué y limpié mi escopeta. Estaba puerca, caballeros; no podeis formaros una idea: el hecho es que yo habia tirado unos cincuenta tiros durante el dia, es que si el plomo creciese ya se veria un buen reguero desde Marsella á San Cyr.

Tomada esta precaucion puse el cañon en la chimenea para que se secase bien durante la noche. Cené; me acosté y dormí á puño cerrado hasta las cinco de la mañana: á las cinco de la mañana entró el fondista á despertarme.

Como yo contaba con volver á Marsella por el mismo camino por donde habia ido, tomé desde la vispera la precaucion de proveer mi morral con los restos de mi cena: tenia derecho á ello pues que la habia pagado. Echeme el morral á la espalda; bajé; preparé mi escopeta: saqué mi polvorera para cargarla, ¡y estaba vacía!

Afortunadamente el fondista tenia municiones. Entre cazadores, ya lo sabeis, caballeros, la pólvora y los perdigones se ofrecen y se aceptan mutuamente. Mi fondista me ofreció su pólvora; la acepté; cargné y atacné bien mi escopeta. Debía haber visto que en el grano de aquella maldita pólvora habia alguna cosa; no hice atencion; y nos echamos á andar el fondista, yo, y Soliman:

su perro se llamaba Soliman. Y el vuestro, señor Jadin ¿cómo se llama?

—Se llama Milord, respondió Jadin.

—Bonito nombre, prosiguió Louët inclinándose; pero el perro de mi fondista no se llamaba Milord, se llamaba Soliman. ¡Vaya un perro famoso! Apenas estábamos cerca de las zarzas cuando se plantó olfateando la caza.

—Abi está la ortega, me dijo el fondista.

En efecto, me acerqué, miré delante del perro, y ví á mi ortega, caballeros, á tres pasos de mí. La apunté:

—Qué vais á hacerla trizas.... eso es un asesinato.... sin contar con que podriais dar una perdigonada á mi perro.

—Justo, respondí. Y me eche diez pasos atrás. Soliman se hallaba clavado en tierra, caballeros: parecia el perro de Céfalo. El perro de Céfalo fué convertido en piedra, como saben estos caballeros.

—No; yo no lo sabia, respondí sonriendo.

—Pues sí, señor; aquel animal tuvo esa desgracia.

—¡Pobrecito! dijo Méry.

—Soliman era una maravilla; todavía estaria allí parado si su amo no le hubiese gritado: ¡cógelo, cógelo!

A esta palabra.... se lanza: la ortega se echa á volar: yo la encajo un tiro como jamás se habia tirado á ninguna ortega: la tenia allí.... á la puntita de mi escopeta.... sale el tiro; pólvora averiada, caballeros, pólvora averiada; nada.

—Bueno, bueno, me dijo mi fondista; si no haceis mas que esto ya podreis llegar hasta Roma.

—¿A Roma? dije: ¡bien! Aun cuando debiese seguirla hasta Roma la seguiria: ¡siempre he tenido gana de ir á Roma! ¡siempre he tenido gana de ver al papa!... ¿Quién puede impedirme ver al papa? ¿Sois vos?... Me hallaba furioso. Si me hubiese respondido la menor cosa, creo que le hubiera roto la cabeza con la escopeta. Pero en lugar de eso: —¡Ah! me dijo; sois muy dueño de ir á donde os dé la gana: buen viage... ¿Quereis que os dé mi perro? Me lo devolvereis cuando volvais...

No era cosa de rehusar, ya lo comprendeis, un perro tan bueno que ojeaba tan bien. —Sí, le contesté. Entonces llamadle... ¡Soliman, Soliman! vas á acompañar al señor...

Todo el mundo sabe que un perro de caza sigue al primer cazador que encuentra. Así Soliman me siguió. Echamos á andar: aquel animal era el instituto en persona. Figuraos; habia visto donde se habia parado la ortega, y fué derecho encima: por mas que yo miré, no vi nada. ¡Esta vez, aun cuando la hubiera debido hacer polvo, no la hubiera perdonado! En tanto que yo buscaba encorvado, tomó el vuelo el diablo de la ortega... le largo mis dos tiros... ¡Pan, pan!... pólvora averiada, señores, pólvora averiada... Soliman me miró con

na aire que queria decir: ¿qué es esto?... La mirada de aquel perro me humilló. Le respondí como si hubiera podido entenderme: no os nada, no es nada: vas á ver... Caballeros, diríase que me comprendía. Se puso á olfatear aquel animal: al cabo de diez minutos se paró, era mi ortega... Fui de puntillas á colocarme cerca del perro; ¡cuando me saltó materialmente de entre las piernas la ortega! Ya no pude contenerme: la tiré un tiro demasiado cerca, y otro demasiado lejos: en el primero pasó la carga al lado de la ortega; en el segundo abrió mucho, y la ortega pasó por entre ella. Entonces me sucedió una de esas cosas... una de esas cosas que yo no debiera repetir si no fuese un hombre de mucha verdad... aquel perro que estaba lleno de inteligencia, aquel perro me miró un instante con aire burlon: luego, habiéndose venido cerca de mí, mientras volvía á cargar mi escopeta, levantó la pata, caballeros, se meó sobre mis botines, y tomó el camino por donde había venido. Comprendéis, señores, que si hubiese sido un hombre el que me hubiera hecho semejante insulto, ó yo le hubiera arrancado á él la vida, ó él á mí la mía; pero ¿qué queréis que se diga á un animal á quien Dios no ha dotado de razon?...

—Caballero, dijo Jadin, os ruego que creais que Milord es incapaz de cometer semejante incongruencia.

—Lo creo, señor, lo creo, respondió Louët, pero Soliman me hizo á mí esa incongruencia; porque vos habeis dicho la palabra con que debe calificarse: yo no la habia encontrado. Como comprendeis bien, esto aumentó mi furor. Me propuse que cuando hubiese matado á la ortega se la habia de restregar por las narices. Desde aquel momento comprendéis que quedó olvidado el camino de Marsella. De parada en parada llegué, ¡adivinais á dónde llegué, señores? Llegué á Hieres. Jamás habia visto á Hieres: la conocí por sus naranjos. Adoro las naranjas: resolví hartarme de ellas; además tenia necesidad de refrescarme, comprendéis que una correría semejante acalora. Me hallaba á catorce leguas de Marsella; se necesitaba dos dias enteros para volver; pero hacia mucho tiempo que tenia deseo de ir á Hieres á comer naranjas en el mismo árbol. Eché á todos los diablos mi ortega, porque comenzaba á creer que aquel miserable pájaro estaba encantado. Le habia visto pasar por encima de las murallas de la ciudad, y bajarse en un jardín. Facilito es encontrar una ortega en un jardín, y sin perro; es como si dijérais encontrar un alfiler en un pajar. Entré, pues, suspirando en un hotel; pedí de cenar, y el permiso de ir á comer naranjas al jardín, por supuesto poniéndomelas á la cuenta: me concedieron el permiso.

Hallábase menos cansado que la víspera, señores: lo que prueba que se acostumbra

uno á andar: así bajó inmediatamente al jardín. Era en el mes de octubre, la verdadera época de las naranjas. Figuraos doscientos naranjos, el jardín de las Hespérides, menos el dragon: no tuye mas que alargar la mano, y coger naranjas mas gruesas que la cabeza. Mordí la cáscara, como un normando una manzana, cuando de pronto oigo: ¡pi, pi, pi, piiii....!

—Es el canto de la ortega, como si lo viéseis, dijo Mery cogiendo otro cigarro del plato.

—Me acurruqué, señores, clavé mis ojos en el rayo de luz que venia de la grande Osa, y entre mí y la grande Osa, encima de un laurel divisé mi ortega colocada á quince pasos.... Alargué la mano para buscar mi escopeta: la maldita escopeta estaba en la chimenea de la cocina. Yo la veía allí desde donde estaba, allí en un rincón, sin hacer nada: apunté á la ortega con mis dos dedos, y decia: ¡Ah maldita, maldita.... qué suerte tienes!.... Si.... canta, canta... Si yo tuviese mi escopeta, ya te baria cantar yo....

—Pues, ¿por qué no ibais á buscarla? le pregunté yo....

—Sí; para que se largase entre tanto; para que tomase su vuelo hácia regiones desconocidas. No, no; habia formado otro plan. Yo me decia, atended á mi raciocinio: yo he encargado la cena: mas temprano ó mas tarde estará lista: entonces vendrá el posadero á buscarme: sabe ese hombre que estoy en su jardín: y yo le digo: amigo mio, hacedme el favor de ir á buscar mi escopeta. ¿Comprendéis?

—¡Hum, hum! dijo Méry, profundo pensamiento.

—Permaneci, pues, acurrucado con los ojos fijos sobre mi ortega. Cantaba, se espulgaba; hacia su tocador. De pronto oigo pasos detrás de mí: hago señas con la mano para recomendar el silencio:

—¡Ah! perdonad: ¿os incomoda? dijo el posadero

—No, no, le respondí; venid aquí únicamente.

Se acercó:

—Mirad, mirad allí, en aquella direccion.

—¿Y qué? Es una ortega, me dijo.

—¡Chit! Id á buscarme mi escopeta.

—¿Para qué?

—Id á buscarme mi escopeta.

—¿Queréis matar ese pájaro?

—Es mi enemigo personal.

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

—No, no; es demasiado tarde.

—¿Por qué es demasiado tarde?

—¡Oh! Hay una multa de tres francos y dos dias de cárcel cuando se dispara en lo interior de la ciudad un tiro pasadas las oraciones.

—Iré á la cárcel, pagaré los tres francos de multa. Id á buscarme mi escopeta.

—Si: ¡para que me declaren cómplice! No, señor, no, señor; mañana será de día.

—Pero mañana, ¡infeliz! exclamé yo mas alto de lo que permitia la prudencia, mañana no le encontraré.

—Y bien, y bien: encontrareis otro.

—¡Si es este el que yo quiero! ¡Si no quiero otro! ¿No sabeis que le estoy persiguiendo desde Marsella á ese maldito? ¿Que quiero tenerlo, vivo ó muerto, para desplumarlo; para comerlo; para... id, id á buscarme mi escopeta.

—Os he dicho que no: gracias; no tengo ganas de ir á la cárcel con vos.

—Pues bien, iré á buscarla yo mismo.

—Id; pero no respondo que encuentreis despues la ortega.

—¿Seriais capaz de hacerla volar? le dije al posadero agarrándole del cuello.

—¡Prrrrrrnnnn! hizo el posadero.

Le eché la mano á la boca.

—Y bien: ¡no, le dije; no! id á buscarme mi escopeta; os doy palabra de honor de que no dispararé antes de que toquen las Ave-marias; palabra de honor á fê de hombre honrado. ¿Estais contento? Id á buscarme la escopeta; pasaré aqui la noche: despues mañana en cuanto suenen las Ave-marias, ¡pand! la mató.

—¡Quiáaa! palabra de cazador; hagamos otra cosa mejor.

—¿Qué hemos de hacer? Pero mirad; me está insultando. Decid pronto que hemos de hacer.

—Permaneced aqui, pues que tal es vuestro deseo: aqui se os traerá la cena: nada faltará: despues de la cena, si quereis dormir tenéis cespèd.

—¡Dormir! ¡Ah! ¡Bien me conocéis! No cerraré el ojo en toda la noche. ¡Para qué se largue mientras duerma!.... ¿Y mañana?

—Y mañana, en cuanto suenen las Ave-marias; os traigo vuestra escopeta.

—Posadero, abusais de mi posición.

—¿Qué quereis? Tomarlo, ó dejarlo.

—¿No quereis ir á buscar mi escopeta? Esto es hecho: una, dos, tres....

—No.

—Pues entonces, id á buscarme la cena, y haced el menor ruido posible para traerla.

—¡Oh! no hay peligro; cuando no se ha largado ya con el ruido que hemos hecho, ya no se va. Miradla; ya se acuesta.

En efecto, señores, el animal dobló el pico entre las alas; porque no ignorareis que este es el modo de dormir de casi todos los volátiles.

—Si, sé eso.

—Tenia el pico debajo de las alas, es decir, no podia verme: tanto que si en lugar de estar á quince pies de altura hubiera estado á mi alcance, yo hubiera podido aproximarme

á cogerla como cojo este vaso de ponche: desgraciadamente estaba demasiado alto: en su consecuencia me senté y aguardé á mi huésped. Me cumplió la palabra, porque preciso es decirlo, era todo un hombre honrado. Su vino era bueno; no tan bueno como el que me han dado estos señores esta noche, y su confortable cena; no hay comparacion con la nuestra: la nuestra es una cena del rey Baltasar, y la suya era buenamente una cena de posada.

Le hicimos un saludo en señal de agradecimiento.

—¡Qué criatura tan débil es el hombre, caballeros! Apenas hube cenado, cuando senti que me venia sueño. Cerráronse mis ojos, á mi pesar: volví á abrirlos: me los estregué: me pellizqué en las piernas: me mordí el dedo meñique: inútil, caballeros; estaba embrutecido; me dormí como un cachorro.

Sonaba que el árbol sobre el que se hallaba mi ortega se iba entrando en la tierra como los árboles del teatro de Marsella.

¿Habeis estado en el teatro de Marsella? Tiene una maquinaria perfecta. El otro dia se representaba *el monstruo de Babilonia*: Aniel hácia el papel de *monstruo*. Habeis debido conocer á Mr. Aniel.

Hice señas de que tenia esa dicha.

—Yo tenia que hablarle: inmediatamente que bajaron el telon me lancé sobre el teatro. Señores, no reparé en una trampa por la que se habia hundido.

¡Pataplan! me hundo por la misma trampa. Me creí pulverizado: afortunadamente abajo habia colechones: el maquinista venia á quitarlos justamente entonces: me vió desparrado en el aire.

—¿No es al señor Aniel al que buscáis? me dijo: hace un instante que ha pasado por aqui, pero debe estar en su cuarto.

Yo le dije: —Gracias, amigo.

Y subo á su cuarto: alli estaba efectivamente.

Esto es solo para deciros cuán buena es la maquinaria del teatro de Marsella.

Sonaba, pues, que el árbol sobre el que estaba posada mi ortega, iba entrándose en tierra, de manera que yo cogia aquel miserable pájaro con la mano. Esto me hizo tal efecto que me desperté.

La ortega estaba siempre en su mismo sitio.

Esta vez no me volví á dormir: oí sonar las dos, las tres, las cuatro.

Apareció la aurora. Se despertó la ortega: me hallaba en brasas: en fin, oigo el tañido de la campana de las Ave-marias; ya no respiraba.

El posadero me cumplió su palabra. A la mitad de las Ave-marias apareció con mi escopeta: alargó el brazo sin perder de vista á mi pájaro y haciendo con la mano señas al posadero de que se despachase. Pero

no me entregó la escopeta hasta que sonó la última campanada.

En el momento que me dió la escopeta, señores, la ortega dió un chillido, y tomó vuelo.

Yo me agarré á la pared; subí encima; hubiera subido sobre el campanario de la catedral: se marchó á un campo de cañamo. Aquel animal no se había desayunado, caballeros, y hablaba en él la naturaleza.

Salté al otro lado de la pared, tirando al posadero un duro por su cena, y me eché á correr hácia el campo de los cañamones. Tan preocupado me hallaba con mi ortega, que no vi al guarda del campo que me seguía; de modo que en el momento en que me hallaba en medio del sembrado, y en que iba á hacerla levantar, sentí que me agarraban del cuello. Me vuelvo, y era el guarda!

—Daos preso en nombre de la ley, me dijo; y vais á venir conmigo en casa del alcalde.

En aquel momento se largó la ortega.

Si hubiera tenido en derredor mio un regimiento de granaderos, lo hubiera atravesado á paso de carga para seguir mi ortega. Di un empujon y derribé al guarda, y me lancé fuera de aquel inhospitalario suelo.

Afortunadamente el pájaro había echado una gran volada, de modo que me encontré lejos de mi antagonista. Cuando llegué al punto donde había hecho descanso, me hallaba de tal modo sofocado con lo que había corrido, que jamás pude encontrarla al alcance de mi escopeta; pero le dije: deuda diferida no está perdida. Y volví á ponerme á perseguirla.

Señores, todo el día caminé. Esta vez no tenía nada en mi morral, comía-frutas silvestres, bebía agua en los torrentes: el sudor chorreaba por mi frente; estaba horroso.

Llegué así á la orilla de un arroyo sin agua.

—Era el Var, dijo Méry.

—Justamente, caballero, era el Var. Le atravesé sabiendo que hollaba un suelo extranjero. Pero no importa: veía á mi ortega dar saltitos á doscientos pasos delante de mí, sobre un terreno donde no había ni un árbol, ni una caña donde pudiera ocultarse. Me aproximé pasito á pasito, apuntándola de diez en diez pasos. Hallábame á tres tiros, cuando de repente un milano de milano que andaba dando vueltas encima de mi cabeza, se deja caer como una piedra, agarra mi ortega, desaparece con ella.

Anonadado me quedé, caballeros. Entonces sentí todos mis dolores. Tenía cubierto el cuerpo de llagas que me había hecho con los espinos del camino: mis intestinos se hallaban trastornados con el alimento que había querido darme en cambio. Caí en la orilla del camino.

Pasó un aldeano.

—Amigo, le dije, ¿hay alguna ciudad, aldeá ó cabaña en los alrededores?

—Signor, sí, me respondió, *ce la città di Nizza un miglia avanti*.

—Me hallaba en Italia, caballeros, y no sabía una palabra de italiano; y todo esto por una maldita ortega.

No había mas que dos partidos que tomar. Me levanté como pude, me apoyé en mi escopeta como en un baston: tardé hora y media en andar aquella milla. No me hallaba sostenido mas que por la esperanza, caballeros: me había abandonado la esperanza, y sentía toda mi debilidad.

En fin, entré en la ciudad: pedí al primero que encontré las señas de una buena posada, porque ya lo comprendéis, tenía necesidad de reponerme. Afortunadamente aquel á quien me dirigí hablaba el mas puro francés: me indicó el hotel de York: era el mejor hotel.

Pedí un cuarto para uno, y cena para cuatro.

—¿Aguarda el señor á tres amigos suyos? me preguntó el mozo.

—Haced lo que os mando, le respondí. Salió el mozo.

Eché entonces mano al bolsillo, para ver con qué suma podía contar despues de cenar, porque creía que jamás me vería harto. Señores, saqué mi mano con un frio sudor: creí que me iba á desmayar.

¡Se hallaba roto mi bolsillo, señores! Como estábamos al principio del mes, y acababa de cobrar mi paga, había tomado algunos napoleones sobre mi mes: el peso había agujerado la tela de mis faltriqueras, y los había sembrado con los perdigones por el camino de Hieres á Niza: busqué y rebusqué en todos mis bolsillos, señores: ni un óbolo. No hubiera tenido con que pagar el paso del Estigio.

Mi cena, encargada para cuatro se presentó á mi imaginacion, y sentí erizárseme los cabellos en la cabeza. Corro á la campanilla, y me cuelgo de ella.

El mozo creyó que me degollaban, vino corriendo.

—Mozo, le dije, ¿habeis encargado la cena?

—Sí, señor.

—Pues desencargadla entonces; desencargadla al instante mismo.

—¿Y los amigos del señor?

—Acaban de gritarme por la ventana que no tienen hambre.

—Pero eso no impide que cene el señor.

—Comprended, le dije con impaciencia, que sino tienen hambre mis amigos, tampoco la tengo yo.

—¿Ha comido el señor muy tarde?

—Muy tarde.

—¿Y no necesita el señor?

—De nada.

Yo le dije estas pocas palabras con un tono que le aterró. Así salió inmediatamente y

le vi responder á uno de sus compañeros que le preguntaba quién era yo:

—¡No lo sé; pero es preciso que sea algun lord, porque es muy insolente!

¡Yo un lord, señores, vosotros que conocéis cuál era mi posición!.... Este mozo por lo visto no era gran fisonomista.

Mi posición no era muy agradable; mis vestidos estaban hechos pedazos y no representaban ningun valor: no tenia mas que mi escopeta; pero sabia yo lo que darian por mi escopeta? muy poca cosa, tal vez.

Tenia tambien en el dedo un solitario; pero era un sentimiento, señores: recordaba una persona amada, y hubiera preferido morir de hambre á deshacerme de él. Me acordaba de aquel refrán: **EL QUE DUERME CENA**; presumi que esto podia aplicarse lo mismo á una comida que á otra. Me meti en la cama, y señores, ¡cosa increíble! me hallaba tan cansado que á pesar del hambre y de mis inquietudes me dormí.

Me desperté con una hambre canina: como sabéis, señores, esto se dice no solo de los animales, sino tambien del hombre, cuando el hambre se ha escitado en su último periodo.

Me senté sobre mi cama para delibear lo que me quedaba que hacer dando vueltas á mi dedo pulgar izquierdo con una inquietud siempre en aumento, cuando de repente, en un rincón de un cuarto, veo un violonchelo, dí un grito de alegría.

¿Me diréis, señores, qué hay de comun entre un violonchelo y un hombre que ni ha comido, ni ha cenado, si no es que los dos tienen vacío el estómago?

Habia de comun, señores, que era un rostro que yo conocia en pais extranjero: era casi un amigo, señores, porque puedo decir sin fatuidad que cuando se ha tenido un instrumento entre sus brazos durante diez años, se debe estar muy familiarizado con él. Además, señores, he notado que nada me hace ocurrir ó tener ideas como el sonido del contra-bajo ¿sois músicos, señores?

—¡Ay! no señor.

—¡Pero seréis aficionado por la música!

—En general es el ruido que mas me incomoda.

—Sin embargo, cuando ois cantar un ruiseñor...

—Le grito lo mas alto que puedo: ¿queréis callar, bestia?

Méry se encogió de hombros con un signo de profundo desprecio lanzándome una mirada esterminadora.

—¡Defecto de organizacion! exclamó Louët que temia ver cesar la buena armonia que reinaba entre nosotros. El señor es mas digno de lástima que de censura; le falta un quinto sentido. Os compadezco, caballero.

—Y bien, señor Louët, dijo Méry, ya estoy seguro que apenas tuvisteis vuestro contra-bajo entre las piernas, se os ocurrieron las

ideas á millares. Teniais demasiadas ideas ¿no es verdad?

—No señor, no señor, no fueron precisamente las ideas las que me vinieron, fueron los criados del hotel los que acudieron. Mi situacion habia pasado al alma del contra-bajo. Saqué de él desgarradores sonidos: habia en estos sonidos todos los pesares del pais natal, todos los dolores de un estómago en ayunas; la música era expresiva en primer grado. Como sabéis, los naturales del pais en donde me hallaba no son como este caballero, adoran la música. Oí llenarse de gente el corredor: de tiempo en tiempo llegaba á mí un murmullo aprobador: hubo palmadas. En fin, se abrió la puerta de mi cuarto y vi presentarse al dueño de la fonda. Pasé por última vez el arco con un gran golpe de genio y me volví hacia él. En el momento en que yo tenia un instrumento en la mano comprendia mi superioridad sobre aquel hombre.

—Perdonad, caballero, que haya entrado asi en vuestro cuarto, pero vos tenéis la culpa.

—¡Oh! respondí, ¿sois el amo? ¿no estais en vuestra casa?

Preciso es decir que yo tenia el vestido de Orfeo; me hallaba en paños menores.

—El señor me parece un distinguido instrumentista.

—He rehusado la plaza de primer contrabajo de la ópera de Paris:

Esto no era precisamente verdad, caballeros, debo confesarlo; pero me hallaba en pais extranjero, y no queria rebajar la Francaia.

—Sin embargo, caballero, es una buena plaza, continuó el posadero.

—Diez mil francos de sueldo y la comida. Todos los dias almuerzo de chuletas y vino de Burdeos.—Caballeros, me vinieron á la boca estos dos objetos á pesar mio.—Y todo esto, continué yo, por amor del arte, por venir á Italia, á la patria del sublime Paisiello, del divino Cimarosa. Yo adulaba á aquel hombre.

—¿Y el señor no se ha de detener en nuestra ciudad?

—¿Para qué?

—Para dar un concierto,

Caballeros, esto fué un rayo de luz para mí.

—¡Un concierto! dije yo desdeñosamente: ¿creéis acaso que una ciudad como Niza cubriría mis gastos?

—¡Como! en este momento estamos atestados de ingleses físicos que vienen á pasar el invierno á Niza; en solo el hotel de York hay quince, porque la mesa no es de las mas despreciables.

—Verdad es, señor, repliqué yo continuando en lisongear á aquel hombre, que es el mejor hotel de Niza.

—Espero que el señor lo juzgará antes de marcharse.

—No sé todavía.

—Yo no puedo aconsejar al señor: pero estoy seguro que un concierto que nos diera no sería perdido.

—¿Y qué creéis, pregunté yo con desden, que podría producir este concierto?

—Si el señor quiere dejarme hacer los anuncios y distribuir los billetes, le garantizo cien escudos.

—¡Cien escudos! exclamé yo.

—No es gran cosa, lo sé; pero Niza no es París ni Roma.

—Es una ciudad encantadora—yo continuaba lisongeándole y esto me había salido bien—y en consideración á la ciudad... si, si yo estuviera bien seguro que sin ocuparme de nada mas que de coger un contrabajo y distraer al auditorio habia de producirme cien escudos...

—Yo os lo garantizo por segunda vez, caballero.

—Y mantenido, ¿mantenido como en la ópera de París?

—Y mantenido.

—Pues bien, anunciadme, ¡poned carteles!

—¿Vuestro nombre si gustais?

—Mr. Louët que ha venido de Marsella á Niza persiguiendo una ortega.

—¿Queréis que se ponga eso en los carteles?

—Es indispensable, en atención á que me hallo en traje de caza, y el respetable público de Niza podría creer que le falto á la consideración, cuando, á fe mía, soy incapaz de hacerlo con nadie.

—Haré lo que gustéis, caballero... ¿y qué tocareis?

—No anunciéis nada: haced traer todas las partituras del teatro, todas las conozco: tocaré ocho piezas de primera importancia á elección del auditorio: esto lisongeará el orgullo de los ingleses. Como sabeis esos insulares están llenos de amor propio.

—Pues bien, negocio concluido, replicó el dueño del hotel. Yo os garantizo cien escudos y os mantengo: al instante mismo van á servirlos el desayuno.

—Pensad que por este prospecto formaré yo una idea del modo con que cumplís vuestros compromisos.

—Perded cuidado.

Y al salir oí que gritaba á sus criados:

—¡Un desayuno de primera clase al número 4!

Señores, miré el número de mi cuarto: yo era el número 4.

No podia contener mi alegría: cogí mi contra-bajo en mis brazos y me puse á bailar una zarabanda.

Al ir á dejar en su sitio á mi bailarina, entraron los criados con un desayuno.

Verdaderamente era un desayuno de primera clase.

Señores, cuando vayais á Niza, que creo

que vais á ir, alojaos en el hotel de York, y si es el mismo dueño, que es muy posible, en razon á que tenia mi edad el fondista, me contareis maravillas.

Os confieso que me puse á la mesa con cierta voluptuosidad: hacia exactamente veinte y ocho horas que no probaba bocadito.

Tomaba mi taza de café cuando volvió á entrar el amo del hotel.

—¿Habeis quedado contento? me preguntó.

—Muy contento.

—Por mi parte está todo arreglado, no hay que volverse atrás, ya están puestos los carteles.

—Yo corresponderé al anuncio de los carteles. Ahora ¿podreis decirme por qué via podré volverme á Marsella? quisiera marcharme mañana.

—Precisamente hay en el puerto un magnífico brik que mañana se hace á la vela para Tolon. El capitán, justamente es uno de mis amigos, un verdadero lobo marino.

—Bien, bien, no conozco á Tolon y me alegraré conocerlo.

—Pues bien, aprovechaos de la ocasión.

—Pero es que... la verdad es que le temo, soy como el señor Mèry en este punto.

—¡Bah! en este momento el mar está hecho un balsa de aceite.

—¿Cuánto tiempo podré tardar en la travesía?

—Seis horas á lo mas.

—Es una bagatela: me iré en vuestro bergantín.

El concierto se verificó á la hora anunciada: esto es cuanto puede decir mi modestia. Cobré exactamente los cien escudos, y al dia siguiente, despues de haber dado á los mozos por propina una ária de contra-bajo, me embarqué en el bergantín, la *Virgen de los Siete dolores*, capitán Garnier.

Caballeros, lo que yo habia previsto sucedió: apenas habia puesto el pie en el puente, cuando conocí que, si no bajaba á mi camarote era hombre perdido.

Al cabo de dos horas, en el momento mismo en que me iba poniendo mejor, oí una gran barahunda sobre el puente: despues tocaron el tambor: creí que era la señal para el desayuno.

—Amigo mio, le dije á un marinero que llevaba una brazada de sables, ¿qué anuncia ese tambor?

—Anuncia los ingleses, buen hombre, me respondió aquel marinero con la rudeza ordinaria de las gentes que ejercen su profesion.

—¡Los ingleses! ¡los ingleses! son buenos muchachos respondi; son los que han hecho ayer las tres cuartas partes de la entrada de mi beneficio.

—Pues bien, en ese caso podrán recobrarla toda entera hoy.

Y continuó su camino hácia la escalera de la escotilla.

Detras de aquel primer marinero vino otro que llevaba una brazada de lanzas.

Despues otro que llevaba otra brazada de hachas.

Comencé á conocer que algo estraordinario pasaba.

Ibase aumentando el ruido, lo que no calmaba mi inquietud, cuando oí en la escotilla una voz que decia:

—¡Antonio, trae mi pipa!

—Sí, capitán, respondió otra voz.

Un instante despues vi venir á un grumete llevando en la mano el objeto pedido. Me agarré al cuello de aquel muchacho porque su edad me permitia tomarme esta familiaridad.

—Amiguito, le dije, ¿qué sucede allá arriba? ¿van á desayunarse?

—Sí, sí, respondió picarescamente el grumete: algunos tendrán una indigestion de plomo y de acero en el desayuno; pero perdonad, el capitán aguarda su pipa.

—Entonces, si aguarda su pipa, no será muy grande el peligro.

—Al contrario; cuando la pide la cosa está caliente.

—Pero, en fin, ¿qué cosa es la que está caliente?

—La olla grande en donde hay caldo para todo el mundo. Subid al puente y vereis.

Comprendí que lo mejor que debía hacer era seguir el juicioso consejo que me daba aquel muchacho; pero la cosa no era cómoda de verificar por el balanceo del buque. En fin, me agarré lo mejor que pude á las paredes interiores y llegué hasta la escalera: allí estuve mas cómodo y me agarré á la barandilla.

Saqué la cabeza por la escotilla con todas las precauciones que exigia la situacion. Divisé á cuatro pasos de mí al capitán, que fumaba tranquilamente sentado sobre un fardo.

—Buenos dias, capitán, le dije con la sonrisa mas amable que pude; parece que hay novedad á bordo.

—¡Ah! ¿soy vos, señor Louët?—Sabia mi nombre aquel buen capitán.

—El mismo; me puse un poco malo, pero ya estoy mejor.

—Señor Louët ¿habeis visto alguna vez un combate naval? me preguntó el capitán.

—Nunca, señor.

—¿Teneis ganas de ver uno?

—Pero.... confieso.... gustaria mejor ver cualquiera otra cosa.

—Lo siento, porque si tuviéseiteis ganas de ver uno y bueno, ibais á ser servido al momento.

—¡Cómo! dije yo poniéndome pálido á pesar mio.

Sabeis que este fenómeno es independiente de la voluntad del hombre. ¡Cómo! repetí, ¿vamos á tener un combate naval? os chancceais, capitán... sois muy bromista.

—¡Me chancceó!.... Subid todavía dos escalones mas y mirad.... ¿veis?

—Sí, capitán.

—Y bien ¿qué veis?

—Veo tres hermosos buques.

—Contad bien.

—Veo cuatro....

—Mirad mejor todavía.

—Cinco, seis.

—¡Vamos!

—Sí, á fè mia, seis hay....

—¿Conoceis los pabellones?

—Muy poco.

—No importa; mirad el que lleva el mas grande.... allí, en el tope.... donde está nuestro pabellon tricolor, el que lleva.... ¿Qué hay en ese pabellon?

—Entiendo poco de figuras heráldicas; sin embargo, creo distinguir un harpa.

—Bien, es el harpa de Irlanda: de aqui á cinco minutos, van á tocarnos un aria.

—Pero capitán, le dije, capitán, me parece que todavía están lejos de nosotros y que desplegando toda esa tela que no hace ahí nada en el lado de las vergas, se podria huir. Yo en lugar nuestro huiria. Perdonad, esta es mi opinion como cuarto contra-bajo del teatro de Marsella, y mucha dicha seria para mí que participaseis de ella. Si tuviese el honor de ser marino tal vez tendria otra opinion.

—Si en lugar de ser un contra-bajo fuese un hombre el que me hubiese dicho lo que acabais de decirme, caballero, replicó el capitán, mal lo pasaria. Sabed que el capitán Garnier no huye, se bate hasta que el buque esté acribillado: despues espera el abordage, y cuando su puente esté lleno de ingleses baja á la Santa Bárbara con su pipa: se acerca á un barril de pólvora, y envia á los ingleses á ver si el Padre Eterno está muy alto.

—Pero los franceses...

—Los franceses tambien.

—Pero los pasajeros...

—Los pasajeros lo mismo.

—Vamos, capitán, es mala chanza.

—Señor Louët, yo no me chancceo cuando está á la vista el enemigo.

—¡Capitán! ¡capitán! ¡capitán! en nombre del derecho de gentes, echadme á tierra: mejor quiero irme á pie; asi como he venido me iré.

—¿Quereis que os dé un consejo? dijo el capitán poniendo su pipa cerca de él.

—Dádmelo, señor, un consejo es siempre bien recibido cuando viene de un hombre razonable.—Con esta indirecta le di una leccion.

—Pues bien, señor Louët, idos á acostar. ¿No venis de eso? pues volved á hacerlo otra vez.

—La última pregunta, capitán.

—Hacedla.

—¿Tenemos alguna probabilidad de salvarnos? es un hombre casado con muger y tres hijos el que os hace esta pregunta. Le decia esto para enternecerlo: la verdad es que soy soltero.

Pareció dulcificarse algo el capitán: aplaudí mi intención.

—Escuchad, señor Louët, me dijo: comprendo todo lo desagradable de la posición de un hombre que no es del oficio. Si, hay una probabilidad.

—¿Cuál, capitán? exclamé yo; si puedo servirlos en alguna cosa, disponed de mí.

—¿Veis aquella nube negra, allí al Suroeste?

—La veo como os estoy viendo.

—No nos promete más que un grano todavía.

—¿Un grano de qué, capitán?

—Un grano de viento: pedid á Dios que le cambie en tempestad.

—¿Cómo! ¿en tempestad, capitán! ¿No se naufraga en las tempestades?

—Sí, pero es lo mejor que puede sucedernos.

El capitán volvió á coger su pipa; pero yo vi con placer que se había apagado.

—¿Antonio! gritó el capitán: ¿Antonio! ¿pero dónde está esta maldita sardina?

—Aquí estoy, capitán, dijo el grumete sacando la cabeza por la escotilla.

—¿Ve á encender mi pipa! Porque ó me equivoco mucho ó va á comenzar el baile.

En aquel momento una nubecilla blanca apareció en los costados del navío mas inmediato al nuestro; despues se oyó un ruido sordo como cuando en el teatro se dá un golpe sobre un bumbo. Vi saltar en mil pedazos lo alto de la pared del bergantín, y un artillero que estaba sentado sobre la cureña de su pieza para mirar, vino á caer sobre mi espalda.

—Vamos, pues, amigo, le dije, no es regular lo que haceis: y como no se separaba, le di un empujon y cayó al suelo. Entonces miré con mas atención: el desgraciado no tenía cabeza.

Esta vista me atacó de tal modo los nervios, caballeros, que cinco minutos despues, sin saber como, me hallaba en el fondo de la cala.

Yo no sé cuánto tiempo permaneci allí; únicamente oí una barahunda de instrumentos de cobre cual nunca los había oído en el teatro de Marsella: despues á aquel estruendo infernal sucedió un acompañamiento de contrabajo, que creí que Dios tocaba la sinfonia del fin del mundo. No me hallaba bien, caballeros, debo decirlo.

Por último, al cabo de un tiempo indeterminado, senti que se tranquilizaba el buque; permaneci todavía una buena hora escondido bajo cubierta. En fin, notando que había cesado todo movimiento, volví á coger la escala. Me encontré en el entrepuente. Este estaba muy tranquilo, fuera de algunos heridos que gemían: cobré valor y subí al puente. Señores, nos hallábamos en un puerto.

—¿Y bien! dijo el capitán Garnier dándo-

me un golpecito en la espalda, ya hemos llegado, señor Louët.

—En efecto, capitán, dije, me parece que estamos en lugar seguro.

—Gracias á la tempestad que yo había previsto, los ingleses han tenido que hacer tanto como nosotros para salvarse de ella. Así es que nos hemos pasado, como suele decirse, por entre las piernas.

—¡Oh! ¡oh! Como por entre las del coloso de Rodas... Sabeis, señores, que los buques, segun dicen las historias, tenían la bajeza de pasar por entre las piernas de aquel coloso; de modo, continué yo, que estamos probablemente en las islas de Santa Margarita.

—¿Qué estais diciendo?

—Digo, repliqué yo enseñándole una isla que divisaba en el horizonte, que aquella probablemente es la isla de Santa Margarita donde fué encerrado el hombre de la Máscara de Hierro.

—¿Aquella? dijo el capitán.

—Sí, aquella.

—Es la isla de Elba.

—¿Cómo! dije ¿la isla de Elba? ó mis conocimientos de geografía se equivocan ó no creia que la isla de Elba está tan cerca de Tolon.

—¿Qué es lo que tomáis por Tolon?

—Esa ciudad ¿no es Tolon? y vos, capitán, al salir ¿no me dijisteis que marchábais para Tolon?

—Querido mio, ya sabeis el refran: el hombre propone....

—Y Dios dispone, si señor, lo sé, es un refran muy filosófico,

—Y sobre todo muy verdadero. Dios ha dispuesto.

—¿De qué?

—De nosotros.

—¿Pero dónde estamos nosotros, señor?

—Estámos en Piombino.

—¿En Piombino! exclamé ¿y vos me decis eso? pero si esto continua yo volveré á Marsella por las islas de Sandwich, donde fué muerto el capitán Cook.

—El hecho es que tomáis ese camino.

—Pero es que estoy muy lejos de mi patria.

—¿Y yo que soy de la Bretaña?

—¿Y cómo volver?

—¿A Bretaña?

—No, hombre, no, á Marsella.

—Querido mio, hay camino por mar en mi buque...

—Muchas gracias, he quedado satisfecho.

—Hay tambien camino por tierra en un velurino.

Así se llaman los coches de alquiler en Italia.

—Prefero el camino por tierra.

—Pues bien, señor Louët, voy hacer desembarcaros en el puerto.

—Os lo agradeceré mucho.

El capitán Garnier mandó echar un bote.

Mi equipage se componia, como sabeis, tan solo de mi escopeta y de mi morral. Me despedí del capitán deseándole buen viage y me apresuré á bajar por la escala.

—Señor Louët, me dijo el capitán.

Me acerqué á él.

—¿Qué quereis? le pregunté.

—Queridó mio, sabeis, me dijo con un aire embarazado, que entre compatriotas no se gastan cumplimientos.

—Sí, señor, lo sé.

—Pues bien, me entendeis.

—Sí, señor, os entiendo; pero no os comprendo; esto quiere decir...

Esto quiere decir.... repitió el capitán.

—Esto quiere decir.... repliqué yo por tercera vez.

—¡Pues bien, caramba!

—Esto quiere decir que si no tenéis dinero mi bolsillo está á vuestra disposición: ya está dicho:

—¡Caballero!

Esta manera de ofrecérme sus servicios hizo que se agolpasen las lágrimas á mis ojos.

—Gracias, capitán, le dije alargándole la mano, pero soy rico.

—¡Caramba! es que un artista....

—Tengo cien escudos en este pañuelo, capitán.

—Bien, tenéis cien escudos, con ese dinero se va al fin del mundo.

—No quiero ir tan lejos, capitán, y si puedo me detendré en Marsella.

—Pues bien, buen viage y no me olvidéis en vuestras oraciones.

—Aun cuando viviese cien años, capitán, los cien años me acordaré de vos.

—Adios, señor Louët.

—Adios, capitán Garnier.

Bajé á la lancha.

El capitán pasó de babor á estribor para seguirme con la vista.

—¡Al Húsar francés! me gritó: ¡al *Ussero-francese*; es la mejor posada!

Estas fueron las últimas palabras que me dijo, señores. Aun veo á aquel pobre capitán apoyado sobre la barandilla del buque fumando un cigarro, porque la pipa la guardaba para las grandes ocasiones. ¡Pobre capitán!

Louët se enjugó una lágrima.

—Y bien ¿qué le sucedió?

—Le sucedió que un mes despues una bala de á treinta y seis le partió en dos pedazos.

Respetamos el dolor de Louët, y para animarle tanto en cuanto era posible, Méry le echó un tercer vaso de ponche.

—Señores, dijo, levantando el brazo á la altura del ojo, os propondría un brindis que me atrevo á decir no tiene nada de sedicioso. ¡A la memoria del capitán Garnier!

Bebímos, acompañando á Mr. Louët; y continuó su relacion.

Yo iba todo derecho á la posada del Húsar

francés, y no tuve gran trabajo en encontrarla, señores, en atencion á que la posada estaba en el puerto. Pedí una comida, porque tenia grande hambre. En efecto, debeis conocer que yo no comia mas que cada veinte y cuatro horas.

Despues de la comida quise ver un *vetturino* (carruaje de alquiler de camino). Era evidente que no debian saber en el teatro de Marsella lo que me habia sucedido; y que seguramente tendrian mucho cuidado por mí; de modo que comprendereis que tenia urgencia por volver. Por mi cuenta hacia ya siete dias que me habia marchado. Durante estos siete dias no habia perdido el tiempo, es verdad; pero habia hecho otra cosa de la que habia intentado hacer. Llamé sucesivamente á tres de aquellos hombres, sin poder entenderme con ellos, visto que no hablaban mi idioma maternal. Por último, vino un cuarto que tenia la pretension de hablar todos los idiomas, y que en realidad no hablaba ninguno. Sin embargo, gracias á su gerigonza, mezcla de francés, inglés ó italiano, pudimos cambiar nuestros pensamientos: el suyo era que yo debia darle por mi parte treinta francos hasta Florencia, en Florencia me dijo que encontraría mil ocasiones para volver á Marsella.

Yo tenia muchas ganas de ver á Florencia, de modo que pasé por los treinta francos. Antes de separarse de mí me previno que dos de los viajeros, de los que uno era un compatriota mio, habia exigido que tomase el camino de Grosseto á Siena, deseando pasar por la montaña. Le respondí que no tenia inconveniente ninguno en ir por la montaña; no así si fuese por mar. Me respondió entonces que todo el viage iríamos de espalda al mar, y esto me bastó.

Debiamos salir la noche misma para ir á Scarlino. A las dos el *vetturino* se paró delante de la puerta de la posada. Los cuatro viajeros se hallaban ya en sus asientos, y el conductor venia á buscarme, así como á mi compatriota que vivia en el mismo hotel que yo. Listo estaba yo ya en la puerta, porque como sabeis mis preparativos de viage no eran largos de hacer: mi morral, mi escopeta; siempre el mismo equipage. Llamaron Mr. Ernesto: me causó placer oír un nombre francés.

Bujó Mr. Ernesto. Era un hermoso oficial de húsares de veinte y seis á veinte y ocho años, que tenia el mismo aire que la muestra de nuestra posada, pero mas graduacion: metió un par de pistolas en las bolsas del carruaje, y tomó asiento á mi lado. No tardé mucho tiempo en echar de ver que el señor Ernesto tenia algun pesar. No le conocia bastante para preguntarle la causa, pero quise al menos distraerle con mi conversacion.

—¿Sois francés? le pregunté.

—Sí, señor, me respondió.

—¿Militar, tal vez?

Se encogió de hombros. La pregunta no

era indiscreta, porque iba vestido con su uniforme. Vi en aquella señal que no tenía gana de hablar, y me callé. Los otros viajeros hablaban italiano. Ya he tenido el honor de decirlos que no comprendía una jota de este idioma: no os admirará, pues, que yo no tomase parte en la conversacion.

Así llegamos sin pronunciar una palabra hasta Scarlino, á una maldita posada á fé mia. Allí pasamos una noche detestable, devorado enteramente de insectos, con perdón vuestro. Hacia las tres de la madrugada, cuando comenzaba á dormirme, el mayoral entró en mi cuarto, y me hizo levantar. Parece, caballeros, que en ese pais extranjero esta es la costumbre.

Cogí mi escopeta y mi morral, y me disponía á volver á ocupar mi asiento de la vispera; pero en el momento en que iba á subir al carruage, el mayoral me detuvo:

—*Scuza, Eccellenza: Ma la scopetta ne va esarricada: ¿No es esto?*

—¿Cómo que la escopeta no está carricada? ¿Qué entendeis por ese verbo *carricado*?

—Pregunta si está cargada vuestra escopeta, me dijo Mr. Ernesto.

—Muy servidor vuestro, le dije. ¿Qué tal habeis dormido?

—Muy bien.

—No sois entonces difícil de contentar. Yo he sido devorado, literalmente devorado, caballero, entregado á las fieras.

—*Andiamo, andiamo*, dijeron los viajeros.

—¿La escopeta no está *escarricada*? preguntó segunda vez el conductor.

—Si señor, está carricada; le respondi un poco incomodado con su indiscrecion.

—Entonces *bisogna discarricarla*.

—Caballero, le dije al jóven oficial, tened la bondad de servirme de intérprete, y de decirme lo que quiere este hombre.

—Desea que descargueis vuestra escopeta, caballero, para que no suceda algun accidente.

—Es muy justo, respondi yo.

—No; no lo hagais; dejadla como está. Si nos saliesen ladrones, con mis pistolas y vuestra escopeta correriamos á defendernos.

—¿Cómo es eso de ladrones, caballero? pregunté yo. ¿Es qué por ventura hay ladrones en este camino?

—En Italia los hay por todas partes.

—¿Mayoral! exclamé yo; mayoral.

—Aquí estoy.

—Y bien, ahí estais; pero decidme, amigo, no nos habeis advertido que habia ladrones en el camino.

—*Avanti, avanti*, gritaron los compañeros del coche.

—Vamos, vamos; subid pronto: ya veis que vuestros compañeros de viage se impacientan, y no llegaremos á Siena antes de las doce de la noche.

—Esperad, caballero, que voy á descargar mi escopeta.

—*Bisogna discarricar la escopeta*, repitió el conductor.

—No, no; al contrario, dijo el oficial: subid con ella.

—Perdonad, caballero, perdonad, le respondi yo: soy del dictámen del conductor: si llegásemos á encontrar por casualidad ladrones, no quisiera yo que esas buenas gentes pudiesen sospechar que tenía la menor intencion de causarles el menor mal.

—¡Ah! ¿teneis miedo á lo que parece?

—No lo disimulo, caballero: yo no soy militar; yo soy cuarto violon en el teatro de Marsella, Mr. Louët, cuarto violon para lo que gustéis mandarle, repetí haciéndole un saludo.

—¿Con qué sois cuarto violon del teatro de Marsella? Entonces habeis debido conocer una linda bailarina que habia allí hace tres ó cuatro años.

—¡Oh! He conocido lindas bailarinas, porque mi sitio en la orquesta es un sitio excelente para hacer conocimiento con ellas.

¿Cómo se llamaba, si no hay indiscrecion en preguntarlo?

—La señorita Zefrina.

—Si señor. Toma, si la he conocido: ha dejado nuestra ciudad por la Italia: era una persona muy ligera.

—¿Cómo? dijo Ernesto.

—Esto se aplica al fisico únicamente; y para una bailarina es un elogio, ó.... tomé un aire de los mas amables.... ó no entiendo nada.

—Enhorabuena.

—¿*Dunque che facciamo? ¿Non si parte oggi?* gritaron del coche.

—Un instante, caballeros.

Me alejé para descargar mi escopeta, por miedo de asustar á los caballos con una doble explosion.

—Dadme la escopeta, me dijo el conductor cogiéndomela de las manos: yo la colocaré en el cabriolé.

—¡Toma! dije yo; no habia pensado en ello: ahí teneis mi escopeta, buen hombre; cuidadla bien, porque es un arma excelente.

—Vamos ¿acabareis de subir? dijo Mr. Ernesto.

—Ya voy, ya voy. Subí en el coche: el conductor cerró la portezuela detrás de mí; subió en la delantera, y echó á andar.

—Con que decis, repliqué yo encantado de haber encontrado un motivo de conversacion que parecia agrandar al jóven oficial, decis que la señorita Zefrina...

—Os equivocais, dijo Mr. Ernesto; yo no digo nada.

Conoci que se le habia pasado la gana de hablar, y callé.

Nunca he hecho un viage mas fastidioso, ni por caminos mas horribles. Nuestro conductor parecia haber tratado de alejarse de las ciudades y de las aldeas: creeriase que

viajábamos por un país salvaje. Nos detuvimos para comer en una horrible venta, donde nos sirvieron una tortilla de pollos que aun no habian nacido, y nuestro mayoral estuvo hablando con gente de muy mala traza, lo que me infundió sospechas. Mucha gana tenia de comunicarme con mis compañeros de viage; pero creó haberlos dicho que yo no hablaba en lengua italiana. En cuanto á monsieur Ernesto, el modo con que habia respondido á mis atenciones no me dejaba deseos de volverlas á renovar.

Volvimos á ponernos en camino; pero el camino en lugar de embellecerse, cada vez fué mas incalificable. Creo no exagerar afirmando que atravesamos verdaderos desiertos. En fin, nos metimos en una especie de desfiladero con montañas á un lado, y un torrente al otro. Esto era menos agradable, porque la noche se nos venia echando encima. Nadie hablaba ya; ni aun los italianos. De tiempo en tiempo únicamente el mayoral echaba algunos juramentos á sus caballos. Pregunté si nos hallábamos lejos aun de Siena: estábamos casi á la mitad del camino.

Reflexioné que si podía dormirme, me haria esto el camino incomparablemente menos largo. Me acomodé lo mejor que pude en mi rincón, y cerré los ojos para atraer el sueño: aun traté de roncar; pero conocí que esto me despertaba, y cesé de emplear este medio como inútil.

Dicese que el que quiere puede. Yo, señores, soy una prueba viva de este axioma. Al cabo de una hora de fuerza de voluntad caí en esa especie de soñolencia en la que, aunque se tiene todavía la percepción de las cosas, se pierde el uso de sus facultades. No sé cuanto tiempo permaneceria en este estado anormal, cuando me pareció sentir que paraba el carruage. Después hubo un gran ruido en derredor de mí. Traté de despertarme, señores: imposible: me habia yo magnetizado á mi mismo. De repente oigo dos pistoletazos: esta vez ya era la cosa demasiado fuerte, tanto mas cuanto que el foganazo me habia casi quemado el rostro. Abri los ojos. ¿Qué es lo que veo sobre mi pecho, señores? El cañon de mi propia escopeta: le reconocí, señores, y me arreparenté mucho de no haberla descargado. Nos hallábamos detenidos por una banda de ladrones que gritaban con toda su fuerza: *¡Faccé in terra! ¡faccé in terra!* Adiviné que esto queria decir que nos echáramos boca abajo: me precipité á saltar del carruage, pero sin duda no tan pronto, porque uno de ellos me aplicó un culatazo detrás de la nuca; señores, un golpe como esos que se dan para matar á los conejos. Felizmente no me alcanzó en el cerebello: caí de bruces en tierra: vi que todos mis compañeros se hallaban tendidos como yo, á escepcion de Mr. Ernesto, que se batia como un diablo; pero al fin y á la postre se vió obligado á rendirse. Me re-

gistraron en todas partes, hasta bajo mi camisa de franela: dispensadme estos detalles; me cogieron mis cien escudos; esperaba yo salvar mi solitario, y lo habia vuelto hácia dentro: desgraciadamente no tenia la virtud del anillo de Giges. Sabeis que el anillo de Giges, cuando volvian el chaton hácia dentro hacia invisible al que lo llevaba: vieron á mi pobre solitario y me lo cogieron.

Duró casi una hora el registro y contra-registro de la manera mas indecente. Después al cabo de una hora:

—Parece, dijo el que hacia de gefe de la banda, que hay entre estos caballeros un músico.

La pregunta me pareció estraña, y creí que no era el momento oportuno de declinar mi cualidad.

—Y bien, repitió el mismo; ¿no me han oido? Pregunto ¿si entre estos caballeros no hay uno que toque algun instrumento?

—¡Pardiez! dijo una voz que la reconocí por la del jóven oficial: el señor toca el violon, el señor Louët.

Hubiera querido estar cien pies bajo tierra: me quedé cual un muerto.

—¿Cuál, preguntó la misma voz, es el señor Louët? ¿Es este?

Acercáronse á mí, y sentí que me cogieron por el cuello de mi blusa de caza. En un instante me enderezaron, y me puse de pie.

—¿Qué quereis de mí, caballeros? Pregunto en nombre del ciclo, ¿qué quereis de mí?

—Nada que no sea muy lisonjero, dijo el mismo bandido. Hace ocho dias que andamos buscando por todas partes un artista sin poderlo hallar, lo que ponía al capitán de un humor atroz, al presente, va á ponerse muy contento.

—¿Cómo! exclamé yo: ¿es para llevarme al capitán para lo que me preguntais si toco algun instrumento?

—Sin duda.

—Vais á separarme de mis compañeros.

—¿Qué quereis que hagamos con ellos si no son músicos?

—Señores, exclamé yo; socorro, auxilio; no dejéis que me arrebatén asi.

—Estos señores van á tener la bondad de permanecer con la nariz sobre la tierra, porque si se mearan antes de un cuarto de hora los abrasamos. En pasando ese tiempo podrán volver á continuar su camino. En cuanto al oficialito, añadió el bandido dirigiéndose á cuatro hombres que le tenian sujeto, atadle á un árbol: dentro de un cuarto de hora le desatará el mayoral. ¿Oyes tú, mayoral? Si lo desatas antes de un cuarto de hora tendrás que habértelas conmigo, con Picard.

El conductor lanzó una especie de sordo gemido, que podía pasar por un consentimiento á la advertencia que acababa de recibir. Yo me hallaba sin fuerza ninguna: un niño hubiera podido derribarme en tierra; con

mas fuerza de razon aquellos dos mocetones que me tenían cogido por el cuello.

—Vamos, cuidado, dijo el bandido; y ténganse las mayores consideraciones con el músico: si resiste no le empujéis, sino por donde sabeis.

Mucha curiosidad tuve de saber por donde habian de empujarme, en caso de resistencia. Resistí, pues. Caballeros, recibí un puntapié que me hizo ver treinta y seis mil luces: ya sabia por donde me habian de arrear.

Los bandidos se dirigieron hácia la montaña, cuyas negras crestas se distinguían destacándose en el cielo. Al cabo de quinientos pasos casi, pasamos un torrente: despues entramos en un bosque de pinos que atravesámos. Por último, llegamos al fin de él, y divisamos una luz.

Nos dirigimos hácia aquella luz: venia de una posada colocada en un camino de travesía: á cincuenta pasos de la casa nos paramos; solo un bandido marchó á reconocer el sitio. Una seña que hizo dando tres palmadas indicó sin duda á Picard que podíamos llegar, porque los bandidos se pusieron en marcha cantando, lo que no habian hecho desde que nos habíamos separado de la carretera.

Señor, creo al poner el pie en aquella posada que estábamos en la noche del sábado al domingo, y que Satanás tenia allí su conciliábulo.

—¿Ove sta il capitano? preguntó al entrar Picard.

—Al primo piano, respondió el posadero.

—¡Toma! me dije yo á mi mismo: parece que hay un primer piano. ¿Este hombre tiene furor por la música?

Todos los bandidos subieron la escalera, á escepcion de dos que me hicieron sentar en el poyo de la chimenea, y me guardaron de vista: uno de los dos se habia apropiado mi escopeta; el otro mi morral: en cuanto á mi solitario y á mis cien escudos se habian vuelto perfectamente invisibles.

Algunos instantes despues gritaron de lo alto de la escalera á mis guardas alguna cosa que yo no comprendí: únicamente como me echaron mano al cuello, y me empujaron hácia los escalones, adiviné que me guiaban al piso principal.

No me equivocaba, señores. Al entrar vi al capitán sentado delante de una mesa perfectamente cubierta con una porcion de botellas de diferentes formas delante de él, y sobre sus rodillas una niña muy linda á fé mia!

El capitán era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, lo que se puede llamar un buen mozo. Hallábase absolutamente vestido como un ladrón en la ópera, todo con terciopelo azul, una cintura encarnada, y hebillas de plata, de modo, señores, que me creí en el ensayo; tanto que aquel hombre que habia contado con intimidarme, no logró absolutamente su objeto.

En cuanto á la jóven que tenia sobre sus rodillas, estaba vestida á la manera de las antiguas romanas: despues he visto otras en los cuadros de un cierto Roberto, es decir, con un corpiño bordado de oro, una falda corta listada de varios colores, y medias encarnadas: en cuanto á los pies, no merece la pena de hablar de ellos; casi no los tenia. Me hallaba tan sobre mí, caballeros; que noté que aquella ladrona tenia en el dedo mi solitario, lo que fuera de la sociedad en que tenia la desgracia de encontrarse me dió como conocéis bien, una idea muy poco favorable de la moralidad de aquella jóven.

En el cuarto me soltaron los dos bandidos; pero se quedaron detrás del descanso de la escalera: di algunos pasos hácia adelante, y habiendo saludado primero á madama, despues al capitán, en seguida á todo el resto de la sociedad, aguardé.

—Aqui tenéis el músico pedido, dijo Picard.

Hice un segundo saludo.

—¿De qué país eres? preguntó el gefe con un fuerte acento italiano.

—Soy francés, excellenza.

—¡Ah! mucho me alegro, dijo la jóven.

Vi con placer que al menos todo el mundo hablaba francés.

—¿Eres músico?

—Soy el cuarto violon del teatro de Marsella.

—¡Toma!... dijo la jóven.

—Picard, haced subir el instrumento de este caballero.

Despues, volviéndose hácia su querida: espero Rinita, la dijo, que ahora no tendreis dificultad ninguna en bailar.

—Jamás la he tenido, respondió Rina; pero ya comprenderéis que no podia bailar sin música.

—Lo que dice esta señorita es muy exacto Excellenza... la señorita no podia bailar sin música.

—Non é instrumento, non ha trovato l'istrumento! dijo uno de los bandidos presentándose á la puerta.

—¿Cómo que no hay instrumento? gritó el capitán con voz de trueno.

—Capitán, dijo Picard, os juro que no he visto el menor violonchelo.

—¡Bestia! gritó el capitán.

—Capitán, dije yo entonces, no hay que incomodarse con ese buen muchacho: esos señores me han registrado por todas partes, hasta debajo de mi almilla de flanela, y si hubiese llevado allí mi violonchelo seguramente le hubiera encontrado; pero no lo llevaba conmigo.

—¿Y cómo es que no llevabas tu violonchelo?

—Ruego á vueccelencia que se convenza que si yo hubiese podido adivinar su predileccion por ese instrumento en vez de uno hubiera traído dos.

—Está bien, dijo el capitán; que marchen cinco hombres al instante mismo á Siena, á Volterra, ó Grosseto, á donde les dé la gana; pero mañana por la noche ha de haber aquí un violon. Y cuando el violon haya llegado, ¡bailarás, Rinita mia?

—Sí, si estoy en disposición, si sois amable.

—¡Picarilla! dijo el capitán, plantándola un beso, ya sabes tú que haces de mi todo lo que quieres.

—¡Bien! delante de gente dijo Rina; bonito es eso.

Aquel movimiento inspirado por un resto de pudor me dió la mejor idea de aquella jóven. Además, ¡cosa estraña! cuanto mas la miraba menos me parecia desconocer su cara. Sin embargo, por mucho que trataba de reunir mis recuerdos no venia á mi memoria otra ocasion en que me hubiese hallado en tan mala compañía.

—Amigo mio, dijo entonces la jóven, aun no has preguntado á ese buen hombre si tiene hambre.

Me conmovió esta atencion.

—¿Tienes hambre? me dijo el capitán.

—A fé mia, señor capitán, respondi, ya que tenéis la bondad de hacerme esa pregunta, os confesaré francamente que he comido muy mal en Scarlino y que me moria de hambre.

—Ponte entonces á la mesa.

—¡Capitan!....

—Vamos, ponéos á la mesa, dijo Rina con un gesto encantador; no gasteis cumplimientos con Tonino, que es un amigo, y conmigo que soy una compatriota.

—¡Ah! ¿el señor capitán se llama Tonino? bonito nombre y muy musical.

—Se llama Antonio, dijo la jóven, riéndose, pero yo le llamo Tonino por cariño. Y le miró con el blanco de los ojos con una mirada que hubiese sido capaz de hacer saltar al mismo San Antonio; y le llamo así porque le quiero.

—¡Encantadora! murmuró el capitán.

Durante este tiempo, señores, me habian puesto un cubierto y acercado una silla con todas las posibles consideraciones. Vi que mi posicion al lado del señor Tonino seria mas soportable de lo que habia pensado, y que seria tratado con la distincion de un artista. Mi cubierto habia sido puesto en la misma mesa en donde habia cenado el capitán, de manera que la señora misma tuvo la bondad de acercarme los platos y de echarme de beber, lo que me permitió perfectamente conocer que era mi solitario el que brillaba en su dedo. De tiempo en tiempo alzaba yo los ojos sobre su rostro y cuanto mas la miraba, mas convencido estaba de que no me era desconocida aquella cara. Mientras el bandido jugaba con sus cabellos, lo que le valia de tiempo en tiempo algun golpecito en la cara, y después la decia: ¿con que bailarás, Rinita? y ella respondia: tal vez.

Cuando hube cenado, la señorita Rina observó muy juiciosamente que tenia necesidad de descansar. Estaba hecho un tronco de sueño, y aunque no era político el abrir la boca, y esto no lo digo por vos, señor Jadin, se me abria de una manera horrorosa; así no me lo hice repetir: pedi un cuarto y me fui á acostar.

Dormí quince horas seguidas, señores. Aguardaban á que despertase con impaciencia, porque habian tenido la politica de no despertarme. Esto me pareció una cosa muy atenta por parte de un capitán de bandidos: pero apenas estornudé, porque tengo la costumbre de estornudar para despertarme, cuando entraron en mi cuarto con cinco violonchelos nada menos. Cada uno de los enviados habia traído uno, tanto que dije que iban á encarecerse en los alrededores. Esta palabra hizo sonreír al capitán.

Elegí el mejor, é hicieron una hoguera con los otros cuatro.

Cuando hube hecho mi eleccion, me mandaron coger mi instrumento, é irme al cuarto del capitán que me aguardaba para comer; comprendéis que no me hice aguardar. Habia buena mesa, es decir, excelente comida para el capitán, la señorita Rina, Picard y yo, y despues siete ú ocho mesas mas pequeñas para el resto de los bandidos. En el fondo del cuarto habria muy bien trescientas velas encendidas, tanto que formaban una magnífica iluminacion: adiviné que tendríamos baile.

Muy alegre fué la comida, señores: los bandidos eran verdaderamente excelente gente: el capitán sobre todo tenia muy buen humor, consistia esto en que la señorita Rina le hacia toda clase de monadas.

Cuando la comida se concluyó.

—¿Sabes lo que me has prometido, Rinita? le dijo el capitán.

—¿Y acaso lo niego yo? respondi aquella jóven con una sonrisa.... verdaderamente tenia una sonrisa encantadora.

—¡Pues bien! Entonces ve á prepararte, pero no tardes mucho.

--Poned vuestro reloj en la mesa.

—Aquí está.

—Pido un cuarto de hora. ¿Es mucho?

—No, respondi yo, seguramente no.

—Vaya por un cuarto de hora, dijo el capitán.

La señorita Rina salió ligera como una cervatilla por la puerta del fondo, que se hallaba colocada en medio de las trescientas bugias.

—Y tú, señor músico, dijo el capitán, espero que vas á distinguirme.

—Haré lo que pueda, capitán.

—Enhorabuena. Si quedo contento te haré devolver tus cien escudos.

—¿Y mi solitario, capitán?

—¡Oh! en cuanto á tu solitario es preciso que te despidas de él. Además, tú has visto

que es Rina quien lo tiene, y eres demasiado galante para querer quitárselo.

Hice un gesto de consentimiento que le pareció suficiente.

—Vosotros, dijo el capitán dirigiéndose á sus bandidos, vais á tener una diversion de cardenales: espero que quedareis satisfechos.

—*¡Viva el capitano!* respondieron todos los bandidos.

En aquel momento la señorita Rina apareció sobre la puerta, y de un solo brinco se colocó en medio del cuarto.

Señores, estaba vestida de bayadera con un corpiño plateado, un gran chal de cachemira que la servia de cintura, una falda corta de gasa que le llegaba encima de la rodilla, y un adorno de seda en el talle. Estaba verdaderamente lindisima en aquel traje.

Cogí mi violon: me creía en el teatro de Marsella.

—¿Con qué música quereis bailar, señorita? le pregunté.

—¿Conoceis la del Chal del baile de Clary?

—Seguramente, es mi favorito.

—Pues bien: ya aguardo.

Comencé el ritornelo: los bandidos formaron un círculo.

A las primeras notas se alzó como una sílfide, haciendo batimanes, piruetas, y juegos con los pies, que era una maravilla. Los bandidos gritaban *¡bravo!* como furiosos, y yo me decía á mí mismo: esto es admirable; yo conozeo este par de piernas.... Me habian chocado mas que el rostro, señores: en cuanto yo veo una fisonomía no se me escapa.

No se fatigaba, señores: verdad es que los aplausos debian darla fuerza. Subia, bajaba, brincaba, hacia piruetas, y todo esto con los gestos mas deliciosos del mundo. Hallábase el capitán como loco. Yo estaba furioso. Me parecia que aquellas piernas me hacian una multitud de señas, y que tambien me conocian: estoy seguro que si hubieran podido hablar me hubieran dicho—buenos dias, señor Louët.

En medio del paso del Chal, el posadero entró todo asustado, y habló algunas palabras al oido del capitán.

—¿*Ove sono?* preguntó tranquilamente el capitán.

—En San Dalmacio, respondió el posadero.

—Acaba tu paso: tenemos tiempo.

—¿Qué hay? preguntó la señorita Rina, cantoneando las caderas, y colocando en ellas sus lindos brazos.

—Nada, nada, respondió este: parece que esos canallas de viajeros que hemos detenido, han dado la alarma en Siena y en Florencia, y que nos vienen persiguiendo los húsares de la gran duquesa Elisa.

—A buen tiempo vienen, dijo Rina riendo, porque he concluido mi paso.

—Una pirueta mas todavia, Rinita, dijo el capitán.

—Nada puedo negaros. Las últimas ocho notas, si gustais, me dijo á mí.

—Volví á coger mi arco: imaginad que á aquella noticia se me habia caido el arco de las manos. En cuanto á la señorita Rina, al contrario; parecia que aquella noticia le habia dado piernas. Entouces fué cuando creí yo reconocerla; pero ¿dónde la habia yo visto?

Yo creo que jamás la señorita Rina habia conseguido un triunfo semejante.

Dió un brinco desde el suelo hasta la puertecilla por donde habia entrado á vestirse; y volviéndose, como si entrase entre bastidores, hizo una cortesía enviando un beso con la mano al capitán.

—Ahora, ¡á las armas! dijo este: preparad un caballo para Rina, y un caballo para el músico: nosotros iremos á pie, camino de Romagna. ¿Lo ois? Los que se estravien, el punto de reunion será en Chianziano, entre Chiussia y Pianza.

—¿Cómo, caballero! ¿Me vais á llevar con vos?

—Sin duda. ¿Cómo quereis que Rina baile si no tiene música?

¿Cómo quieres que pueda yo estar sin verla bailar?

—Pero, capitán, vais á esponerme á mil peligros.

—Los mismos á que nos esponemos nosotros.

—Pero, ese es vuestro oficio, capitán, y no es el mio.

—¿Cuánto te daban en tu chirivivil de teatro?

—Señores, así hablaban del teatro de Marsella!

—Tenia ochocientos francos, capitán.

—Pues bien, yo te doy mil escudos. Mira, hombre, si encontrarás un empresario de teatro que te dé tanto.

A esto no habia nada que responder, hice de tripas corazón.

—Todo está dispuesto, dijo Picard entrando en el cuarto.

—Aquí estoy, dijo la señorita Rina corriendo con su traje romano.

—Pues entonces, en marcha, dijo el capitán.

—*¡Usseri! usseri!* gritó el posadero.

—Cada cual echó á correr precipitándose por la escalera.

—¿Por vida de mil demonios! dijo el capitán volviéndose: creo que olvidas tu violon.

Cogí el violon, señores, y hubiera querido ocultarme dentro de él.

Al llegar á la puerta encontramos dos caballos ensillados.

—¿Y bien! señor músico, dijo Rina: ¿no me ayudais á snbir á caballo? ¡sois galante!

Tendi maquinalemente el brazo para sostenerla. Sentí que me metian un papelito en la mano.

Un sudor frio me cubrió la frente. ¿Qué podria decirme en aquel papel? ¿Era una declaracion de amor? ¿Habia seducido mi fisico

á aquella bailarina, y sería el rival del capitán? Ganas tuve de arrojar lejos de mí aquel papel; pero venció la curiosidad, y me lo metí en el bolsillo.

—¡*Usseri!* ¡*usseri!!!* gritó de nuevo el posadero.

En efecto, oíase en la carretera un rumor, un ruido sordo como el de una tropa que se adelanta á galope.

—¡A caballo, chavall! me dijo Picard cogiéndome por el fondo de los calzones, y ayudándome á colocar sobre la silla; bien, ahora atad el violon á la espalda; así.

Sentí que me ataban á mi instrumento. Dos bandidos cogieron las bridas del caballo de la señorita Rina; otros dos bandidos cogieron la brida del mío: el capitán con la carabina al hombro se puso á correr tras de su querida: Picard corría tras de mí: toda la banda, que se componía á lo mas de quince á diez y ocho bandidos, nos seguía detras.

Cinco ó seis tiros nos dispararon á trescientos pasos detrás de nosotros, y oímos silbar las balas.

—A la izquierda, dijo el capitán, á la izquierda.

Apenas habia dado esta orden, cuando dejamos el camino, y nos metimos en una especie de valle, en el fondo del cual corría un torrente.

Era la primera vez que montaba á caballo: me agarraba con una mano al cuello y con la otra á la cola. Es una felicidad, señores, que un caballo tenga tantas crines.

Cuando hubimos llegado mandó el capitán hacer alto: despues escuchamos.

Oímos á los húsares que pasaban á galope tendido por la carretera.

—¡Bueno! dijo Picard: si siguen á ese paso á buena hora llegarán á Grossetto.

—Déjalos marchar, dijo el capitán, y sigamos el curso del torrente: nuestro ruido se perderá en el de las aguas.

Así caminamos durante hora y media casi: despues nos encontramos en la confluencia de otro torrente que venia á unirse al nuestro.

—¿Es este el *Orgia*? preguntó á media voz el capitán.

—No, no, respondió Picard, es el *Orbia*: el *Orgia* está lo menos cuatro millas mas abajo.

Volvimos á ponernos en camino, y una hora despues nos hallamos efectivamente con un segundo torrente que venia á reunirse con el nuestro, porque marchábamos siempre á orillas de un rio. Ya veis, señor Méry, que no hay mas que el *Var* que lllore por no tener agua.

—¡Ah! esta vez, dijo el capitán, ya conozco el sitio. A la izquierda, á la izquierda.

Se ejecutó al instante mismo la maniobra mandada.

Á las cuatro de la mañana atravesamos un camino real.

—¡Vamos, vamos, ánimo! dijo Picard que me oía dar gemidos: ya estamos en la carretera de Siena: en hora y media estaremos en Chianziano.

Como pensais no hicimos mas que atravesar aquella carretera: buscábamos poco los sitios frecuentados. Algunas millas de aquí nos metimos en la montaña; y como nos habia dicho Picard, al cabo de hora y media, es decir, al amanecer, entrábamos en Chianziano. El posadero nos recibió como si nos esperase: parece que éramos sus parroquianos.

Señores, habíamos andado doce horas, y segun pude calcular las distancias, juzgué que habíamos andado veinte leguas.

Bajáronme del caballo á mí contrabajo y á mí: no me podia poner en pie.

Los bandidos pidieron el desayuno: yo pedí una cama.

Lleváronme á una alcobita que no tenia mas que una ventana con reja, y cuya puerta daba al cuarto donde los bandidos iban á almorzar. No habia medio de pensar en escaparse, ademas, aun cuando lo hubiera querido hacer, era imposible; me hallaba molido como una pimienta.

Al quitarme mis calzones: se llevaban todavía calzones en aquella época: ademas, yo los he llevado hasta 1830: al quitarme mis calzones, digo, pensé en el papel que me habia entregado la señorita Rina, y que habia olvidado durante todo mi nocturno viage: aun cuando hubiera pensado en él hubiera sido lo mismo, porque con la oscuridad hubiera sido imposible leerlo.

Era un billete escrito con lápiz, y concedido en estos términos:

«Mí querido señor Louët:

Por mucho deseo que tuviese de conocer lo demás, me detuve.

—¡Toma, toma! me dije: parece que la señorita Rina me conoce: hecha esta reflexion, continúe.

«Comprendeis que la sociedad en que me encuentro no me gusta como á vos: pero para dejarla sin accidente, necesitamos prudencia todavía mas que resolucion. Espero que cuando llegue el momento no os faltará ni la una ni la otra: ademas, os daré el ejemplo: entretanto aparentad que no me conocéis.

«Hubiera deseado volveros vuestro solitario, que os he visto mirar muchas veces con inquietud; pero como tengo necesidad de él para nuestra comun libertad, lo guardo.

«Adios, mi querido señor Louët, un dia llegará en que nos volvamos á encontrar los dos, lo espero, vos en la orquesta, y yo en el teatro de Marsella.

ZEFIRINA.

«Posdata: tragaos mi billete.»

Todo me lo aclaró la firma, señores. Era la Zefirinita que habia tenido tanta voga du-

rante tres años, y que despues habia sido vuelta á ajustar en el teatro de Marsella. No podeis recordarlo, señor Méry, erais demasiado jóven. Ved, pues, como vuelven á encontrarse las gentes.

Volví á leer segunda vez aquella carta, y entonces me chojó la posdata: tragad mi billete:—esto era prudente, pero no muy agradable. Sin embargo, tomé sobre mí el hacer lo que me recomendaba la señorita Zefrina; y me dormí mas tranquilo sabiendo que tenia una amiga en la banda.

Hallábame en lo mas fuerte de mi sueño, cuando sentí que me sacudían por el brazo: abrí los ojos estornudando: creo haberlos dicho que esta era mi manera de despertarme: era el teniente el que se tomaba aquella familiaridad conmigo.

—¡Alerta, alerta! me dijo: los húsares están en Monte-Pulciano: dentro de un cuarto de hora marchamos.

No hice mas que dar un salto desde mi cama, y coger mis vestidos: aquellas malditas balas me estaban todavia silbando en los oídos.

La primera persona que vi al salir de mi gabinete fué la señorita Zefrina: parecia alegre como un gilguero. Admiré la fuerza de alma de aquella jóven, y resolví imitarla. Entretanto para tranquilizarla, la hice señas con el dedo de que no habia tomado mas que aquello, no y era bastante para mantenerme, porque volviéndose risueña hácia el capitán

—Tonino, le dijo, nuestra orquesta os hace señas de que tiene el vientre vacío como su violon. ¿No habrá tiempo de que tome un bocado?

—¡Bah! ¡bah! dijo el capitán, comerá en Sorano.

—¿Estamos ya listos? preguntó Zefrina.

—Aguarda, voy á verlo, dijo el capitán, y salió al patio.

—¿*Siamo pronti?* gritó.

Zefrina corrió á la ventana: sacó mi solitario de su dedo, y escribió rápidamente alguna cosa sobre el cristal.

El capitán al volver la encontró en el mismo sitio en que la habia dejado.

—Vamos, vamos, dijo; descansaremos en Sorano. Preciso es, murmuró entre dientes que nos hayan vendido, ó que esos húsares sean brujos.

Despues haciéndola señas de que pasase adelante, dió el brazo á Zefrina y bajó con ella.

Nos aguardaban dos caballos como la vispera. Tomamos las mismas disposiciones, y nos volvimos á poner en camino del mismo modo: Unicamente como habiamos salido de dia, llegamos menos de noche.

No es menos cierto que no encontramos casi nada que tomar en la miserable posada donde el capitán nos habia llevado, y que sin la atencion que la señorita Zefrina tuvo de

darme la mitad de su cena, me hubiera acostado en ayunas.

Haria diez minutos que me hallaba en la cama, cuando oí un estrépito infernal. Me eché abajo de la cama; cogí mis vestidos debajo del brazo; y abrí la puerta preguntando:

—¿Qué hay?

El cuarto estaba lleno de bandidos armados.

—Hay que estamos cercados por esos condenados de húsares, gritó el teniente; y que es preciso que entre nosotros haya algun traidor. ¡Por vida de mil demonios! si creyese que eras tú....

—¡*Di qua!* ¡*di qua!* dijo el posadero abriendo una puerta que daba sobre una escalera oculta.

El capitán se lanzó el primero arrastrando á la señorita Zefrina por la mano. Picard me empujó tras de ellos: el resto de la banda nos siguió.

Abajo de la escalera, el posadero entró en una pequeña leñera, y levantó una trampa que habia en un rincon. Comprendió el capitán sin que hubiera mediado ni una palabra: bajó el primero por la escala de la trampa sosteniendo á la señorita Zefrina: todos le seguimos. El posadero volvió á cerrar la trampa, yo oí que la cubria con haces de leña. Por su parte Picard retiró la escalera; de modo que hubiera sido preciso á los húsares saltar uno á uno de una altura de quince pies casi para bajar al subterráneo en que nos hallábamos.

No tengo necesidad de decirlo, caballeros, que aproveché el primer momento de descanso que tuve para ponerme mis vestidos.

Al cabo de un instante oímos llamar á la puerta como si fuesen á echarla abajo.

—¿*Y Schioppi sono caricati?* preguntó el capitán.

Como era la misma pregunta que me habia hecho el conductor, comprendí perfectamente: ademas, en el mismo instante oí en los cañones el ruido de las baquetas de los que no estaban cargados.

—Señores, exclamé yo entonces, señores, yo espero...

—¡Silencio! ¡si quieres vivir! dijo Picard.

—¿Cómo que si quiero! Seguramente que...

—¡Silencio! ó te pongo una mordaza.

Me callé. Solamente busqué un rincon donde pudiese éstar al abrigo de las balas. No habia el menor ángulo entrante en aquella maldita cueva, señores: un verdadero calabozo penitenciario.

Oímos que abrian la puerta: al mismo tiempo resonaban los tacones de las botas y las culatas de los fusiles: comprendereis que una tropa de soldados acababa de entrar en la posada. Como se ve habiamos sido seguidos muy de cerca.

Veinte estábamos en la cueva, señores. Sin embargo, habia tal silencio que se hubiera oído volar una mosca. No sucedia esto en-

cima de nosotros: parecia que ponian á sacó la casa. Gritos, juramentos capaces de haber asustado á la misma Virgen: dos ó tres veces oímos á los soldados entrar en la leñera donde estaba oculta la entrada de nuestra trampa: y entonces nuestro silencio se interrumpia por el ruido de las carabinas que se preparaban. Señores, aquel ruido, que era muy corto, me helaba el corazón.

Ultimamente, al cabo de tres ó cuatro horas toda aquella barahunda cesó al fin poco á poco: un absoluto silencio se siguió á ella; despues oímos que quitaban los haces de leña, y que abrian la trampa: era nuestro posadero que venia á decirnos que cansados de buscarnos inútilmente se habian marchado los húsares y que podíamos salir.

Mientras los bandidos se habian aproximado á la entrada para conversar con el posadero, la señorita Zefrina que se habia quedado sola con un servidor vuestro, en el fondo de la cueva, se aproximó vivamente á mí, y cogiéndome la mano

—Nos hemos salvado, me dijo.

—¿Cómo es eso? le pregunté.

—Ernesto sigue nuestros pasos.

—¿Quien es ese Ernesto?

—Un jóven oficial de húsares, mi amante.

—Yo conozco á Mr. Ernesto.

—¡Bah! Un buen mozo de veinte y cinco á veinte y seis años; de vuestra estatura casi, pero de mejor talle.

—Eso es. He viajado con él desde Piombino á... Pero esperad... Si, si, si; si me ha hablado de vos.

—¿Os ha hablado de mí, mi querido Ernesto?

—¿Pero es brujo para seguirnos la pista de esta manera?

—No, no es brujo; pero en todas las posadas por donde pasamos escribo sobre un cristal mi nombre y el del pueblo á donde vamos.

—¡Ah! Comprendo: por eso teneis necesidad de mi solitario. Mil perdones, señorita, por las exageradas sospechas que habia concebido: ademas, debe señalar bien porque es un verdadero diamante.

—¡Schitt!... hablan de cosas importantes.

Escuché un instante; pero como los bandidos hablaban italiano, no comprendí nada.

—Bueno, bueno, dijo la señorita Zefrina: *Caprarola*, *Caprarola*: conserva bien este nombre por si yo lo olvidase: á *Caprarola* es donde vamos.

—¿Cómo, exclamé yo asustado, todavía vamos á andar mas?...

—¡Hum! dijo Picard volviéndose.

—Nada, mi teniente, nada; estaba con cuidado por mi violon.

Zefrina se alejó vivamente de mí y se deslizó entre los bandidos: de modo que cuando el capitán la buscó con la vista la encontró á su lado.

—Y bien, Rinita, ya se han marchado esos demonios de franceses.

—Respiro, dijo Rina, ¿se sabe á que lado han ido!

—El posadero créé haber comprendido que la compañía de los húsares de la gran duquesa, no tienen derecho á pasar adelante; pero un oficial jóven que estaba con ellos, tiene una comision para perseguirnos y pedir tropas por donde quiera que las encuentre.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Vamos á ponernos en camino.

—¿De dia?

—No tengas cuidado, tenemos buenos caminos que nadie conoce mas que nosotros.

—Es que estoy verdaderamente cansada.

—Animo, Rinita, la espedicion no es larga; á lo mas treinta y cinco millas.

—¿Llegaremos pronto al menos?

—Mañana por la noche ya estaremos en seguridad.

—Entonces marchemos.

—Marchemos, dijo el capitán.

—¿Y mi violon? pregunté yo á Picard,

—No tengais cuidado, ha sido respetado, me respondo.

—¡Ha sido respetado! ya comprendeis, mi violon era mi salvaguardia.

Nos pusimos, pues, en camino. El mismo posadero quiso servirnos de guia y no se separó de nosotros hasta que estuvimos en lo que el capitán llamaba un camino nuestro. Era un camino de todos los diablos, señores.

Hácia el medio dia entramos en un gran bosque: era un bosque de bandidos: así estoy seguro que si no hubiéramos ido en tan buena compañía hubiéramos tenido algun mal encuentro. A las cuatro llegamos á *Caprarola*.

Allí al menos, señores, tuvimos un dia y una noche tranquilos: porque, gracias al señor Ernesto, no habiamos comido ni dormido. Por el momento parecia que habian perdido nuestra pista ó que no habian tenido fuerzas suficientes para perseguirnos. La posada se hallaba bastante mal provista; pero acudieron al pueblo mas inmediato que oí llamaban *Ronciglione*, creo, y trajeron con que hacer una comida bastante buena.

A las tres de la madrugada nos despertaron; pero como yo me habia acostado á las seis de la tarde, saqué mi cuenta y dormí mis ocho ó nueve horas. Esta es mi cuenta, y cuando no duermo este tiempo me encuentro mal.

Esta vez fué corta la jornada, Hácia las once de la mañana pasamos un rio por un vado; despues nos detuvimos para desayunarnos en una posada que oí llamar la posada *Barberini*.

—Aqui, dijo el capitán, ya estamos en nuestra casa.

—¿Cómo! dijo Zefrina ¿estamos en nuestra casa en esta infame posada? ¿Dónde está aquel

famoso castillo de que tanto me habias hablado?

—Quiero decir que ya estamos en nuestro terreno y que desde aquí ya puedes mandar como una verdadera reina.

—Pues entonces mando que me dejen sola en un cuarto por que no quiero mostrarme á mis vasallos de.... ¿Cómo se llama nuestro castillo?

—Anticoli.

—A mis vasallos de Anticoli con esta facha: les daría miedo.

—¡Civetta! dijo sonriendo el capitán.

—En un cuarto de hora estoy lista.

Zefrina nos echó fuera y se encerro.

—¿Con que teneis un castillo. capitan? le pregunté yo.

—Si, me respondió.

—¿Vuestro?

—No, ya comprendes tú que si fuese mio se alarmaría el gobierno; pero es de un señor romano que me lo presta, y á quien pago una renta por él. El buen hombre tiene precision de vivir en la ciudad por su empleo, y es preciso que utilice su casa de campo.

—Pues entonces vamos á estar como gallos en su propio gallinero.

—No comprendo qué quiere decir eso.

—Es una espresion que tal vez no entenderá un italiano; quiere decir que estaremos allí perfectísimamente.

—Perfectísimamente, esa es la espresion. De tiempo en tiempo será preciso tirar algun tiro; pero esos son las diversiones del oficio.

—Recordará el capitán que yo no estoy ajustado en su servicio sino para tocar el violon.

—Pues entonces, ¿qué significa ese fusil y ese morral que reclamabas como tuyo?

—Mios son efectivamante. A propósito ¿hay caza en vuestras posesiones?

—Magnífica.

—¿Y qué clase de caza?

—Toda.

—¿Teneis ortegas?

—¿Ortegas? á bandadas.

—¡Bagatela! capitan, yo me encargo de los asados.

—Bueno, te daré tres ó cuatro de mis gentes para que te sirvan de ojeadores, y cazarás tanto cuanto quieras.

—Capitan, me habíais prometido....

—¿El qué?

—Mis cien escudos.

—Es muy justo: Picard, hareis volver sus cien escudos á este buen hombre.

—En verdad, capitan, que no sé por qué os persiguen: sois el mas honrado bandido que he conocido.

—¡Ecco mi! dijo Zefrina entrando en donde estábamos.

—¡Tan pronto! dijo el capitán.

—¡Bah! soy muy lista, he tenido tiempo de hacer todo lo que tenia que hacer.

—¡Bravo! en este caso pongámonos en camino.

—Estoy pronta, dijo Zefrina.

El capitán abrió la ventana.

—¡A marchar! gritó.

Entonces Zefrina tuvo tiempo de cambiar una mirada conmigo y de enseñarme el solitario: comprendi todo lo que habia tenido que hacer en aquel cuarto.

Echamos á andar hácia las dos, y á las cuatro nos hallamos á la orilla de un riachuelo. El capitán llamó al barquero por su nombre. Este corrió con un apesiramiento que anunciaba que habia conocido la voz del que le llamaba.

Mientras pasábamos, el capitán y el barquero hablaban en voz baja.

—¡Y bien! preguntó la señorita Zefrina con una inquietud perfectamente representada. ¿No está buestro castillo en su sitio?

—Al contrario, dijo el capitán; dentro de un cuarto de hora nos hallaremos instalados en él.

—¡Bendito sea Dios! dijo Rina, porque hace ya mucho tiempo que andamos corriendo por esos campos.

Entramos en una alameda que hallamos, á cuyo final estaba la verja de una magnífica casa de campo. Llamó el capitán: salió el conserje á abrir.

Apenas hubo reconocido al capitán, cuando tocó de cierto modo la campana, y cinco ó seis criados acudieron inmediatamente.

Parece que el capitán era muy deseado, porque fué grande la alegría entre todos aquellos criados cuando supieron su llegada. El capitán recibió todas aquellas demostraciones como homenajes que le eran debidos, y á los que estaba acostumbrado.

—¡Está bien, está bien! dijo el capitán, id delante y alumbradnos.

Obedecieron los criados. Uno de ellos quiso coger mi violon, con buena intencion sin duda; pero como era un escelente instrumento no quise confiárselo. De aquí resultó un pequeño altercado que terminó por un fuerte puñetazo que le dió Picard: quedé dueño de mi violon, resuelto á traerle conmigo á Francia si tenia algun dia la dicha de volver á ella.

Llevaron á cada uno de nosotros á sus respectivos cuartos.

Señores, era un palacio, un verdadero palacio, como habia dicho el capitán. Yo tenia para mi un cuarto con frescos magníficos. Verdad es, que el cuarto daba á un gran salon que no podia entrar ni salir sin pasar por delante de cinco ó seis criados, que desde luego, señores, me parecia que eran bandidos disfrazados de criados.

Debeis comprender, caballeros, cual seria mi situacion. Así cuando yo iba á llamar para ver si me podian prestar alguna ropa, entró un criado con varias camisas, medias, zapa-

tos, cinco ó seis pares de calzones, una multitud de casacas, y otra infinidad de levitas, rogándome que cogiera entre aquello cuanto me gustase ó estuviese arreglado á mi cuerpo. Yo me horripilaba, señores, al considerar que toda aquella prendería sin duda alguna, había venido á aquel parage contra la voluntad de su dueño. Así es, que me limité á tomar una levita, una casaca, dos pares de calzones y media docena de camisas. Nadie podía ser mas prudente en semejante caso. Antes de marcharse el criado me abrió un gabinetito mas pequeño donde había ya preparado un baño, y me dijo que se comería *alle vingtidue*. Despues de muchas aclaraciones, ya llegué á entender que me quería decir que comeríamos de seis á siete de la tarde.

Justamente tenia, como se ve, tiempo para arreglarme y vestirme. Felizmente encontré sobre una mesa destinada al efecto todo lo que era necesario, y entre otras cosas unas excelentes navajas de afeitar inglesas que despues he echado muchísimo de menos, porque jamás las he vuelto á encontrar tan buenas.

Apenas acababa de vestirme sonó la campana de la comida. Di la última mano á mi peinado, y salí de mi cuarto echándome la llave en el bolsillo, por miedo no me tocasen el violon. A la puerta encontré un criado que me aguardaba para llevarme al salon.

En él me encontré un caballero jóven, una señora jóven tambien, y un oficial francés. Creia haberme equivocado y quise retirarme. Però en el momento en que iba haciéndome hácia atrás, pisé el pie del criado. La jóven me dijo.

—Y bien, mi querido Louët, ¿qué haceis? ¿No coméis conmigo?

—¡Perdon! la dije... no os había conocido, señorita.

—Si quereis mejor, señor Louët, dijo el jóven, os llevarán la comida á vuestro cuarto.

—¡Cómo! ¿sois vos, capitán?

Señores, no acababa de volver en mí.

—¡Ah! el señor Louët no querrá hacernos la injuria de privarnos de su amable compañía, dijo el oficial inclinándose á modo de saludo.

Me volví hácia él para corresponder á su atencion.

Señores, era el teniente. Habia habido allí un cambio de decoraciones lo mismo que en la Cenerentola.

—*Al suo comodo*, dijo un lacayo, abriendo las dos hojas de la puerta del comedor.

—¿Qué es lo que quiere decir, caballero? pregunté yo al teniente.

—Quiere decir, señor Louët, respondió este que la sopa está en la mesa.

El capitán dió la mano á la señorita Zefrina, y el teniente y yo le seguimos detrás.

Entramos en un comedor perfectamente iluminado en donde había una comida admirablemente servida.

—No sé si quedareis contento de mi cocinero, mi querido Louët: me dijo el capitán ocupando su sitio é indicándome el mio.

Es un cocinero francés y dicen que es bastante bueno; le he mandado en obsequio vuestro que nos haga dos ó tres platos provenzales.

—¡Platos con ajos! ¡Oh! que asco, dijo el oficial francés, tomando un polvo de tabaco perfumado en una caja de oro.

Señores, creia estar soñando.

Me pusieron la sopa.

—¡Toma! exclamé yo, es una bouillabessa.

Señores, estaba divinamente hecha.

—¿Habeis echado una ojeada sobre el parque, señor Louët? me dijo el capitán.

—Sí, excelentísimo señor, desde la ventana de mi cuarto.

—Dicen que hay mucha caza: preciso será verlo, señor Louët. Habeis prometido encargarnos del asado.

—Y renuevo mi promesa, capitán, solamente que os suplicaré mandeis me devuelban mi escopeta. Estoy acostumbrado á ella ¿qué quereis? no tiro bien si no con ella.

—Está bien, dijo el capitán.

—¿Sabeis que comemos mañana temprano, Tonino? Me habeis prometido llevarme al teatro Della Valle: tengo curiosidad de ver esa mala bailarina que me ha reemplazado.

—Pero, querida mia, dijo, el capitán, no hay teatro hasta pasado mañana: además, no sé si el cupé estará en buen estado; voy á hacer que me informen de todo esto, estate tranquila. Mañana entretanto si quierdes podemos ir á caballo á Tiboli ó á Subiaco....

—¿Sereis de los nuestros, señor Louët? dijo la señorita Zefrina.

—No, señora, muchas gracias, respondí yo; no tengo costumbre de montar á caballo, y no es para mí una diversion; y pues el capitán me lo ha ofrecido, cazaré: antes que todo soy cazador.

—Haced lo que gustéis, señor Louët, completa libertad, dijo el capitán.

—Yo haré compañía al señor Louët, y cazaré, capitán, dijo el teniente.

—Eso es demasiado honor para mí, respondí haciendo un saludo.

Quedó, pues, convenido, que á la mañana siguiente el capitán y la señorita Zefrina iría á caballo á Subiaco, y el teniente y yo permaneceríamos en el castillo para hacer una partida de caza.

Despues de la comida el capitán nos dió al teniente y á mí completa libertad; aprovechámonos de ella, señores, yo sobre todo comprendereis, que despues de quince ó diez y ocho dias de una vida muy agitada y muy cansada. Volvime, pues, á mi cuarto. Señores, no podeis juzgar cuanto asombro tuve al hallar mi escopeta en un rincon, mi morral en otro, y mis cien escudos sobre la

chimenea. Aquello me convenció de que en el castillo del señor capitán Tonino no había necesidad de llaves para abrir las puertas.

Mientras me desnudaba, el cocinero á quien yo había hecho dar la enhorabuena por su bouillabessa, vino á preguntarme si deseaba desayunarme á la provenzal, á la francesa ó á la italiana, habiendo mandado el conde de Villaforte, después de la proyectada cacería que me sirviesen el almuerzo en mi cuarto. Parece que el capitán Tonino al cambiar de vestido había también juzgado conveniente cambiar de nombre. Repetí á aquel hombre mis enhorabuena, y le dije que me pusiese un pollo frito con aceite, de otro modo, un pollo á la provenzal: es mi plato favorito, señores. La noche fué buena, tan buena que no me desperté si nó cuando me trajeron el desayuno.

Señores, me desayuné como un rey.

Estaba apurando una jicara de chocolate, cuando me tocaron en el hombro. Me volví, era el teniente en su traje de caza de los mas elegantes.

—Y bien, me dijo, ¿estamos listos?

Le pedí mil perdones, pero le hice la observación de que no podría cazar con calzón corto. Me enseñó entonces con el dedo un vestido completo de caza igual al suyo que me estaba aguardando sobre el sofá. Me hallaba, señores, como Aladino en las Mil y una noches: no tenía mas que formar un deseo para verlo inmediatamente satisfecho.

En un abrir y cerrar los ojos me puse listo. A la puerta dos criados tenían cuatro caballos de silla: uno para el capitán, otro para la señorita Zefrina y los otros dos para los dos lacayos.

El capitán bajaba al mismo tiempo que nosotros: colocó un par de pistolas de dos cañones en los arzones de la silla, y los dos criados que debían acompañarle hicieron otro tanto. Amo y criados estaban vestidos con una especie de traje de capricho que les permitía llevar cuchillos de monte. El capitán vió que yo notaba todas estas precauciones.

—¿Qué queréis, mi querido señor Louët! me dijo; está tan mal montada la policía en este país que puede uno tener un mal encuentro. Es bueno ir preparado, ya me comprendéis.

Precisamente yo comprendía todo lo contrario. Yo estaba soñando ó soñaba en aquel momento. ¿Cuál de las dos cosas será ilusión, el capitán ó Villaforte? ¿Cuál de los dos será la realidad? Esto es lo que yo no podía esclarecer. Resolví dejar correr las cosas.

En cuanto á la señorita Zefrina estaba encantadora con un traje de amazona.

—Divertirse, señor Louët, me dijo el capitán al montar á caballo. Estaremos de vuelta á las cuatro: espero que á esta hora habreis concluido vuestra caza.

—Yo también lo espero, señor conde, respondí, aunque en la caza no se puede ase-

gurar nada; no se sabe á donde puede llevarle á uno una cacería.

—En todo caso, dijo el capitán metiendo espuelas á su caballo y obligándole á hacer dos ó tres corbetas, en todo caso Beaumanoir te recomiendo el señor Louët.

—Ved 'descuidado, conde, respondió el teniente.

Y habiéndonos saludado por última vez con la mano, así como la señorita Zefrina, los dos salieron al galope seguidos de los criados.

—Disimulad, caballero, dije yo acercándome al teniente: ¿vos sois á lo que creo al que llaman el conde Beaumanoir?

—El mismo.

—Yo creía que la familia de los Beaumanoir era una familia que se había estinguido.

—Pues bien, yo la hago resucitar y negocio concluido.

—Dueño sois de hacerlo, caballero, le dije yo. Mil perdones por mi indiscreción.

—No hay de qué, mi querido Louët. ¿Queréis un perro ó no lo queréis?

—Caballero, mejor quiero cazar sin perro: el último que he tenido me ha insultado de una manera demasiado cruel, y tendría miedo de que se renovase otra vez el lance.

—Como gustéis, Cayetano, suelta á Romero.

Nos pusimos á cazar. Señores, de los seis primeros tiros que tiré maté cuatro ortegas, lo que prueba que la de Marsella era una ortega encantada. Esto hizo reír á Beaumanoir.

—¿Cómo! me dijo ¿os divertís en tirar semejante caza?

—Señor, le dije, en Marsella la ortega es un ave muy rara. No he visto mas que una en toda mi vida, y á ella debo el gusto de hallarme en vuestra compañía.

—¡Bah! reservaros para los faisanes, las liebres y los gamos.

—¿Cómo! exclamé; ¿veremos semejante caza?

—Mirad, ahí hay uno que salta entre vuestras piernas.

En efecto, señores, un gamo acababa de saltar á diez pasos de mí.

De trecho en trecho encontraba jardineros que me parecía haber visto en alguna parte, guardas cuyos rostros no me eran desconocidos. Todos me saludaban: me parecía que eran todos mis bandidos que habían cambiado de traje; pero había yo visto tantas cosas admirables, que tomé el partido de no pensar ni ocuparme de nada.

Hicimos un fuego grande de escopeta. El parque era inmenso, cercado de tápias con verjas colocadas de trecho en trecho para proporcionar las magníficas perspectivas. Hallándose en frente de una de aquellas verjas el señor de Beaumanoir tiró á un faisán.

—Signore, me dijo un paisano que estaba al otro lado de la verja; *questo castello é il castello d' Anticoli?*

—Perdon, paisano, le respondí acercándome-

me á él, no entiendo una palabra de italiano. Habladme en francés y tendré mucho gusto en contestaros.

—¡Toma! sois vos, señor Louët, me dijo el aldeano.

—Si, yo soy: ¿pero cómo sabeis que soy yo?

—¿No me conoceis?

—No tengo ese honor.

—Ernesto, el oficial de húsares, vuestro compañero de viage.

—¡Ah! ¡caballero Ernesto! ¿sois vos? muy contenta se va á poner la señorita Zefrina.

—¿Con que es verdad que está aquí Zefrina?

—Sin duda, señor Ernesto, está prisionera como yo.

—¿Con que el capitán Tonino?...

—No es otro que el conde de Villaforte.

—¿Y esta quinta?...

—Una caverna de bandidos, señor.

—Es cuanto deseaba saber. Adios, mi querido Louët, si nos vieses hablar juntos podían concebir sospechas. Decid á Zefrina que mañana tendrá noticias mías.

Y se lanzó en el bosque.

—¡Trae, Romeo, trae! gritó el teniente.

Me acerqué á él.

—¡Y bien! parece que es un faisán.

—¡Ah! un hermoso macho, caballero, un hermoso macho.

—¡Si, si, lo es! ¿A quien hablábais ahora, señor Louët?

—A un aldeano que me hacia una pregunta en italiano, á quien respondia que tenia la desgracia de no comprender ese idioma.

—¡Ya! dijo con aire de duda y mirándose al soslayo el teniente. Habiendo vuelto á cargar la escopeta: querido señor Louët, me dijo, mas vale que yo que hablo italiano vaya al lado de la cerca; podria volver otro aldeano que tuviese preguntas que hacer, y en este caso yo me encargaria de responderle.

—Como gustéis, respondí yo, sois dueño de hacerlo.

Ejecuté, pues, la maniobra mandada, pero por mucho que miró no vió á nadie.

Hicimos una soberbia caería. Debo decir en verdad que el teniente era excelente tirador. A las cuatro volvimos á casa. El conde de Villaforte y la señorita Zefrina no habian vuelto todavía.

Subí á mi cuarto para prepararme á la comida; pero como no necesitaba dos horas para hacer mi tocador, cogí mi violon y me puse á tocar. Era un excelente instrumento, y resolví entonces mas que nunca no volverme á separar de él.

A las cinco y media bajé al salon. Fui el primero. Un instante despues el conde de Villaforte y la señorita Zefrina entraron en él.

—Y bien, mi querido señor Louët, ¿os habeis divertido mucho?

—A fé mia, señorita, que muy descontentadizo seria si dijese lo contrario.

—¡Oh! las inmediaciones de Anticoli son lindisimas.

—¡Capitan! dijo el teniente abriendo la puerta.

—¿Quién me llama capitan? Yo no soy capitan, mi querido Beaumanoir, sino el conde de Villaforte.

—Capitan, replicó el teniente; se trata de un negocio serio; venid un instante, os suplico.

—Perdon, querida amiga; perdon, señor Louët; pero ya sabeis, los negocios ante todo.

—Obrad como gustéis, señor conde.

Salió el capitan. Le seguí con los ojos hasta que se volvió á cerrar la puerta. Despues, cuando estuve seguro de que nada podria oír:

—He visto al señor Ernesto, dije á la señorita Zefrina.

—¿Cuando?

—Hoy.

—¡Ah! mi querido Ernesto, nos habrá seguido de posada en posada.

—Es probable, á no ser brujo.

—¿No os ha dicho nada para mí?

—Me ha dicho que mañana tendriais noticias suyas.

—¡Oh que felicidad! señor Louët, va á libertarnos.

—Pero señorita, la dije ¿cómo os encontráis en esta sociedad si tanto la despreciais?

—¿Y cómo os encontráis vos mismo?

—Yo he sido traído á la fuerza.

—¿Y yo creéis que he venido por mi gusto?

—Entonces ese bandido de capitan....

—Me vió bailar en el teatro de Bolonia, se enamoró y me robó.

—Es un ateo que no respeta ni las bailarinas ni los violones.

—Lo que mas pena me da de todo esto es que el pobre Ernesto habrá creído que yo me marché con un cardenal, porque en aquella época un cardenal me hacia la corte.

—¡Oh!...

—Silencio; Tonino vuelve. ¡Y bien! dijo Zefrina saliéndole al encuentro ¿qué tenemos? ¡Oh que facha! traes malas noticias.

—Al menos no son buenas.

—¿Y son de buen origen? preguntó Zefrina con una alarma y un gesto bastante naturales.

—No pueden ser de mejor origen: vienen de un amigo que está empleado en la policia.

—¿Y qué anuncia, Dios mío?

—Nada de positivo; solamente se trama alguna cosa contra nosotros. Hemos sido seguidos desde Clinsciano hasta Barberina, y han perdido nuestra pista detrás del monte Genaro. Hija mia, creo será preciso renunciar mañana al teatro *Della Valle*.

—Pero no nos impedirá comer ahora, capitan.

—Mira, ahí tienes la respuesta, contestó el capitan.

—S. E. está servido, dijo un lacayo abriendo la puerta.

Al entrar en la sala de comer, ví que el capitán y el teniente tenían cada uno un par de pistolas cerca de su cubierto: además, cada vez que se abría la puerta para entrar la comida veíamos en la antesala dos bandidos con las carabinas terciadas al brazo.

Silenciosa fué la comida como es fácil de pensar: sin embargo, se acabó sin novedad alguna. Conocía instintivamente que nos aproximábamos á la catástrofe y no la veía venir sin alarma.

Después de comer el capitán colocó centinelas por todas partes.

—Rinita, dijo el capitán, te pido perdón de no hacerte compañía; pero es preciso que vele por nuestra seguridad. Si quieres acertarlo échate en tu cama vestida, por que podría suceder muy bien que tuviéramos que despertarnos durante la noche, y quisiera entonces encontrarte lista á fin de poderte llevar á un parage seguro.

—Haré todo lo que tú quieras, respondió la señorita Zefrina.

—Y vos, señor Louët, tendreis que tomar las mismas precauciones.

—Señor conde, estoy á vuestras órdenes.

—Ahora, Zefrina, si quieres dejarnos la habitación baja, súbete á la principal, porque tenemos que tomar algunas disposiciones que no convienen con la presencia de una señora.

—Voy á subir á mi cuarto, respondió la señorita Zefrina.

—Y yo también, exclamé.

El capitán se acercó á un tirador y dió un campanillazo.

—Esto va muy bien, señor Louët, me dijo la señorita Zefrina restregándose las manos.

—Esto va muy mal, señorita Zefrina, respondió yo meneando la cabeza.

—Acompañad al señor y á la señorita á cada uno á su cuarto, dijo en italiano el capitán.

Después añadió en voz baja algunas palabras que no pudimos oír.

—Espero que todo esto no será mas que una falsa alarma, dijo la señorita Zefrina.

—¡Hum! ¡hum! no sé porque, dijo el capitán, tengo un mal presentimiento.... Si tengo un instante libre, Zefrina, iré á verte. Buenas noches, señor Louët.

—Buenas, capitán, dije al salir.

La señorita Zefrina se habia quedado un poco detrás. Ya habia yo subido los diez primeros escalones cuando la sentí subir: me detuve para aguardarla, pero el bandido que me acompañaba me dió un empujón por la espalda.

Entré en mi cuarto: el bandido me dejó la lámpara y salió. Al irse cerró la puerta con dos vueltas.

—¡Hum! ¡hum! dije, parece que estoy prisionero.

Nada podía hacer mejor que tumbarme sobre mi cama y esto es lo que hice.

Señores, pasé muchas horas en muy tristes reflexiones: poco á poco mis ideas se fueron confundiendo. De tiempo en tiempo solamente me estremecía y abría los ojos: en fin, señores, á fuerza de abrirlos los cerré una vez, sin duda, y me dormí.

No sé cuanto tiempo estaria durmiendo, cuando oí que entraban en mi cuarto y que me daban golpes en el hombro.

—¡Súbito! ¡súbito! me dijo una voz.

—¿Qué hay, señor? pregunté sentándome sobre la cama.

—*Non so niente, ma bisogna seguirme.*

Comprendí que aquel hombre me mandaba que le siguiera.

—¿Y á dónde os he de seguir? pregunté.

—*Non capisco, avanti, avanti.*

—¡Ya estoy, ya estoy! ¡qué diablo! ¿se ha prendido fuego á la casa?

—*Avanti, avanti.*

—Perdonad, yo no me dejo aquí mi violon, no quiero que suceda ninguna avería á mi instrumento. Espero que no me esté prohibido coger mi violon.

El bandido me hizo un gesto de que no, pero que era preciso despacharme.

Me eché mi violon á la espalda, y le dije que estaba dispuesto á seguirle.

Entonces echó á andar delante de mí; me hizo atravesar muchos corredores, después bajar una escalerita al cabo de la cual abrió una puerta y nos hallamos en el parque: comenzaba á amanecer.

No puedo deciros, señores, las vueltas y revueltas que dimos: en fin, nos hallamos en un grupo de árboles en el sitio mas sombrío, y descubrimos la abertura de una gruta.

Ví que aquel era mi cuarto provisional. Comencé á tientas á reconocer la localidad, cuando de pronto sentí que me cogían por la mano. A punto estuve de dar un grito; pero la mano que me cogía era muy dulce y muy suave, de modo que reconocí pronto que no era la de un bandido.

—¡Chut! me dijo una vozecita.

—No hablo ni una palabra, señorita.

—Poned en el suelo vuestro violon.

Obedecí.

—Y bien, ¿qué hay?

—Hay que están cercados por un regimiento á cuya cabeza se halla Ernesto.

—¡Oh valiente Ernesto!

—¿Comprenderéis lo que me ama? Nos ha seguido desde Siena hasta aquí. ¡Qué felicidad, mi querido señor Louët, el que hayais sido hecho prisionero!

—Sí, es una gran felicidad, respondí yo.

—Pues yo he tenido esa idea.

—¡Cómo!

—Seguramente; he dicho que no podía bailar sin músico, y tanto han buscado que han concluido por encontraros.

—¡Cómo! con que os debo á vos?.....

—A mí; querido mío, á mí sola, sin contar

que gracias á vuestro solitario he podido dejar por todas partes á Ernesto el itinerario de nuestro viage.

—¿Pero por qué estamos reunidos en esta gruta?

—Porque es el sitio mas retirado del parque, y por consecuencia el último donde vendrán á buscarnos. Además, hay una puerta que da probablemente á un subterráneo, el cual debe de tener salida al campo.

—Pues bien, si nosotros nos escurrimos por esa puerta, señorita, me parece que sería lo mas acertado.

—¡Ah! sí, sí, es verdad: pero no hay mas que una desgracia, y es que la puerta está cerrada.

Se oyó un tiro.

—Escuchad, señorita, exclamé.

—¡Bueno! Esto comienza, dijo Zefrina.

—¡Dios mio! ¿Dónde ocultarnos?

—Me parece que no podemos estar mas ocultos de lo que estamos.

—Señorita Zefrina, la dije, espero que no me abandonareis.

—¿Abandonar yo á un amigo? ¡Jamás! Sin embargo, con una condición. ¿Oís? ¿ois?

Las descargas redoblaban y parecia fuego por batallon.

—¿Cual es esa condicion, señorita? Todo lo que querais.

—Es, que si Ernesto os pregunta sobre mis relaciones con ese monstruo, le direis que han sido siempre honradas, y que jamás he accedido á sus deseos.

—Pero no lo creerá, señorita.

—Sois muy simple, Louët; creerá todo cuanto yo quiera hacerle creer: me ama.

—Señorita, exclamé cogiéndola las manos, me parece que esto va redoblando.

—Tanto mejor, tanto mejor, respondió Zefrina.

Aquella jóven era una leona

Quise aproximarme á la abertura de la gruta.

—¡Dietro! ¡dietro! gritaron los dos centinelas.

Comprendí mas por el gesto que por la palabra que querian decir ¡atras! y me apresuré á retroceder.

De minuto en minuto se iba calentando el combate.

Me hallaba destinado á asistir á combates, señores; tanto en mar como en tierra me perseguian los combates.

—Me parece que los tiros se aproximan, dijo la señorita Zefrina.

—Mucho miedo tengo, señorita, respondí.

—Yo al contrario; debeis estar muy contento, eso es que huyen.

—Pues estoy contento, señorita; pero quisiera que no huyesen por nuestro lado.

Señores; oíanse gritos como si se estuvieran degollando, y en efecto, se degollaban, como pudimos ver despues. Todo esto mez-

clado de tiros, de sonidos de trompeta y redobles de tambores. El olor de la pólvora llegaba hasta nosotros. Las detonaciones se aproximaban mas y mas; estoy seguro que no estaban los combatientes á cien pasos de la gruta.

De repente oímos un suspiro, despues el ruido de su cuerpo que caia en el suelo: uno de nuestros dos centinelas vino rodando con terribles convulsiones dentro de la gruta. Aquel hombre habia recibido una bala perdida, y como habia quedado en el rayo de luz que se proyectaba en el subterráneo no perdimos ni uno solo de los gestos de su agonía ni de sus últimas convulsiones.

Debo decir, sin embargo, que á aquella vista, la señorita Zefrina me cogió las manos y senti que temblaban.

—Señor Louët, que cosa tan terrible es ver morir á un hombre.

En aquel momento oímos una voz que gritaba.

—¡Detente, miserable! ¡Detente! ¡Aguárdame!

—¡Ernesto! exclamó la señorita Zefrina, es la voz de Ernesto, y se lanzó hácia la boca de la gruta.

En el mismo instante el capitán se precipitó en ella todo ensangrentado.

—¡Zefrina, gritó! ¡Zefrina! ¿dónde estás?

Pero como venia de la luz, y sus ojos no estaban acostumbrados á la oscuridad, no pudo vernos.

La señorita Zefrina me hizo seña de que guardase silencio.

Permaneció el capitán un instante como desvanecido; despues sus ojos penetraron en todas las profundidades de la gruta: entonces nos vió.

No dió mas que un salto hácia nosotros, un salto de tigre.

—Zefrina, ¿por qué no me respondes cuando te llamo? ven, ven.

Y la cogió por un brazo y casi la arrastró hasta la puerta del fondo.

—¿Dónde quereis llevarme, donde quereis llevarme? gritó la pobre muchacha.

—Ven, Zefrina, ven.

—Yo no quiero ir con vos; dijo ella forcejeando.

—¿Cómo! ¿No quieres venir conmigo?

—No, nó, ¿por qué os he de seguir? No os amo. Me habeis robado á la fuerza y no os seguiré. ¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡por aqui! ¡por aqui!

—Ernesto, Ernesto, murmuró el bandido ¡ah! ¿con que eres tú la que nos vendías?

—¡Señor Louët, si sois hombre, gritó Zefrina, socorredme, ayudadme!

Vi brillar la hoja de un puñal, señores. No tenia armas: cogí mi violon por el mango, lo levanté como una maza, y apliqué tal golpe en el cráneo del capitán que el instrumento se rompió y se encontró con la cabeza metida en el interior del violon.

Sea la violencia del golpe, sea la sorpresa de verse con la cabeza metida en el violon, el capitán abrió los brazos y dió un mugido que hizo temblar toda la gruta.

—¡Zefrina, Zefrina! gritó fuera una voz.

—¡Ernesto, Ernesto! gritó la joven precipitándose hácia la boca de la gruta.

—¡Amiga Zefrina! exclamé yo á mi vez asustado yo mismo del golpe que acababa de dar.

—Señores, ya os he dicho que aquella joven era lista y ligera como una cierva: ya estaba en los brazos del oficial; fui á ocultarme detrás de ellos.

—¡Aquí, aquí! gritó el joven teniente, señalando la entrada de la gruta á una docena de soldados que acababan de incorporarse y que se precipitaron en el interior—ahí, ahí está, traédmele muerto ó vivo.

Al cabo de cinco minutos volvieron á salir; no habian encontrado nada mas que el violon con el agujero que habia hecho la cabeza. El capitán se habia escapado por una segunda puerta.

—¡Aquí tienes, Ernesto, dijo Zefrina, á mi salvador. Ya estaba levantado el puñal sobre mi pecho, cuando ha acudido en mi socorro—y enseñaba su pecho.—Porque yo no he querido jamás acceder á sus deseos. Ya ves, ese monstruo de capitán, mejor quería matarme que verme pertenecer á otro.

—¿De veras? dijo Ernesto.

—¡Ah!... amigo, ¿lo dudas, sospechas de mí? pregunta sino á Mr. Louët

Vi que habia llegado el momento, y me aproximé.

—Señor, le dije, os juro....

—Está bien, me dijo Ernesto, nada de juramentos: ¿pensais que no la creo bajo su palabra?

—Lo creo, dije; salvo vuestro parecer, señor Ernesto, puesto que se ha escapado el capitán, lo mejor que podríamos hacer era poner á Zefrina en seguridad.

—Teneis razon, señor Louët. Ven, Zefrina.

Volvimos á tomar el camino de la quinta; pero antes de llegar nos fué preciso atravesar por el campo de batalla. Allí vimos lo menos diez ó doce muertos. Al pie de la escalinata habia un cadáver que impedía el paso.

—Quitad de ahí ese perro, dijo un sargento que marchaba delante de nosotros con dos soldados.

Estos hicieron á un lado el cadáver, que tenia la cara vuelta á la tierra, y reconocí al teniente de los bandidos, al último de los Beaumanoir.

No hicimos mas que pasar al castillo: allí dejó guarnicion Mr. Ernesto, y subimos en un coche con la señorita Zefrina, y Ernesto á la cabeza de doce hombres bien armados nos sirvió de escolta. No hay necesidad, de de-

cir, señores, porque lo comprendereis muy bien, que yo habia vuelto á recobrar mis cien escudos, mi escopeta y mi morral. Solo tenia que echar de menos á mi pobre violon. En cuanto á la señorita Zefrina, parece que no echaba nada de menos porque estaba como loca de alegría.

Al cabo de una hora casi de camino vi en el horizonte una gran ciudad con una enorme cúpula.

—Sin que lo tomeis á indiscreción, señor Ernesto, dije sacando la cabeza por la portezuela del coche ¿Tendreis la bondad de decirme qué ciudad es esa?

—¿Esa ciudad!

—Sí.

—¿La que está delante de nosotros?

—Allí, delante de nosotros.

—Sí; es Roma.

—¿Cómo! ¿Roma? ¿De veras?

—Sin duda.

—Pues bien, le dije, mucho me alegro, á fe mía; siempre he tenido muchas ganas de ver á Roma.

Dos horas despues hicimos nuestra entrada en Roma: señores, era de veras Roma.

—¿Y visteis al papa? le pregunté yo, porque me acuerdo, señor Louët, que ese era uno de vuestros deseos.

—Como sabeis, me respondió Louët, aquel respetable anciano se hallaba entonces en Fontainebleau; pero le ví á su vuelta, y vi tambien á sus sucesores: porque habiéndome hecho entrar el señor Ernesto como cuarto violon en el teatro *Della Valle*, permanecí allí hasta 1830. Tanto que euando en este año volví á Marsella, señores, como hacia veinte años que me habia marchado, no querian volverme mi plaza en la orquesta y me tomaban por un falso Martin Guerra.

—¿Y la señorita Zefrina?

—Señores, he oido decir que se habia casado con Mr. Ernesto, de quien jamás he sabido el apellido, y que se habia convertido en una gran y honrada señora.

—Y el capitán ¿no habeis vuelto á oír hablar de él?

—Sí tal, señores: tres años despues se dejó prender en el teatro de Della Valle, y tuve el dolor de verle ahorcar.

Ved aquí como, señores, por haberme olvidado de descargar mi escopeta, que tanto fuego hizo cobrarse una ortega, me encontré con haber ido á Italia y haber permanecido veinte años en Roma.

—¿Sabeis la hora que es? preguntó Méry sacando su reloj: ¡las cuatro de la mañana! hermosa hora para irse á acostar.

—Felizmente, dijo Mr. Louët, enseñándonos á Jadin y á nuestros dos convidados que roncaban, felizmente estos señores se han tomado á buena cuenta un buen rato de sueño

# ÍNDICE.



La Caravana . . . . .	4	El mariscal Brune . . . . .	72
Fontainebleau. . . . .	4	La fuente de Vaucluse. . . . .	75
El 20 de abril . . . . .	9	El puente de Gard. . . . .	77
El doctor M. . . . .	42	Reboul. . . . .	80
Curiosidades chinas. . . . .	46	Aguas-Muertas . . . . .	83
Bourbon l'Archambault. . . . .	49	Un herradero. . . . .	91
Roma en las Galias. . . . .	27	La Tarasca . . . . .	98
Los señores de Cinq-Mars; y de Thou. . . . .	34	Arlés . . . . .	103
Lion moderna. . . . .	38	Los Baux . . . . .	107
Viena la hermosa, Viena la santa, Viena la patriota. . . . .	40	Crau y Camarga . . . . .	110
San Peray. . . . .	45	El Martigad. . . . .	116
Valencia . . . . .	50	Marsella la antigua. . . . .	124
Orange. . . . .	56	Marsella la gótica. . . . .	124
Roqemaure. . . . .	62	El Prado . . . . .	132
Los buenos de los gendarmes. . . . .	64	La casa fenicia . . . . .	137
El cuarto número 3. . . . .	67	La caza de las ortegas. . . . .	144

